

James Bond



La biografía autorizada de 007
y otros relatos

Ian Fleming
Donald Stanley
Raymon Benson
John Pearson
Cyril Connoly

Lectulandia

La biografía autorizada de 007 y otros relatos es una compilación de aventuras protagonizadas por James Bond que este editor —y fan del agente secreto— ha realizado con el mayor de los entusiasmos. Los textos proceden de las páginas *archivo007.com* y *forobond.com*, así como de otros compañeros de aventuras a los que aprovecho para agradecer una vez más su interés.

El recopilatorio está formado por: *James Bond en Nueva York* de Ian Fleming, *Holmes se encuentra con 007* de Donald Stanley, *La biografía autorizada de 007* de John Pearson, *Explosión desde el pasado*, *En directo a las Cinco* y *El crimen de una noche de verano*, los tres de Raymon Benson, y... bueno, alguna que otra sorpresa.

Espero que lo disfruten.

bondo-san

Lectulandia

VV. AA.

La biografía autorizada de 007 y otros relatos

ePUB v1.0

bondo-san 18.03.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *La biografía autorizada de 007 y otros relatos*

Bond strikes camp. Cyril Connolly, 1962. Traducción de Eduardo Giménez.

Agent 007 in New York. Ian Fleming, 1963

Holmes meets 007. Donald Stanley, 1964

The authorized biography of 007. John Pearson, 1973. Traducción de *archivo007.com*

Blast from the past. Raymond Benson, 1997

Live at Five. Raymon Benson, 1997

Midsummer night's doom. Raymon Venson, 1999

Editor original: bondo-san (v1.0 a v1.2)

Portada: brun©

ePub base v2.0

Doy las gracias a *archivo007.com* y *forobond.com*...
...a *yeyoacedo* por su apoyo...
...y a *brun*© por la cubierta

Ian Fleming

James Bond en New York fue publicado por primera vez en Estados Unidos en octubre de 1963 en el New York Herald Tribune con el título de *Agent 007 in New York*. El título original de Fleming era *Reflections in a Carey Cadillac —Reflexiones en un Cadillac de Carey—* y está fechado el 20 de agosto de 1963. Apareció por primera vez en forma de libro en *Octopussy & The Living Daylights*, Penguin, 2002.

JAMES BOND EN NUEVA YORK

Eran alrededor de las diez de una triste y dorada mañana de finales de septiembre y el vuelo Monarch de la BOAC desde Londres había llegado al mismo tiempo que otros cuatro vuelos internacionales. James Bond, con su estómago delicado por la versión BOAC de «un desayuno campestre inglés», ocupó estoicamente su lugar en una larga fila que incluía abundantes niños chillones y a su debido tiempo dijo que había pasado las últimas diez noches en Londres. Luego Inmigración: quince minutos para mostrar su pasaporte que decía que él era «David Barlow, Comerciante» y que tenía ojos y pelo y medía metro ochenta de alto; y luego a la Gehenna^[1] de la Aduana del Idlewild^[2] que había sido cuidadosamente diseñada, en opinión de Bond, para provocar a los visitantes de Estados Unidos una trombosis coronaria. Todos, cada uno con su estúpido carrito, parecen, después de un vuelo nocturno, abatidos e indignos. Esperando que sus maletas aparecieran tras el cristal del área de recogida y luego ser graciosamente liberados para pelearse y empujarse hacia las filas de la aduana, todas las cuales estaban abarrotadas mientras cada maleta o bulto —¿por qué no una revisión en el acto?— eran abiertos y empujados y después laboriosamente cerrados, frecuentemente entre cachetes a impacientados niños, por su exhausto propietario. Bond levantó la vista hacia el balcón con paredes de cristal que rodeaba el gran vestíbulo. Un hombre con impermeable y Trilby^[3], de mediana edad, inclasificable, inspeccionaba el ordenado infierno a través de un par de prismáticos de ópera plegables. Alguien que le examinara o, desde luego, cualquiera mirando con binoculares era objeto de sospecha para James Bond, pero ahora su conspiratoria mente registraba que esto podía ser meramente un buen eslabón en una eficiente máquina desvalijadora de hoteles. El hombre de los prismáticos notaría la mujer de aspecto rico declarando sus joyas, se deslizaría hacia la planta baja cuando ella fuera liberada de la Aduana, la seguiría por Nueva York, se pondría al lado de ella en recepción, oíría su número de habitación al ser dicha por el encargado, y el resto sería dejado a los «mecánicos». Bond se encogió de hombros. Por lo menos el hombre no parecía interesado en él. Había pasado su única maleta por el cortés hombre de la insignia. Luego, sudando por la innecesaria calefacción central, la llevó fuera atravesando las puertas automáticas de cristal hacia el bendito aire libre. El Cadillac de Carey^[4], como un mensaje le había dicho, ya esperaba. James Bond siempre usaba la empresa. Tenían coches excelentes y conductores soberbios, disciplina rígida y total discreción, y no olían a humo de cigarro viejo. Bond incluso se preguntó si la organización del comandante Carey, suponiendo que hubiera identificado a David Barlow con James Bond, habría traicionado sus normas para informar a la CIA^[5]. Bien, sin duda ganarían los Estados Unidos, y de cualquier manera, ¿sabía el comandante Carey quien era James Bond? La gente de Inmigración ciertamente sí. En la gran Biblia negra de densamente impresas páginas amarillas que el funcionario

había consultado cuando tomó el pasaporte de Bond, Bond sabía que había tres Bonds y que uno de ellos era «James, británico, Pasaporte 391354^[6]. Informar al Oficial Jefe». ¿Cuán estrechamente trabajaría Carey con esta gente? Probablemente sólo si era asunto policial. De cualquier manera, James Bond se sentía muy confiado en que podría pasar veinticuatro horas en Nueva York, hacer el contacto y conseguir salir de nuevo sin tener que dar embarazosas explicaciones a Messrs. Hoover o McCone^[7]. Pues era un embarazoso y desagradable negocio el que M había enviado a emprender a Bond anónimamente a Nueva York. Se trataba de advertir a una buena chica, que había trabajado para el Servicio Secreto, una muchacha inglesa que ahora se ganaba la vida en Nueva York, que cohabitaba con un agente soviético del KGB^[8] destinado en la ONU y que estaba muy cerca de descubrir su identidad. Era jugar sucio con dos organizaciones amigas, por supuesto, y sería altamente embarazoso si Bond era descubierto, pero la muchacha había sido una oficial de plantilla de primera clase y, cuando podía, M miraba por los suyos. Así que Bond había sido instruido para tomar contacto y él lo había arreglado para hacerlo, esa tarde a las tres, junto al Reptilario —a juicio de Bond, lugar más que apropiado para el *rendezvous*^[9]— del Zoológico de Central Park.

Bond pulsó el botón que bajaba la partición de cristal y se inclinó hacia adelante.

—Al Astor, por favor.

—Sí, señor —el gran automóvil negro se abrió paso a través de las curvas y salió del enclave del aeropuerto hacia la Van Wick Expressway, ahora siendo majestuosamente reducida a pedazos y reconstruida para la Feria Mundial de 1964-1965.

James Bond se recostó y encendió uno de sus últimos Morland Specials. Para la hora de comer deberían ser Chesterfields extra-largos. El Astor. Era tan bueno como cualquier otro y a Bond le gustaba la jungla de Times Square: las horrendas tiendas de souvenirs, los agudos empresarios de la confección, las gigantes alimentadoras, los hipnóticos anuncios de neón, una de los cuales decía BOND^[10] en letras de una milla de alto. Aquí estaban las tripas de Nueva York, las entrañas vivas. Sus otros barrios favoritos habían desaparecido: Washington Square, el Battery, Harlem, donde ahora necesitabas un pasaporte y dos detectives. ¡El salón de baile del Savoy^[11]! ¡Cuánta diversión había visto en los viejos tiempos! Todavía estaba el Central Park, que ahora estaría en su mayor hermosura: austero y brillante. En lo que concierne a los hoteles, también habían desaparecido: el Ritz Carlton, el St. Regis^[12] que había muerto con Michael Arlen^[13]. El Carlyle era quizás el solitario superviviente. El resto era todo igual: esos chirriantes ascensores, las habitaciones llenas del aire del pasado mes y un vago recuerdo de cigarrillos viejos, el vacío «Sea usted bienvenido», el café aguado, los huevos hervidos casi blanco-azulados para el desayuno —Bond había ocupado una vez un pequeño apartamento en Nueva York. Había intentado comprarlos por

todas partes. «No los tenemos, señor. La gente piensa que son sucios»—, la tostada fría y húmeda —«¡Este embarque de tostadas a las Colonias^[14] debería haberse ido a pique!»—. ¡Oh, vaya! Sí, el Astor sería tan bueno como cualquier otro.

Bond miró su reloj. Estaría allí a las once treinta, luego una breve expedición de compras, pero una muy breve porque en la actualidad había poco que comprar en las tiendas que no fuera de Europa, excepto los mejores muebles de jardín del mundo, y Bond no tenía jardín. Primero al drugstore para media docena de los incomparables cepillos de dientes Owens. A Hoffritz de Madison Avenue para una de sus pesadas y dentadas navajas de afeitar tipo Gillette, pero mucho mejores que el propio producto Gillette, a Tripler para algunos de esos calcetines de golf franceses hechos por Izod, a Scribner porque había un vendedor allí con un buen olfato para los thrillers^[15], y luego a Abercrombie^[16] para revisar los nuevos artilugios e, incidentalmente, conseguir una cita con Solange —adecuadamente empleada en su Departamento de Juegos de Interior— para la tarde.

El Cadillac estaba recorriendo el horrendo camino hacia el cementerio de coches usados: los falsos cromados eran claros y evidentes. ¿Qué les sucedería a estos repintados cacharros cuando el tiempo hubiera corroído finalmente sus entrañas? ¿Dónde irían finalmente a morir? ¿No podrían ser útiles si se lanzaban al mar para vencer la erosión costera? ¡Envía una carta al *Herald Tribune*!

Ahora estaba la cuestión de la comida. La cena con Solange sería fácil: Lutèce en las sesenta, uno de los grandes restaurantes del mundo. ¿Más para su propia comida? En los viejos tiempos ciertamente habría sido el «21», pero la aristocracia de la cuenta de gastos había capturado incluso esa fortaleza, inflando los precios y, porque no distinguían el bien del mal, devaluando la comida. Pero él iría allí por los viejos tiempos y tomaría un par dry martinis^[17] —Beefeater con un vermut casero, sacudido con un toque de corteza de limón— en el bar. ¿Y luego qué tal la mejor comida de Nueva York: en el Oyster Bar en la Grand Central? No, él no quería sentarse en un bar... sino en algún lugar espacioso y cómodo donde pudiera leer un periódico en paz. Sí. ¡Eso era! La Edwardian Room en el Plaza, una mesa en una esquina. No le conocían allí, pero sabía que podría conseguir lo que quería para comer; no como en Chambord o Pavillon con su irritante «Wine and Foodmanship»^[18] y, en el caso de este último, con el miasma de cien diferentes perfumes femeninos confundiendo tu paladar. Tomaría un dry martini más en la mesa, luego salmón ahumado y los particulares huevos revueltos que una vez —Felix Leiter conocía al camarero-jefe— les había instruido como prepararlos^[19]. Sí, aquello sonaba estupendo. Tendría que arriesgarse con el salmón ahumado. Solía ser escocés en la Edwardian Room, no esa cosa canadiense groseramente cortada, seca y sosa. Pero uno nunca podía decirlo con la comida americana. Mientras que sus filetes y su marisco estaban bien, el resto se podía ir al infierno. Y todo había sido congelado hacía tanto tiempo, en alguna

extensa morgue-alimentaria comunal presumiblemente, que el sabor había desaparecido de todo alimento americano, excepto los italianos. Todo sabía igual: una especie de sabor alimentario neutro. ¿Cuándo una gallina fresca —no un pollo—, un huevo fresco de granja, un pescado fresco, habían sido servidos por última vez en un restaurante de Nueva York? ¿Había un mercado en Nueva York, como Les Halles en París y Smithfields en Londres, donde uno podía ver realmente alimentos frescos y comprarlos? Bond nunca había oído de uno. La gente diría que era antihigiénico. ¿Se estaban volviendo los americanos demasiado higiénicos en general... demasiado conscientes de los gérmenes? Cada vez que Bond había hecho el amor a Solange, en el momento en que deberían relajarse en brazos del otro, ella se retiraba al cuarto de baño durante un largo cuarto de hora y había un largo período tras el cual no podría besarla porque ella había hecho gárgaras con TCP^[20]. ¡Y las píldoras que tomaba si tenía catarro! Suficiente para combatir una neumonía doble. Pero James Bond sonrió al pensar en ella y se preguntó qué harían juntos —aparte de Lutèce y el amor— esa tarde. De nuevo, Nueva York tiene de todo. Había oído, aunque nunca había conseguido localizarlas, que uno podía ver películas verdes con sonido y color y que la vida sexual de uno nunca era la misma de ahí en adelante^[21]. ¡Aquello sería una experiencia para compartir con Solange! Y aquel bar, de nuevo todavía por descubrir, del que Felix Leiter le había hablado era lugar de cita para sádicos y masoquistas de ambos sexos. El uniforme consiste en chaqueta de cuero negro y guantes de cuero. Si usted es un sádico, llevará los guantes bajo la tirilla del hombro izquierdo. Para los masoquistas es el derecho. Como en los sitios para travestidos en París y Berlín, puede ser divertido ir y echar un vistazo. Al final, por supuesto, probablemente terminarían yendo a The Embers o a oír el jazz favorito de Solange y luego a casa para más amor y TCP.

James Bond sonrió para sí. Remontarían el Triborough, ese puente supremamente hermoso en las apretadas almenas de Manhattan^[22]. Le gustaba anticipar sus placeres, haciendo novillos entre las horas de trabajo. Disfrutaba imaginándolos, precisando hasta el menor detalle. Y ahora él había hecho sus planes y cada perspectiva le placía. Por supuesto las cosas podrían ir mal, podría tener que hacer algunos cambios. Pero eso no importaría. Nueva York lo tiene todo.

Nueva York *no* tiene de todo. Las consecuencias de la atracción ausente fueron de lo más penoso para James Bond. Después de los huevos revueltos en la Edwardian Room, todo fue desesperadamente mal y, en vez del programa soñado, hubo urgentes y embarazosas llamadas telefónicas con la sede de Londres, y luego, sólo por la mejor buena suerte, una sórdida reunión a medianoche junto a la pista de patinaje del Rockefeller Center^[23] con lágrimas y amenazas de suicidio de la muchacha inglesa.

¡Y todo fue culpa de Nueva York! Uno apenas podía dar crédito a la deficiencia, pero no hay Reptilario en el Zoo de Central Park.

Donald Stanley

Holmes se encuentra con 007 fue escrito por Donald Stanley, fan de Sherlock Holmes y editor literario del San Francisco Examiner. Se publicó por primera vez en la columna *La vida literaria* del San Francisco Examiner de 29 de Noviembre de 1964, y más tarde por Beaune Press, San Francisco, en 1967. Sólo se editaron 222 ejemplares numerados del 1 al 221B, así como 25 copias para amigos numeradas del I al XXV.

HOMES SE ENCUENTRA CON 007

El viento animaba a Holmes, no había duda de eso. Estaba, dándome la espalda, mirando hacia Baker Street^[1]. El gran detective había recorrido la habitación durante un cuarto de hora. Ahora se inclinó hacia la ventana con una exclamación.

—¡Ah! Exactamente como anticipé.

Los rasgos aguileños, hasta hacía un momento tensos, se animaron repentinamente.

—Rápido, Watson. Nuestros visitantes han llegado. Ayúdeme a recoger mis cosas mientras Mrs Hudson^[2] les sube aquí.

—Extraño carruaje ese —murmuré, mirando a través del cristal mientras recogía el violín de Holmes del asiento junto a la ventana.

—Vamos, vamos, Watson. ¿Un carruaje? Ciertamente es un Bentley. Revisado, pulido, sintonizado y ajustado con un excelente regulador Sardley, a menos que me equivoque mucho. Ya sabe que compuse una pequeña monografía^[3] sobre el Sardley.

—¿Y no tiene idea de por qué quieren vernos? —pregunté a Holmes.

—Sólo de forma vaga —replicó—. Pero la auténtica verdad es que soy yo quien quiere verlos. En particular a uno de ellos.

Mientras decía esto se quitó su fez de la cabeza de un manotazo. Entonces, encajándose una meerschaum^[4] entre sus dientes y dejándose caer en el gran sillón de cuero, Holmes comenzó a tocar su violín. Su forma de tocar siempre tenía el mismo efecto sobre mí y así yo estaba tan nervioso como él lo había estado cuando un toque sonó en nuestra puerta.

Abrí para encarar a una cuadrada figura de presencia autoritaria, con facciones marcadas. Quizás tuviera unos sesenta y sus manos estaban metidas en los bolsillos de alguna clase de abrigo de funcionario. Me taladró con una mirada de pedernal y, sin quitar la pipa de brezo de su boca, avanzó sobrepasándome hacia la habitación.

Detrás de él estaba un hombre más joven, moreno y atlético y vestido con un traje de franela de impecable corte de Savile Row, quien se movió con el sigilo de un gato al pasar por la puerta. Detrás de mí Holmes levantaba un estrépito con la coda^[5] de uno de sus amados «concerti». Asentí a la vacilante Mrs Hudson para hacerle saber que esperábamos a la pareja y cerré la puerta.

—El doctor Watson, según creo —dijo el más viejo de los dos contemplándome y luego se giró hacia Holmes quien, sin prestar atención a su llegada, continuaba tocando—. Llámeme M. Éste es Mr James Bond y... ¿no podría usted dejar de tocar eso? —preguntó, agitando su pipa en la dirección de Holmes.

—No lo hará, M —oí decir a Bond en tono bajo—. Sabíamos que el hombre es un adicto, ¿pero también un músico? Y miré esas ropas. ¿Puede esto ser Holmes?

Justo en ese momento, mi amigo bajó su violín, se quitó la pipa de su boca y tranquilamente se levantó para saludar a los visitantes.

—Buenas tardes, caballeros. Lamento que tuvieran problemas con el Bentley. Esos dispositivos Sardley pueden causar dificultades. Aunque, por supuesto, había un garaje justo donde se caló especializado en ellos.

La pequeña estratagema de Holmes tuvo el efecto previsto.

—¿Cómo diablos supo usted eso? —exclamó Bond.

—Elemental, mi querido nada nada siete —ronroneó Holmes—. Han llegado tarde a una cita que ustedes mismos han descrito como «de suprema importancia». ¿Conclusión? La demora fue inevitable. Ahí veo una mancha de aceite sobre su manga, que me dice que usted ha estado bajo el capó, y he notado que su Sardley resollaba cuando lo conducía. La mancha de tierra sobre su zapato es de una textura peculiar al Camino de Bromley donde ayer noté que la compañía de gas estaba excavando.

—Condenadamente inteligente —asintió M—. Bond, ¿por qué no hace usted cosas así? Se ahorraría usted algunas molestias, ¿hmm?

Holmes se permitió una pequeña sonrisa condescendiente mientras la cara de Bond se volvía nuevamente la máscara impasible que me di cuenta era habitual en él.

—Sí, bonito truco —inhaló—. Algo circense, pero limpio. Aunque, ¿tendría el efecto deseado sobre un hombre de SMERSH? Un toque de acero, el sabor de la Walther, un golpe de karate. Esto es más probable que impresione a esos cabrones.

—Me atrevería a decir que tiene usted razón —suspiró M—. Sería muy agradable si la Oficina pudiera conducir alguno de sus negocios en un plano algo más tranquilo, más civilizado.

Empujé unas sillas y mientras nuestros invitados se sentaban sentí los ojos de Bond sobre mí. Me volví hacia él interrogativo, pero él sólo sacudió su cabeza con leve irritación, pero no antes de intercambiar miradas con M. Sentí, por alguna razón, una cierta trepidación.

—Watson, ¿por qué no pide que Mrs Hudson sirva el té? —dijo Holmes.

M levantó su mano en señal de protesta.

—Por favor. James ya ha encargado nuestro refrigerio. Él se ha ocupado de que envíen algo desde el club. Debería llegar aquí directamente, ¿no dijo eso, James?

—Si Alex puede conseguir el soufflé con este frío —replicó Bond—. No se pueden precipitar estas cosas. Luego está el Vouvray Mousseux que debe ser adecuadamente enfriado, y...

—Le llevó a James una hora ordenar ese pedido, —dijo M, y su tono era una mezcla de rencor y envidiosa admiración—. Él hace cosas así, ya sabe.

—Curiosa obsesión —musitó Holmes, para quien el alimento era irrelevante^[6].

Bond se puso rígido.

—No es una obsesión. Es simplemente una afición. Prefiero cenar bien, como prefiero vivir en Chelsea en vez de en un barrio más... hum... prosaico. Como Baker

Street —agregó, innecesariamente, según pensé.

—Bien, bien, caballeros —terció M—. Dejemos todo esto para otro momento. Ahora mismo, hay un asunto más apremiante, y delicado, al que quisiera atender. James, éste es su espectáculo.

Bond inclinó su rostro cruel hacia adelante y miró ominosamente a Holmes.

—Seré directo entonces —dijo—. Lo sabemos todo sobre su hábito.

—¿Mi hábito?

—Su hábito. Usted es un consumidor, un yonqui. ¿Qué ha sido esta semana, cocaína o morfina?^[7]

No pude evitar una oleada de triunfo. Durante años le había dicho a Holmes que su pequeña peculiaridad algún día le llevaría por el mal camino. Él echó un vistazo a mi cara y dijo irónicamente:

—Nunca he hecho un secreto de mi... er... hábito, como usted lo llama. Desde luego, incluso si me hubiera inclinado hacia ello, los constantes garabateos de Watson sobre mí hacían asegurada la divulgación.

—¿Watson, dice? —y Bond me echó otra de sus frías miradas, menos disimulada que antes—. El DOCTOR Watson. ¿Y supongo que él también es su contacto?

Holmes, quien estaba incluso menos familiarizado con el cambiante idioma de la calle que yo, mostró perplejidad.

—Su contacto, su fuente de abastecimiento de narcóticos —dijo M como explicación, sus ojos brillando ahora tras una cortina de humo de pipa.

—Claro que sí —respondió Holmes—, Watson ha sido suficientemente bueno para abastecer mi modesta necesidad de estimulantes.

—¡Ahí tiene! —gritó Bond—. ¿Le satisface esto, M? Le tenemos. Le dije que los métodos de suministro concordarían con el informe TTD.

Con un movimiento fluido una Walther PPK apareció en la mano de Bond. Pero en vez de volver el arma hacia Holmes, Bond apuntó el malvado instrumento a mi propio pecho.

—¿Qué significa esto? —exigí—. Soy un profesional médico y responsable de...

—Dejemos eso ahora —dijo Bond, con su voz como un látigo—. Ya ha funcionado suficiente. Ya no se puede ocultar detrás de Holmes por más tiempo.

—Mi querido amigo, ¿qué trata de decir? —preguntó Holmes con una compostura que, considerando la situación, me fastidió considerablemente.

Había tomado de nuevo su violín y ociosamente rasgaba las cuerdas.

—Lo que quiero decir —dijo Bond—, es que su buen doctor Watson es un impostor. Hemos llegado hasta él a través de sus contactos en el mundo de los narcóticos. Watson —e hizo una pausa para un efecto dramático—, no es otro que mi viejo antagonista Ernst Stavro Blofeld, maestro del disfraz, demonio encarnado, asesino de mi novia y ahora entregado a mis manos.

Quitó el seguro de la Walther y recordé repentinamente el significado de su clasificación nada nada: autorizado para matar. Bond miró a M y yo vi al viejo lobo de mar devolverle la mirada con un asentimiento apenas perceptible. Era una situación asquerosa.

Pero no había tenido en cuenta a Holmes. Como un relámpago, lanzó su precioso Stradivarius sobre el arma de Bond. Violín y pistola explotaron juntos. Sin embargo, Holmes había desviado la boca del arma lo suficiente para que la bala pasara inofensiva a través de la tela de mis pantalones, a unos cinco escasos centímetros del punto de mi pierna que había recibido la bala de Jezail en los 80^[8].

—¡Maldito músico! —gruñó Bond agarrando su mano dañada.

Holmes mientras tanto había saltado a la mesa de al lado y extraído algo del cajón.

—Rápido, Watson, proteja la puerta.

Aterricé contra el portal un paso por delante de M, cuya cara era ahora un espejo de odio.

Holmes estuvo instantáneamente a mi lado, con una jeringa hipodérmica en su mano. Echando hacia atrás la manga de la camisa del hombre, clavó la aguja en el brazo de M. El poderoso concentrado de morfina funcionó con pasmosa rapidez y M se deslizó hacia la alfombra.

—Buen Dios, Holmes —exclamé—. ¿Por qué a él? Póngasela a Bond.

—Tonterías, Watson, nada nada siete es simplemente un accesorio, en realidad una herramienta ignorante. Nuestro hombre está en el suelo. Lo reconocí tan pronto como bajó del Bentley. Ahora, si usted llama a Lestrade^[9], escribiremos el finis al único asunto incompleto que quedaba en mis libros^[10].

—Holmes, ¿no querrá decir...?

—Precisamente, Watson, el más grande intrigante de todos los tiempos, el organizador de cada maldad, el cerebro controlador del hampa, un cerebro que podía dirigir o desviar el destino de naciones ha estado escondido durante estos años en la Sección Especial. Nuestro visitante M no es otro que nuestro viejo enemigo el Profesor Moriarty^[11].

—Asombroso, Holmes. Se ha superado a sí mismo.

—Elemental, mi querido Watson^[12] o Blofeld o quien sea. Ahora creo que debo retomar el estudio y trabajar en una pequeña monografía sobre el tema mientras todavía está fresco en la mente... y antes de que usted se las apañe para novelarlo a costa de la credibilidad^[13].

Entonces noté la figura cabizbaja que permanecía cerca de la ventana.

—¿Qué debemos hacer con Bond? —pregunté.

—¿Bond? Oh, enviarlo de vuelta a su pequeño nido burocrático, espero. Realmente, no podría importarme menos.

John Pearson

La biografía autorizada de 007 es una biografía ficticia del agente secreto publicada en 1973 por John Pearson. Anteriormente, este autor publicó una biografía de Ian Fleming en 1966. Traducción de Eduardo Giménez.

LA BIOGRAFIA AUTORIZADA DE 007

1. «Le presento al comandante Bond»

Me gusta pensar que el avión era la idea de una broma que tenía Urquhart. Es el único de ellos que tiene sentido de humor —a veces debe haberlo encontrado inconveniente en aquella gris morgue edificada en Regent's Park donde todos ellos todavía trabajan— y, ya que él reservó los billetes cuando hizo los arreglos para mi viaje, debía conocer el avión. Dejé Kennedy a las 4 p.m. hacia las islas Bermudas. Lo que Urquhart olvidó decirme fue que éste era uno especial para viajes de novios, abarrotado de recién casados con paquetes de lunas de miel al sol.

Hay algo curiosamente perturbador en juntarse con jóvenes americanos *en masse*^[1]. Ya había tenido una espera de dos horas en Kennedy desde Londres, durante un helado sábado de enero con la auténtica cellisca de Nueva York soplando contra las ventanas de la sala de tránsito. Ahora, durante tres horas más tenía que compartir este vuelo nupcial dando compasivas excusas. Las rosas, el champagne californiano, no eran lo mío.

Bienvenidos a bordo; éste es el «soleado especial». Para todos ustedes que acaban de comenzar juntos la mayor aventura de sus vidas, felicitaciones de su capitán, tripulación y la PanAm, la aerolínea más experimentada del mundo.

Risas corteses. Algunos optimistas aplaudieron. Y en mi solitario asiento de pasillo yo comenzaba a preocuparme por mi aventura.

¿Dónde se detendría el sentido del humor del viejo Urquhart?

Entre la ventanilla y yo se sentaba una agradable joven pareja, convenientemente absortos el uno en el otro. Ella vestía de rosa, él de gris oscuro. Ninguno de ellos habló. Su silencio era casi perturbador, casi como desaprobando mi, por así decirlo, misión.

La cena fue servida —una comida de aerolínea en bandeja de plástico con cuatro huecos, un triunfo de empaquetamiento de la era espacial— y, mientras masticaba mi Pollo Maryland, crujiente sobre mis solitarias Krispee Krackers, mi *angst*^[2] se volvía intensa. Extrañamente, hasta este momento no me había preocupado sobre mi llegada a las islas Bermudas. Urquhart había dicho que se cuidarían de mí. «Están hechos todos los preparativos. Todo está arreglado y, por lo que tengo entendido, lo hacen bastante bien». En Londres, palabras como estas habían sonado tranquilizadoras. Uno asiente y dice «vale». Ahora uno comienza a hacerse preguntas.

Tomé una bebida y luego otra y, mientras la gran cálida aeronave atronaba en su camino hacia los trópicos, intenté repasar en mi mente la sucesión de acontecimientos que me habían llevado allí.

Habían comenzado hacía casi dos años, después de que publicara mi «oficial» vida de Ian Fleming^[3]. Fue un libro inusual por la tremenda avalancha de correspondencia que recibí: de japoneses interesados en la balística, bondófilos franceses adolescentes, suecos locos por los crímenes y postgraduados americanos que escribían sus tesis sobre el thriller moderno. Intenté responderles lo mejor que pude. Pero hubo una carta con la que había encontrado difícil tratar. Venía desde Viena de una mujer que firmaba como Maria Künzler.

Era una larga y ligeramente efusiva carta escrita con tinta púrpura y describía un invierno de preguerra pasado en la estación de esquí de Kitzbühel con Ian Fleming. En mi libro yo había despachado este período de la vida de Fleming algo brevemente. Fleming había estado en Kitzbühel varias veces, la primera en la década de 1920 cuando estaba allí con una gente llamada Forbes-Dennis —Mrs Forbes-Dennis fue, incidentalmente, la novelista Phyllis Bottome—. Teóricamente Fleming había aprendido alemán, aunque en la práctica había empleado la mayor parte de su tiempo disfrutando de las montañas y las muchachas locales. Por la carta parecía que Miss Künzler había sido una de ellas. Ciertamente su información sobre Fleming parecía auténtica y describía a ciertos amigos de Kitzbühel que yo había entrevistado para mi libro. Esto hizo un párrafo hacia el final de su carta de lo más enigmático: *«Así que puede usted comprender —escribía— la excitación que todos sentimos cuando el apuesto joven James Bond apareció en Kitzbühel. Había pertenecido a la misma «casa» de Ian en Eton, aunque por supuesto era mucho más joven que Ian. Incluso en aquellos días, James estaba comprometido con algún tipo de trabajo clandestino, e Ian, a quien le gustaba gastar bromas a la gente, solía burlarse de él y tratar de sonsacarle información. James se enfadaba mucho».*

Cuando leí esto decidí, no es de extrañar, que Miss Künzler estaba ligeramente loca... o, si no loca, entonces en ese feliz estado donde podía confundir hecho y ficción. Le agradecí su carta y meramente escribí que su anécdota sobre James Bond me había causado alguna sorpresa.

Aquí debería aclarar que cuando escribí la *Vida de Ian Fleming*, nunca dudé por un momento que James Bond *era* Ian Fleming, una figura mítica que Fleming había construido a partir de sus ensueños y sus recuerdos infantiles. Había conocido a Fleming personalmente durante varios años —de hecho los mismos años en los que escribía los primeros libros de James Bond— y había percibido incontables semejanzas entre el James Bond de los libros y el Ian Fleming con el que yo trabajaba en el *Sunday Times*. Fleming había incluso dotado a su héroe con ciertas de sus propias marcas personales —las ropas, los hábitos para comer, incluso la apariencia— de tal manera que cuando yo imaginaba a James Bond era siempre la cara de Fleming —y no la de Sean Connery— la que veía.

Cierto, había varios hechos que no encajaban en la tesis Bond-es-Fleming.

Fleming, en primer lugar, lo negó: fuertemente. De alguna forma tenía que hacerlo; pero es un hecho que cuanto más metódicamente lees los libros de Bond, más comienzas a notar detalles que se refieren a la vida de James Bond *fuera* de los libros: detalles sobre su familia, vislumbres de su vida de estudiante y provocadoras referencias a los inicios tanto de su carrera en el Servicio Secreto como de su vida amorosa. Durante los trece libros de James Bond el peso tremendo de todas esas referencias «externas» es sorprendente, especialmente ya que parecen notablemente consistentes. Fue esto lo que originalmente dio origen al rumor de que Fleming, aunque incluyera algo de sí mismo en el personaje de James Bond, había basado su héroe sobre un agente de la vida real que había conocido durante su época en la Inteligencia Naval Británica durante la guerra.

Una teoría era que el «verdadero» James Bond había sido un capitán de los Comandos de la Marina Real cuyas proezas y personalidad inspiraron a Fleming. Otra mantenía que Fleming había estudiado cuidadosamente la carrera del agente doble británico James Morton, cuyo cadáver fue descubierto en el Hotel Shepherd de El Cairo en 1962. Había también otros rumores. Ninguno de ellos parecía tener mucho fondo, ciertamente no el suficiente para hacerme cambiar de opinión sobre la relación Fleming-Bond. Entonces llegó la segunda carta de la misteriosa Miss Künzler de Viena.

Llegó unos tres meses después de que yo le hubiera escrito, disculpándose por la demora y diciendo que no se había sentido bien —por lo que podía colegir, ahora debería tener unos sesenta y cinco—. Era una carta mucho más corta que la anterior. La florida escritura era un poco temblorosa, pero todo lo que escribía venía al caso. Decía que no había mucho que pudiera agregar a su anterior relato sobre el joven James Bond. Esas vacaciones en Kitzbühel habían sido en 1938 y nunca había visto a James Bond de nuevo, aunque naturalmente le divertía el éxito internacional de los libros de Ian sobre él. Después de la manera en que Ian se había comportado era divertido, ¿verdad? Agregaba que Bond le había escrito varias cartas después de las vacaciones. Debía tenerlas por alguna parte. Cuando pudiera reunir la energía suficiente las buscaría y me dejaría tenerlas. También pensaba que había fotografías. Entretanto, seguramente debía haber gente que conociera a James Bond en Eton. ¿Por qué no llamarles?

Respondí inmediatamente, rogándole que me enviara las cartas. No hubo respuesta.

Escribí varias veces, todas sin éxito. Finalmente decidí seguir el consejo de Miss Künzler y verificar los registros de Eton sobre un muchacho llamado Bond. Fleming había entrado en Eton a finales del otoño de 1921. Aparte de decir que James Bond era más joven que Ian Fleming, Miss Künzler había sido vaga sobre su edad —suponiendo, por supuesto, que un etoniano llamado Bond hubiera estado realmente en

Kitzbühel durante 1938—. Comprobé la totalidad de la década de 1920. Había varios Bond, pero ninguno de ellos llamado James y ninguno de ellos en la antigua casa de Fleming. Claramente Miss Künzler estaba equivocada, pero por curiosidad comprobé los primeros años treinta. Y aquí encontré algo. Realmente *había* aquí un James Bond que estaba registrado, que había entrado en Slater's House a finales del otoño de 1933. Según la lista de Eton permaneció sólo unos dos años; su nombre había desaparecido en la lista de primavera de 1936.

Considerando los registros, aquello ni probaba ni refutaba lo que Miss Künzler dijo. Un antiguo etoniano llamado James Bond seguramente existiría, pero parecía demasiado joven para haber conocido a Fleming. Era improbable que alguien de esa edad pudiera haber sido captado por el mundo del Servicio Secreto en 1937.

Intenté encontrar más sobre este joven James Bond, pero no hallé nada. Una confundida secretaria en la oficina de la escuela dijo que parecía no haber ningún archivo sobre él; ni tenían ningún registro de su familia, ni de qué había sucedido con él. Sugirió que contactara con la Sociedad de Antiguos Etonianos. Lo hice, pero nuevamente sin éxito. Todo lo que podían ofrecer eran los nombres de algunos contemporáneos de Bond quienes podían haber seguido en contacto con él.

Escribí a dieciocho de ellos. Seis contestaron, diciendo que lo recordaban. El consenso parecía ser que este James Bond había sido un estudiante indiferente, pero físicamente fuerte, moreno y más bien salvaje. Una de las cartas decía que era un muchacho huraño. Ninguno mencionaba que tuviera amigos íntimos, pero nadie lo había intimidado. No había información definitiva sobre su vida privada o sus parientes. Lo más cercano a esto fue un pasaje que se mencionaba en una de las cartas: «*Tengo la idea —escribía mi corresponsal— de que debió haber algún tipo de problema en la familia. No tengo detalles. Fue hace mucho tiempo y los muchachos son notoriamente insensibles a tales cosas. Pero tengo una clara impresión de él como un muchacho que había sufrido algún tipo de pérdida. Era del tipo de muchacho introvertido, dueño de sí, que se mantenía aparte de sus compañeros. Nunca oí qué fue de él.*».

Ni, parecía, lo había hecho ningún otro.

Esto era claramente irritante; como los lectores detallistas de los libros de Bond recordarán, estos pocos hechos extremadamente inconcluyentes encuentran un eco misterioso en la necrológica de James Bond, supuestamente redactada por el propio M, que Fleming publicó al final de *Sólo se vive dos veces*. Según esta fuente, la carrera de James Bond en Eton había sido «breve y sin distinciones».

En ninguna de las cartas había ninguna referencia a la razón que M dio para la salida de James Bond: «Algún supuesto problema con una de las camareras que cuidaban de los chicos». Pero había otros dos paralelismos interesantes. Según M los padres de Bond habían muerto en un accidente de alpinismo cuando tenía once años y

el muchacho era descrito subsiguientemente como atlético pero «proclive a ser solitario por naturaleza».

Nada de esto probaba que el misterioso James Bond que había entrado en Eton en 1933 fuera el héroe de Fleming. Como cualquier abogado de libelos sabe, las coincidencias de exactamente esta clase son un peligro que encara todo autor. Sin embargo, era todo muy extraño.

Mi próximo paso estaba claro. La necrológica de Bond continuaba diciendo que, después de Eton, el joven reprobado fue enviado a la antigua escuela de su padre, Fettes. Consecuentemente escribí al secretario de la escuela preguntando si podía decirme cualquier cosa sobre un muchacho llamado Bond que podía haber entrado en la escuela en algún momento de 1936. Pero antes de que pudiera recibir una respuesta, llegó otra carta que lo alteró todo. Dentro de un gran sobre marrón con matasellos de Viena había una breve nota oficial de un abogado austríaco. Tenía la triste tarea de informarme que su cliente, *Frülein* Künzler del 27 de Friedrichsplatz habido muerto, no inesperadamente, mientras dormía, hacía tres semanas. Ahora tenía el honor liquidar su pequeña herencia. Entre sus papeles había encontrado una nota diciendo que una cierta fotografía debía serme enviada. Según los deseos de la fallecida, tenía el placer de adjuntarla. ¿Sería tan amable de acusar recibo?

La fotografía resultó ser una ampliación sepia de una instantánea que mostraba a un grupo de excursionistas contra un fondo de altas montañas. Una de las excursionistas era una muchacha, rolliza, rubia, bonita. A un lado de ella, inconfundible con su alargada, prematuramente melancólica cara escocesa, estaba Ian Fleming. Al otro estaba un corpulento, muy guapo, moreno muchacho que aparentemente no había cumplido los veinte. El trío parecía sumamente serio. Volví la foto. Al dorso había una nota en tinta púrpura: «*Ésta es la única foto que pude encontrar. Parece que no hay cartas, pero estos son James e Ian en Kitzbühel durante 1938. La muchacha con ellos soy yo, pero de algún modo no creo que ahora me reconozca*».

Bien por la pobre Miss Künzler.

La fotografía, por supuesto, cambiaba todo. Si el joven duro realmente era James Bond —¿y por qué debería mentir la difunta Miss Künzler?— algo sumamente extraño había sucedido. Toda la idea de Fleming y la saga de James Bond necesitaba ser revisada. ¿Quién era este James Bond que Fleming evidentemente había conocido? ¿Qué le había sucedido desde 1938? ¿Cuánto lo había usado Ian Fleming como modelo para sus libros? La realidad de Bond abría una gama de fascinantes especulaciones.

No había recibido noticias de Fettes y había todavía muy poca evidencia —una fotografía, una entrada en el registro de Eton, un puñado de coincidencias— suficiente para plantear el misterio antes que para resolverlo. Pero había ciertas líneas

claras que ahora podía seguir y lo hice... pero no por mucho tiempo. Apenas había comenzado a contactar con varios amigos de Fleming de los días de Kitzbühel cuando recibí una llamada de un hombre llamado Hopkins.

Una vez policía, siempre policía: no había error en la voz de Mr Hopkins. Comprendió por ciertas fuentes que yo estaba haciendo ciertas investigaciones. Le gustaría mucho verme. ¿Quizás podríamos almorzar juntos? Algo incongruentemente sugirió el día siguiente en el Club Liberal Nacional en Whitehall Place.

Mr Hopkins era un liberal inusual: un hombre grande, calvo, con cejas exageradas, me estaba esperando junto al busto de Gladstone en el vestíbulo. Algo en él hacía que el viejo Gladstone pareciera un poco suspicaz. Yo sentía lo mismo. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana en el gran cenador marrón. El marrón era el color dominante: sopa Windsor marrón, muebles y paredes marrones. Mr Hopkins, como ahora notaba, vestía un traje marrón oscuro un tanto horrible. Cuando llegó la sopa comenzó a hablar, sus frases se entremezclaban con ruidosas cucharadas de sopa Windsor marrón.

—Todo esto es confidencial, como usted comprenderá. Soy del Ministerio de Defensa. Conocemos sus actuales investigaciones. Es mi deber informarle que deben cesar.

—¿Por qué?

—Porque no son del interés nacional.

—¿Quién dice que no lo son?

—Debe usted aceptar mi palabra de que no lo son.

—¿Por qué debería?

—Porque si no lo hace, le aplicaremos el Acta de Secretos Oficiales tan rápido que no sabrá qué le ha golpeado.

Vaya con Mr Hopkins. Después de la Windsor marrón tuvimos pastel cottage, aparentemente el alimento básico de los liberales; nutritivo sin duda, pero no un gran estímulo para la conversación. Intenté que Mr Hopkins revelara por lo menos algo de sus fuentes, pero había estado en el juego demasiado tiempo para eso. Cuando nos separamos dijo:

—Recuerde lo que le digo. No queremos ningún disgusto.

—Dígale eso a Mr Gladstone —repliqué.

Todo era de lo más insatisfactorio. Si había realmente alguna razón para guardar silencio sobre James Bond, sentía que tenía derecho a saberla. Ciertamente merecía una explicación y de alguien con un poco más de delicadeza que Mr Hopkins. Pocos días después la recibí. Aquí es donde Urquhart entra en escena. Otra invitación para comer: esta vez en Kettners. Dije que no iría a menos que me prometiese que no habría amenazas durante la comida. La voz al otro extremo del teléfono sonó dolida.

—¿Amenazas? No, realmente; cuan desafortunado. Sólo una discusión

inteligente. Hay algunas áreas ligeramente sensibles. Ha llegado el momento de hablar...

—Exactamente.

Urquhart era muy, muy delgado y se las arreglaba para combinar la calvicie con un llamativo vello negro muy denso en sus muñecas y manos. Como en las estatuas de Giacometti parecía haber sido estrujado hasta la sutil sombra de su alma. Felizmente su cuenta de gastos, al contrario que la de su colega, se extendía hasta una botella de respetable Chianti.

Desde el principio intenté un ataque audaz y había sacado la fotografía de Bond y Fleming antes de que hubiéramos terminado nuestra *lasagna*.

—¿Bien? —dije.

—Oh, muy interesante. Qué tipo tan apuesto era en esos días. Todavía lo es, por supuesto. Ésa es la mitad de su problema.

—¿Quiere decir que está vivo? ¿James Bond está vivo?

—Por supuesto. Mi estimado amigo, ¿por qué si no cree que estamos aquí?

—Pero todo este disparate de su Mr Hopkins: el Acta de Secretos Oficiales. Casi me amenazó con la cárcel.

—Ay, pobre Hopkins. Ha hecho un terrible problema con este caso, terrible. También tiene una hernia. Y una esposa anémica. Algunos hombres nacen para sufrir.

Urquhart sonrió, exhibiendo una dentadura postiza extra grande.

—No, Bond es una persona interesante. Ha tenido una prensa terrible, por supuesto, y luego las películas: no es en absoluto así en la vida real. Usted le gustaría. Quizás debería conocerlo. Disfrutó su libro, ya sabe, su *Vida de Ian*. Le hizo reír, aunque, entre nosotros dos, su sentido de humor no es su punto más fuerte. No, todos nosotros le estamos sumamente agradecidos por su libro. Hopkins está seguro de que usted huele a trampa, pero yo le dije que no se preocupara.

—¿Pero dónde está Bond y qué hace?

Urquhart rió tontamente.

—Despacio. No debemos precipitarnos. ¿Qué opina de este Chianti? «*Brolio*», no «*Broglío*» como Ian insistía en deletrearlo. Pero claro, no era realmente muy experto en vinos. Todas esas historias que solía escribir sobre champagne cuando el viejo amigo no podía distinguir el Bollinger del agua de baño.

Durante el resto de la comida estuvimos charlando sobre Fleming. Urquhart había trabajado con él durante la guerra y, como todos quienes lo conocieron, estaba fascinado por las contradicciones del hombre. Urquhart las usaba para evitar más discusiones sobre James Bond. Desde luego, mientras nos separábamos, dijo simplemente:

—Estaremos en contacto; tiene mi palabra sobre eso. Pero le estaría agradecido si cesara sus investigaciones sobre James Bond. Podrían ocasionar muchos problemas si

llegaran a los periódicos: el simple pensamiento de esto afectaría a la hernia de Hopkins.

Poco convencido acepté y, alejándome de Kettners, pensé que, entre ambos, Hopkins y Urquhart habían conseguido una hábil obra de acallamiento. A condición de guardar silencio esperaba no oír nada más de ellos. Pero estaba equivocado. Pocas semanas después Urquhart llamó de nuevo, pidiéndome que le viera en su oficina.

Era la primera vez que yo entraba en el Cuartel General construido en Regent's Park, que formaba la base del bloque «Universal Export» de Fleming. Esperaba algo realmente más grandioso, aunque presumiblemente todos los servicios secretos adoptan un cierto camuflaje indecoroso. Era un lugar de opresión kafkiana: pasillos grises, oficinas grises, gente gris. Había un par de viejas botellas de leche fuera de la puerta de Urquhart. El propio Urquhart parecía lleno de vitalidad. Me ofreció un cigarrillo mentolado, luego encendió uno para sí y tosió alarmantemente. La sala comenzó a oler a desinfectante consumiéndose y era difícil decir donde terminaba Urquhart y comenzaba el humo.

—Este asunto de James Bond —dijo—. Debe usted perdonar mi apariencia tan misteriosa del otro día. Realmente no disfruto con ese tipo de cosas. Pero he contactado con los poderes adecuados y tenemos una pequeña proposición que puede interesarle.

Hizo una pausa, tocándose un diente postizo con un barato Biro azul.

—Seré muy sincero con usted. Desde hace algún tiempo nos ha preocupado cada vez más el asunto de Bond. Usted no es de ninguna manera el primer intruso que ha tropezado con ello. Hace muy poco hemos tenido algunos sustos desagradables. Hubo varios periodistas. Ninguno de ellos ha sido tan, digamos, cooperativo como usted. Eso fue puro asesinato para el pobre Hopkins. El problema es que cuando la historia irrumpa y, por supuesto, estas cosas siempre acaban por salir, será malditamente malo para el Servicio. Parecerá otro error, otro asunto Philby^[4], sólo que peor. ¿No puede ver ya los titulares? —Urquhart elevó sus ojos hacia el techo—. Desde nuestro punto de vista tendría mucho más sentido contar todo responsablemente.

—Es decir, convenientemente censurado.

—No, no, no, no. No pronuncie esas obscenas palabras innecesariamente. Ésta es una historia de la que estamos totalmente orgullosos. Casi podría decir que es uno de los más sorprendentes y originales golpes en nuestro campo de trabajo. Sin explorarlo completamente sería difícil comprender claramente cuan notable es.

No habría sospechado tal elocuencia en Urquhart. Le pedí que fuera más explícito.

—Ciertamente. Discúlpeme. Pensé que me había comprendido. Estoy sugiriendo que escriba la historia completa de la vida de James Bond. Si está de acuerdo, veré que tenga completa cooperación del departamento. Podrá ver a sus colegas. Y, por

supuesto, haré los arreglos para que conozca a Bond en persona.

Como descubrí después, había más en los planes de Urquhart de lo que dejaba ver. Era un hombre complejo, y los años que había pasado en el trabajo clandestino le volvieron tan sigiloso como cualquiera de sus colegas. Lo que evitó decirme fue la verdad sobre Bond. Tuve que encajar los hechos por los comentarios al azar que oí durante las siguientes semanas. Parecía que el propio Bond estaba encarando una especie de crisis. Había mucha protección sobre los detalles de su problema. Ninguna enfermera estrella de cine podría haber tenido más reverente discreción de su estudio que la que Bond tenía de sus colegas del Cuartel General. Pero parecía claro que había sufrido alguna complicada indisposición durante el año previo que le había mantenido enteramente apartado del servicio activo. Los síntomas sonaban como el tipo de colapso mental y físico al que los superatareados ejecutivos sucumben en su mediana edad. Ciertamente, el septiembre previo Bond había pasado un mes en el Hospital Rey Edward VII para Oficiales en Beaumont Street bajo un nombre falso —nadie me dijo cual era—. Parecía haber sido tratado de algún tipo de hepatitis aguda y ahora estaba convaleciente. Pero, como tan a menudo sucede con esta incómoda enfermedad, todavía tenía que tomarse las cosas con mucha calma. Aparentemente esto era una especie de problema. Los doctores habían insistido en que si Bond quería evitar una nueva recaída simplemente tenía que mantener descanso total físico y mental del servicio activo y del invierno de Londres. Aparentemente James Bond pensaba de otra manera.

Insistía enérgicamente en que estaba curado y ya solicitaba volver al servicio activo. La gente parecía comprender sus inquietudes, pero el Director de los Servicios Médicos había llamado a Sir James Molony —el neurólogo y antiguo amigo y aliado de James Bond en el pasado— para respaldarle. Después de ver a Bond, Sir James se había enfurecido bastante con el Directorio. Por una vez realmente tuvieron que usar un poco de simpatía e imaginación para uno de los suyos. Había que hacer algo concreto con Bond, algo para sacar su mente de sus problemas, y mantenerle ocupado y feliz mientras se recuperaba. Según Sir James, Bond se había quejado de que «con problemas de hígado no es la enfermedad lo que te mata: es el maldito aburrimiento».

Sorprendentemente, fue M, rara vez el más comprensivo de los mortales en lo que respecta a las debilidades humanas, quien había salido con una solución por lo menos parcial.

Uno de los pocos hombres que M respetaba en todo el mundo del Servicio Secreto era Sir William Stephenson, el llamado «Canadiense Tranquilo» quien había sido el sobresaliente y exitoso jefe de la Inteligencia Británica en Nueva York durante la guerra. Desde hacía varios años este enérgico millonario había vivido en una semijubilación en el último piso de un hotel de lujo en las islas Bermudas. Tanto

Bond como Ian Fleming le conocían bien. ¿Por qué no, sugirió M, enviar a Bond a pasar una temporada con él? Disfrutarían de su mutua compañía y Bond podría nadar, disparar y navegar hasta quedar satisfecho. Sir James aprobó la idea de las islas Bermudas. El clima era ideal pero, como dijo, lo último que Bond requería eran unas vacaciones. De hecho había tenido demasiadas vacaciones. Su mente también necesitaba estar ocupada.

Fue aquí cuando del Jefe de Archivos —un distinguido catedrático de Oxford y antiguo agente que actuaba como historiador de los diferentes departamentos del Servicio Secreto— propuso la idea de que Bond escribiera sus memorias. Para él sería una oportunidad perfecta de conseguir la auténtica versión de la carrera del operador británico más famoso del siglo. Pero fue M quien indicó que Bond era el último hombre del que se esperaba que escribiera su historia. Siempre había sido bastante difícil conseguir de él el más simple informe después de una misión. Parece que en este punto Urquhart mencionó mi nombre como una solución al problema. ¿Por qué no enviarme a las islas Bermudas una vez Bond se hubiera instalado? Juntos podríamos trabajar en su biografía. Bond tendría algo definido que hacer. El Jefe de Archivos conseguiría su información. Y él y Hopkins por fin quedarían libres de la pesadilla de que un relato no autorizado de todo el extraordinario asunto de James Bond llegara a los periódicos.

—¿Quiere decir —gruñó M—, que dejaría a ese escritor publicarlo todo?

—Si no es él —parece que replicó Urquhart—, algún otro lo hará en breve. Además, todo el asunto entre usted, Fleming y 007^[5] va a figurar como una de las piezas clásicas de engaño en nuestra clase de trabajo. Ahora la oposición conoce la verdad. Es hora de que un poco de crédito vaya públicamente a donde es debido.

Según Urquhart, M es susceptible a la adulación. La mayoría de los viejos lo son. Algo renuente, finalmente acordó respaldar mi misión.

De vuelta a Londres, todo esto había parecido bastante lógico y claro. Si Urquhart me decía que Bond estaba vivo y bien y viviendo en alguna isla distante, yo le creía. Ahora, con las primeras luces de las Bermudas destellando bajo nosotros en la oscuridad, no estaba tan seguro. Los frenos hidráulicos rezongaron, el tren de aterrizaje tocó tierra; Hamilton estaba justo enfrente.

El aire nocturno era cálido y aromático. Salir de la aeronave era como el principio de un sueño. Había palmeras junto al edificio del aeropuerto, hibiscos y azaleas en flor. Por primera vez comencé a envidiar a los recién casados. Me arrastré tras ellos, sitiéndome visible y solitario. Urquhart y Londres parecían estar muy lejos. Urquhart me había dicho que me encontraría en el aeropuerto. No había pensado en preguntarle como. Estúpidamente ni siquiera tenía una dirección.

En inmigración presenté mi pasaporte. El funcionario me miró suspicazmente, luego hizo una señal a alguien detrás de él. Una atractiva joven negra vino hacia mi,

sonriendo, dijo que esperaba que yo hubiese tenido un buen viaje y ¿querría yo venir por aquí? En el exterior en la explanada del aeropuerto un negro alto estaba terminando de meter mi equipaje dentro de un gran Cadillac color dorado. Éste saludó cansinamente, me abrió la puerta trasera y luego lo condujo fácilmente por la carretera que bordeaba el mar. Intenté entablar conversación, sin mucho éxito. Le pregunté a dónde íbamos.

—Ya lo verá —dijo—, pronto estaremos allí.

El motor ronroneó al atravesar una carretera elevada. Hubo un vislumbre de palmeras, de luces que resplandecían desde el mar. Condujimos atravesando altas puertas, a lo largo de un paseo de grava y allí, ante nosotros, iluminado y destellando como aquella escena de la fiesta en «High Society», se erguía el hotel; al viejo estilo colonial, paredes rosadas, contraventanas con persianas blancas, pilares junto a la puerta. La piscina también estaba iluminada. La gente nadaba, otros estaban en la terraza. Un portero con chistera y chaleco color avispa llevó mi claramente magro equipaje de M al ascensor.

Urquhart había dicho: «Lo hacen bastante bien». Lo hacían. El baño ya estaba dispuesto, las bebidas esperaban sobre la mesa y un discreto sirviente me preguntó si había comido o me gustaría algo del restaurante. Le dije «no», pero me serví un buen chorro de Glen Grant con hielo. Sentía que lo necesitaba.

—Sir William me pidió, señor, que le diera la mejor bienvenida y le dijera que considerara este lugar como su propia casa. Cuando usted esté listo, señor, digamos en media hora, por favor llámeme y le llevaré con Sir William.

Me bañé lujuriosamente, vistiendo después un traje de verano comprado tres días antes en Aquascutum a cargo de la cuenta de gastos de Urquhart y, después de más Glen Grant, toqué la campanilla. El sirviente apareció de inmediato, conduciéndome a lo largo de un pasillo, y después abrió una puerta que conducía a un ascensor privado. Antes de subir el hombre descolgó un teléfono en el interior del ascensor.

—Aquí Augustus, señor. Subo a su invitado ahora.

Oí una débil respuesta en el teléfono. El ascensor subió, lentamente.

Al llegar arriba hubo una ligera demora, mientras las puertas eran evidentemente abiertas por un mando a distancia desde el otro lado. Cuando lo hicieron, caminé directo hacia una sala enorme, la mayor parte en sombras.

A lo largo de tres paredes, ventanas de cristal daban al oscuro mar nocturno. Junto a la cuarta pared había sillas, un transmisor de radio y dos lámparas con tulipa verde. A su luz ligeramente misteriosa pude percibir a un solo hombre a primera vista: maduro, pelo gris con una cara curtida y resuelta.

—Soy Stephenson —dijo—. Londres me ha hablado sobre usted. Me alegra que haya podido venir. Le presento al comandante Bond.

2. La juventud de un espía

Así que aquel era Bond, aquella figura entre las sombras. Hasta ese momento había dado por supuesto que lo conocía, como hace uno con cualquier personaje familiar del cual uno piensa era de ficción. Lo había imaginado como una especie de superhombre. La realidad era diferente. Había algo cauteloso y retraído en él. Sentí que estaba viendo una intrigante cara no familiar, medio oculta por una imagen que no podía olvidar.

Era una cara fuerte, ciertamente: los ojos gris pálidos y muy fríos, la boca amplia y dura; no sonreía. De alguna manera me recordaba la propia descripción de Fleming del hombre. La famosa cicatriz recorría la mejilla derecha como una falla en el terreno entre la línea de la mandíbula y el rabillo del ojo. El pelo oscuro, vetado de gris ahora, todavía caía en la auténtica coma sobre la frente. Pero había algo para lo que las descripciones de James Bond no me habían preparado: el aire de tensión que le rodeaba. Tenía el aspecto de alguien que ha sufrido y que recela del regreso del dolor. Incluso Sir William parecía tratarle con cuidado mientras nos presentaba. Nos estrechamos las manos.

—El auténtico apretón de manos seco y cálido —dije, pero Bond no rió. La frivolidad estaba claramente fuera de lugar.

Hubo un incómodo silencio, entonces Bond encendió un cigarrillo, inhalando profundamente.

—No estoy seguro —dijo—, de que le vaya a ser de mucha ayuda. Esto parece una especie de proyecto estúpido.

—¿Por qué?

—Porque no habrá mucho que pueda contarle. Y francamente, quisiera mantener los pocos jirones de vida privada que Ian me dejó.

Sir William comentó con tacto que estaba seguro de que su vida privada era lo último en que yo estaba interesado; antes de que yo pudiera objetar, había llevado el tema hacia Fleming. Bond se suavizó un poco entonces. Le pregunté cuan bien lo había conocido.

—Sumamente bien... si es que era posible conocerlo.

—¿Y usted no objetó cuando comenzó a escribir sobre usted en los libros?

—¿Lo hice, Bill?

El viejo rió, como si toda la cuestión de los libros fuera una broma privada entre ellos.

—Eso es algo —dijo Sir William— que va a requerir una pequeña explicación.

—¿Y ha dado M su autorización para que le cuente toda la horripilante historia?

—Aparentemente.

—Increíble —dijo Bond—. Bien, si *él* lo dice, no tengo objeciones. Muy al

contrario, de hecho. Me alivia que se registre la verdad sobre este pequeño episodio. Demasiada gente parece pensar todavía que estuve de acuerdo con el esfuerzo de vanidad de Ian. Si sólo conocieran los problemas que esos malditos libros me han causado.

—Vamos —dijo Sir William—. Fueron un golpe maestro en aquel tiempo. E indudablemente salvaron su vida. No está bien comenzar a quejarse porque se fueran una poco de la mano.

Bond aspiró y pareció contrariado.

—¿Cuales son sus planes? —pregunté.

—¿Quiere decir, cual es mi futuro? —Bond se encogió de hombros—. Buena pregunta. Sólo deseo conocer la respuesta. Oficialmente soy ahora demasiado viejo para el servicio activo, pero no lo sé. ¿Cuán viejo es demasiado viejo? Abel^[6] tenía cincuenta y cinco cuando fue juzgado: tres años más de los que tengo ahora. Supongo que todo depende.

—¿De qué?

—Principalmente del hombrecillo de Harley Street, Sir James Molony. Usted lo recordará. Ian escribió sobre él alguna vez. El loquero oficial del Servicio Secreto... y un gran hombre a su manera. Mi futuro está en sus manos. Le esperamos aquí en breve. Si decide que soy apto para el servicio, volveré a Londres como un relámpago.

Bajó la voz y miró hacia el oscuro océano. El faro de Lighthouse Hill destelló y se apagó.

—No es primariamente una cuestión de edad —dijo—. Lo poco que pierdes en vigor lo compensas con destreza. Lo que realmente importa es algo más profundo; si mantienes tu coraje —se giró impacientemente y me encaró—. En lo que concierne al presente asunto, me gustaría hacerlo y terminarlo rápidamente. ¿Qué puedo contarle, Bill?

—Virtualmente el lote completo. Tiene autorización total de seguridad.

—¿El Cuartel General revisará lo que escriba?

—Naturalmente.

—Eso lo hace más fácil. ¿Cuándo empezaremos?

—Mañana por la mañana si le viene bien.

—¿Y por dónde quiere que comience?

—Por el principio.

Bond era un hombre puntual —como me contó después, la puntualidad es una de las prosaicas cualidades esenciales para un agente clandestino, aunque en su caso también parecía adecuarse a su carácter—. A la mañana siguiente, a las 9.30 exactamente, mi teléfono sonó.

—Si está dispuesto podríamos comenzar ya esta truculenta tarea.

El teléfono sirvió para exagerar el acento curiosamente letárgico en la voz del Comandante.

Yo había terminado el desayuno y esperaba una segunda tostada. Bond sin embargo dejó claro que estaba ansioso por comenzar.

—¿Dónde le gustaría trabajar? —pregunté.

Tenía curiosidad por ver donde vivía, pero él dijo rápidamente:

—Oh, yo iré donde está usted. Habrá más paz en su alojamiento.

Dos minutos después sonó un golpe autoritario sobre la puerta. James Bond entró.

De algún modo parecía completamente diferente de la noche anterior: ninguna señal ahora de tensión ni de esa cautela que había mostrado entonces. Estaba en forma, ojos brillantes, positivamente despreocupado. Llevaba alpargatas, viejos pantalones de algodón y una camiseta azul oscuro muy ajada que mostraba la anchura de hombros y la solidez del pecho. No había indicio de barriga o caderas abultadas. Pero esta mañana parecía curiosamente irreal, de una forma que no lo era anteriormente; casi como si sintiera necesario representar el papel que yo esperaba. Otra cosa que tuve que aprender sobre él era hasta que punto realmente era un actor *manqué*^[7].

Habló sobre su natación mañanera. Nadar, dijo, era el único deporte del que todavía disfrutaba.

—¿Y el golf? —pregunté.

El golf, replicó, era un asunto demasiado serio para ser llamado deporte. Añadió que en realidad no había jugado mucho recientemente. Mientras hablaba, daba grandes pasos por la habitación, buscando algún lugar que le conviniera para sentarse. Finalmente, se instaló en una silla de bambú en el balcón desde donde tenía una preciosa vista del puerto. Respiró hondamente, se estiró y miró al horizonte.

—¿Ahora —arrastró las palabras—, qué puedo contarle?

—Algo que Fleming nunca mencionó es donde nació usted.

Bond se giró inmediatamente.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Le dije comenzar por el principio.

Bond sonrió, algo tristemente, e hizo una pausa antes de contestar.

—Supongo que tiene que saberlo. La verdad es que soy un nativo del Ruhr. Nací en un pueblo llamado Wattenscheid —eso está cerca de Essen— el Día del Armisticio, el 11 de noviembre 1920. No tengo, me apresuro a añadir, una gota de sangre alemana en mis venas, por lo menos hasta donde uno puede estar seguro de estas cosas. Como Fleming dice en algún sitio, mi padre era un escocés de las Highlands, mi madre era suiza.

—¿Cómo fue ir al Ruhr?

—Mi padre, Andrew Bond, era, como Fleming dice correctamente, un ingeniero que trabajaba para Metro-Vickers. En 1920, sin embargo, era adjunto del Gobierno Militar Aliado, con rango de brigadier. Era responsable de ayudar a desmantelar el imperio de nuestros viejos amigos Alfred Krupp e Hijos; desafortunadamente no se le permitió desempeñar esta muy valiosa tarea tan bien como podría haberlo hecho. Tenía su casa en Wattenscheid —yo no lo recuerdo, por supuesto, pero la vi justo después de ésta última guerra— grande, fea, un lugar laberíntico. Mi madre siempre dijo que la odiaba. Aparentemente me tuvo allí debido a un choque de trenes. Ella lo tenía todo dispuesto para tenerme en Inglaterra, pero repentinamente fue imposible partir. Para cuando el choque fue solucionado yo había llegado. El daño, como se dice, estaba hecho.

—¿Pero fue un daño? ¿Le ha causado alguna vez algún problema?

—¿Ser oficialmente un Kraut nativo? Oh, ciertamente. Los departamentos del gobierno pueden ser muy recelosos de tales cosas en sus registros. En una época pareció que arruinaría mis oportunidades en la Royal Navy. También, creo que siempre me ha hecho ser muy susceptible con nuestros amigos, los alemanes. Podríamos decir que no me preocupo por ellos. Reacción bastante ilógica. Probablemente todo surja de este accidente de nacimiento. Pero todavía no me gustan.

Una vez Bond hubo aclarado la cuestión de su nacimiento, pareció relajarse. Sugirió que ordenásemos café, sólo y cargado: siempre una buena señal identificativa suya, como los lectores de los libros de Fleming recordaran. Durante el resto de la mañana nos ocupamos de los hechos básicos sobre los Bond. Fleming, quien solía aburrirse mucho con las familias, había pasado predeciblemente rápido sobre la ascendencia de James Bond. Aparte de algún hipotético diálogo en *Al Servicio Secreto de Su Majestad* sugiriendo que James Bond podría descender de los Bond que dieron su nombre a Bond Street —rechazado por el propio Bond como «el más completo disparate»— todo lo que revela son los hechos desnudos de los padres de su héroe. El padre, Andrew Bond, provenía de Glencoe en Argyll, mientras que la madre, Monique, era una Delacroix del cantón suizo de Vaud.

Me sorprendió ver que James Bond estaba evidentemente orgulloso de ser escocés, hablando nostálgicamente de la casa de piedra en las Highlands que era todavía el centro de la familia. Dijo que las únicas raíces que sentía estaban allí.

—Siempre me he sentido emocionalmente escocés. No me siento demasiado cómodo en Inglaterra. Cuando muera he pedido que mis cenizas sean esparcidas en Glencoe.

Habló mucho sobre los primeros Bond, gente dura, belicosa, que siguieron a los MacDonalds y habían vivido en Glencoe durante generaciones. Tres Bond, todos hermanos, fueron masacrados en Glencoe durante la matanza de 1692^[8]. Luego los

Bond conservaron su enérgica independencia; durante el siglo dieciocho prosperaron, mientras que en el diecinueve produjeron un misionero, varios distinguidos doctores y un abogado. Pero, como muchas familias de las Highland, los Bond se agarraron a su identidad como escoceses. Habían evitado ser suavizados como los Lowlanders. Todavía veían Glencoe como su hogar. Los hombres permanecían corpulentos y salvajes. Uno de ellos, el bisabuelo de James Bond y tocayo suyo, ganó una V.C. con la Infantería de Highland ante Sebastopol. Su espada todavía cuelga en la Mansión de Glencoe. Otros Bonds varones fueron menos impresionantes. Uno de ellos, el Tío-abuelo Huw, bebió resueltamente hasta la muerte a mitad de los treinta. El Tío-abuelo Ian fue expulsado de la universidad por disparar a sus libros de leyes una noche con un revolver calibre 45. El presente cabeza de familia, el tío de Bond, Gregor Bond era un hosco y ebrio viejo caballero de ochenta y dos años.

Según James Bond, los hombres de su familia tienden todos a ser melancólicos. De este lado de la familia heredó su cualidad encerrada y melancólica. Hay mucho granito en James Bond. También consiguió la dureza y determinación de la familia mezclada con una sólida dosis de calvinismo. Los Bond, como auténticos escoceses, creían en la culpa, cuidaban mucho el dinero y en la necesidad de que cada hombre se probara a sí mismo.

El padre de Bond, Andrew, era un auténtico Bond. Extremadamente dotado parecía una especie de dechado de virtudes durante su juventud: premios escolares y capitán de juegos en Fettes, fue a Aberdeen para estudiar ingeniería con éxito considerable. Cumplidos los veinte cuando comenzó la guerra, se unió a los Ingenieros Reales, sobrevivió al Somme y fue trasladado al personal de Ian Hay en Gallipoli. Aquí perdió un brazo pero ganó una Orden de Servicios Distinguidos y también una admiración para toda la vida hacia los turcos. Cuando la guerra terminó, era un brigadier interino y se unió al Gobierno Militar Aliado para supervisar el desmantelamiento del Ruhr, una tarea que debía haber satisfecho a este joven ingeniero puritano.

Pero la auténtica pasión en su vida eran las montañas. La escalada se ajustaba a su naturaleza vigorosa, y a finales de 1913 el guapo joven ex-brigadier pasaba su primer permiso en tiempo de paz escalando las montañas que había soñado: en los Alpes Suizos. Intentaba olvidar el horror de la guerra, pero hizo más de eso. Encontró una esposa.

Dondequiera que estuvieran, los Bond eran grandes románticos, y el matrimonio de Andrew fue acorde con el personaje. Así como Garibaldi vio a la mujer con la que se casó por primera vez a través de un telescopio, así Andrew Bond captó el primer vislumbre de su futura esposa a medio camino subiendo una montaña. Ella estaba al final de una cordada de montañeros ascendiendo el espectacular pico, las Aiguilles Rouges, sobre Ginebra. Las condiciones de escalada eran horribles. Desde abajo,

Andrew Bond admiraba el tesón de los escaladores. Cuando, después, al ir a felicitarles, se encontró con que la escaladora final era joven, femenina y sumamente bonita, su destino quedó sellado. Como el de ella. Nada le disuadió: ni el hecho de que ella tuviera apenas diecinueve, ni que su familia se opusiera al enlace, ni que ya estuviera oficialmente comprometida con un banquero de Zürich que le triplicaba la edad. El mismo espíritu que había inspirado al viejo James Bond contra los rusos en Sebastopol urgió a su nieto por la muchacha que amaba.

Los Delacroixs eran ricos y obstinados y algo tradicionalistas. Su reacción ante el pretendiente manco de su hija fue predecible. De haber poseído Andrew Bond un ápice de tacto podría todavía habérselos ganado. El tacto era, ay, uno de sus varios defectos. Después de una tormentosa entrevista con el hombre que deseaba hacer su suegro, le dio un breve ultimátum, que fue rechazado, y salió echando pestes de la gran casa blanca, golpeando las ornadas puertas de entrada detrás de él. Dos días después, él y Monique se fugaron.

La escapada fue causa de años de amargura que ayudaron a agriar gran parte de la infancia de James Bond. Monique fue instantáneamente rechazada y desheredada sin el franco suizo proverbial. Andrew, a cambio, no dejó nunca que el nombre Delacroix fuera pronunciado en su presencia. De ahora en adelante haría sus escaladas en los Pirineos. El nacimiento puntual de un hijo y heredero, el hermano mayor de James, Henry, nueve meses después del día de la boda, supuso poca diferencia. Los Bond y los Delacroix no se hablaban.

Esto fue una lástima, especialmente para Monique. Bonita, muy animada y frívola, claramente encontró los primeros días de matrimonio lejos de ser fáciles. Aparte del bebé y de su mutuo amor por las montañas, ella y su formidable esposo tenían poco en común y, como estuvo pronto embarazada nuevamente, el alpinismo no parecía aconsejable. La fuga había sido la gran aventura de su vida. Una vez concluida comenzó a extrañar Suiza, la bonita casa grande en Vaud y la cálida, tranquilizadora corriente de fondos de Papá Delacroix. Probablemente le habría ido mejor con su sexagenario de Zürich.

Como siempre en tales casos, uno se pregunta como dos seres humanos pueden haberse equivocado tan dolorosamente uno sobre otro. ¿Cómo podía ser Andrew Bond el tipo de marido que ella requería? Él era profundamente serio y solitario, un ingeniero dedicado y con algo de puritano. Peor todavía, no tenía dinero. Sus antiguos patrones, Metro-Vickers, estaban dispuestos a que volviera. Había un trabajo para él en Birmingham. Monique, por primera, pero no última vez, armó un escándalo. Andrew cedió; para mantener feliz a su joven esposa, aceptó su traslado al Alto Mando Aliado en Alemania. James Bond nació el otoño posterior a su llegada.

Debería haber sido una niñez idílica para dos muchachos pequeños. Sus padres les adoraban y ellos tuvieron todo: amor, comodidad, juguetes y seguridad. En aquel

país derrotado, eran como príncipes jóvenes y mimados. La casa de Wattenscheid tenía sus propios terrenos y estaba llena de sirvientes, niñeras, perros y caballos. Pasaban los veranos en la costa del Báltico o en el Rin, las Navidades en Glencoe donde todos los Bond se reunían y permanecían hasta Nochevieja como el anticuado clan tribal que eran.

Aquí fue donde James Bond vio a su abuelo paterno, el viejo Archie Bond por primera vez. Le aterrorizó; y el viejo hablaba un escocés tan cerrado que el niño, que ya hablaba el alemán mejor que el inglés, podía comprender poco de lo que decía. También estaban los tíos malvados, los hermanos de su padre: el empapado de whisky Gregor y el rico pero muy avaro Ian. Pero la única pariente a la que ambos adoraban eran la única hermana de su padre, su Tía Charmian: la dulce, triste Charmian, casada tres semanas, cuyo esposo había muerto en Passchendaele. Vivía en Kent, cultivaba dalias y creía en Dios.

James adoraba a su madre; desde luego, cuanto más desesperaba ella de él, él más la amaba. Incluso hoy James Bond todavía guarda su miniatura a su lado, y la mira como un parangón femenino. Cuando la describe usa palabras como «fresca», «alegre», «irresistible». Ni sus *affaires*, su desafecto ni su salvaje extravagancia pueden ajar su recuerdo.

Los matrimonios infelices frecuentemente producen niños devotos; los Bond no fueron ninguna excepción. La familia se mantenía junta por sus tensiones. James amaba a su padre pero no podía hablar con él de nada importante, adoraba a su madre, pero no podía perdonarla por rechazarle. En los años que vendrían muchas mujeres iban a pagar el precio de este rechazo.

Incluso de niño, James encontraba que la vida tenía ciertas compensaciones. Una era su fuerza; después de cumplir los ocho encontró que siempre podía batir a su hermano en una pelea frente a frente... y lo hacía muy a menudo. Otra era comer; llegó a ser conocido como un niño glotón y, durante un período, estuvo extremadamente gordo —como Fleming nota, incluso de adulto James Bond permanece adicto a las dobles porciones de todo con lo que disfruta—. Pelear y comer y los largos paseos con su perro: esos eran los consuelos del joven James Bond.

Otro aspecto de su juventud fueron los continuos traslados que acaecían: los Bond eran trotamundos. Después del rechazo de Monique a establecerse en Birmingham, Andrew aceptó una sucesión de misiones en el extranjero para la Metro-Vickers cuando dejó de estar adjunto al Gobierno Militar. De Alemania se trasladaron a Egipto, donde Andrew trabajó como consultor durante tres años en el proyecto de la presa de Asuán en el Nilo. Ahora James tenía cinco años y, tal como en Alemania, probó ser adaptable en su elección de compañeros de juegos. Pronto tuvo su pandilla privada de pequeños muchachos de la vecindad, la mayoría de ellos egipcios. James

parecía no encontrar dificultad en comunicarse con ellos, o en afirmar su liderazgo. Siempre había sido grande para su edad. Los hermanos Bond tuvieron una anciana institutriz francesa. James podía eludirla, y día tras día vagabundeaba por la ciudad con su pandilla de golfillos de la calle. A veces jugaban a lo largo del río correteando por las riberas y viviendo de su ingenio. Otras veces se escapaban a la plaza del mercado, pillando dinero donde podían y jugando con otras pandillas.

Con Andrew lejos día tras día y Monique ocupada con un nuevo admirador, a nadie parecía importarle qué le sucedía al muchacho. Debió aprender algo más que nociones de árabe —mucho, y lo lamenta, enteramente olvidado— y con su oscuridad parecía haberse convertido casi en un muchacho árabe. Uno de sus recuerdos más extraños de este período es el de una tarde en que esperaba con sus seguidores a las afueras de un gran hotel en El Cairo, observando llegar los automóviles. Repentinamente un Rolls negro y amarillo apareció. De él salió su madre seguida por un hombre gordo con monóculo. James lo reconoció como un contratista armenio que había visitado la casa para negocios con su padre. El hombre parecía tan basto que no podía imaginar qué hacía su madre en su compañía. James la llamó, pero la lista de Mrs Bond no quiso reconocer a su hijo. Al día siguiente, cuando le preguntó a su madre qué hacía en el hotel, se puso furiosa, insistiendo en que había estado en casa, ordenando a James que se fuera a su habitación por la insolencia.

Esta fue, como Bond dice irónicamente, su primera lección real sobre el corazón femenino.

Finalmente, parece que hubo algún tipo de crisis familiar —los muchachos ahora ya estaban acostumbrados a ellas— y, con el motivo de que el calor de El Cairo era malo para la salud de su esposa, Andrew Bond fue transferido una vez más: esta vez a Francia. Para Andrew, cuanto peor iba su matrimonio, mejor iba su carrera, y ahora se había convertido en uno de los hombres clave de Metro-Vickers en las plantas eléctricas que construían por todo el mundo. Una vez más tomó una gran casa para su familia —esta vez junto al Loira, no lejos de Chinon— y una vez más el mismo viejo patrón pareció reafirmarse, con todos los erráticos altibajos de una familia desgraciada. Teóricamente eran bastante ricos, pero nunca sobraba dinero. Monique era más salvaje que nunca. Los sirvientes venían y se marchaban.

Francia le agradó a James. Aprendió el idioma, le gustaba la comida e hizo muchos inesperados amigos: los bateleros del río, el borracho del pueblo, el gendarme y la madame que regentaba el café del pueblo. También se enamoró por primera vez: con la hija del carnicero, una desarrollada muchacha con ojos color endrina de doce años, quien lo rechazó por un muchacho mayor que tenía una bicicleta.

James Bond permaneció en Francia un año; luego su mundo cambió de nuevo. En

1931 la Metro-Vickers se las arregló para ganar un contrato sin precedentes del Gobierno Soviético para construir una cadena de plantas eléctricas alrededor de Moscú como parte de la política de Stalin para la electrificación de Rusia. Inevitablemente, Andrew Bond fue expedido con el grupo de avanzada de ingenieros británicos. Tres meses después envió a buscar a su familia.

El representante de Metro-Vickers en París había reservado para los Bond un coche cama de primera clase y Bond puede recordar todavía los pequeños detalles del viaje: la rara excitación de comer con su madre en el coche restaurante, los guantes blancos de los camareros, el agua mineral y la lámpara para leer al lado de su cama. Mientras el tren rugía hacia el este en dirección a la frontera polaca, puede recordar caer dormido por lo que Fleming llamaba «el arrullante crujido del maderaje en la salita», luego despertar soñoliento para oír a los mozos gritar los nombres de las estaciones alemanas en la noche. Esto era Europa, la gris planicie prusiana mientras amanecía, Varsovia a la hora del desayuno. Aquella tarde observó que el tren deceleraba y pasaba los postes con rayas rojas y blancas que marcaban la frontera rusa.

James vio entonces su primer policía ruso: un silencioso hombre grande con uniforme azul oscuro y gorro con estrella roja que verificó sus papeles. Mozos con capas grises ayudaron a la familia a abordar el Expreso de Moscú, una reliquia magnífica de los días anteriores a la Revolución. Una vez más los Bond tuvieron su propio compartimento: esta vez con lámparas de tulipa rosa y apliques de cobre victorianos. En el coche restaurante, como visitantes extranjeros con problemas, comieron incluso mejor que la noche anterior; fue aquí, por cierto, donde Bond descubrió su amor de toda la vida por el caviar. Todo esto hizo la llegada al día siguiente a Moscú una especie de shock.

Las familias británicas habían sido apiñadas en Perlovská, un pequeño lugar a treinta kilómetros de Moscú. Para las normas rusas la casita de madera que se dio a los Bond era el colmo del lujo; para Monique era atroz. No había tiendas, ni vida nocturna ni ninguna diversión. Con el invierno llegando, la vida era poco prometedora. Había hambrunas en el país.

Con diez años, James Bond recibió una impresión de la Rusia Soviética que nunca ha cambiado realmente. En su interior todavía cree que ésta es una tierra de campesinos hambrientos, ciudadanos acobardados y una todopoderosa policía secreta. Estas conclusiones debieron de parecer dramáticamente confirmadas por los sucesos que presenció en los primeros meses de 1932.

Los historiadores todavía discuten las causas del llamado juicio Metro-Vickers de aquel año, cuando varios de los principales ingenieros del proyecto de la estación generadora fueron juzgados en Moscú, acusados de sabotaje.

Para la familia Bond, agrupada en su congelada Perlovská, todo fue

espantosamente real. El amigo de Andrew Bond, el ministro Tardovsky, ya había sido arrestado. Había rumores por todas partes. Entonces los seis ingenieros británicos — los Bond les conocían personalmente— fueron llevados a la temible prisión de la Lubianka, por la policía secreta. Pareció un milagro que Andrew no estuviera entre ellos.

A lo largo de las desesperadas semanas del juicio que siguió, James Bond iba a convertirse en uno de los pocos occidentales que vivió una purga rusa de primera mano; quienes le condenan por su anticomunismo deberían recordar esto. No ha olvidado las familias asustadas, la espera sin esperanza, el frío temor del próximo movimiento de la policía.

Andrew fue una especie de héroe, siempre en movimiento entre el Kremlin, la Embajada Británica y la Lubianka, informando a los abogados y ayudando a mantener el ánimo de los prisioneros. Monique era menos resistente. Como James Bond dice, era más fácil para su padre: él tenía algo que hacer. Monique sólo podía esperar. Bajo la tensión y la privación del campo, su salud sufrió y sus nervios empeoraron. Ella no podía dormir, se quejaba de dolores de cabeza y suplicaba que esposo les sacara de Rusia. Firmemente le dijo que no saldrían hasta que los juicios hubieran terminado.

Durante este período, James Bond tuvo un extraño vislumbre del futuro. Varios de los ingenieros acusados habían sido liberados bajo fianza y esperaban en el complejo de Perlovska que el juicio comenzara. James, junto con la mayoría de los de nacionalidad inglesa, estaba con ellos. Repentinamente apareció un automóvil, una gran limusina de aspecto oficial. De él salió un alto e impecablemente vestido joven inglés, mirando a todo el mundo como si estuviera a punto de entrar en algún club de St James. Sonando distinguidamente aburrido, se presentó a sí mismo. Era un corresponsal de Reuter, enviado desde Londres para el juicio. Su nombre era Ian Fleming.

Las dos cosas sobre él que se clavaron en la memoria de James Bond fueron su traje —de cuadros atroces, los cuales no se habían visto antes en Moscú, dejando aparte Perlovska— y su serena desenvoltura. A pesar de sí mismo, James Bond quedó muy impresionado, y allí y entonces cambió de opinión sobre ser ingeniero cuando creciera. Considerándolo todo, parecía que era una apuesta mejor ser periodista.

Aunque debía permanecer en Perlovska durante el juicio, James lo oyó todo sobre éste de su padre. Fue por él que conoció el exaltado discurso de Vishinsky, el vitriólico fiscal ruso. Cuando los veredictos fueron anunciados supusieron un triunfo para Andrew Bond. Todos salvo dos de los ingenieros fueron absueltos. Andrew fue felicitado por su compañía y señalado para promoción. Todavía más importante para los Bond, su prueba había terminado. La misión Metro-Vickers fue retirada de Rusia. La familia regresó por fin a casa.

Con Andrew designado para la oficina principal, tomó una casa en Wimbledon, 6 North View, una monstruosidad de resonancias victorianas que daba a un campo comunal. Aquí los Bond se establecieron para el verano. Debían parecer una familia rara y extravagante. Andrew tenía treinta y ocho, pero parecía mucho más viejo, su cara de facciones marcadas y gran nariz estaba ahora arrugada y baqueteada por los últimos años. Los dos muchachos también debían tener las marcas de su ordalía. Ellos, también, parecían mayores para su edad y ambos parecían peculiarmente fuera de lugar entre los niños de sus acomodados vecinos. Iban singularmente vestidos. James Bond atribuye su subsiguiente conformismo en el vestir a las ansiedades infantiles sobre aquel asunto. Todavía recuerda a otros niños riéndose de su *lederhosen*^[9]. También dice que se sintió claramente extranjero aquí en Wimbledon. No estaba acostumbrado a oír inglés hablado: él y su madre generalmente conversaban en francés. Como resultado, se sintió dolorosamente indeseado. Aunque de vuelta en Inglaterra, era tan forastero como siempre.

Pero el miembro de la familia que lo pasó peor fue indudablemente Monique. Durante los largos meses en Rusia ella había aguantado, porque debía. Los muchachos dependían de ella. Ahora que todo esto había acabado, se rompió en pedazos. Su gusto por la vida le había abandonado. Una fotografía tomada ese julio da una idea de lo que sucedía. La cara es todavía hermosa pero blanca y ojerosa, el fino pelo prematuramente gris y hay una mirada huidiza en los ojos.

El hermano de James, Henry, es el único que parecía intacto por la vida. Los dos muchachos entraron al término del verano en el Kings College School. Esto fue una especie de medida provisional, ya que Andrew, posiblemente como un gesto contra la riqueza de los Delacroix, había inscrito a los muchachos en Eton cuando nacieron. Pero la escuela era conveniente, apenas cinco minutos atravesando el campo comunal. Henry se acomodó y pronto se convirtió en un alumno favorito. James era difícil y encerrado en sí mismo. Entonces vino el desastre que marcó su vida.

Comenzó con el colapso nervioso de su madre a finales de aquel julio. Había estado actuando peculiarmente durante algún tiempo, quejándose de que los rusos la perseguían y que había visto a varios policías secretos soviéticos de Perlovská observando la casa desde el campo comunal. Entonces una noche se puso furiosa y trató de apuñalar a Natasha, la devota criada rusa de los Bond. Afortunadamente, Andrew Bond estaba en casa. El doctor vino y Monique fue enviada al sanatorio de Sunningdale. Pronto pareció recuperarse, pero el especialista aconsejó un cambio. Instigado por éste, Bond decidió que había llegado el momento de olvidar el pasado, hacer las paces con los Delacroix y llevar su esposa a casa. Debió haber sido una decisión difícil para un hombre de su naturaleza orgullosa.

James Bond recuerda cómo su padre les vio a él y a su hermano cuando salieron de King's Cross para pasar sus vacaciones de verano en Glencoe. Fue una situación emocional. Andrew Bond les aseguró que se llevaba a su madre a Suiza y que cuando ella volviera estaría curada y feliz. Prometió que los días de vagabundear habían terminado; la familia se instalaría y se amarían mutuamente. Fue un discurso inusual para un hombre tan reticente.

Los muchachos habían estado en Glencoe aproximadamente tres semanas cuando al volver un día de los páramos se encontraron la casa alborotada. La Tía Charmian había llegado repentinamente desde Londres. James Bond recuerda que su abuelo estaba llorando. La visión era tan inusual que le llevó un tiempo comprender lo que su tía estaba diciendo. Los muchachos debían recoger sus cosas. Debían ser calmados y sensatos. De ahora en adelante ambos vivirían con ella en su casa de Kent. Había habido un accidente espantoso... escalando en Suiza... sus padres habían muerto.

Fue Henry quien se derrumbó y lloró. James Bond sorprendió a todos por su autodominio. Dice que de alguna manera extraña estaba preparado para lo que había sucedido. Cuando su padre les había visto al salir de King's Cross hacía tres semanas, sabía que no volvería a verle. Entonces recordó las palabras de su padre: «Debes mirar por ti mismo, chaval. Si tú no lo haces nadie más lo hará».

La muerte de los padres de James Bond permanece como un misterio hasta el día de hoy, aunque su hijo gradualmente ha reconstruido algo de lo que sucedió. Parece que Monique había vuelto con sus padres como estaba planeado. Después de una reconciliación emocional —su padre estaba particularmente afectado por su condición— había permanecido durante varias semanas en el hogar de su infancia en el Vaud. Entonces Andrew llegó para buscarla; al decir de todos hubo una amarga disputa entre el esposo y la familia. Todas las recriminaciones y resentimientos acumulados explotaron. Andrew gritó que el lugar de Monique estaba de vuelta con él y sus hijos. Sus padres insistían, igual de energicamente, que ella debía permanecer con ellos, culpando a Andrew del estado en que se encontraba. Como tan frecuentemente sucede en tales broncas, la única persona que ambos lados olvidan es aquella por la que están peleando. Durante el tumulto Monique huyó de la casa.

Pasó algún tiempo antes de que su ausencia se descubriera, y todavía más antes de que alguien encontrara que había cogido un coche y conducido hacia Ginebra. Andrew la persiguió. Rastreó el coche hasta Chamonix. Allí lo encontró junto a una cafetería. El propietario del café dijo que había visto a la mujer que lo conducía dirigirse hacia la montaña. Andrew Bond supo entonces donde encontrar a Monique; la gran montaña que dominaba el valle era la peña de las Aiguilles Rouges.

Era pasado mediodía y Monique hacía más de dos horas que había comenzado con ella. Pero recordaba el ascenso por la cara escarpada de la montaña donde la había visto por primera vez hacía tantos años. Monique hacía su última escapada.

Debía estar ascendiendo con desesperación. La ruta que tomó era una que normalmente es para montañeros bien equipados, totalmente preparados y formando cordada. A pesar de esto, casi alcanzaba la cima de la montaña cuando su marido la alcanzó. Estaba agachada sobre un reborde muy cerca del final de la montaña.

Ahora había gente observando desde el valle. Mediante binoculares podían ver el equipo rosado que ella vestía marcado contra la masa roja de la roca. Podían ver a su marido acercándose lentamente hacia ella y, durante un momento, pareció como si la persecución continuara. Era casi el crepúsculo.

Los observadores en el valle vieron juntarse a las dos figuras en la montaña. Evidentemente Andrew trataba de persuadirla para bajar. Finalmente ella lo hizo; la manchita rosada comenzó a moverse hacia él, lentamente a lo largo de la escarpada cara de la roca.

Si trató de agarrarla, si se lanzó ella misma o tropezó nadie lo sabrá nunca. James Bond cree que ella no podía encarar ni dejar a su esposo ni volver con él. En cualquier caso, estaban juntos cuando cayeron y lo que quedó de ellos fue enterrado en el cementerio de la aldea bajo la montaña.

Algo que trajo la situación fue sacar lo mejor de Tía Charmian. Era eficiente, práctica y tranquila: la única que lo era. Quedó bastante claro que nadie en Glencoe podría hacerse cargo de los dos muchachos y se mantuvo inflexible en que los Delacroix lo hicieran. Ella fue quien marchó a Suiza y se ocupó de que su hermano fuera enterrado con la mujer que tan desastrosamente había amado. También se las arregló para convencer al viejo Delacroix que ella era la mejor persona para cuidar de los dos muchachos.

Pett Bottom no está lejos de Canterbury. Ésta es una parte espléndida de Kent, a unas diez millas del mar, un paisaje de grandes valles, colinas suaves y huertos fértiles.

El nombre Pett Bottom —que inevitablemente apela a Ian Fleming^[10]— es antiguo: Pett en anglosajón es bosque. La pequeña casa de Tía Charmian está todavía junto al linde del bosque, a unos cien metros de una pequeña posada rural, «El Pato».

Hay algo totalmente admirable en la Tía Charmian. En los dos muchachos Bond había encontrado algo de lo que carecía su vida —un propósito— y ésta ligeramente gordeta y gentil mujer se dedicó a ellos con toda la resolución de su familia.

A principios de aquel otoño, Henry fue a Eton como estaba previsto. Hubo inevitablemente fuertes presiones sobre Tía Charmian para enviar a James a una apropiada escuela preparatoria, «para meter algo de sensatez y algo de conducta en su joven cabeza», como lo expuso Gregor Bond. Ella resistió: furiosamente. Como escribió a ambos pares de abuelos: «*Si James es enviado lejos de nuevo, después de*

todo por lo que ha pasado, tendremos un problema en nuestras manos para el resto de nuestras vidas». Para evitarlo, dijo que le mantendría con ella en Pett Bottom, y prometía que le prepararía para el examen de Eton. Finalmente todos estuvieron de acuerdo. Tía Charmian era una mujer persuasiva.

Ciertamente fue enteramente gracias a ella que James Bond pasó el examen de entrada en Eton y se unió allí a su hermano Henry a finales del otoño de 1933.

Como la descripción de la vida en el estado natural dada por Hobbes de Malmesbury, la carrera de James Bond en Eton podría resumirse como «breve, desagradable y brutal». Ciertamente no es un período de su vida a la que recuerde con orgullo ni mucho lamento, y fue evidente desde el día en que entró allí que no era la escuela para él. A pesar de todo esto, lo extraño es que Eton puso su marca en él. Desde luego, en algunos aspectos, parece un muy típico etoniano.

Desde el comienzo se convirtió en un rebelde. Fue una equivocación ponerle en la casa de su hermano. Henry fue previsiblemente exitoso y se había adaptado bien a la sociedad de la escuela; James estaba una vez más a la sombra de su hermano mayor. Como resultado, pronto reaccionó contra todo lo que su hermano parecía representar. Rehusó trabajar. Veía las camarillas de los muchachos mayores como esnobismo, las tradiciones de la escuela como tediosas charadas. Armó un escándalo contra el sistema de servidumbre y fue contrario al uniforme. Los contemporáneos que me escribieron diciendo que era «taciturno y reservado» parecen haber dado en el clavo. Dice ahora que una vez más se sintió un completo extraño en esta cerrada sociedad de clase alta y que durante la mayor parte de su estancia en Eton fue muy solitario.

James Bond probablemente exagera. Es difícil verle siendo victimizado por nadie. A los catorce era enorme para su edad: ya casi medía metro ochenta de alto, apuesto y con claro autodomínio. Los muchachos mayores parecían tratarle con precaución. Al poco disfrutaba de un cierto status y tenía unos pocos amigos cuidadosamente escogidos, todos ellos de fuera de su casa. Todos eran miembros de lo que él llamaba «el elemento irrecuperable» de la escuela, y la mayoría de ellos tenían reputación, como James, de ser «bribones».

El camarada favorito de Bond era un muchacho apellidado Brinton, apodado Burglar^[11]. Era un año mayor, embarazosamente guapo, con la fresca, *mondaine*^[12] sofisticación del cosmopolita rico. Él y James congeniaron. Durante las vacaciones, James visitó su mansión en Shropshire y luego fue invitado a la casa de su padre en París. Aquí, con su apariencia y su dominio del francés, Bond impresionó al padre de Burglar. Fue este viejo rico calavera quien descubrió el talento natural del muchacho para las cartas y su amor al juego. Respaldó a los dos muchachos cuando jugaban al bridge por dinero con sus ricos amigos parisinos. La locura por la canasta había

comenzado; James Bond se unió totalmente a ésta.

El *père*^[13] de Burglar introdujo a Bond a sus primeros Morlands Specials y también le dio su primera degustación de la vida de los muy ricos; algo que, a su manera, James Bond ha buscado y rechazado desde entonces. Le gustaba el sentido de estilo de los Brintons: el piso lujoso, las bebidas, la ropa, los sirvientes y los automóviles; particularmente le gustaron los automóviles. El padre de Burglar no solamente era rico, también era indulgente en exceso. Como agasajo final prestó a los muchachos su gran Hispano-Suiza *café-au-lait* y un chofer, enviándolos hacia Monte Carlo para unas vacaciones de una semana con estilo. En teoría el chofer conducía; en realidad los dos muchachos se turnaban detrás del volante y Bond consiguió su primera experiencia en lo que ha permanecido un placer que no ha disminuido: conducir un poderoso automóvil rápido a través del Continente. También tuvo su primer vislumbre de un casino. El padre de Burglar se unió a ellos en Monte Carlo. James Bond ganó 500 francos a la ruleta.

Después de todo esto, Eton parecía doblemente aburrido. En su segundo año, James Bond trabajó menos que en su primero. También comenzó a enemistarse con el tutor de su casa que lo veía como una influencia perniciosa. Pronto quedó claro que los días de Bond en Eton estaban contados. A pesar de esto, todavía está irritado por lo que considera el pobre gusto de la llamada broma de Ian Fleming sobre la razón por la cual se le pidió finalmente marcharse, la velada referencia a «algún supuesto problema con una de las camareras que cuidaban de los chicos». Bond dice que Fleming sabía muy bien que la muchacha *no* era una camarera, sino la hermana ilegítima de Burglar, una muchacha muy hermosa, mitad francesa, de diecisiete años de la que se enamoró. Ella había permanecido con su padre en Dorchester. James Bond, con quince años, tomó prestadas cinco libras y un ciclomotor de Burglar, condujo hasta Londres y llevó a la muchacha a cenar antes de regresar al colegio mayor. Fue su hermano Henry quien lo delató. Fue exactamente el incidente que el tutor de la casa estaba esperando.

3. «*Les Sensations Fortes*»^[14]

Bond había estado hablando toda la mañana. Yo estaba sorprendido. Después del ritual espectáculo de reluctancia de la noche anterior, había esperado tener problemas para conseguir que hablara; muy al contrario. Desde luego mostraba todos los síntomas de alguien que ha carecido de auditorio demasiado tiempo; ahora que tenía uno, nada lo pararía. Era claro y metódico, preciso en los hechos y bastante desinhibido sobre sí mismo. Después de mi primera desfavorable impresión, me encontré que comenzaba a gustarme.

Era casi la una en punto cuando finalmente apareció y sugirió que deberíamos tomar un trago abajo en la terraza. Tenía su lugar favorito cerca de la piscina, bajo la sombra de las carnosas hojas verdes de varias palmeras. Cuando llegamos, las parejas salían de la playa para ir a comer; me divirtió la manera automática en que sus ojos grises seguían los bien formados traseros de las muchachas. Ninguna de ellas parecía darse mucha cuenta, pero me pregunté como hubieran reaccionado de haber sabido la identidad del delgado hombre de cabellos gris acero que las contemplaba tan profesionalmente.

La visión de carne femenina relajaba claramente a James Bond. Sonrió para sí, se recostó en la tumbona donde estaba sentado y, del bolsillo de su camiseta, extrajo un objeto familiar: la famosa pitillera metálica. La abrió con una floritura, ofreciéndomela.

—El primero hoy —dijo—. Espero que no espere Morlands Specials. Oficialmente lo he dejado, pero uno no puede ser demasiado estricto sobre estas cosas. Son lo último en bajos en nicotina de Virginia. Será mejor que le advierta que tienen un sabor repugnante.

—Fleming hubiera sufrido un shock —dije.

—¿Después que me hacía fumar setenta al día? Exageró en eso, ya sabe... así como en otras muchas cosas. Era un tipo extraño. Con los cigarrillos estoy seguro de que fue una excusa para su propio exceso en fumar... le gustaba pensar que había alguien que fumaba aun más que él. De hecho yo nunca he sido hombre de más de dos paquetes al día y eso sólo en momentos de tensión.

—¿Y beber?

—Oh, en eso tenía razón. ¿Qué decía? ¿Que yo bebía media botella diaria de licor? Nadie puede llamar a eso excesivo. Incluso James Molony dice que sería un error cortar el alcohol totalmente. Quizás con su autoridad respaldándonos, ahora deberíamos hacer algo para extinguir la sed.

—¿Sacudido y revuelto^[15]?

Bond rió.

—Precisamente.

Por la telepatía que identifica a los mejores camareros en los mejores hoteles, Augustus esperaba nuestro pedido, justo cuando James Bond terminó de hablar. Estaba intrigado por ver como Bond le trataba. De hecho dio la orden tal como Fleming ha descrito con la voz cortante y precisa del hombre que sabe exactamente lo que quiere y está habituado a conseguirlo: el vodka helado, el vermut francés especificado por el nombre, la rodaja única de corteza de limón. Me pareció que había un toque de parodia en la actuación: Bond interpretando el papel de Bond; pero parecía indiferente a eso y asintió tranquilo a Augustus cuando llegaron las bebidas. Fleming había tenido razón. Como él decía, era un hombre que obtenía un placer casi quisquilloso atendiendo a las minucias de la vida.

Mientras bebía, tuve una oportunidad para observarle cuidadosamente. Era, si cabe, más alto y ligeramente más delgado de lo que había esperado; los brazos bajo las mangas cortas, nervudos más que musculosos. Sus pantalones vaqueros eran anchos, su pelo lo llevaba un poco largo. ¿Qué pensaría cualquiera de él en una primera impresión? ¿Un administrador colonial aquí en permiso convaleciente? ¿Un playboy maduro entre matrimonios? Sólo la cara podría hacer que uno se preguntara sobre ese bronceado rostro escocés cuya dureza parecía estar fuera de lugar entre los frondosos alrededores.

—¿Comerá hoy, Comandante? —preguntó Augustus.

El comandante asintió.

—¿La mesa habitual?

Bond asintió con un gruñido. Contuve el impulso de sonreír.

—Debe disculparme —dijo James Bond—. Soy una criatura de rutinas. Una cosa peligrosa en mi profesión, pero creo que aquí no hace ningún daño.

La mesa habitual resultó ser la mejor del Hotel: ubicada bien alejada de la piscina y a la sombra de unos grandes hibiscos, habitados por colibríes. Claramente los pájaros encantaban a Bond, ocupaban la mayor parte de su atención por lo que fue más difícil conseguir que continuara con la historia de su vida. Una vez más hizo el pedido:

—Siempre pido langosta con coco y zumo de lima, y ensalada de aguacate; luego quizás algunas guayabas y café Montaña Azul. ¿Le acomoda? Lo usual, para dos, Augustus.

Cuando llegó la comida, la comió a gusto. Le pregunté sobre ser arrojado de Eton. ¿Cómo reaccionó Tía Charmian?

—Oh, era maravillosa, aunque yo sabía que estaría amargamente disgustada. Verá, la querida anciana tenía la firme idea de que yo estaba infectado por lo que ella solía llamar «la maldición de los Bond», y que su tarea en la vida era salvarme de ella. Cuando entré en Eton pensó que al fin sería un caballero. Ahora que me había marchado bajo sospecha, ella pensaba que realmente iba a echarme a perder.

—¿No se enfadó?

—No. Eso era lo maravilloso en ella. Nunca me culpó. Nunca se culpaba a sí misma. Me hizo sentir fatal. Hubo bastante jaleo en la familia sobre mí. La gente de mi madre parecía pensar que yo debía ir a Suiza y vivir con ellos. La familia de Glencoe parecía a favor de enviarme a prisión. Como compromiso finalmente fui empacado hacia la antigua escuela de mi padre, Fettes. Me gustó después de Eton, permanecí allí hasta los dieciséis, luego quedé harto. Se decidió que era tiempo de un traslado. A la Universidad de Ginebra. Y aquí fue donde realmente empezaron los problemas.

Bond explicó que la extraña decisión de estudiar en Ginebra partió de los Delacroix. Desde el episodio de Eton el viejo Delacroix había seguido presionando para que pasara algún tiempo en Suiza. Finalmente James Bond sugirió la idea de estudiar en la universidad como una especie de compromiso. Los Delacroix lo pagarían pero él naturalmente tomaría habitaciones cerca de la universidad; pero ahora James Bond estaba ansioso de tener su independencia. Sobre todo, quería la oportunidad de vivir su propia vida libre de la aglomeración de la vida comunal de un internado.

Sorprendentemente; le gustó Ginebra. Uno dice «sorprendentemente» porque la remilgada y formal ciudad difícilmente es el fondo que uno asocia con Bond. Y aún así, tan pronto como llegó se sintió como en casa. Parte de la explicación puede ser que era medio suizo, y parte que aquí experimentó repentinamente la libertad por primera vez en su vida. Pero había otra cosa de Ginebra que le atraía, y él estaba de acuerdo con Ian Fleming sobre el tema. Para ambos tenía lo que Fleming llamaba una «cualidad a lo Simenon: la cualidad que hace que un escritor de thrillers quiera tomar un abrelatas y averiguar qué hay detrás de las fachadas, detrás las grandes familias que mantienen el estandarte de Calvino ondeando tras las cortinas de encaje en sus fortalezas de la Rue des Granges, los secretos detrás de las rejillas de bronce de las grandes corporaciones bancarias suizas, el alboroto oculto detrás de la hermosa cara blanda del país».

Eso era entonces Suiza para Bond y estaba fascinado por ello. Tomó dos habitaciones con una respetable dama suiza sobre una pastelería en el Quai Gustave Ador. En teoría, se suponía que la buena señora le vigilaría estrechamente tanto para la universidad como para la familia. De hecho, James Bond pronto usó sobre ella el encanto que funcionaba infaliblemente con ancianas damas de todas las nacionalidades; al cabo de un mes tenía a *Fraü* Nisberg comiendo en su mano. Por primera vez en su vida se encontró libre para hacer exactamente lo que quisiera.

Trabajó, un poco, lo suficiente en cualquier caso para satisfacer a la universidad. Asistió a clases de psicología y leyes y leyó muy ampliamente. Por otra parte, se divertía. Desde el mismo comienzo, se mostró muy autosuficiente. Era

completamente egoísta. Aparte de las muchachas, no tenía necesidad de otras personas en su vida, y era extraordinariamente resuelto en la manera que iba tras lo que quería. Aquel primer invierno en Ginebra cayó enamorado de los deportes propios de la estación.

Como con su golf, James Bond no era un esquiador elegante. Era demasiado salvaje para convertirse en una estrella. Pero tenía un vigor totalmente excepcional y amaba correr riesgos. Cerca de Chamonix hay una famosa pista de esquí, la llamada Aiguilli de Midi, que en su día fue la prueba suprema de todos los internacionales de alta categoría. Uno de los jóvenes instructores del club de ski de la universidad la mencionaba constantemente. Era un joven vanidoso y desagradable a quien le gustaba fardar ante los novatos. Estos incluían a Bond, que oficialmente estaba todavía en la clase de los principiantes. Bond se resintió con él. Éste, a su vez, aprovechó toda oportunidad para burlarse de Bond. Después del final de una sesión de entrenamiento durante la cual el instructor se comportó más odiosamente de lo usual, Bond decidió que ya había tenido suficiente. El instructor se había burlado del estilo de James Bond, o de su carencia, y dijo que debería intentarlo en el Aiguilli de Midi; entonces vería cuánto tiempo duraba.

—Bien —dijo James Bond—, intentémoslo.

El instructor dijo que era imposible; Chamonix estaba a dos horas conduciendo desde Ginebra y él sólo estaba bromeando. James Bond replicó que nunca bromeaba. Temprano a la mañana siguiente los dos se pusieron en camino. Para cuando hubieron alcanzado lo alto del telesquí, el instructor le rogó a Bond que recuperara la sensatez. Se disculpó por parecer burlarse de él. Haría cualquier restitución que le agradara. Pero debía comprender que si intentaba el Aiguilli muy seguramente se mataría. Bond no respondió nada, excepto preguntar si él quería ir primero o segundo. El instructor, pensando que Bond necesitaría ayuda, dijo que le seguiría.

—Como guste —dijo Bond mientras comprobaba sus esquís.

El comienzo del Aiguilli es espectacular. Hay una caída recta de más de una milla entre las estrechas cimas de la montaña; desde aquí el esquiador pasa entre rocas y grupos de pinos para luego zambullirse bajando hacia el valle. El peligro viene de la pura velocidad del descenso; después de esa primera caída los esquiadores se abalanzan a velocidades que se acercan a sesenta millas por hora. Mantener el control a tal velocidad es una prueba suprema de nervios y habilidad.

Bond se puso sus gafas protectoras y, sin mirar atrás, se lanzó. Hasta el día de hoy no está seguro de cómo sobrevivió. Algún instinto de generaciones de montañeros debió ayudar a preservarle; también su fuerza y su suerte de principiante. Durante la primera escalofriante milla del descenso creyó que se había pasado. No tenía ningún control; nada excepto la voluntad de permanecer vivo. Pero entonces comprendió que estaba ganando. Su mente estaba muy clara. La cercanía de la muerte agudizaba sus

reacciones; por primera vez disfrutaba la única droga a la que siempre ha sido adicto: el peligro.

El resto del descenso fue una experiencia de puro regocijo que nunca ha olvidado. Al pie de la ladera no esperó al instructor, y nunca habló con él nuevamente; ni siquiera regresó jamás a la clase de los principiantes.

Pero este alarde fue importante para James Bond. Una vez hubo saboreado tal excitación necesitaba más. Desde ese momento, la vida se convirtió en una persecución de tales extremos. Fue por esta época cuando conoció a un estudiante ruso llamado Gregoriev: un joven borracho y violento de barba negra. Era un anarquista y Bond disfrutaba oyéndole despotricar contra la sociedad, la moralidad y todas las fuerzas de su llamada civilización. Algo en el interior de Bond estaba de acuerdo con él y a menudo ambos bebían juntos hasta bien entrada la noche. Fue durante una de estas ebrias sesiones que Gregoriev introdujo a James Bond en la ruleta rusa. Sacó un oxidado Smith and Weston calibre 32, puso una única bala, giró el tambor, lo puso contra su frente y apretó el gatillo.

Bond le preguntó por qué lo hacía. La respuesta de Gregoriev fue proveer a James Bond con una especie de lema para los meses que siguieron.

—Ah —dijo Gregoriev— «*mais j'adore les sensations fortes*»^[16].

Como jugador, Bond podía apreciar la lógica de Gregoriev pero él amaba la vida demasiado para seguirle. Cuando el ruso le ofreció el revólver él lo rehusó. Ahora tenía otras maneras de encontrar *les sensations fortes*.

Una era a través del esquí. Ahora que había conquistado el Aiguilli nada podía sujetarle, y pronto se ganó una reputación como el esquiador más salvaje de la universidad. Cuando estaba escribiendo los sucesos descritos en *Al Servicio Secreto de Su Majestad*, Fleming quedó impresionado al descubrir que Bond había bajado la pista Cresta en un bobsleigh por aquella época. Bond también escalaba bajo las condiciones más arriesgadas. Todo era una manera de probarse a sí mismo y de disfrutar *les sensations fortes*. Pero Bond insiste en que corría estos riesgos por la clara alegría de vivir y se indignó cuando un psiquiatra sugirió que sufría de un agudo deseo de morir. Fleming lo comprende aquí. En *Dr. No* escribe sobre la «habitual fe ciega en que ganaría el duelo». Bond dice que esta fe nunca le ha abandonado.

Aunque había otros móviles detrás del montañismo de Bond que Fleming no comprendió. Bond escalaba porque su padre lo hacía. A veces lamentaba amargamente que Andrew Bond hubiera muerto. En *Desde Rusia con amor*, Fleming le describe volando sobre los Alpes y, mirando hacia abajo, imaginándose de nuevo como joven adolescente, con el extremo superior de la cuerda en torno a su cintura, asegurándose contra la cima de una chimenea de roca de las Aiguilles Rouges. Lo que Fleming no sabía era la batalla emocional que había tras la escalada. Mientras miraba hacia abajo desde la aeronave, Bond no tenía los recuerdos nostálgicos en que

Fleming parecía pensar. Estaba recordando una antigua batalla muy privada en la que se había forzado a seguir una cierta ruta por la ladera en un intento de apartar los fantasmas de sus padres muertos.

Durante sus primeros meses en Ginebra, Bond había desarrollado su apetito por la vida. Era insaciable. La misma gula que le había hecho un glotón de pequeño iba dirigida ahora hacia fuera y estaba hambriento de experiencia. Una de sus amigas iba a compararle con el personaje de Nora en *Casa de muñecas* de Ibsen: siempre esperando que algo *wunderbar*^[17] sucediera. Pero aquella primera Pascua en Ginebra, parece que este «algo *wunderbar*» finalmente hubiera llegado.

Fue al comienzo de abril. El trimestre había terminado, pero James Bond no tenía ninguna prisa en dejar Ginebra. Disfrutaba la alborotada rutina de la vida con la vieja *Fraü* Nisberg; disfrutaba el silencio de su habitación con sus vistas al lago; disfrutaba de la cocina de *Fraü* Nisberg. Le había dicho a Tía Charmian que estaría de vuelta con ella para la Pascua, pero el pensamiento de Inglaterra secretamente le deprimía: su tiempo gris, su pésima comida y toda esa aburrida y triste gente. Ni siquiera el pensamiento de la querida Tía Charmian evitó reconciliarle con Inglaterra. Reconocía la inquietud detrás de su sonrisa. A ella le preocupaba que estuviera a la altura. Y su hermano Henry estaría allí. Hubiera querido más bien no verlo. Así que James Bond decidió permanecer en Ginebra unos pocos días más.

Al día siguiente de tomar esta decisión, fue despertado por el ruido de la bocina de un automóvil afuera en la calle. Era algo inusual en aquella soñolienta calle lateral y Bond, quien se había acostado tarde, intentó ignorarlo. El ruido continuó. Finalmente Bond, con los ojos nublados, miró por la ventana. Allí en la calle estaba la brillante silueta de un Hispano-Suiza *café-au-lait*. En el asiento del conductor, pulsando firmemente el claxon, estaba su amigo Burglar. Bond olvidó su cansancio. Olvidó la Pascua e Inglaterra. En media hora estaba vestido, empacado, desayunado y sentado al lado de Burglar dirigiéndose a París.

Aunque Bond había mantenido poco contacto con los Brinton desde que dejara Eton, seguía tan fascinado como siempre por los ricos. Desde aquel viaje previo a París, se había quedado con la idea del dinero como fuente de libertad, fascinación y excitación; en suma, para aquellas sensaciones fuertes que ansiaba. Ahora tenía una nueva oportunidad para probarlas, pues Burglar le quería para pasar la Pascua con él. Sin un segundo de vacilación Bond aceptó.

Fue un día memorable con el gran automóvil acelerando hacia París a principios de la primavera. Se detuvieron en Macôn donde comieron *Poulards comme chez soi*^[18] en el Auberge Bressane. Burglar insistió en el champagne. Cuando se dirigían hacia París, le prometió a Bond que tendrían una noche memorable. Bond, ligeramente bebido, aceptó. Y así sucedió aquella noche que Fleming ha descrito como «una de la más memorables de su vida».

Como entusiasta lector del viejo *Continental Daily Mail*, Bond recordaba los anuncios del *Harry's Bar*. Éste parecía la cumbre de la sofisticación y fue por allí donde comenzaron. Bebieron más champagne. Cenaron con estilo en *Fouquets* —a cuenta del *père* de Brinton—. Inevitablemente, preguntaron donde podían encontrar una mujer.

—Nada que no sea lo mejor —dijo Bond.

—Naturalmente —dijo Burglar.

En aquel momento el más notorio, si bien no el más elegante, burdel de París, era el *Elysée* situado en la *Place Vendôme*. *Le Chabanaif* era más salvaje, *Le Fourcy* disfrutaba todavía de la reputación de los desaliñados esplendores de la *belle époque*. El *Elysée* era diferente. La soberbia mansión del siglo dieciocho estaba decorada como un club de Londres completo, con portero de librea incluida, fumadero con sillones de piel y biblioteca que olía a humo de puro donde estaba estrictamente prohibido hablar. El único aspecto inusual del lugar era la presencia de muchas muchachas bonitas sin nada encima.

Aunque ahora claramente bebido, Bond parecía tratar toda la situación con esa seguridad en sí mismo que uno esperaría en... digamos Burglar. El nombre Brinton les aseguró la entrada. Según Fleming, Bond todavía era virgen. Bond, en interés de la estricta exactitud, insiste en que técnicamente eso no era totalmente cierto. Pero concuerda en que fue la primera vez en que disfrutó del verdadero placer que cobraría tanta importancia en todas sus siguientes aventuras.

—Hasta entonces no había sabido realmente de qué iba.

El nombre de la muchacha era Alys. Era de Martinica: baja, ligeramente rellena, recatada y experta en las artes del amor. Rió tontamente ante él —revelando así hoyuelos y pequeños dientes perfectos—, alabó su apariencia, admiró su virilidad y, en una habitación de 500 francos en el segundo piso, le dio el coraje para realizar honorablemente lo que, por su naturaleza, todavía no le era conocido. Como una ocurrencia tardía ella le robó su cartera. Contenía 1.000 francos, un pasaporte y fotografías de sus padres. Bond notó su pérdida justo mientras se marchaba.

Fue estúpido por parte de la muchacha, pues el *Elysée* era respetable. Así como sus clientes. Ninguno de ellos iba allí por el placer de perder carteras. Ninguno de ellos quería problemas. Así que cuando James Bond, agresivo, ultrajado y parcialmente bebido ahora, noqueó al portero de librea y comenzó a llamar a gritos al gerente, el gerente llegó. Su nombre era Marthe de Brandt.

Aunque olvidada ahora, Marthe de Brandt era famosa en su época. Hija de un juez y una famosa cortesana, era algo más que la ramera exitosa en que se convirtió. Era hermosa, desenfrenada y ambiciosa. Era también indudablemente inteligente y bien educada. A los veinte era rica, a los veinticinco, famosa. Gracias a la generosidad de De Combray, el rey del armamento, logró capital suficiente para abrir

su propio establecimiento. Gracias a sus propias atracciones, hizo del lugar algo excepcional en la vida del placer de París. Fue idea suya llamarlo Elysée como el palacio presidencial. Fue también idea suya basar la decoración en un club de Londres. A los pocos meses de abrir, se había convertido en el centro no oficial de la élite política de Francia.

Como muchas de su clase, Marthe de Brandt era una especie de espía. No era difícil para ella conseguir información de sus invitados y era de mero sentido común que la vendiera al mejor postor. En la época en que James Bond la conoció no había cumplido los treinta y había pasado un poco la flor de la vida; pequeña, muy rubia, con una boca decidida y ojos saltones. Era muy rica. Hasta donde uno puede ser preciso en tales cosas, trabajó principalmente para las potencias orientales.

Es difícil saber qué puede haber visto tal mujer en el joven James Bond. Difícilmente el sexo: debía haber tenido suficiente de eso. Ni el amor: la idea parecía absurda. En aquel momento la explicación general era que quería alguien a quien corromper, y si por corrupción en este contexto uno se refiere a enseñar a un joven toda forma conocida de sexo, entonces Marthe de Brandt le corrompió. Pero había más en la relación que eso. Ambos debían haber encontrado algo que necesitaban el uno en el otro. Para James Bond, ella puede haber sido el equivalente amoroso del recorrido en el Aiguilli. Para ella, el precoz muchacho inglés era probablemente el hijo que quería.

Lo extraño es que se prendó de él de inmediato. Incluso el joven Brinton se sorprendió por la apologética manera en que la famosa mujer lo trató, reprendiendo al desafortunado portero, convocando a la muchacha y, después de abofetearla en la cara, despedirla en el acto. Luego Marthe de Brandt prometió a Bond que se le devolvería su propiedad a la mañana siguiente, cuando hubiera terminado sus investigaciones.

Bond pasó la noche en el piso de Brinton en el Bulevar Haussmann. Cuando despertó un mensajero le había traído ya un sobre. Dentro estaba su cartera. Contenía dos billetes nuevos de diez mil francos; también una carta de Marthe de Brandt invitándole a cenar.

El resto de aquellas vacaciones de Pascua es algo de lo que Bond no habla. Sus amigos, los Brintons, le veían poco. Como su Tía Charmian. Marthe tenía un pequeño piso en la diminuta Place Furstenburg junto a la Rue Jacob. Durante los meses siguientes éste se convirtió en su hogar.

Él la obsesionaba como ningún hombre lo había hecho antes. Ella le obsesionaba como ninguna mujer lo haría de nuevo. Su estudios se resintieron; así como el negocio de ella. Ninguno de ellos pareció notarlo. El *amour fou*^[19] entre Marthe de Brandt y su joven inglés se convirtió en la comidilla de París.

Era un affaire como el de Chéri. Ella le consentía y mimaba. Él parecía ser su

criatura. Durante aquella primavera parisina iban juntos a todas partes: a ver las carreras de caballos en Longchamp —donde él se aburría—, a ver la carrera de las veinticuatro horas de Le Mans —donde él quiso conducir— y al último espectáculo de Le Boeuf sur le Toit —donde, por primera vez en su vida, sintió celos—. Bebían mucho, peleaban mucho y amaban mucho. Ella le encargó los trajes a un famoso sastre de la Rue de Rivoli, le consiguió lecciones de boxeo con Charpentier. Cuando se aburrían, conducían hacia Antibes donde ella tenía una villa recubierta de wistarias oculta entre los pinos. Le compró el famoso Bentley con el sobrealimentador Villiers. Fleming relató los detalles de la compra ligeramente equivocados; incluyendo, por supuesto, la fecha, una del número de inexactitudes que ha provocado la subsiguiente vergüenza de Bond.

A pesar de su diferencia de edad, parecían ser una pareja bien conjuntada; ella era muy pequeña y encantadora y como una muñeca; él muy alto y maduro para su edad. Durante aquellos meses llevaron una existencia encantada, casi inconscientes de los demás. La Tía Charmian escribía ansiosas cartas hasta que el viejo Gregor Bond le dijo que él se ocuparía. El padre de Burglar intentó advertirle sobre una mujer como de Brandt. Una noche, mientras cenaban en el atestado Restaurant des Beaux Arts, oyeron gritar a un americano borracho «Aquí está la adorable Marthe y su caniche inglés». Era un bien conocido pendenciero llamado Sailor Hendrix. Bond le golpeó muy fuerte entre los ojos, luego le empujó la cabeza en su sopa de cebolla.

En otra ocasión pensó que le había sido infiel con un amante anterior, una distinguida figura de la Bolsa de París. A la noche siguiente ella invitó al hombre a su apartamento y le hizo mirar mientras hacía el amor con Bond.

De hecho sólo había un hombre en la todo París que podía interponerse entre ellos. James Bond lo conoció al principio de aquel verano. Su nombre era Maddox. Era un singular, seco, hombre con gafas de edad totalmente indeterminada, duro como una bota de preguerra de ejército, y muy rico. Bond lo conoció a través de los Brintons. Parecía un típico extranjero rico, un coleccionista de pinturas de mujeres bonitas, gourmet e ingenioso y amigo de muchos políticos. Oficialmente, era el agregado militar en la Embajada Británica. Extraoficialmente, dirigía el Servicio Secreto Británico en Francia. Como antiguo amante de Marthe de Brandt, había observado el éxito de Bond con interés. Hombre metódico, lo había investigado como asunto de rutina. Entonces decidió que debería conocerle mejor. Pero Maddox era un témpano. Habiendo conocido a James Bond, hizo lo que a menudo hacía con la gente que pensaba podía serle útil: lo mantuvo cuidadosamente lejos, pero vigilándole estrechamente.

Maddox estaba siempre orgulloso de su capacidad para usar gente inverosímil para su trabajo. Buen juez de carácter, solía afirmar que rara vez había sido defraudado. Solía hablar de su «bodega» de agentes potenciales. «Dejadles madurar

—decía—. Esperad hasta que estén listos para ser bebidos». Para James Bond este momento llegó más rápido de lo que Maddox había esperado.

A principios de 1937 el Servicio Secreto Británico encaró una crisis repentina. Durante el pasado año las energías del gobierno se habían dirigido a cementar lazos con Francia y a desbaratar las estrategias de los grupos de extrema derecha proalemanes y antibritánicos, que luego formarían el principal soporte de Pierre Laval y la Francia de Vichy^[20]. Los británicos habían estado teniendo considerable éxito. Mientras la amenaza alemana crecía, había habido cierta discreta cooperación entre los altos mandos franceses y británicos, quienes extraoficialmente intercambiaban planes e información. Todo esto era alto secreto, pero en enero llegaron informes a Londres de que esta información era conocida en Berlín. Los rumores llegaron a París y pronto publicados en la prensa ultraderechista. Siguió una negativa oficial del gobierno francés.

Dos días después cayó la bomba. Un periódico de Berlín publicó fotografías de documentos del Alto Mando francés con comentarios de generales británicos. Fueron repudiados por los franceses, pero en París la ultraderecha puso el grito en el cielo. Se decía que el Presidente estaba apenado y, entre bastidores, toda la política de cooperación militar entre Francia y Gran Bretaña parecía ahora amenazada. Maddox recibía frenéticos mensajes desde Londres. Sin embargo la fuga de documentos había sucedido, debía encontrarse y bloquearse. Inmediatamente. Maddox tenía varios sospechosos. Uno de los principales era Marthe de Brandt. Von Schutz, el agregado militar alemán, era un habitual del Elysée. Marthe había hecho negocios con él en el pasado. Maddox fue informado que ella era la fuente esta vez. Necesitaba dinero para su amante. Él ya medio sospechaba de ella. Aún así, normalmente lo habría verificado más a fondo. No había tiempo con Londres clamando a la acción. Aquella misma tarde Maddox había cenado con James Bond.

Maddox escribió después que lo encontró bastante insufrible: arrogante, maleducado y bebía más de la cuenta —cuánto de lo dicho por Maddox fue motivado por simples celos es algo que cada cual debe suponer—. Pero Maddox no encontró dificultad en romper su arrogancia. Probablemente disfrutó haciéndolo. Parece haber jugado con la ansiedad de Bond por la búsqueda de un propósito para su vida. Afirmó haber conocido a su padre. Lo encandiló hablando y entonces le preguntó si esta vida era realmente lo que quería: ser el mantenido de una notoria furcia.

Normalmente Bond le habría golpeado como golpeó una vez a Sailor Hendrix, pero Maddox había manejado antes situaciones de esta clase. Además, no estaba bebido. Bond sí. Maddox le preguntó por qué permanecía con una mujer que le era descaradamente infiel. Bond preguntó que qué quería decir. Y, en respuesta, Maddox presentó fotografías de Marthe de Brandt con una variedad de hombres. No eran del tipo de fotos que uno disfruta viendo de la mujer que ama. Bond estaba demasiado

escandalizado para darse cuenta de que todas ellas se habían tomado por lo menos dos años antes.

Maddox sabía entonces que había llegado el momento de mencionar el patriotismo de James Bond. No fue difícil. Uno de los interpretes principales en las fotografías era reconociblemente von Schutz. Como Bond podía ver, Marthe de Brandt no sólo le traicionaba a él: traicionaba a Francia y Gran Bretaña con el huno. Maddox le planteó el daño causado ya por los documentos en Berlín. Una vez llegara la guerra, y llegaría, la acción de esta mujer podría costar cincuenta mil vidas británicas, más todavía si se le permitía continuar.

Bond estaba silencioso.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Bond.

—Me temo que tiene que morir —dijo Maddox—. La única cuestión que queda es como hacerlo. No quiero que usted se involucre o sufra daño, pero debo saber que puedo contar con su discreción... si no exactamente con su cooperación.

—¿Cuándo debe suceder esto?

—Lo antes posible.

Hubo entonces un largo silencio. Maddox fumaba suavemente un gran cigarro. Finalmente James Bond dijo:

—Yo lo haré; personalmente. No quiero que ningún otro la toque.

—No supuse que lo permitiría —dijo Maddox.

El día siguiente era sábado. El día siguiente era el trigésimo cumpleaños de Marthe de Brandt. Temía cumplir treinta. Para hacerla feliz, Bond había arreglado un largo fin de semana con ella y algunos viejos amigos en un pequeño hotel junto al Sena donde habían disfrutado frecuentemente el uno del otro en el pasado. El lugar se llamaba Les Andeleys. Hay un castillo famoso construido por Ricardo Corazón de León y Monet pintó aquí junto al río.

Bond se sentía curiosamente frío y seguro y, desde el momento en que despertó, trató a Marthe de Brandt con afecto excepcional. Se había gastado todo su dinero en un anillo —una amatista y el diamante que a ella le gustaba— y puso rosas rojas en su bandeja del desayuno. Hicieron el amor, y Marthe de Brandt parecía feliz ante la idea de su fin de semana en el campo. Durante todo el camino en el Bentley charló alegremente. Bond pensó que nunca había estado más hermosa.

Justo después del mediodía llegaron a la larga carretera de Les Thilliers. El Sena estaba a su izquierda, sus aguas reflejaban los álamos deshojados. El camino estaba vacío. En la lejana colina se erguían las ruinas del fuerte normando. El Bentley cantaba cerca de las ochenta millas por hora.

—Querido —dijo Marthe de Brandt—, odio cumplir treinta. Resulta ser tan mayor. No podría soportar ser vieja.

—Nunca lo serás —dijo James Bond.

Clavó su pie en el suelo cuando la curva se acercaba. El gran automóvil se elevó, pateó como un caballo saltando contra el borde, volteando luego lentamente hacia el río de color lila.

4. Lector luminoso

Cuando Bond hubo terminado de contarme su historia quedó silencioso. Mi primer pensamiento fue que estaba hondamente conmovido: entonces comprendí que sólo observaba los dos colibríes que todavía aleteaban como lucecitas azules contra las coralinas flores del hibisco. Ahora el sol estaba a su altura y eran lo único que se movía. La piscina vacía era de plástico azul brillante, el mar y la terraza se habían convertido en una sobrecolorada foto de un folleto de viaje. Bond sorbió su café. Sus ojos grises todavía seguían a los dos pájaros intensamente, era imposible decir en qué pensaba.

—Extraño asunto —dijo finalmente—. Aun así, me enseñó una lección que he recordado desde entonces. Nunca deje que una mujer le domine: desastre total si lo hace.

—Una lección muy drástica.

—Sí —dijo, sonriendo débilmente—. Sí, lo fue.

—¿Qué sucedió?

—¿Al automóvil? Oh, se salvó. Costó bastante, pero finalmente quedó bien.

—¿Y usted?

—Yo también fui salvado. Atravesé el parabrisas. Fue lo que hizo esto —se tocó la larga cicatriz en su mejilla—. Fleming siempre intentó averiguar como me la hice. Ahora usted lo sabe. Quedé bastante tocado en otros aspectos: varios huesos rotos, contusiones leves, pero uno flota, ya sabe. Uno flota. Fui recogido por una de esas grandes barcas del Sena.

—¿Y la mujer?

—Oh, no sobrevivió. Su muerte fue muy rápida. Todavía estaba en el automóvil cuando lo sacaron. Tenía el cuello roto. Lo irónico de todo esto fue que Maddox me contó después que fue una equivocación. No había sido ella en absoluto. El auténtico espía tenía a algún desgraciado en la Embajada Británica. Lo atraparon unos días después.

—¿No se horrorizó?

—Por supuesto. Pero no tenía sentido culpar a Maddox. Fue terrible para él, y había cumplido con su deber. Además; le debía mucho. Arregló el follón, alejó a la policía francesa, de algún modo me evitó estar implicado en la investigación. Dios sabe como lo hizo. Estas cosas son muy difíciles en Francia. Fue a través de Maddox como conseguí mi auténtico comienzo dentro del Servicio.

Intenté que Bond continuara con la siguiente etapa de su historia, pero pareció poco dispuesto. Había hablado durante mucho tiempo. Claramente necesitaba su *siesta*^[21] pero, antes de irse, prometió verme aquella noche durante la cena. Entonces continuaría con su debut en el Servicio Secreto Británico, el famoso asunto de los

rumanos en Monte Carlo mencionado por Fleming.

Antes de ir a cenar, llamé a su habitación. No hubo respuesta. Ni había ninguna señal de Bond aquella tarde. Le pregunté a Augustus si había visto al Comandante.

—No, Señor. El comandante no cenará aquí esta noche.

—¿Está seguro?

—Bastante seguro, señor. Dejó el hotel con su dama. De alguna manera no creo que el comandante esté de vuelta esta noche.

Ni había regresado a la mañana siguiente. Pasé la mañana tumbado al sol y nadando. No parecía haber necesidad de preocuparse sobre Bond. Habría sido extraño que no tuviera una mujer con él, pero me preguntaba quien sería. También me pregunté cuánto tiempo le retendría.

Mi segunda pregunta fue pronto contestada. Puntual como siempre, Bond apareció para comer, vestido como el día antes: misma camiseta, mismas viejas alpargatas, mismos pantalones vaqueros sin raya. No había, ay, ninguna señal de ninguna dama. No me ofreció ni una excusa ni una explicación por la noche anterior.

Por lo demás, la rutina siguió como el día anterior, incluso con la langosta hecha con coco y las guayabas. Bond estaba con un genio animado, charlando bastante confidencialmente sobre su regreso al servicio activo. Parecía pensar que esto podía suceder en cualquier momento. Claramente había algo en el aire; cuando le pregunté sobre posibles misiones se calló por completo. Sentí que había cometido una especie de grosería y, para cambiar de tema, pregunté sobre Maddox.

—Raro personaje: parte de la vieja guardia del Servicio Secreto. Salido directamente de Ashenden; de hecho conoció a Maugham^[22] y solía afirmar que había basado uno de sus personajes en él. Me enseñó mucho y ciertamente me influenció en esa época. El aftershave y los cigarros y toda la gente que conocía... estaba terriblemente impresionado. Era muy diferente del operador moderno; no duraría diez minutos bajo nuestra estructura actual. Pero tenía algo. Era un hombre duro, y tenía instinto para el gesto revelador. Fue bueno para mí al principio.

Después de que Bond fuera rescatado del Sena, Maddox se había ocupado de todo. El nombre de Bond fue mantenido apartado de los periódicos y el propio Bond fue instalado en una discreta enfermería en el bosque cerca de Fontainebleau. Los doctores dijeron que necesitaría varias semanas antes de que estuviera de nuevo en pie pero estaban seguros de que con su juventud y su físico no había peligro real. Lo único que descuidaron fue el corte en su cara. Cuando Maddox vio la cicatriz dejada por los puntos se puso furioso.

—No se preocupe —dijo el cirujano—. Mantiene su apariencia y las mujeres lo encontrarán irresistible.

Pero Maddox no estaba pensando en las mujeres. Conocía el peligro de una marca identificativa en la carrera que tenía en mente para Bond. Llamó a Lapointe, el

cirujano plástico suizo que más tarde trabajó con McIndoe. LaPointe hizo todo lo que pudo, pero, como dijo, había sido, como de costumbre, consultado cuando el daño ya estaba hecho.

Durante estas semanas en la enfermería Maddox fue un visitante habitual. Él y Bond hablaron largo y tendido, y Maddox fue capaz de evaluarle y aprender mucho sobre él. También le investigó por su cuenta a través de sus muchos contactos en Londres. Después de alguna vacilación, el Cuartel General había dado un «adelante» provisional.

La tarde en que James Bond dejó la enfermería, Maddox le llevó a cenar; al elegante Orée de la Forêt. La comida fue de algún modo típica de Maddox: *fonds d'artichauts au foie gras, tournedos aux morilles*, una botella de Dom Perignon y, al terminar con coñac y cigarros, planteó su propuesta. Hizo esto con gran encanto y habilidad. James Bond nunca ha olvidado al pequeño hombre, de cabeza calva como la de una rana y brillantes ojos negros, que le dio su primera introducción a la vida que iba a seguir. Era una situación a lo Fausto con Maddox interpretando a Mefistofeles. Bond tenía pocas oportunidades contra el futuro que el destino tenía reservado para él.

Maddox comenzó por darle la noticia de la inocencia de Marthe de Brandt. Bond quedó hondamente sacudido. Maddox no hizo nada para disminuir el sentido de culpabilidad del muchacho. En vez de eso, hábilmente lo explotó. Tales cosas, dijo, suceden. Bond debería olvidar todo el asunto.

Amargamente Bond le preguntó como podría llegar a olvidarlo. Había matado a la mujer que amaba; por algo que nunca había hecho. ¿Cómo podía seguir viviendo con tal carga de culpabilidad?

Maddox fue comprensivo entonces. Si Bond realmente se sentía así, había algo que *podía* hacer. Algo peligroso; algo con lo cual podría salvar incontables vidas. Aquí había una oportunidad para que Bond expiara su horrenda equivocación.

—La guerra es inminente. Ahora es cuestión de meses, no años; y hay ciertas maneras en las que puedes ayudar a tu país. Posees cualidades que podemos usar. A veces la vida parecerá glamurosa y excitante, pero debo advertirte que tus oportunidades de llegar a una confortable y anciana edad serán pequeñas.

Realmente, no había decisión que tomar. James Bond acordó trabajar para el Servicio Secreto Británico como Maddox sabía que haría.

Durante este período Maddox todavía estaba ocupado con el lío dejado por el asunto de los documentos robados. Oficialmente el incidente estaba cerrado. Entre bastidores aquello fue visto como una considerable pérdida de prestigio de los británicos; en el mundo clandestino de los agentes secretos tales cosas importan.

Los alemanes estaban exultantes; los franceses suspicaces. De algún modo los británicos necesitaban recobrar su credibilidad: con sus propios agentes, con su

aliados y, por encima de todo, con el enemigo.

Maddox era un hombre agresivo. En momentos de crisis su instinto era atacar. El principio de 1938 le vio montando varias operaciones rápidas destinadas a restaurar el prestigio y confianza de su red. Como una pequeña parte de esto, James Bond iba a desempeñar su primera misión, o como él lo llama ahora, «mi obra de aprendizaje».

Fue un asunto extravagante para el Servicio Secreto Británico en el que Maddox se involucró, aunque normalmente lo habría evitado. Pero no corrían tiempos normales y cuando Maddox oyó el caos producido en Monte Carlo por los rumanos, olió su oportunidad.

En la larga historia del gran casino ha habido sólo unos pocos jugadores notoriamente exitosos: Taylor, el jugador profesional de Wyoming que tuvo su *succés fou*^[23] allá por los grandes días de la década de 1890, Fernande, el pequeño belga y el extraordinario Charles Wells, el original «hombre que hizo saltar la banca de Monte Carlo», aunque en realidad lo hiciera hasta seis veces antes de que su suerte le abandonara. Tales hombres son considerados buenos para el casino. Son hombres espectáculo que animan a otros jugadores, aumentan las apuestas y proveen a Monte Carlo de valiosa publicidad. Los Rumanos eran diferentes. Desde su aparición a principios de la temporada previa, habían representado malas noticias para el casino.

Formaban un sindicato de cuatro, dirigido por un hombre llamado Vlcek. Nadie había oído de ellos antes, pero en la temporada que acaba de terminar habían jugado constantemente y ganado implacablemente. Nadie tenía ni idea de cómo lo hacían.

Naturalmente había habido interminables especulaciones sobre los sistemas que usarían, pero como los cuatro rumanos vivían recluidos en una villa tapiada en la carretera de Juan les Pins, se reservaban sus secretos para ellos mismos. El casino automáticamente les había investigado —supervisado su juego, verificado sus credenciales, intentado toda prueba contra engaños— sin resultado. Los rumanos, quienes quiera que fueran, estaban limpios. Y noche tras noche, como oscuros autómatas, habían continuado su juego inexorable. Contra toda probabilidad conocida habían continuado ganando constantemente. Nadie parecía saber cuánto, pero, según el informante de Maddox dentro del casino, habían ordeñado de las mesas algo más de doce millones de libras durante la última temporada.

Para el casino todo esto era mucho más serio de lo que discernía la mayoría de los del exterior. En primer lugar, la mayor parte de este dinero salía finalmente de la banca: el casino pagaba. Y en segundo, estos rumanos invulnerables habían comenzado a asustar a los grandes jugadores. La entrada cada noche de este inescrutable cuarteto en la *grande salle*, tenía una deprimente influencia en el juego.

Para la dirección era una situación angustiosa y Maddox había decidido aprovecharlo al máximo. Este rincón dorado del sur de Francia había sido desde hacía mucho un centro de intrigas. Como la mayor parte de su profesión, Maddox iba allí

frecuentemente; como era algo jugador, sabía que el casino siempre atraía ese «mundo flotante» de espías, diplomáticos y mujeres de mundo que están entre su clientela. Cualquier cosa que pudiera hacer para ayudar a la gerencia rendiría inevitablemente; Maddox sabía cuan útil podría ser tener a la poderosa Société des Bains de Mer que regía el casino, a su favor. Y no haría daño alguno si él mismo circulaba la historia de que el casino había sido salvado por el Servicio Secreto Británico.

Durante aquellas semanas en que Maddox había visitado a James Bond en la enfermería de Fontainebleau, habían jugado frecuentemente al bridge por la tarde. Para Bond era pasar el tiempo; para Maddox esto le dio la oportunidad que buscaba para evaluar el carácter y capacidad de Bond. Para el una vez jugador internacional de bridge —había representado a Gran Bretaña en el Torneo de Biarritz en 1929— Maddox creía que la mesa de juego era el lugar perfecto para revelar la fortaleza y debilidad de un adversario. En Bond reconoció algo bastante inusual. A pesar de su juventud, Bond era esa rareza: un jugador natural cuyo instinto era ganar. Incluso a Maddox le costaba su trabajo batirle; más a su favor, podía reconocer en el juego de James Bond esa combinación de osadía y vigor, memoria y rígido autodomnio que hace grandes jugadores y agentes secretos.

Toda esto hacía de Bond la elección natural para la misión que tomaba forma en la extraordinaria imaginación de Maddox. Aquello también significaba que el entrenamiento básico de James Bond en el Servicio Secreto era, por decirlo así, nada ortodoxo.

Fue devuelto a Londres con instrucciones estrictas de permanecer de incógnito. Maddox lo arregló para que permaneciera en el ahora clausurado Hotel Carlton, en la esquina de Haymarket, bajo el seudónimo de Haynes. Maddox también estaba alojado en el hotel. De vez en cuando aparecía y entonces arrastraba a Bond ante una enloquecedora sucesión de expertos médicos, expertos en idiomas y armas y hombre detrás de grandes escritorios en Whitehall. A lo largo de estos encuentros Bond siempre tuvo la incómoda sensación de que ellos sabían mucho más sobre él de lo que decían. Nadie le contó nada específico —Maddox incluso se había vuelto curiosamente reticente— pero Bond intuyó que estaba a prueba para el Servicio Secreto. Había sido elegido para una misión inusual. Su entrenamiento comenzaría en un día o dos.

Maddox le explicó todo esto cenando en un asador. También le dijo que se despedir  a de Bond por uno o dos meses. Ahora que le había iniciado en su carrera, debía volver a París donde tenía trabajo que hacer. Pero dentro de muy poco, Bond conocería a su instructor. Bond estaba empezando a aburrirse ligeramente con todo el aire de misterio.

—  Por qué la demora? —pregunt  .

—Porque está costando un poco sacarle de prisión —replicó Maddox.

—¿Prisión?

—Sí, Woormwood Scrubs. Una tipo espléndido llamado Esposito, Steffi Esposito. Americano, me temo. Y, como habrá imaginado con un nombre como ese, es un fullero profesional. Scotland Yard me ha dicho que es el mejor en Gran Bretaña.

—Debe serlo si está en Wormwood Scrubs.

—Esa no es la cuestión —dijo Maddox—. Va a enseñarte todo lo que sabe. Trabajo duro. Tienes mucho que aprender.

Bond intentó averiguar más, pero la arrugada cara de mono de Maddox estaba ahora impávida. Todo lo le dijo a Bond fue que tomara su trabajo seriamente.

—Soltarán a este Esposito nueve meses antes en tu honor.

James Bond conoció a su profesor tres días después en un piso amueblado de Baker Street^[24]. Esperaba a alguien sórdido del hampa —la experiencia de Bond sobre criminales era limitada—. En vez de eso, se encontró saludado por un hombre de cabellos grises, rollizo, impecablemente vestido, de ojos tristes y modales pomposos. Algo en él hizo pensar a Bond inmediatamente en el capellán de Eton.

—He sido informado, señor, de que debo enseñarle todo lo que sé —Esposito parecía bastante enojado por esto. Su voz tenía rastros de Nueva York y Budapest—. He intentado decirles a los tontos que sería imposible, y probablemente no ha interesado a nadie, pero la policía nunca ha entendido mi clase de trabajo. Su Mr Maddox parece estar por encima de ellos. Él y yo acordamos un curso básico para usted sobre la manipulación del mazo. ¿Puedo ver sus manos? —Palpó los dedos de Bond, probó la flexibilidad de las articulaciones y suspiró impacientemente—. Tendrá usted que trabajar. Usted, amigo mío, posee las manos de un experto en karate. En vez de eso necesitaría el toque de un virtuoso del violín. Quizás deberíamos comenzar con los temas básicos de nuestro arte. Lo llamamos Riffle Stark, una manera avanzada de mezclar las cartas para producir un modelo deseado por el que reparte. Cuando, y uso la palabra «cuando» prudentemente, cuando hayamos dominado eso podremos movernos hacia cosas más artísticas, hasta que podamos repartir nuestros ases, reyes y cualquier carta a voluntad. El objetivo, estimado Mr Bond, es hacer de esas cincuenta y dos cartas del mazo nuestras devotas servidoras.

Esposito, a pesar de toda su charla, era un profesor de hierro; durante las siguientes semanas, diez horas al día, mantuvo a Bond practicando la Riffle Stark. Bond solía soñar con cartas por la noche, pero después de diez días de este agotador trabajo, Esposito dejó escapar su primer indicio de aliento.

—Está usted aprendiendo, Mr Bond. Lentamente, pero está aprendiendo. Los

dedos se están volviendo más flexibles. Dentro de un año o dos usted podría incluso vivir de las cartas.

Pero éste no era el propósito del curso y ahora que Bond comenzaba a dominar las habilidades básicas de un fullero, Esposito comenzó a introducirle en los principales trucos del repertorio; cómo los ases podían encerse ligeramente para que el mazo se cortara por ellos, cómo las cartas podían marcarse en su dorso con una leves cortes de navaja y cómo todo el mazo podía ser minuciosamente recortado para dejar sobresalir lo más ligeramente unas pocas cartas clave.

Finalmente Bond se graduó en los aparatos de la profesión: «shiners», pequeños espejos fijados en anillos o joyas, dispositivos que podían distribuir cartas desde debajo de la manga, artefactos eléctricos que podían señalar la mano de un adversario.

Bond trabajó durante dos meses enteros en aquel piso de Baker Street. Aparte de Esposito no veía a nadie y no supo una palabra de Maddox. A pesar de eso tenía la incómoda sensación de ser observado; el tercer día de cada mes cien libras eran depositadas en su cuenta bancaria. Entonces al final de agosto, Esposito se relajó. Anunció que pronto dejarían Londres.

—Es tiempo para un poco de trabajo de campo, amigo mío.

Bond empaquetó su pasaporte, su smoking, media docena de camisas y, al día siguiente, él y Esposito tomaron el tren de la mañana para Francia. Esposito estaba en su elemento.

—Siento que puedo respirar por fin —dijo, inhalando el aire con aroma a caballa del muelle principal de Dieppe.

Vestía zapatos bicolores y un chillón traje a cuadros que hizo a Bond pensar en alguien en un hipódromo. Había ahora una desenvoltura en él que Bond no había visto antes. Habían comido juntos en el Hotel Windsor. Esposito hizo el encargo en un florido francés. Durante un rato recordó sus aventuras pasadas y a ciertos «colegas» que había conocido; relatos de golpes extraordinarios y fortunas ganadas instantáneamente y luego malgastadas sobre la tapete verde de los casinos franceses.

—Si hubiera guardado una décima parte de lo que gané, sería millonario. ¿Pero qué es dinero, mi estimado amigo? Simplemente un juego de azar. Es el juego lo que importa.

Esposito miró tristemente hacia el paseo marítimo. El mar estaba azul, las playas atestadas con regimientos de familias burguesas. Bond pensó que había llegado el momento de preguntar cuándo empezaría el trabajo de campo. Esposito revivió.

—Esta noche, amigo mío, hacemos nuestro debut. Veremos cuan buen profesor ha sido Steffi Esposito.

—¿Quiere usted decir...? —dijo Bond.

—Quiero decir que intentaremos probar nuestra suerte... y también una pequeña

habilidad. Es una idea de su Mr Maddox. Tiene la sensación de que, después de su entrenamiento, debería tener una carrera de prueba. Simplemente quiere hacerle saber qué se siente al manipular las cartas.

—¿Quiere decir que he de engañar? —dijo Bond.

—¿Engañar? —replicó Esposito, pareciendo dolido—. Por favor no use esa palabra. Yo soy un artista y he intentado enseñarle sólo un poco de mi arte. El engaño no entra en ello.

Antes que empezar a discutir, Bond preguntó donde planeaba su carrera de prueba.

—No en Dieppe. Soy conocido allí y podría ser embarazoso. Hay un lugar junto a la costa, bastante cerca de Le Touquet. Un buen hotel, un casino pequeño. Nos acomodará estupendamente. Se llama Royale-les-Eaux.

A Bond le gustó el pueblecito inmediatamente. Tenía un cierto estilo, un aire de bien alimentada tolerancia. No era presuntuoso, pero parecía la clase de lugar donde acomodadas familias francesas habían venido durante generaciones a pasar sus vacaciones. Había gordos platanales en la plaza, un ornado ayuntamiento, varios restaurantes de aspecto tentador. Había también un casino, casi un Monte Carlo en miniatura. El corazón de Bond se encogió cuando lo vio. Silenciosamente maldijo a Esposito.

Esposito estaba en su elemento. Se alojaron en el Splendide. Cenaron juntos —aunque por una vez Bond no tenía hambre—, y luego pasearon hacia el casino. Bond no pudo evitar quedar impresionado por Esposito. Mientras le seguía hacia la *salle des jeux* le recordó a un gran músico que caminara hacia el podio. La sala estaba abarrotada, y durante un momento Esposito y Bond inspeccionaron la mesa. Se jugaba alto. Royale-les-Eaux atraía una clientela exclusiva y repentinamente Bond sintió una excitación que nunca había conocido antes. Había conocido la emoción de jugar con apuestas altas con los Brintons. Esto era diferente. Experimentaba el placer prohibido del fullero listo para enfrentar su habilidad contra la mesa.

Después de aquella velada, Bond podía comprender la emoción de golpeaba el sistema nervioso. Él y Esposito jugarían al baccarat. Las apuestas eran altas —un grupo de empresarios de París tentaban la suerte y durante un rato Esposito jugó junto a ellos—. Bond también lo hizo. Jugaban cuidadosa y oportunamente. Después de media hora Esposito perdía y Bond se mantuvo igual.

Bond mantenía sus ojos sobre Esposito. Cuando los fulleros trabajan en pareja, uno es invariablemente el líder; durante esas semanas en Baker Street, Bond había aprendido a seguir a Esposito minuciosamente. Había ciertas señales por las cuales Esposito podía indicar detalles de su jugada. Repentinamente la forma en que sujetaba la cartas le dijo a Bond que estaba a punto de forzar la marcha.

La banca era mantenida por un hombre redondo como un globo con ojos minúsculos. Bond podía detectar la avaricia con la que acariciaba la barricada de fichas ante él. Las señales de Esposito le dijeron a Bond que la banca se plantaría con un cinco. Esto era algo arriesgado, pero todavía dejaría las probabilidades ligeramente al favor del hombre gordo. Hubo un murmullo de excitación cuando Esposito puso diez fichas rojas —100.000 francos— en la mesa. Era con mucho la mayor apuesta de la velada y Bond pudo apreciar la manera experta en que lo hizo. No hubo vacilación y la blanda cara de Esposito se mantuvo totalmente impávida. A la vez hizo una señal a Bond para que siguiera. Bond tenía un ocho y un nueve de tréboles: una mano razonable, pero de ninguna manera decisiva. Si Esposito tenía razón sobre la mano del banquero, Bond ganaría indiscutiblemente. ¿Pero tenía razón? ¿Cómo podía estar tan seguro?

Bond es esencialmente un jugador precavido y normalmente ni habría soñado en aceptar tal riesgo. Y aún así Esposito era muy enfático. Bond dudó. Todos le observaban y en ese momento fallaron sus nervios. cien mil francos eran unas ochocientas libras: todo lo que poseía. Cautelosamente puso cinco fichas blancas — cinco mil francos— sobre la mesa.

Todos los ojos estaban sobre el hombre gordo cuando volvió sus cartas. Un nueve de tréboles, un seis de corazones. En baccarat es la última cifra del total la que cuenta. Era un cinco, exactamente como Esposito había dicho.

Hubo ese débil murmullo de los jugadores —parte envidia, parte excitación— mientras el croupier empujaba las diez placas rojas de Esposito a través de la mesa. Bond sintió una punzada de lamento cuando sus blancas le siguieron. El juego continuó, pero su oportunidad había pasado. Esposito no hizo más señales, ni jugó fuerte de nuevo. Media hora después se levantó, dio propina al croupier, asintió hacia el banquero y partió. Cinco minutos después James Bond le siguió. Bond lo encontró en el bar. Esposito estaba riendo.

—Bien, amigo mío, ¿cómo se siente ganando ilícitamente?

Bond replicó bruscamente que lo desaprobaba. Esposito siguió riendo.

—Bien, bien, su actitud le honra mucho. Aunque era muy necesario. Su Mr Maddox fue insistente. ¿Qué fue lo que dijo... algo sobre necesitar haber sido cazador furtivo para ser un guardabosque? No comprendo esas frases inglesas.

Temprano a la mañana siguiente, Bond y Esposito salieron hacia París. Aquí contactaron con Maddox. Aquella misma tarde, Maddox y James Bond cenaron juntos en la Brasserie Lipp. Maddox parecía cansado. Las cuencas de los ojos estaban más oscuras, el pelo corto ligeramente más gris que cuando Bond lo vio la última vez. Pero parecía con el mejor de los ánimos. Ordenó jarras de cerveza de Pilsener y, mientras bebían, planificó la misión de Bond. Los rumanos acababan de llegar a Monte Carlo con el comenzar de la nueva temporada y ya estaban ganando. Maddox

había visto a de Lesseps, el gerente del casino. El pobre hombre estaba desesperado. Había solicitado ayuda a sus viejos amigos y rivales, el Deuxième Bureau^[25] francés. Uno de sus operadores más listos, un joven llamado Mathis, ya trabajaba en el casino, hasta ahora sin éxito. Los rumanos parecían más seguros que nunca. El casino estaba luchando por su vida.

Bond iba a coger el Tren Azul hacia la Côte d'Azur. Un apartamento había sido reservado para él en el Hôtel de París. Podría disponer de fondos virtualmente ilimitados. Pero estaría solo. No debía haber escándalo ni ninguna violencia; ni la gerencia del casino debía estar implicada en cualquier cosa que hiciera. Como cobertura interpretaba el papel de hijo mimado de un millonario sudafricano. Su seudónimo era Pieter Zwart. Después de su entrenamiento con Esposito iba a desafiar a los rumanos. Debía batirles o descubrir el secreto de su operación.

—¿Pero si no hay secreto? —preguntó Bond ansiosamente.

—Entonces deberás fabricar uno. Quiero a esos cuatro rumanos de vuelta en Bucarest dentro de una quincena.

En Monte Carlo, Bond estaba en su elemento. El personaje del joven Pieter Zwart le atraía. Alquiló para sí un automóvil: un Bugatti azul eléctrico. Tenía camisas de seda y champagne rosado enviado a su habitación. Sobre todo, estaba emocionado de volver a Francia y en tales circunstancias. Nunca dio al recuerdo de Marthe de Brandt más que un pensamiento transitorio.

Su primera tarde se vistió cuidadosamente, cenó bien, luego vagó durante un rato a lo largo de la Grande Corniche. La tarde era hermosa. Abajo en el puerto estaban anclados los yates de los muy ricos. Las luces de Cap Ferrat parpadeaban desde el farallón.

De regreso al palacio rococó del casino, las arañas estaban encendidas, los vestíbulos llenos, los jugadores adelantados realizaban sus primeras apuestas. Era todo totalmente irreal, pero algo de su irrealidad atraía a Bond. Estaba desarrollando una marcada aversión hacia las realidades de la vida. Tenía casi diecisiete, pero parecían unos atractivos veinticinco. Detrás de la fría máscara de su cara, se sentía incluso más viejo. Cuando Marthe de Brandt murió, algo había muerto en él. Todo lo que quería ahora era acción y el tipo de vida que Maddox ofrecía.

También estaba contento de estar solo. Ya era así como le gustaba trabajar y estaba agradecido a Maddox por comprender esto. Esposito se había quedado en París, pero quedaba entendido que si Bond lo necesitaba vendría de inmediato.

Bond ocupó temprano su lugar en la *grande salle*, ansioso por asegurarse un buen asiento y por tener una oportunidad de ver quien estaba allí. La *grande salle* estaba abarrotada y Bond jugó al entretenimiento usual de intentar distinguir al

auténticamente acaudalado de los aspirantes a ricos. Esposito le había dicho que había algo en los ojos. Bond le creía, pero todavía no estaba seguro de qué era. Se preguntó qué serían lo que sus propios ojos revelarían.

Hizo lo mejor que pudo para interpretar el papel de joven jugador extravagante, comprando medio millón de francos en fichas de la *caisse* y los apostó desatinadamente. Tuvo éxito aquí. A medianoche, cuando se esperaba a los rumanos, había malgastado ya unas quinientas libras al baccarat y comenzaba a atraer la atención. Eso era lo que quería.

Casi al dar la medianoche los rumanos aparecieron. Bond los observó cuidadosamente. Todos eran hombres bajos y morenos que vestían ceñidos trajes oscuros como uniformes. Eran serios y formidables, entrando en la sala como una compañía de bien entrenados acróbatas. Destacaban de los otros jugadores por una certeza y calma que les hacía curiosamente peligrosos. Ahora que los había visto, Bond podía comprender las inquietudes del casino. Costaría mucho detener a estos hombres.

Bond miró directamente a Vlcek. Lo único que uno podía captar era su enorme cabeza. Era completamente calvo y su piel de color papel de estraza. Sus rasgos eran inescrutables pues, como sus tres colegas, llevaba grandes gafas oscuras.

Tan pronto como apareció, se despejó un lugar para él como si fuera de la realeza. Estaba exactamente frente a James Bond. Aunque fuera imposible penetrar los oscuros pozos de las lentes, Bond sintió sus ojos sobre él. Fue una sensación incómoda y recordó el consejo de Esposito: «Vigila siempre sus ojos y siempre sonríe». Bond sonrió. Se jugaron varias manos. Vlcek era una computadora con smoking. La gran cabeza desnuda no mostraba expresión y en cada mano ganaba infaliblemente. Vlcek era una máquina de ganar.

Finalmente Bond le desafió y, mientras lo hacía, vigiló cualquiera de las incontables revelaciones involuntarias que Esposito le había enseñado a observar. No hubo ninguna. Los rechonchos dedos con el obsceno acompañamiento de vello negro manejaban las cartas mecánicamente. No hubo señal de placer mientras recopilaba sus ganancias gracias a James Bond. A las 2:30 había acabado. Los 500.000 francos habían cruzado el tapete verde de la mesa. Bond estaba limpio.

Bond hizo lo que pudo para soportar sus pérdidas como imaginaba que haría un bien educado hijo de millonario. Se encogió de hombros, dio propina al croupier y asintió hacia Vlcek, quien no hizo señal de haberlo notado. Pero cuando se levantaba de la mesa de juego una muchacha rozó su brazo. Era alta, hermosa y muy rubia. Bond se disculpó ante ella. Ella sonrió; él notó que era muy joven.

—Lamento que haya tenido tan mala suerte esta noche —dijo ella.

Bond le dio las gracias.

—Deberá intentarlo nuevamente mañana. Su suerte está a punto de cambiar.

—¿Lo garantiza? —dijo Bond.

—Ciertamente —dijo y sonrió nuevamente, una sonrisa muy especial que Bond recordaba.

—¿Estará usted por aquí? —preguntó.

—Yo siempre estoy aquí —contestó.

Bond le habría ofrecido una bebida para atraerla. No había tenido una mujer desde Marthe de Brandt. Hasta esa noche la idea le habría escandalizado pero en su ánimo actual parecía permisible. Ahora no era James Bond: era Pieter Zwart, un sudafricano rico, y acababa de perder 500.000 francos. Algo le dijo que no sería difícil conseguir llevarse a la muchacha a la cama.

Pero Bond tenía otras cosas que hacer. De Lesseps, el gerente del casino había pedido verle, y había mucho que discutir. De Lesseps tenía su oficina en el segundo piso. Bond no corrió riesgos. Dejó el casino, esperó media hora, luego regresó y usó una escalera lateral.

De Lesseps era un hombre parecido a un pájaro quien parecía agitarse mientras hablaba. Era profundamente pesimista. Explicó a Bond que había esperado que los rumanos hubieran ganado lo suficiente la temporada previa para quedar satisfechos. En vez de eso, ahora estaban de vuelta y ganaban más que nunca. El casino lo había intentado todo. No parecía haber esperanza, ninguna esperanza en absoluto.

Bond preguntó si habían investigado a los croupiers.

—Hemos investigado incluso a los encargados de los lavabos. Apenas confío en mí mismo. Tengo mis propios hombres de seguridad en cada mesa, y aún así todavía ganan.

Débilmente se sentó detrás del mayor escritorio que Bond hubiera visto nunca y, por un momento, pareció a punto de llorar. Bond se sentía avergonzado y un poco indefenso. No disfrutó con ninguna de esas emociones. Fue un alivio cuando alguien llamó a la puerta.

Bond reconoció al individuo ancho de hombros que entró como uno de los asistentes uniformados de la *grande salle*. Parecía inteligente, con una vivaz cara gala. De Lesseps le presentó como Mathis del Deuxième Bureau francés. Desde que Maddox le había mencionado que su homólogo francés estaba trabajando en el caso, lo había estado buscando.

Mathis fue perfectamente cortés pero Bond sintió un aire de condescendencia en la actitud del francés. Como De Lesseps, Mathis parecía haber investigado todo e indicó que el asunto era ahora tan serio que los «otros medios» podrían llegar a ser empleados contra los rumanos. Bond conocía suficientemente a los franceses para saber lo que esos «otros medios» podían ser. Mientras se marchaba, Mathis le preguntó cómo había conseguido conocer a la amante de Vlcek, a lo que Bond preguntó qué era lo que quería decir.

—Aquella muchacha alta y rubia con la que habló cuando dejó la mesa. Siempre está allí con él. Entiendo que usted ya lo sabía.

Bond quedó sorprendido... y molesto por el conocimiento del francés. Comentó que Vlacek le había parecido totalmente asexual. De Lesseps rió.

—¿Asexual? ¿Un rumano? Nuestras investigaciones muestran que los cuatro evitan el tabaco y el alcohol, pero consumen mujeres en grandes cantidades. Parecen pensar que el sexo ayuda a aclarar el cerebro.

—Quizás lo hace —dijo Bond.

Aunque eran casi las cuatro en el gran reloj amarillo del casino antes de que Bond se fuera a dormir, se levantó temprano. El sol ya brillaba, había un día espléndido por delante y tenía planes para usarlo. Ahora que finalmente había conocido a Mathis, estaba de buen ánimo. Le gustaba la espuela de la competición; habría un placer muy privado en demostrar a ese francés como cumplir una misión.

Primero ordenó el desayuno, que era su comida favorita del día. Durante su época con Marthe de Brandt había descubierto que un desayuno conseguido marcaba la pauta para el día. A su manera burguesa francesa, ella le había enseñado a prestar atención a tales detalles menores de la vida y dio instrucciones precisas al servicio de habitaciones: jugo de naranja fresco de dos naranjas, café sólo doble y cargado, tostada de trigo integral y dos huevos hervidos. Claramente, los hábitos que tanto fascinaron a Fleming se habían formado temprano, pues Bond incluso dio el tiempo que los huevos debían hervir: tres minutos y veinte segundos. Como Fleming notó, Bond realmente creía que existía una cosa llamada huevo cocido perfecto.

Mientras esperaba pidió una llamada a París. Acababa de terminar de comer cuando Esposito estuvo al teléfono. Bond pensó que sonaba ligeramente dolido por quedar atrás en París, pero una vez comenzó a describir a los rumanos resplandeció. Durante varios minutos Bond planteó los detalles de su jugada. Esposito hizo ciertas preguntas.

—El croupier está implicado —dijo.

—Eso pensaba —dijo Bond—. ¿Pero como lo hacen?

—Un truco muy viejo —dijo Esposito. Bond detectó un ligero toque de engreimiento en su voz mientras continuaba—. Sólo un experto lo sabría; de Lesseps debería haberlo reconocido de inmediato. No sé para qué cree que está allí.

—¿Qué debería haber reconocido?

—Las gafas oscuras. Deberían haber revelado el juego de inmediato. Han pasado años desde que oyera que lo usaran realmente, pero Matignon lo menciona en su monumental *Tratado sobre las Cartas*. Se llama el Lector Luminoso. Lo encontrará en el índice.

Durante los días siguientes, James Bond interpretó el papel del derrochador Pieter

Zwart con placer, conduciendo el Bugatti azul salvajemente, comiendo espléndidamente, jugando imprudentemente. Se comprometió a perder tres o cuatro mil libras por noche, teniendo siempre una sonrisa rápida para todos en el casino; incluyendo a Mathis, quien ahora estaba convencido de que estaba loco. También se comprometió a charlar siempre con la amante de Vlcek. Aunque muy hermosa, le pareció una sombra patética. Era inglesa y su nombre era Pamela. Reconoció el tipo y se preguntó como había llegado a involucrarse con el rumano. ¿Ella le amaba? Lo averiguaría, pero primero debía hablar con Maddox. Concluiría pronto. Hubo una predecible explosión cuando Bond llamó para decir que había dilapidado quince mil libras en cuatro días, pero Bond podría arreglárselas por este lado con Maddox. Sabía cómo admiraba la extravagancia, y confiadamente le prometió que para el fin de semana todos los rumanos estarían de vuelta en Bucarest. A cambio Maddox lo dio tres días más de «crédito ilimitado».

La muchacha fue más fácil. Le asustaba que la vieran con él durante el día, pero por otra parte parecía encantada de ser llevada en un Bugatti por un joven millonario. Bond la llevó a Menton, donde la invitó a comer en un discreto restaurante propiedad de un italiano. Después, en el pinar, descubrió que ella no amaba a Vlcek. Cuando estuvieron vestidos nuevamente ella le contó a Bond cómo había caído en sus garras: Vlcek había pagado sus deudas de juego en el casino, reteniendo sus recibos de forma que no tenía otra alternativa que estar con él. Había indicios de la brutal depravación del rumano. Bond escuchó comprensivamente. Hicieron el amor de nuevo, bebieron juntos en el Eden Roc, y Bond le aseguró que se ocuparía de sus deudas con el casino; con una condición.

El día siguiente era viernes. Disponía de dos días. Con reticencia, decidió que para mantener su promesa a Maddox necesitaba la ayuda de Mathis. Al principio el francés fue claramente escéptico con Bond y le trató con el mismo desdén cortés que había mostrado antes. También dejó claro que sus propios planes para ocuparse de los rumanos «de la única manera que queda» estaban avanzados.

—Antes que eso —dijo Bond—, déjenos por lo menos probar una pequeña corazonada mía.

Mathis preguntó qué implicaba eso.

—Sólo encontrar el mejor óptico del sur de Francia.

Mathis era eficiente. Pensó que este joven inglés ridículamente rico estaba loco; pero al final consiguió lo que éste quería. Alphonse Duverger era de Cannes. Un hombre encogido como un bastón, con una boina azul, era el oculista decano de los principales ópticos de la ciudad. Afortunadamente la firma también tenía una sucursal en Juan les Pins. Fue aquí donde Mathis lo encontró a primeras horas de la tarde. Bond explicó lo que estaba en juego y lo que necesitaba, aquello significaba una larga

noche de espera y luego un período de trabajo frenético. Alphonse Duverger hizo ciertas preguntas. Cuando Bond las hubo contestado sonrió, exponiendo una dentadura postiza ultra blanca y prometiéndole que haría lo que pudiera.

Ese viernes por la noche, Bond siguió la que se había convertido en su rutina regular, entrando en la *grande salle* antes de la medianoche, observando la llegada de los rumanos, luego perdiendo varios miles de libras con ellos. Deliberadamente evitó mirar a la muchacha, pero Vlacek por una vez pareció casi cordial. Junto a Bond había varios americanos ricos, quienes jugaban fuerte y perdían. Vlacek se las arregló para sonreír. Cuando Bond se retiró, éste le dijo:

—Por favor, no pierda la esperanza, Mr Zwart, su suerte está a punto de cambiar.

—Esperemos —dijo James Bond.

Mathis permanecía detrás de su silla. Bond creyó que le guiñaba un ojo. Iba a ser una noche de espera.

Eran las cuatro pasadas cuando el casino empezaba a vaciarse y los rumanos habían ganado suficiente. Bond estaba sentado en un Peugeot alquilado frente a la entrada principal cuando ellos salieron. Mathis se le había unido y vieron a los rumanos salir en tropel, solemnes como cuatro enterradores estreñidos. La muchacha estaba con ellos. Una gran limusina con lunas tintadas ronroneó, subieron a ella y se alejaron.

No había prisa. Les llevaría a los rumanos veinte minutos llegar a su villa. Según la muchacha, Vlacek era un amante lento. Pasaría una hora por lo menos antes de que se quedara dormido. Así que Bond y Mathis se aseguraron de que los rumanos estuvieran bien adelantados antes de salir hacia la villa. Condujeron lentamente, luego ocuparon una posición cerca de la pequeña puerta de servicio en la parte trasera; varias luces estaban encendidas. Una por una se extinguieron. A las diez y cinco la puerta de atrás se abrió. Manteniéndose en las sombras, Bond cruzó andando. La muchacha estaba esperando. Ninguno de ellos habló mientras ella le entregaba algo y luego cerraba la puerta.

Entonces comenzó la prisa. Le llevó al Peugeot tres minutos justos llegar hasta los ópticos de la Rue Marechal Leclerc. Las luces estaban encendidas y, todavía con su boina azul, Alphonse Duverger esperaba. Bond le entregó un par de pesadas gafas oscuras.

—Las lentes deben ser indistinguibles —dijo.

La boina azul asintió.

Antes de que dieran las seis, Bond y Mathis estaban seguros de vuelta en la villa. Cuando llegaron, la puerta trasera se abrió y Bond pudo devolver a la muchacha las gafas de Vlacek. Por la seguridad de ella, esperaba que Duverger conociera su trabajo.

En septiembre, las noches de los sábados en el casino eran de gala. En un intento

de reforzar la declinante fortuna del casino, de Lesseps había intentado atraer a los visitantes más ricos de la Riviera. Había habido una baile en el castillo y, mientras Bond llegaba al casino, la plaza estaba abarrotada con una pequeña fortuna en caros automóviles. El casino había sido inundado de luz, fuegos artificiales iluminaban la bahía. Había un aire de carnaval y celebración. Bond se preguntó fúnebremente si sería por él o por los rumanos.

El casino estaba abarrotado, con los ricos codeándose con los potenciales ricos para ocupar sus lugares en la ruleta; en la *grande salle* los croupiers realizaban milagros de velocidad mientras mantenían las cartas y las fichas en movimiento. Había excitación en el aire, esa excitación única del juego fuerte en un gran casino donde fortunas y vidas humanas están desesperadamente en riesgo. Las grandes cantidades parecían originarse desde un grupo de sudamericanos; hombres cetrinos con esposas cubiertas de diamantes. Bond se preguntó cómo reaccionarían ante los rumanos cuando llegara la medianoche.

Pero los rumanos llegaban tarde. Por primera vez desde que Bond había estado allí, no había señal de ellos a las 12.15. ¿Habría sido vista la muchacha? ¿Se habían despertado las sospechas de Vlcek por alguna diferencia en sus gafas? Repentinamente Bond comprendió que si había fracasado sería el fin de su carrera. Maddox podría arreglárselas de algún modo para explicar el dinero que había gastado a Whitehall. Pero no podría haber explicación para él mismo. En su negocio el fallo era el único pecado contra el Espíritu Santo.

Entonces llegaron de repente los rumanos. El barullo usual comenzó. Vlcek ocupó su lugar habitual. Hubo un silencio. El reparto se inició. Bond lo observó cuidadosamente. Vlcek tomó sus cartas y, por primera vez, Bond le vio vacilar. En vez de aquella inhumana jugada mecánica, Vlcek hizo una pausa. Y, por primera vez desde que Bond le había visto, Vlcek perdió.

Hubo un murmullo de interés. La gente estaba observando ahora. El croupier, un elegante joven de cara blanca reunió las cartas, las reemplazó en el cajetín, luego repartió de nuevo. Al sujetar Vlcek sus cartas esta vez su mano tembló, pero mantuvo su autodominio y apostó alto como siempre hacía. Bond notó dos pequeñas gotas de aceitoso sudor comenzando a caer por su mejilla. Volvió hacia arriba sus cartas: un siete. La banca tenía un «natural». Fue la tercera mano la que pareció romper a Vlcek. Ahora sudaba a chorros y puso una apuesta aún más alta sobre sus cartas. Nuevamente perdió. Entonces sucedió algo inesperado. El rumano agarró sus gafas oscuras y las arrojó. Por primera vez Bond vio sus ojos. Le miraban fijamente y estaban llenos de miedo. Vlcek trató de levantarse, pero Mathis estaba detrás de él.

—Siéntese, monsieur —dijo—, el juego continúa.

Entonces Bond sacó sus propias gafas oscuras. Duverger las había fabricado con las lentes originales de Vlcek. Bond se las puso. Las cartas fueron repartidas desde

el cajetín y Bond pudo ver finalmente el truco que había estado tan cerca de arruinar al casino. Al dorso de cada carta había claras señales luminosas: puntos para los números, cruces para los reyes, círculos para las reinas, y así. Éste era el famoso «Lector Luminoso»: con estas extraordinarias gafas oscuras, Bond podía ver la mano de cualquiera, incluso la de la banca. Podía ver cómo los rumanos habían ganado siempre.

Durante la siguiente media hora James Bond jugó la partida de su vida. Mathis mantuvo a Vlasek en la mesa y James Bond lo destruyó. Tenía unas cincuenta mil libras en fichas ante él. Bond lo tomó todo y sólo entonces Mathis dejó a Vlasek levantarse.

El acto final tuvo lugar aquella noche en el segundo piso del casino en la oficina de de Lesseps. Los cuatro rumanos estaban allí. Así como James Bond junto con Mathis y un grupo de funcionarios de alta seguridad del casino. Como policía, Mathis había estado en favor de hacer público todo el caso, pero de Lesseps lo había convencido de no hacer eso. Esto era Mónaco, Francia. La publicidad de un gran juicio sería indeseable, y el resultado podría ser indeciso.

En vez de eso, los rumanos habían accedido a devolver la mayor parte de sus ganancias y habían firmado el compromiso de nunca entrar de nuevo en un casino. Mathis podía asegurar que ellos nunca volverían a entrar en Francia.

Así que aceptaron, y Bond los vio bajar por la gran escalera y atravesar el vestíbulo por última vez. Fue un momento no sin su patetismo. La gran limusina esperaba.

Bond envió a Esposito un cable: «*Lector Luminoso triunfante*». Y mientras regresaba del escritorio para tomar una trago con Mathis, una alta muchacha rubia rozó su brazo. La bebida tuvo que esperar.

5. Víspera de Juegos de Guerra

Bond parecía haber disfrutado contando la historia del Lector Luminoso. No se podía confundir la nostalgia con la que hablaba de aquellos lejanos días.

—Así que —concluyó—, me gusta pensar que soy el hombre que salvó la banca de Monte Carlo.

—¿Pero aquello fue realmente útil al Servicio Secreto Británico? ¿Funcionó de la manera que Maddox planeó?

Bond rió de buena gana.

—Bien, sí y no. El mundo clandestino era muy diferente entonces. Había mucha fantasía y algunos personajes extraordinarios. Cuando miro atrás parece una especie de juego; pero yo lo tomaba todo sumamente en serio. Todos lo hacíamos. Maddox especialmente. Disfrutaba planificando un asunto como éste y recibió un gran impulso por su éxito. La noche siguiente a la marcha de los rumanos, él llegó a Monte Carlo. Por supuesto, estaba en su elemento. De Lesseps nos dio una cena... y vaya cena. Mathis estaba allí y la mayor parte de los directores de la Société des Bains de Mer. Yo fui con la chica de Vlcek. Maddox tenía a una actriz con él. Fue un asunto increíble. Y de alguna forma el viejo Maddox tuvo bastante razón. La derrota de los rumanos fue realmente un gran impulso a la moral de todo el Servicio. Sucedió en un momento en que necesitábamos un éxito. Ciertamente nos ganó amigos dentro del casino —después de aquello, nada era demasiado problema para ellos en cuanto a nosotros concernía— e hizo mucho por nuestro buen nombre con el Deuxième Bureau francés. A través de los años, Mathis ha sido un buen amigo, ya sabe. Aunque no estoy muy seguro de que fuera bueno para mí comenzar con un éxito como ése. De alguna manera creo que he estado pagando el precio por ello desde entonces.

Era raro en Bond permitirse esa clase de introspección. Ser dubitativo no era uno de sus defectos. Por otra parte, yo anhelaba saber cuan autoconsciente realmente era; cuan conscientemente se analizaba a sí mismo.

—¿Qué precio? —pregunté.

Bond levantó la mirada rápidamente y luego se encogió de hombros.

—No estoy muy seguro. Supongo que usted podría decir que el precio de no ser nunca como la gente corriente.

—¿Le gustaría haberlo sido?

—Por supuesto. Lo comprendo ahora, pero es demasiado tarde. Soy lo que soy. Me conozco lo suficientemente bien para saber que nunca cambiaré. Necesito esta vida: estoy enganchado a ella. ¿Por qué cree que estoy tan ansioso por esa maldita llamada de Londres? Pero a veces daría cualquier cosa por no tener que preocuparme. Y de alguna manera, sabe, culpo a Maddox de todo lo que hago.

—¿Por qué a Maddox en particular? Seguramente toda su vida ha estado apartado de otra gente. ¿Fue un intruso desde el comienzo?

—*Touché* —dijo Bond—. Por supuesto que lo era. Fui un adolescente muy confuso. Como quiera que fuera, la vida no podría haber sido tan fácil para mí, dados mis antecedentes y lo que sucedió. El punto es que Maddox vio todo esto. Lo comprendió. En su propio estilo tranquilo era un cabrón muy retorcido. Me consintió, me dio exactamente lo que yo quería, e hizo de mi lo que soy. Es sólo que ahora comprendo cuanto lo estaba disfrutando él.

Bond sonrió abiertamente, revelando unos dientes fuertes, débilmente descoloridos. Habíamos permanecido demasiado a la mesa. Al final el café se había quedado frío, los camareros habían dispuesto ya las otras mesas para la cena.

—Es hora de movernos —dijo—. Le diré qué. ¿Por qué no damos una vuelta a la isla? Allí hay un automóvil, pertenece a un amigo. Mientras conducimos puedo intentar contarle lo que sucedió. Entonces quizá comprenderá.

El automóvil resultó ser un Rolls Royce Corniche blanco. Estaba aparcado en un garaje cerrado bajo el hotel. Mientras Bond conducía, vi que toda la aleta trasera estaba doblada y un corte extenso recorría toda la longitud de la carrocería. Sobre el asiento delantero había un albornoz rosado de mujer, también un par de gafas con montura *gilt-and-diamanté*.

—Échelos atrás —dijo Bond.

Conducía con un relajado control que de algún modo se ajustaba al coche, pero parecía tener un vago desprecio por éste.

—Lástima de la forma en que los Rolls Royce se han vuelto como cualquier otro coche: ahora no es más que un símbolo de estatus para norteamericanos ricos.

—¿No le gusta?

—Todo en él es blando, ridículamente lujoso. No es como un automóvil debería ser. El último automóvil verdadero que fabricó Rolls fue el Silver Wraith de 1953. Uno de esos con carrocería Mulliner y que tienen un no-se-qué.

De algún modo era típico de Bond quejarse del lujo mientras todavía lo disfrutaba.

Le pregunté sobre sus automóviles favoritos. El viejo Bentley era el mejor. La esencia de un automóvil es que debería ser parte de uno, una expresión de su carácter. Explicó que para él un automóvil era una posesión tan personal como su reloj de pulsera o las ropas que vestía. Necesitaba ser absolutamente perfecto.

Habíamos tomado por Black Hole Lane; el océano estaba azul brillante, la isla muy dulce, como una Isla de Wigh tropical. Había una grata cualidad en ella, algo no completamente real. Lo mismo con Bond: la isla le sentaba bien. Insistió en detenerse en el antiguo fuerte de St Catherine, y durante un rato habló eruditamente de los piratas y los corsarios. Bond miró hacia el mar y habló de la ruina de la fauna, y de la

isla.

—Puedo recordar lo mismo en Europa. Es difícil, sabe, no sentirse nostálgico por aquel malo y viejo mundo. Por una parte tenía variedad. Y, por otra, uno todavía podía disfrutar de uno mismo... si uno tenía dinero y un poco de libertad. Yo tenía ambas cosas.

Regresó a las consecuencias del trabajo en el casino y cómo quizás había sido malo para él.

—Allí estaba yo, con sólo diecisiete años, recorriendo repentinamente Europa. No me quejo. Fue una gran época: un período espléndido para estar vivo. Quizás es sólo que estoy teniendo que pagar el precio por todo aquello.

Después del asunto el casino, Bond fue oficialmente enrolado por el Servicio Secreto. Fue adjuntado a la Estación P, controlado desde París y usado como operador de campo. Pero su juventud, su fortaleza y espléndida apariencia, su obvio éxito con las mujeres,... todo ello le colocaba en una cierta categoría. Como dice: «Tenía una especie de imagen dorada». Algunos de sus colegas le llamaban «Casino Bond»; otros, más agriamente, «nuestro joven gigoló». Inevitablemente atrajo envidias, pero esto nunca le preocupó. Era un solitario. Maddox era el único hombre en el que confiaba. Era responsable ante él. Se mantenía muy ocupado.

Como cobertura, Maddox insistió en que hiciera alarde de retomar sus estudios en la Universidad de Ginebra. Esto lo hizo a principios de 1938. La vida no era exigente para un joven estudiante rico y *Fraü* Nisberg estuvo encantada de tenerle de vuelta. Le pareció más delgado y mucho mayor de lo que recordaba; también más tranquilo. El despreocupado jovencito salvaje se había vuelto un hombre. Ya no había más sesiones de bebida nocturnas con los otros estudiantes, ninguna escapada para probarse a sí mismo. Era más reservado, más notablemente suizo.

También parecía mucho más sofisticado, ahora vestía muy elegantemente y fumaba aquellos cigarrillos extranjeros que hacían que toda la casa oliera como un burdel. Tenía su gran automóvil color gris acorazado que *Herr* Nisberg mantenía en el garaje detrás del taller. Solía conducir en él durante días, a veces semanas enteras. *Fraü* Nisberg estaba segura de que el joven *Herr* Bond había conseguido para sí una rica y exigente mujer. *Fraü* Nisberg conocía las señales. Podía oír su teléfono sonando en la noche y por la mañana su habitación siempre estaba vacía. Nunca dejaba una nota o ningún indicio de cuando volvería. Solía ordenarle las cosas un poco mientras estaba fuera —era aun más desaliñado de lo que recordaba— y cuando reaparecía era frecuentemente en un estado terrible: sin afeitarse, con ojeras por falta de sueño. Las mujeres —pensaba *Fraü* Nisberg—, mantenían al joven *Herr* Bond lejos de sus estudios.

Pero el joven *Herr* Bond estaba ahora aprendiendo cosas: cosas que habría vuelto blanco como la nieve el suizo cabello gris acero de *Fraü* Nisberg de haberlas

sospechado. En una ocasión *Herr* Nisberg notó tres nítidos agujeros en el exterior de la puerta del Bentley y se sorprendió. En otra, el joven *Herr* Bond había sido confinado a guardar cama después de una ausencia de algunas semanas. Había habido manchas de sangre en sus ropas y en vez del viejo *Herr Doktor* Neuberg había venido un raro doctor extranjero al que ella nunca había visto antes. Como le dijo a *Herr* Bond, debería realmente ser más cuidadoso.

Pero Bond *era* cuidadoso; así era como sobrevivía. Una de las mayores palabras de alabanza en el vocabulario de Maddox era «profesional», refiriéndose a un hombre que conocía su trabajo. A Bond le gustaba pensar que se estaba convirtiendo rápidamente en un auténtico profesional.

Durante varios meses después del trabajo de los rumanos, había sido empleado en lo que se conocía como «trabajo práctico»: el esencial, realista, prosaico trabajo del agente secreto europeo, trabajando para Maddox como correo o como contacto. Esto implicaba largos y, a menudo azarosos, viajes a través de Europa. Hubo ciertas rutas que llegó a conocer: pasando por Estrasburgo a Alemania, o a través del Simplon a Italia o tomando insospechados senderos entre las aduanas para entrar en España a través de los Pirineos. Solía usar coberturas diferentes, a veces un estudiante inglés que viajaba aprendiendo el idioma para el examen del Foreign Office. Su cobertura favorita era la personalidad que anhelaba después de aquello: un rico joven inglés de vacaciones, conduciendo el Bentley, preferentemente con alguna joven glamurosa a su lado.

Fue un entrenamiento vital, para, como Maddox le dijo, enseñarle Europa: no la Europa del turista, sino la Europa clandestina de los espías, conspiradores y agentes dobles. Aprendió a arreglárselas con la policía; cuando sobornar, cuando engañar y cuando fanfarronear. Descubrió como emplear disfraces —el detalle intrascendente era aquí el secreto: cambiar sólo los pocos rasgos clave que la gente reconoce—. Y aprendió por el camino difícil como protegerse, desarrollando rápidamente un sexto sentido hacia el rostro, el gesto que proclamaba peligro.

Tenía un instinto natural para este tipo de vida. Su facilidad con los idiomas y experiencia con extranjeros lo dio una ventaja desde el comienzo. Pero aquí había más que eso. Su vida de agente era a menudo una extensión de aquella extraña niñez que había vivido cuando jugaba clandestinamente con árabes del arroyo o gamberretes franceses. Era el mismo mundo que había vislumbrado en su escapadas en Rusia. Todavía se escamoteaba de la realidad como había hecho durante sus días en Eton, mitad en sociedad y mitad contra ella. Era el intruso privilegiado, planeando cuidadosamente sus aventuras y evitando todo enredo emocional. Sobre todo, estaba disfrutando *les sensations fortes*, que eran el propósito privado de su ser.

Fue en Berlín donde James Bond mató por primera vez a un hombre. Fue un asunto extraño. Bond dice que «me provocó escalofríos durante un buen rato». Fue

afortunado de que eso fuera todo.

La misión era un asunto de rutina que Bond había efectuado ya antes. Durante estos primeros meses de 1938, la Inteligencia Británica estaba fomentando conexiones con un pequeño grupo de resistencia en Alemania: una dedicada banda de antinazis con planes para el asesinato de diversos altos cargos. Fue una ramificación de este grupo la que llevó a cabo el llamado plan Stauffenberg^[26] contra el Führer en 1944. Pero incluso en 1938, los conspiradores estaban ocupados. El dinero británico estaba ayudando a financiarles y, a cambio, se enviaba a Gran Bretaña información de alto secreto. La mayor parte de este tráfico bidireccional era controlado desde la Estación P, e inevitablemente el fluido alemán de Bond le hizo apto para interpretar el papel de correo. Solía viajar a Berlín y siempre se alojaba en el Hotel Adlon. Éste era un hotel que desagradaba intensamente a Bond. Era el epítome de una Alemania que había odiado casi tanto como podía recordar: pesado, sofocante y autoritario. Y en aquellos días estaba atestado de miembros del partido y sus gordos partidarios. Fue idea de Maddox que Bond debería alojarse allí, en el lugar que era menos probable que atrajera la atención bajo las mismas narices de los nazis. Bond no estaba seguro de estar de acuerdo. Ya había pasado un momento incómodo allí cuando la Gestapo efectuó un registro súbito en todo el hotel porque Goering era el invitado de honor a un banquete. Bond escapó de que su equipaje fuera registrado con pura audacia y arrogancia. Podía ser muy alemán cuando debía y serenamente informó al sargento de la Gestapo que sólo la registraría con la orden oficial de su amigo, el Reichführer Himmler. El sargento vociferó. Bond le ordenó fríamente que lo pusiera al teléfono con el Reichsführer contando con el hecho de que ningún simple sargento se arriesgaría a molestar al jefe de la Gestapo en un momento como éste.

Bond tuvo suerte. De haber efectuado el sargento su búsqueda y encontrado el fondo falso de la maleta de Bond, hubiera habido algunas preguntas incómodas que contestar.

La forma en que Bond tomaba contacto había sido bien probada, pero en absoluto era a prueba de fallos. Cuando salía a cenar dejaba la llave al *concierge* del Adlon, con una buena propina, y le explicaba que una joven dama probablemente le llamaría. En el Berlín de la preguerra, esto era una forma aceptada de encontrarse con la amante de uno, y nunca hubo ningún problema. ¿Qué podía estar más en el personaje que un joven extranjero rico y atractivo como *Herr* Bond deseara tener una mujer para la noche? Cuando regresó de cenar encontró a la contacto que le esperaba en su cama.

Por miedo a los micrófonos ocultos, no hablaban de nada importante. En vez de eso interpretaban sus papeles de extranjero y callgirl. Había champaña, muchas risa y, mientras pagaba a la muchacha, intercambiaban cualquier documento que tuvieran. Luego hacían el amor.

En cada visita de Bond al Adlon, había estado siempre la misma muchacha: una alta, delgada, rubia de aspecto aristocrático. Nunca supo su nombre pero dice que fue la amante más dotada que nunca ha tenido. El peligro aumentaba la pasión. El calmo conocimiento de que ambos bien podrían estar haciendo el amor por última vez en sus vidas daba viveza a sus abrazos. Cada vez la muchacha parecía más hermosa... y desesperada. Cuando habían terminado de hacer el amor la muchacha dormía un rato. Luego, a las tres o las cuatro, despertaba, se vestía y, sin molestarle, partía. Casi la amaba entonces, pues ésta era su situación ideal con una mujer: pasión, anonimato y ningún enredo. El pensamiento de verla de nuevo casi hacia Berlín atrayente.

Fue en mayo de 1938 cuando Bond hizo su cuarto y final viaje al Adlon. Llegó vía Munich, todo el camino pensando en la muchacha. Contra todas las reglas había traído un regalo para ella: una botella gigante de *L'Heure Bleue* de Guerlain. Su fragancia nostálgica parecía ajustarse a ella. La dejó en su habitación y, como de costumbre, dio propina al *concierge* y salió a cenar. Regresó antes de lo usual, ávido por la muchacha.

Hasta hoy, Bond no está seguro de qué lo puso en guardia. Fue probablemente una diferencia sutil en el olor dentro de la habitación mientras abría la puerta. Sólo la lámpara de seda rosa de la mesilla estaba encendida; la muchacha yacía de espaldas a él, aparentemente dormida, su pelo color miel extendido sobre la almohada. Bond la llamó. Ella se removió, pero todavía parecía medio dormida y no hubo respuesta. La luz era difusa, su cara estaba oculta en las sombras. Bond se desvistió y, mientras se deslizaba en la cama a su lado, la muchacha giró hacia él. Entonces, repentinamente, le atacó, golpeándole, y por primera vez Bond vio su cara. En un momento de pesadilla comprendió la verdad. Aquello no era su amante... sino un hombre.

Fue una pelea terrible, pues los nazis evidentemente no corrían riesgos. El hombre que habían puesto a esperar a Bond era un asesino entrenado. Pero una vez superada su sorpresa, Bond encontró que tenía la ventaja cuando el hombre se lanzó contra él.

Llevaba una peluca rubia. Ésta cayó cuando Bond la agarró, revelando un casi rapado cuero cabelludo debajo. La cara era cruel; y parecía depravada con su capa de denso maquillaje de mujer. Pero mientras peleaban, Bond pudo sentir músculos duros como el acero bajo el caro camisón de seda. Durante un rato se aferraron en silencio. Bond alcanzó la garganta y comenzó a presionar. El hombre gimió suavemente. Bond aflojó su presa, y en ese momento el hombre se elevó lateralmente y lanzó a Bond sobre la cama. Bond impactó contra la mesilla y el hombre estuvo sobre él. Tenía la ventaja ahora y sabía como usarla. Bond sintió un asombroso golpe en su garganta y mientras se levantaba dolorido, el hombre le había hecho una presa de tijera alrededor del cuello. Bond buscó con su único brazo libre; un instintivo movimiento de supervivencia. Su consciencia se iba y buscaba cualquier cosa para golpear a su

enemigo. Su mano encontró algo sobre el tocador. Lo agarró, entonces lo impulsó hacia arriba con toda su fuerza contra la desprotegida garganta del hombre. Algo fue destrozado y el hombre gritó. Bond fue consciente de la humedad de su brazo y del dulce perfume de claveles. El hombre relajó su presa. Bond golpeó de nuevo. El grito se ahogó en un gorgoteo. Mientras Bond se tambaleaba hacia delante pudo ver el arma que sostenía: el mellado tapón de su botella de *L'Heure Bleu*. Sangre y perfume se mezclaban sobre el suelo.

Como Fleming dice de Bond, siempre da lo mejor en la crisis, y en este momento encontró su cerebro curiosamente claro. El hombre estaba muerto. Parecía grotesco, con su cara distorsionada, la cabeza afeitada y el camisón rosa pálido. Fuera no se oía ningún sonido. Bond tenía un arma y estaba dispuesto a usarla, pero no era necesario. Cuando colocaron la trampa, los alemanes habían tenido cuidado de no hacer nada que pudiera levantar sus sospechas. Todavía estaban a distancia.

De algún modo arrastró al muerto de vuelta a la cama, recolocó la peluca y arregló la habitación. Velozmente se puso sus propias ropas, empacó y salió por la ventana y la escalera de incendios. A la noche siguiente Bond estaba de vuelta en Suiza.

No todas las misiones de Bond fueron tan violentas como ésta. La mayoría eran bastante directas y transcurrieron sin dificultades. Y sólo ocasionalmente Bond cometía una equivocación; como la vez que estuvo en Estambul.

El asunto de Estambul comenzó como una misión de rutina; tan rutinaria que Bond ahora admite que no tuvo mucho cuidado con los preparativos sobre lo que podía suceder. Fue pocas semanas después del asunto del Adlon, y esperaba francamente con interés el viaje como unas vacaciones para ayudar a olvidar aquel asunto horrendo.

Había habido algún problema con la red turca. Normalmente los pocos agentes británicos de Estambul eran controlados y pagados desde la Estación N en Chipre, pero un correo había sido arrestado por los turcos, y como una especie de medida de emergencia se arregló que unos fondos fueran enviados a la Estación P. Maddox dio Bond la tarea de llevarlos. Afortunadamente Bond todavía disfrutaba de los viajes largos en ferrocarril. Empacó un traje ligero y una de las primeras novelas de Eric Ambler^[27]. Viajó de noche desde París en el Simplon-Orient. Cosido en el revestimiento de su chaqueta había un giro al portador por veinte mil libras contra el Etibank de Turquía.

Bond amaba el tren. Le recordaban el viaje que hizo a Rusia con su madre a bordo el Expreso de Moscú y saboreó cada momento del viaje. Disfrutó de la comida, del servicio y del cambio constante de escenario mientras el tren rugía y traqueteaba a través de Europa Oriental. Éste era auténtico territorio Ambler; Bond estaba excitado por el pensamiento de lo que podía suceder. No pasó nada. No hubo averías, ningún

desastre, ningún extraño misterioso. Incluso los aduaneros no dieron a Bond nada más que un superficial asentimiento antes de marcar con tiza su maleta y despedirle. Apenas una hora más tarde el tren echaba humo en la gris estación Sirkeci. Bond descendió y tomó un taxi: un baqueteado Chrysler, uno de los escasos en Estambul. Ya estaba casi oscuro y Estambul, aquella sórdida reliquia de Bizancio, parecía la ciudad más romántica del mundo. La luna se elevaba sobre la gran mezquita de Suleiman, el Bósforo brillaba con su luz.

Maddox había sugerido que Bond debía alojarse en el viejo Pera Palas Hotel, escenas de muchos thrillers de la vida real en los grandes días del Imperio Turco. Y allí, entre los candelabros y las palmeras en macetas, Bond el romántico sintió que había descubierto finalmente su auténtico domicilio espiritual. Tuvo un apartamento palaciego, todo espejos y muebles dorados, un balcón que daba al Cuerno de Oro. Aquella noche, cansado como estaba, no pudo dormir. Así que vagabundó por la ciudad hasta casi el amanecer.

Había llegado el miércoles por la noche y debía encontrar a su contacto el jueves por la tarde. Sus instrucciones eran bastante claras. El hombre que tenía que encontrar era turco. Su nombre era Azom. Maddox tenía varias fotografías de un individuo cejijunto, pelo cortado al rape, con ojos como pasas y un bigote fino. Se las había mostrado a Bond. «Éste es su hombre. Estará a bordo del Ferry del Bósforo a las 3.30, el jueves por la tarde. No tendrá mucha dificultad en reconocer a un personaje como éste». Y Bond había asentido. Se le dijo que pusiera el giro al portador en un viejo maletín negro. Azom tendría un maletín similar. Bond los intercambiaría y su misión habría terminado.

Los ferries a través del Bósforo son frecuentes, transbordando todo el día entre Europa y Asia y uniendo las dos mitades de Estambul. Así que Bond debía tener gran cuidado de elegir uno que saliera justo antes de las 3:30. Puntual como de costumbre, llegó antes, pero después de cierta espera abordó un ferry que partía exactamente a las 3:28. Bajo su brazo llevaba el baqueteado maletín con veinte mil libras dentro.

Al principio Bond pensó que nunca encontraría a Azom. Aunque casi era mayo, el viento del mar Negro era frío y las nubes blanqueaban el Cuerno de Oro. El barco parecía casi vacío. Entonces Bond comprendió que la mayoría de los pasajeros estaban en el interior. Había un salón de té y un lugar para que los pasajeros se sentaran. Azom estaba allí.

Era exactamente como en las fotografías: el mismo pelo corto y poderoso mostacho. Bond le calculó una edad de cuarenta y cinco o así. Parecía un personaje duro y astuto. Bond decidió que estaba contento de que él y Azom trabajaran ambos para el mismo lado. Azom bebía té: té dulce con limón, al estilo ruso. Bond detestaba el té, pero, por una vez, decidió que debía tomar un vaso. Con el té en una mano, el maletín en el otro, se sentó al lado de Azom. Azom sonrió. Bond asintió y

repentinamente lamentó no hablar turco. En vez de eso sorbió su té. Estaba repugnante.

Bond no encontró dificultad que cambiar los dos maletines. El de Azom era idéntico al suyo, y en la costa opuesta Bond lo cogió, saludó al sonriente turco y se unió la muchedumbre que desembarcaba entre empujones. Luego cogió el siguiente ferry de regreso.

Bond debía apresurarse. Tenía una litera reservada a su nombre a bordo el Simplon-Orient Express hasta París. Salía a las cinco. Tuvo el tiempo justo para pagar la cuenta de su hotel, agarrar su equipaje y llegar a la estación con dos minutos de ventaja. Se sentía bastante satisfecho consigo mismo; no era frecuente que una misión fuera tan indolora, y se sentía muy bien para el viaje. Fumó un cigarrillo turco y pidió un vaso de raki al asistente; un tipo venenoso de alcohol, pero se sentía en paz con Turquía y lo disfrutó. Leyó más a Ambler, cenó, e iba a acostarse, cuando algo le hizo pensar en el maletín de Azom. Ahora el tren traqueteaba atravesando la noche búlgara a sesenta millas por hora. El maletín estaba en el portaequipajes; Bond lo bajó y lo abrió.

Dentro había un emparedado, un libro de bolsillo turco, algunas facturas y una tarjeta de identidad. Bond la examinó. La fotografía era ciertamente exacta a las fotos de Azom que había visto en París; pero, como ahora comprendía, Azom poseía una muy típica cara turca. La tarjeta estaba hecha a nombre de Yusuf Rhazid. Azom debía haber perdido el ferry; Bond había cambiado maletines con un total desconocido.

Durante el resto del viaje, Bond se preguntó qué demonios hacer. ¿Debería regresar a Estambul e intentar encontrar a Azom y a *Herr* Yusuf Rhazid? Era demasiado tarde para eso. ¿Debería contárselo a Maddox? ¿Qué podría hacer Maddox? Después de una noche en vela, decidió esperar acontecimientos: acontecimientos que, por una vez, estuvieron de su lado. En París, Maddox estaba del mejor de los humores y le alabó por una misión exitosa. Temprano a la mañana siguiente, Bond condujo el Bentley de vuelta a Ginebra. Durante el trayecto estaba preparando mentalmente sus explicaciones para cuando la inevitable queja llegara desde Turquía. Nunca lo hizo. La Estación N reasumió el control de la red turca. A Maddox le agradecieron su ayuda, y Bond decidió dejar a los turcos en la ignorancia. Sin embargo él mismo se preguntaba a menudo qué fue de las veinte mil libras que había dado al extraño del bigote a bordo del Ferry del Bósforo. Dieciocho años después lo averiguó.

Bond estaba de nuevo en Estambul durante los sucesos descritos por Fleming en *Desde Rusia con amor*. Tenía un amigo llamado Nazim Kalkavan, un anfitrión generoso y un gran y buen vividor quien estaba ansioso por llevarle a lo que él llamaba «una genuina *diner à la Turqué*^[28]». Había un lugar en Estambul que tenían que visitar. Estaba cerca de la mezquita Sokullu Mehmet Pasa. El propietario era un

viejo amigo y según Kalkavan servía la única comida de Estambul que realmente merecía la pena. Bond disfrutaba del entusiasmo de Kalkavan. Era un genuino gourmet y conocía su ciudad.

El restaurante estaba junto al agua, una hermosa y vieja mansión de estilo turco, y Kalkavan estaba de lo más efusivo. Al entrar, insistió en presentar a Bond al propietario.

—James Bond, Yusuf Rhazid. Es un gran amigo y posee el único buen restaurante de Estambul.

La cara apenas había cambiado. Allí estaban el mismo pelo encrespado, el mismo bigote magnífico que Bond había visto dieciocho años antes en el Ferry del Bósforo. Durante un momento los afilados ojos de pasa se clavaron en los de Bond; entonces, inconfundiblemente, *Herr Rhazid* parpadeó.

—Nazim Pasha —dijo tranquilamente— Mr Bond y yo ya nos conocimos, hace mucho tiempo, pero nunca fuimos presentados. Tengo mucho que agradecerle y ahora debo darle las gracias a usted por traerle. Esta noche serán ustedes mis invitados. Y Mr Bond, espero que vuelva otra vez cuando esté en Estambul.

La cena fue una de las más memorables de toda la carrera de Bond: la describe como un «banquete». Comenzó con caviar y vodka —el gobierno turco monopoliza el vodka—; el caviar gris de tamaño grande que, como Kalkavan explicó, provenía de Samgun en el Mar Negro. A esto le siguió una especialidad turca: pescado Lufer, que únicamente existe en el Bósforo. El plato principal consistió en pollos pequeños, totalmente asados y relleno con *Pilav*, arroz cocinado con piñones, pasas e higadillos de pollo cortados en cuadritos. Y después hubo platos turcos con nombres que divirtieron tanto a Bond que todavía puede recordarlos. Uno se llamaba «Dedo de Visir», y el otro «Ombligo de dama».

Rhazid rehusó presentar la factura. Esto molestó a Kalkavan quien insistió en tratar de pagar, pero como Bond le dijo: «Creo que el Gobierno Británico ya se ha ocupado de ello».

Durante el largo y espléndido verano europeo de 1938, Bond estuvo ocupado. Aparte de unos días robados en Kent visitando a Tía Charmian, no tuvo auténticas vacaciones.

Encontró perturbadores sus pocos días en Pett Bottom. La casa estaba absolutamente sin cambios... como su tía. Todavía cultivaba dalias, aparentemente intocada por el tiempo. Pero Bond sentía que había envejecido cien años desde la última vez que durmió en la salita bajo los aleros. Su tía era tan cortés y acrítica tan siempre. No hizo preguntas pero la conocía suficientemente bien para saber lo que pensaba. ¿Quién es este joven duro? ¿Se han hecho realidad todos aquellos temores? Le habría gustado tranquilizarla pero era demasiado inteligente para eso. La dejó,

prometiendo volver rápidamente, pero ambos sabían que no lo haría.

Y aún así el pasado todavía le seguía. A los pocos días fue enviado a Rusia; fue como un regreso a aquellos meses odiosos en Perlovská durante el Terror Ruso. Era un viaje de rutina: por ferrocarril a través de Negoreloye para contactar con un hombre en Moscú. No había verdadero peligro esta vez. Bond era oficialmente Mensajero del Rey, viajando con pasaporte diplomático y cubierto por la Embajada Británica. Pero cuando pasó la estación final en la frontera polaca sintió aquella extraña opresión que había conocido en Rusia siendo un muchacho. Aquello nunca desapareció durante todo el tiempo que estuvo allí y, por primera vez desde su niñez, Bond tuvo miedo.

No hubo dificultad en contactar con el hombre que buscaba. Era un científico: un bioquímico de reputación internacional que vivía con su esposa e hijos en un piso de dos habitaciones en el barrio Leninskye Gory cerca de la universidad. Londres había oído a través de canales académicos que estaba frustrado con su trabajo en Moscú y ansioso de continuar sus investigaciones en Cambridge. Cambridge estaba ansiosa por tenerle. Bond debía hablarle pues y ver qué podía hacerse.

Leninskye Gory era el nuevo Moscú de la Revolución Rusa: monstruoso e intranquilo y gris con bloques de pisos para trabajadores como acantilados. Fedyeov, el científico, vivía en el octavo piso de uno de estos. Era un hombre pequeño con barba de tres días y asustados ojos brillantes. Bond reconoció el aire de desesperanza dentro del piso. Fedyeov había abandonado. A Bond le recordó un pájaro con un ala rota que una vez había intentado cuidar; Fedyeov tenía la misma estoica inmovilidad. Los ojos del hombre parecían saber exactamente lo que venía.

Bond fue conmovido por su cortesía. Su esposa, una rolliza mujer maternal, sirvió té. Bond lo bebió obedientemente y le dio su mensaje. Hubo algo bastante patético en la forma en que el hombre lo recibió. Las lágrimas llenaron sus ojos, tartamudeó sus gracias, pero dijeron que era imposible; que el Gobierno nunca le dejaría irse. En ese caso, replicó Bond, podía haber otras formas para llevarle con seguridad al oeste. Bond nunca había visto tal terror como aparecía en la cara de Fedyeov. Le suplicó a Bond que no dijera nada más. Estaba siendo observado; nada era posible. Se lo agradecía, pero buenos días.

Bond no había esperado mucho éxito: incluso así estaba desilusionado. Pasó una tarde algo melancólica con un funcionario de la Embajada y, ya que debía partir al día siguiente, se fue temprano a la cama. Permanecía en el anexo a la Embajada. Era ideal para él. No le gustaban los diplomáticos, pero la embajada tenía dos ventajas: se ahorraba problemas con la policía estatal rusa y le garantizaba un desayuno decente. Mientras lo comía, el Jefe de la Cancillería entró. Era un hombre regordete vestido de tweed, de treinta y tantos, quien charló un rato sobre la vida en Moscú.

—Asqueroso asunto el de ese científico suyo —dijo.

—¿Qué científico? —dijo Bond.

—¿No lo ha oído? Un hombre llamado Fedyeov; terriblemente distinguido. La noticia vino en Pravda esta mañana temprano. Se supone que se arrojó desde la ventana de un octavo piso; típico de estos malditos rusos. Están todos locos, todos ellos.

Bond ya no tenía hambre.

—¿Cuándo sucedió?

—A primera hora de la pasada noche.

—¿Cree que fue realmente suicidio? —preguntó Bond.

El diplomático se encogió de hombros.

—Nunca se sabe en este país olvidado de Dios. Parece una maldita terrible pérdida ocurriera como ocurriera.

Fue un atormentado viaje de regreso. Bond intentó decirse a sí mismo que Fedyeov era virtualmente hombre muerto cuando lo vio, pero no podía dejar de pensar que de no ser por James Bond, todavía estaría vivo. Al mismo tiempo Bond estaba inquieto por el recuerdo de su madre. Repentinamente pareció como si todos los que le rodeaban estuvieran condenados; una melancolía, fría y gris como las estepas rusas a su alrededor, apresaron su alma.

Esperaba que con su regreso a París todo fuera bien. No lo fue. Algo iba horriblemente mal. No podía dormir y cuando lo hacía tenía aquellas pesadillas recurrentes que le habían inquietado después de la muerte de sus padres. Bebió. Tomó pastillas para dormir. Nada funcionó. Y, como siempre en el pasado, Bond no tenía manera de contarle a nadie qué iba mal. Afortunadamente Maddox lo notó.

Maddox fue comprensivo. Bond había estado trabajado demasiado duro. Necesitaba aire fresco, ejercicio, vacaciones. Sugirió Kitzbühel. Y así comenzó aquella curiosa serie de coincidencias mediante las cuales Bond renovó su breve relación con Ian Fleming. Sin aquel viaje a Kitzbühel, no habría habido libros de James Bond; ni por cierto, yo habría conocido la existencia de Bond. Pero, por supuesto, fue en Kitzbühel donde James Bond conoció a Maria Künzler.

En 1938, Kitzbühel era todavía un soñoliento pueblecito comercial tirolés bajo la dentada masa del gran Cuerno. Durante años había sido una guarida favorita de Fleming, quien había venido aquí desde la década de 1920. Fue a finales de aquel otoño cuando Bond llegó al Hirzingerhof Hotel. Fue inevitable que se encontraran en aquel círculo cerrado de ricos visitantes invernales. La mayoría en aquellos días eran austríacos. Los ingleses —y particularmente los ingleses atractivos— eran una rareza, lo que hacía inevitable que chocaran. Fleming era una especie de *prima donna* con un considerable séquito de adorables doncellas; Bond, a pesar de la diferencia de edad, era poderosa competencia. Ambos eran duros, escoceses y poderosos. Para la severa consideración de Bond, Fleming, etoniano antiguo, burlón y altamente cínico, tenía la

tendencia de desinflar los ego de los demás; oposición a la que James Bond, otro etoniano veterano, era capaz de hacer frente. A sus estilos diferentes, ambos parecían disfrutarlo.

Ciertamente, para Bond la presencia de Fleming fue un regalo de dios. Como admite, «hizo que dejara de obsesionarme». También le presentó un montón de muchachas... Miss Künzler entre ellas. Según James Bond era «una cosita divertidamente amoral. El tipo de muñeca que dormía con cualquiera». Le trastornó oír su muerte.

De algún modo Fleming conocía la conexión de Bond con el Servicio Secreto. Bond confirma que le tomaba el pelo sobre ello.

—Estaba equivocado con él por supuesto, pero imagino que debo haber sido un poco pomposo sobre todo aquello. Ian no podía soportar la pomposidad.

Además de Fleming, la persona más importante que Bond conoció en Kitzbühel fue un hombre llamado Oberhauser. Fleming, que lo conocía, escribió sobre su trágica muerte en *Octopussy*, y cita las palabras de Bond a su asesino, el patético mayor Smythe: «Oberhauser era amigo mío. Me enseñó a esquiar antes de la guerra, cuando era adolescente. Era un hombre maravilloso. Fue una especie de padre para mí en una época en que necesitaba uno».

Como Bond dice, la idea de que Oberhauser le enseñó a esquiar es una típica exageración de Fleming. Como Fleming sabía muy bien, Bond ya podía esquiar; en su propia ruda y dispuesta pero efectiva manera. Pero fue Oberhauser, medallista olímpico y de lejos el instructor de esquí más seguro del pueblo, quien enseñó a James Bond un poco del estilo del que carecía. También, como Fleming dice, este tirolés consiguió hacer lo que ningún otro había hecho por Bond. Llegó a él, le persuadió a hablar y actuó aconsejándole como una especie de padre. Bond cree que prácticamente le salvó la vida.

Oberhauser era un realista. Como Bond, se había encontrado frecuentemente encarando la muerte mientras escalaba las montañas. Había perdido camaradas, amigos y personas amadas; y aún así su entusiasmo por la vida permanecía invicto. Bond le habló de Fedyeov, de Marthe de Brandt y finalmente de sus padres. El Austríaco le mostró simpatía, pero, como le dijo a Bond: ¿Y qué? ¿Pretendía vivir su vida con una carga de culpabilidad? ¿Se culparía continuamente a sí mismo cuando las cosas fueran mal? Si continuaba así, el pasado le destruiría finalmente.

¿Qué sugería?, preguntó Bond y Oberhauser señaló a las montañas.

—Escálalas —dijo—; y no mires atrás.

Durante esas semanas en Kitzbühel, Bond siguió su consejo, y una vez más sintió la alegría y la renovación de un día completo de escalada. Para cuando regresó a París, las montañas y las palabras de Oberhauser habían hecho su trabajo. Bond había evolucionado hasta un plan consciente para vivir. Su fin era ahora vivir enteramente

para el momento y disfrutar los placeres en su mayor grado posible. No habría más remordimiento y ningún lamento. Se convirtió a sí mismo en lo que Fleming llamó «un instrumento letal».

Con el consentimiento de Maddox dejó Ginebra y tomó un piso en París. Fue una vida extraña la que hizo para sí. Tres veces a la semana disparaba el revólver en el campo de tiro de Garde Mobile en el Boulevard de Lans. Nadó en la piscina olímpica de Vincennes. Kiebermann, el campeón europeo de judo, le enseñó combate sin armas en el Montparnasse Gymnasium. Y dos veces a la semana jugaba al bridge con Maddox en el elegante Club Fevrier. Rara vez perdía. Sus necesidades sexuales estaban satisfechas por varias mujeres casadas y ricas. Era una rutina de hierro.

Detrás de todo aquello, Bond intentaba destruir la blandura y el abatimiento que estaban en él. Normalmente funcionaba, pero siempre era consciente de sus enemigos privados. Fleming lo describe poniéndose sentimental cuando oye *La vie en Rose*, y hubo ocasiones similares que Fleming nunca supo. A veces, por fuerte que lo intentara, sus recuerdos y su imaginación lo torturaban. Y siempre en la noche estaba el horrendo temor a venirse abajo. Se describe a sí mismo como «viejo antes de tiempo». Era cínico y aburrido, y siempre en el fondo escondía algo peor que cualquier enemigo: cansancio del mundo.

Pero nadie sabía nada de esto. Exteriormente Bond era un joven envidiable: rico, guapo e invulnerable, viviendo una vida que seguiría aparentemente para siempre. Continuó así hasta 1939; entonces, en agosto, el ejército alemán se congregó ante la frontera polaca y él se llevó a su casada favorita a lo que sabía serían su vacaciones finales. Abarrotando el Bentley con champagne, la condujo al sur. Terminaron en el Eden Roc de Antibes. Jean Cocteau acababa de irse; el hotel estaba casi vacío. Tuvieron dos semanas memorables. La muchacha era hermosa, el tiempo perfecto. Bond sentía que su juventud casi había terminado. Cuando el mes terminó, ella tuvo que reunirse con su esposo y sus hijos. Bond regresó a París donde encontró una orden de movilización del Cuartel General para regresar a Londres. El gran edificio que dominaba Regent's Park le reclamaba.

6. La guerra de Bond

—La guerra cambió todo —dijo Bond—, pero es una historia complicada y costará mucho contarla. Ahora mismo me apetece una *siesta*. Quizás comencemos nuevamente esta tarde después de la cena.

Tenía una manera abrupta de despedirle a uno, casi como si le trastornara de repente el pensamiento de cuánto había revelado. Con gesto impaciente apartó el café y se fue dando zancadas en dirección al hotel. Tenía un raro caminar, enérgico aunque relajado. La gente le abría paso. Si realmente iba a echarse una siesta, no tenía idea.

Esa tarde tomé un escúter —el medio habitual de transporte turístico en la isla— y paseé por la playa. Era un día perfecto: el sol exactamente con la temperatura adecuada, el mar con el tono ideal de azul. Las perezosas grandes olas del Atlántico rompían, como por previo arreglo, en la diminuta arena dorada. Todo era de lo más agradable, pero algo estaba mal. ¿Era esta perfección simplemente un poco vacía? ¿No actuaba esta immaculada isla de juguete como una especie de limbo, un fondo contra el cual uno inevitablemente esperaba que algo, cualquier cosa, sucediera? Ya me sentía impaciente y, en lo que concierne a Bond, podía muy fácilmente comprender su desazón y anhelo para regresar al trabajo.

Y aún así la isla se le ajustaba bien —los intensos bronceados y las muchachas doradas, las largas bebidas frescas, toldos rayados, y veladas con aroma de hibisco— en su propia minúscula manera, las Bermudas eran auténtico territorio Bond.

Para la cena busqué a Bond: no estaba allí. Pero después le vi en el bar. Había una mujer con él. ¿Era la compañera misteriosa de los últimos días? Sentí que Bond deseaba guardar a su mujer estrictamente para él, pero debió verme e inmediatamente me llamó. Fue extraordinariamente afable, casi como si le aliviara tenerme allí. La mujer fue, lo sentí, menos acogedora.

—Le presento —dijo—, a Mrs Schulz. Fleming la describió en su libro *Dr No*, pero era todavía Miss Ryder en esos días: Honeychile Ryder.

Pareció divertirse con esto. Ella estaba muy claramente irritada. Parecía una mujer dura, malhumorada, muy hermosa y rica. Ciertamente apenas podía haber sido más diferente de la hija de la naturaleza que Fleming había descrito viviendo en las ruinas de una gran casa en Jamaica. La dorada adolescente de la nariz rota se había metamorfoseado en una dura y demasiado típica americana de treinta y pocos. Como Fleming había predicho, la nariz había sido remodelada —muy triunfalmente—, y Honeychile, como Miss Jean Brodie, estaba en la flor de la vida. Bond parecía, pensé, un poco cazado.

Más bien como si trabara conversación, le contó los planes para su biografía. Se derritió inmediatamente; como hacen algunas mujeres ante la promesa de publicidad.

—Pero James, nunca me lo dijiste. ¿Quieres decir tu auténtica biografía? ¿No es

justo lo que siempre te decía que debían hacer? Quiero decir que esos libros de Ian eran ridículos. Nunca seré capaz de perdonarle por la forma en que me describió en aquel terrible libro suyo. Pero, querido, estoy muy contenta por ti. Verdaderamente, pienso que es lo más grande que podría suceder.

Bond gruñó entonces y preguntó qué quería beber. Él y Mrs Schulz tomaban bourbon con hielo. Yo elegí lo mismo. Bond, como de costumbre, los pidió dobles, luego dirigió firmemente la conversación lejos de la literatura.

—Honey —me explicó—, está navegando. En su yate. Es su propio palacio de vodka flotante: ochenta pies de eslora. Diesels gemelos, camarote diseñado por David Hicks, una tripulación de doce hombres. De algún modo se enteró que yo estaba aquí e hizo una visita social.

Ella hizo un puchero. Esto no mejoró su apariencia. Tenía, lo notaba ahora, un fino labio superior.

—No creas que tú eres la única razón por la que estoy aquí. Cuando Mr Schultz falleció tuve una crisis nerviosa. Mr Schulz me adoraba, y sentí que le debía el serenarme. Nunca habría querido que me quedara sentada sintiéndome miserable. ¿Sabe cuales fueron las últimas palabras de Mr Schulz hacia mí?

Bond negó con su cabeza, resignado.

—«Honey —dijo—. Se feliz». Así que para respetar sus deseos me llevé al *Honeychile* (lo llamó así por mí) a un crucero de sol. Pienso que es lo que habría querido.

—Desde luego —dijo Bond.

Ella parloteaba sobre sí misma. Bond parecía en total retirada y yo pensaba que iba a quedarse toda la tarde. Pero rehusó otra bebida, explicando que debía estar de vuelta a bordo a las nueve y que su chofer ya estaba esperando. Salimos del hotel con ella. Un Rolls Corniche se puso en marcha cuando apareció y, mientras ronroneaba alejándose, reconocí su carrocería rayada y aleta trasera muy dañada.

Bond sonrió, un poco tímidamente, y dijo:

—Tenga la seguridad, como la querida Tía Charmian diría, que sus pecados le alcanzarán. Siempre supe que esa muchacha llegaría lejos; pero no tan lejos como esto.

—¿Pero no se casó con algún pulcro joven doctor de Nueva York después de *Dr No*?

—Lo hizo... y lo dejó cuatro años después para convertirse en Mrs Schultz: de Schultz Machine Tools Inc. Él, debería añadir, tenía más de setenta. Y ahora, a menos que me equivoque mucho, está tras el marido número tres. Reconozco la mirada.

Vació su vaso y se instaló confortablemente recostado en su silla. Sin la mujer parecía más él mismo. En algún lugar una banda tocaba un calipso. El bar estaba lleno. Las grandes ventanas de la terraza se habían corrido y desde la playa más abajo

llegaba el tímido murmullo del mar.

—Le estaba hablando sobre la guerra —dijo.

Yo habría preferido saber más sobre la espectacular Mrs Schultz, pero Bond estaba obviamente aliviado de cambiar de tema.

—No comprendí mucho al principio lo que la guerra significaba. Durante años había pensado que sería mi gran momento. En vez de eso, cuando volví a Londres, no encontré a nadie remotamente interesado en mí. Maddox estaba clavado en Francia. El Cuartel General acababa de ser trasladado a sus actuales oficinas en Regent Park; un total maldito caos por todas partes. Cuando fui a informar allí, el lugar parecía lleno de catedráticos de Oxford y refugiados húngaros. Todos mis registros habían ido extraviados por algún imbécil que insistía en llamarme James Bond. Cuando le dije que el nombre era Bond y que había trabajado para el Servicio durante los tres últimos años, me dijo que no perdiera la calma, y me hizo la rutina de «no-nos-llamenosotros-le-llamaremos». Para rematarlo todo, el Hotel Carlton estaba lleno.

—¿Dónde fue usted?

—¿Dónde cree? De vuelta con Tía Charmian por supuesto. Pero incluso ella estaba ocupada ganando la guerra: defensa civil, evacuados, el Servicio Femenino. Tía Charmian estaba metida de lleno en todo eso. Fue el mejor momento de la vieja dama. Permanecí con ella durante algo así como un mes. Estoy seguro que creía que yo era una especie de desertor, pero era demasiado amable para decirlo. Aunque podría continuar con mi hermano Henry. Yo estaba en la Oficina de Guerra y llevaba uniforme. Dos o tres veces a la semana llamaba al Cuartel General, pero de algún modo habían averiguado que había nacido en Alemania. En algún momento, estoy seguro de que quisieron internarme.

Bond rió e hizo una seña a Augustus para pedir más bebida.

—Aquel fue realmente uno de los períodos más deprimentes de mi vida. Tenía sólo diecinueve años, y me sentía inútil e indeseado. También comprendía poco a poco que toda mi forma de vida había terminado. Nada sería nunca tan divertido de nuevo; y, para ser honestos, nunca realmente lo fue.

Por una extraña coincidencia el hombre que rescató a Bond del estancamiento de la «falsa guerra» fue Ian Fleming. Él ya trabajaba en Inteligencia —como asistente personal del Almirante Godfrey, Director de Inteligencia Naval en el Almirantazgo— y estaba buscando reclutas apropiados para el imperio del Almirante. Debía haber oído hablar de extraño joven que había conocido en Kitzbühel, comprobó sus registros, y decidió, como frecuentemente hacía, que éste era el tipo de hombre que requería la Inteligencia Naval. Gracias a su ayuda, Bond fue nombrado teniente de la Marina Real con traslado temporal inmediato a la D.N.I., la Dirección de Inteligencia Naval. La guerra de Bond había comenzado finalmente; y también la bizarra relación con Ian Fleming.

M ha descrito autorizadamente a los dos como «amigos perfectos». Si tiene razón, fue una amistad de lo más inquietante, pues eran personajes muy diferentes.

Fleming era un soñador, un intelectual *manqué*, el perfecto funcionario del D.N.I. Bond era esencialmente un hombre de acción; había heredado de su padre la mente clara de un buen ingeniero escocés. Era un realista, y su experiencia de la vida le había enseñado a mantener su imaginación a raya y no ser demasiado sensible con la gente.

Fleming era ingenioso, sociable y mundano. Bond era franco, receloso de los demás y una especie de intruso. Y aún así parecían complementarse; eran una parte vital de la vida del otro, tanto que hasta hoy es difícil pensar de ellos por separado. Incluso en 1939 había señales claras de que esta interdependencia extraña estaba comenzando.

Durante este período, Fleming debió haber visto que Bond había vivido la vida que él había soñado, la vida que *él* podría haber seguido de haber continuado su carrera original con Reuter's en vez de dejarla en 1936 y entrar en una correduría de banca en la City. Y, similarmente, Bond reconocía la figura de poder que había en Fleming. Era la persona que *él* envidiaba y, como le pasaba a Fleming, era una personalidad que nunca podría ser: el establecido, rico, impecable integrado, un hombre influyente y cauto que llama por el nombre de pila a los señores de la prensa, se codea con almirantes, y juega al bridge con miembros del Gabinete.

Durante estos primeros meses en la Inteligencia Naval Bond estaba impaciente por entrar en acción. Finalmente, con uno de los temerarios proyectos de Fleming, la encontró.

Fleming había escrito sobre el interés del D.N.I. sobre los movimientos de los U-boats^[29] y la flota alemana en el Atlántico. Hamburgo y Wilhelmshaven en el Mar del Norte y el Atlántico. Eran un dolor de cabeza constante para el Almirantazgo Británico, pues esos puertos del norte de Alemania eran imposibles de bloquear. Grupos de U-boats iban y venían a su gusto y había un riesgo constante de que la flota de guerra alemana escogiera algún momento sin protección para avanzar. La Inteligencia Naval en Whitehall tenía que esforzarse para averiguar qué pasaba, pero esto era difícil. Teníamos nuestros espías en Hamburgo, pero como mucho eran irregulares, y los puertos estaban más allá del alcance del reconocimiento aéreo normal.

Se discutieron diferentes soluciones y fue Fleming quien propuso la idea de la isla de Wangerooge. Era un plan típico de Fleming. La isla es un alargado banco de arena junto a la costa alemana, apuntando a la bahía. Sus únicos habitantes son pescadores y aves marinas, junto al canal principal de Wilhelmshaven. Los barcos que salen desde Hamburgo y Bremerhaven lo usan como marca mientras navegan hacia el Mar del Norte.

—Debería ser bastante posible ocultar un observador entrenado allí —dijo Fleming casualmente.

—¿Cómo demonios? —dijo alguien.

—Podría funcionar —dijo Fleming—. Esas islas alemanas junto a la costa están totalmente desoladas la mayor parte del tiempo. En esta época del año no debería haber nada allí salvo millas de dunas olvidadas de Dios. Un hombre entrenado con binoculares y un transmisor...

Alguien preguntó cómo proponía ocultar tal hombre bajo las narices de los alemanes.

—¿No ha leído nunca *El enigma de las arenas*? —replicó Fleming.

La idea quedó en el aire como hacen las ideas pero Bond podía ver sus posibilidades. Al contrario que los otros miembros del departamento, había trabajado como agente dentro de Alemania y sabía cuan a menudo el plan más osado triunfaba. Sin el interés de Bond la idea habría caducado. A Fleming, el escritor potencial, le gustaba inventar sus ensoñaciones, pero para James Bond cualquier cosa era mejor que esta vida fútil en Londres. Y por una vez, Fleming fue espoleado a la acción.

Fue la primera vez que Bond vio el lado práctico de Fleming. Cada objeción fue amablemente descartada, cada dificultad serenamente afrontada. Fleming mostraba una atención obsesiva por el detalle, casi como si fuera él, no Bond, quien iría. Bond, quien carecía de este tipo de mente, podía valorarla en otros. Fleming trabajó duro. En un día o dos había determinado el tipo de ropa que Bond debería vestir, el alimento que podría tomar, sus armas y sus arreglos sanitarios. Los dos hombres pasaron varias tardes en Brookwood, probando herramientas extensibles en las arenosas colinas de Surrey, y diseñaron el refugio vital que Bond podría cavarse en Wangerooge. Se convocó a expertos para idear un tipo de retención que aguantara en la arena. Los binoculares y periscopios fueron amorosamente seleccionados y Bond se instruyó en el uso del último modelo de transmisor de onda corta. Fleming realizó todo esto con energía desatada. Estaba planeando una aventura; Bond meramente debía realizarla. El hecho que su vida estaría en juego parecía casi incidental.

Bond pensaba, cada vez con mayor frecuencia, que la misión se tomaba simplemente como algún complicado juego del que él iba a formar parte. Quería acción... no suicidio. Sus dudas, sin embargo, meramente actuaban como una espuela para Fleming. Durante los últimos días Bond recibió un curso intensivo en identificar navíos alemanes y estuvo practicando los puntos finales en la construcción de su refugio. Fleming le explicó los arreglos para desembarcar y recogerle mediante submarino. Esto tendría lugar de noche.

—Dios lo quiera —dijo James Bond.

—Mi estimado amigo, iré como un reloj. No habrá problemas para un submarino. Ningún problema en absoluto.

—¿Y si soy atrapado?

—No lo serás. En los alrededores sólo habrá unos pocos pescadores y ellos no te molestarán.

Era demasiado tarde para discutir y, a principios de febrero, Bond se unió al submarino H.M. Thruster en Harwick al comienzo de una patrulla de tres semanas por el Báltico.

En secreto Bond siempre había temido a los submarinos, que le parecían ataúdes de acero, pero estaba excitado por esta nueva aventura. Fleming estaba allí para verle marchar: una figura alta y de algún modo melancólica en su soberbiamente cortado gabán de teniente. Había un fina llovizna matutina proveniente del mar. El submarino soltó amarras, encendieron los motores. Fleming sonrió irónicamente, levantó una lánguida mano y Bond finalmente sintió cuánto le envidiaba su viaje.

Fue una travesía excitante. Los alemanes tenían patrullas anti-submarinos que trabajaban desde la Isla de Sylt: el submarino se sumergió en la costa holandesa y derrotó lentamente hacia el norte bajo el agua. Hubo un amago de ataque enemigo y sólo después de que oscureciese el Thruster emergió y aumentó la velocidad de sus diesels. Durante un rato Bond estuvo en el puente con el Comandante. Estaba negro como boca de lobo con helada cellisca en el viento. El comandante señaló a la derecha.

—Emden está hacia allí y Wilhelmshaven más allá. Alcanzaremos su lugar a medianoche.

Alemania parecía territorio tan prohibido que Bond se sorprendió de lo fácilmente que desembarcó. Sólo veinte minutos después subía a un bote neumático desde el submarino y comenzó a remar hacia tierra firme. Dos marinos le ayudaron con su equipo. Nadie habló ni encendió una luz; cuando Bond estuvo seguro en las dunas se marcharon. Nunca se había sentido tan solitario en su vida.

No tuvo mucho tiempo para meditar. La primera luz amanecería a las ocho. Para entonces tendría que haberse enterrado, camuflado su escondite y comprobar la seguridad antes de su primer día entero. Trabajó furiosamente. Había una aldea de pescadores junto a la costa. Su zona de playa estaba teóricamente desierta en este momento de año, pero no podía correr ningún riesgo. Las dunas estaban cubiertas con densos conjuntos de algas y cardos: más que suficientes para darle la cobertura que requería. La fina arena también era suficientemente fácil de excavar; mientras Bond excavaba se recordó a sí mismo siendo un muchachito, construyendo sus castillos de arena en las playas del Báltico.

Mucho antes de que la sombría luz mañanera alcanzara Wangerooge, James Bond estaba dispuesto. Había sido más fácil de lo que esperaba y había excavado una cavidad suficiente para mantener sus víveres y su transmisor. Las paredes estaban apuntaladas con planchas de aluminio especialmente ideadas por Fleming y el

departamento de abastecimientos. El tejado eran restos de madera, arena y hierba. Gracias a las semanas de entrenamiento de Bond, su escondite era virtualmente invisible. Bond se había convertido en un topo humano.

Encontró la vida de un topo de lo más insatisfactoria: aburrida, acalambrada y muy fría. Pero estaba ocupado. Tenía sus prismáticos especialmente contruidos para observar el mar. También tenía su radio de onda corta. La antena estaba oculta en las dunas. Había pre-establecido los momentos para hablar con Londres.

Durante la primera mañana Bond pudo apreciar la exactitud del pensamiento de Fleming. Wangerooge era el umbral hacia la armada alemana y hubo un flujo constante de barcos hacia el interior: primero la achaparrada forma de E-boats^[30] alemanes rugiendo en su regreso a Bremerhaven después de una noche patrullando en el Canal. Luego llegaron algunos buques costeros dirigiéndose a Hamburgo. Y dos veces esa mañana Bond vio la presa que realmente perseguía, dos U-boats, ballenas gris acero deslizándose tan cerca de él que pudo oír el latido de los motores. Pudo ver sus números sobre las torres de acceso. Al cabo de dos días estarían rastreando barcos aliados en el Atlántico.

Esto era excitante, pero Bond se encontró anhelando un cigarrillo, alguien con quien hablar, incluso un libro para leer. A veces sentía un impulso salvaje de salir de su madriguera y pasear a través de la arena. Para consolarse roía galletas y chupaba tabletas de leche malteada de sus raciones. Alrededor de las seis hizo su primera comida del día: más galletas, chocolate y una lata de sopa auto-calentable. Después pensó que se había ganado un trago doble de coñac.

Como un gran animal nocturno, Bond se arrastró desde su guarida cuando estuvo seguramente oscuro. ¡La alegría de estirar las extremidades acalambradas y oler el aire nocturno del mar! Durante una rato trabajó, agrandando la madriguera para poder tumbarse a todo lo largo en ella y dormir. Tenía un saco de dormir hinchable y pronto estuvo cómodo. A las 12.15 llamó al Almirantazgo en Londres, usando un código simple y una pre-acordada banda de radio, e informó de todo lo que había visto. Le habría gustado una conversación bidireccional, siquiera una palabra, con Fleming. Era un riesgo demasiado grande. Tensó la cobertura sobre su cabeza, recogió la antena y durmió.

Se despertó temprano por el rugido de una aeronave sobre su cabeza. Levantó su periscopio y vio el cuerpo gris y verde de un hidroavión Dornier pasando a unas treinta yardas de distancia. Pudo ver la cara del piloto y un observador en la torreta. Había una gran esvástica blanca en la cola.

El avión rugía. Bond respiró de nuevo, recordando que había una base para hidroaviones en Cuxhaven. Tres minutos después el avión regresó. Esta vez pareció todavía más cercano, rugiendo sobre la línea costera de la playa. Éste no era un vuelo de entrenamiento.

Observó al hidroavión volar como un suspicaz gran pájaro marino: entonces con una ducha de espuma aterrizó y fue hacia la costa. Ancló. Bond observó a cuatro hombres descender a un bote neumático negro. Remaron hasta tierra y luego se dispersaron a lo largo de la playa.

Fleming había sido demasiado optimista en lo referente al transmisor. Los alemanes debían haber interceptado el mensaje de la última noche y su origen con exactitud. Sabían lo que buscaban.

Bond pensó que estaba perdido. Todo lo que podía hacer era bajar el periscopio y esperar. Nunca se había sentido tan vulnerable e indefenso. Parecía imposible que cuatro entrenados aviadores alemanes pudieran no encontrarlo. Les pudo oír llamarse mutuamente e incluso pilló ciertas palabras: «espía inglés», «radio». Uno de ellos mencionó un arma. Finalmente los cuatro hombres parecieron abandonar. Se habían parado a diez metros de donde yacía. Uno de ellos, el líder, dijo:

—No merece la pena. Nadie podría ocultarse ahí. Quizás el cabrón está en la aldea.

—Pero eso es imposible —contestó alguien—. Habría sido reconocido. Debe estar aquí.

—Bien, no está, ¿verdad? —replicó la primera voz—. Tendremos que esperar. El *Herr* coronel estará furioso.

Bond les oyó alejarse... y entonces respiró. Lentamente elevó el periscopio y vio a los hombres volver a subir a bordo del bote. Hubo el chirrido salvaje de los motores; el Dornier se elevó rápidamente y se alejó.

Bond se forzó a pensar. La perspectiva parecía claramente poco prometedora. Los alemanes habían sido más eficientes de lo que nadie había supuesto. Ciertamente, no le habían encontrado —aún— pero sólo sería cuestión de tiempo antes de que lo hicieran. Ahora le estaban observando. Una vez rompiera el silencio de la radio le encontrarían, y estaba fuera de cuestión convocar al submarino para que le recogiera. Ni podía permanecer atrapado en este agujero para siempre. El agua le faltaría primero... a menos que se volviera loco por la soledad o la claustrofobia.

Bond pasó la mañana intentando idear algún método de escape... sin éxito. Rendirse, de una forma u otra parecía inevitable. Bond temblaba ante el pensamiento de pasar el resto de la guerra dentro un campo de prisioneros de guerra. Antes que eso esperaría hasta el anochecer, se dirigiría hasta la aldea, luego robaría un barco. Sería peligroso. Los aldeanos ahora debían estar advertidos sobre él, pero cualquier cosa era preferible a la rendición. Bond sabía que debía conservar su fortaleza. Comió y durmió.

Anochece cuando despertó. Tenía frío. Comenzó a preparar las raciones que llevaría esa noche para su escapada. Pero primero necesitaba inspeccionar la playa. Estaba vacía; como lo estaba el mar. Entonces notó algo. Lejos a la derecha se

aproximaba un buque. Comenzaba a levantarse la neblina del Mar del Norte, haciéndole difícil identificarlo, pero al acercarse Bond estuvo seguro de qué era. Una de las siluetas que había memorizado durante sus lecciones sobre barcos enemigos era la de los rápidos petroleros oceánicos —que los alemanes llamaban vacas lecheras— desarrollados para que repostara su flota de U-boats. Éste era uno de ellos. Dos E-boats lo seguían dándole protección mientras se vaporizaba en la oscuridad.

Para James Bond esto lo cambiaba todo. El petrolero era un premio de primera clase. Una vez el Almirantazgo conociera su ruta, podría seguirse: en algún punto en el Atlántico habría una cita con varios U-boats alemanes.

Sería un gran triunfo para la Royal Navy estar allí.

Bond supo entonces donde estaba su deber. Sin importar el riesgo, debía transmitir una vez más a Londres: sólo entonces intentaría escapar. Y entonces se le ocurrió un plan incluso mejor.

Esperaría hasta el amanecer para enviar su mensaje. La reacción de los alemanes fue más rápida de lo que pensaba. Debían estar esperando a que rompiera el silencio. El Dornier regresó, volando en línea recta sobre él. Las cosas iban como esperaba. Hubo la misma rutina, los mismos hombres que aterrizaron en el bote neumático. Esta vez parecían más determinados que antes. Todos estaban armados. Su plan funcionaba. Oyó el grito del primer hombre cuando vio el transmisor que Bond había dejado. Estaba a unos cien metros o así detrás de él, en el extremo opuesto de las dunas. Había dejado mucho más equipo allí: suficiente para mantener a los alemanes ocupados durante varios minutos, minutos que necesitaba para su huida. No podía dejar de observarles ahora. Debía aprovechar una oportunidad, esperar lo suficiente hasta que el grupo de búsqueda se distrajera. Entonces tuvo su oportunidad.

Fue más fácil de lo que esperaba. Los alemanes estaban bastante ocupados. Bond pudo arrastrarse a cubierto de las dunas directo hacia la playa. Sus extremidades estaban acalambradas y apenas se movían al principio, pero se forzó a hacerlo. Casi estaba en el borde del agua antes de que le vieran; y estaba en el bote y lejos de ellos antes de que sonaran los tiros.

Bond nunca había remado tan fuerte en toda su vida. Afortunadamente, el mar estaba tranquilo y, afortunadamente, los aviadores alemanes no eran buenos tiradores. Pero todavía estaba el problema del hidroavión. Los alemanes ciertamente habrían dejado a alguien a bordo: los disparos desde la playa debían haberle alertado. Pero Bond poseía una ventaja. Quienquiera que estuviera a bordo del avión no tenía idea de lo que pasaba. Lo último que esperaba del espía inglés que sus camaradas buscaban era que subiera a bordo por su propia voluntad. Bond se desplazó junto al costado del Dornier. Había una puerta abierta en el fuselaje. Desde allí gritó en alemán.

—Rápido, idiota, trae el maletín de primeros auxilios. Hubo un tiroteo y un

herido.

—¿Qué? —dijo una voz.

—Rápido —dijo Bond—, alguien se muere.

Apareció la cabeza de un alemán. Bond tenía su arma desenfundada.

—Quieto —dijo—, no se mueva. Voy a necesitarle. Sería una lástima matarle.

Fue un despegue terrorífico. La aeronave rugió y tembló sobre el agua. Algunos hombres en la costa comenzaron a disparar, y por un momento Bond pensó que el piloto quería estrellar intencionalmente el avión. Entonces se elevó el morro y, al parecer renuientemente, el Dornier se alejó.

Pero aún entonces, los problemas de Bond no habían terminado. El piloto era un individuo áspero, corpulento, pelirrojo. Bond tuvo que mantener su pistola firmemente contra su espalda mientras le ordenaba poner rumbo al oeste hacia Inglaterra y ascender a 3.000 pies. Durante un rato el hombre obedeció; entonces de repente gritó:

—Cuidado, inglés. Aviones de combate.

Bond miró hacia donde indicaba. Debería haberlo pensado mejor. El puño del piloto aterrizó contra su mandíbula, y en un momento los dos hombres lucharon cuerpo a cuerpo en la cabina, a 5.000 pies sobre el Mar del Norte. Fue una batalla violenta. El piloto era más pesado que Bond y, en el momento de la sorpresa, había hecho soltar la pistola a Bond de su mano. Luego le pateó con toda su fuerza. Bond se dobló en agonía. Al hacerlo, su hombro dio contra los controles del Dornier. El morro se inclinó y repentinamente el mundo se convirtió en un mareante y remolineante manicomio con los motores gritando y la aeronave lanzándose en picado hacia el mar. Desesperado Bond intentó un último golpe salvaje contra la garganta del hombre. Contra toda probabilidad lo conectó. Hubo un gorgoteo. El hombre cayó flácido. Desesperadamente intentó recordar sus instrucciones de vuelo durante la preguerra y esperó que fueran buenas para la aeronave alemana. Bond buscó los controles, el avión respondió y se las arregló para elevarlo. Por muy poco. Ahora estaba casi al nivel del mar y Bond vio las olas grises justo debajo. Atrajo los mandos del Dornier hacia él y lentamente el pesado gran avión respondió.

Ahora, Bond no tenía idea de donde estaba, o cuánto combustible quedaba. Había recobrado su pistola y mantenía al piloto cubierto en el asiento junto a él. Al mismo tiempo, mantenía el avión en ruta hacia Inglaterra, confiando en su suerte y en la brújula para llegar allí.

Bond estima que habrían estado volando casi dos horas cuando llegó el ataque. Lo primero que sintió fue el escalofriante sonido de balas desgarrando el fuselaje a su espalda. Y entonces, a su izquierda, vio dos Hawker Hurricanes británicos, con su camuflaje verde y marrón, alejándose volando antes de volver al ataque.

El piloto del Dornier estaba bastante consciente ahora.

—Mala suerte, inglés —dijo—. Tu propia gente te matará después de todo.

Parecía como si fueran a hacerlo. Esta vez el fuego fue todavía más cerca. Una de las ventanillas de la cabina se pulverizó y entonces todo el avión tembló, escorándose a un lado. Bond luchó por enderezarlo, pero parte de la cola estaba agujereada. Uno de los Hurricanes regresó, volando como un ave de presa alrededor de sus víctimas. El hidroavión estaba ahora fuera de control, dirigiéndose al mar en una veloz caída. Bond luchó por mantener el morro alto. Entonces con un gran ruido golpearon el agua. Hubo un sonido de desgarramiento y ruptura al romperse la cola del Dornier. La espuma amainó y el avión comenzó a hundirse.

Fue el pelirrojo piloto del Dornier quien salvó la vida de Bond. Conocía la escotilla de escape y ayudó a Bond a subir al techo. Sacó también el bote neumático en que ambos pasaron las siguientes dos horas tras el hundimiento del hidroavión. Una lancha de rescate aire-mar de la R.A.F. les llevó finalmente a Harwich después aquella tarde. Los dos se separaron más amigablemente que cuando se habían encontrado por primera vez.

Bond regresó a Whitehall sintiéndose jubiloso, pero no duró mucho. Ciertamente que había conseguido enviar la información del petrolero alemán al Almirantazgo, pero hubo demoras y se perdió. Y entretanto toda la aventura fue criticada. La antigua reputación de Bond como buscador de gloria le perseguía y el teniente Fleming había sido reprendido por un plan que puso en riesgo a un submarino británico. Haber sido rescatado por la R.A.F. fue considerado completamente inadecuado y Bond, aunque todavía oficialmente adjunto al D.N.I., cayó en desgracia. Fue enviado a trabajar a sus oficinas en Penge y aquí terminó su gran aventura.

Pero en aquellos primeros meses de 1940, el mundo del Servicio Secreto estaba cambiando rápidamente. Departamentos totalmente nuevos florecían: el MI5 y MI6 estaban aceptando nuevo personal. Fleming fue enviado a Canadá. Fue una mala época para el teniente Bond. Se le consideraba «frívolo», y cuando solicitó el traslado al servicio activo su petición fue concedida velozmente.

Bond amaba la Marina y los catorce meses que pasó como marino están entre la más felices de su vida. Se entrenó en Davenport y fue destinado a destructores. Justo antes de Dunquerque se enroló en su primer buque, el H.M.S. Sabre, como teniente. Estuvo en Dunquerque. El Sabre fue bombardeado pero aún así todavía se las arregló para recuperar tres cargas de tropas británicas desde las playas. Después de las reparaciones, fue enviado a tareas de convoy en el Atlántico Norte. Era una vida nueva para Bond. Nunca había conocido las privaciones diarias de un oficial de servicio, ni había encarado el abarrotado apiñamiento de la vida bajo cubierta en un estrecho buque.

Fue visto como claramente «raro». Era considerado una especie de intelectual y

un puritano. Era reservado, raramente juraba y nunca comentaba sobre sus mujeres o su familia. Los hombres le encontraban minucioso sobre los deberes y le respetaban, los veteranos en particular. Sus compañeros oficiales pronto encontraron que no era un hombre con quien tomarse libertades. Tenía una lengua afilada, un fuerte sentido del *amour propre* y podía tumbar a cualquiera bebiendo. Era admirado y popular pero no tenía ningún amigo íntimo. Esto solía preocuparle. Todos le creían autosuficiente, aunque realmente no era nada de eso: su reserva natural, la vida que había llevado, no le hacían apto para el contacto humano cercano.

Incluso, así, la vida a bordo del Sabre hizo mucho para descongelarle. Una noche en tierra en Kingston, Jamaica, se convirtió en el héroe del buque. Estaba a cargo del grupo de permiso. Los hombres debían regresar a bordo a medianoche pero hubo una trifulca en un bar con la tripulación de un crucero americano, así que el teniente Bond se encontró en medio de una batalla. Se estaban usando botellas y cuchillos. Sus hombres recibían la peor parte. Bond estaba muy calmado, dijo a sus hombres que salieran fuera. La mayor parte de ellos lo hizo pero un borracho peso pesado sargento de marina americano continuaba la batalla.

Ya había noqueado a varios marineros británicos y arrojó una botella al teniente Bond. Bond la vio venir, la esquivó y luego, agarrando al americano, lo lanzó sobre sus hombros. El hombre aterrizó con un estruendo de cristales rotos contra la barra. Bond le golpeó una vez mientras se tambaleaba y la pelea terminó. Los hombres de Bond estaban a salvo a bordo para la medianoche.

El incidente hizo maravillas por el prestigio de Bond, y fue realmente después de esto cuando comenzó a sentir que pertenecía a su barco.

Los peligros e incomodidades compartidos en mitad del Atlántico ayudaron a Bond a volverse más humano, y disfrutó de su liberación de las tensiones del mundo clandestino. Aquellas batallas solitarias del pasado habían terminado. El enemigo era abierto y directo, y ahora estaba peleando con hombres en los que confiaba. Prefería esta forma de vida. Se volvió más musculoso y aumentó de peso. Podría dormir en cualquier lugar y en cualquier momento. Por primera vez desde hacía años carecía de preocupaciones o ambiciones. Entonces todo aquello cambió.

Durante este tiempo a bordo, Bond vivía una vida de casi total castidad. Esto también fue un alivio. Después de sus pasadas complicaciones disfrutaba de una pausa en las demandas del sexo. Había habido momentos de breve indulgencia en las Bahamas o en Nueva York, generalmente con mujeres casadas que veían este servicio al apuesto personal aliado como esencial tarea patriótica de guerra. Quizás lo fuera, pero aquello dejaba deprimido a Bond. Disfrutaba del sexo, pero no impersonalmente. Le gustaba que sus mujeres fueran más que libros de texto animados del acto sexual. También era ligeramente remilgado o, como habría dicho, romántico. Le gustaba pensar que

existía por lo menos la posibilidad del amor antes de meterse en la cama con alguien.

Esta actitud y los largos meses de abstinencia a bordo significaban que en aquella primavera de 1941, Bond se había vuelto vulnerable. Su cinismo adolescente había quedado atrás, y al volverse más humano parecía inevitable que debería enamorarse. Lo hizo debidamente: sentimental y bastante previsiblemente con la hermana de un compañero oficial. Su nombre era Muriel. Su hermano era el segundo al mando. Bond la conoció por una fotografía suya en el camarote de su hermano. Tenía la sonrisa de Claudette Colbert, y la nariz de Greer Garson. El segundo al mando le aseguró a Bond que era «completamente de buena clase». Tenía bastante razón. Bond la conoció brevemente durante aquella Pascua. Vieron un espectáculo juntos, cenaron en una Corner House. Bond la besó —eso fue todo— pero prometió escribirla. Lo hizo.

La fotografía la había favorecido. No tenía la sonrisa de Miss Colbert —ni por cierto la nariz de Miss Garson— pero era una señorita inglesa bastante bonita y bien alimentada. Su padre estaba en el ejército. La familia vivía cerca de Pulborough en Sussex. Tenía veintidós años, pura como se solía ser en aquellos días, y nunca había conocido a nadie como Bond antes.

A finales de julio, el H.M.S. Sabre volvió a casa desde las Indias Occidentales para una puesta a punto en Birkenhead. Bond tuvo permiso y viajó a Londres con el 2i/c. Unas tres semanas después estaba felizmente prometido. Todo fue terriblemente convencional: visita a Kent para presentar a Tía Charmian —ella levantó sus cejas pero no dijo nada—, visita a los parientes de Muriel en Sussex, visita a Londres. Bond parecía feliz. Muriel lo adoraba, y por primera vez en su vida era consciente de hacer lo que se hermano Henry siempre llamaba «lo apropiado».

Incluso pareció lo apropiado cuando Bond, en una de sus últimas noches juntos, llamó al Hotel Dorchester, preguntó por el gerente, y reservó una habitación doble. Muriel asintió, pues después de todo, estaban prometidos y tenía casi veintitrés años.

Por primera vez en su vida con cualquier mujer, Bond se sentía nervioso. Era bastante adorable, y muy comprensiva; cenaron discretamente en el restaurante y se prepararon para la cama. Pero el hecho era que Bond simplemente tenía que tomar un trago. Cuando se lo explicó ella comprendió perfectamente: «Papá —dijo—, es igual». Le esperaba arriba.

Bond estaba ordenando su martini favorito. Para su sorpresa, el bar tenía ginebra Gordon's.

—Y asegúrese —le dijo al barman—, que está...

—Agitado, no revuelto —dijo una voz detrás de él.

Bond se giró, y allí estaba Fleming. Bond pensó que había envejecido. La sombría cara se había vuelto más arrugada, pero por otra parte parecía exactamente como Bond la recordaba. Por alguna razón, se sintió aliviado de verle. Bond le invitó

a un trago explicando que acababa de prometerse; Fleming rió a carcajadas.

Al principio Bond se enfureció, pero la risa de Fleming era contagiosa. Bebieron. Hablaron. Pidieron otra bebida. Fleming recordó el asunto Wangerooge y derivó hacia el trabajo secreto en el que su departamento estaba comprometido. Bond intentó hablar sobre su vida a bordo del Sabre, pero todo aquello sonaba un poco plano.

—Lamento que lo dejaras —dijo Fleming.

Bond no dijo nada.

—Las cosas han cambiado en el D.N.I. Podríamos contar contigo. El Almirante lo dijo así el otro día.

—¿Lo hizo? —dijo Bond, y Fleming asintió.

—Creo —dijo—, que deberíamos tener una botella de champagne para celebrar nuestra reunión, tu compromiso.

El champagne era casi inexistente en Londres en época de guerra, pero el barman era amigo de Fleming. Consiguió una botella de cosecha Clicquot. Fleming se volvió didáctico, como le solía pasar a menudo con el alcohol.

—Deberías volver con nosotros... no jugar a marineros.

Bond discutió, Fleming era persuasivo, y era bien pasada la medianoche cuando se separaron. Muriel se había dormido rápidamente; Bond estaba un poco bebido.

Esta vez entrenaron a James Bond a fondo: primero en una mansión de Hertfordshire en un curso para saboteadores, luego fue Canadá. Bond era un aprendiz de primera, consiguiendo altas marcas en estado físico, combate sin armas, armamento e iniciativa personal. En Hertfordshire recibió una marca A-plus y fue personalmente recomendado al D.N.I: en Canadá provocó a un instructor de judo una leve conmoción cerebral y batió los records de tiro con armas pequeñas y ametralladoras.

El establecimiento canadiense estaba en un lugar llamado Oshawa, junto al Lago Ontario. Había sido fundado, a finales de 1940, por Sir William Stephenson como campo de entrenamiento para sus agentes estadounidenses; y en esa época ofrecía el entrenamiento más riguroso y completo de su clase en cualquier lugar fuera de la Unión Soviética. Bond aprendió mucho.

Como inventor por derecho propio —mucha de su fortuna provenía de sus invenciones durante la preguerra en radio fotografía— Sir William era un tecnócrata del sabotaje. Fue gracias a él que Bond se convirtió en experto en todo el armamento del agente moderno: cifrado y electrónica, explosivos y radio y dispositivos de escucha. Los aprendices usaban el lago para ejercicios subacuáticos y fue aquí donde James Bond se entrenó como hombre-rana, aprendiendo tácticas evasivas, lucha subacuática y técnicas con minas magnéticas. Bond pasó tres meses en Oshawa. Cuando regresó a Londres el D.N.I. había recibido ya un informe confidencial, alabando su éxito y terminando con una sencilla declaración: «El agente es un arma

letal del mayor calibre».

De haber sabido esto Bond, habría sido más cauto cuando Fleming le llevó a comer poco después de su regreso. Bond había disfrutado en Canadá. Muriel había parecido un poco hosca cuando la dejó —a pesar de la *debâcle*^[31] del Dorchester todavía seguían oficialmente comprometidos— pero en Oshawa había encontrado duro lo mucho que se preocupaba por ella. Ahora preveía un servicio activo y Muriel estuvo de acuerdo en que sería un error precipitar el matrimonio. Fleming pareció aliviado cuando James Bond le dijo esto, pues le explicó que había «un elemento de riesgo» en la pequeña misión que el Servicio tenía en mente para él.

Fleming había elegido el restaurante italiano Bertorelli's en Charlotte Street para su reunión; muy diferente de Scott's: ni bocks de plata de terciopelo negro, ni platijas asadas. Tomaron el *plat du jour*^[32], un ambiguo guiso de guerra llamado *spezzatino* y media botella de Valpollicella. Fue un decorado extraño en el que se le pidió que matara a un hombre. No es que Fleming usara la palabra «matar». Dijo, «ocuparse de». Todo estaba arreglado y no debía ser demasiado difícil. Pero no debía haber absolutamente ninguna equivocación. Lo que se jugaba era de aterradora importancia. Fleming se sirvió el resto del Valpollicella y comenzó a explicar la tarea.

—El hombre es japonés. Se llama Shingushi y está en Nueva York. Oficialmente está con su consulado general; tiene una oficina en el trigésimo sexto piso de un rascacielos en Lexington Avenue. Pero oficialmente el hombre es un experto en cifrado, probablemente el mejor del mundo. Le hemos estudiado y ahora sabemos con seguridad que está a la altura. Durante varios meses hemos sabido que los alemanes han conseguido información detallada de los movimientos de barcos aliados desde Nueva York, y parece que esto les ha sido transmitido por sus amigos en Tokio. La pregunta era cómo los japoneses la habían conseguido. Ahora Stephenson lo ha averiguado. Los japoneses han interceptado todos nuestros mensajes, hacia y desde los convoys atlánticos, y el pequeño Shingushi ha estado muy ocupado descifrándolos.

Bond todavía recuerda la fría e impasible cara de Fleming mientras estaba allí sentado, encadenando sus Morlands Specials.

—¿Entonces que debo hacer? —dijo Bond.

—Disponga de él, querido amigo. Esto es la guerra. Debe hacerse. Uno no puede ser un blando en estos asuntos. Será como disparar a un enemigo en el frente; excepto que este amiguito debe valer por unas buenas tres buenas divisiones de alto rango.

—¿No hay nadie en América que pueda hacerlo? ¿Por qué traerme a mí?

—América no está en guerra pero nos da mucha ayuda. No debe haber nada que pueda crear un incidente diplomático. Esto debe ser lo que los gangsters llaman «trabajo externo». Oficialmente nadie en Nueva York sabrá de ti. Si cualquier cosa sale mal, estarás solo.

Bond no podía rehusar. Era la clase de operación para la que se había entrenado. Conocía su lógica, pero deseaba que aquello no se pareciera tanto a un asesinato a sangre fría. Fleming sonreía.

—Te envidio por Nueva York —dijo—. Acepta mi consejo y compra algunas camisas en Abercrombie mientras estás allí.

Bond viajó ligero. No llevó armas ni ninguna posesión identificable. Había una cierta urgencia sobre su misión así que viajó por aire, volando hasta Lisboa donde cogió el clipper de la mañana hacia Nueva York. Fue un vuelo de diez horas; lo que dio tiempo a Bond para meditar. Pero a la vez sentía aquel estímulo que siempre viene al comienzo de una misión. Nada podía siquiera igualarlo.

El sentido de la excitación de Bond fue incrementado por su primera visión de Nueva York, pues amaba la ciudad. Anochecía y todos los rascacielos de Manhattan resplandecían con luces como si le invitaran a una enorme celebración. Después de sus noches en un Londres oscurecido estaba repentinamente vivo. Tuvo que recordarse que estaba aquí para matar a un hombre.

Tenía una reserva en Volney Hotel de cinco estrellas, porque había oído que Dorothy Parker vivía allí. Tenía el grado correcto de comodidad y respetabilidad y Bond tenía la sensación de ser una especie de invitado de honor: había pasado mucho tiempo desde que había conocido el lujo de un buen hotel, la pila de toallas en el baño, la cama bien hecha, el discreto aire acondicionado. Pidió un bourbon doble con hielo, se afeitó y luego se bañó lujuriosamente. A las 8.15 llamó al número privado de Sir William Stephenson.

Como jefe de la Inteligencia Británica en América del Norte, Sir William era un hombre ocupado, pero se las arregló para encontrarse con James Bond aquella noche a las 10.15 en el bar Murphy en la calle 45. Bond cenó solo —chuletón de costilla deshuesada y helado en el drug-store de la esquina— y fue caminando hasta su cita.

Bond nunca se había encontrado antes con el Canadiense Tranquilo, pero quedó impresionado de inmediato por su eficiencia. Le gustó el prosaico enfoque de este hombrecillo energético, la forma en que compró las bebidas; preguntó a Bond si había comido, y luego regresó a resolver su tarea.

No se anduvo con rodeos sobre las dificultades. Ya había habido ataques contra Shingushi; los japoneses estaban completamente preparados.

—Le tratan de la manera en que tratan a su Emperador. Se le ha retirado el contacto humano normal, protegido día y noche. Ninguno de nosotros lo ha visto. Usted va a tener mucho trabajo.

Bond preguntó sobre la vida privada de Shingushi. Hasta donde Stephenson sabía, no tenía ninguna. Tenía su sede en el Consulado. Sólo ocasionalmente se aventuraba Shingushi algún fin de semana, cuidadosamente protegido por hombres de seguridad, quienes lo empujaban dentro de una limusina blindada y lo conducían a

una villa de Long Island. Los japoneses tenían mujeres allí.

—¿Qué oportunidad de pillarle allí?

—Ninguna maldita esperanza. El lugar está vallado y dispone de todo dispositivo posible contra ladrones. Lo sé. Los he probado.

A pesar de su pesimismo, Stephenson ofreció a Bond cierta ayuda: fotografías de Shingushi, detallados planos del consulado japonés, biografías de algunos de los japoneses que le rodeaban. Bond le dio las gracias.

—Cuénteme —dijo—, ¿cuán peligroso es este hombre, Shingushi?

El Canadiense terminó su bebida antes de contestar.

—Se podría decir que cada semana que vive, ese hombre es responsable de varios cientos de muertos aliados en el mar. Así es como yo pensaría en ello si fuera usted.

Stephenson rindió a Bond un servicio adicional. Una caja de cartón con el monograma de Saks, Quinta Avenida, fue llevada a su habitación mientras se desayunaba. Bond había tenido problemas intentando explicar al servicio de habitaciones como le gustaban sus huevos.

—Seguro señor, quiere decir cara soleada arriba con doble loncha crujiente.

Por una vez, Bond había cedido antes que intentar decirle a un americano como hervir un huevo tres minutos y medio. Le dijo al botones que dejara el paquete sobre su cama. Cuando lo abrió encontró un bonito maletín. Dentro estaba el cañón, las piezas y la mira telescópica de un rifle de alta velocidad plegable de francotirador Manlicher... más veinte pulidas balas con punta de acero. No había nota de entrega.

Bond había dormido bien, pero la excitación por su llegada a Nueva York le había dejado. Sus ojos le escocieron en el viento de octubre, y por primera vez sintió el efecto del cambio de hora por el viaje.

Era domingo. Su instinto fue tomar el día con calma, pero no podía relajarse en una misión. A pesar de todas las dudas de Stephenson sobre la villa, no podía hablar antes de verla. Como jugador, Bond se había beneficiado a menudo de oportunidades improbables; uno nunca sabe la suerte que le va a acompañar. Además, nunca había visto Long Island en ésta época del año y pensó de no había mejor manera de pasar un domingo libre en Nueva York.

Se puso su Burberry azul oscuro, tomó el pequeño maletín y llamó a un taxi de la Penn Station.

Hubo una sensación de fiesta en el viaje: el casi vacío tren del domingo por la mañana del Ferrocarril de Long Island, las vistas a las casas de vecinos del Bronx — que Fleming llamaba «el trasero de Nueva York»—, y luego los campos de patatas y granjas de patos de Long Island. Todo era muy diferente de la Quinta Avenida. La villa estaba en el extremo opuesto de la isla; el nombre de la estación atrajo inmediatamente a Bond. Era Sag Harbor. Aquí descendió.

Sag Harbor es un lugar veraniego: unas casas grandes y viejas hacia el Estrecho,

pero por lo demás principalmente una propiedad estival. Bond encontró atractiva su melancolía de octubre. Preguntó al mozo por un taxi.

Aquí Bond tuvo su primer verdadero golpe de suerte.

—¿Dónde va usted, señor? —dijo el mozo.

—Lansdown Boulevard —dijo Bond.

Había un taxi, un viejo Chevrolet negro. El mozo le hizo un gesto.

—Otro cliente para Lansdown —gritó—. Deberá compartirlo —le dijo a Bond—.

Es el único taxi que hay por aquí esta mañana.

Bond le dio las gracias.

El conductor era un viejo con gorra. Conducía un lento taxi.

—Directo hacia el Bulevar Lansdown —dijo Bond.

El viejo asintió. Bond le dio el número.

—La dama de atrás va a la misma casa —dijo el taxista, abriendo la puerta.

En el automóvil estaba sentada un pequeña mujer japonesa de mediana edad, vestida de negro. Bond la saludó con la cabeza; ella le devolvió el saludo. El viaje transcurrió en silencio.

Hay momentos en la vida de un agente en que debe aceptar cualquier oportunidad que surja. Éste fue una de ellos. El viaje llevó unos quince minutos y finalmente el taxi paró ante la entrada de un paseo privado. Había una gran puerta de acero pintada de verde; a cada lado de ella había una alta pared de ladrillo. Junto a la puerta un aviso advertía a los intrusos que había «métodos eléctricos para repelerlos».

El taxi, evidentemente, era esperado. Había un portero automático junto a la puerta, el taxista dio su nombre y una de las puertas se abrió.

—Nadie por aquí esta mañana —dijo el taxista.

El paseo serpenteaba entre árboles y arbustos hacia la casa. Bond tocó al conductor en el hombro.

—Pare. Aquí me vale —dijo y pagó una carrera de veinte dólares.

Cuando Bond salió, la mujer no le prestó atención. En su mundo lo que cualquier hombre hiciera era estrictamente asunto del varón.

Había un macizo de rododendros; un arbusto que Bond detestaba, pero que proporcionaba cobertura. Se ocultó y esperó veinte minutos. Vio regresar al taxi, no hubo protestas desde la casa. Ahora era su oportunidad de hacer un reconocimiento.

La maleza continuaba hacia la derecha. Bond la siguió. El terreno ascendía ligeramente y desde allí podía ver la casa. Era como una fortaleza, un edificio de dos plantas, de cemento, ventanas con postigos, puertas protegidas con rejas de hierro. Sería una locura intentar entrar pero Bond todavía tenía la sensación de que la suerte estaba de su lado. Se contentó con esperar, acomodándose bajo la húmeda y fría protección de los arbustos. Aquí sacó el rifle, lo ensambló, encajando la mira telescópica y metió diez balas plateadas en el cargador.

La casa le confundió. No había luz en su interior, ninguna señal de vida. Bond yacía muy quieto; el rifle se convirtió en parte de él. Entonces comenzó a llover, una frío llovizna desde el Estrecho. Las horas pasaron lentamente. Dos veces creyó oír un automóvil, pero aún así no vio nada. Antes de que algo ocurriera había comenzado a anochecer. La lluvia había cesado ahora y repentinamente se abrió la reja de las grandes puertas acristaladas que daban al césped. Salió una sirvienta vestida de blanco, gritó algo y un perro saltó afuera, ladrando y saltando por el césped. La sirvienta llamó nuevamente y apareció una pequeña muchacha, una fea muchachita de siete u ocho años con un vestido rosa claro. Bond la observó a través de la mira telescópica. Se reía del perro y Bond pudo ver que se le habían caído sus dos dientes delanteros. Le tiraba una pelota y el perro iba saltando tras ella. Era una perra callejera color marrón lodo con una cola como un plumero.

Entonces una tercera persona apareció. No podía confundirse. Allí estaba la misma cabeza grande y cuerpo rechoncho que Bond había visto en las fotografías, excepto que ahora el hombre reía. Bond movió la cruz de la mira hasta situarla justo bajo el bolsillo del pecho del traje de Shingushi y apretó hasta la primera presión sobre el gatillo. En ese momento hubo una ráfaga de viento, trayendo algunas hojas de los tilos del extremo opuesto del jardín. El perro las alcanzó. La muchacha rió, palmeando con sus manos. Shingushi la levantó.

Era la oportunidad de Bond. Shingushi estaba encuadrado en su mira, pero todo lo que Bond podía ver era el vestido rosado de la muchacha.

Su dedo no se movió, y la oportunidad pasó. Shingushi se giró de nuevo, bajó a la muchacha y regresó al interior de la casa. La niña le siguió, luego el perro, meneando su estúpido rabo.

Bond esperó pero su suerte lo había abandonado. No fue hasta el anochecer cuando se arriesgó a escalar la pared y luego tuvo que regresar a la estación. Era casi medianoche cuando estuvo de vuelta en el Volney. El lunes por la mañana hubo un telegrama desde Londres: «*Mercancías retrasadas. ¿Alguna noticia? Fleming*».

Bond se saltó el desayuno —siempre una mala señal— y pasó la mayor parte de la mañana sentado en un banco de Central Park. Aquí repasó todo el asunto. Pensó sobre Shingushi y la niña, ¿por qué tenía el infeliz hombrecillo que involucrarse en tal negocio sucio? También se forzó a pensar en marineros ahogándose en el Atlántico Norte, marineros quizás de su propio destructor. Muy serenamente Bond tomó entonces su decisión. Ya no tenía el lujo de seguir órdenes directas a bordo de un buque. Era un hombre solitario haciendo lo que mejor sabía para combatir en una guerra. No tenía sentido ser remilgado.

Era un brillante día de otoño; el Parque estaba abarrotado, pero Bond nunca se había sentido tan solo. Vagó arriba y abajo por la Quinta Avenida. Nueva York ya no le parecía excitante, pero tomó una buena comida en el Flanagan's Restaurant en el

Lower Manhattan y luego llamó a Stephenson. Había todavía ciertas cosas que tenía que saber.

Esa tarde James Bond se puso a trabajar. Primero encontró a un hombre llamado Dolan, un sureño gordo de ojos claros. Dolan no mostró sorpresa ante lo que Bond quería. Todo lo que parecía importarle era doblar los 500 dólares por día que Bond le ofrecía. Antes que discutir, Bond asintió.

Luego Bond tomó un taxi hasta el edificio de la Tercera Avenida, donde Stephenson le había alquilado una oficina vacía en el piso cuarenta. Aquí se aseguró de su vista desde las ventanas. A unos sesenta metros de distancia se erguía el edificio que incluía el Consulado General de Japón: casi directamente enfrente estaban las ventanas del trigésimosexto piso.

Aquella tarde Bond y Dolan tomaron posesión de su oficina: comenzó la larga espera.

Era una operación muy simple. El requisito principal era la paciencia y Bond recordó cómo, siendo muchacho en Kent, había esperado toda la tarde con su rifle de aire comprimido a que una rata surgiera de su agujero en un granero. Ahora tanto él como Dolan tenían rifles de francotirador y esperaban a Shingushi.

Fue un asunto interminable y Bond comenzó a preguntarse si funcionaría. No es que a Dolan le importara; cada día que pasara ganaría otros mil dólares. Rara vez hablaba, bebía interminables latas de cerveza y eructaba en lugar de conversar. Bond pronto lo detestó, pero le habían dicho que conocía su trabajo. Bond esperaba que lo hiciera.

Fue sorprendente cuan pronto Bond captó la rutina del Consulado; así como las caras en aquella oficina de enfrente.

Sólo en dos ocasiones vio a Shingushi: ambas alrededor de las nueve de la noche cuando entró repentinamente en la oficina principal, charló con alguien en un escritorio, alejándose a continuación. Bond comprendió lo difícil que sería de matar. No habría equivocaciones; un solo tiro, una oportunidad. Otro problema era que las ventanas del edificio eran todas de doble cristal y con fuerza suficiente para desviar una bala. Esto debía ser tenido en cuenta.

El miércoles, un segundo telegrama llegó desde Londres; menos amable esta vez. El jueves, Shingushi no apareció. Y el viernes incluso los jóvenes nervios de Bond comenzaron a crispase. Como de costumbre, él y Dolan ocuparon sus lugares en la sala con la ventana abierta y las luces apagadas. Bond había trabajado para que fueran totalmente invisibles para los japoneses. Y, como de costumbre, los dos hombres se sentaron en silencio. La tarde se fundió con la noche. Las luces se encendieron en todos los rascacielos y pronto Nueva York brillaba a su alrededor como un hormiguero fosforescente. Eran casi las nueve y el tráfico de abajo disminuía en la Tercera Avenida cuando Dolan le dio un codazo.

—Aquí viene, el pequeño cabrón. Aquí viene nuestro muchacho.

Shingushi había entrado andando como un pato. A través de su mira telescópica, Bond pudo verle parpadear mientras se giraba hacia un archivador. Éste era el momento.

—Ahora —vociferó Bond.

Hubo un ruido escalofriante dentro de la sala oscurecida: la voz de Bond y luego el ruido sordo y ahogado de dos rifles con silenciador disparando casi simultáneamente. Dolan disparó primero como estaba acordado, para que su bala rompiera el cristal doble de la ventana del Consulado. Una fracción de segundo después, el disparo de Bond atravesó velozmente el agujero directo hacia su blanco. Bond se detuvo para observar inclinarse al pequeño japonés, y luego desplomarse. A esa distancia apenas parecía un hombre en absoluto; más bien un blanco en un campo de tiro.

Todo fue entonces como la seda, pues Bond lo había ensayado muchas veces: el veloz desmontaje y empaquetado de los rifles, el cierre de la puerta de la oficina, y ya estaban en la calle subidos en el automóvil que Bond había dejado esperando. Condujeron hacia el Parque, luego pararon el automóvil. Bond tenía el dinero de Dolan preparado en billetes surtidos y, al pagarle, los ojos azules de Dolan sonrieron.

—Buen disparo, Mr Bond. Ha sido un placer trabajar con usted.

Mientras abría la puerta del automóvil eructó, luego anduvo hacia el Parque. Bond se alejó con el coche. No se sentía con ganas de celebrar. En vez de eso envió un telegrama a Londres, cenó solo, consiguió emborracharse moderadamente y luego pagó a una puta de cien dólares. Su nombre era Rosemary. Fue una lástima que vistiera de rosa.

El asesinato de Shingushi le dio a Bond una reputación que no quería. Él era un combatiente, no un asesino. Donde tenía alguna elección siempre se decidía por misiones que implicaban enfrentamiento directo con el enemigo. Esto generalmente parecía posible y 1942 fue un año ocupado para Bond. Estuvo detrás de la destrucción de la gran refinería de Brest en febrero. Dos meses más tarde estaba en Francia nuevamente, esta vez en Vichy donde pasó por un viajante de comercio y diseñó la liberación de tres agentes aliados retenidos en la cárcel local. Pocas semanas después estaba volando a Alejandría para hacerse cargo de contramedidas contra los submarinos unipersonales italianos que ya habían cobrado un duro peaje a los barcos aliados en el puerto. Fue una operación compleja, para la cual Bond se había entrenado parcialmente en Oshawa. Pero fue horriblemente peligroso. Bond organizó y entrenó un destacamento de fuerzas ofensivas compuesta de marinos hombres-rana que podían trabajar de noche contra los submarinos, y varias veces pelearon mano a mano con los hombres-rana italianos en el puerto. Las bajas fueron

altas pero los submarinos unipersonales fueron batidos.

Bond estaba orgulloso de su éxito —al final de 1942 había sido ascendido a teniente coronel y devuelto al Londres— pero siempre temía que su reputación le involucrara en una repetición del asunto Shingushi. A principios de 1943 pareció que sucedía. Por una coincidencia, Fleming estuvo involucrado una vez más.

Desde hacía algún tiempo la Inteligencia Naval había tenido problemas con su circuito báltico. Toda esta área era de gran importancia ya que también cubría los convoys británicos a Murmansk. Rusia era ahora su aliado: Alemania batallaba hacia Leningrado e intentaba con fuerza cerrar los puertos del norte. Pero estaban recibiendo información defectuosa; les habían capturado agentes, cuatro en los dos últimos meses. Con tanto en juego, tales pérdidas no podían continuar.

Fleming explicó todo esto a Bond pero, mientras hablaba, algo en sus modales lo inquietó.

—Parece que tendrás que hacer un viajecito —dijo—. Suecia. La encontrarás fría después de Egipto, pero estoy seguro de que te adaptarás bien. Me han dicho que las muchachas suecas son cautivadoras.

—¿Qué lugar de Suecia?

—Estocolmo. Adorable ciudad. Allí hay un hombre llamado Svenson. Me temo que necesitamos ocuparnos de él... más bien en tu línea de trabajo.

Bond levantó sus cejas pero no dijo nada.

—Es uno de los nuestros... en teoría. Nosotros lo entrenamos aquí; usted puede haberle conocido. Es noruego; un tipo grande, apuesto... ex-marino. Lo había instalado en una compañía naviera de Estocolmo como cobertura, pero se ha vuelto un agente doble.

—¿Estás seguro? —dijo Bond.

—Ninguna duda. La historia de siempre: buen trabajo para empezar, luego demasiadas mujeres. Hemos tenido informes de grandes gastos. Ahora tenemos todo este problema con el circuito y debe ser Svenson. La oposición pilló a dos de nuestros mejores hombres la semana pasada y sabemos que Svenson es la única persona que podía haberles traicionado. Debe arreglarse... definitivamente.

—¿No puedes encontrar a otro? —dijo Bond—. Le conozco.

—¿Le conoces? Tanto mejor.

A su pesar, Bond quedó impresionado por la minuciosidad de los preparativos de Fleming. Durante los días siguientes pasaron mucho tiempo juntos y Bond pudo ver que nada había sido dejado al azar. Fleming había compuesto una biografía completa de Svenson. Incluso había algunas secuencias de películas tomadas durante los entrenamientos. Los dos hombres las pasaron en un cine privado detrás del Almirantazgo. Bond reconoció de inmediato la sonrisa fácil, la pesada y bondadosa naturaleza del gran noruego.

—Habría confiado en Svenson en cualquier parte.

—Ése ha sido el problema —dijo Fleming severamente.

Finalmente Bond comprendió que sabía demasiado sobre este hombre al que tenía que matar. Habría sido mejor no saber nada pues el conocimiento provoca compasión y una sensación de culpabilidad. Es mucho más simple destruir un traidor que un ser humano.

Quizás fuera su humor, pero Bond encontró en Estocolmo una ciudad inquietante. Detrás de sus palacios y muelles y el calmo buen sentido escondía una palidez higiénica que le deprimía. Era una ciudad de ojos fríos y dentistas indoloros. Cualquier exceso era posible en tal lugar.

Bond interpretaba oficialmente su papel de preguerra como correo diplomático para la Embajada Británica. Había hecho un complicado viaje al norte en un navío de guerra británico, luego atravesó la frontera y llegó por tren a Estocolmo. No tenía dudas sobre su misión. Era necesaria, pero no era una aventura. En vez de la excitación habitual de una nueva misión, sentía una pesadez terrible. Era el ejecutor visitante.

Bond no quería encontrar a su víctima cara a cara. Estocolmo era una ciudad impersonal; el lugar para una muerte impersonal. Cuanto más rápido fuera, mejor.

No tuvo dificultad en encontrar a Svenson. Su casa estaba en la ciudad vieja, una casa pintada de amarillo con gabletes sacada directamente de las páginas de Hans Christian Andersen. Svenson tenía aquí su oficina y piso privado. Desde el café de enfrente Bond pasó algún tiempo observándolo. Los negocios no parecían ir demasiado bien. Durante la mañana vio a dos personas entrar en la casa, ambos suecos bien vestidos con gruesos abrigos. No había señal de Svenson. Justo antes del almuerzo la puerta de entrada se abrió y salió una muchacha. Desde detrás de su ejemplar de Dagblat, Bond la observó mientras cruzaba la calle y caminaba hacia el café donde estaba sentado. Era alta, esbelta con el pelo del color más pálido que Bond había visto nunca, una princesa de Hans Christian Andersen. La vio entrar en el café, caminar hasta el mostrador donde compró smörgåsbord. Entonces Bond sintió que ella le miraba. Bajando su periódico le devolvió la mirada. La muchacha tenía ojos violeta. Bond reconoció la mirada que le echó: era una mirada de miedo e inconfundible suspicacia. Por sólo un momento pensó que le hablaría. En vez de eso se desvió, recogió su cuidadosamente atado paquete del mostrador, y Bond la observó cruzar la calle y entrar en la casa nuevamente. Usó un llavín propio.

Bond todavía esperaba que Svenson se mostrara. Era todo lo que necesitaba. Pero aunque Bond mantuvo la casa bajo vigilancia casi toda la tarde, no hubo señal de él. Bond maldijo a la muchacha. Debía haber advertido a Svenson del hombre que observaba desde el café de enfrente. Aquella higiénica operación que Bond esperaba

al principio parecía improbable. Parecía que no podría evitar el contacto personal con Svenson después de todo. Esperó esperanzadamente hasta casi las seis. Entonces telefoneó.

Respondió una mujer. Hablaba sueco. Era una voz joven y atractiva y Bond imaginó que debía ser la muchacha. Él contestó en alemán, preguntando por *Herr* Svenson. Ella dijo que estaba fuera y no tenía idea de cuando volvería. ¿Quién hablaba?

—Un viejo amigo suyo; James Bond. Me alojo en el Hotel Carlton en Kungsgatan. Quizás podría llamarme. Estaré allí esta noche a las ocho.

Pero Svenson no llamó y finalmente Bond lo intentó de nuevo. Esta vez el teléfono fue contestado por Svenson. Al primer sonido de aquella potente voz con su inglés fragmentario, Bond recordó al hombre que había conocido; al Svenson despreocupado, gran bebedor, mujeriego y patriota noruego. Siempre tuvo una personalidad enormemente cálida; incluso ahora Bond la sentía en la voz.

—James, esto es maravilloso, simplemente maravilloso. De todos, tú aquí en el maldito Estocolmo. No puedo esperar a verte.

—No me quedaré mucho, y mañana parece imposible. ¿Alguna oportunidad de verte esta noche? Ha pasado mucho tiempo.

—Lo ha sido... demasiado tiempo. Pero sí, por supuesto. Debemos encontrarnos y tomar una copa o dos por lo menos. No puedo dejar que te marches de Estocolmo sin verte.

Svenson sugirió un café, Olafson en Skeppbron, a dos minutos del palacio real. Bond le prometió estar allí.

Estuvo, pero Svenson no. Una vez más Bond iba armado y dispuesto para completar su misión. Pero aunque esperó hasta las once no hubo señal de Svenson. Bond estuvo casi aliviado cuando quedó claro que no vendría. Habría sido un asunto despreciable tener que beber con un hombre y recordar el pasado, para luego dispararle. Por otra parte eso significaba que Bond necesitaba ahora involucrarse todavía más con su viejo amigo para conseguir una oportunidad de matarle.

Bond no se sentía con ganas de comer, pero se forzó a comer algo de smörgåsbord y beber suficiente *snaps* para aturdir sus sentimientos. Entonces se dirigió nuevamente a la casa amarilla con gabletes en la ciudad vieja. Esta vez Bond caminó. Era una noche helada y Bond recordó que Estocolmo está tan al norte como Alaska. Pero las estrellas brillaban, las agujas y tejados de la ciudad vieja todavía resplandecían como una ciudad ártica en un cuento de hadas. Bond maldijo la ciudad por su belleza.

Cuando llegó a la pequeña plaza, la casa estaba a oscuras. Esta vez Bond tuvo cuidado de mantenerse fuera de vista: Svenson o la muchacha podrían estar observándole. En vez de eso lo intentó por la calle de detrás de la casa. Había una

callejón, una pared, una ventana que pudo forzar, y estuvo dentro. Encontró una escalera y luego, arma en mano, comenzó a explorar. La casa estaba silenciosa. El primer pensamiento de Bond fue que Svenson y la muchacha había huido. Entonces oyó voces desde arriba. De puntillas llegó a un rellano. Había una puerta de dormitorio con luz saliendo por debajo.

Bond llamó: «Svenson»; no hubo respuesta, pero la luz del interior de la habitación se apagó.

—Svenson, voy a por ti —gritó, luego pateó la puerta.

Hubo un disparo: una bala impactó en el maderaje sobre su cabeza, y derivó hacia las escaleras. Bond esperaba esto. Esquivó echándose atrás y disparó dos veces hacia el origen del tiro. Ésta parecía ahora una forma tan buena como cualquier otra de matar a Svenson. Sería algo menos que asesinar: más como una pelea justa.

Bond esperó, conteniendo su fuego. No podía ver nada en la sala, pero alguien gemía. Bond se detuvo, dispuesto a disparar de nuevo.

—Svenson —llamó suavemente.

—Por el amor de Dios, deja de disparar —dijo una voz, la voz de Svenson—. ¿Por qué me haces esto?

—Sabes por qué —dijo Bond.

—James, sólo espera a que encienda la luz. ¿No sabes que la has alcanzado?

Bond comprendió que era una mujer gimiendo. La luz se encendió. Svenson estaba sentado en la cama. Estaba mucho más gordo de lo que Bond recordaba y estaba sentado agarrado a las sábanas junto a su pecho. Estaba desarmado y blanco de miedo. Tendida en el suelo yacía la muchacha que había visto esa mañana. Estaba desnuda. La sangre bombeaba desde un agujero de bala bajo el pecho. En su mano todavía sujetaba una pequeña automática plateada.

No había mucho que Bond pudiera hacer por ella. Los ojos violeta ya estaban cerrados, las rodillas levantadas contra el esbelto vientre. Intentó hablar, luego se desplomó contra el suelo. Bond supo que estaba muerta.

Svenson temblaba. Ahora *él* estaba gimiendo.

—Déjame explicarte —dijo—. Eres mi amigo, James. Debes comprender.

—Comprendo demasiado bien —dijo Bond.

Era un asunto patético. Bond nunca había sido testigo del efecto del miedo total. Le habría gustado disparar a Svenson donde estaba, pero no pudo. En vez de eso oyó su confesión aterrorizada seguida de la inevitable súplica de piedad. Bond estaba asqueado, ahora tanto por él mismo como por Svenson. La guerra es un asunto sucio: pero algunas guerras de hombres son más sucias que otras.

Cuando Svenson comprendió que Bond era totalmente implacable le rogó un último favor: permitirle dispararse él mismo; y Bond accedió. Tomó el arma de la muchacha muerta, dejó una de bala en la recámara y la arrojó a la cama.

—Esperaré fuera —dijo—. Que termine rápidamente.

Bond esperó varios minutos pero no hubo disparo. Cuando regresó al dormitorio, Svenson todavía yacía en la cama. Tenía el arma de la muchacha en su mano y le disparó, como Bond sabía que haría. La pistola de Svenson tembló cuando disparó. La de Bond no.

Bond fue alabado por la misión de Estocolmo. Después de la muerte de Svenson no hubo más bajas en el circuito báltico; ni ninguna repercusión diplomática.

La policía de Estocolmo aparentemente quedó satisfecha con que la muerte de Svenson y su amante era un *crime passionel* por una persona desconocida. Tales crímenes son comunes en el norte: el caso estaba cerrado.

Para Bond, la ironía del caso era que aquello le confirmaba en el último papel que quería: el de un hombre «duro», un asesino desalmado. Pero afortunadamente sus talentos no fueron empleados en misiones de «limpiador» por algún tiempo. Hacia el final de 1943 estuvo de vuelta en Suiza, organizando la fuga de un importante científico judío de Alemania a través del Lago Constanza. Tuvo un período tras las líneas enemigas en Italia, ayudando al ataque partisano contra los grandes astilleros de Ansaldo en Spezia. Más tarde fue adjunto en la Fuerza Naval en tareas de enlace con la resistencia francesa de los puertos del Canal antes del Día D. Pero la mayor misión de Bond vino al final de 1944, durante la crucial ofensiva alemana en las Ardenas.

Esto ha desconcertado mucho a los lectores más atentos de los libros de Ian Fleming, pues él mismo estuvo también involucrado en esto y mencionó el asunto de pasada. Esto llevó a Mr Kingsley Amis a formular la dolorosa pregunta: ¿Qué hacía un comandante de la Inteligencia Naval en las Ardenas en 1944?

El propio Fleming da indicios de la respuesta en su historia corta *Panorama para matar* donde menciona unidades de espías dejadas atrás en las Ardenas por los alemanes en retirada. De hecho, en cierto momento, dichas unidades estuvieron a punto de convertirse en una amenaza para los Aliados, y fue en su mayor parte gracias a James Bond que esto fuera evitado.

A lo largo del verano de 1944 habían llegado informes de agentes aliados en los que se decían que los nazis preparaban un movimiento de resistencia a gran escala contra una victoria aliada. Se sabía que en Berlín todo un departamento de las S.S., con sede en las grandes oficinas de Mehringplatz, se concentraba sólo en esto. Estaba mandado por un general de alto rango de las S.S. llamado Semler, y Goebbels intervenía en la planificación a fin de asegurarse que los nazis sobrevivieran a la derrota en la guerra.

Ya podía ver que un movimiento de resistencia nazi a gran escala era actualmente la mejor esperanza de inmortalidad del Reich, y en Londres el Estado Mayor

Conjunto establecía un pequeño comité para contenerlo. Como una especie de experto en alemán, Fleming era miembro. Fue a través de él que Bond quedó implicado.

Durante el otoño el interés principal del comité eran las Ardenas. Nadie dudaba que la fuertemente armada ofensiva del Führer para recuperar las perdidas conquistas alemanas había fracasado aquí finalmente. Pero nuestros agentes informaban que un arma secreta de la ofensiva era ganar tiempo para plantar aquí una estructura autónoma de resistencia para el futuro. Tendría armas, un Cuartel General subterráneo y cuidadosamente disfrazados puestos de mando para sus tropas. Incluiría el llamado «Movimiento Hombre-Lobo» pero además tendría un total y entrenado «ejército secreto» para acosar al avance aliado desde la retaguardia. Según bien confirmados informes, el general S.S. de Mehrmgplatz estaba personalmente al cargo, y Himmler había realizado una visita de dos días al área.

La información se había convertido en algo crucialmente importante, pero ningún agente aliado habían conseguido penetrar en el área. La seguridad nazi a lo largo del frente de batalla era estricta, con un apagón virtual de toda la información dentro de cuarenta millas del punto de avanzada. Fleming sugirió a Bond como uno de los muy pocos hombres que podían descubrir qué pasaba.

Bond fue convocado a una casa en Knightsbridge donde fue informado por un hombre parecido a una lechuza llamado Grunspan. Era un antiguo profesor de historia de la Universidad de Múnich y uno de los pocos judíos que hubieran escapado de Auschwitz. Más tarde Bond supo que fue allí donde adquirió su horroroso tartamudeo.

Bond hizo todo lo que pudo para escuchar pacientemente mientras luchaba para explicar lo que quería.

—Comandante Bond —dijo—. Debemos tener información para que podamos actuar. Sabemos que Himmler planeó esto como una obra maestra. Si triunfa podría proveer un modelo para el futuro.

—¿Qué tengo que buscar?

—El centro de este ejército secreto.

—¿No será bastante obvio una vez reconquistemos esto?

—¿Obvio? ¿Mi estimado Comandante, conoce usted las Ardenas? Un país perfecto para la guerrilla —señaló al mapa—. Millas tras millas de bosque. Vaya, podría ocultar la Wehrmacht allí y nadie se daría cuenta.

—¿Entonces por dónde sugiere que comience? —preguntó Bond.

—No hay mucho en que basarnos, pero quizás usted podría comenzar aquí: un lugar llamado Rosenfeld. Ahora está a unas veinte millas detrás la línea del frente y sabemos que fue uno de los lugares que Himmler visitó. También sabemos que hay fuertes concentraciones de S.S. en el distrito.

—¿Y qué hay sobre ese general de las S.S., Semler?

—Está usted bien informado, pero me temo que es una especie de hombre misterioso. No tenemos fotografías de él; sólo informes de que está siendo tanteado como sucesor de Himmler. Ya parece verse como una especie de salvador de la Alemania Nazi.

Apenas dos días después Bond oyó el ruido de spandaus alemanes disparando sobre la estrecha tierra de nadie al oeste de un pueblo llamado Haslach. No pudo ver nada, pero el capitán de Cuerpos Blindados junto a él señaló hacia la línea del bosque desde la que llegaba la descarga.

—Tienen sus blindados concentrados allí. Una división de Panzer Grenadiers, equipados con Tigers Mark Two: lo que podría llamarse la *crème de la crème*. Sabemos que se están reagrupando en los bosques. Debemos ver si atacarán de nuevo.

Durante las pasadas dos semanas los ejércitos habían estado enzarzados en batalla. Por un lado estaba el masivo poder de los aliados; por el otro la desesperación de una Wehrmacht lanzando su apuesta final para salvar la Patria. Los pesados tanques alemanes habían roto el avance aliado, pero ahora era su turno de ser detenidos. Esta tierra boscosa era testigo del poder del acero y potentes explosivos mientras los ejércitos aliados recuperaban su ímpetu hacia Berlín.

Bond supo que su misión estaba en algún lugar detrás de aquella línea del bosque. Rosenfield estaba a cinco millas al este. Era una perspectiva intimidante intentar infiltrarse tras la línea del frente enemigo, pero no parecía haber alternativa. Esa noche James Bond fue lanzado por un avión británico de vuelo bajo en un área arbolada cerca de Rosenfield. Antes de arriesgarse con un paracaídas, usó un contenedor reforzado conocido como el «ataúd» que había sido inventado para llevar hombres y armas a la resistencia francesa. Aterrizó seguro, rodó bien y ocultó lo mejor que pudo su ataúd en la maleza. Justo en ese momento el infierno pareció desatarse alrededor de sus oídos. Bond nunca antes había estado en el límite de un bombardeo de artillería. Todo el bosque pareció agitarse y su derecha se iluminó con los destellos de las armas alemanas devolviendo el fuego. Bond sonrió para sí: la artillería estaba ciertamente sincronizada con la cobertura diversionaria que le habían prometido. Los obuses caían a media milla hacia el oeste, pero no había nadie para desafiar a Bond mientras elegía su camino hacia a su objetivo.

Había una colina arbolada al este de Rosenfield. Según las fotografías del reconocimiento aéreo dominaba la mayor parte de la aldea. Bond llegó a ella y entonces se ocultó lo mejor que pudo en la maleza. Las armas todavía resonaban a uno y otro lado en el oeste, pero finalmente pararon; Bond comenzó su inquieta espera de la mañana.

Había sido más afortunado de lo que esperaba. Durante media milla o así una

suave inclinación cubierta de brezos bordeaba un camino que conducía a Rosenfeld. El límite del bosque donde yacía parecía inhabitado, pero más a la izquierda había una larga fila de atrincheramientos. Más allá había una arboleda. Mientras observaba pudo gradualmente contar siete u ocho tanques Tiger escondidos bajo ramas y largas ringleras de redes de camuflaje. Los mecánicos estaban trabajando. Bond podía oír débilmente sus voces en la tranquila mañana. Gradualmente la aldea volvió a la vida. Parte de ella había sido muy bombardeada, pero evidentemente todavía estaba llena de tropas. Un perro ladraba; el humo se elevaba desde cocinas móviles. A través de sus binoculares Bond observó media docena de hombres vestidos de gris deambulando por la calle hacia su desayuno.

Bond pasó la mañana observando pero no vio nada inusual. Hubo movimientos de tropas a través de la aldea hacia el frente. Dos de los tanques se marcharon. Dos veces vio aeronaves aliadas pero sus objetivos estaban en otra parte. Entonces Bond notó algo.

En el extremo opuesto del valle había un hospital: un edificio largo, bajo y moderno. El tejado plano tenía una gran cruz roja; como en las paredes. Hasta ahora esas cruces rojas habían hecho su trabajo, el hospital aparecía intacto. Lo que había atraído la atención de Bond era la corriente constante de camiones entrando y saliendo del lugar durante toda la mañana, y comenzó a contarlos. Hubo quince en poco menos de una hora. ¿Qué hospital podría necesitar tanto transporte? Sólo había una manera de averiguarlo.

Había una curva cerrada en la carretera a una milla o así, y allí esperó al siguiente camión. Cuando el conductor del ejercito alemán redujo para tomarla, vio una figura con uniforme británico saltar hacia la cabina. Todo lo que vio de Bond fue como abría la puerta y un súbito golpe le alcanzó bajo el oído. El camión paró. Hubo un breve refriega en la cabina, y conduciendo tres minutos después había un conductor diferente en el uniforme alemán: James Bond. Apoyado inconsciente a su lado estaba el alemán, ahora con uniforme británico.

Bond condujo rápido, con las llantas chirriando hasta la aldea y hacia el hospital. Cuando llegó aparcó el camión detrás de varios otros, cargó al alemán inconsciente sobre su hombro y lo arrastró adentro. De ahora en adelante todo dependía de cuánto tiempo podría mantener el engaño; era el uniforme británico el que haría funcionar el truco. Bond comenzó a gritar sobre unas tropas británicas que había en el bosque. Los ordenanzas corrieron, una alarma sonó y todos repentinamente gritaron órdenes. El hombre inconsciente comenzó a removerse. El pandemonium aumentó, y Bond estuvo libre para escabullirse. Había visto suficiente.

Alguien le preguntó donde iba. En un cerrado acento de Hamburgo Bond contestó.

—Debo sacar mi camión.

Pero en vez de sacarlo, lo giró y condujo a toda velocidad hacia la aldea. Nadie le detuvo y lo abandonó en la esquina donde había emboscado al conductor. Poco después el bombardeo comenzó y Bond se ocultó en el bosque. Ahora tenía hambre y estaba muy cansado. Cuando llegó la oscuridad durmió un rato y después de medianoche comenzó el azaroso viaje de regreso a las líneas aliadas.

Pasaron diez días antes de que los panzers alemanes fallaran y comenzara la retirada. Para entonces todo el avance alemán había sido reventado por los cañones aliados. La mayor parte del bosque era un baldío, pero, para sorpresa de Bond, Rosenfeld parecía haber sobrevivido. Aparte de las ventanas destrozadas, el hospital sobre la colina parecía intacto. Bond se había asegurado de estar incluido en el grupo de avanzada que ocupaba la aldea. También se aseguró de que su primera visita fuera al hospital. Estaba lleno de alemanes heridos y zumbaba de actividad. Algunos de los hombres heridos yacían sobre colchones en pasillos. Un joven doctor le mostró todo. Bond estaba acompañado por un brigadier británico, el típico soldado con bigote, simpático, tieso y doble D.S.O. Obviamente estaba impresionado por lo que veía.

—No puedo evitar admirar a los alemanes, ¿verdad? Son un grupo malditamente eficiente, incluso cuando son abatidos.

Bond asintió, pero no dijo nada.

—Ese doctor al cargo. Aquel alto con monóculo. No puede apartar los ojos de usted. ¿Quizás ha conocido antes a ese hombre?

—Sí —dijo Bond—, lo he hecho. Hace diez días. Iba de uniforme.

—¿Uniforme? ¿Qué clase de uniforme?

—Un general de las S.S. Su nombre es Semler. Algunos piensan que será el sucesor de Himmler, pero de algún modo, después de hoy, lo dudo.

Le llevó a la seguridad de campaña aliada tres días revisar el hospital. Algunos de los casos eran bastante genuinos, como los doctores. Pero la mayor parte eran personal de las S.S. Los sótanos del hospital estaban abarrotados de armas, y un puesto de mando estaba en contacto con Berlín y con puntos de resistencia a lo largo de Alemania. Gracias a James Bond el levantamiento de las S.S. planificado desde el Hospital Rosenfeld nunca se materializó, y sin ello los nazis alemanes estuvieron verdaderamente condenados.

7. Escándalo

Tenía la idea de que había habido algún escándalo pendiente sobre Bond al final de la guerra. Urquhart había mencionado lo que llamaba «una mancha problemática», y por comentarios aislados de Bond colegí que todavía sentía amargura por como había sido tratado. Cuando le pregunté, su primera reacción fue sacudir su cabeza.

—Absolutamente nada —dijo vivamente.

—Pero usted dejó el Servicio Secreto.

—Como muchos otros. La guerra había acabado. Había tenido suficiente.

—¿Suficiente? ¿Suficiente de qué?

—Oh, por el amor de Dios. ¿No podemos simplemente dejarlo ahí? Estaba aburrido, como comprenderá.

—¿Y eso fue todo?

Antes no había visto a Bond furioso. Era bastante intimidante. La mandíbula se tensó, el rostro se volvió ligeramente pálido. Sentí la violencia justo bajo la superficie. Respiró profundamente, se calmó y luego dijo muy suavemente:

—Digamos que estaba ansioso por un cambio. Y ahora, si me disculpa...

Se levantó abruptamente, me dio los buenos días con un movimiento de cabeza y salió caminando del hotel. Pasaron dos días antes de que pudiera echarle la vista encima otra vez.

Durante este tiempo tuve la oportunidad de preguntar a Sir William Stephenson sobre este período. También fue claramente reservado.

—Hubo una bronca con M. Acababa de asumir la dirección del Servicio Secreto. Hubo errores por ambos lados, y Bond recibió una buena parte menos de lo que merecía en justicia. Debería haber conseguido la condecoración para la que fue recomendado, pero fue también muy estúpido. Lo puso difícil para M.

—¿Pero como?

Sir William sonrió. Es un viejo astuto.

—Estaría mal por mi parte que yo se lo contara. Me temo que sea algo que debe conseguir del propio Bond.

No estaba muy ansioso por volver a sacar el tema; en cualquier caso, fue Bond quien lo mencionó bastante serenamente de forma voluntaria. Esto fue dos días después tras la cena. Estaba sentado solo en el bar y me llamó. Estaba bastante afable y no hizo ninguna referencia a nuestro anterior *contresens*^[33]. Incluso parecía ávido de hablar y dirigió la conversación de vuelta al fin de la guerra.

Según me dijo, había estado indeciso en qué hacer en la Inglaterra de la paz. Oficialmente, todavía estaba en la nómina de la Reserva de Voluntarios de la Marina Real. Encontrándose con una quincena de permiso, regresó para pasarlo con tía Charmian.

—Esperaba poder aclarar las cosas. Era el único lugar donde pensaba que podría estar en paz conmigo mismo.

En vez de eso se encontró en súbito contacto con su inquietante familia. Tía Charmian estaba llena de chismes; Henry estaba casado ahora y en la Tesorería. «Justo el lugar para él», dijo Bond. Una semana o dos antes, Tía Charmian se había encontrado con la ex-novia de Bond en Canterbury.

—Parecía muy *establecida*; la acompañaban dos niños. Me dijo que su marido estaba en fertilizantes. Se interesó mucho por lo que estuvieras haciendo.

Luego, Tía Charmian habló sobre los Bond. El Abuelo Bond había muerto el año anterior —a los noventa y dos— y Tío Gregor había heredado la mansión de Glencoe.

—Debería haber sido para tu padre —dijo Tía Charmian—. Habría sido el apropiado. En vez de eso tu tío bebe más que nunca y habla con frecuencia de vender el lugar.

Tía Charmian estaba horrorizada ante la perspectiva. Para su sorpresa, Bond se encontró con que no le importaba.

Ni le importaba el pasado. En su antigua habitación encontró un cajón cerrado lleno de cartas; la mayoría de Marthe de Brandt y otras mujeres hacía mucho olvidadas. Había también algunas fotografías. Quemó todo el lote. El Bentley todavía estaba en el garaje donde lo había dejado al principio de la guerra; las llantas estaban muy planas, el metal oxidado. Bond cerró las puertas del garaje. Dondequiera que estuviera el futuro no era aquí. Aquella noche le contó a su tía que probablemente permanecería en el Servicio.

—Estoy segura de que sabes lo que haces —dijo ella.

Pero resultó que el traslado oficial de Bond al Servicio Secreto no fue sencillo. Aquello significaba un cambio de estatus, de oficial en activo a funcionario público en tiempo de paz. La solicitud de Bond fue tramitada a principios de febrero de 1946. Unos días después fue convocado a una oficina en el sexto piso del Cuartel General de Regent's Park para conocer al recientemente nombrado jefe del Servicio Secreto. Éste era Sir Miles Messervy, un antiguo Almirante y secretario de la Junta de Estado Mayor. Bond nunca se lo había encontrado pero conocía su reputación. Sus enemigos criticaban su arrogancia y rigidez; sus admiradores lo describían como el oficial más brillante de su generación. Como hombre era una especie de misterio. Casi todo lo que la gente conocía de él era su inicial: M.

La primera impresión de Bond fue desfavorable. Quizás fue la pipa, ya que desde Eton a Bond nunca le habían gustado los fumadores de pipa: su tutor había sido un devoto de *Bruno Flake Cut*^[34]. Y hubo algo menos que calidez en los modales de M; ni una palabra de bienvenida, ni siquiera una invitación para sentarse. Los ojos de acero le inspeccionaron desde la curtida cara. Bond notó el muy cortado pelo gris, la

estrechamente anudada corbata, el arreglo pulcro de la regla, el secante, el cenicero de concha sobre el escritorio y, una vez más, recordó la escuela. La última vez que había sentido tal aprensión fue al ser convocado por el director durante el problema con la hermana de Brinton. M hacía el mismo truco del director de mirar fijamente a su víctima antes de hablar.

—Comandante Bond —dijo al fin. M tenía una voz fría y seca—. He estado viendo su expediente.

Palmeó un grueso expediente de cartulina muy manejado que yacía sobre su escritorio. Bond habría dado mucho por leerlo.

—Una carrera interesante. Una experiencia como la suya debe ser única —a Bond no le gustó la manera en que dijo «única»—. Queda por saber si podemos usarle. Las cosas están cambiando rápidamente, Comandante. El modelo de postguerra para el Servicio será muy diferente al que usted está acostumbrado. Lo que le propongo es que se una a nosotros a modo de prueba. Durante este período, pienso que le podría gustar ir a América para nosotros; agregado a la Oficina de Servicios Estratégicos en Washington. Se están expandiendo y están ansiosos de aprovechar nuestros conocimientos. Han pedido alguien con experiencia de campo y usted ha sido altamente recomendado —M se relajó ligeramente entonces—. Es toda una oportunidad —dijo—. Asegúrese de aprovecharla.

Bond estuvo indeciso sobre si le agradaba o no. Le gustaba la idea de América y de trabajar con americanos. Pero, por otra parte, sabía que este tipo de destino extranjero era frecuentemente una vía discreta de disponer de personal indeseable. Discutió los arreglos con el joven coronel de Zapadores que M acababa de nombrar como su Jefe de Personal. Saldría de inmediato y viajaría a través de Nueva York hasta Washington donde estaría oficialmente entre el personal de la Embajada Británica. Tendría estatus diplomático y dietas, y el destino sería para un período mínimo de tres meses.

—Los americanos están impacientes por verte —dijo el Jefe de Personal y sonrió.

»Cuidado con el bourbon, y con esas secretarías jóvenes y descaradas.

Bond voló a Nueva York en primavera. Era la primera vez que iba allí desde que mató al japonés en el Rockefeller Center; el recuerdo le perseguía. Tenía veinticinco años pero se sentía inmensamente viejo. Durante diez años había estado en guerra, tramando y luchando y asesinando a sus compañeros. Ahora eso había terminado y comprendía que su alma estaba asqueada de aquello. Había llegado el momento de ponerse al día en vivir.

En *Sólo para sus ojos*, Fleming cita a Bond diciendo que las mejores cosas de América son las ardillas y el estofado de ostras. No vio ardillas durante sus pocos días en Nueva York, pero fue entonces cuando descubrió el estofado de ostras en el Oyster Bar, en el nivel subterráneo de la Grand Central Terminal. Aquello le impactó

como el mejor plato desde la *bouillabaisse* que comió con Marthe de Brandt en Marsella antes de la guerra. También descubrió otras cosas. Después de años del Londres en guerra estaba excitado y atraído por la riqueza de Nueva York. Disfrutó comprando objetos que le proporcionarían placer: cosas que debían ser extremadamente baratas o extremadamente lujosas, además de funcionar. Compró un encendedor Zippo de 25 centavos y la navaja Hoffritz que ha usado desde entonces. También compró cepillos de dientes Owens, calcetines en Triplers y un caro conjunto de palos de golf en A y C. Pero lo que lo dio mayor placer fue descubrir lo que para él es «la mayor ganga de Nueva York»: el ferry de Staten Island para el Battery por 5 centavos.

Amar y rechazar la ciudad más rica del mundo, la perversidad de un puritano; una actitud que Bond siempre ha tenido hacia América. Durante esos días en Nueva York se alojó en el Stanhope, un hotel de cinco estrellas frente al Museo Metropolitano. Sir William Stephenson se lo había recomendado. Su dignidad y calma atraían a Bond, a pesar de su precio. Similarmente, alardeó mucho de comer sencillamente en los restaurantes caros. Como amigo de Sir William y una especie de celebridad, fue entretenido extravagantemente; pero en Voisins insistió en cenar martinis con vodka, huevos *benedict* y fresas; en Sardis pidió huevos revueltos. Cuando voló a Washington, Bond tuvo la sensación de que había puesto a Nueva York firmemente en su lugar.

En Washington la Embajada se ocupó de él, lo que fue una equivocación. Lo último que James Bond necesitaba era cenar con el Embajador o intercambiar habladurías en el circuito de cocktails de la ciudad. Washington no era su ciudad. Después de Nueva York la encontró formal y presuntuosa con demasiado mármol y demasiados monumentos. Sacó fuera lo peor de él. El Jefe de la Cancillería se ofreció para enseñarle la Casa Blanca, a lo que Bond replicó que prefería ver las fábricas de gas de Washington. Fin de la conversación.

Lo único por lo que Bond estaba agradecido era por su piso. La Embajada le había conseguido un apartamento oficial en la planta baja de una brownstone en N Street. Bond nunca había visto Georgetown antes, encontrándola cautivadora a pesar de sí mismo. Le gustaba su estilo, su elegancia fácil. También, aunque no lo admitió, disfrutó claramente de la suntuosa vida de la sociedad rica que vivía allí.

Pues, social y sexualmente, Bond fue un éxito en Georgetown. Fue invitado a todas partes. Su arrogancia y obvia aversión a los políticos atraía los instintos masoquistas de sus anfitriones; y, más todavía, de sus esposas. Su acento británico y su dura apariencia parecía garantizarle las conquistas que quería. Era bastante despiadado, cómplice y muy cruel con las mujeres, una política que, como de costumbre, produjo abundantes dividendos.

Algo hipócritamente, Bond insiste en que una vez más estaba genuinamente

indignado por la impaciencia de estas ricas esposas americanas para irse a la cama con él.

—No se respetaban a sí mismas. Era todo demasiado fácil. No había absolutamente ningún romance.

Pero esta vez, la ausencia de romance no le impidió hacerlo en la mayoría de los casos.

Bond tenía trabajo que hacer, el cual se resintió. Afirma que no fue hasta mucho más tarde cuando descubrió lo crucial que era este período para la Inteligencia americana.

Hombres como Alan Dulles y el general *Will Bill* Donovan trabajaban duro para modernizar toda la estructura del Servicio Secreto de Estados Unidos. La vieja Oficina de Servicios Estratégicos estaba a punto de transformarse en la todopoderosa Agencia Central de Inteligencia, la C.I.A., y varios de los hombres de arriba realmente querían aprovechar su consejo y experiencia. A pesar de ello, Bond no quiso hablar. Se llevó bien con Donovan y, en años posteriores, Alan Dulles se convirtió en una especie de amigo personal. Pero todavía tiene una actitud condescendiente hacia la mayoría de los hombres del Servicio Secreto Norteamericano que conoce. Algunos de ellos eran claramente inocentes y otros unos novatos pero Bond cometió la equivocación de tratarlos a todos como un hazmerreír. Les dio poco y le aburrieron particularmente los organizadores de la O.S.S. que le consultaron —al contrario de Ian Fleming, quien estuvo en Washington unos meses después y compiló una detallada constitución para la C.I.A. para el general Donovan—. La simple verdad es que en los círculos de la inteligencia americana, Bond pronto se volvió sinceramente antipático. Nunca había sido un hombre de tacto, particularmente con alguien que le aburriera; a los pocos días de su llegada a Washington, había comenzado a sacar de quicio a varios hombres importantes. Sus vida social empeoró las cosas.

Hubo varios incidentes de advertencia. El primero involucró a un joven diplomático francés. Antiguo Vichyite^[35], de alguna manera había conseguido ser destinado a la Embajada Francesa. En una pequeña cena dada por la principal anfitriona de Georgetown, se mofó de Bond a costa de los británicos en el Norte de Africa. Hubo una escena. Bond replicó en la clase de francés que rara vez se oye en Washington y, cuando golpeó al hombre, el francés cayó, destrozando un *escritoire* Chippendale casi genuino y necesitando que le pegaran la mandíbula por tres lugares.

Unos días después hubo otra escena durante una gran recepción para una famosa estrella de cine quien acababa de hacer una película sobre la invasión de Normandía. Bond llegó ligeramente bebido con un capitán de la Marina de Estados Unidos. Ambos se rieron mucho a lo largo de la película y después Bond le dijo a la estrella que se dedicara a los Westerns: eran más seguros.

Nada de esto importaba mucho. La gente que conocía a James Bond le gustaba y le disculpaba. El incidente final fue diferente.

Esta vez realmente no podía haber ninguna excusa.

Como de costumbre, la causa de todo el problema fue una mujer, pero, por una vez, Bond era inocente. Ella era la esposa de un influyente Congresista, un demócrata pro-británico rico y amigo del Embajador. Tenía cincuenta y tantos, su esposa treinta y pocos.

—Ella era —dice Bond—, una zorra caradura y depredadora.

El marido oyó hablar de Bond a Sir William Stephenson y estaba ansioso por conocerle. Le halagó y le invitó a pasar el fin de semana en su casa cerca de Albany. Bond fue. Le gustó el Congresista y, como tenía un campo de golf privado cerca de su casa, Bond esperó con interés un fin de semana de golf. Sentía que lo necesitaba.

Esa noche el Congresista se emborrachó y la esposa sugirió que Bond debería dormir con ella. Bond afirma que rehusó, pero tal como resultaron las cosas habría sido mucho mejor si lo hubiera hecho.

El fin de semana siguiente el Congresista nuevamente invitó a Bond. Bond declinó la invitación y el Congresista insistió. Había una competición de golf a la que quería que se uniera, y Bond empaquetó sus nuevos palos de golf y fue. Se sentía más seguro en compañía totalmente masculina. Su anfitrión era el encanto personificado y Bond quedó aliviado al ver que la esposa estaba ausente.

Si se había ofendido por la rechazo de Bond, tanto mejor.

Pero el domingo por la mañana ella apareció. Tenía una Piper Cub y había pilotado ella misma desde Nueva York, aterrizando en una pista de aterrizaje justo detrás de la casa. Su llegada trajo tensión al lugar. Era difícil, ruda con su marido, torpe con los invitados y, después del almuerzo, Bond oyó puertas cerrarse de golpe escaleras arriba. Poco después el Congresista le dijo a Bond que tenía súbitos negocios urgentes en Washington y se marchó.

Para Bond fue una situación embarazosa. Había planeado tomar el avión de la tarde para regresar a Washington desde Albany, pero la esposa insistió en que ella misma le llevaría de vuelta. Parecía que iban a tener un domingo por la tarde memorable. Hubo más golf, mucha bebida, cena alrededor de una barbacoa y luego, a las diez o así, los últimos invitados se marcharon y Bond se encontró solo con su anfitriona. Comenzó serenamente a prepararse para la cama.

Bond intentó manejar la situación de forma ligera, pues insiste en que actuaba todavía como un caballero —«algo totalmente inadecuado»—, y le dijo a la mujer que le gustaban demasiado ella y su esposo como para estropear las cosas con un affaire casual. Ella se enfureció ante esto y Bond mantuvo la calma, añadiendo que debía regresar a Washington. La mujer finalmente aceptó, ofreciéndose a llevarlo volando.

Era una piloto experta, y fue sólo después cuando Bond iba a descubrir lo bebida que estaba. En ese momento pensó que intentaba asustarle. Ciertamente lo consiguió, pero estaba determinado a no mostrarlo. Admite que fue el más escalofriante vuelo que jamás haya tenido en toda su vida. Seguían la línea principal de la carretera Turnpike pero perdían altura. Bond le preguntó dos veces por su altitud: ella no contestó. Preguntó de nuevo. Esta vez le lanzó un juramento, empujó los mandos hacia adelante y gritó: «O.K., chico grande. Pilota esta maldita cosa».

Bond intentó agarrar los mandos. El avión estaba a escasos cientos de pies sobre la Carretera Turnpike. Entró en pérdida, el motor rugió y el avión cayó como un pájaro muerto. Aterrizó en un campo a unos veinte metros de la carretera y ardió inmediatamente. Parece que Bond salió disparado. El primer coche patrulla que llegó al accidente le descubrió junto a la carretera. No había mucho que nadie pudiera hacer para salvar a la mujer.

Era un asunto muy turbio y esta vez nadie podía silenciarlo. La prensa tuvo algo así como un día de campo. Bond sintió que tenía el deber de ver al esposo y por lo menos intentar explicar lo que había sucedido. Fue más duro de lo que esperaba. Increíblemente, el hombre había amado a su esposa, y Bond encontró imposible contar la verdad. El congresista estaba muy amargado. Como lo estaba el hombre de la Embajada británica que tenía la tarea de tratar con la prensa. Bond le contó la verdad. Esto hizo peor la situación.

El diplomático, un *wykehamista*^[36], había desaprobado a Bond desde el momento en que llegó. Le desagradó completamente que ahora intentara echar la culpa sobre una mujer muerta. Bond era un inmoral, así como un incordio diplomático: su utilidad en Washington había terminado.

Fríamente, el diplomático sugirió que sería mejor que Bond pillara el avión de la tarde para Londres. Una vez se hubiera ido la Embajada intentaría suavizar las cosas. Estas cosas suceden, pero en el futuro el comandante Bond podía darse por avisado y mantenerse muy lejos de las esposas de los políticos.

Bond dice que estuvo fuertemente tentado de golpear el hombre.

—Era muy arrogante, muy Foreign Office por encima de todo.

El hecho de que tuviera razón no lo hizo mucho mejor, y desde entonces lo ha seguido religiosamente.

La deshonra de Bond era seria. Hizo lo que pudo para salvar lo que quedaba de su reputación viendo a M de inmediato: al menos se las arregló para asegurarse que M oyera su versión del suceso antes que la de ningún otro. Pero si James Bond esperaba un oído comprensivo en el viejo marino se equivocó de hombre.

M dijo muy poco, pero su silencio dejó claro lo que pensaba. Mientras Bond hablaba M rellenó su pipa. Dijo *¡Humph!* una o dos veces, luego la encendió, sopló y murmuró: «De lo más desagradable». Finalmente le dijo a Bond que estudiaría el

asunto en detalle. Bond sabría de él.

Bond había esperado que de algún modo las cosas podrían ser encubiertas y olvidadas: no conocía el rencor de un ultrajado Wykehamista. Un informe completo llegó de Washington junto con todos los periódicos. Ninguno adulaba particularmente a Bond.

Era un mal momento para meter la pata. Con la conclusión de la guerra, las organizaciones estaban siendo podadas, y a hombres buenos se les agradecían sus servicios y se les devolvían sus bombines. Incluso su antiguo aliado, Fleming, iba pronto a dejar Whitehall por los Periódicos Kemsley. Todo el estilo del Servicio Secreto también estaba cambiando. La nueva moda era lo que Bond sardónicamente llamaba como «Sucia Brigada Mackintosh», hombres discretos, ligeramente malvestidos cuya imagen opaca era muy diferente de la suya propia.

Estos eran los hombres que le llamaban «Playboy Bond». Afirma que tenían celos de él: del dinero que gastaba, de las mujeres que disfrutaba y de la vida que llevaba. Sobre todo, tenían celos de sus pasados éxitos. Ahora podían vengarse, y lo hicieron con ganas.

Bond comprendió que debía irse, pero la manera en que fue despedido todavía le resiente. Se le tuvo esperando casi una quincena. Hubo informes sobre él que no tuvo oportunidad de ver y mucho menos responder. Después de sus años como una de las estrellas del departamento, se sentía un paria. Incluso la C.M.G., para la que había sido cálidamente recomendado, fue cancelada.

Finalmente M le vio. Estuvo de lo más gélido y no dio a Bond ninguna oportunidad para argumentar o defenderse. Después de considerar el caso había decidido que abordar una investigación no iría en interés del Servicio. El comandante Bond no debía sentir por esto que quedaba de alguna manera exonerado. Las palabras no podían expresar la desaprobación que sentía por su comportamiento durante una delicada y muy importante misión. El comandante debía dejar el Servicio. Esto sería lo mejor para todos.

Incluso mientras M hablaba, Bond encontró difícil dar crédito a lo que decía. Pero el veredicto había sido dado: el caso estaba cerrado. No hubo palabras de agradecimiento por todo lo que Bond había hecho, todavía menos de lamento o consuelo, sólo el ruido de M chupando su apagada Dunhill. Bond dijo:

—Gracias, señor.

M no dijo nada.

No se estrecharon las manos.

Era una mañana de principios del verano; Bond caminó por Baker Street después de que el hacha hubiera caído, sintiéndose un poco aturdido. Lo impensable había sucedido, pero estaba vivo y todavía comparativamente intacto. Según el Pagador, tenía trescientas libras en su vieja cuenta del Glyn Mills Bank. El sol brillaba y las

tiendas mostraban los primeros vestidos veraniegos. Era 1946, el primer año completo de paz.

El espíritu de Bond se animó. Por Marble Arch notó hojas nuevas en las palmeras del parque. La gente paseaba junto a él, llevando sus ordinarias vidas sin complicaciones y repentinamente Bond comprendió que era uno de ellos. Ya no estaba atado a una vida detrás de un arma, ni amenazado por el temor de una muerte súbita. M le había liberado y podía comenzar una vida normal al fin. La idea era tan excitante que cruzó Park Lane, entró en el Dorchester y ordenó media botella de Dom Perignon para celebrarlo.

Bond comenzó a buscar un trabajo. Era bastante optimista ahora que había llegado el momento de sentar la cabeza. Revisó sus activos: juventud, buena apariencia y habilidad con los idiomas. Estaba soltero y sin obligaciones. Pero como pronto averiguó, eran activos que compartía con varios miles de otros jóvenes ex-combatientes.

Se tomó en serio la búsqueda de trabajo y escribió interminables cartas que comenzaban: «*Estimado señor, me pregunto si...*». Una de cada diez tenía respuesta. Había pocas ofertas. Un molino de yute en Madras requería un gerente. Una correduría de bolsa en Mincing Lane requería un cajero. Un detective privado de Marylebone necesitaba investigadores... la mayor parte del trabajo era para juicios por divorcio; lo encontraría estimulante. Bond pensaba de otra manera.

Pasó una quincena. Bond ahora se levantaba tarde, se saltaba el desayuno, luego se ponía a escribir cartas. Almorzaba solo generalmente en un pub junto a King's Road. Las tardes eran para buscar trabajo. El alquiler del piso en Lincoln Street había vencido. Habían pasado diez días desde que había visto a su actual amante, una secretaria de nariz respingona en el departamento de prensa del Ministerio de Defensa. Puramente por casualidad se encontró con un colega de la época de la guerra que ahora trabajaba como jefe de seguridad en Harrods: le ofreció a Bond trabajo como detective de almacén.

Aquello fue el triste colmo. Aquella tarde Bond decidió hacer dinero de la única manera segura que conocía: jugando. Bond todavía disfrutaba de su estatus de miembro de Blades de cuando la época de guerra, aunque no había estado en varios meses. Se puso su traje azul oscuro, llegó a las nueve, permaneció alejado del bar — para evitar el embarazo de tener que pedir bebidas que no se podía permitir— y ocupó su lugar en la decimonónica sala de juego. Siempre había jugado para ganar, pero nunca antes porque necesitara dinero. Le perturbó descubrir cuánto estropeaba esto el juego: aquello incluso dictaba su elección de un adversario. Se encontró escogiendo a alguien a quien normalmente habría evitado: Bunny Kendrick, un viejo millonario avinagrado quien era un mal pero recuente perdedor. Bond jugó fuerte. Durante más de media hora perdió. Kendrick estaba encantado en la forma en que los

ricos lo están con tales innecesarios golpes de fortuna. Cuando Bond había perdido doscientas libras, se aterró... y fue entonces cuando fue tentado. De repente recordó un truco absolutamente infalible que Esposito le había enseñado, una manera de repartirse una perfecta mano de cartas. Habría sido muy fácil, y nadie lo habría notado; ciertamente no Kendrick. Bond estaba sudando, y esta oportunidad de engaño fue tan espantosa que casi dejó la mesa de juego en ese momento y para siempre. En vez de eso se forzó a terminar de jugar y terminó debiendo ochenta libras. Fue la tarde más desgraciada que Bond había pasado nunca en una mesa de juego en su vida. A la mañana siguiente decidió llamar al hombre de Harrods. Pero en aquel mismo día su fortuna cambió.

Bond caminaba pasando junto al Ritz Hotel —tendía a caminar por todas partes en aquellos días— cuando vio una pequeña y calva figura familiar entrando por las grandes puertas giratorias. Habían pasado unos buenos tres años desde que Bond viera por última vez a Maddox. Después de la caída de Francia había marchado a Londres, retomado un trabajo de coronel con la Inteligencia Militar y pasado la mayor parte de la guerra en el Medio Oriente. Después se unió a los Franceses Libres en Argelia y regresó a París con el fin de la guerra. Estaba encantado de ver a Bond e insistió en que tenían que beber juntos. Maddox mostraba todas las señales de obvia prosperidad: caros zapatos muy lustrados, un traje a cuadros ceñidamente cortado y el rosetón de la *Legion d'Honneur* en su ojal.

—Trabajo de consultor —dijo cuando Bond le preguntó qué hacía—, en, digamos, un nivel un tanto elevado. Trabajo con varias grandes casas comerciales francesas, principalmente con conexiones a lo largo de Africa.

—¿Y lo disfruta?

—¿Me has visto alguna vez no hacerlo? Tengo una familia, ya sabes, dos muchachos. Vivimos en las afueras de París en Vincennes. Deberías conocer a mi esposa.

Pero Maddox era un marido precavido. Cuando su esposa apareció —ella había ido de compras y regresó antes de lo que esperaba— Maddox la trató con cariño. Bond pudo ver por qué. Era adorable: rubia, parisina con ese brillo particular de las mujeres hermosas francesas que dan sus hombres y su riqueza por sentados. Bond se divirtió viendo a Maddox tener cuidado de *no* presionarla para quedarse. Sólo cuando se hubo ido invitó a Bond a comer.

Bond adoraba el asador del Ritz. Fue como en los viejos tiempos estar comiendo allí con Maddox. Recordó la tarde, hacía tanto tiempo, en Fontainebleau cuando Maddox lo había reclutado, y pronto estuvo contándole todo a Maddox: los altibajos de su carrera, el escándalo en Washington y el comportamiento de M. Maddox se sentó en silencio, mirando fijamente al parque.

—James —dijo finalmente—, seré franco con usted. Creo que nunca cambiarás.

Cuando te recluté te advertí que nunca podrías escapar. La vida que has seguido te ha hecho como eres.

—Muchas gracias —dijo Bond—, ¿pero qué hago ahora?

Maddox volvió a encender su gran puro y se coronó con el humo.

—Creo —dijo—, que deberías venir y trabajar para mí.

Bond habría odiado admitir lo bien que se sentía a bordo del avión matutino hacia París. Llevaba su baqueteadado maletín de piel de cerdo que había estado con él en tantas misiones anteriores. Incluso el empacar le había devuelto un toque de la excitación de los antiguos días: pijamas, camisa azul claro y conjunto de aseo de piel. Vestía el traje ligero azul oscuro, los mocasines cosidos a mano, la fuertemente anudada corbata negra de seda que virtualmente suponía su uniforme privado. Estiró sus piernas y observó las reservas Staines retroceder bajo las puntas de las alas del Viscount. Aunque era temprano, rompió su regla usual y ordenó un vodka con tónica largo y frío. Maddox pagaba el viaje. Podía permitírselo.

Pensó en Maddox. Aquel taimado hombrecillo no le favorecía nuevamente por diversión, aunque Bond le había dicho que sus días de vivir peligrosamente habían terminado. Bond no iba a abandonar su sueño de una vida normal tan fácilmente.

Había olvidado cuánto amaba París. Era la primera vez que volvía desde antes de la guerra, pero nada había cambiado realmente: el mismo olor viciado a Gauloises en Le Bourget, el tamborileo del taxi sobre las calles adoquinadas, las barcas en el río. Recordaba cosas que parecían olvidadas. Desde la Place d'Italie el conductor tomó hacia el Boulevard St Germain. Bond llegó antes de lo que esperaba y le pagó en la esquina de la Rue Jacob. Allí estaba el pisito al lado de la Place Fustenburgera donde había vivido con Marthe de Brandt. Parecía que había pasado tanto tiempo de eso que no podía creer que ésa fuera la misma puerta de entrada marrón y arañada; el mismo patio con árboles.

La nostalgia de Bond se agudizó mientras caminaba por la estrecha calle hacia el río, luego cruzó el Pont des Arts. Cuán sensible por parte de Maddox haberse establecido aquí en París, y qué típico de él haber elegido una oficina en la Ile de la Cité con una hermosa vista del río y uno de los restaurantes favoritos de Bond, el Restaurant Jules, justo a la vuelta de la esquina. A sugerencia de Bond fue aquí donde comieron, aunque Maddox había reservado una mesa en el Tour d'Argent. Bond al fin se sintió cómodo al sentarse ante la mesa de mármol en aquel abarrotado restaurante. Tomaron *quenelles* y *boeuf gros sel*^[37], tarta de albaricoque, camembert y espléndido café. Tomaron vino de la casa, ligeramente agrio, de un pesado decantador de cristal, y más tarde bebieron coñac en la placita bajo las moreras. Fue el primer día de Bond de disfrute positivo desde que dejó el Servicio Secreto.

Maddox planteó el trabajo que tenía en mente para él. Desde la Liberación había trabajado para un sindicato de grandes banqueros franceses como «director de seguridad», un título que parecía cubrir planificación de alto nivel para proteger los masivos intereses del grupo por todo el mundo.

Maddox estaba muy involucrado con la anti-subversión y el control del sabotaje. Quería que Bond se uniera a él «como consejero, nada más. Tendrás tu base aquí mismo en París y el trabajo podrá ser el que estés dispuesto a hacer. Podrás viajar y te prometo que no te aburrirás. A la vez puedes establecerte un poco, hacer algún dinero y decidir lo que realmente quieres hacer con tu vida. Podríamos incluso encontrarte una esposa francesa rica y apuesta. Te podría ir peor».

En aquel brillante día de primavera en París, la oferta parecía irresistible y, durante los siguientes cuatro años, James Bond se convirtió en un exiliado. Era una especie de mercenario, un soldado de fortuna. Con su dominio de los idiomas estaba como en casa tanto en Francia como en cualquier otro lugar donde se le enviara. Había sido bien entrenado por el Servicio Secreto Británico; como no-francés trabajando para franceses, podía ser bastante objetivo sobre los intereses de ellos. Le gustaba pensar en sí mismo como completamente apolítico. Ni las demandas de los nacionalistas locales, ni las payasadas de los políticos franceses le interesaban remotamente. Fingía despreciarlos a todos. Para él todos los políticos eran simplemente «payasos», algunos más ridículos o más corruptos que otros. Tenía un trabajo que hacer. Como le dijo a Maddox, no era muy diferente del trabajo de detective de almacén en Harrods, pero tenía más alcance.

Hubo grandes viajes que le encantaron, semanas pasadas viajando rudamente a través de Marruecos o por el Sahara. Consiguió conocer Dakar, aquel abrasador, fascinante crisol de Francia y el África negra. En Conakry, la capital de Guinea, encontró un club nocturno donde las negras anfitrionas no vestían nada más que faldas largas de baile y largas pelucas rubias. En Tombuctú se compró una «esposa» por quince ovejas. Le atrapó el hechizo de África: su tamaño, su paradoja, su misterio. Viajó por el río Níger y llegó a conocer Senegal. Allí le dio la sensación de que podría vivir una vida más limpia que la que había conocido en Europa.

Cuando regresaba, iba a París, para conferenciar con Maddox en su elegante y pequeña oficina junto al río. Ahora nunca parecía visitar Londres. Había abandonado el piso en Lincoln Street y finalmente lo arregló para repintar y restaurar el Bentley y traerlo desde Pett Bottom. Resplandeciente con sus pulidos cromados y su pintura «gris aliento de elefante», lo alojaba ahora en un garaje cerrado en la Rue Jacob. Bond vivía cerca. Tenía un minúsculo ático detrás de la Plaza Furstenburg, «más parecido al camarote de un barco que al apartamento de un caballero» como Maddox solía decir. Hasta ahora la rica esposa de Maddox no se había materializado.

Profesionalmente, Bond llevó a cabo varios golpes que justificaron de más su

salario. En Bamako detuvo la voladura de la gran presa recientemente construida por los franceses en el Níger. En el aeropuerto de Argel frustró un intento de secuestrar un envío de oro al Banco de Francia. En el propio París tuvo la tarea de manejar un secuestro. El hijo de uno de los ricos colegas de Maddox había desaparecido de una casa cercana al Bois de Boulogne. Bond estaba convencido que conocía a los secuestradores y por propia iniciativa comenzó a buscarlos. Estaba el riesgo de que el niño fuera asesinado. Bond sabía que si aquello sucedía sería culpado. A pesar de eso siguió adelante y engañó a la pandilla haciéndoles creer que llevaría el rescate. Estaban ocultos dentro de un bloque municipal de pisos en Belfort. Gracias a su puntería instantánea, Bond alcanzó a dos de ellos antes de que pudieran dañar al muchacho. El resto se rindió y Bond condujo al niño seguro a casa.

Mediante actos como estos, Bond se convirtió en una especie de leyenda. Pero llevaba una extraña vida inquieta. Francia no era su país. A veces sentía como si la vida repitiera extrañamente un modelo perpetuo que había comenzado con las andanzas de su familia cuando era un muchacho. Se estaba volviendo como su padre, siempre en movimiento y siempre luchando las batallas de otra gente.

Se estaba acercando a los treinta y sabía muy bien que no había establecido nada. Todavía no tenía raíces y, a pesar de una sucesión de *affaires* bastante clínicos, todavía sin relación emocional duradera. Había comenzado a dudar de que fuera capaz de una.

Como la mayoría de los solteros compulsivos, a Bond le asustaban las mujeres. No físicamente; era un amante enérgico y viril, y disfrutaba de la rutina de una seducción. Era un juego totalmente absorbente que satisfacía su vanidad. Su miedo comenzaba cuando la otra cabeza estaba refirmada sobre la almohada... peor todavía a la mañana siguiente. Como todos los románticos, se asustaba genuinamente cuando sus mujeres se revelaban como seres humanos. El maquillaje corrido por la mañana le trastornaba bastante y le desagradaba si sus mujeres usaban el lavabo. Cualquier demanda, excepto las abiertamente sexuales, le impacientaba.

Con tal actitud ante las mujeres no es sorprendente que James Bond permaneciera resueltamente soltero, especialmente cuando sus hábitos se reafirmaban más y más con la edad. Su «cabaña» entre los tejados de la Rue Jacob poseía una cualidad monacal, sus amantes se volvían cada vez más idénticas. Todas ellas eran hermosas, todas bastante jóvenes, y casadas o divorciadas. Ellas disfrutaban del sexo tanto como él pero todas cumplían con las tácitas reglas del juego: placer pero ninguna demanda extraña, sentimentalismo pero ningún sentimiento, pasión pero ninguna reaparición del mundo exterior. En secreto, Bond prefería que se marcharan poco después de hacer el amor, algo que generalmente hacían por propia decisión ya que solían estar casadas.

Todo parecía satisfactorio; quien se cruzara con James Bond podría felicitarle por

haber resuelto sus problemas y hacer la transición de la guerra a la paz mejor que la mayoría. Finalmente tenía dinero y éxito, trabajo del que disfrutaba, un estilo de vida que la mayoría de hombres envidiaban. Pero Bond era humano y por esa extraña perversidad que acosa a todos los seres humanos, las cosas que deberían haberle hecho feliz no le satisfacían.

Le gustaban las familias establecidas, especialmente con felices y bien criados niños; los Maddox, por ejemplo. Solía visitarles mucho, y el «Tío James» se convirtió en el héroe de los niños: les traía regalos, hacía trucos de cartas y los llevaba a cuestras alrededor del jardín. La gente que le veía con ellos solía pensar qué espléndido padre sería. También admiraba las esposas fieles, las únicas mujeres que admiraba en su interior, y ésta fue la razón por la que cayó enamorado de la esposa de Maddox, Regine.

Poco después de su llegada había intentado seducirla. Había sido perfectamente bondadosa sobre aquello, incluso preocupándose de proteger su preciada vanidad.

—Querido James —dijo ella, besando su mano antes de reponerla donde convenía— eres demasiado apuesto para mí ahora. Hace unos años habría sido diferente, pero ahora... —Bond trató de recolocar su mano. Ella firmemente le rechazó—. Además, probablemente terminaría por enamorarme de ti, y piensa qué problemas ocasionaría eso.

Y así, en vez de sexo, cenaron en Maxim's.

Al cabo de un día o dos, Bond se había convencido de que estaba enamorado de ella. El papel le encajaba. Eso no le impedía perseguir otras mujeres, más bien al contrario. Dependiendo de su humor buscaba el consuelo de la revancha. Pero tenía ahora un aire de tristeza que era irresistible; para todas excepto Regine.

Ella permanecía resueltamente siendo lo que Bond solía llamar su *Princesse lointainé*^[38]. Eran amigos. Ella solía recomendarle libros para leer y le recordaba cuándo necesitaba un corte de pelo. El le compraba su perfume y le contaba todo sobre sus diferentes mujeres. Era la clase de amistad que habría continuado para siempre; de no ser por su marido.

Hay algo irónico en un viejo calavera como Maddox poniéndose celoso de James Bond, especialmente cuando Bond era técnicamente bastante inocente. Quizás Maddox entendió esto, quizás sabía que la infidelidad mental era peor que cualquier *affaire* físico. Durante varios meses Bond no comprendió que lo sabía. Entonces hubo un problema.

Todo fue mal aquel verano. Bond estaba atravesando uno de sus periódicos odios contra los franceses: su descortesía, estrechez y mezquindad en general. Tenía discusiones continuas con su *concierge*. Varias misiones habían sido poco satisfactorias y repentinamente París pareció imposible: abarrotado y caliente y lleno de turistas. Maddox había estado cada vez más irascible. Bond comenzó a contar los

días pendientes hasta sus vacaciones. Maddox estaba muy involucrado con el problema de Argel. Los nacionalistas locales habían comenzado su campaña contra los franceses, y estos se estaban preocupando. Se habían sucedido disturbios a pequeña escala, ataques con bombas y asesinatos, y Maddox, y muchos como él, los veían como augurios de desastre a la vuelta de la esquina. El problema principal consistía en que los gendarmes locales de Argel no podían contener la inquietud. Había habido incursiones contra bancos propiedad del Sindicato. Varios empleados habían sido asesinados, pero no había habido arrestos. Entonces, en julio, el gerente de la delegación principal en Oran fue acribillado a balazos y robaron varios millones de francos.

Fue un caso perturbador, parecía crear un modelo para el futuro. Si no se frenaba habría más asesinatos, más robos a mano armada para financiar la violencia y la subversión. Maddox estaba muy involucrado y visitó Oran en persona. Cuando regresó lo discutió con James Bond.

—La *gendarmerie* es inútil. Ninguno de ellos comprende que esto es la guerra. La única respuesta es el ataque.

Bond quedó sorprendido por la vehemencia de Maddox: era anormal en él. Bond preguntó qué quería decir.

—Quiero decir que debemos enseñar a los nacionalistas una lección. En Oran he averiguado quien estuvo detrás de la incursión: un hombre llamado El Bezir, comunista y jefe local del F.L.N.^[39]

—¿Has hablado con la policía?

Maddox comenzó a reír. Bond se sintió repentinamente intranquilo.

—¿La policía? James, te estás volviendo más blando de lo que pensaba. ¿Desde cuándo la policía en Argelia hace algo? Te quiero en Oran. Tengo un hombre allí llamado Descaux. Tiene sus órdenes y tú trabajarás con él. Quiero ocuparme de ese El Bezir.

Por una vez Bond trató de esquivar la misión, pero Maddox era insistente. Cuando Bond le recordó que merecía irse de vacaciones, Maddox estalló. Al final, renuente, Bond dijo que iría.

De hecho, le gustó Oran. En ese momento era relativamente pacífica, y la ciudad con su puerto, su gran bahía y la mezcla de los mundos francés y árabe todavía era parte del viejo Norte de Africa. Tenía gran atmósfera y encanto. Legionarios franceses del Sahara haraganeaban en el exterior de los cafés de la Rue Maréchal Lyautey, sorbiendo sus Pernods y fumando sus cigarrillos Bastos. La ciudad árabe de la kasbah le parecía a Bond parte del mundo oriental que recordaba de su juventud. El único inconveniente de la misión era Descaux.

Bond le conoció la primera tarde que llegó, desagradándole al instante. Era un vanidoso y gritón hombrecillo con densas cejas que se encontraban sobre la nariz.

Hablaba mucho sobre «enseñar a los negros una lección» y pronto dejó claro a Bond que esto significaba asesinar a El Bezir. Lo tenía todo previsto. Había un taller vacío bajo el piso donde vivía El Bezir. Conducirían hasta allí por la noche, plantarían medio quintal de gelignita bajo el piso, junto con un temporizador, y después se marcharían.

—Matará muchos argelinos inocentes —dijo Bond.

—Argelinos inocentes... ¿Existe alguno? —dijo Descaux.

La primera reacción de Bond ante Descaux fue volar de regreso a París y renunciar. Le enfermaba la idea de tal miserable asesinato. Entonces comprendió que eso era imposible. Sin embargo, comprendía ahora, estaba implicado. Descaux seguiría adelante sin él; cuando la gelignita estallara Bond todavía sería responsable de las muertes que siguieran. De repente comprendió que Maddox debía haber conocido la situación cuando le envió a Oran: entonces, por primera vez, Bond se sintió airado.

Tenía una esperanza, un hombre llamado Fauchet. Bond lo había conocido brevemente en la guerra cuando estaba en la Resistencia francesa. Ahora estaba en Oran como el jefe de la rama de inteligencia de la Sûrete francesa. Era un hombre con figura de barril con pequeños ojos astutos; corso y muy duro. Bond le llamó aquella noche e hizo ciertas preguntas. Fauchet le prometió las respuestas para la mañana siguiente. Bond comprendía la necesidad de precaución. Descaux estaba armado y obviamente suspicaz. A la mañana siguiente, cuando llamó a Fauchet, descubrió por qué.

—He conectado con París por ti —dijo el corso—. Me llamaron hace una hora. Vaya un personaje, ese amigo tuyo.

—¿Entonces lo conocen? —dijo Bond.

—Diría que sí. Descaux es un alias, por supuesto. El nombre real es Grautz, padre alemán, madre belga. Durante la guerra trabajó para la policía secreta de Vichy y para la Gestapo. Todavía hay mucho en su contra en el expediente: tortura de sospechosos, asesinato de rehenes, presunta implicación en las ejecuciones masivas de Nantes en 1943.

El aspecto de Bond era fúnebre.

—¿Y qué me dices de El Bezir?

—Un nacionalista, un intelectual, pero de los moderados.

—¿Alguna conexión con el asalto al banco?

—Absolutamente ninguna. Hemos pillado a dos hombres de dentro que acaban de confesar. Incluso hemos recuperado el dinero.

Bond sintió que comenzaba a comprender.

—¿Qué hay sobre este hombre Descaux? —dijo Fauchet—. Sería mejor que le arrestáramos antes de que haya problemas.

—No —dijo James Bond—. Déjame a mí.

Bond conocía el hotel barato donde Descaux se alojaba. Había un garaje en la parte trasera. No tuvo dificultad para entrar, y en la vieja furgoneta Citroën encontró la gelignita y el aparato temporizador del que Descaux había presumido. Era un asunto primitivo, pero ciertamente suficiente para destruir un edificio. Bond lo estaba examinando cuando Descaux entró, con un arma.

Bond podría haberle disparado primero. No lo hizo, porque tenía otro plan y había cosas que necesitaba averiguar. Descaux le desarmó, le ató —los nudos estaban muy ajustados— y entonces, metódica y amorosamente, le dio una paliza. De nuevo Bond podría haberle detenido, pero de nuevo no lo hizo. No había otra manera de conseguir hacerle hablar. Entonces, finalmente, cuando la cara de Bond era pulpa y su cuerpo estaba sin fuerzas, Descaux se detuvo: la orgía había terminado.

—Esto estaba en las órdenes de tu jefe —dijo. Bond masculó alguna respuesta—. Realmente te odia. Aún así, deberías culparte, cabrón estúpido. Jugar así con su esposa. Deberías conocer mejor a un hombre como Maddox.

Bond se tensó. Hasta ese momento nunca habría adivinado la verdad. Ahora que lo hizo, todo estaba claro. Maddox simplemente había usado el asunto El Bezir para acabar con él. El hecho de que el argelino fuera inocente no importaba. Maddox quería a Bond destruido... y no importaba como.

—Lo tiene todo perfectamente planeado —dijo Descaux jactancioso—. Vas a pagar el pato por la pequeña travesura de esta noche. Cuando nuestros amigos negros sean volados hacia su Hacedor las pruebas apuntarán hacia ti. Es un inteligente hombrecito, tu Mr Maddox. Se ha ocupado de que yo quede completamente limpio, pero en lo que concierne a las pruebas, servirían para guillotinar al Presidente de Francia.

Descaux abrió las puertas del garaje y subió al Citroën. Bond le oyó salir marcha atrás, luego escuchó la detonación. Ya había fijado la bomba de tiempo y ésta explotó, como sabía que haría, al cabo de tres minutos. Descaux murió, muchos cristales fueron destrozados, y llevó varias horas rellenar el cráter en la carretera. Nadie más resultó dañado.

Pero en lo que concierne a Bond la amargura era profunda. Fauchet le buscó y le ayudó a aclarar el caso. Bond se aseguró de que nada repercutiera contra Maddox. Aunque estaba amargado, no podría tener aquello sobre su conciencia. En vez de eso cablegrafió su dimisión a París y pidió a un amigo que cerrara su piso y embarcara el Bentley de vuelta para Tía Charmian. Unos días después, cuando su cara había sanado, se marchó a Kenya. Había terminado con Europa.

Durante varios meses permaneció en Kenya. Durante este tiempo trabajó para un norteamericano que rodaba películas sobre la vida salvaje para la televisión. Bond disfrutó de aquello, pero hubo problemas con una mujer; Nairobi era un lugar

pequeño. Bond se trasladó de nuevo: primero a Mombasa y luego, cuando el dinero comenzó a agotarse, a las Seychelles. La vida era más barata allí. Las muchachas eran fáciles. Nada le preocupaba. Permaneció allí varios meses, llevando una vida de holgazanería mientras pudo. Era una tranquilidad haber llegado al fondo y estar libre de lealtades y deberes. Nadie podría usarle o traicionarle. Bond estaba contento.

Es difícil saber cuánto tiempo podría haber permanecido allí. Lugares como las Seychelles, paraísos sin porvenir, parecían estar llenos de potenciales James Bond. Durante un tiempo ayudó a un hombre que buscaba un tesoro, luego trabajó para un millonario americano que buscaba un pez raro. Fleming reescribió este episodio, cambiando el momento y los nombres y ciertos hechos clave, en una historia corta a la que tituló *La rareza de Hildebrand*.

Fue un asunto horrible. El millonario murió —a día de hoy la responsabilidad por su muerte permanece incierta— y, durante algún tiempo, Bond vivió con su viuda. Era rica, le amaba y como dice Bond:

—Me traía sin cuidado lo que era por entonces. Si era un gigoló, al menos pagaba por mi manutención.

Entonces, una vez más, la suerte intervino; Ian Fleming llegó a las Seychelles. Viajaba para el *Sunday Times* y escribía sobre los tesoros enterrados de un pirata del siglo dieciocho. Dijo que estaba horrorizado de ver como vivía Bond, que nadie debería derrochar sus talentos y su vida así. Hablaron mucho juntos y Fleming dijo que durante el tiempo que Bond había estado alejado, se habían producido cambios en el Servicio Secreto. ¿Por qué no volver?

Repentinamente Bond se encontró extrañando Londres, extrañando la antigua vida, y la excitación que había conocido. Era demasiado tentador para resistir. Cuando Fleming hizo su viaje de vuelta a Londres, Bond vino con él.

8. Nace 007

Bond había disfrutado hablando sobre las Seychelles. Ahora que se había ocupado del escándalo del asunto de Washington podía aparentemente relajarse y durante esos días nos habíamos deslizado hacia una de sus inevitables rutinas. Nos encontrábamos cada tarde después de la cena. A veces traía a Honey con él, otras no. Para mi sorpresa, parecían haberse vuelto una pareja bastante acogedora, y me pregunté si Bond se habría dado cuenta. Y entonces, sin mucho estímulo, comenzó a hablar. Le gustaba tener su botella de bourbon Wild Turkey y sus cigarrillos, aliviándome el hecho de que hubiera dejado los Virginianos bajos en nicotina y regresado a los Morland Specials: una buena señal más. Se había vuelto más preciso y menos autoconsciente, particularmente ahora que comenzaba a explicar el regreso del hijo pródigo al Servicio Secreto. Era una historia irónica y la contó bien.

Yo no había comprendido el papel que Ian Fleming tuvo en esto. Sabía, por supuesto, que mucho después de que dejara la Inteligencia Naval por el periodismo, Fleming había mantenido sus contactos con el mundo del Servicio Secreto. Lo que no sabía era su alcance y cómo había actuado como cazatalentos no oficial para el departamento. Ahora podía ver que éste era un papel que le cuadraba. Conocía la personalidad de los peces gordos del Servicio Secreto, M incluido, y la gama de sus conocimientos era fenomenal. Era un delicado catalizador humano, el mejor para indicar exactamente el hombre adecuado para cualquier trabajo, lo que era la razón principal de su éxito como periodista: siempre conocía a la única persona clave de la historia cuando escribía su columna semanal para el *Sunday Times*. Obviamente usaba sus talentos del mismo modo que en el Servicio Secreto; particularmente con Bond, aunque debió haber recurrido a toda su habilidad y tacto para organizarlo.

Una de las agrupaciones de cena más exclusivas de Londres es el llamado Twinsnakes Club. Fleming lo ha mencionado, para mortificación de algunos de sus más estirados miembros. Se reúne una vez al año, generalmente en el Connaught Hotel y consta de los miembros más distinguidos, pasados y presentes del Servicio Secreto Británico. Cenan sumamente bien y, cuando el Oporto circula, uno de sus miembros lee un discurso. El nivel es tradicionalmente alto. En el pasado sus números han incluido a Buchan y Charles Morgan, así como también las cabezas de la profesión. La famosa historia de *El hombre que nunca existió* se originó en un discurso leído aquí. Ese año fue el turno de Fleming. Eligió su tema: «El agente ideal, un estudio del personaje». Fleming describió a un hombre llamado X. Tendría treinta y pocos años, apuesto, una especie de mujeriego, experto en el juego, duro, dedicado, socialmente aceptable. Tendría suficiente glamour para ser aceptado dondefuera, y sería el perfecto hombre de mundo. Como Fleming dijo: «los operadores anónimos de rostro gris que ahora están de moda tienen sus limitaciones. ¿Cómo pueden esperar

penetrar los niveles más elevados de la política, el comercio y la sociedad donde se toman las decisiones importantes?».

Pero al mismo tiempo, X sería suficientemente intruso para mantener completa su integridad. Sería lo que Fleming llamaba «dueño de sí mismo», esto es ligeramente cínico, sin ambiciones sociales o políticas y, por supuesto, soltero; de sangre caliente, resueltamente soltero heterosexual.

En el coloquio hubo acuerdo general con la tesis de Fleming; la principal discusión fue sobre si un hombre como X podía existir en realidad. M en particular parecía convencido de que no podía. Fleming le oyó y entonces dijo tranquilamente: «Oh, pero sí puede. Usted incluso lo conoce. Su nombre es Bond».

Fleming tuvo que desarrollar una enorme y delicada persuasión entre bastidores pues M no había olvidado Washington. Pero dos días después, la secretaria de M, la reservada Miss Money Penny, llamó a Bond para decirle que a M le gustaría almorzar con él en Blades. Ligeramente confundido, Bond aceptó y, poco después, Fleming le llamó. Admitió haber amañado la comida, pero pensaba que Bond debería «hacer su número con el viejo tragafuegos».

—He tenido unas palabras con él y creo que he aclarado aquel malentendido sobre Washington. Debes disculparle, ya sabes. M es un victoriano. Estaba casado, eran muy devotos uno del otro y siempre desde que ella murió ha sido fiel a su memoria. Muy conmovedor, pero eso significa que a veces es sensible sobre el sexo y el matrimonio.

—Qué me vas a contar —dijo Bond.

—Pero es un personaje fascinante. Sumamente complejo. Trabaja como un loco, por supuesto, y es un hueso realmente duro de roer. Y aún así es un hombre maravilloso para trabajar con él una vez le conoces. De quienes lo hacen no oirás una palabra contra él.

—Le creeré —replicó Bond.

—Oh, y una palabra de advertencia. Esta vez, cuando te encuentres con él, no admitas conocer ningún idioma demasiado bien. M tiene dos fobias en la vida: los hombres con barba y la gente que habla con fluidez idiomas extranjeros. Bajo ningún concepto le llames «Sir».

—No se me ocurriría —dijo Bond.

—Y déjale escoger el vino.

—Oh Dios —dijo Bond.

Fue extraño estar de vuelta en Blades. Desde aquella noche en que perdió ochenta libras ante Bunny Kendrick, Bond había permitido que su estatus de socio caducara. Pero Prizeman, el portero del vestíbulo, le recordaba, dándole la bienvenida como si todo hubiera pasado ayer.

—Comandante Bond. Encantado de verle. Sir Miles le espera en el comedor.

Cualquier escrúpulo que Bond tuviera al encontrarse nuevamente con M fue adormecido ante la perspectiva de aquella espléndida sala. Aquí Robert Adam se había aproximado a la perfección: su arquitectura todavía personificaba el ideal de quietud y certeza del siglo dieciocho. Contra semejante fondo, el sucio subterfugio del mundo del Servicio Secreto parecía impensable. A Bond incluso le fue difícil pensar en ésta sólida y caballeresca figura vestida de azul oscuro como el antagonista de los hombres crueles y decididos de Moscú y Pekín combatiendo en una guerra que nunca cesaba.

M estaba cordial. Sus ojos brillaban ahora. Renuentemente Bond tuvo que admitir que tenía un cierto encanto; hablaba de su reciente pesca del salmón en el Test.

—Un escocés como usted debería saber más que yo sobre el salmón —dijo M.

—No he pescado desde hace años —dijo Bond.

—Oh no, por supuesto. El golf es su juego.

Bond asintió. Alguien, probablemente el Jefe de Personal, le había dado a M un rápido informe detallado sobre sus aficiones; Bond se preguntó cuánto más sabría. Charlaron brevemente sobre golf, aunque la ignorancia de M sobre el juego era evidente. Bond pensó que, después de todo, tenía una cara amigable: si existía una típica y anticuada cara de marino, M la tenía.

M repasó el menú, sin gafas, y ordenó sopa y empanada de carne con riñones. Después de la charla sobre la pesca en el Test, Bond estaba listo para el salmón ahumado del Club, pero en el último momento algo le dijo que no sería apreciado. Pidió lo mismo que M.

—¿Y que tal un poco de vino? Estoy seguro de que tiene alguna preferencia.

Pero Bond dijo que no, tomaría el que eligiera Sir Miles. Entonces M sonrió positivamente, pidió al somelier que trajera una garrafa de su Argelino favorito: «El viejo Enfurecedor de la Flota, ya sabe», y Bond se preguntó brevemente quién más en Blades podría haberlo bebido.

Cuando llegó, M desechó la sugerencia del somelier de que debía probarlo. En vez de eso, llenó sus copas, y luego bebió con entusiasmo.

—Creo —dijo M—, que es hora de que usted vuelva a unirse a nosotros.

Todo parecía muy casual, más bien como si M le pidiera que renovara su estatus de socio en Blades.

M disfrutaba claramente su empanada de carne y riñones. Bond admiró su digestión y la impaciente manera en que vaciaba el plato. La mayoría de los hombres de su edad, pensó, se habrían preocupado por una úlcera o sus arterias.

—¿Fleming no le ha dado ninguna idea de lo tenemos en mente para usted? —dijo M.

Bond sintió los acerados ojos observarle cuidadosamente. Negó con la cabeza.

—Como probablemente habrá supuesto, las cosas han cambiado mucho desde que se marchó. La llamada «Guerra Secreta» en la que estamos luchando se ha estado calentando, en todas direcciones. La oposición está alerta, y hemos tenido que reagruparnos en consecuencia.

Bond asintió. Hubo un silencio roto sólo por el masticar de las mandíbulas de M.

—Es un desagradable hecho de la vida el que en nuestro negocio a veces tenemos que matar a nuestros enemigos. La oposición no se anda con rodeos sobre eso. ¿Supongo que ha oído hablar de *Smersh*?

—«*Smiert Spionam*» —dijo Bond.

M levantó la vista rápidamente.

—Bien —dijo él—. Hasta donde sabemos, durante dos años han mantenido su escuela de entrenamiento en un lugar llamado Irkutsk. Tienen un curso especial sobre lo que a ellos les gusta llamar «liquidación». También tienen una sección especialmente ideada para enfrentarse con todas las misiones que tienen el llamado «elemento de asesinato». Tendrá que leer los expedientes cuando regrese al Cuartel General, pero lo importante es que ésta es una amenaza a la que debemos encarar. No podemos ser remilgados. Hace unos meses formé una sección propia para ocuparnos de ella. Se llama Sección doble cero. Creo que podría convenirle.

—¿Se refiere —dijo Bond—, a que quiere que yo sea parte de nuestro propio escuadrón del asesinato?

—Nada de eso —dijo M ásperamente—. Ésa puede ser la manera en que ellos hacen las cosas por allí. Nosotros no, gracias a Dios. Pero debemos estar preparados. Esto es una crisis, y estamos luchando por sobrevivir. Necesitamos hombres como usted.

Bond había prometido hacer saber a Fleming cómo había ido el almuerzo. Por consiguiente, fue a su oficina en Grays Inn Road para contárselo.

La oficina de Fleming era un lugar raro, más parecido a la de un bohemio abogado de campo que al de un importante periodista de Londres. Estaba dividida con vidrio, y en la antesala se podía ver el sombrero negro de fieltro de Fleming, su maletín y un ejemplar del *New York Review of Books* sobre la mesita.

Bond le habló de la sección 00.

Fleming asintió.

—Sí, ya la conozco. Grandes noticias.

—Pero no puedo aceptarlo.

—¿No puedes aceptarlo?

—Ya he tenido suficiente de matar.

—Pero, mi estimado amigo. Eso es ridículo. Se te ha ofrecido una posición de élite en el alto rango del Servicio Secreto: algo por lo que la mayoría de los agentes darían sus muelas. ¿Cómo puedes pensar en rechazarla?

—Ya te lo he dicho.

—¿Y entonces estás dispuesto a seguir con la clase de vida perdida que hacías en las Seychelles? Vagabundeando, viviendo al día a menos que encontraras una gorda viuda rica con la que casarte. James, odiaría verte vivir de ésta manera, no es vida para ti. Esto es algo que haces superlativamente bien. Debes continuar, Si no lo haces te hundirás.

Y así Bond finalmente volvió a unirse al Servicio Secreto. Gracias al interés de M fue destinado desde el comienzo a la sección 00, pero pronto le quedó claro que debía ganarse este status. Su expediente era impresionante pero debía probar que todavía estaba a la altura de las circunstancias. También tuvo que entrenarse en la escuela más agotadora para agentes secretos del mundo. Tenía mucho que aprender si quería recuperar los años que había estado fuera. Pero era tranquilizador estar de vuelta. Una vez hubo tomado la decisión de volver, pronto olvidó sus dudas y, por primera vez desde la guerra, tenía una sensación de propósito y un trabajo en el que creía. También se sentía aliviado de estar de vuelta dentro de lo que Fleming llamaba «la cálida matriz del Servicio Secreto». Aunque era un solitario, Bond necesitaba la seguridad de una organización y un contexto en el que establecer su vida.

Tuvo tres meses de agitado entrenamiento; tres meses en los que trabajó más duro que nunca antes en su vida. Primero vinieron las pruebas físicas y de habilidad básica en combate. La mayoría tenían lugar en los extensos sótanos del edificio de Unviersal Export junto al parque, bajo los implacables ojos de los mayores expertos del mundo en tensión humana y autodefensa. Al principio estaba rígido y sentía su carencia de entrenamiento, pero sabía que su cuerpo podría absorber el trabajo, y en unos días se sintió en mejor forma que nunca. Los doctores que le reconocieron le calificaron como «apto para todas las misiones». Luego vinieron los días urgentes en los campos de tiro, comprobando su habilidad con las armas: armas pequeñas, ametralladoras, cohetes y las diversas herramientas de su horrible oficio. Pasó tres tardes con Richmall el armero eligiendo el arma personal que llevaría. La Beretta calibre 32 fue su elección; su solidez, limpieza y capacidad de fuego le atrajo, prefiriéndola a las más engorrosas automáticas. Como Richmall dijo: «Lo principal es tener un arma con la que te sientas a gusto». Bond estuvo de acuerdo.

La mente de Bond fue probada y luego también entrenada. Las pruebas preliminares fueron espantosas e implicaban períodos de soledad para comprobar su punto límite, sesiones de interrogación por los expertos más duros en el campo y, finalmente, la llamada «cámara de tortura», donde durante tres días con sus noches una sucesión de fríos hombres sin rostro intentaron romperle. El propósito era descubrir su «umbral de dolor» y luego fijar su «coeficiente de resistencia». Ambos fueron extraordinariamente altos.

Después del primer mes, el énfasis cambió, y Bond pasó varias semanas en una

casa cerca de Basingstoke aprendiendo la nueva tecnología básica de la guerra secreta. Había toda una nueva habilidad que dominar: Cifras y máquinas cifradoras, sistemas de huida y controles, planificación y metodología. Los artilugios del espionaje eran ahora formidables con la electrónica y los ordenadores en escena.

Durante estas semanas, Bond debió mucho a su herencia de Andrew Bond. Sus aptitudes mecánicas eran altas; como su vigor mental y concentración. Tenía la clase de cerebro que puede absorber detalles prácticos velozmente y, una vez más, sus calificaciones fueron excelentes.

Después siguieron más semanas en Londres, semanas durante las cuales Bond permaneció en un hotel en Bloomsbury y pasó ante una sucesión de juntas del Servicio Civil, la mayoría tediosas, aunque unas pocas le divirtieron. Como Fleming le dijo cuando le vio: «El Servicio Civil es una institución sagrada. No debes esperar que se den prisa». Bond fue paciente, siendo finalmente informado de forma oficial de que había sido nombrado Funcionario Civil de Grado V adjunto al Ministerio de Defensa; retribución según escala normal —mil setecientas libras p.a. incrementables hasta un máximo de dos mil ciento cincuenta libras—, subsidio de pensión y ciertas dietas «en caso de servicio activo».

Entonces y sólo entonces se le dio su propio nicho permanente en «el Servicio Secreto Vaticano» como describe el Cuartel General de Regent's Park: una pequeña oficina en la quinta planta pintada de color crema con una alfombra marrón oscuro de Grado V del Servicio Civil, un escritorio de Grado IV del Servicio Civil y una secretaria compartida, la deliciosa Miss Una Trueblood. Cuando a Bond se le dio su pase oficial sintió que se lo había ganado.

Entonces llegó un período de virtual ociosidad. No había recibido ni una palabra de M, ni por cierto le había visto, desde su almuerzo en Blades, pero comenzó a instalarse. Era un lugar extraño. Había una prohibición total a hablar del «trabajo» y también un claro tabú sobre cualquier tipo de chismorreos con sus colegas; aunque no es que viera a muchos. Era consciente de los habitantes de otras oficinas a su alrededor. De vez en cuando los veía en el pasillo o comiendo en la cantina. Le saludaban con la cabeza si le conocían, y normalmente eso era todo. La única excepción era el Jefe de Estado Mayor de M, Bill Tanner. Era un hombre divertido y prudente que parecía guardar los secretos de todo el departamento. Bond a veces comía con él. Encontraron que tenían un interés común en los automóviles —Tanner estaba orgulloso de su viejo Invicta— y un enemigo común en el jefe de departamento de administración, el Capitán Pagador de la Tropa, R.N. Retd.

Fleming, quien había tenido sus propias batallas con el Pagador durante su época en el N.I.D., lo describía, cruel pero adecuadamente, como «*el tirano de la oficina*» y «*la pesadilla*» del Servicio Secreto. La descripción de Tanner era menos caritativa, y uno de sus pasatiempos era provocar al infeliz hombre despiadadamente. Bond

pronto se le unió, redactando largos memorándums sobre el jabón, los clips y las cintas de las máquinas de escribir. Pasó el tiempo.

Más importante para el futuro Bond fue entonces el descubrimiento de su confortable piso en la plaza con platanales de Kings Road, un golpe de suerte del cual estará eternamente agradecido. Hace algunos años ha estado viviendo en el piso que Fleming le había encontrado en Lincoln Street, pero siente que sus raíces en Londres están en aquel número 30 de Wellington Square y no consideraría ninguna otra parte de la ciudad. El piso consistía en dos grandes plantas, y su primera reacción fue que era excesivamente grande para él. Pero su Tío Ian había muerto recientemente y, para su sorpresa Bond había heredado aproximadamente cinco mil libras. De repente le pareció sensato gastar el dinero en un lujo que nunca había conocido: un cómodo establecimiento en Londres.

Pidió el consejo de Tía Charmian, la única mujer en quien podía confiar para una opinión desinteresada. Tía Charmian estuvo totalmente a favor pero: «¿Quién mirará por ti?», le preguntó.

Bond no había pensado en eso.

—Tendrás que tener una mujer —dijo Tía Charmian.

Bond gimió.

—Conozco a la persona justa. ¿Recuerdas a May McGrath? Trabajaba para tu Tío Gregor desde que tu abuelo murió. El otro día oí que ya no puede aguantar más y, francamente, no la culpo. No es cocinera, lo sé, pero es concienzuda. Quizás le escriba.

Y así James Bond adquirió tanto un piso como «ese tesoro de casera escocesa». La vida definitivamente estaba mejorando mucho.

El piso le dio mucho que pensar una vez firmó el arrendamiento. Era típico de él planearlo todo minuciosamente. Había mucho trabajo que hacer. Cuando estuvo terminado todo el lugar reflejaba la personalidad de Bond.

Era un genuino establecimiento de soltero, ya que Bond había descartado prácticamente el matrimonio ahora que trabajaba para el Servicio Secreto. También debía funcionar como un reloj, tanto si estaba allí como si no. May tenía sus habitaciones privadas en el piso inferior, junto al dormitorio sobrante. Bond tenía una sala de estar elegante en el piso de arriba con dos grandes ventanas que daban a la plaza. Su dormitorio estaba contiguo, la cocina estaba detrás.

Como la definición de una casa ideal de Le Corbusier, ésta era sólo «la máquina para vivir en ella» de Bond. Los arreglos y la decoración eran extremadamente Bond, resultando el salón positivamente espartano. Ciertamente ninguna mano femenina había puesto su gentil toque allí: sofá chesterfields y cortinas azul oscuro, alfombras a medida color gris acorazado, lámparas de lectura con tulipa verde en las paredes, un algo ajado conjunto de pinturas «escuela de equitación» que Bond había adquirido

cierta vez en Viena. No le gustaban particularmente, pero como le dijo a tía Charmian: «Son los únicos cuadros que poseo y llenan el espacio tan bien como otros». Como Fleming anota, no había televisión.

La cocina era mucho más acogedora. Larga y estrecha «como la cocina de un yate caro», había sido cuidadosamente diseñada por Bond, quien encontró un secreto placer en equiparla. Había mucho acero inoxidable y espacio con armarios empotrados, un extractor de aire, un gran frigorífico, completo con congelador, y un elaborado almacén de bebidas. Le supuso algún problema encontrar su vajilla azul oscuro y dorado. Era Minton, y su sencilla opulencia atrajo a Bond. Una vez hubo establecido la cocina, Bond se tomó mucho interés en decirle a May exactamente como iba a funcionar aquello.

—El desayuno es lo más importante. Comeré en la oficina, y generalmente también cenaré fuera. Cuando esté en casa comeré alguna clase de merienda, a menos que tenga compañía. Si es así yo me ocuparé de eso por mí mismo. Por favor asegúrese de que siempre haya una reserva de mantequilla fresca sin sal de Jersey, pan de trigo integral, salmón ahumado, filete y caviar.

Esto no era sólo un reflejo de los gustos básicos de Bond en la comida. Recordaba las limitaciones de May como cocinera. Como Tía Charmian dijo: «May es más Glen Orchy que Cordon Blue^[40]». Pero encontró que podía organizar sus desayunos con la precisión absoluta que exigía: las dos grandes tazas de café de Bry preparada en la cafetera Chemex, los tarros de mermelada de fresa, la clásica Cooper's Oxford, y la miel Fortnum's. También descubrió pronto una virtud insospechada en la respetable May. Era la única mujer que hubiera conocido capaz de hervir un huevo exactamente en el tiempo que se requería para la perfección: tres minutos y un tercio.

El único lugar del piso donde Bond se permitió algún exceso fue en la decoración del dormitorio. Compró una cama doble de matrimonio en Harrods —«si le gustan las mujeres, la ropa de cama barata es un falso ahorro—, papel pintado azul y oro, y un grueso Wilton a medida. Pero una de sus más observadoras amantes describió la sala como «simplemente la alcoba de un muchacho, con sus chucherías y un lugar para todo». Sobre la cómoda había un par de cepillos forrados de plata que pertenecieron a su padre, y en la cabecera dos fotografías de mujer: su madre y Marthe de Brandt.

Los primeros esfuerzos de Bond en crear hogar fueron interrumpidos por una convocatoria del Jefe de Estado Mayor. Era julio. Los platanales de la plaza estaban llenos de hojas, y Bond se sentía inquieto.

—Espero que no planees seducir a nadie importante durante la próxima semana o así. M está en el sendero de la guerra —dijo el Jefe de Estado Mayor.

Ahora que James Bond iba a encontrarse de nuevo con M volvía a sentirse nervioso: mientras esperaba en su antesala pensaba en el poder que M esgrimía y

cómo todo ese complejo mortal del Servicio Secreto descansaba sobre él. «Horrible responsabilidad: ¡mejor él que yo!», pensó Bond. Se encendió la señal luminosa roja sobre la puerta. Bond entró.

M fue benévolo al principio, felicitando a Bond por su desempeño durante los entrenamientos.

—Estoy más que satisfecho. Discutimos sobre usted en la reunión de esta mañana de jefes de departamento. Se ha acordado que debería ser trasladado a la sección 00. El número 007 ha estado vacante por algún tiempo. De ahora en adelante será su número en código oficial dentro del Servicio.

Bond sintió un cierto triunfo, pero antes de poder agradecerse a M, el viejo marino hizo un gesto de impaciencia.

—Ahora a trabajar. Ya es hora de que comience a ganarse su sueldo, 007. ¿Conoce Jamaica?

—Durante la guerra mi buque recaló allí brevemente; siempre he querido volver.

—Bien, ahora es su oportunidad. Le quiero allí inmediatamente. Francamente, estoy preocupado. Hemos estado recibiendo informes muy raros de nuestro jefe de estación allí; un hombre llamado Gutteridge.

—Raro, ¿en qué sentido? —preguntó Bond.

M se puso el puño contra la barbilla y frunció el ceño. ¿Cómo podía explicarle a Bond que estaba personalmente preocupado por Gutteridge? Conocía el efecto que los trópicos ejercen sobre un hombre. También era reacio a aceptar informes de segunda mano sobre los hábitos de bebida de un agente, pero había más que eso. A M le gustaba aquel hombre: habían servido juntos durante algún tiempo antes de la guerra. Cuando alguien como Gutteridge comenzaba a enviar el tipo de informes que había hecho recientemente, era su deber investigar. Pero era difícil explicar a Bond que su primera misión con la sección 00 podía no ser más que comprobar el problema de bebida de un jefe de estación.

—El jefe de Estado Mayor le dejará los informes de Gutteridge correspondientes a los últimos meses. Le sugiero que se familiarice con ellos antes de irse. Tengo el presentimiento de que algo pasa; algo que puede ser muy peligroso. Me gustaría que probara que me equivoco.

Hubo una pausa cuando M comenzó a buscar sus cerillas. Cuando al fin las encontró, Bond esperó a que encendiera la pipa. A Bond le recordó el vertedero quemándose afuera en el parque.

—Una cosa más, 007; mientras esté allí, por favor disculpe a Gutteridge. Como todos nosotros tiene sus particularidades.

Bill Tanner pareció divertido cuando Bond le describió la entrevista con M.

—Peculiaridades... Ya te contaré. Me pregunto si has entendido este trabajo. Mejor tú que yo, aunque no me importaría pasar una semana o dos en Jamaica,

incluso con Gutteridge incordiando.

Desde que la trampa explosiva alemana que estaba desactivando le había estallado en la cara, el ex coronel de zapadores sufría con su salud; periódicamente los cirujanos todavía extraían trozos de metralla de su cuerpo. Recientemente la intensa presión del trabajo en el departamento había aumentado, y Bond pudo ver cuánto necesitaba este tenso joven un descanso. Como Jefe de Estado Mayor trabajaba más duro que cualquiera en el departamento.

—¿Qué va mal con Gutteridge?

Tanner hizo una mueca.

—Francamente, estoy más que harto de él. El hombre es un alcohólico. Lo ha sido durante años, pero sólo porque sucede que sirvió con M antes de la guerra, es sacrosanto. Y yo tengo que tratar con él, no M. Si trabajaras en medio de ellos verías lo que quiero decir.

Tanner buscó tras él en un gran y destartalado archivo. Estaba marcado «Estación K - Alto Secreto». Se lo entregó a Bond, y sacudió su cabeza.

—Léelo y luego hazme un favor. Simplemente ponlos donde ya sabes y tira de la cadena.

Aquella tarde fue una de esas raras ocasiones en que Bond comió en casa, enteramente solo.

May pareció preocupada cuando anunció que se contentaría con una lata de sopa y huevos revueltos.

—¿Se siente bien? —dijo ella.

Había una película de Spencer Tracy en el Essoldo y había estado esperado ansiosamente para verla. Bond sabía esto muy bien y, cuando la hubo chinchado suficientemente, insistió en revolver los huevos él mismo. Bond tenía una gama de lo que llamaba «cocina básica de supervivencia» que le aseguraba poder arreglárselas para comer solo, si no con lujo, por lo menos con cierto estilo. Sentía que esto era esencial para cualquier soltero. Sus favoritos incluían *steak au poivre*^[41] —su secreto aquí era usar pimienta negra Madras de Fortnums, dejándola en el filete crudo durante la noche—, riñones en vino tinto con perejil, salchicha asada del país de Paxtons y, por supuesto, huevos revueltos. Sus *oeufs brouille James Bond*^[42] debían cocinarse lentamente y mezclarse con dos veces la cantidad de mantequilla que siempre veía usar a las mujeres. Antes de servir, le gustaba una generosa cucharada de crema doble.

Esto es lo que se había preparado ahora, tras una lata de sopa de langosta Jackson's. Comió en una bandeja en el salón. Habría sido difícil decir con qué disfrutó más: la comida o su autosuficiencia. Cuando hubo terminado se sirvió un generoso vaso de bourbon, encendió un Morlands Special y, a la solitaria luz de su lámpara de lectura de tulipa verde, se puso a leer los informes de Gutteridge.

Pronto vio lo que había trastornado al Jefe de Estado Mayor. Pocos informes de campo del Servicio Secreto serían gran literatura, pero Bond nunca había leído nada tan extraño e interminable como estos. Su primera reacción fue que el Jefe de Estado Mayor tenía razón: Gutteridge debía haber entrado en su declive. Tenía una obsesión recurrente con la política de los sindicatos jamaicanos. Nada malo en eso. Pero era obvio que, mezclado con esto, el pobre Gutteridge también tenía un importante complejo de persecución. Su interés particular parecía ser que los comunistas estaban infiltrándose en los principales sindicatos. Mucha de su información era convincente: relatos detallados de líderes sindicales que habían sido aterrorizados para cambiar sus lealtades, historias de mensajes interceptados desde La Habana, estimaciones de cómo fondos de Moscú habían sido desplegados para comprar votos.

Pero, al mismo tiempo, Gutteridge incluía detalles de una conspiración cuyo principal fin era su destrucción. En muchas ocasiones afluía referencias a una tal Diosa Kull. No era demasiado coherente aquí, pero se la describía como «La encarnación del mal» y también como «La gran destructora». Tenía sus seguidores y Gutteridge parecía pensar que iban tras él. Un informe describía como los devotos de Kull aullaron para él en la noche.

Cuando Bond hubo terminado de leer, era bien pasada la medianoche. Tomando como base en el sentido común, los informes eran raros y su primera reacción — como la del Jefe de Estado Mayor— fue que Gutteridge necesitaba un traslado, preferentemente a una clínica. Pero mientras se preparaba para dormir no dejaba de hacerse preguntas. Había algo siniestramente convincente en esos informes y allí, solo en su piso, Bond podía sentir una parte de aquel miedo que sentía el extraño hombre que en la lejana noche jamaicana los había escrito.

Al día siguiente Bond se encontraría con él. Sería interesante averiguar quien tenía razón —M o el Jefe de Estado Mayor— y, mientras Bond verificaba su Beretta y fijaba un cargador de munición especial en el compartimento oculto de su maleta, se preguntó cuánta tendría que disparar en el cumplimiento del deber.

Bond llegó a Jamaica por la noche, que es la mejor hora para aterrizar en esta isla de oro y verde oscuro. Después de la fría y regimentada melancolía de Heathrow, lleno de aquella pasiva miseria que acentuaba lo peor de nuestra raza isleña, Bond sintió la primera alegría de los trópicos. Kingston, esa maravillosa, raquílica ciudad, parecía incluso más ruidosa y hedionda de lo que recordaba. Pasó ante el bar Louelle's, donde había noqueado al sargento de marina americano, y sonrió para sí. Parecía que había transcurrido tanto, tanto tiempo... Qué joven tan pulcro era por aquel entonces con su uniforme de teniente, y qué vida tan sencilla.

Originalmente Miss Trueblood le había reservado alojamiento en el Wayside Inn, un lujoso hotel americano con aire acondicionado, pero a última hora Bond se acordó

del Durban, una vez el hotel más elegante de la isla y ahora una espléndida reliquia de la vieja Jamaica. Bond amaba sus enormes habitaciones, su bar de estilo antiguo y sus verandas, y secretamente disfrutó de la sensación de su destino efímero. Había cablegrafado a Gutteridge para encontrarse con él allí.

Gutteridge llegó tarde. Cuando lo hizo tambaleándose, Bond sólo pudo preguntarse cómo había sobrevivido tanto. La una vez atractiva cara estaba roja y abultada, el bien cortado traje estaba manchado y daba de sí en las rodillas. Bond no podría soportar a los borrachos, pero había algo en Gutteridge que despertó su simpatía. Así es como la vida en el Servicio Secreto podía quemarte: en Gutteridge casi podía ver un futuro reflejo de sí mismo. Cuando Gutteridge sugirió que deberían tomar un trago, Bond asintió. Incluso se forzó a escuchar comprensivamente mientras el hombre divagaba: sobre sus problemas de dinero y la esposa que lo había dejado y los desprecios que debía soportar de otros residentes británicos.

—La isla se está arruinando rápidamente, amigo mío. En lo que concierne a los británicos, nos vamos por el desagüe. Cualquiera con medio cerebro debería saber lo que sucede, cualquiera, excepto los idiotas en la Casa del Gobierno; y a nadie le importa.

Gutteridge vació su vaso, pero ahora la bebida le despejaba. Sus acuosos ojos estaban brillantes.

—Aunque yo me preocupo. Es mi trabajo preocuparme, y no les dejaré salir impunes de ello. Este asunto con los sindicatos: debía advertir a M.

—Por eso estoy aquí —dijo Bond.

—Escuche —dijo Gutteridge. Se volvió repentinamente conspiratorio escudriñando hacia el vacío bar, luego arrastró su sillón de mimbre más cerca todavía de Bond—. Hay un hombre llamado Gómez: dirige la campaña. Es Cubano. Fue coronel de la policía secreta de Batista. Dios sabe cuántos hombres mató; luego cambió de bando, fue entrenado durante dos años en Moscú, y ahora está aquí. Trabaja enteramente por medio del terror. Jamaicanos se le han opuesto y han sido asesinados. Horriblemente. Ahora todo lo que tiene que hacer es amenazar. Nadie habla de él, así que la policía está impotente. Pero controla ya virtualmente la isla a través de los sindicatos. Pronto habrá un baño de sangre. Entonces... —Gutteridge levantó sus manos dejándolas caer luego lánguidamente en su regazo.

El hombre podía ser un borracho, pero Bond lo encontraba convincente.

—¿Y qué pasa con la Diosa Kull? —preguntó.

Gutteridge sonrió débilmente.

—Ah. Usted ha leído mis informes. Eso está bien. Ella es la creación de Gómez; ya le he dicho que es un diablo astuto. Conoce a la gente del Caribe y ha estudiado todas sus supersticiones y miedos. Ha sido suficientemente listo para vincular su reinado de terror con la figura de culto Kull, la Destructor. Los asesinatos se hacen

aparentemente en su nombre, o por sus seguidores. No han sido agradables.

—¿Pero quien es Kull? —preguntó Bond.

—Ella aparece en muchas leyendas locales. Uno de sus nombres es la Viuda Negra, por la araña de ese nombre que mata a su compañero después de que le haga el amor. Es un tema recurrente en incontables culturas primitivas y claramente surge de un miedo universal masculino. Los antropólogos lo han llamado, creo, *vagina dentata*, la vagina dentada.

Bond se sirvió otra bebida, pero Gutteridge, fríamente sobrio ahora, estaba disfrutando obviamente su pedante papel.

—Un tema fascinante.

—Supongo que lo es —dijo Bond.

—Elwin ha escrito extensamente sobre ello entre los assameses y hay conocidos estudios sobre Sudamérica y Nueva Guinea. El origen yace en el primitivo temor del macho a la hembra dominadora. Pero invariablemente toma la forma de una Diosa cuyos genitales devoradores destruyen a sus víctimas en el acto del amor.

—¿Usted también ha sido amenazado? —dijo Bond.

Gutteridge asintió.

—Varias veces. Gómez me quiere callado, pero no creo que esté demasiado preocupado por mí. En este momento tiene un pescado más grande para freír.

—¿Como quién? —dijo Bond.

—Ahora que ha conseguido los sindicatos, se ha vuelto hacia los patrones, particularmente los ricos. Durante los últimos días varios han sido amenazados por la Diosa. O hacen exactamente lo que se les diga, o Kull se ocupará de ellos.

—Pero eso es ridículo —dijo Bond—. Una cosa es aterrorizar pobres jamaicanos incultos. Otra diferente es intentarlo con gente que puede defenderse a sí misma.

—¿Eso cree? —dijo Gutteridge tranquilamente—. Le sugiero que lo primero que haga mañana sea llamar a un hombre llamado Da Silva. Mencione mi nombre. Es uno de los mayores comerciantes de Jamaica, y es un hombre educado; Oxford, creo. Vaya y véalo, y entonces hágale la misma pregunta.

Da Silva era un pulcro hombrecillo con gruesas gafas. Bond le calculó cuarenta y pocos. Era de ascendencia portuguesa. Su gente había llegado a Jamaica originalmente para comerciar pero se habían instalado en el siglo dieciocho; ahora eran parte de la aristocracia comercial de la isla. Estaba bien informado y hablaba con un ligero acento norteamericano. Cuando Bond habló con él, inmediatamente sugirió una comida, y le recogió en el hotel en un Chevrolet sedán azul pálido. Mientras conducían desde Kingston tomaron la bifurcación del camino panorámico hacia Montaña Azul, y Bond pudo apreciar el esplendor de la isla: la vehemente exuberancia de las grandes plantaciones, las ricas casas en las colinas y la gran vista azules en el lejano horizonte.

La casa de da Silva estaba en el extremo opuesto de un paseo de casuarinas en flor. Casi a pesar de sí mismo Bond estaba impresionado por tanto lujo: la baja casa blanca, la sombreada piscina, el fragante césped esmeralda con hibiscos y buganvillas. Da Silva sugirió que deberían nadar y después, mientras se tumbaban junto a la piscina tomando daiquiris helados, le presentó a su esposa, una rubia de gran busto y largas piernas de Maryland. Durante un rato charlaron, sobre la cosecha actual de turistas en la isla, sobre Nueva York y Londres, y sobre varios amigos que podían tener en común. Hubo una pausa en la conversación.

—Cuénteme —dijo Bond—. ¿Quién es la Diosa Kull?

Habría sido difícil encontrar dos seres humanos más diferentes que Gutteridge y Da Silva, pero Bond comprendió que tenían una cosa en común: miedo. La esposa de Da Silva miró ansiosamente a su marido, luego se levantó y dijo.

—Debo ocuparme de la comida, querido. Si me hacéis el favor de disculparme.

Mientras se alejaba Bond pensó que, asustado o no, Da Silva era un hombre afortunado.

—¿Cuánto le ha contado Gutteridge? —dijo Da Silva.

Bond repitió la esencia de la conversación de la pasada noche. Da Silva escuchó gravemente y luego asintió cuando terminó.

—Ha hecho sus deberes completamente, por una vez, y tiene absoluta razón. Es difícil saber exactamente quién está implicado, pues nadie habla. Hombres que han trabajado para mí desde hace años repentinamente dejan de trabajar sin una explicación. Sin ir más lejos, el mes pasado uno de mis capataces fue asesinado. He intentado lo mejor que he podido luchar contra esta maldad y seguir adelante. Ahora no estoy seguro.

—¿Por qué no? —dijo Bond.

—Porque acabo de recibir una cita de la Diosa Kull.

Allí, entre tanto lujo y paz, Bond se inclinaba a reír. Una cosa era imaginar a un sencillo trabajador jamaicano siendo aterrorizado por una secta primigenia, y otra bien diferente ver cómo un hombre rico y sofisticado como Da Silva se lo tomaba tan seriamente. Bond así se lo dijo. Da Silva se encogió de hombros:

—Esta isla es rara. Y recuerde que yo he vivido aquí toda mi vida. Suceden cosas que ningún forastero creería, y recientemente hemos sufrido todas las repercusiones de las revueltas políticas del territorio continental. Vivimos en el filo de la navaja.

Terminada la comida Da Silva y su esposa discutieron la amenaza con Bond. Ella estaba enfáticamente a favor de dejar la isla.

—Es demasiado arriesgado quedarse. Será duro abandonar la casa, pero al final estaremos vivos y podremos comenzar de nuevo en Inglaterra o los Estados Unidos.

Da Silva, por otra parte, obviamente odiaba la idea de abandonar todo lo que poseía.

—Sería cobardía —dijo.

—La cobardía es a veces sensatez —replicó su esposa.

Bond preguntó sobre la forma en que había tomado la amenaza.

—¿Mi invitación de la Diosa Kull? Se la mostraré —dijo Da Silva.

De su escritorio sacó un sobre dirigido a él y con matasellos de Kingston. Bond lo abrió y dentro, en una hoja desgarrada de un cuaderno, alguien había garabateado con tinta roja:

Da Silva

Su Reverenda Majestad y tres veces temida Diosa Kull te desea y te llama a su lecho sagrado el viernes 18 a medianoche. Llegaras solo al 307 en Tarleton Street. No se lo digas a nadie y no faltes. Kull es insaciable para aquellos que desea.

No había firma, pero al pie de la página estaba impreso el obscuro símbolo de la *vagina dentata*.

—Encantador —dijo Bond—. ¿Y dónde está Tarleton Street?

—En medio del barrio chino de Kingston. El 307 es un club nocturno conocido como The Stud-Box, pero toda el área es un laberinto de burdeles, salas de masaje y Dios sabe qué más. Recordará que Ian Fleming escribió sobre los tugurios de Kingston: han estado allí durante siglos y «proveían cada permutación y constelación amorosa conocida». La policía se acerca a ellos con prudencia.

—Un buen lugar para escogerlo como centro de una campaña terrorista —dijo Bond.

El viernes era dentro de dos días, y Da Silva finalmente acordó que haría saber a Bond su decisión. A cambio Bond prometió no decir nada. Aquella tarde Bond recibió una llamada de Gutteridge, quien sonaba extrañamente sobrio. Había descubierto algo. No daría más explicaciones por teléfono, pero sugirió a Bond que lo primero que hiciera a la mañana siguiente fuera alquilar un coche y conducir hasta su casa. Vivía en un bungalow junto a la playa de Montego Bay; podía incluso ofrecer a Bond un desayuno y era el mejor lugar del mundo para nadar.

Así que Bond se levantó temprano y recorrió los muchos cambios de rasante de la carretera costera con el sol mañanero refulgiendo sobre las aguas increíblemente azules del Caribe. Una leve brisa, que Fleming llamaba el «Viento del Doctor», llevaba el fresco aroma del océano, y Bond sintió que Jamaica era el lugar más cercano al paraíso que hubiera visto jamás. Era difícil pensar en temores y sectas de la oscuridad en un mundo como éste.

Montego Bay consistía en varias millas de pura arena blanca. Gutteridge tenía aquí un antiguo cobertizo de raqueros, un ruinoso lugar de restos náuticos y maderos de barcos donde venía con frecuencia para escapar del ruido y las prisas de Kingston.

Bond le encontró entreteniéndose afuera, con aspecto muy diferente de la ruina ebria de la noche anterior. El café burbujeaba en la cocina y Gutteridge preparó un completo desayuno jamaicano: mangos, paw-paws y deliciosos ñames.

—Es como una cura natural —dijo Bond.

Gutteridge sonrió ferozmente.

—La isla tiene sus compensaciones —replicó.

Tras más café, Bond le habló de su visita a Da Silva. Cuando Bond sugirió trabajar con la policía, Gutteridge negó con su cabeza.

—Bastante inútil. Si hacen una incursión en Tarleton Street, no encontrarían nada. La Diosa y sus amigos se habrán desvanecido cuando la Ley llegue; es una deidad elusiva.

—¿Cuál es su sugerencia entonces? —dijo Bond.

—No estoy seguro —dijo Gutteridge—, ¿pero ve aquella casa blanca? He descubierto quien vive allí. Mire a través de este telescopio.

Oculto tras el toldo de lona del cobertizo, Gutteridge había instalado un potente telescopio Nikon con zoom incluido. Bond se agachó para mirar por él. Le llevó un tiempo ajustarlo y al principio todo lo que pudo ver fue una terraza y un pequeño malecón de piedra.

—Muévelo hacia la derecha —dijo Gutteridge.

Bond lo hizo. Una colchoneta de rayas rojas entró en campo visual. Una mujer estaba tumbada sobre ella.

—Pruebe con el zoom —dijo Gutteridge.

Bond giró la pequeña rueda y la cara de la mujer creció hacia él; una cara que nunca olvidaría. Era una morena de piel dorada con los ojos almendrados de una eurasiática. La nariz era pequeña y delicada, como la barbilla. Reía en aquel momento y Bond comprendió que era una de las mujeres más hermosas que jamás había visto. Estaba completamente desnuda y, mientras Bond miraba, giró hacia su vientre. Un hombre gordo con bigote se había sentado sobre una silla de lona a su lado, fumando un cigarro. Bond le vio levantarse y después comenzar a extenderle bronceador. Continuó riendo, incluso cuando le palmeó el trasero. Bond pudo ver la luz del sol brillando en sus gafas sin montura: la cara era grande, blanca y redonda.

—¿Quién es el afortunado? —dijo Bond.

—Ese es Gómez —contestó Gutteridge—. Acaba de mudarse. No sé quien es la muchacha. No la envidio. Pero nuestro amigo Gómez claramente se siente muy confiado para ocupar un lugar como ése.

Bond pasó mucho tiempo en el telescopio. No era frecuente tener la oportunidad de estudiar un enemigo y estaba interesado al ver que tenía varios visitantes. Uno era un negro alto, con barbas y gafas oscuras. Él y Gómez hablaron resueltamente durante mucho tiempo; la muchacha, Bond se interesó en verlo, no prestaba atención.

No reaccionaba ante ninguno de los amigos de Gómez. Eran un grupo de aspecto tosco y Bond los calificó como pequeños criminales locales y hombres de mano dura; Gómez parecía darles órdenes. De vez en cuando un sirviente con impecable chaqueta blanca aparecía con bebidas... sólo para Gómez. La muchacha yacía silenciosamente leyendo una revista. Entonces Gómez terminó su cigarro, se levantó de su silla y caminó hacia la casa. La muchacha todavía seguía sin prestar atención. Bond la vio bostezar, darle la espalda y luego darse lentamente aceite en los muslos, vientre y espléndidos pechos. A continuación pareció irse a dormir; Bond repentinamente la deseó.

Era ilógico y peligroso; Bond lo sabía. Pero había algo en esta espléndida muchacha más fuerte que cualquier lógica. Bond inspeccionó cuidadosamente la casa. Todas las contraventanas azul oscuro estaban corridas, la puerta estaba cerrada. No había ninguna señal de vida.

—Creo —dijo Bond a Gutteridge—, que es hora de echar una mirada más de cerca al establecimiento del Señor Gómez.

Se aproximaba el mediodía y la mar estaba gruesa por el calor. Bond nadó lentamente, saboreando la frescura del agua sobre su cuerpo. La terraza estaba a una milla o así de distancia y tuvo cuidado de no nadar cerca y luego aproximarse a ella desde el otro lado. Tuvo que acercarse bastante antes de tener una oportunidad de verlo claramente. Cuando lo hizo, vio que la muchacha se había ido. La colchoneta de rayas rojas estaba donde ella la había dejado, pero la terraza estaba desierta.

Bond se detuvo, indeciso ante arriesgarse a acercarse más. Entonces, repentinamente, una de las contraventanas de arriba se abrió. Un hombre se asomó, comenzando a gritar y segundos después las puertas que daban a la terraza se abrieron también. Cuatro o cinco hombres se precipitaron fuera: Gómez estaba con ellos. Todos gritaban y Gómez tenía un arma.

Bond se ocultó instintivamente y nadó bajo el agua, pero cuando emergió y volvió a mirar comprendió que nada de aquel follón se debía a él. El griterío continuó. Gómez gritaba hacia la derecha y cuando Bond miró pudo ver por qué. A varios cientos de metros estaba la muchacha de la terraza. Chapoteaba frenéticamente y circundándola velozmente estaba la negra aleta de un tiburón.

Bond nadó más rápido que nunca antes en su vida. Por lo menos tenía un cuchillo —le daría las gracias a Gutteridge por ello— y cuando alcanzó a la muchacha el tiburón ya giraba para atacar. Bond pudo ver su pálido vientre brillar bajo ellos en el agua y, cuando el gran pez los atacó, Bond le golpeó. Como siempre en el momento de mayor peligro, su mente estaba curiosamente clara. Protegió a la muchacha con su cuerpo y pateó fuerte: el tiburón se desvió, arrastrando marrones nubes de sangre tras él. Antes de que pudiera regresar para atacar, Bond oyó más gritos. Gómez y varios de sus hombres habían lanzado un bote neumático desde la terraza. En segundos

arrastraron a Bond y a la muchacha a bordo y regresaron hacia la casa.

Si Bond esperaba gratitud, estaba equivocado. Las primeras palabras de Gómez fueron para preguntarle qué estaba haciendo.

—Salvar a su amiga de un tiburón —dijo.

Durante apenas un momento los pequeños ojos de cerdo brillaron a través de los enormes culos de vaso. Entonces pareció comprender lo que Bond había hecho; la cara grande se relajó.

—Discúlpeme: el shock. Debo darle las gracias... y también en su nombre.

Bond se giró hacia la muchacha. Sus ojos encontraron los de ella.

—Encantado de haberle sido de ayuda —dijo suavemente—. Quizás alguna vez...

—Me temo que es inútil hablarle a la muchacha —dijo Gómez bruscamente—. Es sordomuda. Totalmente. Pero estoy seguro de que está agradecida.

—No ha sido muy útil —dijo Bond a Gutteridge. Había regresado a lo largo de la playa—. No me quería dentro de la casa, ni me dejó acercarme a la muchacha. Se la llevó repentinamente adentro, muy rápido, y de algún modo no creo que la veamos mucho.

—Una lástima —dijo Gutteridge, y sonrió—, podría haber sido bastante útil.

Bond asintió tristemente.

—Quizás luego deberíamos ocuparnos de ella. Por lo pronto debemos pensar en el problema de Da Silva y su cita con la Diosa Kull mañana por la noche.

Bond era casi 15 cm más alto que Da Silva. Su color era diferente, así como sus perfiles. A pesar de esto, Gutteridge y el experto en maquillaje del Cuartel General de la policía consiguió de algún modo transformar a Bond en un facsímil razonable del jamaicano.

—Intente mantenerse en la sombra —dijo el maquillador—. Ha cogido muy bien su acento, y con esas gafas suyas debería pasar.

Bond esperaba que tuviera razón, especialmente cuando se encontró conduciendo el Chevrolet de Da Silva hacia Kingston ya tarde aquel viernes por la noche. La policía ahora había sido alertada y Gutteridge trabajaba con ellos. Pero todo el plan dependía de que Bond fuera capaz de penetrar las defensas de Gómez sin despertar sus sospechas. Era esencial ahora encontrar a la Diosa Kull.

No tuvo dificultad en encontrar Tarleton Street. Esta parte de Kingston estaba despierta; el resto de la ciudad dormía. Había un ritmo palpitante en la noche. El placer era barato aquí. Ojos parecían observar desde cada portal y, mientras aparcaba el automóvil, Bond pensaba que veía caras en cada sombra.

Intentó encorvar sus hombros y disfrazar su altura.

—Mr Da Silva —dijo una voz—. Me alegro de que haya podido venir.

La muchacha era joven, su trasero se meneaba en su vestido de lentejuelas. En circunstancias más fáciles Bond podía haber sido tentado. Pero mientras le tomaba del brazo, se sentía agradecido por el bulto tranquilizador de la Beretta en la pistolera de su hombro.

—Tenemos una buena noche —dijo la muchacha con su voz más incitadora—, espero que esté bien preparado para disfrutar.

Había un pequeño bar atestado de gente. En algún lugar detrás, un típico conjunto de percusión alborotaba con frenesí. Ella le condujo entre las bailarinas y bajaron por un corredor.

—Espera —dijo alguien y Bond fue vendado.

Ahora brazos fuertes le agarraron y fue arrastrado bajando escalones de piedra y luego a lo largo de un túnel. Pudo sentir el agua gotear sobre su cabeza. Luego hubo más peldaños y Bond sintió cómo lo hacían entrar en una sala. Los brazos le liberaron.

—O.K. —dijo una voz—, quítale el vendaje.

Tras la oscuridad, los ojos de Bond parpadearon. Había una escena inimaginable ante él. Estaba en un sótano con un alto techo abovedado. Estaba iluminado por ardientes antorchas y a primera vista Bond pensó que estaba en alguna clase de iglesia. Más de cien hombres y mujeres permanecían ante él como una congregación, y en el extremo opuesto del sótano había una plataforma elevada con velas encendidas. El aire estaba cargado con aroma de varitas de incienso quemándose y de marihuana. A lo largo de la plataforma había una fila de calaveras.

—Bienvenido —dijo una voz.

Bond reconoció al propietario como el negro alto y barbudo que había visto con Gómez en la casa de Montego Bay. Todavía llevaba sus gafas oscuras circulares, pero vestía ahora una túnica como de sacerdote.

—Bienvenido —respondieron los otros en la sala.

—Estamos aquí para adorar a Kull, la gran Destructor —cantó el negro.

—Desde luego que sí —respondió el auditorio.

—La hermandad de Kull exige obediencia. Aquellos que se niegan deben hacer el amor con ella.

Ante esto un temblor pareció recorrer la congregación. Algunas mujeres gimieron.

—Kull, Kull —gritaron.

—Y tú, Da Silva, te convertirás en uno de nosotros. No te opondrás a nosotros. Jurarás homenaje a la Diosa Kull o compartirás tu lecho con ella.

Mientras el hombre decía esto su voz había subido a un crescendo, y repentinamente Bond vio abrirse la pared detrás de él. Comenzó un palpitante lamento de música. La congregación cayó de rodillas. Al deslizarse la pared reveló

una sala detrás con un enorme lecho dorado. Sobre éste yacía una mujer desnuda.

—Kull —gimió la congregación—. Saludos, gran Kull, la Destructora.

Repentinamente la música cesó.

—¿Cuál es tu respuesta? —gritó el sacerdote de Kull.

Y Bond avanzó.

—Haré el amor con ella —dijo.

Hubo un horrendo silencio mientras Bond caminaba hacia la diosa. Al avanzar por la plataforma se quitó los anteojos de Da Silva y reveló toda su altura. Él y la muchacha se reconocieron mutuamente y la pared se deslizó tras él.

Gómez estaba en la sala con varios de sus secuaces. Uno sujetaba un largo machete; otros dos estaban armados, pero la Beretta de Bond fue más rápida. Disparó dos veces, y ya el hombre del machete se le echaba encima. Bond saltó hacia él, la culata de su Beretta impactó contra su mano y el machete repicó sobre el suelo; el hombre quedó gimiendo en un rincón de la sala. Entonces Gómez agarró el machete. Tenía la extraña agilidad de muchos hombres gordos, pero mientras arremetía, Bond lanzó un golpe que le alcanzó en las gafas. Bond las pisó en el suelo, dejando al cubano amenazándole ciegamente con el machete. Bond le golpeó una vez detrás de la oreja y todo terminó.

Gómez, aquel asesino despiadado, había muerto como vivió: violentamente. El hombre que había intentado controlar el Caribe mediante un negro reinado de terror ya no aterrorizaría más. El gordo y miope amo de la Diosa Kull estaba muerto.

Pero Kull todavía vivía. Así como sus seguidores. Bond podía oírles cantar con frenesí en la sala de afuera mientras esperaban que las puertas deslizantes se abrieran. Éste era el momento que anhelaban; el momento en que serían testigos del horroroso sacrificio de una víctima más a su lujuria.

Bond miró hacia la muchacha. Todavía yacía en el lecho. Para Bond parecía más hermosa ahora que cuando la vio a través del telescopio; y se preguntó cuánto comprendía de lo que pasaba. ¿Cuánto había sabido? Ella sonrió. El se movió hacia ella y al tocar el lecho algún mecanismo oculto hizo que las puertas comenzaran a abrirse. Bond la tomó en sus brazos.

Afuera había silencio. La congregación de Kull esperaba y las puertas se abrieron. Entonces alguien gritó. Fue un grito de miedo. Un milagro había sucedido, pues Bond había aparecido. Había abrazado a la Diosa Kull y vivía. El grito cesó y durante un momento Bond temió que los devotos le lincharan, pero la Diosa tenía sus brazos rodeándole. Ella le sonrió; Kull, la Insaciable, había sido satisfecha. La congregación comenzó a aplaudir.

En este punto hubo una gran conmoción en la parte trasera de la sala. Repentinamente llegaron Gutteridge y varios policías de la rama especial jamaicana, siguiendo el pequeño localizador que Bond había ocultado en el tacón de su zapato. A

pesar del súbito cambio de opinión de los devotos de Kull, Bond se alivió al verles. El reinado de Kull había terminado.

Pero ésta no fue la última vez que Bond vio a la muchacha. Como Gutteridge explicó, su leyenda todavía vivía en los temores de mucha gente que la había temido tanto tiempo. Para mostrar que esto había acabado, Bond pasó varios días con ella, viajando por la isla, y aunque que era sordomuda esto apenas parecía importar. Había amado a Bond desde que la salvó del tiburón, y hasta hoy los recuerdos de Bond sobre la Diosa Kull se centran en una muchacha gentil y silenciosa de piel dorada y en los días que pasó con ella en Montego Bay.

9. Casino

Había un punto que yo había estado evitando: la relación de Bond con M. Había llegado el momento de preguntarle sobre ello. ¿Había sido realmente M, como escribió Fleming, el único hombre al que Bond había «amado, honrado y obedecido»?

Elegí mi momento cuidadosamente antes de preguntarle. No quería más erupciones como la del otro día. Pero después de la cena estaba de un humor apacible, y cuando introduce el tema comenzó a reír.

—Seamos muy sinceros sobre todo esto —dijo—. La verdad es que al viejo Ian siempre le gustaba mostrarme como una especie de idiota. Como le diré más tarde, había una razón para eso, y una buena. Pero también le gustaba tomarme el pelo y le divertía describir mi devoción perruna al viejo M de ojos de acero. Por supuesto, lo exageró terriblemente. A veces creo que pretendía describirme como un maldito spaniel meneando el rabo cuando M aparece.

—¿No lo hacía?

—¡Infiernos, no! Como estoy tratando de explicarle, no era así en absoluto. Allá por 1951 todos estábamos trabajando muy duro, desde luego, y simplemente sucedía que M era el hombre a cargo. También sucedía que era extremadamente bueno en un trabajo horriblemente exigente.

—¿Y alguna vez discutió con él?

Se interrumpió para encender un cigarrillo. Yo había notado que frecuentemente hacía esto cuando quería tiempo para pensar su respuesta.

—A veces. Por supuesto que discutía. Pero el problema de discutir con M era que normalmente tenía razón. Particularmente allá por los primeros cincuenta. Debe comprender que realmente estábamos luchando por nuestras vidas y M era el único hombre que podía salvarnos. Bromas aparte, era increíble. Nunca tuvo el crédito que se merece; durante esos años nos llevó desde el fondo del pozo a un éxito considerable. Es un hombrecillo muy duro y efectivo. Según mis normas, nadie puede siquiera igualarle.

Ahora que James Bond había comenzado a hablar comprendí que estábamos en otra de sus sesiones tardías. Era extraordinario cuánto de su charla dependía del humor que tuviera. Esta noche estaba obviamente relajado. La mirada dura y malhumorada se había ido por completo.

Se recostó, llamó a Augustus para pedir su habitual botella de bourbon Jack Daniel's, y animadamente comenzó a explicar la situación que M había tenido que encarar en 1951.

Este fue el año en que Bond regresó de Jamaica y, como dice, se encontraba a sí mismo «repentinamente en la línea de fuego de la guerra secreta». Las cosas se

estaban calentando. Smersh había pasado a la ofensiva y el Servicio Secreto Británico hacía lo que podía para aceptar el desafío. Había habido bajas, incluso en la sección 00. En enero de 1951, 008 fue encontrado muerto en un automóvil aparcado a cincuenta metros dentro de la zona occidental de Berlín. Tres semanas después 0011, atravesando China por la llamada «Ruta Azul», no pudo contactar en Hong Kong; y en los últimos días 003, uno de los agentes más experimentados de la sección, había sido arrastrado por un automóvil en las afueras de Belgrado. Sobrevivió —durante un tiempo al menos— pero sus días útiles al Servicio Secreto —o a algún otro— habían acabado.

Para M estas bajas habrían sido aceptables si hubieran sido compensadas por logros sólidos: estos faltaban y M era celosamente consciente de las actividades de esos duros cerebros que dirigían Smersh desde su fea sede en Srevenka Ulitsa. Smersh era una contracción de dos palabras rusas que significaban «Muerte a los espías»; para M, habían estado demasiado a la altura de su amenazador nombre para estar cómodo. Apenas ninguno de los intentos de Occidente de penetrar la seguridad de los soviéticos había funcionado.

La red británica en el interior de Rusia era una especie de broma, mientras que las dos campañas importantes de guerra secreta lanzadas por Occidente en los últimos meses —contra Albania y Ucrania— se habían hundido ignominiosamente. M estaba bajo presión. Era directamente responsable ante el Primer Ministro y, como un reciente escritor lo ha expresado, aquel taimado político «no estaba dispuesto a impresionarse demasiado por los habitantes del mundo del Servicio Secreto». No sorprendentemente, las arrugas de la curtida cara de M se convirtieron rápidamente en una especie de gráfico de batalla de la guerra secreta. Afortunadamente sabía bien que no había que perder la esperanza por retrocesos incidentales. Sabía que durante una guerra ordinaria es la última batalla la que cuenta; en la guerra secreta nunca puede haber una batalla final, sólo el incesante flujo y reflujo de asesinato y traición. M no se hacía ilusiones sobre su trabajo; pero era un trabajo necesario y mientras que él estuviera al mando, se aseguraría de que continuara.

Bond era el tipo de hombre que necesitaba. M comprendió esto, por cierto, después del asunto de Jamaica, así como James Bond aceptó que su vida de ahora en adelante estaba con Universal Export, pues el Servicio Secreto lo dio una causa totalmente absorbente a la que dedicar su vida. Le dio una pauta y un propósito. Sin ellos se hundiría.

También sabía cómo necesitaba sus misiones. Eran su oportunidad para probarse a sí mismo; sin ellas Bond se habría ahogado por el orden y el vacío de su vida «normal». El peligro era tan necesario para él como siempre. Era la única forma de escapismo que podía hacer tolerable la vida, y en la primavera de 1951 los dioses, y M, sonreían a James Bond. Estuvo muy ocupado. La vida era muy buena.

A los pocos días de su regreso de Jamaica, estuvo fuera de nuevo.

—¿Otras vacaciones? —preguntó Miss Trueblood mientras Bond regresaba de su breve entrevista con M. Podía ver por la expresión en su cara que tenía trabajo que hacer.

Él le pidió que le arreglara sus billetes de avión.

—¿Qué país esta vez?

—Grecia —contestó—. M piensa que necesito unas vacaciones.

Ella gruñó y dijo era algo bueno que no fuera envidiosa por naturaleza. Bond sugirió galantemente que viniera con él; por un momento pareció como si la atractiva rubia suburbana fuera tentada.

—Qué lástima que estés comprometida —dijo Bond precipitadamente.

La cobertura que M sugirió era con la que Bond disfrutaba: la de un joven rico entusiasta de la natación submarina ansioso de combinar unas breves vacaciones en el sur de Grecia con algo de arqueología subacuática. El Departamento Q se dio prisa para equiparle adecuadamente. Trabajaron rápido y Bond pasó la tarde comprobando el equipo que llevaría: una máscara de buceo Cressi Pinocchio, un Heinke-Lung, una cámara subacuática Leica, todo dispuesto en una gran bolsa de viaje azul. Bond también llevaría un maletín especialmente preparado por el Departamento Q, de un modelo que ya había visto antes.

—Engañará al aduanero medio —le aseguró el intendente^[43]—, y de cualquier manera, en Grecia no son demasiado exigentes con los turistas extranjeros. Todo le irá bien.

—¿Y si alguien lo deja caer?

—Seguro como lo que más —dijo el intendente.

Finalmente Bond recogió los últimos mapas del Almirantazgo a gran escala de la costa sur de Grecia, junto con una imponente cantidad de cheques de viaje y efectivo.

—Ha olvidado la crema protectora —dijo Bond.

—Creí que le gustaría comprarlo usted mismo —replicó el intendente.

Bond se marchó a la mañana siguiente en el vuelo de medio día a Atenas, encontrando algunos problemas para mantener la imagen de acomodado buscador de placeres. Vistió una camisa azul de cuello abierto, una chaqueta de verano de lino y leyó la *Guía Ernie Bradford para las islas griegas*. En Atenas ya tenía reserva en el lujoso Hotel Mont-Parnes, y un automóvil desde el hotel estaba allí para llevarle. Se aseguró que su equipaje estuviera en orden antes de ser conducido fuera. El hotel dominaba la ciudad; una vez se hubo registrado se relajó, nadó en la piscina y luego disfrutó su primer Martini del día. Eran casi las cinco antes de cambiarse y tomar el autobús del hotel hacia la ciudad.

Se le había dado una dirección: la librería Anglo-Americana en la calle Amerikis. La encontró sin dificultad y preguntó por un dependiente llamado Andreas. Bond se presentó y Andreas, un hombrecillo cortés con un bigote magnífico y acento de Brooklyn, fue muy útil, recomendando varios libros sobre el arte griego clásico y el sur de Grecia. Bond preguntó si se le podían entregar en el Mont-Parnes. Andreas dijo que era posible, y prometió llevárselos en persona aquella misma tarde.

Dejando la librería, Bond se tomó su tiempo y vagó por la ciudad. No había gran riesgo, pero tenía que saber si alguien le seguía. Nadie lo hacía. Había una dorada puesta del sol y la primera brisa del mar de la tarde daban a la entumecida ciudad una oportunidad para respirar. La Acrópolis se recortaba contra la puesta de sol como algún plástico símbolo turístico; junto al café de la plaza Giorgiades donde paró para tomar una bebida había adelfas que crecían en latas de gasolina americanas cortadas por la mitad. Bond sintió que en circunstancias diferentes le podría gustar Atenas... pero lo dudaba.

Aquella tarde, Andreas, como todos los griegos en todas partes, llegó tarde. Bond había cenado ya cuando llegó con su primorosamente empaquetada pila de libros. Bond le dio las gracias, le ofreció una bebida y se sentaron juntos en la espléndida terraza del hotel bebiendo *retsina* y observando las luces de Atenas brillar en el valle. Andreas era un persistente hablador que disfrutó la oportunidad de mostrar su muy personal dominio del inglés. No todos los días se le invitaba a tomar una bebida en un hotel de lujo, e iba a aprovecharlo al máximo. Finalmente Bond dirigió el rumbo de la conversación al sur de Grecia y Andreas mencionó un pequeño puerto. Lo describió amorosamente: la plaza del mercado, la iglesia bizantina del siglo octavo, la belleza de las muchachas locales. Andreas indicó que era una especie de *connoisseur*^[44] del sexo griego indígena.

—¿Y el barco? —preguntó Bond. Tenía una capacidad limitada para varias conversaciones y estaba ansioso por irse a dormir durante toda la noche.

Andreas pareció desilusionado por lo directo de la pregunta.

—Oh, llegó anoche, precisamente a la hora que le dije a Londres que lo haría. Se llama *Sappho*, por nuestra famosa poetisa. ¿Conoce usted los poemas de Safo, Mr Bond?

—No íntimamente.

—Una lástima. Era, por supuesto, lo que usted llamaría una lesbiana. ¿Quizás eso le disuade?

—Lo hace. Ese barco, ¿cuán grande es?

—Desaloja 6.000 toneladas. Un barco costero de aspecto común, me temo. Registrado en Alejandría. El capitán es un sirio llamado Demetrios. Un buen nombre Griego, Demetrios.

—¿Cuánto tiempo falta para que parta?

—Al menos dos días... más probablemente tres. Deben cargarlo cuidadosamente. Con ese tipo de cargo no es sabio apresurarse. Demasiada prisa... bum... comida para los peces, Mr Bond.

—¿Y la policía? ¿Qué hacen mientras pasa todo esto?

Andreas tomó un trago largo de *retsina*; luego se lamió el bigote.

—Oficialmente deben arrestar el barco y luego incautar la carga; ésa es buena política del gobierno griego. Nuestro Primer Ministro así lo dirá a su Foreign Office en Londres. Pero, entre usted y yo, ellos actúan como su Lord Nelson. Ponen el ojo de cristal en el catalejo.

Finalmente, Bond pilló el sueño, y a la mañana siguiente se levantó temprano; desayunó y empacó. El transbordador que Andreas le había recomendado salía a las nueve; pero, siendo un transbordador Griego, eran casi las diez antes de que su sirena sonara bravamente, moviéndose con dificultad por el Pireo y dirigiéndose hacia el sur. Bond se las arregló para ocultar su considerable impaciencia detrás de una fina *façade*^[45] de turista alegre. El sol era duro y muy caliente. Las islas flotaban sobre un horizonte amatista: Aegina, Poros, Hydra, luego en la tarde, Velopoula. Bond sorbió *ouzo*, mordisqueó hojas de parra rellenas y se sintió levemente enfermo. El barco alcanzó su destino por la noche.

No fue difícil para Bond encontrar el *Sappho*. Era un pueblo pequeño y el muelle no era extenso. El barco era exactamente como Andreas lo describió: desmañado y más bien oxidado, ondeaba una bandera egipcia. No le costó mucho a Bond distinguir su cargo. Había algunas cajas de embalar amontonadas a lo largo del muelle: las ametralladoras embaladas siempre tienen un aspecto muy particular.

Bond se inscribió en el hotel que Andreas le había recomendado. Era un lugar alegre con varias cabras atadas en el patio, un camarero tuerto y una terraza decorada con antiguas vides en un enrejado. Daba al mar. Al anochecer los candiles se encendieron y las luciérnagas volaron por el aire. Bond ordenó la cena, cuidadosamente, y dijo al camarero que permanecería varios días para probar la pesca submarina.

—Tenemos muchos como usted —replicó el hombre, rascándose su parche—, pero la mayoría vienen avanzada la temporada. Aunque tenemos un hombre aquí ahora, un verdadero experto. Debe conocerlo.

Gritó algo en griego. Un pequeño muchacho contestó desde el interior.

—No —dijo el barman—. No tiene suerte. Pero cuando llegue se lo presentaré.

Aquella noche Bond cenó una de las seis mejores comidas de su vida: *kedonia* —almejas pequeñas— luego pulpo con vino, salsa de cebolla y costillas de cordero y cocinadas lentamente con hierbas. Bebió el helado vino blanco local. Era muy bueno. Casi había terminado y estaba sentado, fumando un cigarrillo y observando las luces de los pescadores nocturnos que parpadeaban a través de la bahía, cuando un hombre

grande con camisa roja y negra a cuadros se sentó a su mesa. Tenía ojos oscuros, una cara atezada, una pequeña verruga gris al lado de la nariz y algo que instantáneamente atrajo a Bond: una sensación de vida, de franqueza y de calidez como uno rara vez encuentra. Hablaba algo de inglés y estuvieron hablando alrededor de una hora: de la pesca en aquella espléndida costa, los peligros de las rocas y las mareas y la excitación del mundo subacuático. Era un gran entusiasta y estaba lleno de historias: de los profundos naufragios que había saqueado, de lechos coralinos donde nadaban peces raros y de las riquezas que esperaba encontrar. Bebieron juntos una botella del vino local; hacía años desde que Bond había forjado una amistad instantánea con alguien. Cuando el hombre se levantó para irse, estrechó la mano con Bond y prometió llevarle a nadar temprano al día siguiente. Le explicó que era marino y que su buque pronto se haría a la mar.

—Estos días suelo estar por aquí y todos me conocen. Mi nombre es Demetrios.

De algún modo Bond se las arregló para evitarle todo el día siguiente, aunque el camarero le contó luego que había preguntado por él. Y de algún modo el pueblecito había cambiado desde la noche anterior. Repentinamente Bond lo encontró sucio y opresivo. Estaba impaciente por salir, pero había trabajo que hacer, con el *Sappho* todavía en el puerto. El camarero le dijo a Bond que se haría a la mar con la marea de la mañana siguiente.

Bond tenía sus instrucciones; no eran demasiado difíciles de seguir. Durante el resto del día siguiente descansó, entonces preparó su equipo. El departamento Q había hecho un astuto trabajo en el maletín. Retirados los revestimientos superiores e inferiores del maletín, fue una tarea simple atornillar las dos mitades de la mina lapa. Bond dispuso el cronómetro como le habían instruido: una espoleta de veinticuatro horas. Al anochecer se puso en camino desde la costa, nadando fuertemente contra la marea. El mar estaba cálido y débilmente fosforescente. Tenía la mina firmemente sujeta a su vientre y nadó profundamente, emergiendo de vez en cuando para orientarse. La luz de las estrellas parecía filtrarse a través de las olas, los peces se deslizaban y nadaba con determinación hacia su presa. Se preguntó si Demetrios estaría aún a bordo.

Cuando Bond se giró hacia el puerto sólo el observador más agudo habría visto la tenue línea de burbujas que dejaba tras él. El *Sappho* no tenía observador; Bond decidió que sería muy efectivo fijar la mina en medio del barco. Fue más fácil de lo que esperaba. El fuerte imán de la mina le arrastró hacia el casco; cuando aquello se pegó, Bond recordó la misma sensación de sus sesiones de entrenamiento en el lago de Canadá durante la guerra; lamentaba que esto no fuera una sesión de entrenamiento.

Bond estuvo de vuelta en el hotel antes de la medianoche. Preguntó al camarero por Demetrios.

—Ah, el capitán ha vuelto a bordo su barco. Se hará temprano a la mar, pero me pidió que le dijera que se encontrará con usted aquí dentro de una semana cuando regrese. Prometió llevarle a nadar.

Bond le dio las gracias, pidió una bebida y se fue a la cama. A la mañana siguiente se levantó temprano, cogió el transbordador en el que había venido y estuvo de vuelta en Atenas a tiempo para coger el avión nocturno para Londres. Cuando llegó eran pasadas las dos. Tomó un taxi desde el aeropuerto hasta su piso y estaba tan cansado que durmió profundamente hasta casi las diez. En la oficina la gente pareció sorprendida de verle regresar tan pronto.

—¿Vacaciones exitosas? —preguntó Miss Trueblood con apenas un toque de malicia en su voz.

—Eso espero —replicó Bond—. Lástima que no estuvieras allí; buena gente, los griegos. Había un hombre llamado Demetrios. Le habrías gustado; más bien tu tipo.

—Y dime. ¿Cuál es mi tipo? —preguntó ella.

Durante un rato, Bond le habló de él: su apariencia, su sentido de vida, su amor al mar.

—¿Le verás de nuevo?

—No —dijo él—. No, no lo creo.

Durante el resto de aquel día, Bond tuvo largas jornadas con los hombres del departamento S. Había mucho que discutir y eran las siete pasadas antes de que pudiera salir. Pasó por Baker Street para tomar el metro; en la estación se detuvo para comprar un periódico de la tarde. Vio que llevaba los primeros informes del hundimiento de un barco sospechoso de tráfico de armas a 200 millas al noroeste de Limassol. Según una fuente el barco, el *Sappho*, había llevado munición para los terroristas de EOKA en Chipre. La causa del hundimiento era hasta ahora un misterio y no se había informado de supervivientes. Bond bajó por las escaleras mecánicas, luego tomó su tren hasta Leicester Square.

Después del asunto griego, Bond había esperado unas auténticas vacaciones, una rara oportunidad para relajarse. La Tía Charmian había estado indispuesta y había planeado llevarla durante unos días al Sur de Francia.

—¿Permiso? —dijo M quejumbrosamente cuando Bond trajo el tema.

Hizo que la palabra sonara curiosamente obscena. Bond pensó que no sería muy inteligente recordarle que oficialmente estaba autorizado a tener cuatro reglamentarias semanas al año, más días compensatorios por fines de semana pasados en el deber; ni que jamás los había reclamado. Nadie lo hacía en el entorno de M.

—Creo que comprende las presiones que soportamos, 007.

Bond mantuvo su posición, sabiendo muy bien que en agosto el propio M había tenido sus habituales dos semanas de pesca en el Test. M gruñó. Luego, esa tarde

Miss Money Penny dio a escondidas a Bond un permiso oficial para tres semanas a principios de julio. La pequeña y meticulosa firma de M estaba al pie. Bond disfrutaba estando con su tía. Era menos exigente que cualquiera de sus amantes y estaba contento de esta oportunidad para retribuirle un poco de lo que le debía. Permanecieron en un hotelito en Cap d'Ail. Alquiló un pequeño Simca marrón y la llevó a lo largo de la costa. Por primera y única vez en su vida, Bond actuó como un guía turístico y realmente lo disfrutó. Lo encontró más fácil de lo que esperaba aunque, a decir verdad, seguía un itinerario algo especializado. Afortunadamente Tía Charmian lo apreció. Y, afortunadamente para ella, tenía el sistema digestivo de Bond y una cabeza de hierro para el alcohol. Era una vieja dama muy dura.

Bond le dijo que iba a corromperla; Tía Charmian respondió que aquello le sonaba muy bien. Comenzaron con el baccarrá en Monte Carlo. Bond perdió varios miles de francos. Ella ganó, triunfalmente, y luego insistió en pagar la cena con champagne y todas las guarniciones en el *Hôtel de Paris*.

Cuando viajaron a Marsella en busca de vida barata, fue a Bond a quien robaron la cartera en el mercado y Tía Charmian quien, una vez más, pagó la cena. Cuando Bond la llevó a visitar a uno de los más duros, y más mal hablados, agentes secretos que había conocido durante la guerra —un hombre llamado Reynard quien había dirigido una ruta de escape en los Pirineos y ahora producía perfumes en Venecia— Tía Charmian consiguió su más grande éxito. Bebió *Pastis* con él, habló francés mejor de lo que Bond creía posible y se rió con la mayoría de las inapropiadas bromas de Reynard. Bond sintió una sombra de vergüenza hasta que Reynard le felicitó por la tía tan espléndida que tenía, cargándola con más perfume del que había usado en toda su vida y besándola vigorosamente en ambas mejillas.

—¿Por qué nunca me hablaste de los amigos tan encantadores que tienes? —dijo mientras Bond conducía.

Habían pasado juntos otra semana cuando entonces llegó una llamada de Londres. El jefe de Estado Mayor estaba al habla: adecuadamente apoloético.

—Crisis —dijo—. M está gritando por ti. Algo justo dentro de tu especialidad.

—¿No hay nadie más? Todavía estoy de vacaciones.

—Es a ti a quien necesitamos, James: ningún sustituto vale. Deberías sentirte adulado.

—Humph —dijo Bond.

—Mañana entonces —replicó el Jefe de Estado Mayor—. Y por cierto, dale todo mi amor a la mujercita.

—La *mujercita*, como la llamas, es mi tía.

—¿Tu tía está bien? —dijo el Jefe de Estado Mayor a la mañana siguiente mientras Bond iba hacia su escritorio en la oficina del sexto piso de Universal Export.

Después del vuelo nocturno desde Niza y luego la lucha para devolver sana y

salva a tía Charmian a Pett Bottom, Bond no estaba de humor.

—Cojones —replicó mientras la luz roja destellaba sobre la puerta de la oficina de M.

La breve entrevista que siguió es descrita por Fleming al principio de *Casino Royale*. Bond admite ahora que aunque estaba molesto ante la indiferencia de M por sus vacaciones —no hubo ni siquiera una disculpa por traerle de vuelta— estaba en secreto bastante halagado por la misión contra *Le Chiffre*. *Le Chiffre* era un agente ruso que había malversado los fondos del Partido pertenecientes a los comunistas del norte de Francia. Ahora intentaba recuperarse mediante el juego. Bond fue elegido especialmente para desafiarle y batirle en el casino, infligiendo de esa forma una genuina derrota a la red comunista en el continente. Cada agente se cree a sí mismo imprescindible, pero es raro tener la confirmación del hecho. Le sorprendió agradablemente saber que su reputación por el trabajo rumano antes de la guerra era recordada todavía.

De hecho el llamado asunto *Casino Royale* fue de alguna manera la misión favorita de Bond, al menos al principio. Su moral estaba alta, su salud y confianza impresionantes y, una vez se encontró de regreso en Royale-les-Eaux, comenzó a disfrutar. El pueblecito apenas había cambiado; Fleming quizás exageró los esfuerzos del rico sindicato de París para modernizar el lugar, respaldado con los fondos de expatriados Vichyites, pues el dinero no duró. Desde luego, para Bond, el pueblo poseía una nostalgia considerable. Recordaba vívidamente el breve triunfo del viejo Esposito aquí en 1937, y toda la batalla contra *Le Chiffre* en el casino parecía un eco de su lucha con Vlcek.

Era una misión que poseía un toque del glamour de la preguerra y, como Bond admitía, la aprovechó al máximo. Como dice, fue una indulgencia traer el Bentley, que estaba realmente a punto con su nuevo sobrealimentador Amherst Villiers y Bond estaba ansioso por probarlo en las largas carreteras francesas. Fue también como en los viejos tiempos unirse con René Mathis y trabajar con él, así que esos atareados días en Royale-les-Eaux parecieron un retorno a los excitantes días perdidos de la juventud de James Bond. Es este carácter de profunda nostalgia la que debe explicar algo del extraño comportamiento de Bond durante la misión, particularmente con Vesper Lynd. Ciertamente, era bonita, pero había habido muchas mujeres bonitas antes en su vida. ¿Por qué fue embaucado por ella y por qué, para colmo de males, se le ocurrió siquiera pensar en casarse con ella cuando sabía que el trabajo en el Servicio Secreto y el matrimonio nunca deben mezclarse? ¿Por qué, si tenía que escoger una esposa, debía un agente tan experimentado como Bond haber escogido en aquel lugar a una muchacha que era una agente rusa?

Tan diplomáticamente como pude le pregunté a Bond sobre esto, pero fue bastante desprejuiciado sobre el tema. Admitió fácilmente que su comportamiento

había sido extraño. Desde luego encontró difícil autojustificarse. Su única explicación fue que subconscientemente debía saber que Vesper Lynd trabajaba para el otro lado y que, de alguna manera perversa, esto se volvía parte de la atracción de ella. Desde el comienzo sabía que su relación estaba condenada y justo por ello se sintió doblemente atraído. Habló de matrimonio porque, en su interior, sabía que nunca podría suceder.

—Es difícil explicar estas cosas. No siempre se es lógico, y la clara presión de mi tipo de vida a veces le hace a uno actuar de forma muy rara. Es realmente puro escapismo, pero uno puede meterse en los más espantosos enredos emocionales si uno no es cuidadoso.

Le pregunté cómo se sintió realmente cuando informó a M que Vesper Lynd había sido una agente doble, y entonces agregó aquel epitafio lacónico: «La zorra está muerta».

—Oh, terriblemente trastornado. De hecho, me culpé por el suicidio de la pobre muchacha y estuve profundamente afectado. Era simplemente una mujer más que me había amado y había muerto. Es muy difícil vivir con ese tipo de cosas. Por eso hablé tan amargamente, pero Fleming parece pensar que yo la culpaba.

Bond puede haber estado «profundamente afectado» por la muerte de Vesper pero la cruel lógica del mundo del Servicio Secreto lo exigía. Viva, podría haber supuesto el fin de su carrera. Muerta, la mejoró, y el hecho es que el asunto Casino Royale aumentó enormemente la reputación de Bond. Ayudó a establecerle dentro del departamento y, a las pocas semanas después de su regreso, Bond estaba libre para gozar de su éxito.

Sería bonito decir que Bond pasó ese tiempo llorando a su amada muerta, pero la verdad es que estaba secretamente aliviado de volver a la tranquila rutina de la vida en Londres. El piso conservaba su consolador sentido del orden. En su primera mañana de vuelta, May estaba allí, como una roca e inequívocamente juiciosa, con el desayuno y su ejemplar de *The Times*. Todo estaba en su lugar: el huevo moreno cocido, la porcelana Minton y la tostada de trigo integral. El rumor del tráfico mañanero en Kings Road llegó a través de las ventanas y, mientras Bond se servía café de su cafetera Chemex, comprendió que era libre. Nada había cambiado, y estaba debidamente agradecido.

En su primera mañana de vuelta al Cuartel General, Bond hizo una breve visita de rutina a la oficina de M en el sexto piso. Como de costumbre M estaba bastante evasivo. Siempre reacio en impartir alabanzas, pareció preocupado por la mano herida de Bond, donde el asesino ruso había cincelado en su dorso una S rusa por *Spion*.

—Será mejor asegurarnos de que los cirujanos plásticos se pongan con ella —comentó rudamente—. No puede haber un miembro de la sección 00 con una marca

identificativa como ésa.

Pero avanzado el día Bill Tanner informó a Bond que «el viejo realmente está muy satisfecho contigo. Tuve que escucharle cantar tus alabanzas al Jefe de S» y, antes de que Bond dejara a la secretaria de M, la formidable Miss Money Penny, le llevó una breve nota recomendándole para tres semanas de permiso adicional a finales de agosto.

Bond lo pasó en Provence. A principios de aquella primavera oyó que Maddox había muerto y que Regine había comprado un recodo a unas millas de Montpelier. Bond la había escrito y ella contestó invitándole cuando pudiera venir. Y así pasó su permiso con ella. Fue un momento feliz para ambos. Seguían siendo amigos, no amantes, y para los chicos era el «Tío James» que recordaban de sus días en París. Ella le contó que Maddox había muerto triste y amargado con el mundo. Por lo demás, nunca le mencionaban.

Cuando Bond regresó a Londres, tenía la acumulación habitual de trabajo rutinario de oficina así que se puso al día. El oficial pagador capitán Troop había estado ocupado en su ausencia y había varios rumbos que atender. Hubo también largas sesiones con el cirujano plástico hasta reparar su mano: un tema doloroso y tedioso, aunque Bond tuvo un breve *affaire* con la recepcionista del cirujano, una cortés pero finalmente aburrida muchacha llamada Cecily.

Entonces en noviembre vino el choque con Mr Big y la destrucción de su extraordinario montaje de contrabando de oro desde el Caribe. Fleming describió esto en el libro que tituló, melodramáticamente para el gusto de Bond: *Vive y deja morir*. Fue otro gran éxito para Bond, particularmente cuando los procuradores del Tesoro llevaron a buen puerto la reclamación británica de la mitad del tesoro en lingotes de oro de Mr Big. Gracias a James Bond una suma que se aproximaba a los cinco millones de libras esterlinas entraron en el Tesoro británico.

—Me alegra saber que me estoy ganando mi manutención —dijo Bond a M cuando oyó las noticias, pero a M no le divirtió particularmente.

Cuando le convenía, M podía ser muy rácano sobre el dinero. No era un tema para ser discutido por caballeros.

10. Vendetta

—Me estaba confiando demasiado —dijo Bond—. Eso es un verdadero peligro en nuestro tipo de vida. Cuando tienes el tipo de trayectoria afortunada que yo había tenido tiendes a pensar que seguirá así para siempre. Ésta es una razón por la que el viejo M siempre daba sus alabanzas a regañadientes. No es tan agrio como Ian lo pintó, pero le preocupaba, y con mucha razón, que uno comenzara a desarrollar lo que solía llamar un «complejo de superhombre».

Bond explicaba cómo ocurrió que justo cuando una marea de auténtico éxito se extendía ante él, se encontró encarando una auténtica catástrofe. Poca gente comprende que durante 1952, James Bond casi fue apartado del Servicio Secreto para siempre.

Fue de M, poco después de regresar de tratar con Mr Big, que Bond consiguió el primer indicio del problema por venir. Fue muy a principios en 1952 y M todavía estaba preocupado por su mano dañada. A pesar de la cirugía plástica, la cicatriz todavía se veía. Fleming lo reflejaría en su obra más adelante, comentando que el pelo crecía más grueso y rizado sobre la piel que había sido injertada del hombro de Bond.

—Vaya fatalidad —dijo M cuando vio la cicatriz—. Debería haberse evitado.

—¿Cómo? —replicó Bond.

M se encogió de hombros.

—No es bueno tener este tipo de marca personal sobre usted. ¿Qué fue lo que le dijo aquel ruso cuando mató a *Le Chiffre*?

—Dijo que no podía matarme porque no tenía órdenes de Smersh. También dijo que esto era probablemente un error.

—Exactamente —replicó M—. Debieron cometer un grave desliz al no descubrir su clasificación 00. Tienen la determinación de corregir su error. Debemos tener cuidado.

Bond tomó poca nota en ese momento. M pasaba por lo que Bill Tanner llamaba «una de sus fases agoreras» y Bond estaba ocupado. Éste fue el período en que adquirió esas «tres mujeres casadas» sobre las cuales Fleming escribió. Le pregunté a Bond sobre ellas. Me explicó que eligió a sus amantes cuidadosamente; como había hecho antes de la guerra en París. Todas eran todas hermosas, todas mujeres de mundo, y todas ellas de treinta y pocos.

—Para mí ésta ha sido siempre la edad más atractiva en la mujer. Las jovencitas inocentes, aunque bonitas, pronto me aburren por tontas. Tienen muchas exigencias —sobre tu tiempo y tu paciencia— e invariablemente tienen un fin romántico fijo a la vista. Matrimonio. Mientras que con las mujeres adultas las cosas son diferentes. Consigues inteligencia y comprensión y una relación claramente definida. Eso es

muy importante. Ningún enredo. Siempre me aseguré de que nos entendíamos mutuamente a la perfección. Justo al comienzo les decía que no trataba de amenazar su matrimonio; más bien al contrario. No habría celos ni sentimiento de posesión. Seríamos civilizados y disfrutaríamos mutuamente.

—¿Y lo hacían? —pregunté.

Los ojos de Bond se estrecharon y sonrió.

—Perfectamente —dijo.

—¿Y tenían sus maridos alguna vez algún problema?

—No si la esposa era sensata. Era realmente cuestión de ella ver que el *amour propre* de su marido no quedara ofendido. La mayoría de los maridos ingleses están tan ocupados haciendo dinero o estando con sus amigos que están secretamente aliviados de tener a sus esposas mantenidas felices por un experto.

Durante este período las tres mujeres casadas de Bond formaban un trío impresionante, y sufrió mucho para asegurarse de que ninguna de ellas sospechara la existencia de las otras. Aparentemente esto era un problema de logística. Una vivía en Hertfordshire, estaba casada con un anciano banquero y escribía novelas históricas. Bond solía encontrarse con ella cada martes en su piso; cuando hacía sus compras en Londres. La segunda estaba casada con un prominente Miembro del Parlamento de los conservadores. Bond la veía los jueves... y cuando la Cámara tenía sesión durante toda la noche. La tercera era la «mujer del fin de semana» de Bond, como él la llamaba. Bond conocía a su marido. Era un rico corredor de seguros y miembro de Blades. La pasión de su vida era navegar, lo que hacía desde el viernes por la noche al lunes por la mañana. Como su esposa detestaba los barcos y se mareaba, Bond realmente hacía posible que continuara con su afición... y con su matrimonio.

El único problema con esta abigarrada vida sexual de James Bond era que sus mujeres ocupaban casi todo su ocio; y en un momento en que la carga de trabajo aumentaba constantemente.

Pero entonces, en Abril, M retomó el tema del asesino de *Le Chiffre*, el hombre descrito por Fleming como «el asesino del rostro escarpado». Gracias a los esfuerzos del departamento S, había sido identificado. Su nombre era Oborin y era uno de los mejores profesionales de Smersh. M parecía inusualmente perturbado.

—Parece que mis temores por usted estaban justificados, 007. No deseo alarmarle, pero debemos estar preparados. Por un informe que acabamos de recibir parece como si el último fracaso en destruirle durante el verano pasado hubiera provocado un incidente importante en el cuartel general de Smersh. Nuestro viejo amigo, el coronel general Grubozaboyschikov —M pronunció el nombre con alarmante fluidez— ordenó una investigación y Oborin confesó que había habido un error administrativo. El general G estaba furioso, puedo comprender cómo se sentía; era como si Beria^[46] hubiera estado envuelto. Contrariamente a la práctica británica,

007, un operador de Smersh que falla paga normalmente el fracaso con su vida. Pero ahora sabemos con seguridad que Oborin está bien vivo. Me gustaría mucho saber por qué. Puedo estar equivocado, pero podría ser que Smersh le diera una última oportunidad para corregir su equivocación.

La idea de convertirse en un blanco especial para Smersh no perturbó a James Bond excesivamente. La experiencia le había dado una firme —y no injustificada— fe en sus facultades de supervivencia. Además, si alguna vez hubiera dejado que el miedo a la represalia personal de sus enemigos le preocupara, habría dejado el Servicio Secreto hace muchos años. Pero comenzó a tomar precauciones: aparcó cuidadosamente el Bentley en todo momento, evitar rutinas fijas y nunca ir a ningún sitio sin el tranquilizante peso de la Beretta en su pistolera de hombro. Entre misiones la vida seguía como de costumbre. Entonces algo raro ocurrió. Uno de los periódicos del domingo llevaba en primera página la historia del hundimiento del *Sappho*. Estaba sensacionalistamente escrito y sugería que el Servicio Secreto Británico estaba envuelto.

Cuando Bond lo leyó, estaba en Berlín, comprobando una amenaza de bomba contra el Cuartel General Militar Británico. Esto había resultado ser un engaño, pero con el Ministro de Exteriores Británico de gira en Alemania, no podía ignorarse. Bond y un grupo de personal altamente entrenado habían perdido mucho tiempo y energía en el caso. Leer sobre el *Sappho* en tales circunstancias no mejoró el humor de Bond.

De vuelta a Londres al día siguiente, Bond discutió con el Jefe de Estado Mayor, quien, como Bond, estaba confundido por el artículo. Ya había visto al editor y advertido contra continuar un seguimiento detallado de la historia. Lo que perturbaba al Jefe de Estado Mayor era que de algún modo el periódico había conseguido el nombre de Bond y todo estaba dispuesto para ser publicado, juntó con una fotografía.

—¿Dónde consiguió el periódico estos hechos?

—Nadie lo sabe —contestó el Jefe de Estado Mayor.

Hubo más incidentes perturbadores. Ahora que el Jefe de Estado Mayor estaba advertido, fue capaz de hacerles frente. Los periódicos normalmente cooperan para ayudar a evitar problemas al Servicio Secreto, pero estaba claro que había comenzado una campaña para exponer a James Bond. Su nombre fue mencionado en la prensa extranjera. Hubo una fotografía, afortunadamente no muy buena, en una revista alemana. Si esto continuaba sabía que su utilidad pronto sería seriamente reducida. Sabiendo esto, M tuvo buen cuidado de mantenerle apartado del servicio activo durante un tiempo. El pánico remitió.

Fue a finales de aquel cuando M convocó a Bond de nuevo. Bond estaba excitado ante la perspectiva de una nueva misión; M, por otra parte, parecía extraordinariamente apagado. Lo llamó «James» —esto, siempre una mala señal— y

pasó algún tiempo hurgando en la cazoleta de su pipa con la punta de un abrecartas con blasón naval. Fuera la lluvia caía sobre el parque. M y la sala eran grises.

—Lo que voy a hacer nadie en mi posición debería hacerlo nunca —dijo por fin. Bond se preguntó qué vendría ahora—. Voy a dejarle a usted enteramente la decisión sobre una misión. Si la acepta... bien. Si rehusa, ninguno volveremos a mencionarlo nuevamente.

—Eso suena muy bien —dijo Bond y miró a M.

M no le miró a los ojos. Cuando M continuó hablando lo hizo fuerte e impersonalmente.

—Hace cuatro días recibimos un mensaje vía Estación H en Finlandia. Aparentemente un tal coronel Botkin del K.G.B. está ansioso por desertar. No necesito decirle lo extremadamente raro que es tener a un miembro del K.G.B. haciendo tal oferta, así que le dije a la Estación H que siguiera adelante y arreglara los términos. Estos llegaron esta mañana. Quiere las garantías usuales, dinero y todo eso; nada fuera de lo corriente... a excepción de una cosa. Insiste en que se rendirá a una sola persona: usted.

Bond encendió un cigarrillo. Esto también era inusual en la oficina de M.

—¿Alguna razón? —dijo secamente.

—Afirma que le conoció en Berlín hace dos años.

—No lo hizo —dijo Bond.

—Sabemos que no lo hizo.

—¿Entonces por qué tal entusiasmo por mí?

—Creo que ambos sabemos por qué —dijo M—. Por eso es por lo que debe ser su decisión.

—¿Usted piensa que ese llamado coronel será Oborin?

—Estamos muy seguros. Nuestra información deja claro que Smersh le está dando una oportunidad para corregir la equivocación que cometió en Royale-les-Eaux.

—¿Pero no es demasiado obvio? ¿No está claro que todo el mundo se olerá la trampa?

—Por supuesto —dijo M tranquilamente—. Con eso cuentan nuestros amigos de Smersh. A menos que me equivoque mucho, esto es un desafío privado de Oborin a usted. Por eso debe ser su decisión.

M no dejó que James Bond contestara inmediatamente y Bond pasó la noche en vela. Por un lado sabía los riesgos que correría si iba a Finlandia; Smersh no le dejaría muchas oportunidades, ni su asesino. Bond debería encarar una muerte casi segura. Por otra parte alguien tenía que responder a un desafío frontal de esta clase.

Afortunadamente Bond no era propenso a preocuparse. Solía repetir un dicho de su tía: «La preocupación es un dividendo extra que uno paga al desastre por

adelantado». No tenía intención de hacerlo, así que finalmente tomó su decisión, cerró su mente y durmió. A la mañana siguiente le dijo a M que iría.

M asintió pensativamente.

—Pensaba que lo haría —dijo.

Bond disfrutó su primera tarde en Helsinki. Esperaba una ciudad gris, pequeña y helada. En vez de eso encontró que toda esta parte del Báltico oriental estaba disfrutando de su propia versión de un veranillo de San Martín. Birkin, el jefe de la Estación F, le recogió en el aeropuerto. Era un comandante naval alto, muy condecorado y con un sentido del humor marcadamente macabro. Llevaba monóculo, corbata roja y pantalones de franela.

—Bien, viejo amigo —dijo—, confío en que haya empacado su pijama antibalas. Parece como si fuera a necesitarlo.

—¿Es definitivamente un montaje, entonces? —dijo Bond.

—Francamente, todo apesta. También se lo he dicho a M. Claramente piensa que la sección 00 necesita despejarse un poco.

—Y a nuestro hombre, al coronel Botkin del K.G.B., ¿nunca lo ha visto?

Birkin negó con la cabeza y sonrió burlonamente.

—Ni en sueños. Sólo hemos tenido contacto a través de intermediarios. Mucho tráfico no oficial entra y sale de aquí, ya sabe. No. No he visto al cabrón, pero está muy ansioso por verle a usted.

Aquella tarde Birkin insistió en llevar a Bond a cenar.

—Es lo menos que puedo hacer dadas las circunstancias. Puede ser su última buena comida en la tierra. Además, será una oportunidad para darle sus instrucciones, si usted realmente sigue adelante con todo esto.

Fueron a Smourazi, tradicionalmente el mejor restaurante finlandés de la ciudad. Estaba justo enfrente de la vieja catedral, un estricto edificio gris con un domo como una simétrica cabeza calva. El restaurante estaba abarrotado pero los parroquianos eran principalmente suecos y un tanto solemnes. Bond bebió mucho *snaps* y encontró que la clientela mejoraba. Birkin insistió en comida finlandesa tradicional: *kalakukko*, filete *Karelian* y *poronkieltä* —pasteles de pescado finlandés, carne de vaca y cordero asados juntos, y lengua de reno, respectivamente—, que Bond encontró decepcionante. Birkin comió con gusto.

—La clave de la comida finlandesa es que te da vigor. Lo necesitará en un lugar como al que va. Lástima que no pueda quedarse más tiempo.

Bond pensó que se requería algo más que la comida finlandesa para mantenerlo en Helsinki.

—Antes de que terminemos el *snaps* —dijo—, sólo dígame cómo contactaré con el coronel Botkin.

Birkin se tomó su tiempo explicando los arreglos. En el proceso masticaba carne de reno y bebía todavía más *snaps*. El plan era básicamente muy simple. Bond iba a ir a Kotka, puerto y última gran ciudad antes de la frontera rusa. Allí tomaría una lancha a motor —Birkin explicó, con detalle, los problemas que le había costado conseguirla— hacia una diminuta isla a unas diez millas de la frontera. La cita estaba fijada para las cuatro en punto de la tarde siguiente. Botkin estaría allí; y, si todo iba según el plan, Bond lo traería de vuelta.

—O viceversa —dijo Birkin.

—Exactamente —replicó Bond.

Según Birkin, la gran virtud de emborracharse con *snaps* era que no provocaba resaca. Bond encontró esta teoría optimista pero no adecuada. Despertó en su hotel sintiéndose maltrecho. El único consuelo fue que Birkin parecía aún peor cuando le llamó después del desayuno para que le condujera a Kotka.

—Debe haber sido esa lengua de reno, muchacho —dijo Birkin—. No siempre puedes confiar en ella.

James Bond asintió.

Fue un paseo impresionante. La mayor parte de la carretera se mantenía junto a la costa con vistas a bosques de pinos, islas y al mar azul pálido. Birkin le dijo que había siete mil islas entre Estocolmo y la frontera rusa.

—Siendo así. ¿Cómo encontraré a la que me dirijo? —dijo Bond.

—Fácil —replicó—. Simplemente atégase a las marcaciones que le daré y no podrá perderse. Lo sabrá cuando llegue. Un gran crucero de guerra alemán llamado *Lublin* se hundió justo junto a la isla durante la guerra. Nunca lo reflataron y está todavía lleno de alemanes muertos. Está en el principal canal hacia Leningrado. La superestructura se ve desde mucha distancia.

Alcanzaron Kotka a la hora de comer. Era un pequeño pueblo moderno y brillante que se agrupaba en torno a fábricas de vidrio y una gigantesca papelera. El aire olía a resina. Era un frío día otoño; Bond se sintió revivir. Birkin se había atornillado su monóculo firmemente en el ojo y mostró orgullosamente a James Bond la lancha motora que había alquilado para él.

—Nos costó una terrible cantidad de dinero. Lo único que espero es que M no lo averigüe.

—Estoy seguro de que no lo hará —dijo Bond.

Para Bond la travesía fue una especie de regalo escolar. Estaba solo a cargo de un pequeño barco azul traqueteando en su camino a través de un mar tranquilo. A sus espaldas Kotka echaba humo de sus molinos de papel. Delante había isla tras isla con boyas solitarias que marcaban el canal marítimo hacia Leningrado. Al principio había un yate o dos, y algunas islas parecían habitadas. Pero pronto cesó toda la señal de seres humanos. Estaba solo a excepción de los pájaros marinos y el impaciente

traqueteo de su motor.

El sol se ponía temprano y la oscuridad crecía cuando vio el *Lublin*. Sus mástiles permanecían lejanos árboles ladeados sobre el horizonte pálido. Bond se dirigió hacia él.

La isla estaba media milla más allá, un pedazo de roca, atestada con una cabellera de pinos. Había dos cabañas de madera y un pequeño malecón, pero ninguna señal de vida. Bond se dirigió hacia el malecón, la amarró y saltó a tierra.

Era temprano y exploró la isla. Estaba vacía, pero, para su sorpresa, una de las cabañas de madera estaba abierta. La examinó. Estaba bastante amueblada: sillas, mesa, mantas sobre un camastro. Bond sacó su arma y entró. Aquí no había nadie.

El tiempo pasaba y nadie venía. Bond observó el mar buscando una señal del bote de Botkin y terminó cayendo la oscuridad. Comenzaba a hacer mucho frío. Era una tentación entrar en la cabaña y esperar. Bond la resistió. En vez de eso encendió una lámpara de aceite, introdujo varios cojines bajo las mantas formando vagamente la forma de un hombre durmiendo, luego dejó la cabaña y se ocultó entre los pinos, arma en mano. Fue la noche más larga de su vida. El frío aumentaba, hasta que su mano se heló junto al acero de su revólver. Una boya de naufragio tañía en la oscuridad. Y todo el tiempo la luz ardía en la desierta cabaña. De algún modo Bond se mantuvo despierto.

La esfera luminosa de su reloj mostraba casi las tres cuando los hombres llegaron. Contó a ocho de ellos. Se habían aproximado tan silenciosamente que tenían la cabaña rodeada antes de que se diera cuenta de que estaban allí. Uno de ellos gritó en inglés, luego se precipitaron hacia la cabaña, disparando mientras lo hacían.

Bond tenía ventaja desde donde estaba y les disparó desde atrás, confiando en la oscuridad y la confusión para enmascarar sus movimientos. Hubo gritos, varias figuras parecieron caer y Bond se escabulló entre los árboles manteniéndose a la sombra, luego permaneció muy quieto. Algunos hombres tenían linternas, pero pronto comprendieron que no tenía sentido buscarle en la oscuridad. Alguien gritó desde la cabaña y los hombres con linternas fueron hacia allí.

El amanecer llegó tarde y repentinamente la isla estuvo abarrotada de hombres. Entonces hubo más gritos, y Bond pudo oír el pisoteo de la maleza. Luego vio a los buscadores: marinos rusos recorriendo la isla en fila. Lo encontraron fácilmente; no tenía sentido tratar de resistir. Tres de los marinos lo agarraron y mientras lo llevaban al malecón, Bond vio un rostro que reconoció, el «rostro escarpado» que había vislumbrado bajo su máscara en Royale-les-Eaux la noche en que *Le Chiffre* fue asesinado: Oborin, su enemigo privado de Smersh.

No hubo señal de reconocimiento en aquellos hundidos ojos, sino una breve orden. Bond se retorció. El brazo derecho de Oborin se levantó y un golpe como dado con una barra de acero le dio bajo la oreja. Una fuente de brillo escarlata voló hacia

su cerebro... luego negrura total.

Parecieron pasar siglos antes de que despertara. Estaba en una pequeña sala pintada de blanco, iluminada por una luz cubierta con una rejilla de acero atornillada al techo. No había ventanas. El suelo era de hierro. Había un mamparo con una puerta de acero. Bond intentó abrirla. Estaba firmemente cerrada.

Todo su cuerpo le dolía y el dolor en su cabeza le hizo desmayarse. Cuando volvió en sí, la puerta del mamparo estaba abierta. Durante un rato Bond yació donde estaba. Entonces una voz dijo:

—Buenos días, Mr Bond. Encantado de verle.

—¿Dónde está? —preguntó Bond.

—Todo a su debido tiempo —respondió la voz, y Bond comprendió que llegaba desde un altavoz oculto por la luz—. Primero, debo presentarme. Soy el hombre que va a matarle, Mr Bond. Como usted sabe, me descuidé en Royale-les-Eaux. Esta vez no habrá equivocación.

—Si está tan ansioso por matarme, ¿por qué no anoche? —dijo Bond—. Me tenía a su merced.

—Eso habría sido demasiado fácil —dijo la voz—. Además, tengo mis órdenes. Mis jefes quieren que le lleve vivo. Por eso tuvimos que hacer anoche esa pequeña pantomima en la isla, y por eso está usted aquí.

—¿Pero dónde es aquí? —dijo Bond.

—Creí que ya lo había comprendido. Está a bordo del *Lublin*. Es bueno que estos viejos barcos de guerra todavía tengan sus usos y que todos aquellos marinos no murieran en vano. Es un útil puesto fronterizo para mi país. Lo transformamos cuando todavía ocupábamos esta parte de Finlandia durante la guerra. Originalmente era un puesto de observación para advertir de un ataque sobre Leningrado. Habíamos ocultado mucho equipo en él. Hay un pozo estanco bajo el agua para que un submarino pueda relevar su tripulación. Así es como usted será llevado a bordo, en algún momento de esta tarde. El submarino está de camino.

—¿Por qué está abierta la puerta entonces? —dijo Bond.

—Una buena pregunta. Intentaré contestársela. Busque debajo de su axila izquierda, Mr Bond.

Bond lo hizo. Para su sorpresa encontró que estaba su arma.

—Examínela, por favor.

Nuevamente Bond hizo lo que le decía. El cargador había sido rellenado después de los tiros que había disparado la pasada noche.

—¿Comprende ahora? Mis órdenes son traerle de vuelta vivo, pero sólo por una vez no tengo intención de seguirlas. Me ha causado demasiados problemas, Mr Bond. Quiero matarle. Y para tener ese placer, voy a darle una oportunidad. No una oportunidad muy grande, pero una mejor de la que usted tendría en Moscú. Estamos

solos en este pecio; los marinos que le trajeron aquí se han ido. Tiene un arma. Úsela, Mr Bond. Escape.

Hubo un fuerte *click* metálico. La voz se cortó. Bond se quedó donde estaba, planeando qué hacer.

Su camarote estaba evidentemente bajo el agua, y desde donde estaba podía ver un pasillo brillantemente iluminado con peldaños en el extremo opuesto. En algún lugar a lo largo de ese corredor o subiendo las escaleras, Oborin esperaba. Era el terreno perfecto para el asesinato, el lugar cuidadosamente dispuesto para una ejecución privada. Al principio Bond pensó que no tenía oportunidad, pero entonces comprendió que todo el plan de Oborin para matarle dependía de su certeza en una sola cosa: la luz. Si pudiera dejar ese pasillo exterior en la oscuridad, podría tener una oportunidad. Todo dependía ahora de si las luces del corredor y la luz del interior de su camarote estaban conectados al mismo circuito eléctrico. Con suerte lo estarían.

Usó una preciosa bala para disparar a la luz. La bombilla estalló y, aunque se cortó los dedos, pudo desenroscar la base de la bombilla de su enchufe. Tenía un pequeño peine de acero inoxidable. Aisló uno de los extremos con su funda de plástico, luego empujó fuerte dentro del enchufe, hubo el destello de un cortocircuito... las luces en el pasillo se apagaron.

Bond se lanzó hacia los peldaños y mientras lo hacía, dos disparos silbaron en la oscuridad. Bond se agarró a los escalones de acero y se arrastró hacia arriba. Un tercer disparo le alcanzó en el brazo. Y entonces disparó, instintivamente. No había blanco claro; sólo una mancha más oscura contra la oscuridad circundante. Pero Bond había practicado en exactamente esas condiciones en los sótanos bajo el Cuartel General de Regent's Park. Oyó la tos de su Beretta seguida por la escalofriante vibración de una bala rebotando en la oscuridad. Pero con su segunda bala no hubo rebote.

Bond se quedó totalmente inmóvil y escuchó. Hubo una tos. Bond disparó de nuevo directamente al sonido. Oyó un golpe y luego un gemido sofocado seguido por el sonido ahogado de alguien que lucha por respirar. Disparó dos veces más. El ahogo cesó. Aún entonces, Bond no corrió riesgos sino que esperó varios minutos más. Ahora no había ningún ruido salvo el sonido de su propia respiración. Disparó de nuevo y luego se movió lentamente avanzando hasta que llegó al cuerpo. Casi tropieza con él. El asesino del rostro escarpado estaba bien muerto.

Le llevó un rato a Bond encontrar la salida. Estaba en un pasillo con una escalera de acero en el extremo opuesto. Tanteando, encontró la puerta de un mamparo. La abrió y se encontró sobre la inclinada cubierta del *Lublin*. El ruso había dicho la verdad: el destrozado acorazado estaba totalmente desierto. Como lo estaba la isla. En el malecón, Bond pudo ver el pequeño barco azul en el que había llegado, todavía amarrado donde lo había dejado. Había algo muerto y deprimente en la escena. Bond

pensó en los marinos ahogados para quienes este navío oxidado era todavía un ataúd comunal. Era tiempo de irse antes de que el submarino ruso llegara.

Pero primero debía asegurarse que la utilidad del *Lublin* terminara y se forzó a pasar junto al cadáver de Oborin para explorar el buque. Los rusos habían sellado una sección e instalado cuidadosamente su equipo de radio, cuartos para la tripulación y toda una gama de monitores electrónicos. Allí estaba el estanco donde el submarino amarraría y al fondo Bond encontró lo que buscaba: las cargas de profundidad del *Lublin*. Aquello requirió emplear toda su fuerza. Las arrojó y luego oyó el torrente de agua. Echó una última mirada en derredor de este oculto mundo de vigilantes; luego regresó agradecidamente a cubierta.

El Báltico estaba más frío de lo que nunca había pensado que podía estar el agua. Después de bucear desde la popa del *Lublin* nadó media milla hasta el malecón, pero casi le dio un calambre dentro de las heladas aguas. Afortunadamente, todavía había mantas en la cabaña. Se secó con ellas, envolvió su cuerpo y subió a bordo del bote. Había dos bidones de combustible. Encendió los motores y puso la proa apuntando al mar abierto. Mientras pasaba junto al *Lublin* el gran monstruo oxidado pareció tambalearse. La popa y el gobernalle incrustados de percebes se elevaron desde el agua mientras el buque se inclinaba más, sobre su costado y se posó en el lodo. Para cuando el submarino ruso llegó, Bond estaba seguro de vuelta en Kotka.

—Bien, bendita sea mi alma —dijo Birkin cuando lo vio—. De alguna manera pensé que nunca volvería.

Bond esperaba que la muerte de Oborin hubiera sellado su duelo privado con Smersh, y durante un tiempo pareció como si lo estuviera. Comenzó el invierno; los incesantes asuntos del departamento de Bond parecían aumentar de volumen. Hubo una visita de tres días a El Cairo al final de noviembre. La vida de un empresario británico estaba amenazada por un grupo de extremistas árabes y un importante acuerdo comercial dependía de su seguridad. Al cabo de tres horas de su llegada a El Cairo, Bond conocía los nombres de los potenciales asesinos y para aquella tarde habían sido persuadidos para dejar la ciudad. También viajó a Washington para conferenciar con la C.I.A. sobre una amenaza anónima contra la vida del Presidente de los Estados Unidos durante su inminente recorrido por Europa. Ambas misiones transcurrieron sin un sobresalto. Entonces llegó la visita de Bond a Milán.

Ocurrió durante la Feria Anual de Muestras. Estos asuntos internacionales con entradas desde ambos lados del Telón de Acero tendían a convertirse en un día de maniobras para el Servicio Secreto. Bond estaba bastante acostumbrado a ellos, y en esta ocasión tuvo que vigilar a un consejero técnico desde una firma de electrónica, de quien se sospechaba tenía contactos ilícitos con el Este. Para Bond era más bien una operación de rutina. Como cobertura había arreglado ser un adjunto de una firma

británica de ingenieros de turbinas y debidamente ocupó su lugar, completado con traje oscuro e insignia de solapa de exhibidor, en su pabellón. Sabía hablar suficientemente convincente sobre generadores de turbina, y también se las arregló para observar al hombre que quería. De hecho, nada sucedió: el hombre o era inocente, o era consciente de ser observado. Y Bond estaba libre para disfrutar los exóticos placeres de Milán. Le gustó la ciudad. Al contrario que la mayor parte de Italia, no intentaba hacerle tragar a la fuerza su cultura y su antigüedad, y disfrutó de su sabor y su prosperidad. También le gustaron los milaneses —con sus coches rápidos y grandes y sus mujeres consentidas— y comió bien, bebió vinos como *Inferno* y *Lambrusco*, y en lugar de sus acostumbrados vodka con martinis se encontró disfrutando de lo que llamaba «bebidas de comedia musical»: Campari con soda y Americanos.

Durante los cuatro días de la Feria tomó una habitación doble en el Hotel Príncipe e Savoia, el cual también aprobó. El hotel era sólido y discreto, y el barman servía generosas medidas y conocía todos los chismes de la ciudad. Fue también en el bar donde Bond conoció a la muchacha que salvó su vida. Se llamaba Melissa. Era inglesa, recientemente divorciada y estaba en Milán para encontrarse con su amante italiano. Tuvo un retraso hacia Roma; estaba obviamente sola. Bond la llevó a cenar a uno de los restaurantes más elegantes de Italia: Gianino en la Via Sciesa donde comieron alcachofas y *osso buco alle milanesi*... y pasó la noche con ella. Después del *grappa* y el *gorgonzola* esto parecía la conclusión perfecta para una tarde perfecta.

Afortunadamente, eligieron la habitación de ella. A las 4 a.m. todo el hotel fue sacudido por una explosión. La vacía habitación doble de Bond fue totalmente destruida. Como el carabiniere le contó después, la bomba había sido puesta debajo de su cama.

—Afortunadamente —dijo Bond—, a veces duermo en las de otras personas.

El *maresciallo* del *carabiniere* rió, pero antes de dejar Milán, Bond envió a la muchacha un brazalete de oro con su más cordiales gracias; en esta ocasión sintió justificado cargarlo a sus expensas.

Pero Bond estaba más perturbado de lo que dejaba ver a nadie; especialmente cuando tuvo que dar un informe personal sobre el incidente a M. M había asentido y dicho poco. Pocos días más tarde, May encontró un paquete en el correo dirigido a Bond que le preocupó. Algo estaba suelto en el interior. Bond llamó a Scotland Yard; sus expertos encontraron después que contenía suficiente termita para volarle la cabeza. Nuevamente, M fue informado de lo que había sucedido.

Entonces vino el incidente final. Bond había cenado con su mujer casada favorita en Restaurante White Tower en Percy Street. Tenía el Bentley y, mientras la llevaba de vuelta a Chelsea, notó un pequeño Austin gris en frente que rehusaba darle paso.

Le dio al claxon e hizo señales con los faros, pero el automóvil se clavó en medio del camino. Bond maldijo. Estaba impaciente por llegar a casa y entonces, junto a la salida del parque, el automóvil frenó en seco y giró en la calzada. Otro automóvil estaba aparcado adelante en doble fila y, mientras Bond luchaba por evitarlo, hubo un ruido de fuego de ametralladora. El Bentley derrapó hasta frenar. Bond estaba indemne, pero la mujer a su lado había sido herida. Bond pasó la siguiente media hora asegurándose de que estaba a salvo en el hospital St George, y luego se enfrentó con la policía. Había mucho de lo que ocuparse y la velada terminó, poco antes de la medianoche, en una apresurada conferencia con M en el Cuartel General de Regent's Park.

Que Bond supiera, era la primera vez que M aparecía a tal hora, pero el Jefe de Estado Mayor lo había convocado desde su casa. Ambos parecían ceñudos cuando Bond se presentó.

—¿Y cómo está la mujer, Jefe de Estado Mayor? —dijo M.

—El hospital dice que acaban de quitarle la bala de la pelvis. Ha sido doloroso, pero vivirá.

—Gracias a Dios por eso —dijo M—. Y su marido; ¿consiguió tranquilizarle?

—Sumamente difícil —dijo el Jefe de Estado Mayor—. Hasta que le llamé a usted, amenazaba con ver al Ministro del Interior.

—Sólo dígame una cosa, 007 —dijo M—. Si debía tener uno de esos asuntos suyos, ¿por qué narices lo hizo con la esposa de un Miembro del Parlamento? ¿No es la vida suficientemente difícil sin hacer entrar a la Cámara de los Comunes?

—Creía —replicó Bond fríamente—, que mi vida privada me permanecía.

—¿Vida privada? —bufó M—. ¿Cuándo aprenderá que mientras trabaje para mí usted no tiene vida privada?

A la mañana siguiente, las cosas se habían calmado, pero M todavía veía un lúgubre futuro a James Bond en el Servicio Secreto.

—Debemos encarar los hechos, James. Esto es una vendetta. Desde que mató a Oborin, Smersh ha salido a cazarle. Le han marcado y no descansarán hasta destruirle totalmente. Es una situación que ocasionalmente ya he encarado antes. Y me temo que no hay nada que se pueda hacer sobre ello, James. No tengo otra alternativa salvo suspenderle de la sección 00 y conseguirle algún puesto en el extranjero hasta que la tormenta amaine. Tendremos que discutir un lugar apropiado para usted. ¿Dónde disfrutaría? ¿Las Bahamas? Strangways necesita ser reemplazado en Jamaica; ¿qué le parece?

Bond apreció el intento de amabilidad. Pero de alguna forma hacía peor la situación.

Sabía que estaba terminado, casi como si hubiera sido abatido. Smersh le había derrotado... y nunca sabría si el odio descansaría. Debería siempre esperar la bala en

la noche, la taza envenenada de café. Tras del Vaticano, Smersh poseía la más perdurable memoria de Europa.

Aquellos siguientes días de semirelegación fueron quizás los más amargos de su vida. Tenía que entregar su Beretta, aquella baqueteada pero eficiente amiga de tantas misiones. Y ya no tendría aquel status especial, aquella sensación de ser parte de una élite. La forma en que todos parecían tan comprensivos sólo lo hacía peor. Comenzó la melancólica tarea de empacar... no había nada más que hacer. Preparar gastos, cerrar los archivos, asegurarse de que por lo menos todo quedara en un orden decente.

Almacenaría el Bentley cuando fuera reparado: no podía soportar el pensamiento de venderlo. Y no habría problema en subarrendar el piso. Tendría que escoger el momento para decirle a May que se marchaba. Nunca había pensado en ella como una mujer sensible. Una de sus virtudes era que siempre había mantenido su vida y preocupaciones bastante apartadas de él, y lo dejaba libre. Nunca variaba.

Pero parecía saber que algo iba mal.

—¿Quizá le gustaría que le preparara una bebida? —dijo.

Normalmente Bond se las preparaba él, pero esta noche estaba agradecido a la leal vieja dama.

—Y por cierto, un amigo suyo telefoneó. El nombre era Fleming. Es muy amable y educado. Pidió que le llamara; un número de Victoria. Lo he dejado sobre su escritorio.

11. Superbond

Bond todavía no sabe por qué devolvió la llamada a Fleming. No estaba de humor para hablar con nadie; menos que nadie alguien tan exigente como Ian Fleming. Además, Fleming era periodista. Pero cuando lo hizo, aquella cansina voz del extremo opuesto del teléfono era peculiarmente comprensiva.

—Me encontré con tu director administrativo hoy a la hora de comer. Había oído de tus problemillas en la oficina y me informó sobre tu amenaza de cambio de empleo. Tuve una idea que le atrajo bastante. Podría ser una especie de solución. Viene para almorzar conmigo en Blades mañana y discutir si va adelante. Creo que también deberías venir.

Bond siempre había envidiado la fácil manera en la que Fleming hablaba con M pues, como tantos otros de las altas esferas, M tenía debilidad por Fleming. Esto ayuda a explicar el propio estatus algo confuso de Fleming en aquel tiempo. Oficialmente, era un periodista quien no había tenido nada en absoluto que ver con el trabajo de inteligencia desde hacía más de seis años. Pero, extraoficialmente, era uno de ese puñado de hombres en los que M confiaba y a quien consultaba. Por la manera en que hablaban cuando llegó a Blades, Bond comprendió que M le había contado a Fleming todo sobre él.

M mostraba su mejor faceta; con Fleming allí, ya no se parecía tanto era tanto el ordenancista de acero de Universal Export. Y Fleming estaba claramente adulándolo, como sólo él podía. Previa entrevista con Miss Money Penny, se había asegurado la mesa favorita de M: en el rincón opuesto de la sala apartada de lo que llamaba «el ruido y la refriega» de los miembros más jóvenes del club. El chef había sido alertado para proveer a M con una de sus delicias favoritas: un hueso de tuétano servido en un plato especial de plata del siglo XVIII.

—Espero que el Enfurecedor dé la talla —dijo Fleming mientras llenaba su copa. M resplandecía. Bond reconoció el tratamiento Fleming.

—James —dijo M cordialmente—. Ian y yo acabamos de tener una pequeña charla. No puedo decir que me haya convertido, pero tiene una interesante, podría decir sorprendente, proposición. Como le concierne personalmente, valoraría sus opiniones sobre ella.

Algo en el tono de voz hizo que Bond fuera cauto. M estaba siendo tan amable que le ponía incómodo.

—Recordará —continuó M—, aquella pequeña obra exitosa de gran engaño de la que fuimos responsables en 1943. Creo que Ewen Montagu escribió sobre ello después. Tituló su libro *El hombre que nunca existió*. La idea era burlar al enemigo con el cuerpo muerto de un oficial británico junto con ciertos documentos falsos en la costa de España. El cuerpo era muy genuino, algún pobre diablo o algo así, pero el

uniforme y los documentos estaban preparados cuidadosamente por la Inteligencia Británica. Aquí Ian tiene la interesante idea de que podríamos usarle para algo similar; pero poniendo toda la idea en las cabezas de ellos.

—No le sigo —dijo Bond.

—No creí que lo haría —dijo Fleming, terciando—. No nos proponemos usar su cadáver ni nada como eso, todavía no de todas formas. Mi idea es simplemente ésta: en la historia de Montagu, los recursos del Servicio Secreto se usan para convencer a los alemanes de que un hombre ficticio es una realidad. Ahora sugiero que deberíamos hacer lo opuesto, convencer a la oposición de que un hombre muy real es de hecho un mito, o por lo menos un muerto.

Bond miró a Fleming. Fleming se interrumpió para saborear el último trozo del salmón ahumado del club. Hasta el día de hoy Bond recuerda la extraña sonrisa, medio cínica, medio burlona, en su cara.

—Continúa —dijo.

—Por lo que M me cuenta, tienes el honor, o el infortunio, de haberte convertido en el blanco humano número uno de Smersh en Occidente. M propone esconderte de Smersh, y enviarte a la Estación K en Jamaica con la esperanza de que esto salve tu vida. Ahora, no me gusta ser pesimista, pero simplemente no veo que eso funcione. ¿Recuerdas a Trotsky y el piolet? Smersh le destruyó al final aunque de hecho se había retirado a Ciudad de México. No te daría más probabilidades que a Trotsky^[47].

Bond había cesado de comer. Había pasado su vida adulta encarando la inminencia de la muerte. Aún así, había algo escalofriante en la manera casual con que este caballeresco inglés predecía su defunción.

—¿Así pues, qué sugieres? Quizás M debería ponerme bajo llave y candado en los sótanos del Cuartel General para mi propia protección.

M sonrió con una sonrisa invernal. Fleming rió.

—Nada tan drástico. No, creo que simplemente deberíamos intentar convencer a Smersh de que no existes, mejor todavía, de que nunca has existido. Que eres un genuino hombre-que-nunca-existió.

—¿Y como haremos eso?

—Convirtiéndote en un personaje de ficción.

—Muchas gracias. Mejor correré suerte con Smersh.

M aclaró su garganta.

—La idea de Ian puede parecer un poco, digamos, original, pero podría funcionar. Suceda lo que suceda, usted no perderá nada por ello. Lo que propone es que debería ponerse manos a la obra para escribir uno de esos thrillers de capa y espada sobre usted. Hacerlo tan real como sea posible. Nombrarle, describirle como realmente es, todo basado en alguna misión genuina. Pero a la vez tratará de hacer que suene como algo salido de Buchan^[48]. Suficiente ficción para hacer que todos piensen que ha

creado toda la historia. Costará algo hacerlo, pero si aquí Ian puede llevarlo a cabo, todos, y eso incluye a nuestros enemigos de Smersh, bien podrían terminar convencidos de que usted es ahora tan real como Richard Hannay.

—Pero Smersh sabe que yo existo. Me tienen en sus registros.

—Ellos saben que alguien del Servicio Secreto Británico hizo las cosas que usted hizo. Si la idea de Ian funciona, no creerán que James Bond las hizo. Bond se habrá convertido en un personaje de ficción.

Posiblemente el Enfurecedor era tan fuerte como M siempre había afirmado, pero al final de la comida, todos estaban convencidos por la idea. Fleming estaba alardeando de las posibilidades para el futuro.

—Podría ser la cobertura perfecta. Realmente serías capaz de llevar a cabo cualquier cosa. Podría convertirse en un ejercicio clásico del puro engaño.

—¿Y M —preguntó Bond—, estaría incluido?

—Por supuesto. Eso preocupará realmente a todos esos caballeros de Smersh.

Al principio M objetó, pero Fleming sabía exactamente como adularle.

—Será mejor que el libro sea condenadamente bueno —dijo M.

—Lo será —dijo Fleming.

—Nunca comprendí —dijo Bond—, cuan duro trabajaba el viejo Ian... cuando quería. Siempre creí que era un tipo muy perezoso. Le gustaba dar a uno esa impresión; aquella cansina manera que tenía de hablar, las largas horas para comer, y así todo. Pero una vez comenzó la historia que llegó a ser *Casino Royale*, traté con un Ian muy diferente. Para empezar pasamos una quincena, entrando y saliendo, de casa de su hermano en Oxfordshire; una fea casa de ladrillos rojos junto a un bosque de hayas. Había un campo de golf bajando el camino. Ambos jugamos bastante.

—¿Quién solía ganar?

—Yo diría que estábamos bastante a la par. Ninguno de nosotros era lo que usted llamaría un jugador elegante. Yo tenía un drive más fuerte; Ian tenía más destreza. Lo disfrutábamos como una relajación y durante el resto de nuestro tiempo allí trabajamos muy duro. Durante la guerra sabrá que había sido un experto en interrogatorios. Bien, me interrogó: cada detalle de aquel desdichado asunto del casino hasta que tuve suficiente. ¿Qué vestía? ¿Cómo me sentía en tal y tal punto? ¿Por qué hice esto y fallé en hacer aquello otro?

—¿Y sobre la muchacha?

—Sí, eso también. Siempre estaba muy ansioso de sacar fuera lo que solía llamar «las partes interesantes». Creía que era lo que se suele llamar «un caballero». Debería haberle conocido mejor.

»Pero el verdadero punto de toda esta operación fue el cuidado que se tomó. Era un diablo muy inteligente, e hizo que todo funcionara. Se tomó más problema con

Casino Royale que con cualquier otro libro; hubo varias versiones antes de estar conforme con el definitivo. Fleming no dejó ni una sola cosa al azar. Incluso el lector de la editorial solía trabajar con él en la Inteligencia Naval. Y se tomó molestias extra con el estilo y esos toques que convencerían a los hombres de Smersh, y particularmente a algún inglés que les avisaría en Moscú, que todo aquello *era* una obra de ficción. Había leído a Sapper^[49], Buchan y ese tipo de cosas desde su juventud, así que no le fue difícil, y mucho de lo que deslizó en el libro era realmente una especie de broma: detalles como las hojas de afeitar escondidas de *Le Chiffre*, y aquellos pelos que siempre me hacía poner sobre las manijas de las puertas. Solíamos inventarlos y nos reíamos de ellos. Pero no tenía ni idea de lo que iba a venir. No olvide que yo estaba muy escondido. Smersh estaba decidido a atraparme. La mayor parte de este período me lo pasaba con un guardia armado en la puerta, en uno de los pisos especiales que solíamos tener detrás del Cuartel General. No ayuda a la sensatez de juicio ni realidad de uno.

»Esto fue alrededor de la Navidad de 1952. Ian acababa de marcharse con sus notas y su máquina de escribir a su casa en Jamaica: Goldeneye. Recuerdo como regresó al final de marzo, con su manuscrito, y lo excitados estábamos todos; M en particular. No pude ver una copia en un día o dos. Pero cuando lo hice casi di un bote. Estaba tan pasmado que me senté y pasé toda esa noche leyéndolo. Los hechos eran correctos, en esencia, pero conmigo realmente había tirado la casa por la ventana. Todavía pienso que se le fue la mano. No había necesidad de hacerme parecer semejante monstruo, tal zombie de cartón; ese mojigato malhumorado e idiota.

»Eso es lo que yo les dije a todos, en la primera ocasión en que nos reunimos. Ian estaba allí, y M, y el jefe de S, y bastantes altos cargos de los ministerios. Y, en justicia con Ian, debo decir que todos estuvieron muy entusiastas. Hay mucha mente de colegial en los altos rangos del servicio civil, e Ian había captado sus gustos con exactitud. M, podría agregar, estaba en secreto encantado con la manera en que Ian lo pintaba. E Ian hizo la gran jugada con la manera en que el libro tendría que atraer a un hombre en particular: Guy Burgess. Sabíamos por entonces que Burgess era consejero de Smersh en asuntos ingleses, e Ian dijo, muy correctamente como resultó ser, que una vez pudiéramos convencer al infeliz de Burgess de que este héroe era completamente ficticio, habríamos acertado de pleno.

»Intenté diversas objeciones, pero realmente no me escucharon y, como M dijo: «Este libro es su sola y única esperanza para un futuro en el servicio, 007». No había mucho que pudiera replicar a aquello.

»Acordaron rebajar algunos de los pasajes más eróticos con la pobre Vesper. Yo realmente no les importaba, pero M me respaldó; me alegra decir esto. Ian estuvo muy controlado y dominante con ellos, pero como M dijo: «No hay ninguna necesidad de descender al nivel de la pornografía, particularmente ya que la

muchacha ha muerto». Y, como usted sabe, la cosa fue adelante.

La operación fue, como Urquhart me contó al comienzo, un clásico en su género, una osada obra de puro engaño contra un enemigo hábil y muy despiadado. Incluso Bond admite que este éxito fue debido enteramente a un hombre: Ian Fleming. Así como su concepción fue lo suficientemente original como para engañar a los rusos, toda la ejecución de los libros debe figurar como el trabajo de un genio. Parecía saber exactamente cómo casar hecho y ficción y todo su concepto del ficticio James Bond tenía la cantidad justa de fantasía para engañar a un enemigo astuto.

Pero mientras que uno es finalmente capaz de dar a Fleming un poco del crédito que merece, no se debería olvidar el papel que el Servicio interpretó en el engaño. Los pocos hombres en el secreto interpretaron su papel soberbiamente, incluso para enviar un avance del libro a Moscú —por medio de un ex-colega mío en el *Sunday Times*— y asegurarse de que Burgess lo leyera. Similarmente, el día de la publicación en Londres, hubo elaboradas precauciones para asegurarse de que ningún revisor revelara el juego. En este caso, el único que casi lo hizo fue alguien del *Yorkshire Post*; nadie parecía saber como lo averiguó.

Y, por supuesto, funcionó. Según todos los relatos, incluso Fleming estaba un poco sacudido por la manera en que los rusos, los revisores y el público en general se rindieron a Bond. Algunos meses después, M recibió un informe minucioso del jaleo que la llegada de aquella primera copia del libro causó en el cuartel general de Smersh. Burgess, aparentemente, la había metido hasta el fondo. Para empezar, al general Grubozaboyschikov le llevó algo convencerse, pero Burgess subrayó algunos pasajes del libro y los leyó, allí y entonces, traduciéndolos al ruso mientras lo hacía.

Cuando hubo terminado, el directorio de Smersh quedó en silencio. ¿Quién había metido la pata? ¿Qué idiota había sido el primero en ser pillado por el famoso sentido de humor británico? Todos los ojos estaban sobre el General.

—¿Entonces, de dónde viene ese personaje llamado James Bond? —preguntó el General.

—Yo diría —dijo Burgess—, que es Sapper de cuello para arriba y Spillane^[50] del ombligo para abajo.

El general dijo que no había leído ni a Sapper ni a Spillane, y Burgess, según el informe, contestó que era el momento de que lo hiciera.

Por supuesto hubo más en el engaño que esta exitosa reunión, y el libro requirió de una cuidadosa supervisión para ser efectivo. Aquí es cuando, aparentemente, el amigo Urquhart entra en escena. Tenía bastante razón cuando me contó que había trabajado con Fleming durante la guerra. De hecho —yo debería haberlo adivinado—, era un novelista romántico fallido que trabajó el famoso engaño «Propaganda

Negra» con Selton Delmer contra los Nazis. Así, en cierto sentido era el personaje ideal para poner al cargo de lo que Bond llama «las tuercas y los tornillos» de su asunto. Tuvo mucho que hacer.

Según informes de campo pronto quedó claro que Smersh estaba desconcertado. Parecieron cancelar sus operaciones contra Bond. M, por su parte, había dado instrucciones a Bond para mantenerse a cubierto, y durante varios meses después de la publicación de *Casino Royale*, Bond estuvo en Tokio, vagamente adjunto a la Estación T y estudiando la red oriental. Le gustaron las mujeres y la comida, aprendió nociones de japonés y, en general, disfrutó. Ni siquiera Fleming sabía donde estaba. Pero Urquhart estaba muy ocupado cubriendo el rastro de Bond en Londres. Se tomó muchos problemas, y fue extremadamente bueno en ello. Algunas de sus tareas fueron bastante obvias, como trasladar a Tía Charmian desde Pett Bottom y enviar a May a Escocia por un mes o dos. También tenía ojo para el detalle, arreglando *minutiae*^[51] tales como borrar todos los registros del socio Bond en Blades y retirar cuidadosamente su expediente de la oficina del secretario de Eton.

En conjunto, los pocos amigos de Bond en Inglaterra resultaron ser más fáciles de tratar de lo que pensaba. Urquhart vio a cada una de las tres mujeres casadas de Bond, y les contó lo estrictamente necesario para que guardaran silencio. Es un buen psicólogo, e hizo lo mismo con otros conocidos clave. Y lo más extraño fue que mientras los libros sobre James Bond se volvían más populares, la gente que lo había conocido parecía olvidar que una vez existió. Como lo expresa Bond:

—Yo empezaba a ser absorbido por el personaje de «James Bond, el Agente Secreto de los libros de Fleming». Aquello se volvió más bien espeluznante, y a veces me preguntaba qué James Bond era el real.

Pero lo principal de la operación era que funcionaba. Durante toda su estancia en Japón, Bond no había oído nada de una amenaza desde Smersh. A su regreso a Londres, M confirmó que la caza del hombre por el enemigo había terminado, por el momento al menos.

—Debe su vida a Ian Fleming —dijo M cuando se encontraron—. No lo olvide.

—De algún modo, no creo que fuera capaz —dijo Bond.

Discretamente, Bond reanudó sus deberes. Hubo unos cuantos comentarios afilados del Jefe de Estado Mayor, pero en conjunto el papel de Bond en los libros de Fleming fue tratado como una broma privada en el departamento y no repercutió de ninguna forma en su trabajo. Para entonces May había vuelto de Glen Orchy, Bond reanudó su residencia en Wellington Square y el Bentley resurgió del almacenaje. Entonces, a finales de aquel otoño, Fleming le dijo a M que era tiempo de pensar en un nuevo libro de James Bond.

Para hacer justicia a M, al principio quedó un poco desconcertado.

—Ya ha escrito el maldito libro. Hizo su trabajo magníficamente. Ciertamente,

eso es todo.

Pero Fleming argumentó que debía mantener vivo el mito de la personalidad ficticia de James Bond; también le dio M algo más de un indicio del excelente trabajo que los libros hacían por la imagen del Servicio Secreto Británico, «imagen» que empezaba a preocupar a M. La conclusión fue que Fleming recibió permiso para describir la última gran misión de Bond antes de todo el problema: la batalla en los Estados Unidos con Mr Big. Fleming escribió esto a principios de 1954, y desde el comienzo Urquhart estuvo preocupado por que aquello fuera demasiado lejos. Ciertamente, Fleming «lo adornó un poco» como Bond lo expone. Pero, como de costumbre, se salió con la suya con M en las partes que importaban, así que la historia es de hecho una de las más detalladas y precisas de todas las aventuras publicadas de Bond. Fleming tituló el libro *Vive y deja morir*.

Pero mucho antes de que apareciera aquel otoño, Bond había reanudado el muy activo servicio al que estaba acostumbrado. Desde luego, 1954 resultó ser uno de sus años más ocupados hasta la fecha. Esto fue parcialmente debido a la presión creciente sobre la sección 00, y también a una peculiaridad de M. M siempre había sido, en palabras de Bond, «un concienzudo conductor de esclavos». Duro consigo mismo, sentía que estaba en su derecho el ser duro con los demás. También pensaba que los hombres responden a la presión y que más agentes son destruidos por la debilidad que por el enemigo. Por aquel entonces, esta actitud de M había empeorado. El propio Bond está de acuerdo en que había una rara vena en él —rehusa llamarlo sadismo— pero M ciertamente había heredado la actitud de la vieja armada por la que los hombres necesitaban romperse. Era casi feliz cuando lo hacían.

A lo largo de 1954, era como si M quisiera ver cuánto trabajo era capaz de soportar James Bond. Más y más trabajo interdepartamental le era enviado, así como también misiones regulares para la sección 00. Con respecto al ficticio James Bond, Fleming ha enfatizado el odio de su héroe hacia todo el trabajo de oficina. Bond niega esto e insiste en que es, de hecho, un administrador competente. Por lo poco que puedo juzgarle después de estas semanas, estoy de acuerdo.

Había una ronda constante de cursos, jornadas de entrenamiento y simple práctica para mantener sus habilidades a punto. Éste es otro punto que Bond gana. En los libros, su éxito parece tan sin esfuerzo que la gente olvida que un agente de alto nivel siempre aprende, entrena, descubre técnicas nuevas para ser mejor que el enemigo.

—Las misiones son simplemente la punta del iceberg. Debajo hay semanas y a veces meses de entrenamiento.

Apenas pasa un día sin que Bond dispare algún arma, sea en campo abierto o en los sótanos bajo Regent's Park. A veces emplea semanas para dominar alguna nueva técnica. Su mente se ha convertido en una extraña enciclopedia de conocimientos especiales: sobre venenos, explosivos, condiciones cambiantes en la subversión. Su

cuerpo, como el de un atleta, es mantenido en las mejores condiciones. Toda una rutina dirigida hacia las diversas misiones que son el objeto y propósito de su ser.

Durante esta época hubo muchas de ellas. La mayoría eran rutina: gente que debía ser protegida y a veces silenciada; enemigos destruidos; ataques repelidos. Como profesional, Bond siempre se enorgullece por la velocidad con que trabajaba.

—Es una marca personal, ya sabe. A uno le gusta enorgullecerse del arte.

Como de costumbre, Bond está siendo muy modesto cuando habla así. Algunas de sus operaciones en este momento lograron casi un esplendor de virtuoso, y desde entonces se han convertido en casos de libro de texto en las escuelas de entrenamiento del Servicio Secreto. La mayoría, por su misma naturaleza, deben permanecer firmemente en la lista secreta. Las pocas que pueden mencionarse dan simplemente una pequeña idea de la gama y alcance de su éxito.

Uno de los llamados «asuntos de cuaderno» de Bond supuso una veloz visita al Lejano Oriente. 002, quien durante los previos tres meses había estado una prisión en Canton, había escapado, matando a varios guardias chinos y de algún modo cruzando la frontera entre China y el Macao portugués. En Londres se comprendió que esta situación podía muy fácilmente irse fuera de control. Pero antes de que los comunistas chinos tuvieran tiempo de presionar a los portugueses para que devolvieran al «asesino extranjero», Bond ya estaba en Macao. Fue un golpe perfectamente planificado y realizado; tan perfecto que cuando 002 desapareció del cuartel de la policía portuguesa donde estaba retenido, no quedaba rastro de evidencia de a quien había tenido. De hecho, casi fue éste el primer uso operacional del Oblivon, una segura e instantáneamente efectiva droga inductora de sueño que había sido desarrollada recientemente en los laboratorios de Universal Export. El agente escapado viajó a Hong Kong —impecablemente disfrazado como una anciana Hackar— en el transbordador de la mañana, y estuvo de vuelta en Londres al mediodía siguiente.

Otra misión emprendida por Bond ese año condujo a la recuperación de varias libras de Uranio 235 de gran pureza, y al hacerlo salvó al Gobierno Británico de una considerable vergüenza internacional, por decirlo suavemente. Un grupo de gangsters de Londres robaron el camión que transportaba el uranio de una central atómica en la costa. Casi con toda seguridad, los ladrones pensaron que el uranio era en realidad oro o algún otro metal precioso, pero cuando el camión fue recuperado, el uranio había desaparecido. Durante las semanas que siguieron, Interpol fue alertada. Comenzaron a circular rumores en el hampa sobre que el uranio estaba «en oferta» por varios millones de libras, y el Gobierno quedó repentinamente conmocionado ante la perspectiva de un grupo de criminales ofreciendo el material en bruto para una bomba atómica a cualquiera que pudiera pagar el precio.

Bond pasó algún tiempo en Francia, donde operó conjuntamente con su viejo

amigo Mathis. Le costó muchos problemas construir su cobertura de enviado de una potencia árabe que quería el uranio para usarlo contra Israel. Fue un trabajo peligroso, involucrando la penetración en, al menos, una red secreta árabe en el norte de África. Y de hecho Bond finalmente «adquirió» el uranio; en una villa junto al Lago Ginebra por un millón de libras en oro, proporcionadas a través de una orden del Gobierno Británico al Banco de Inglaterra. El oro fue recuperado por Mathis y sus hombres aquella misma tarde, mientras que Bond y su carga mortal volaron desde Suiza a Gatwick en una aeronave especial del Mando de Transporte de la R.A.F.

Aquel otoño Bond regresó a Londres justo a tiempo para la publicación del segundo libro de Fleming, *Vive y deja morir*. Fue obvio para Bond que ahora Fleming había encontrado su ritmo como autor establecido. Estaba muy orgulloso de la cubierta para el libro y a Bond le gustó también, pero algo en la actitud del autor le inquietó. Acto seguido Fleming sugirió que debía ir a la fiesta que se celebraría por la publicación del libro. Cuando Bond rehusó, Fleming replicó: «¿Por qué demonios no? Será divertido y nadie sabrá quien eres».

Éste, como Bond admite, era justo el problema. Los árabes recelan de ser fotografiados por si pierden su alma: Bond comenzaba a sentir que perdía, no su alma, sino toda su personalidad. Y Fleming estaba comenzando a actuar como si James Bond fuera su creación. Bond se lo dijo así. Fleming replicó, bastante lógicamente, que todo esto era parte del engaño original. Bond tuvo que asentir, pero todavía se sentía intranquilo. Esta vez no tuvo fuerzas para leer el libro.

Bond no era el único miembro del Servicio Secreto en preocuparse por el curso que tomaban los libros. Después de la publicación de este segundo libro algunos informes muy extraños llegaron de Moscú. Urquhart estaba preocupado por que alguien de la prensa tropezara con la verdad, y Fleming fue convocado a una ansiosa reunión del comité de seguridad en el edificio de Universal Export. Una vez más su ingenio pareció salvar el día.

—Si estamos tan asustados por que Smersh huelga gato encerrado —dijo—, quizás debiéramos darles uno realmente grande para oler.

M preguntó que a qué se refería.

—Creo que ha llegado el momento de darles lo que creen que tienen: una obra de ficción total construida alrededor de nuestro famoso superhombre. Algo tan obviamente inverosímil que nuestro viejo amigo, Guy Burgess, tendrá todos los argumentos que necesita para convencer a sus críticos de que Bond es pura e inadulterada ficción.

Éste fue el origen de su siguiente libro al que llamó *Moonraker*.

La trama era una de las favoritas de Fleming: un rico industrial se embarca en el gigantesco proyecto de desarrollar un cohete de bandera británica, aunque en realidad planea usarlo para sus amos rusos. Fleming y Bond pasaron un fin de semana juntos

para discutirlo. Por una extraña coincidencia, Fleming poseía una casa no lejos de la juvenil guarida de James Bond en Pett Bottom: el Old Palace, en Bekesbourne. Fueron al club de Fleming, el Royal St George, en Sandwich, donde jugaron mucho al golf y esbozaron la trama. La idea de Fleming, como la de todos los mejores thrillers, era apenas concebible. Su villano sería un industrial inmensamente rico quien ofrecerá usar todos sus vastos recursos para construir un cohete británico: lo llamará «El Moonraker». El proyecto seguiría adelante, el villano conseguiría felicitaciones por su visión y patriotismo, y entonces, en el último minuto, James Bond descubrirá que no es lo que parece. De hecho trabaja para el enemigo, y el Moonraker sería parte de un plan para pedir rescate por Londres: o el Gobierno Británico cede, o el Moonraker, completado con una cabeza atómica, será disparado directamente hacia Londres^[52]. Bond estaba de nuevo impresionado por el ingenio de Fleming y también por su don para fundir los hechos a la ficción. Fue idea de Bond el poner la base de lanzamiento del cohete sobre los acantilados de Kingsdown, pues allí había una extensión de costa que conocía bien. Llevó allí a Fleming para que pillara el ambiente, y después se detuvieron en el pub «El mundo sin miseria», junto a la carretera de Dover, la cual aparece en el libro. Aquí discutieron la rutina en la oficina de Bond y las últimas manías de M. Incluso hablaron sobre el villano. Estaba basado en un conocido mutuo pero, para evitar las leyes anti-difamación, tuvieron que encontrar un nombre diferente para él. Por alguna razón Bond se acordó del perro que había tenido de muchacho en Francia: Drax.

—Buen nombre para un villano —dijo Fleming—. Los nombres de los villanos deben ser cortos, claros y memorables.

12. Bond Cocu^[53]

—¿Amor? —dijo James Bond—. La mejor definición de ello que jamás he oído es de un amigo de Ian, un hombre llamado Harling. Solía trabajar con el N.I.D. durante la guerra y se supone que fue un gran experto sobre el tema en su día. Definió el amor como «una mezcla de ternura y lujuria». Creo que estoy de acuerdo con él.

—¿Y eso es todo? —dijo Honeychile.

—Ya es bastante —dijo Bond—. Para mí en cualquier caso.

Le había llevado varios días explicar cómo los libros de Bond habían comenzado. Durante este tiempo se había mostrado nítidamente tenso y claramente había sido un esfuerzo recopilar los hechos de esta extraña historia. Ahora lo conocía lo suficientemente bien para reconocer a la primera cuando se sentía mal. La voz se volvía más aguda y se impacientaba por cualquier interrupción. Simplemente la pérdida de su identidad en los libros de Fleming todavía le resentía. Pareció aliviado cuando pudo hablar de otras cosas; para mi gran sorpresa incluso aceptó una invitación de la infatigable Mrs Schultz para un crucero de un día a bordo su yate, el *Honeychile*, y sugirió que yo debería ir.

Salimos temprano. El Corniche Schultz partió del hotel a las ocho. A las ocho treinta el largo barco blanco se deslizaba desde el puerto a mar abierto.

Pasamos esa mañana navegando entre las islas y disfrutando la inmensidad del cielo y del océano. Nunca había visto a Bond tan feliz. Todas sus ansiedades de los últimos días parecían haberse quedado en tierra; fue un alivio ver cómo tomaba el mando. Cada centímetro de él parecía un marino... ¿o era de nuevo un actor interpretando el papel de un distinguido oficial naval? Pasó la mañana al timón, ordenando a la tripulación e, incluso, relevó en la navegación al viejo Cullum, el capitán profesional del *Honeychile*. A Cullum, hombre filosófico, no pareció importarle; debía estar bien entrenado por Honeychile. Bond parecía muy competente con mapas y sextantes, y nadie se resintió de su autoridad. Ciertamente, Cullum sonreía ocasionalmente, pero se dirigía a él como «Comandante» lo que a Bond parecía gustarle. Honeychile interpretaba el papel de la devota esclava de Bond.

Había insistido en preparar ella misma el almuerzo, compuesto por una ensalada P.J. Clark, faisán frío, fresas y crema. A Bond se le permitió administrar el champagne. Honeychile aparecía bronceada, deseable y rica, y ahora no vestía nada salvo la mitad inferior de su bikini. Bond le había dicho que no soportaba a las mujeres tostadas con lo que llamaba pechos «crudos». Obedientemente, estaba haciendo lo que podía para mejorarlos.

Fue después del almuerzo cuando la combinación de alcohol, sol y la casi desnuda presencia de Honeychile, había llevado la conversación alrededor del sexo y el amor. Y fue entonces cuando había dado su definición del amor.

—Ternura y lujuria —repitió Honeychile—. Eso suena como las palabras de un auténtico cabrón machista.

Bond sonrió animadamente. La tierra estaba fuera de la vista, Cullum al timón, el yate araba un surco de estela blanca hasta el horizonte. Honeychile se levantó para traer una segunda botella de champagne. Sus pechos estaban maravillosamente bronceados. Cuando Bond rellenó su copa ella bebió y luego dijo muy suavemente:

—Un día, J. Bond *Esquire*^[54], vas a recibir tu merecido sexual. Será muy divertido y espero estar cerca para verlo.

Bond no pareció en absoluto molestarse por esto.

—Oh, pero ya ha sucedido —replicó él—. No es algo que haya esperado jamás en una mujer, pero fui tratado muy mal en mis tiempos.

—¿Cómo cuando?

—Como durante el tiempo que pasé con Tiffany. Había estado en América en 1955 trabajando en el caso de los diamantes del que Fleming escribió en *Diamantes para la eternidad*. Había una banda que se llamaba a sí misma «la banda de las lentejuelas»^[55]. Virtualmente controlaba el tráfico internacional ilícito de diamantes. Tuvimos que ocuparnos de ello; y en el proceso adquirí a esa muchacha. Su nombre era Tiffany Case. Fleming menciona que la traje de regreso a Londres, pero nunca describió qué sucedió después.

Desde el relato de Bond aquella tarde estaba bastante claro que la hermosa Miss Tiffany Case, ex muñeca de gangster y a veces repartidora en el blackjack en Las Vegas, poseía ese algo extra que una mujer necesitaba para superar sus habituales defensas sexuales. En su caso ese algo era la vulnerabilidad. La había sentido bajo su «sensualidad descarada y el sabor fuerte de sus gestos» aquella primera tarde en que la conoció en la habitación de su hotel de Londres al comienzo de la misión. Como Fleming refleja en su obra, Bond tiene un instinto para las pajarillas heridas. Probablemente detecta algún reflejo de su madre en ellas, y su instinto de protección fue despertado desde el principio.

Bond es en esencia un sentimental; la historia que Felix Leiter le contó sobre la infancia de la muchacha tocó su corazón. La mayoría de los hombres habrían evitado a una muchacha con tal pasado, aunque fuera hermosa. Pero para Bond las heridas que la vida le había dado le añadían interés. Quedó intrigado al saber que esta insolente y astuta muchacha nunca había tenido un hombre desde que fuera comunamente violada a los dieciséis años por un grupo de gangsters de California. Había un desafío en una muchacha así. El hecho de que su madre hubiera regentado una vez «la casa de citas más elegante de todo San Francisco» aumentaba, si era posible, su atractivo. Como lo hacía la desesperación con que trató de emborracharse hasta la muerte después del desastre. Como Bond admite ahora, era la romántica víctima-heroína ideal para atraerle.

Fleming ha contado como Bond finalmente le hizo el amor esa noche a bordo del *Queen Mary*: «Lo quiero todo, James. Todo lo que alguna vez hayas hecho con una muchacha. Ahora. Rápido». Una vez hubo sucedido esto, superando con ello sus fobias, el destino de Bond estuvo casi sellado. Siempre había dicho que sólo se casaría con alguien que pudiera hacer la salsa bearnesa tan bien como el amor, y Tiffany hacía ambas cosas. Por encima de todo esto satisfacía su vanidad. Era como si hubiera creado el sexo en ella cuando finalmente hicieron el amor. Era su Pigmalion. Le necesitaba, como nadie más lo había hecho. Era inevitable que terminaran hablando de matrimonio.

Por la forma en que Fleming lo escribe podría parecer como si James Bond hubiera planteado el matrimonio a la muchacha simplemente para hacerla venir a vivir con él, pero Bond insiste en que era totalmente sincero. Nunca habla de «amor» a menos que lo diga en serio. Con Tiffany, estaba dispuesto a casarse con ella de inmediato. Ella fue lo suficiente cabezota para sugerir el período de prueba juntos en Wellington Square.

Se comprometieron a ser muy sinceros el uno con el otro. Incluso durante los excitantes días a bordo del *Queen Mary*, Bond le había contado todas sus desventajas como esposo potencial: los peligros de su trabajo, el hecho que en cierto sentido estuviera «ya casado con un hombre llamado M». También le dijo que, por mucho que le gustara la idea de los niños, sería injusto pensar en tenerlos hasta que se retirara de la sección 00. Pero no fue hasta que se establecieron finalmente en Wellington Square cuando descubrieron que había otro problema.

Fleming describe cómo James Bond envió a May un telegrama por adelantado diciendo que volvía, y ordenando flor y esencia de baño Floris para su llegada a casa. Es revelador que no hiciera mención a Tiffany en el telegrama, pues la verdad era que Bond estaba un poco asustado de May y su reacción ante otra mujer en el piso. Tal como sucedió, no necesitaba haberse preocupado; había olvidado que May estaba lejos, en Escocia, visitando a su madre en una aldea cerca de Glencoe. Así que pasaron los primeros diez días en Londres bastante solos.

Fue una época idílica. Una de esas raras ocasiones en las que Bond se sentía autorizado para relajarse. M había quedado satisfecho por la manera en que se había ocupado de los traficantes de diamantes, y Bond se sintió justificado para disfrutar de la vida... y de Tiffany.

Ahora era la amante perfecta para él. Era la primera vez que vivía con alguien desde Marthe de Brandt, pero nunca se aburría. Una de las razones por las que había evitado vivir con sus mujeres anteriormente era que había temido aburrirse. Con Tiffany estuvo ocupado enseñándole todo un mundo que ella nunca había visto. Era un alumna aplicada, y Bond un profesor dedicado.

Le mostró su Londres, no el Londres de libro guía, sino su Londres privado: el

Londres del río y los muelles, la City vacía un sábado por la tarde cuando sólo en Cannon Street había un pub abierto, Covent Garden por la mañana temprano. Comieron en el último restaurante chino de Limehouse, a cuyo propietario Bond había conocido en Hong Kong bajo diferentes circunstancias, y cenaron en el Ritz, «el cenador más fino de Europa»; en Scott's disfrutaron de la inevitable platija asada y del terciopelo negro en la mesa de «Recién Casados» de Fleming, y en un refugio de taxistas en Victoria «el mejor puré con salchichas de Londres».

Bond también le enseñó las joyas de la corona, el Museo Soane, Savile Row, el reptilario del Zoológico de Londres y la llevó a un recorrido nocturno por el alcantarillado de Londres. Compraron salmón ahumado en una tienda de Cable Street, caviar en Clerkenwell, filetes en Smithfield, y tuvieron champagne y fresas enviados desde Fortnums.

La única vez que chocaron fue cuando Tiffany quiso ir al teatro. Bond rehusó. En ese caso pasaron el tiempo en la cama.

Para ambos, la mayor fuente de placer estaba en la novedad. Ninguno había vivido así antes. A su salvaje manera desorganizada, Tiffany llevaba la casa: cocinando cuando tenían hambre, amontonando la Minton azul oscuro sin lavar en la cocina, estirando las sábanas sobre la cama cuando habían terminado de hacer el amor. El piso parecía como si un club de muchachos lo hubiera adoptado.

En ese momento a Bond no le importó; más bien al contrario. Como la mayor parte de la gente meticulosa y organizada, tenía un anhelo oculto por el desorden. Parecía un soplo de aire fresco, una muy necesitada reorganización. El orden reinaba en el dormitorio de James Bond; la anarquía le rejuvenecía. Entonces las cosas comenzaron a cambiar.

Decidieron pasar su segundo fin de semana juntos a Le Touquet, así que enviaron el Bentley en un vuelo Bristol Freighter hasta Lydd y lo pasaron en grande en el Hotel Westminster. Como Bond le dijo, esto era un regalo para celebrar el tiempo juntos y para marcar el fin de su breve «luna de miel», pues el lunes por la mañana volvía al trabajo. Tenían que aprovechar estas últimas horas de vacaciones así que jugaron salvajemente, comieron de forma compulsiva e hicieron el amor extravagantemente. Volvieron tarde a Londres el domingo por la noche. May esperaba.

May tenía una cierta manera de inhalar cuando desaprobaba algo; era una señal privada que Bond siempre había reconocido. Inhaló cuando inspeccionó el piso y su «reservada y bella cara», como Fleming la describió una vez, fue elocuente con muda aversión.

—Si me disculpa —dijo—, estoy un poco cansada. Comenzaré con la casa mañana.

Y por la mañana Bond y Tiffany fueron despertados por el airado sonido de platos

fregándose cuando May entró en la cocina. Fue el toque de clarín para la batalla.

Bond fue muy masculino en la manera en que había cerrado su mente a May; también en la cobardía y en la suposición de que «las cosas funcionarían». No lo hicieron. Casi desde el comienzo aquellas mujeres dos mujeres, las únicas que por aquel entonces ocupaban su vida, le recordaron dos resueltas gatas: una de ellas vieja y taimada, la otra joven y en la flor de su vida, rodeando la misma parcela de territorio. Y ambas eran luchadoras.

May traía «al Comandante» su habitual huevo pasado por agua y el ejemplar de *The Times*; Tiffany insistía en que prefiriera arenques, mermelada Cooper's y el *Express*. May comenzó a organizar compulsivamente; Tiffany produjo más caos que nunca. May inhalaba. Tiffany cerraba puertas de golpe. Bond se afeitaba, vestía, esquivaba ambos desayunos y llegaba tarde a la oficina.

Durante el resto de aquella semana la batalla retumbó con May y Tiffany enfrentadas en el piso y Bond como arbitro algo cauteloso que anhelaba una sola cosa: paz. Era una situación para la que no estaba preparado, el tipo de contienda en la que este «hombre de guerra» se vuelve cobarde. Podía enfrentarse a un *Smersh*, un *Le Chiffre* o a un Mr Big, pero sufría enormemente de pensar en imponer su ley a May... o a Tiffany.

Lo triste era que de repente parecía tener lo mejor de ambos mundos que había conocido. La despreocupación de Tiffany la había abandonado. Como el orden y discreción a May. Durante las semanas que siguieron Wellington Square se convirtió en una especie de tierra de nadie.

Bond se volvió nervioso en la oficina y malo en la cama. Se sentía cansado. La inmovible Miss Goodnight se puso difícil. El trabajo de Bond se resintió. Sintió la oculta desaprobación de M al fondo; y a la vez su «nivel como disponible» con las secretarias cayó en picado.

Todavía amaba a Tiffany, de alguna manera más que nunca, pero había comenzado a molestarle. Los despojos femeninos que la rodeaban ya no le parecían atractivos. Ni su ignorancia. Condujo el Bentley y abolló un alerón. Antes lo habría ignorado. Ahora estaba molesto y hubo lágrimas.

Finalmente Bond pidió a Bill Tanner, el Jefe de Estado Mayor de M, su consejo, algo que Bond nunca había hecho antes. No era de los que revelaba sus asuntos personales a nadie, pero Bill Tanner era un viejo amigo, un hombre casado, y eminentemente cuerdo. Su consejo fue bastante intransigente.

—Parece que vas a tener que escoger. O te casas, consigues una casa y echas a May, o te arriesgas a perder a Tiffany. No puedes tener a ambas.

De hecho, las palabras de Bill Tanner contenían más verdad de lo que Bond sospechaba. A principios de aquel junio, May estaba al borde de entregarle su renuncia, mientras que Tiffany se deprimía más y más. Estaba averiguando por las

malas los defectos de James Bond como esposo potencial.

Ella todavía le amaba, y pensaba que era tan elegante y amable como siempre. Cuando estaban juntos la vida podía todavía ser maravillosa. Pero, como a veces se preguntaba a sí misma: ¿qué había en todo esto para ella? No tenía amigos en Londres. Bond estaba fuera todo el día. May era una arpía.

Tiffany no tenía ningún dinero. Bond podía ser generoso y le encantaba darle regalos, a menudo muy caros: un broche de diamantes de Cartier, una frasco gigante de perfume, ropa interior de seda,... los lujos de la vida, pero cuando se trataba de cosas prácticas se volvía egoísta. Tiffany encontraba lo que le daba para la administración de la casa bastante inadecuado, y esto también se convirtió en una fuente de fricción.

La verdad era que Bond realmente no tenía idea sobre dinero, ni el coste de llevar una casa. May era una vieja ahorradora escocesa que siempre había administrado todo, recortado los gastos al mínimo y realizado maravillas con el sueldo de un funcionario civil. Tiffany no. La vida que había llevado la había vuelto bastante indiferente al dinero. Siempre había tenido alrededor grandes cantidades y había gastado cuanto quería. Ahora no le llegaba para comida ni para ropa. No podía comprarse un lápiz de labios. Inevitablemente discutieron por dinero, a veces se odiaban pero no podían evitarlo. Fue casi un alivio para Bond cuando, en la segunda semana de junio, fue enviado al extranjero para una misión breve, no importándole el que fuera del tipo vagamente servil y rutinario que normalmente habría detestado.

M estaba previsiblemente avergonzado por todo el asunto, y redujo la información al mínimo. De sus pocas frases recortadas Bond coligió que la tarea era simplemente «echarle un ojo» a un ministro del gabinete británico de vacaciones en Eze-sur-Mer. El hombre, no para sorpresa de Bond, era homosexual —la frase de M fue «uno de ellos»— y Bond tenía simplemente que asegurarse de que ningún emprendedor agente de una potencia extranjera intentara involucrarlo en un escándalo o chantajearle. Recientemente se habían producido varios casos de políticos y empresarios implicados en tales tendencias, y este Ministro en cuestión había mostrado una extraordinaria compulsión para meterse en problemas. Incluso la C.I.A. había hecho llegar sus advertencias, discretamente, tras una reciente visita del hombre a los Estados Unidos y, como M dijo: «La prevención es mejor que un sucio escándalo».

Cuando Bond le dijo a Tiffany que se marchaba a Francia para una breve misión, ella le rogó que le permitiera ir con él.

—Todo lo que quiero es un bikini y una suite en el Negresco. En el fondo sólo soy una simple muchacha de campo.

Bond estuvo tentado. En un trabajo como éste siempre era un alivio asegurarse cierta compañía heterosexual. Pero luego reflexionó que aquello sería sentar un

precedente peligroso; pronto podría demandar ir a todas partes con él. No obstante se sintió intranquilo al marcharse.

Bond tuvo cinco días de lo que la sección solía llamar «trabajo de niñera» observando el privado y a veces absurdo comportamiento de este líder de la nación. Fue una misión difícil, no menos porque Bond tuvo que actuar extraoficialmente. El Ministro tenía su propio detective, un hombre de Scotland Yard. Bond lo conocía desde hacía años. Afortunadamente, Bond y el detective se comprendieron mutuamente.

El Ministro se alojaba en una villa cerca del mar, una gran casa blanca que pertenecía a un empresario de París de dudosa reputación. Por el detective Bond obtuvo una copia de la lista de invitados que inmediatamente comprobó con Mathis en el Deuxième Bureau en París. Aquella tarde Mathis le llamó para decir que uno de los nombres era conocido por la policía. Era un hombre llamado Henri, modelo masculino a tiempo parcial, madre húngara, padre francés. Tenía una ficha de pequeñas condenas por robo y delitos menores por drogas; el año anterior había estado al borde de un escándalo que involucraba la muerte de un oficial de la Embajada americana y una sospechosa fuga de información de la OTAN. Nada concluyente se había probado contra él, pero Mathis dijo:

—Ciertamente no es el hombre que escogería para ser el mejor amigo de mi hermano.

Bond alertó al detective quien replicó que no había mucho que pudiera hacer, pero Bond estaba preocupado: especialmente cuando supo que Henri y el Ministro habían sido vistos juntos en un restaurante de Cannes. Era una situación delicada. Todos los instintos de Bond estaban contra este tipo de sórdido entrometimiento en las vidas privadas y se inclinaba a estar de acuerdo con el detective.

Pero por otra parte tenía un trabajo que hacer: después del aviso de Mathis difícilmente podía dejar las cosas como estaban. Si cualquier cosa iba mal, M le haría responsable.

Pensó en tener unas discretas palabras con el Ministro, pero desechó la idea de inmediato. Podría imaginar la furia del hombre, y la carta de queja a M que seguiría. También pensó en intentar ver a Henri y advertirle; lo que podría ser incluso más torpe y arriesgado. Al final telefoneó a su viejo amigo, Reynard, a su casa cerca de Grasse. Reynard conocía a todo el mundo y era muy astuto. Bond repentinamente tuvo una idea.

A la mañana siguiente el teléfono sonó temprano en la villa junto al mar. El sirviente que contestó replicó que lo lamentaba pero Monsieur Henri estaba durmiendo y no podía ser molestado. La voz al teléfono dio entonces un nombre que volvió al sirviente repentinamente respetuoso. Segundos después golpeaba urgentemente en la puerta del dormitorio de Henri. Cuando Henri masculló que

quería ser dejado en paz, el sirviente susurró el nombre. Cinco minutos después Henri respondía a la llamada de París.

Fue Reynard quien preparó el Rolls con chofer que llamó a la villa veinte minutos después y Bond, desde un automóvil aparcado enfrente, se alivió al ver al joven delgado de immaculado traje marrón salir de prisa de la villa y entrar en él. El automóvil ronroneó. Nadie más dentro de la villa se movió.

Pero el nombre del productor cinematográfico que había impresionado tanto al sirviente habido sido genuino: Reynard se había ocupado de eso. Como lo era la prueba de cámara que el joven realizó en París aquella tarde, como lo era el papel que le ofrecían. Durante los años siguientes, Bond siguió con interés la ascendiente carrera del joven en el cine y siempre estaba orgulloso de lo que llamaba su «habilidad como cazatalentos».

—La única pena —como él dice—, es que nunca pedí mi porcentaje.

El resto de la misión transcurrió sin incidentes. El detective le contó a Bond que el Ministro estaba molesto por la manera en que el joven se había marchado sin decir adiós, a lo que Bond respondió que le comprendía. Finalmente, el detective confesó que estaba impresionado.

—¿Cómo lo hizo? Miedo, supongo —dijo.

—No —dijo Bond mientras sorbía su primer martini del día—. Vanidad. Es más fuerte.

Durante estos días en que Bond estuvo en el sur de Francia, Tiffany permanecía obedientemente en el piso. Ahora ella y May habían alcanzado un estado de hostilidad estabilizada, pero la vida era tediosa y estaba sola. No había mucho que hacer con Bond lejos. Recordaba uno de los primeros comentarios de Bond sobre el casamiento: «La mayoría de los matrimonios no suman a dos personas. Restan a uno del otro». En ese momento no le había entendido. Ahora lo hizo.

Gracias a Bond había sido admitida sin pasaporte. Inmigración le había dicho que obtuviera uno más tarde en su embajada. Con Bond fuera, parecía una oportunidad para hacerlo; tomó un taxi para Grosvenor Square.

Era la primera vez que estaba dentro de una embajada pero desde el momento en que entró se sintió en casa. Quizás fue el olor, esa curiosa mezcla americana de enjuague bucal, aire acondicionado y café colado; quizás fue el transatlántico tono de voz; quizás fueron las barras del exterior y las copias del *New York Herald Tribune*. Cualquiera que fuera la causa, Tiffany quedó repentinamente afectada de una forma que no había creído posible: tenía nostalgia de Nueva York.

Hubo unas preguntas sobre su pasaporte; un apuesto y joven mayor estadounidense adjunto a la Embajada le mostró la oficina que solicitaba. Era de California y charlaron brevemente sobre San Francisco. De repente anheló hablar de los lugares que conocía. Y así comenzó. Cinco minutos después le invitó a cenar.

Rehusó, pero estaba encantada de la petición. Mientras regresaba atravesando la plaza era más feliz de lo que había sido en semanas.

Los apuestos Mayores que trabajan en las embajadas tienen maneras de averiguar los nombres de las muchachas bonitas que piden pasaportes; no es legal pero lo hacen. Tampoco fue legal que este mayor localizara el número de teléfono de Miss Case y la citara en la oficina de pasaportes a las doce del día siguiente. Sea como fuere, ella fue, y cuando le invitó a comer, aceptó.

Esta era la situación, más o menos, cuando Bond regresó de Francia. Estaba en una extraña desventaja. De haber sido alguien distinto a Bond, hubiera reconocido la situación inmediatamente. Tiffany había cambiado: estaba alternativamente distante y demasiado cariñosa, cortés aunque reacia, crítica y luego sumisa. En suma, mostraba todos los síntomas clásicos de una mujer que tenía una aventura romántica. Pero Bond, que no había tonteado desde la edad de doce años, estaba meramente confundido.

¿Qué iba mal en ella? ¿Era la menstruación? La situación duraba demasiado para que ésa fuera la causa. ¿La había descuidado? Intentó mimarla: más perfume, más lencería, otro viaje a Francia: pero era demasiado tarde. Nunca antes ninguna mujer le había tratado así y toda su amplia experiencia con devotas y adoradoras mujeres le había dejado bastante ignorante del corazón femenino. Cometió errores que ningún marido urbano habría cometido. Luego, degradación final, se puso celoso.

Esta emoción desconocida le tumbó completamente, y sufrió como un joven adolescente. Intentó razonar consigo mismo. Había otras mujeres; ninguna valía esta clase de agonía... ni siquiera Tiffany. Sufrió lo mismo.

Fue una completa inversión de su carácter. Una vez lejos de ella intentó ser sensato, pero no funcionó. Era emocional por naturaleza y no había tenido entrenamiento con mujeres a las que no podía controlar. Intentó interrogarla y, peor todavía, la amenazó. Una noche, estando borracho, la pegó. A la mañana siguiente, ya sobrio, estaba muy arrepentido; ella gélida. Y cuando regresó por la tarde, el piso estaba vacío.

Al principio no podía creerlo, ni siquiera cuando May anunció:

—El cuerpo se ha ido. Le ha dejado.

Pero había una carta sobre su escritorio.

Querido James,

Hemos disfrutado de nosotros, y siempre te estaré agradecida. Pero la verdad es que no necesitas una esposa pero yo sí necesito un marido. Cuando nos conocimos por primera vez tú me contaste que estabas casado con un hombre llamado M. Creo que ahora sé lo que querías decir.

Comprende, querido mío, que no te culpo. Pero he conocido un mayor en la Embajada; su nombre es Nick. Tú le gustarías, y quiere casarse conmigo. Le he

dicho que sí.

Comprende, querido James, que esto es lo mejor para todos nosotros. Sé que me amas, y que te dolerá. Pero cuando el dolor sea menor sabrás que tengo razón.

Tiffany

Bond se lo tomó muy mal. Había dejado a muchas mujeres en sus tiempos, pero no había sido dejado antes; se sintió solo, y traicionado. Su orgullo estaba herido. Comprendió que la había amado verdaderamente.

Blando, sentimental como era, pensó que todavía podía triunfar en sentar la cabeza y casarse con ella. De algún modo encontró el hotel donde se alojaba. Le envió una carta; fue devuelta sin abrir.

Presumiblemente su vanidad fue herida. Al principio no podría creer que iba en serio. Ninguna mujer le había hecho esto antes. Pero cuando finalmente consiguió que se pusiera al teléfono le dijo serenamente que se marchaba a los Estados Unidos a la mañana siguiente. Estuvo de acuerdo en verle... brevemente.

Bond condujo para verla. Todavía estaba seguro de que podría persuadirla de volver a él y estaba convencido de que la amaba. Entonces la vio... y supo de inmediato que todo había terminado.

Ella estaba esperando con su nuevo prometido, y le presentó inmediatamente como «Nick». Parecía un tipo agradable; de aspecto nada extraordinario y no demasiado brillante, pero claramente un espécimen de marido americano de primera clase. Y Tiffany tenía una cierta mirada que nunca había visto antes: la mirada de una mujer que ha conseguido a su hombre... y todo está dispuesto para comérselo.

Fue aquella mirada, dice Bond, lo que le curó. Pocas horas antes había pensado seriamente en disparar al americano. Ahora estaba agradecido por la oportunidad de invitar al hombre a un trago.

Fue todo de lo más civilizado. Hablaron sobre Nueva York y San Francisco. Bond prometió buscarles la próxima vez que fuera a los Estados Unidos. Les deseó buena suerte a ambos, y luego Tiffany le dio un beso de despedida. Mientras conducía de regreso a Chelsea pensó en enviar rosas a Tiffany, pero no pudo encontrar una floristería.

—Quizás —como dice ahora—, fue para bien.

13. La vida suave

Honeychile Schultz estaba ganando, no había duda sobre ello. Ahora Bond estaba en peligro de convertirse en el segundo Mr Schultz. La historia que había contado sobre su asunto con Tiffany meramente subrayaba el hecho. Hasta entonces no me había dado cuenta de cuán débil era realmente con las mujeres una vez ellas habían atravesado sus defensas; debería haber reconocido la pauta. Aquellas citas de una noche, los asuntos de hola-y-adiós,... las relaciones rígidamente controladas con mujeres firmemente casadas, eran evidentemente las maniobras de un hombre determinado a mantener a las mujeres a raya.

Fleming había comprendido esto perfectamente cuando dijo que Bond, como la mayoría de los hombres duros, era blando por dentro. Bond era esencialmente sentimental y en el fondo un amante vulnerable. Y Honeychile, quien era más bien lo opuesto, debía haberlo apreciado, especialmente después de lo del día anterior. La moraleja del asunto Tiffany ciertamente no se le había pasado.

Bond, sin embargo, parecía ajeno a lo que pasaba: tenía otras preocupaciones en su mente. Después de nuestro día a bordo del *Honeychile* había esperado que continuara con la historia de su vida desde 1955: el memorable año de la misión que Fleming ha descrito en el más colorista de todos sus libros, *Desde Rusia con amor*. Bond tenía otras ideas. Yo estaba sentado en la terraza después de desayunar y me costaba terminar de leer un ejemplar del día anterior del *New York Times* cuando apareció. Iba elegantemente vestido con la reglamentaria camisa azul oscuro de James Bond y pantalones blancos de tela recién lavados. Iba, dijo, a pasar el día con Mrs Schultz, pero esperaba una llamada telefónica de Londres. ¿Sería tan amable de asegurarme de recibirla por él cuando llegara?

—¿De quién es la llamada?

Hizo una pausa.

—De Universal Export. De M para ser preciso. He intentado contactar con él toda la semana. No puedo imaginar qué se trae entre manos. Money Penny prometió asegurarse de que llamaría.

—Y si lo hace, ¿qué debo decirle?

—Simplemente dígame que casi hemos terminado y que espero verle pronto. Dígame... —en ese momento hubo un agudo estruendo desde un automóvil frente al hotel. Mrs Schultz le saludaba desde su Rolls. Bond se encogió de hombros—. Dígame que me gustaría saber qué es lo que pasa.

Pero M no llamó, y era tarde cuando Bond reapareció en el hotel. Honeychile estaba con él, mostrándose, como los columnistas de chismes dicen, «muy radiante». Ahora había un indicio de poder en su belleza, un sutil destello de triunfo en esos grandes ojos azules. Era la que hablaba; Bond, generalmente, bebía. Habían estado

practicando pesca submarina. Aparentemente, Bond había cogido un pez espada de tres metros. La idea parecía ajena al personaje, pero presumió mucho de cómo había actuado, manejándose «como todo un auténtico profesional».

—Nunca lo imaginé como pescador —dije.

—No lo soy. La pesca es para viejos.

—No nuestra clase de pesca, querido —insistió Honeychile—. La nuestra es para ricos.

Bond no dijo nada, pero cuando se marchó, preguntó:

—Bien, ¿llamó? —cuando le dije que no, sacudió la cabeza y dijo—: Bien, supongo que eso lo decide. Habría divertido a Ian. ¿No intentaron que se interesara en la pesca cuando se retiró?

—¿Quién está hablando de retiro?

—Yo lo estoy. Ya he tenido suficiente de permanecer aquí, esperando mientras ellos deciden si me hacen volver o no. Gracias a Dios por el llorado Mr Schultz... y por su fortuna, y su esposa.

—¿No se aburre? —dije.

—¿Aburrido? No tan aburrido como estaría en Londres, esperando mientras deciden si todavía estoy en forma para simplemente un misión más. Ya he tenido suficiente de eso. Siempre ha sido lo mismo.

—¿El qué?

—La incertidumbre y el aburrimiento: esperar y preguntarte si todavía estás a la altura, y todo el tiempo en ascuas hasta que M esté preparado para emplearte. Fleming conocía esta sensación: la describe cuando escribió acerca del verano posterior a la marcha de Tiffany. Aquella fue la primera vez en mi vida en que realmente desperté por la mañana sintiéndome aburrido.

Esto había sido un desarrollo ominoso para Bond, la primera, pero no la última vez en su vida en que se encontró sin su habitual ansia de vivir. Normalmente Bond vivía en tal cima de intensa actividad que ese estancamiento era insufrible, y lo que Fleming llamó «el fofo abrazo de la vida suave» pronto le tuvo agarrado por el cuello. Comenzaba a sentirse ahogado.

Al principio Bond echó la culpa de todo este humor a la marcha de Tiffany. Cuando éste rehusó marcharse comprendió la verdad. La vida que había llevado le estaba alcanzando, la naturaleza se tomaba su revancha. Quizás le había pedido demasiado a sus nervios de hierro y físico indestructible, y el aburrimiento de aquel verano no era ninguna fase transitoria sino una aflicción acumulativa del espíritu lo que le causaría problemas en los años siguientes.

Aquello también marcó una pauta en su vida. De aquí en adelante confiaría cada vez más en sus misiones para mantener el aburrimiento de su vida normal a raya; y no por nada describe el aburrimiento como «el único vicio que condeno totalmente».

La extraña inercia en que le veía ahora, comenzó claramente en aquel verano de 1955, cuando tenía treinta y cuatro años.

La misión turca, que Fleming escribió en *Desde Rusia con amor* fue importante para Bond en muchos aspectos; no siendo el menor el que lo sacara de la depresión. Pero hubo otros factores que hicieron también de toda esta misión una especie de punto decisivo en la carrera de Bond.

El resumen de la misión dado por Fleming es sorprendentemente preciso. Tanto es así que M amenazó, durante un tiempo, con parar el libro bajo el Acta de Secretos Oficiales; y aún hoy mantiene que descubrió demasiado. Ciertamente Smersh planeó involucrar a Bond en un escándalo cuidadosamente planificado en Estambul, como Fleming dijo que hicieron. El cebo fue una hermosa joven cuidadosamente entrenada y seleccionada de su propia organización. Su nombre, como Fleming dice, era Tatiana Romanova y pretendía desertar con la última máquina descifradora rusa, la *Spektor*. Bond fue enviado por M para encontrarla. Durmió con ella, se convenció de que estaba enamorada de él, y fue durante su regreso a Londres en el *Orient Express* cuando Bond encontró y, contra todas las probabilidades, derrotó al entrenado asesino ruso Granitsky, alias Donovan Grant.

Esto fue un revés muy real para los fríos hombres duros de Smersh. Desde luego, este incidente fue más que una victoria para Bond de lo que Fleming podría revelar. Pues, naturalmente, la misión turca debe ser evaluada contra el peculiar trasfondo de toda la vida de Bond en el Servicio Secreto. La verdad era que este intento de Smersh fue simplemente un episodio más en su vendetta contra Bond. Granitsky estaba intentando vengar al una vez mejor asesino de Smersh, el que había matado a *Le Chiffre*, Oborin. Pero había algo más que eso. En aquel momento el directorio de Smersh había averiguado la verdad sobre los libros de James Bond y comprendido la escala del engaño. Hubo algunas presiones para hacer públicos los hechos, pero fueron enérgicamente resistidas por el resuelto general Grubozaboyschikov, el jefe de Smersh. Tenía sus enemigos dentro del partido y como taimado *apparatchik*^[56] que había sobrevivido tanto a Stalin como a Beria, sabía lo peligrosas que tales revelaciones de su credulidad podrían conllevar; equivocaciones menores habían costado la cabeza a hombres más grandes.

En vez de eso el general reaccionó como el hombre determinado que era. Todas las pruebas, tan cuidadosamente preparadas durante meses, de la existencia de James Bond fueron silenciosamente enviadas a los incineradores detrás del Cuartel General de Smersh en la Sretenka Ulitsa. Y al mismo tiempo también se incubó un plan infalible para destruir al Bond real. Ésta, y no el débil argumento que Fleming da, fue la verdadera razón por la que un asesino como Granitsky fue encargado de asesinarle. Por eso fueron trazados unos planes tan elaborados para tentarle en Estambul y, también, por lo que la victoria de Bond a bordo el *Orient Express* fue todo un triunfo.

Pero los sucesos de aquellos días del otoño de 1955 no sólo influyeron en la carrera de Bond sino también en su leyenda. Fleming ha descrito la frenética manera en que Smersh trató de asesinarlo; incluso cómo en París tuvo que encarar a la archiespía Rosa Klebb, disfrazada como una vieja y dulce dama que tejía en el Ritz, que estuvo a punto de acabar con él al herirle con el cuchillo —bañado con una dosis letal de veneno de pez globo japonés— que llevaba oculto en su zapato. Gracias al vigor de Bond, y posiblemente a la baja calidad de *fugu* soviético de aquel año, sobrevivió.

Fue en este punto cuando el general Grubozaboyschikov eligió actuar como la persona realista que era. La vendetta contra Bond claramente se estaba yendo de las manos. Smersh había perdido a Oborin, a Granitsky y ahora a Rosa Klebb. Incluso para las normas rusas, todo esto era excesivo.

Ciertamente el mejor plan era muy simple: permitir a Bond continuar como el héroe de los libros de Fleming. ¿Por qué desenmascararle? ¿Por qué siquiera intentar matarle, especialmente ahora que parecía que estaba en un estado terrible por el envenenamiento de *fugu*? Las pruebas rusas de su existencia estaban destruidas y era inconcebible que operara contra los soviéticos nuevamente. Citando las palabras de un antiguo proverbio cosaco, el camarada general Grubozaboyschikov decidió «dejar roncar a los durmientes *moujiks*^[57]».

Esta decisión del general produjo la irónica situación que ha continuado desde entonces: hasta hoy los Servicios Secretos Soviéticos y Británicos han tenido un interés compartido en encubrir la existencia de Bond. Ciertamente, después del fiasco de la conspiración de Smersh detallada en el libro de Fleming *Desde Rusia con amor*, James Bond estaba a salvo de una involuntaria exhibición por parte de los rusos.

Aunque, para ser sinceros, ésta era la menor de sus preocupaciones; su verdadero problema era el agotamiento. El aburrimiento estival era esencialmente un síntoma de un desorden más profundo y la tensión de su misión turca —las muy extraordinarias demandas físicas de la infatigable Miss Romanova y la lucha con su horrible enemigo, Granitsky— realmente le habían agotado. Por eso fue que estropeó el final de la misión. Como dice, de haber estado en forma, la Klebb no lo habría burlado de la manera en que lo hizo; sólo sus torpes reacciones le dejaron conseguir aquel puntapié ganador. Tan agotado estaba que Fleming empezó a hablar de *Desde Rusia con amor* como si fuera el último libro de su héroe.

Pero otros también metieron la pata, incluso el normalmente astuto René Mathis. En verdad un hombre de su experiencia debería haber hecho algo mejor que consignar a Rosa Klebb en una cesta de lavandería sin registrarla. Klebb se tragó una cápsula de cianuro que llevaba escondida llegando muerta al Cuartel General del Deuxième Bureau. La investigación posterior libró a Mathis de toda responsabilidad en la muerte de la mujer.

Bond tuvo unas malas semanas ese otoño y pasó varios días, fuertemente

protegido y sedado, en una pequeña enfermería privada en París. Dice que el primer efecto de la droga fue un dolor enorme y una sensación de asfixia. Nunca perdió todo el conocimiento y debe enteramente su vida a Mathis quien lo dio la respiración artificial hasta que llegó el doctor. Al principio se temió seriamente que la droga causara daño o parálisis permanente en el sistema nervioso. Gracias al vigor de Bond no fue así. Quince días después Bond regresaba a casa a bordo de un Comet del Mando de Transporte de la R.A.F. fletado especialmente para él. Pasó otra semana en la Clínica de Londres, donde fue probado y examinado por varios de los mejores científicos médicos del país. Dictaminaron que estaba virtualmente recuperado. M — quien, incidentalmente, no le había visitado en el hospital— esperaba su regreso al servicio.

No fue tan simple. Bond no estaba en estado de trabajar. Los síntomas de la «vida suave» que le habían afligido aquel verano parecían haber vuelto y, solitario como era, Bond encontraba que no tenía nadie a quien recurrir. Tía Charmian se había trasladado a Sussex y la muchacha rusa, Tatiana, había desaparecido completamente de su vida. Después de un largo interrogatorio, con el nombre cambiado, Tatiana fue enviada como inmigrante a Australia; Bond no está seguro dónde.

Afortunadamente para Bond había un hombre que podía ayudarle: el notable neurólogo y consultor del Servicio Secreto, Sir James Molony. Bond le tiene devoción, y todavía insiste en que salvó su razón. Ciertamente los dos hombres han seguido siendo grandes amigos, con Molony como lo más cercano a un psiquiatra y padre confesor en el esquema de las cosas de Bond. También probó ser un aliado útil —particularmente contra M cuando surgió la necesidad— y ha interpretado un papel vital en mantener la eficiencia de Bond desde entonces. Es una historia intrigante.

Bond todavía recuerda la primera tarde en que Molony le visitó en Wellington Square. Bond en ese tiempo estaba incomunicado; encontraba difícil dormir o encarar a alguien. A Sir James le había costado bastante trabajo persuadir a May —quien estaba muy preocupada— para que le dejara entrar. Debía, dijo, entregar a Bond un presente —una botella de Wild Turkey— e iba a permanecer levantado media noche para ayudarle a beberla. Al principio Bond estuvo suspicaz; había llenado su cupo de doctores en los últimos días, pero, como se dijo a sí mismo, éste era el primero que le había traído algo para beber. Sir James pareció indiferente a la hosquedad de Bond. Dublinés, tenía lo que los irlandeses llaman «un don especial» y gradualmente Bond hizo lo que nunca había hecho antes: comenzó a hablar de su niñez y padres y el principio de su vida. Sir James era un hábil oyente... y bebedor. Antes de terminar la noche, Sir James sabía más sobre James Bond que nadie.

Por su larga experiencia con el Servicio Secreto reconoció el modelo al que se ajustaba Bond. Era lo que llamaba un «puritano romántico» cuya naturaleza dividida estaba en conflicto constante consigo mismo.

—¿Quiere decir —dijo Bond— que nunca he madurado?

—No, no es eso en absoluto. Es simplemente que nunca se las ha arreglado para resolver los dos lados de su naturaleza. Más bien al contrario: el modo de vida por el que ha optado exagera por naturaleza aún más el conflicto entre ambos.

—¿Qué quiere decir? —dijo Bond.

—Uno de sus lados, el puritano escocés, anhela tener todo en orden. Es básicamente la influencia de su padre: es obvio por su piso y por su manera de vestir. También está en su cara. Pero entonces el otro lado de usted, el lado de su madre, se enferma por todo este orden y restricción. Aquí es cuando usted estalla y desea escapar. El problema es que el puritano le dejar sólo hacer eso en el cumplimiento del deber, en una misión legítima. No es de extrañar que haya tanta tensión.

Molony dijo todo esto tan serenamente que Bond repentinamente se sintió asustado.

—¿Quiere decir que no hay cura? —dijo.

—No exactamente. Es bastante sencillo saber lo que esconde, ahora hay que encararlo.

—¿Pero eso significa que he terminado con el Servicio?

—No, si es usted sensato. Este carácter suyo es el que le hace perfecto para su trabajo, tiene la psicología ideal. ¿Por qué si no cree que ha sobrevivido tanto tiempo?

—¿Qué va mal conmigo entonces?

—A veces, como ahora, la tensión entre los dos lados de su naturaleza es demasiada. Es entonces cuando el aburrimiento y el letargo comienzan. Y contra eso debemos pelear.

—¿Podremos? —dijo Bond.

—Oh, ciertamente. He desarrollado una terapia para hombres como usted.

La «terapia» comenzó al día siguiente en la gran casa de campo de Sir James Molony cerca de Sevenoaks. Resultó ser un intensivo curso de choque en lo que llamaba «vida mejorada». En principio, este curso había sido creado para altos ejecutivos y profesionales agotados, y Sir James la adaptó a los requerimientos de Bond; estaba intrigado en ver como respondería éste. Trabajaron mucho el llamado «ejercicio básico»: correr, nadar y pruebas de gimnasio, y hubo conducción rápida y un curso de ataque cuidadosamente ideado que ocupó toda una tarde. A todo esto le siguió una sucesión de complejos problemas intelectuales y matemáticos «simplemente para estirar el cerebro», masajes, controles dietéticos y pruebas médicas. Sir James le trató duro; y no le sorprendió cuando Bond respondió.

Aún así, estaba preocupado, y Bond todavía está agradecido por la forma en que le defendió ante M. M, por supuesto, no disculpaba a nadie —ni él mismo era de los que pedía ayuda—, y muchos lectores de los libros de Fleming han encontrado la

famosa conversación entre M y Sir James al principio de *Dr No* «cruel y desagradable», como lo definió un revisor. Ciertamente M parece desagradablemente despiadado en su actitud hacia un subordinado leal. Hay algo escalofriante en la manera en que habla de Bond como si fuera totalmente desechable —«no será el primero en derrumbarse», dijo—, y luego empieza a enumerar ese pavoroso catálogo de todas las partes y trozos que el ser humano promedio puede prescindir: «Vesícula biliar, bazo, amígdalas, apéndice, uno de los dos riñones, uno de los dos pulmones, dos cuartas o quintas partes de la sangre, dos quintas partes del hígado, la mayor parte del estómago, un metro veinte de los siete metros de intestino y la mitad del cerebro».

Con lealtad, Bond insiste en que esto realmente fue un ejemplo del tosco pero sincero sentido del humor de M, e indica que en ese momento el jefe del Servicio Secreto estaba soportando tensión, y críticas. Recientemente se habían producido más pérdidas... y filtraciones. Se hablaba de traidores y de traición, y dentro del propio Whitehall la antigua enemistad entre el Servicio Secreto y el Servicio de Seguridad llegó a un punto crítico. La reacción de M a este tipo de tensión era siempre ser más duro: con otros así como consigo mismo. Y Bond insiste en que M tenía razón. Tenía que ser un hombre duro para llevar a cabo su trabajo.

—Demasiada sensibilidad habría estado muy fuera de lugar: nadie en la posición de M podría afrontar ser demasiado comprensivo.

Me sorprendió la forma en que Bond defendía a M, justificando incluso la manera en que ventiló su desaprobación hacia el reemplazo impuesto de su arma favorita, la vieja y fiel Beretta.

—Podría haber tenido más tacto, pero los hechos han probado que tenía la razón... como de costumbre. La nueva Walther PPK, tan fuertemente recomendada por el Armero, se ha justificado una y otra vez.

Bond dice que le debe su vida, y que al cabo de unas semanas la Walther era tan parte de él como la Beretta siempre lo había sido: menos mal que la llevaba cuando batalló con el Dr No.

La misión contra el Dr No —con todos sus peligros o quizás a causa de ellos— devolvió la forma a James Bond. Era el tipo de misión en la que sobresalía. Estar de vuelta en Jamaica era como volver a casa. Al contrario que en el asunto turco con su atmósfera de traición y doble juego constante, esta misión ofreció a Bond la oportunidad de luchar contra un enemigo bien definido. A Fleming se le permitió describir la forma en que Bond rastreó al diabólico doctor hasta su escondrijo cubierto de guano en Crab Key en el Caribe. Gracias a James Bond fue destruido, y con él la amenaza al programa espacial americano desde el Cabo Kennedy. Pero hubo más en la victoria de Bond que eso. El Dr No era perverso y Bond no sintió remordimiento por darle la muerte que finalmente le llegó.

A su regreso, sin embargo, Bond no recibió la bienvenida que merecía, pues

repentinamente la atención de aquella fuerza motriz de la guerra secreta estaba concentrada en un lugar: la Europa del Este. Durante la ausencia de Bond, Hungría se había alzado en rebelión contra sus amos rusos. Sus fronteras con Occidente estaba abiertas. Con todos sus satélites orientales en desorden, la propia Rusia estaba amenazada; y los servicios secretos occidentales repentinamente parecieron ofrecer lo mejor de sí mismos desde el fin de la guerra.

Durante varios días Bond estuvo confinado a trabajo de rutina dentro del departamento. El Cuartel General estaba en alerta de veinticuatro horas y Bond se unió al grupo de sobrecargados hombres y mujeres que se mantenían en contacto con los sucesos de la Europa Oriental. Había una sensación de historia en hacerlo, mientras los informes venían zumbando a través de la sección de comunicaciones en el decimotercer piso. Hubo apresuradas conferencias, peticiones para llegar hasta el final y, mientras la lucha rugía en Budapest, Bond se encontraba robando unas horas de sueño en una cama de campaña en la sala de guardia para luego sudar tinta todo el día sin mucha oportunidad de descansar. Fue un período agotador y frustrante. Le desagradaba la sensación de esperar impotentemente, mientras otros hacían la lucha. Sabía que M estaba clavado en su oficina, pues apenas lo veía ahora. Sólo ocasionalmente tenía alguna oportunidad para hablar con el Jefe de Estado Mayor, quien parecía, si era posible, más sobrecargado de trabajo que nunca.

Hungría se había convertido de la noche a la mañana en un campo abierto para toda clase de operaciones encubiertas desde Occidente. La C.I.A. americana había tomado parte en el levantamiento —de forma muy importante—, y ahora buscaba explotarlo; al igual que los británicos. Tenían infiltrados dentro de Budapest. Bond sabía que estaban trabajando duro reclutando a otros e intentando agrandar su red para el futuro. Cuando los tanques rojos avanzaron y quedó claro que la revuelta pronto terminaría, comenzó la verdadera presión. Pero aún entonces pareció que Bond no sería más que un espectador en la sala de guardia de Regent's Park. Sabía que varios miembros de la sección 00 había estado en Hungría. Los envidiaba, pero sabía bien que debía evitar averiguar más sobre ellos. La curiosidad podía ser un hábito peligroso en el Servicio Secreto.

Entonces, sin la menor advertencia, Bond fue convocado para una entrevista con M. Era la primera vez que había hablado con él durante semanas y M mostraba signos de cansancio. Sus ojos estaban hinchados, la espartana oficina olía a conferencias nocturnas y humo de tabaco viejo. Se recostó en la silla, masajéo su cuello y luego se sirvió algo de café de un jarro Thermos.

—Bien, zafarrancho de combate, 007. Espero que se sienta más fresco de lo que aparenta.

—Estaba esperando algo de acción —replicó Bond.

—Eso es en lo que usted siempre piensa —gruñó M irritado, sorbiendo su café—.

Quizás tiene razón —agregó, mientras se levantaba de su silla—. Quizás tiene razón. Ahora, como ya habrá probablemente deducido, le he tenido aquí en reserva durante los últimos días por si acaso algo iba mal. Desgraciadamente así ha sido. Le necesito en Budapest lo más rápido posible. Coja una silla y se lo explicaré.

Parece que durante varios días M había estado preocupado por la información que llegaba de Hungría. Se habían producido demoras inexplicadas y, recientemente, el caos en el país había supuesto la ruptura en las comunicaciones. Ciertos hechos se filtraron, sin embargo, algunos de ellos correctos, otros demostrablemente falsos y, como M dijo, era esencial conocer «todo el cuadro». 009, antiguo profesor de la Escuela de Estudios Eslavos, había estado en Hungría desde mucho antes del levantamiento. Hacía cuarenta y ocho horas, sus transmisiones cesaron. M dijo que esto era «muy inquietante» —uno de las frases favoritas de M que realmente significaba «desastroso»— pues, como Bond coligió de la evasiva información de M, 009 había actuado como enlace entre los diversos grupos de resistencia dentro de Budapest. Había tenido la tarea de organizar el futuro en el país, y a él sólo se le había confiado la lista completa de nombres, contactos y potenciales agentes.

—Muy en contra de toda la práctica aceptada eso de tener un hombre con tantas vidas en juego —dijo M—. Pero no había alternativa. Fue un riesgo que tuvimos que correr. Parece que hemos metido la pata.

M miró a Bond. Hubo silencio en la sala. Ambos sabían muy bien qué sucedería si la información de 009 llegaba al enemigo. Ambos sabían qué era necesario hacer.

—El jefe de Estado Mayor tiene toda la información que tenemos sobre 009 y ya ha hecho los arreglos para su viaje a través de Viena.

La dominante voz estaba calmada. Sólo la forma en que agarraba su pipa revelaba algo de la tensión que sentía.

—Haré todo lo que pueda para encontrarle —replicó Bond.

—Él ya no importa. Ahora es la lista la que cuenta —dijo M.

Todas las revoluciones parecer oler igual y Budapest aquel fatal otoño tenía algo en el aire que Bond reconoció de inmediato: el inolvidable perfume de la violencia. Era el olor agrio y ácido de edificios ardiendo y cuerpos insepultos; el tufo de la cordita y los vapores de los motores diesel de los tanques rusos que atestaban las calles. Pero ahora también se apreciaba el olor de la desesperanza, y Bond comprendió que debía apresurarse. Había todavía bolsas de resistencia. Los estudiantes resistían en la universidad y en el barrio sur estaban los gigantescos bloques de pisos donde comenzó la resistencia. En partes de la ciudad vieja todavía ondeaba la bandera de la liberación, pero ahora estaba claro que la sublevación estaba condenada. Los tanques rusos controlaban las calles. Las tropas del gobierno lentamente recuperaban la ciudad. Pronto comenzarían los arrestos, los juicios, las represalias. Pronto todo habría acabado.

Bond iba vestido como un trabajador: gorra y camisa gris, un par de viejos monos. Durante una revolución también hay que pasar tan inadvertido como sea posible. Hablaba suficiente ruso para mantener la historia de su cobertura de experto en la gran fábrica soviética de automóviles en las afueras de la ciudad. En Viena había sido provisto de sus documentos y moneda local. Su única arma era la Walther PPK en su pistolera de hombro. Ahora estaba acostumbrado a ella y era tranquilizador sentir su bulto sólido contra la axila.

Durante las pocas horas que había pasado en Viena, había obtenido ciertas pistas sobre 009: una dirección en la ciudad vieja donde 009 había permanecido a menudo, una muchacha llamada Nashda de quien se decía era su amante y un hombre llamado Heinkel. El Jefe de Estación en Viena había sido ligeramente vago sobre el tal Heinkel. Era supuestamente mitad alemán, mitad húngaro, y había trabajado con el movimiento de liberación en la ciudad. Parecía tener algún tipo de ayuda privada tras él y afirmaba estar respaldado por los americanos. Ciertamente tenía dinero, armas y un transmisor, y 009 evidentemente habido confiado en él. Fue a través del montaje de Heinkel que había hecho contacto por radio con la estación británica en Viena.

En Viena la tarea le había parecido a Bond bastante directa —la mayoría de las misiones siempre parecían directas durante la información; las complicaciones empiezan después—, pero ahora que estaba en la ciudad, comprendía lo difícil que resultaba. Debía encontrar a un hombre cuya misma naturaleza era ser elusivo. La ciudad estaba en el caos. No había teléfonos ni transporte, y si los rusos le cogían... Bond se preguntó cuánto tiempo su acento y sus documentos satisfacerían a aquellas achaparradas y decididas figuras con sus cascos con estrellas rojas y sus ametralladoras.

Hubo muchos disparos aquella tarde y Bond decidió ocultarse hasta el anochecer. Había un bloque de pisos sin terminar cerca de la Estación de Deli; desde allí pudo ver una cortina de humo ascender desde el otro lado del Danubio. Una vez cayó la oscuridad fue más fácil atravesar la ciudad. Los rusos tenían sus focos a todo lo largo del río, pero el peligro principal residía en sus patrullas y puntos de control en las calles. Los esquivó sin demasiados problemas.

La dirección que buscaba resultó ser un pequeño apartamento en un viejo y gran bloque de casas junto al río. El ascensor estaba fuera de servicio y no había nadie por allí. La electricidad también estaba cortada y Bond tuvo que avanzar a tientas la empinada escalera, encendiendo cerillas mientras intentaba encontrar la puerta que buscaba. Llamó al timbre y no hubo respuesta, pero cuando empujó la puerta ésta se abrió. Encendió otra cerilla. El pasillo era un caos, con cuadros arrancados de las paredes, muebles destrozados y cajones vaciados sobre el suelo. Había sangre también a lo largo de la pared. La cerilla se apagó: Bond sacó su arma y luego encendió otra. Había un dormitorio que daba al vestíbulo, y a la vacilante luz de la

cerilla pudo ver una gran cama metálica. Alguien yacía en ella; Bond reconoció los ojos y los finos rasgos sobre la garganta horriblemente seccionada. Era 009. Entonces la cerilla se apagó. Bond supo que no había necesidad de encender otra.

¿Qué debía hacer? M había hablado de una lista, pero era inverosímil que estuviera en el piso... aún cuando 009 la hubiera hecho. Quienquiera que le matara había rebuscado bastante bien. Pero una vez más Bond no tenía idea de quienes podrían haber sido los asesinos y, con los soldados rusos en las calles, tenía muy pocas oportunidades de averiguarlo. Parecía que la misión estaba abortada. Todas esas semanas de trabajo... todos los riesgos —y ahora la muerte de 009— habían sido en vano. Lo único que podía esperar era conseguir salir rápido... y dejar las explicaciones hasta estar cara a cara con M. Otros habían cometido el fallo. Había hecho todo lo que pudo. Bajó su arma y giró para irse.

El piso estaba en total oscuridad y tanteó en su camino hacia la puerta. Pensó que podía recordar donde estaba, pero se encontró tropezando contra los muebles. Extendió su mano para protegerse y tocó algo blando. Era un pecho de mujer.

—No se mueva —dijo una voz—; sólo levante sus manos.

Lo hizo, entonces se sintió cacheado en la oscuridad. Alguien encontró la pistolera de su hombro y le quitó el arma. Entonces una linterna eléctrica brilló justo ante su cara.

—Vamos —dijo la voz desde atrás—. Llegamos tarde.

Había dos de ellos: la mujer que tenía un arma y un hombre que sujetaba la linterna. Éste también tenía un arma que estaba presionada incómodamente contra los riñones de Bond. Bond vio que ambos iban vestidos de blanco, como enfermeros, y cruzando la calle había una pequeña ambulancia blanca.

—Entre —dijo el hombre.

La mujer tenía el arma ahora. Bond cumplió la orden.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—A ver a un hombre llamado Heinkel —replicó ella—. Le está esperando.

El conductor evidentemente conocía la ciudad y aunque la ambulancia fue detenida varias veces por tropas, fue inmediatamente liberada. Viajaba rápido, con su gimiente sirena a través de las calles desiertas. Bond miró hacia la mujer. Tenía una cara de pudding, redonda y blanca, y gafas con montura de acero inoxidable. Vestía la cofia de una enfermera con una gran cruz roja y sujetaba el arma dentro de su delantal. Algo en su expresión le dijo a Bond que le gustaría usarla.

Hasta donde podía juzgar la ambulancia viajaba por un largo bulevar. Entonces frenaron y giraron hacia unas altas puertas. Parecían estar dentro de un parque. Hubo más puertas, árboles, una larga pared y finalmente la ambulancia frenó junto a un edificio gris ilegalmente ocupado. Había una extraña hediondez en el aire, y repentinamente el silencio de la noche fue destrozado por un grito agudísimo. Fue

extinguiéndose, como el aullido de un alma atormentada, hasta quedar convertido en un horrendo sonido histérico. Bond retrocedió. La mujer rió y le empujó hacia adelante con su arma.

—Venga. Salga. Está inquietando a los inquilinos.

—¿Inquilinos? —dijo Bond.

—Seguro. Las hienas. ¿No ha visto un zoológico antes?

El edificio era la jaula de los monos del mundialmente famoso zoológico de Budapest. Debido al levantamiento no había cuidadores, pero había luces en la oficina; Bond fue conducido dentro. Detrás del escritorio se sentaba un hombre enorme con una desgastada cazadora de cuero, fumando un puro. Tenía un subfusil ametrallador sobre el escritorio frente a él y asintió lacónicamente cuando Bond entró.

—No hubo suerte —dijo la mujer—. Buscamos en el lugar nuevamente de arriba abajo, pero no había rastro de ello. Este tipo apareció, sin embargo, como dijiste que podría hacer. Es Inglés, por su forma de hablar. ¿Debo disponer de él?

La cara redonda y gris de la mujer estaba bastante impasible, pero Bond pudo detectar un ávido centelleo tras las gafas.

—Por el cielo, Rosalie, querida mía. ¡Qué modales! ¿Disponer de Mr Bond? Qué pensaré si hablas así. Por favor déjanos, Rosalie. Tenemos asuntos importantes que discutir —la voz del gran hombre era suave, recordando a Bond el Peter Lorre de *El halcón maltés*—. Inmediatamente, Rosalie, querida mía.

La mujer saltó, luego se escabulló. El hombre grande se rascó y bostezó.

—Disculpe todo esto —dijo—, pero son tiempos de lo más desagradables. Siéntese. ¿Una bebida? Mi nombre es Heinkel. Mis hombres y yo hemos estado aquí desde que empezó el levantamiento. Encontramos el zoo desierto cuando los rusos llegaron. Es un buen lugar para ocultarse. ¿Así que ha venido en busca del pobre 009? Viena me dijo que estuviera al tanto de usted cuando hablé con ellos esta tarde. Ha sido sumamente afortunado de poder llegar.

Una mano grande cubierta con denso vello negro empujó una botella de Dimple Haig a través del escritorio. Bond se vertió una medida generosa y se la bebió de un trago. Después del hambre del día le supo bien.

—¿Quién asesinó a 009? —preguntó.

El hombre grande se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Mucha gente ha sido asesinada aquí en los últimos días. Está en buena compañía. Lo que quisiera saber es por qué está usted aquí. Viena no me dijo eso.

—Tenían la sensación de que 009 necesitaba asistencia. Parece que tenían razón.

—¿Sólo asistencia, Mr Bond? ¿Está seguro de que no hay nada más?

—¿Cómo qué?

—¿Cómo, digamos, una lista? Simplemente por seguir la discusión supongamos que el difunto 009 registró ciertos nombres antes de morir.

La gran mano sobre el escritorio se movió hacia el arma. Mientras Bond miraba a Heinkel, pensó cuan apropiada era su guarida. Aquellos rasgos simiescos y los ojos inyectados en sangre podrían haberle mirado desde detrás de las rejillas. Ni siquiera la voz suave y la chaqueta cara podían disfrazar la esencia simiesca del hombre; ni la muda amenaza que representaba.

—Mr Bond —dijo Heinkel suavemente—. Requiero esa lista.

—¿Qué se lleva entre manos, Heinkel? —replicó Bond—. ¿De qué lado está usted?

Heinkel rió entonces; no fue un sonido atractivo.

—Del mío propio, amigo mío. Es el más lucrativo que he encontrado. Trabajo para cualquiera que me pague. Durante estos últimos días el dinero ha estado bien. Será incluso mejor si puedo encontrar de algún modo esta última voluntad y testamento de 009. ¿Quién pagará más por él; su Servicio Secreto Británico, o los rusos?

—Está jugando un juego peligroso —replicó Bond—. Pero aún cuando hubiera una lista, ¿cómo podría tenerla yo? Como usted sabe, 009 estaba muerto cuando yo llegué.

—Ah, sí. Ciertamente estaba de lo más muerto. Sabemos eso. Pero usted tiene sus órdenes de a donde ir, y sabe donde mirar. Esa lista, por favor, Mr Bond. Inmediatamente.

La mano estaba sobre el gatillo y Bond reconoció el monocorde tono de voz de Heinkel; Heinkel era un asesino. Bond intentó un farol.

—Suponga —dijo—, suponga que tengo la lista de la que habla. ¿Cuánto supondría para mí?

—No hay trato, Mr Bond^[58]. O nos la da libremente o usaremos la fuerza. Si usamos la fuerza no será agradable. Recuerde lo que le sucedió a su amigo 009.

Bond había estado calculando fríamente la línea de fuego del subfusil ametrallador. Era una situación que frecuentemente había tenido que encarar en los entrenamientos. Había un hombre llamado Roscoe que estaba en el personal de Regent's Park; el Armero del Servicio le había reclutado de un circo. Su especialidad era esquivar balas e instruyó a la sección 00 en este arte inapreciable. El secreto consistía en la velocidad y en crear alguna diversión. Bond había llegado a ser bastante bueno en esto, pero nunca había tenido que usar su habilidad contra un hombre como Heinkel.

Afortunadamente su cerebro estaba muy claro. Una vez más encontró que el peligro era un estimulante, y cuando se movió lo hizo con la coordinación de un atleta. Lanzó su derecha y envió la botella de whisky a destrozarse contra la pared. A

la vez lanzó su cuerpo lateralmente para que cayera protegido por el escritorio. Cuando Heinkel comenzó a disparar las balas pasaron treinta centímetros por encima de él.

Fue un intento bravío, pero inútil. Antes de que Bond alcanzara a Heinkel, la mujer y dos hombres con automáticas se habían precipitado dentro, y desde el suelo Bond se encontró encarando las negras bocas de sus armas.

—¿Lo quieres muerto, Heinkel? —chilló la mujer.

—Aún no, Rosalie. Se merece algo mejor que una bala. Y todavía puede ser útil. De pie, Mr Bond. Y tenga cuidado. Rara vez fallo una segunda vez.

Lentamente Bond se levantó. Heinkel clavó en su estómago el subfusil ametrallador.

—Ahora Rosalie. Por favor registra a este caballero: completamente.

Fue una actuación obscena, pero no hubo nada que Bond pudiera hacer mientras los pegajosos dedos comenzaron a desvestirle. La pequeña lengua roja de la mujer era visible. Los ojos resplandecían tras sus gafas.

—Tómate tu tiempo, Rosalie —dijo Heinkel, mientras comenzaba a explorarle.

Bond cerró su mente a lo que estaba sucediendo. Finalmente Heinkel le ordenó que se detuviera.

—Es suficiente, Rosalie. No está ahí.

Bond se sintió más desnudo que jamás antes en su vida.

—Ahora Mr Bond —dijo Heinkel—. Me siento generoso, pero no abuse de mí. Le daré una oportunidad más. Nos marcharemos por la mañana. No hay nada más para nosotros en Budapest y debemos regresar para recibir nuestra bienvenida de héroes por parte de los americanos. Tiene hasta entonces para recordar donde ha ocultado esa lista que queremos. Si su memoria mejora, podrá tener su libertad. Si no, permanecerá aquí hasta que los rusos le encuentren... y me aseguraré de que sepan exactamente quien es usted.

Se puso de pie y se detuvo para encender un puro. Uno de los hombres retorció el brazo de Bond en su espalda como una advertencia.

—Oh, y a propósito, Mr Bond. Tendrá compañía. Tenga cuidado en como trata a su compañero de habitación. Es más grande que usted.

Bond fue arrastrado hacia el pasillo principal de la jaula de los monos. Ninguna de las jaulas había sido limpiada desde hacía días —la hediondez era abrumadora—, y mientras Bond pasaba, pequeños y brillantes ojos nocturnos miraban a este extraño simio desnudo caminando por el lado equivocado de los barrotes. Algunos de ellos le chillaron. Había pequeños monos grises, apilados como pájaros en sus perchas, corteses orangutanes, neuróticos rhesus y mandriles cara de hierro con sus pelados traseros. Bond pasó ante todos y al final del pasillo vio una pequeña puerta de acero. Uno de su captores la abrió y empujó a Bond dentro.

—Dulces sueños, Mr Bond. Su gusto en exóticas compañeras de cama es legendario y sólo lamento que seamos incapaces de proveerle con algo más estimulante. Pero al menos podemos garantizarle que no se aburrirá. Buenas noches Mr Bond, y adiós.

Una gutural risa de autosatisfacción resonó entre las jaulas de acero; los pasos retrocedieron por el pasillo y una puerta se cerró con un ruido metálico. Bond aguzó sus oídos pero no pudo oír nada.

La paja bajo sus pies estaba húmeda y esponjosa y la hediondez en la jaula era abrumadora. El hedor del estiércol acumulado luchaba con la nauseabunda dulzura de la comida podrida, pero sobre ambos Bond detectó el fétido e inconfundible olor que sólo un animal aterrorizado puede exudar.

Se quedó quieto como una roca esperando a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Mirando arriba vio que esta parte de la jaula estaba abierta al cielo: bajas y densas nubes borraban la luz que la luna pudiera emitir, pero pudo percibir los barrotes de la jaula y un paseo de cemento más allá.

Repentinamente oyó crujir la paja y una forma negra avanzó y chocó pesadamente contra los barrotes. La criatura chilló y brincó de vuelta a la oscuridad, e inmediatamente se lanzó nuevamente a los barrotes y los sacudió violentamente. Descendió gradualmente y después de arrojar paja al aire y cubrir su cabeza completamente, volvió a su rincón.

Bond no necesitó que un zoólogo le dijera que su compañero de celda era un gorila.

Intentó evaluar la situación. Hasta ahora el animal había ignorado su presencia, pero claramente era sólo cuestión de tiempo hasta que se volviera hacia él. Algo en el fondo de su mente le dijo que los gorilas eran exclusivamente vegetarianos, pero en tales circunstancias no pareció tranquilizante. Estaba desnudo y desarmado, y su adversario era dos veces más poderoso que cualquier hombre con el que se hubiera encontrado.

Arrastrando los pies a través de la paja, el gorila se agachó de nuevo cerca de los barrotes. Durante un momento se irguió y Bond pudo ver exactamente cuán enorme era. Bajo su enorme, sobresaliente, ceja dos resplandecientes ojos brillaron ominosamente en la oscuridad. Pensativamente, sujetó un barrote con cada enorme mano y les dio una sacudida experimental. Nada se movió. Gritó con rabia y, moviéndose más rápido de lo que Bond había anticipado, corrió alrededor de la jaula apenas tocando las paredes o el suelo, pareciendo rebotar en cada superficie como un enorme proyectil peludo.

Se paró en su rincón y Bond le oyó respirar airadamente y rezongar para sí. Segundos después volvió a emerger a la luz. Entonces Bond vio algo blanco detrás de él. Era el cuerpo de una muchacha. Y mientras miraba, vio la mano de ella hacer un

gesto apenas perceptible: una señal de pulgar arriba.

Bond sintió una solución al alcance de su mano. Si la muchacha estaba viva había esperanza para él, para ambos. Probablemente ninguno de los animales se había alimentado durante días: estaban desesperadamente hambrientos, y enfurecidos por el miedo. Tal como él, todo lo que ansiaban era la libertad. Bond dio un paso hacia ella, pero el gorila lo vio y vociferó con rabia y terror. Saltó arriba y abajo, brincando de lado a lado, y se golpeó el pecho. En un paroxismo de furia se lanzó hacia los barrotes. Un pedazo pequeño de cemento cayó y resonó sobre el camino exterior. Bond sintió que no había otra opción salvo atacar, y con ambas manos agarradas rígidamente juntas golpeó en el cuello del simio.

Eso fue una equivocación. Aunque los bordes de sus manos estaban duros gracias a su entrenamiento de karate, los sintió magullarse contra el sólido collar de músculo y pelo que protegía al simio. Éste lanzó su largo brazo y le hizo perder el equilibrio. Cayó al suelo, pero instantáneamente estuvo de nuevo en pie y listo para esquivar el ataque que había provocado tontamente.

Para su asombro, el gorila, en vez de embestirle, se lanzó una vez más contra los barrotes. Esta vez un pequeño alud de cemento cayó y uno de los barrotes se combó visiblemente.

Bond supo de repente que su única oportunidad de supervivencia estaba en aterrorizar todavía más al animal. Llenó sus pulmones y soltó lo que confiaba fuera una escalofriante imitación del grito de un gorila. Al mismo tiempo aporreó la puerta de acero con ambos puños.

El animal reaccionó como esperaba. Le devolvió el grito pero agarró el dañado barrote y lo sacudió con todo el poder de su cuerpo de dos toneladas.

Bond gritó, aulló y bramó hasta que su garganta quedó seca. Golpeó y pateó la puerta hasta que sus pies y manos quedaron magullados. Aulló a la muchacha que se uniera a él. Gritó y golpeó también. El gorila parecía tener un ataque de histerismo. Sacudió los barrotes y chilló con ellos.

Por fin, con un estrépito de cemento, el aflojado barrote cayó lejos y, mientras golpeaba el suelo, el gorila se desvaneció en la oscuridad.

Bond se desplomó sobre el suelo. Pasaron unos segundos antes de que ninguno de ellos se moviera y luego, sin una palabra, se escabulleron fuera de la jaula.

El zoológico estaba desierto a excepción de un único hombre que protegía las ambulancias. Bond se ocupó de él, tomó su revólver y, más importante, sus ropas. Finalmente estuvieron lejos.

No fue hasta entonces, cuando recorrían las cercanías de la ciudad que Bond tuvo oportunidad de preguntarle a ella quien era.

—¿Quién es usted? —replicó ella.

—Mi nombre es James Bond —respondió—. Un hombre llamado Heinkel me

puso allí. ¿Y quien demonios es usted?

Apenas Bond pronunció su nombre oyó el jadeo de la mujer.

—¿Bond —dijo ella—, James Bond? ¿Por qué vino usted tan tarde? Le necesitábamos.

—¿Quién es usted entonces? —dijo Bond.

—Mi nombre es Nashda. Estaba con 009 cuando Heinkel lo mató. He estado aquí desde entonces. Heinkel no tiene idea de que estoy viva; cree que el gorila me ha matado. He estado en aquella apestosa jaula durante dos días, yaciendo allí haciéndome la muerta. Estoy segura de que pensaba que la cosa dispondría de usted del mismo modo. De hecho, estaba tan asustado de usted y de mí como nosotros de él. Todo lo que quería era salir de su jaula.

Fue un paseo de pesadilla. Mientras recorrían las cercanías de la ciudad, esquivando los refugiados, los tanques ardiendo y los bloqueos de carretera rusos, reconstruyeron gradualmente qué había sucedido. Al principio 009 había trabajado con Heinkel y había confiado en él; luego, cuando el levantamiento comenzó a ir mal, había averiguado la verdad. Heinkel era un aventurero... y un criminal: sus seguidores eran miembros de su banda. Desde hacía algún tiempo habían fingido ser patriotas húngaros. Esto les consiguió ayuda y protección de la C.I.A., pero simplemente estaban usando la confusión en Budapest como cobertura para una serie de robos a mano armada, saqueando sin oposición joyerías y bancos. Mientras, los hombres morían a centenares. Heinkel estaba enriqueciéndose, y su movimiento más despiadado de todos fue usar tres ambulancias que había requisado. Como Bond había visto, incluso había vestido a los miembros de su banda como celadores y enfermeras, y mañana por la mañana conducirían hacia Austria con lo saqueado.

—¿Qué pasó con 009? —preguntó Bond—. ¿Por qué lo mataron?

—Porque amenazó con exponerlos... y porque... —la mujer hizo una pausa.

—¿Sí? —dijo Bond.

—Porque querían cierta información.

—¿Y la consiguieron?

—No —contestó ella—. Está segura... conmigo.

Al final de aquella tarde llegaron a la frontera austríaca y por la noche estaban en Viena. Su primera parada fue la oficina del jefe británico de la Estación A en un impresionante bloque de oficinas en la Dresdnerstrasse. Repentinamente el horror de días había terminado. Y por primera vez, Bond podía concentrarse en la muchacha. Era húngara, joven y muy bonita con el pelo corto y una generosa boca grande. Por larga experiencia Bond sabía lo agradable que sería besarla. Uno de sus ojos —eran verdes y con grandes pestañas— era más grande que el otro: esto también era para Bond una fuente casi automática de atracción. Debía decirse a sí mismo que simplemente no estaba disponible. Había sido la mujer de 009. Estaba muerto. Sería

impensable comenzar a desearla en tales circunstancias. Además, ambos tenían trabajo que hacer. Antes que escribir la lista de agentes que podría ser descubierta por un enemigo, 009 había hecho que la muchacha la aprendiera de memoria antes de morir. Bond estaba impresionado por su memoria extraordinaria.

—Es simple concentración, Mr Bond —dijo ella, sonriendo discretamente—. Realmente no es nada.

Bond, quien no estaba seguro de si se burlaba de él, frunció el ceño y le dijo que su nombre era James.

—Lo sé —dijo ella.

Bond pasó algún tiempo discutiendo sus arreglos con el jefe de Estación. Era alto y quisquilloso, antiguo personal del Foreign Office. Ya se había puesto en contacto con Londres y las órdenes de M eran que la lista era demasiado valiosa para arriesgarse a transmitirla a Londres; incluso cifrada y empleando la teóricamente segura frecuencia usada por la estación. La muchacha debía ser traída inmediatamente a Londres y para asegurarse de que no había riesgo de desliz, Bond debía traerla personalmente.

—Las órdenes de M son que no se aparte de su vista ni un momento —dijo el Jefe de Estación.

—Eso suena romántico —dijo la muchacha.

Bond esperaba volar de regreso con ella aquella noche, pero fue imposible conseguir un vuelo. El dependiente de estación les reservó los billetes de primera clase en el Arlberg Expres para París.

—Querido Mr Bond —dijo la muchacha cuando se lo dijo—. Eso significa que deberemos compartir un coche cama... si va a seguir las órdenes.

El Arlberg Express dejó Viena a las 8.45 de la mañana siguiente. Bond todavía estaba receloso de la muchacha. Era un poco demasiado inteligente y hermosa para su comodidad. Pero se llevaron bien juntos. Para cuando llegaron a la estación, la había persuadido finalmente de llamarle «James».

—¿Qué hizo usted con ese diablo, Heinkel? —preguntó ella.

—No hubo mucho que pudiera hacer —contestó—. Excepto poner al Jefe de Estación a enviar un aviso general a los austríacos. Lo detendrán en la frontera si intenta atravesarla.

El tren iba abarrotado, pero la excitación del largo viaje de tren afectó a Bond como de costumbre. Pasaron el día disfrutando de su mutua compañía. Después del infierno de los pasados días, era maravilloso estar vivo y disfrutar del escenario de Austria. Por la noche cenaron opulentamente, pues Bond decidió que el Gobierno Británico le debía a esa muchacha una buena cena en el vagón comedor de primera clase. Fue delicioso, como el champagne. Y después del champagne, el café, el coñac *Courvoisier*, y un largo y nostálgico viaje a través de la noche. El pobre 009 fue

silenciosamente olvidado, mientras Bond probaba —para su callada satisfacción— que había tenido razón sobre su boca. Mientras caían dormidos al ritmo bullicioso de las ruedas Bond acalló a su conciencia diciéndole que estaba siguiendo las órdenes de M al pie de la letra.

Todavía estaba oscuro afuera cuando se despertó. El tren estaba en Alemania y en su pequeño compartimento había una tenue luz en el techo. La muchacha dormía tranquilamente a su lado. Pero Bond sabía que algo le había despertado. Su arma estaba en su pistolera. La sacó suavemente, quitó el seguro y esperó. Y entonces vio la manija moverse en la puerta. Alguien estaba intentando entrar.

Para Bond era casi un asunto de rutina asegurarse de que la puerta de su dormitorio estaba cerrada cuando estaba de misión. Antes de dormir había puesto cuñas de madera bajo ella. La manija giró de nuevo y alguien afuera en el pasillo comenzó a empujar. La puerta permaneció cerrada. Entonces la manija repiqueteó airadamente.

—Control de pasaportes; abran por favor —dijo una voz.

Bond la reconoció: del zoo de Budapest. La muchacha estaba despierta ahora. Bond le indicó silenciosamente que se vistiera, y al mismo tiempo comenzó a ponerse sus pantalones y sus zapatos.

—Nuestros pasaportes ya han sido revisados —gritó.

—Ésta es una revisión especial —gritó la voz—. Abran por favor, ahora mismo. Policía.

Ahora Bond y la muchacha estaban totalmente vestidos. La manija repiqueteó una vez más y Bond sintió a alguien empujando contra la puerta. Se abrió un centímetro.

—Está bien, Mr Bond —dijo Heinkel—. Ahora sin trucos, por favor. Quiero a la muchacha. Es valiosa, así que abra.

—¿Y si no lo hago? —dijo Bond.

—Mr Bond, es usted muy irritante y mi paciencia está agotada —la voz era suave como satén pero desagradable por la amenaza—. Se suponía que usted y la muchacha debían estar muertos; anoche dejé feliz el zoológico de Budapest con ese pensamiento. Cené brindando por su muerte, Mr Bond. Comí bien, dormí bien, y regresé a mi base temporal en el zoológico sólo para descubrir que había sido lo suficientemente impertinente como para seguir vivo, y que además había permitido escapar a un espécimen muy valioso, por no decir nada de este otro que tiene en el vagón con usted. Afortunadamente, a través de mis contactos en su oficina de Viena tuve poca dificultad en rastrearle. Pero ahora ninguno más de sus trucos, Mr Bond. Estoy comenzando a encontrarlos tediosos. Tengo cinco hombres aquí fuera; todos armados. Hemos tenido considerables problemas para unirnos a usted en este tren. Sea tan amable de no estropear nuestro viaje. ¡Ahora, abra la puerta!

Bond sabía que Heinkel no faroleaba, y así retiró las cuñas y abrió la puerta.

Heinkel estaba afuera, fumando un cigarro. En su mano derecha sostenía negligentemente el pequeño subfusil ametrallador que tenía en Budapest. Bond le entregó su arma.

—Qué conmovedor —dijo Heinkel cuando vio a la muchacha—. ¿Confortando a la novia de un camarada muerto, Mr Bond? Por aquí, por favor.

Heinkel tenía un compartimento más adelante en el tren, y Bond y la muchacha fueron empujados a través del balanceante pasillo.

—Sin prisa, Mr Bond —dijo Heinkel suavemente—. Sabe, su servicio de seguridad en Viena podría ser mucho mejor. Comprendimos por nuestro contacto allí que la joven dama tenía la información que requerimos, pero que nos podía tomar nuestro tiempo conseguirla. Quedan dos horas más hasta la frontera. Estoy seguro de que podremos hacerla hablar para entonces.

Por el ruido de las ruedas, Bond sabía que el tren iba rápido. Heinkel estaba justo detrás de él en el estrecho pasillo. Nashda le seguía. Como de costumbre en un momento de crisis la mente de Bond estaba repentinamente muy clara y, casi sin esfuerzo, se encontró calibrando las probabilidades. Si obedecía a Heinkel, sabía que ni él ni Nashda tendrían una oportunidad. Una vez Heinkel y su pandilla la hubieran torturado, no querrían testigos. Bond y la muchacha estaban condenados.

Pero al menos había una oportunidad. Los riesgos eran enormes, pero era mejor que la tortura y la muerte segura. Mientras pasaban la puerta de tren al final del compartimento, Bond pareció tropezar. Mientras giraba, lanzó su hombro contra el estómago de Heinkel, y a la vez buscó y agarró la manija de la puerta. Se movió. La puerta se balanceó abierta, y durante un espantoso momento Bond y Heinkel colgaron sobre el abismo. Afortunadamente Bond mantuvo el equilibrio. Heinkel no. Bond se irguió y, como un saco de correo sobrecargado, el gran cuerpo de Heinkel fue enviado fuera.

Bond agarró a la muchacha. Todavía estaba desarmado, pero con Heinkel desaparecido los otros pistoleros se pararon. Pero Bond sabía que en cualquier momento uno de ellos dispararía. Tenía que correr el riesgo. Hasta donde podía ver el tren estaba pasando sobre un terraplén.

—Ahora —le gritó a la muchacha. Y agarrándola, saltó.

En ese momento recordó los descensos nocturnos en paracaídas sobre el campo francés como boca de lobo durante la guerra. Instintivamente encogió los hombros, escondió la cabeza y levantó sus rodillas hasta el pecho; afortunadamente la tierra era blanda. Aterrizaron pesadamente, luego rodaron, dando volteretas juntos hasta el fondo del terraplén. Lo primero que Bond recuerda es la muchacha inclinada sobre él y preguntándole llorosa si estaba muerto.

El lugar donde habían aterrizado estaba a diez millas de Innsbruck y de algún modo cojearon hasta una aldea. Para cuando llegaron, casi era por la mañana. A Bond

le dolía mucho la espalda y le llevó la mayor parte del día el solucionar las cosas. Al principio la policía quería arrestarles; el cuerpo de Heinkel había sido encontrado unos kilómetros atrás, muerto tras golpear un puente. Bond lo identificó por su tamaño y su chaqueta de cuero. Y finalmente, después de una llamada al Jefe de Estación en Viena, Bond y la muchacha fueron conducidos a Innsbruck, para luego regresar a casa. Sólo para una vez, Bond estuvo agradecido por hacerlo en avión.

14. La verdad sobre M

Ahora me sentía triste por Bond. El Cuartel General obviamente le había tratado de forma abominable. Había estado aquí seis semanas y patentemente estaba en plena forma para el servicio. También ansiaba desesperadamente alguna palabra del Cuartel General. Sabía con seguridad que había tratado de llamar a M cinco veces por lo menos durante los últimos días, una vez incluso empacó y reservó billete a bordo de un avión con destino a Londres. Cínicamente, pensé al principio que simplemente escapaba de Honeychile, pero ahora comprendía que no era eso. Anhelaba trabajar. El Servicio Secreto era su vida y sentía una compulsiva lealtad hacia todos sus colegas del Cuartel General. Claramente le inquietaba pensar que le habían olvidado discretamente.

Tuvo que interrumpir su relato del asunto Heinkel para recibir un cable. Era la respuesta que esperaba. La leyó, hizo una mueca y me arrojó el telegrama. Era un convencional mensajito, que me hizo sentir que el Servicio Secreto tenía mucho que aprender sobre relaciones personales.

*IMPERATIVO QUE PERMANEZCA Y ESPERE ÓRDENES STOP DESISTA
INTENTOS DE CONTACTO TELEFÓNICO*

Estaba firmado, M.

Bond se encogió de hombros.

—Típico —dijo—. M está imposible estos días. Da la sensación de que piensa que seguirá en el Servicio para siempre; como el viejo Herbert Hoover en el F.B.I. Esperaba poder llegar a través de Bill Tanner. Claramente no se me permite.

Había un tinte de amargura ahora mientras hablaba y me sorprendió oírle finalmente hablar así de M. Hasta ahora siempre le había defendido cuidadosamente. Ahora el fingimiento había terminado.

—No comprendía que M fuera tan malo —dije.

—Poca gente lo hace —dijo Bond y sonrió—. Es un monstruo viejo y sabio; maravilloso en las relaciones públicas y con gran habilidad para hacerse imprescindible a una sucesión de primeros ministros, pero realmente el viejo se ha convertido en una amenaza. Te deja huella, como digo, pues solía ser extremadamente bueno. Era un líder espléndido y tuvo gran estilo, pero empecé a notar que perdía su toque por la época del asunto húngaro. Todo aquello resultó ser demasiado para él. Incluso le salvé una vez, ¿lo sabía?. Es una historia extraña.

Bond se recostó, encendió un cigarrillo y se estiró lujuriosamente. Sonrió como si el recuerdo todavía le divirtiera.

—No, fue muy extraño —dijo—. Si lee cuidadosamente entre líneas en los libros

de Fleming en ciertos lugares tendrá un indicio de lo que sucedió. Por esto, incidentalmente, fue por lo que M y Fleming tuvieron su bronca final, pero ésa es otra historia.

—¿Pero qué pasa con los libro de Fleming? —pregunté—. Una vez los rusos habían captado el engaño, ¿qué sentido tenía continuarlos?

—Como dije ayer, en cierta etapa se planeó terminarlos con *Desde Rusia con amor*. Francamente, creo que Fleming había tenido suficiente de ellos por entonces. Se estaba aburriendo de ser lo que llamaba «el fiel Boswell del Servicio Secreto»^[59]. Incluso solía lloriquearme sobre la manera en que sus amigos le culpaban por todos mis vicios. No, es enteramente a M a quien hay que culpar de que los libros continuaran. Verá, el asunto del Dr No surgió, y M vió, muy apropiadamente, que esto podría proveer maravillosa publicidad para su departamento.

—¿Pero por qué necesitaba publicidad el Servicio Secreto?

—Esa —replicó Bond—, es una pregunta infantil. En 1956 todos nos criticaban. Estaba el asunto Crabbe: recordará, el hombre-rana pillado en el puerto de Portsmouth con el último crucero ruso durante la visita de Bulganin. Provocó un buen incidente diplomático. Bien, se nos culpó por aquello; muy injustamente, tal como sucedió. Y los americanos se estaban poniendo difíciles. Muy poca ayuda valiosa llegaba de la C.I.A. Contra todo esto, los libros de Ian parecían reestablecer el punto de que nuestro Servicio Secreto era todavía el mejor del mundo. Y el asunto del Dr No por supuesto contó al público ese favorcito que hicimos al programa espacial americano. Ése era el mensaje que M quería lanzar fuerte y claro.

—¿Entonces por qué no dejar que la verdad emergiera completamente y hacer pública su identidad?

—No. No podíamos haber hecho eso. Para empenzar, Ian simplemente no era ese tipo de escritor. Creo que sólo podía escribir sobre ese ficticio James Bond que había creado en el pasado. Debía poder usar lo que solía llamar licencia de autor para jugar un poco con los hechos y los personajes cuando se sentía inclinado. Y por supuesto aquello favorecía a M pues tenía esta publicidad enormemente exitosa expuesta como ficción. En cualquier otra forma habría sido imposible.

—¿Y a usted realmente no le importó?

—Con total sinceridad, no; no hasta ahora. Mis pocos amigos íntimos estaban en el Servicio, y me divirtió encontrarme de repente convertido en una especie de héroe popular. Recuerde que fue sólo entonces —es decir en 1956 y 1957— cuando los libros comenzaron a ganar popularidad. Ian se excitó de repente con la idea de tener un super ventas en sus manos y yo realmente no podía decirle que debía parar. Solíamos llevarnos muy bien.

Otro factor en la historia de los libros fue que, justo en esa época, Bond repentinamente comenzó a tener los grandes éxitos de su carrera. Gracias a Sir James

Molony había evitado una reaparición del problema del año anterior. Jamaica —y la lucha con el Dr No— le había vuelto a poner en forma. Estaba supremamente seguro, en forma para el combate y con ese ánimo con el que se embarcó en el asunto Goldfinger.

Nuevamente, hay que estar agradecidos a Ian Fleming por simplemente estar allí para describir este golpe de lo más extraordinario contra Goldfinger. Quizás prestó excesiva atención a los aspectos más bizarros de aquel archivillano y extraordinario capitalista, Auric Goldfinger. Su hábito de trampear en las cartas, el juego de golf con Bond en Sandwich, no son de gran importancia cuando se contraponen contra el hombre real. Pero son el tipo de detalles personales a los que ningún escritor puede resistirse y la obsesión de Goldfinger por el oro —a lo rey Midas— estaba en el corazón de toda su proeza criminal. De no haber sido por Bond, indudablemente habría robado Fort Knox: y una vez esto sucediera, una vez que las reservas de oro de la nación más rica del mundo hubieran desaparecido, toda la estructura financiera de Occidente habría estado en riesgo. Batiendo a Goldfinger, Bond se convirtió en el hombre que salvó la economía mundial.

Pero cuando regresó a Londres algo claramente raro sucedía. Esperaba, si no felicitaciones, al menos una cierta calidez de M. No hubo señal de ello; más bien al contrario. La recepción de M fue claramente helada. El Primer Ministro estaba ansioso por ofrecer a Bond el nombramiento de caballero, y los americanos habían sugerido la Medalla de Honor del Congreso. M prohibió ambas, y de forma que fue vista como si James Bond hubiera estado realmente buscado honores.

Fue entonces cuando Bond percibió el primer indicio de la verdad: M estaba celoso. Ésa es también la teoría de Bill Tanner. Bond dijo que realmente no le importaba ser nombrado caballero.

—¿Y era verdad? —pregunté.

Bond sonrió tristemente.

—¿Sir James Bond? No soy realmente yo; pero a May le habría gustado, y por supuesto a Tía Charmian. Si me la hubieran ofrecido, probablemente habría aceptado. Pero no fue así.

En vez de eso, M recomendó a Bond para lo que evidentemente creía lo adecuado. Bond fue ascendido a Grado IV. Práctico como siempre. Bond se dijo que aquello era mejor que nada: de todas formas su sueldo aumentó a setecientas cincuenta libras. Y con ese refuerzo, James Bond decidió darse un capricho.

De algún tiempo a esta parte su viejo Bentley gris de 4 ¼ litros con el sobrealimentador Amhurst Villiers le había dado problemas. Había poseído el automóvil durante más de veinte años. Marthe de Brandt se lo había dado antes de la guerra y había estado aferrado a él por razones sentimentales. Se dijo que aquello era estúpido: especialmente ahora que necesitaba un nuevo motor y que cada vez le

costaba más el hacerlo funcionar. Wakeford, el antiguo mecánico de Bentley encargado de su revisión, obviamente se había cansado de éste, y fue quien le habló del Bentley Continental que, en gráfica frase de Fleming «algún imbécil con dinero había intentado injertar en un poste del telégrafo en la Great West Road». Wakeford le convenció de que el automóvil podía ser restaurado, y Bond pagó finalmente mil quinientas libras por todos los restos.

Bond siempre había soñado con construir su automóvil ideal, y ésta era su oportunidad. Rolls enderezó el chasis y adaptó la última gran admiración de Bond: un motor seis cilindros con relación de compresión 8.1. Entonces vino el lujo más grande de todos: la carrocería construida por Mulliners según las especificaciones personales de Bond. Le costó tres mil libras que, como Fleming reveló, era exactamente la mitad del capital de Bond, resultando el tipo de carrocería que Bond siempre había querido en un automóvil: dos asientos reclinables tapizados con piel inglesa negra —no cuero marroquí como Fleming dijo—, un gran parabrisas convexo Triplex, dirección asistida y, por supuesto, pintura «gris aliento de elefante», el color que Bond había convertido en su librea personal. Era a la vez simple y lujoso, y Bond lo amaba.

A pesar de su cautela normal con el dinero, rehusó pensar en el consumo de gasolina o el inmenso costo de mantener tal monstruo en funcionamiento. Para Bond el Bentley era un eco de aquella perdida Europa rica que había conocido antes de la guerra y, como dice: «todos deberían hacer al menos una locura en su vida». El Bentley era muy claramente la suya.

La mayor parte de aquel año Bond estuvo demasiado ocupado para disfrutarlo y el Bentley, amorosamente mantenido, languideció en el garaje mientras su propietario corría alrededor del mundo —Francia y las Bahamas, Canadá e Italia— en las misiones narradas por Fleming en su libro *Sólo para sus ojos*. Como Bond lo expone: «No hubo mucho tiempo ese año para papeleo o aburrimiento. Ciertamente, no hubo misiones importantes —más bien demasiados asuntos delicados— pero por lo menos sentía que me ganaba el sueldo. M realmente no podía gruñir».

Fue de hecho un trabajo excesivo para un solo agente y una vez más uno se pregunta si M, de alguna manera sádica, quería romperle. Cuando pregunté por esto, Bond sacudió su cabeza.

—No lo creo. No conscientemente, en cualquier caso. El trabajo simplemente tenía que ser hecho, y la sección 00 estaba bajo mínimos ese año.

De hecho había habido más bajas... y dimisiones, gracias a las crisis que todavía afligían al Cuartel General de Regent's Park. Bond era único en nunca discutir con M. También era el único miembro de la sección que podía mantener el ritmo; aunque en 1959 incluso mostraba señales de fatiga. Fleming explicó lo que sucedía al comienzo de *Operación Trueno*. En la superficie era simplemente un trastorno menor en el

estado de salud de Bond; pero había algo más que eso.

Como Bond admite de muy buena gana, había estado «exagerando ligeramente las cosas» —estrictamente mientras cumplía su deber, se debería agregar—, y esto había conducido a ciertos síntomas que el Oficial Médico del Servicio había notado en su chequeo anual. Estos no eran serios, simplemente las señales usuales de exceso de trabajo: el dolor de cabeza ocasional, la presión sanguínea ligeramente alta y la dificultad para dormir. Su trabajo también le había forzado a un cierto nivel de vida rica. A veces comía ahumados y bebía más de lo estrictamente bueno para él, pero esto era una especie de gaje del oficio para James Bond. Como indica, las bebidas y la buena comida que Fleming se toma tal placer en describir, pertenece estrictamente al mundo de sus misiones. Cuando está en un trabajo necesita alcohol —en lo que para él es moderación— y también nicotina. La buena comida, también, tiende a convertirse en parte del ritual normal de una misión, simplemente porque su trabajo le lleva a buenos restaurantes y excelentes hoteles. Habría sido una afectación —y en algún momento positivamente peligroso— tratar de vivir con huevos, ensalada y zumo de naranja natural.

Pero el tono pesimista del informe médico de James Bond dio a M la excusa que necesitaba. Como Fleming indica, M se había convertido en un adicto a la comida sana. Ésta era simplemente la última de sus manías y fue típico de él forzar a Bond a los baños de asiento y a la dieta exigua de la clínica de salud Shrublands. No es que a Bond realmente le importara. Como admite, tenía unos pocos kilos de sobrepeso y la quincena que pasó allí le tonificó, dándole al osteópata una oportunidad de ocuparse de la lesión de espalda causada por su salto desde el Expreso de Arlberg. Shrublands también lo dio una agradecida quincena de descanso del departamento, y le ofreció una ventaja vital sobre las operaciones de la notoria organización SPECTRA.

Fleming ha descrito la secuencia de sucesos: el encuentro con el siniestro y bronceado casanova conde Lippe en la sala de tratamientos de Shrublands. El reconocimiento de Bond del tatuado «Rayo Rojo Tong» sobre su brazo, y luego el horrible intento de Lippe para descuartizar literalmente a Bond en la máquina de tracción. Esto, a su vez, condujo al encuentro de Bond con aquel extraordinario genio criminal, Ernst Stavro Blofeld: asesino, capitalista y presidente fundador de SPECTRA, «Ejecutivo Especial para Contrainteligencia, Terrorismo, Venganza y Extorsión»^[60].

Fue *Herr* Blofeld quien había dirigido magistralmente el secuestro del bombardero de la OTAN y usó sus bombas atómicas para extorsionar cien millones de libras a los gobiernos de Europa Occidental. Bond tuvo la tarea de rastrear a los secuaces de Blofeld hasta las Bahamas y recuperar la bomba. Ésta llevó a la famosa batalla submarina contra el hombre de Blofeld, Emilio Largo, y sus cómplices. Fue esta batalla la que indudablemente salvó North Nassau y Miami del holocausto

atómico con el que Blofeld había amenazado. Blofeld, por supuesto, sobrevivió, pero SPECTRA casi se desintegró, y Bond tuvo la satisfacción de saber que había ahorrado al contribuyente británico cien millones de libras, y evitado todavía peores extorsiones del loco por el poder Blofeld.

Pero una vez más, para Bond el éxito tuvo que ser su propia recompensa. No hubo medallas, ni menciones por su valor. Estaba acostumbrado a esto, pero admite que encontró extraño el comportamiento de M. No hubo palabras de felicitación cuando regresó. Incluso la nota personal de gracias del Primer Ministro para Bond no despertó comentarios del ordenancista de acero, y Bill Tanner le dijo posteriormente a Bond que M había vetado la sugerencia del Primer Ministro sobre un almuerzo privado en Downing Street. Aparentemente M había impuesto que sería «bastante inadecuado» y que aquello sentaría lo que llamó un «precedente peligroso» para que miembros del Servicio Secreto tuvieran contactos con los políticos. Bond me ha reconocido que quedó secretamente aliviado.

A finales del otoño de 1960, las cosas comenzaron a ir extrañamente mal para Bond. Sus años de despreocupación habían terminado.

La mayoría de los problemas no provenían de él sino del Servicio Secreto. Durante este período estaba bajo el fuego de los políticos y se hablaba descaradamente sobre purgas en seguridad. Esto había producido la acostumbrada reacción irritada de M. Estaba en guardia y se hablaba de dismantelar la Sección Doble Cero. Había recibido frecuentes críticas de ser una provocación al enemigo, y M estaba cansado de defenderla. Estos rumores naturalmente preocupaban a Bond: sin su clasificación 00, era dudoso que deseara permanecer dentro del Servicio Secreto. Entonces, como culmen de esto, llegó la gran reestructuración en el Cuartel General antes de Navidad. Para Bond, en el fondo un auténtico conservador, la reorganización fue mucho más perturbadora de lo que le gustaba admitir.

La oficina de M fue trasladada al octavo piso y Bond, para su horror, se encontró relegado a «un pequeño lugar pintado de color gris gallinero». En las circunstancias, el traslado parecía ominoso. Entonces, apenas unos días después, la devota Ponsonby anunció que renunciaba para casarse con su misterioso novio corredor de bolsa del Baltic Exchange. Para Bond, a quien siempre le había gustado pensar que estaba en secreto enamorada de él, esto fue «el maldito colmo».

Esa Navidad estuvo ansioso por una misión larga y absorbente, preferentemente en algún lugar cálido, que le mantuviera fuera del alcance de M y de Regent's Park tanto como fuera posible. En vez de eso se encontró enviado a Canadá.

Era el tipo de misión breve y sucia que Bond había llegado a detestar: un viaje a Toronto para proteger un hombre llamado Boris de un asesino a sueldo. Boris había desertado de la Unión Soviética y, después de dar sus secretos a los británicos, se había establecido en Toronto. El K.G.B. ruso había descubierto recientemente su

dirección y hecho un trato con la todavía en funcionamiento red de SPECTRA para destruirle.

Bond trabajó eficientemente, pero sin mucho gusto, encontrando al potencial asesino —un ex-Gestapo llamado Uhlmann—, ocupando el lugar del ruso la noche del asesinato, y luego muy tranquilamente disparó a Uhlmann en un tiroteo. Bond interpretó su papel como el profesional que era, pero aquello le dejó levemente disgustado con su vocación. Le gustaba pensar que era algo más que un gatillo asalariado para el Servicio Secreto Británico. Pero era obviamente esperar demasiado otras de aquellas misiones como la del asunto *Operación Trueno* que le daban el lujo de sentir que su trabajo tenía verdadero valor para la sociedad.

M parecía obsesionado con SPECTRA y con Blofeld, y al regreso de Bond a Londres insistió firmemente en que de ahora en adelante ellos serían su única preocupación. Bond intentó discutir; M estuvo antipático.

A lo largo de aquella primavera y principios de verano Bond perseveró: todavía sin éxito. Estaba convencido ahora que Blofeld debía haber muerto y que M, por alguna perversa razón suya, lo mantenía en ese inútil trabajo pesado. Quizás quería desinflarle después del éxito de la *Operación Trueno*. Quizás... Como le dijo al comprensivo Bill Tanner durante una de sus quejas periódicas, «el problema con el viejo es que se ha vuelto tan raro y difícil que uno simplemente nunca sabe qué se lleva entre manos».

Tanner asintió con cansancio.

—Y para hacerlo peor —replicó—, todavía tiene el enfurecedor hábito de tener a veces la razón.

Otra fuente de irritación para James Bond afloró entonces. Urquhart le recordó que era hora de que Fleming escribiese otro libro, lo que se había convertido en un suceso anual. Los editores lo esperaban. El público pensaría que algo iba mal si un nuevo libro dejaba de aparecer. Bond replicó lacónicamente que su vida se había vuelto ahora tan aburrida que no había nada para hacer un libro.

Esta vez el argumento llegó de M, aún a favor de la continuación de los libros de Bond. Además, Urquhart le había hablado de que «el culto a James Bond» había prendido, y de que se hablaba de hacer una película del famoso agente británico. Bond no lo había oído y estaba horrorizado con la idea. M no pensaba así.

—Uno debe ser previsor en estos asuntos, 007 —insistió.

«Previsor» era una palabra que recientemente había comenzado a usar; Bond desconfiaba de ella. Pero M parecía agradao de que fuera un agente británico —y no uno norteamericano o francés— quien estuviera involucrado. Además, había otra cuestión que apuntalaba su punto de vista.

—Mire esto —le dijo a Bond, y empujó una revista a través del escritorio.

Era el actual número de la norteamericana *Life Magazine*, y alguien en el

departamento de prensa había subrayado el artículo. Era del corresponsal de la Casa Blanca, High Sidey, y enumeraba los diez libros favoritos del Presidente John F. Kennedy. El número seis de la lista, después de *La Cartuja de Parma*, era un libro de James Bond: *Desde Rusia con amor*. M estaba encantado.

Pero ni siquiera el entusiasmo de M era capaz de producir un tema para un libro adicional.

—Había sido —dijo Bond algo amargamente—, un año en barbecho.

Y entonces afloró otra complicación que pareció terminar con toda oportunidad de una aventura para ese año. Aquel abril Fleming había tenido un ataque al corazón, e incluso mientras M hablaba, estaba en la Clínica de Londres. Cuando James Bond escuchó la noticia fue a visitarle.

Fleming parecía bastante animado. Rieron sobre el entusiasmo de Kennedy por *Desde Rusia con amor* y Fleming pareció aliviado de no tener que escribir otro libro de James Bond aquel año. A pesar de todo esto, Urquhart no se desviaba tan fácilmente de su propósito. Ese mismo abril voló especialmente a Canadá y, estando allí, fue cuando conoció a la muchacha llamada Vivienne Michel. Bond no la había mencionado en su informe al departamento sobre el trabajo de Toronto, aunque mencionaba brevemente su involucración con dos gangsters en el motel que regentaba en las afueras de Toronto, lo que no había interferido en su misión. Los gangsters eran dos criminales que intentaban extorsionar dinero a la muchacha y Bond se ocupó de ellos, entregando el caso cerrado a la policía local.

Pero Urquhart había estado investigado. La muchacha era atractiva y Bond había dormido con ella. Además, como Urquhart descubrió y Bond no sabía, la recatada Miss Michel tenía ambiciones literarias y estaba más que dispuesta a contarle todo. El resultado fue esa rareza entre los libros de James Bond titulada *El espía que me amó*. Bond dice que es el único libro que mira con verdadero disgusto. Desde luego, siente que fue tratado mal, y culpa a Urquhart por consentir que Fleming se involucrara en el libro —apareciendo finalmente como «coautor» con Vivienne Michel— en un momento en que estaba obviamente lejos de sentirse bien. Bond estaba «horriblemente avergonzado por todo el asunto».

Ciertamente uno tenía que simpatizar con Bond. Las revelaciones estilo revista femenina de Miss Michel habrían preocupado a cualquier hombre que se respetara. Para alguien tan reticente como Bond estas descripciones tipo «confesiones verdaderas» de la noche que pasó con la ardiente Miss Michel en el Motel Shady Pines debe haber sido una lectura bastante horripilante. Bond, dice, «pegó un salto» cuando finalmente se le permitieron ver las pruebas del libro, pero no había nada que pudiera hacer excepto quejarse a M, y M despachó todo el asunto como algo que «no merece la pena discutir». Urquhart había mantenido hábilmente el texto lejos de Bond tanto como pudo, y como éste dice resignado:

—¿Qué puede uno hacer con ese tipo de mujer?

En julio M tomó sus vacaciones. No estaba mejor cuando regresó; de hecho estaba bastante inaguantable, arisco, destemplado, poniendo a todos de los nervios. Incluso a la glacial Miss Money Penny le resultaba imposible. Bond la encontró en un estado de casi postración después de una tarde sin parar con M y la llevó a cenar fuera. Aceptó agradecida y Bond la llevó a Alvaro's en Kings Road, donde pensaba que la pasta era la mejor de Londres. Durnate los *spaghetti alle vongole* Money Penny le contó todos sus problemas.

—Estoy realmente preocupada por él, James —dijo ella—. Sé que es difícil, pero nunca ha sido así antes.

—¿Cómo? —dijo Bond.

—Realmente perdió todo el control. Me estuvo sermoneando, y luego se enfureció.

¿Aquella fría presencia naval enfurecida? Bond no lo creía posible.

—¿Cómo fue? —preguntó.

—Terrible. Comenzó a gritar y a tirar todos los papeles de su escritorio. Yo simplemente huí.

Bond intentó fuertemente no sonreír ante el pensamiento de la majestuosa Money Penny en retirada precipitada.

—Quizás es la menopausia masculina —dijo.

—Ya debería haberla pasado. No, James, lo raro es que esto haya sucedido después de sus vacaciones. Estaba muy bien antes de irse, un poco tenso y arisco pero nada en absoluto como esto.

—¿Alguna idea de lo que sucedió en sus vacaciones? No recuerdo haber oído donde fue.

Ella negó con la cabeza.

—Eso es lo extraño del caso. Estaba muy ansioso por que nadie supiera donde iba, y me dijo que lo guardara para mí. De hecho la dirección que dejó era de una isla griega llamada Spirellos.

—Un poco diferente de su usual viaje de pesca al Test —dijo Bond.

—¿Quizás está enamorado? —dijo Money Penny, pareciendo repentinamente muy gentil.

—Quizá lo está —dijo Bond—. Pero por nuestro bien espero que la dama pronto diga sí.

La idea de M enamorado ganó crédito en la sección. Explicaba todo, y todos comenzaron a disculparlo. Pero como Bond dijo a Mary Goodnight: «Ella realmente debe hacérselo pasar mal al viejo. Va de mal en peor».

Bond tenía razón y la cosa fue a peor. Oyó que estaba bebiendo mucho en Blades y entonces, al día siguiente, hubo una preocupada llamada telefónica de un amigo del

Ministerio de Defensa.

—¿Qué pasa con su jefe?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Bond.

—Ayer se salió de sus casillas en la conferencia de la Junta de Jefes de Estado Mayor. Nadie sabía por qué. Fue de lo más embarazoso. Discutían la posible subversión en el Servicio Secreto, y de repente pareció ponerse furioso. En confianza, el Jefe de G.S. me pidió que tuviera unas palabras con usted para ver si había algo en la mente del viejo. ¿Podría usted echarle un ojo?

—Han debido empujarle demasiado fuerte durante demasiado tiempo —replicó Bond lealmente.

—Tomo nota. Pero eso lo hace todo más importante que si no hubiera pasado nada desafortunado. No podríamos tener a M derrumbándose.

¡M derrumbándose! La idea era impensable. Y aún así cuanto más pensaba Bond en ello, más probable le parecía. ¿Pero qué hacer? M no era el tipo de hombre al que uno podía invitar fuera a tomar un trago y pedirle que compartiera sus problemas. Era un hombre reservado y poco comunicativo y Bond no tenía idea de qué había tras aquella cara de aspecto arrugado y distinguido. Ni conocía nada sobre su vida privada. M la mantenía rígidamente separada de su trabajo. Desde luego, cuanto más comenzaba Bond a pensar sobre él, más comprendía lo poco que sabía sobre el hombre que regía su vida.

Bond sabía que tenía una casa en Windsor, pero hasta ese momento no había sido invitado allí, como tampoco lo había sido ningún otro miembro de la sección; M no presumía de ser hospitalario. Tampoco conocía Bond a sus amigos. Nunca había oído de ninguno. Era casi como si la vida de M cesara completamente una vez que su viejo Silver Wraith negro se alejaba del Cuartel General de Regent's Park por la noche. Y como Bond comprendió, realmente no quería conocer la vida privada de M.

Afortunadamente Bill Tanner ya había vuelto del hospital, con la prohibición del alcohol y casi toda la comida que la cantina podía ofrecer. Cuando Bond discutió la situación con él, puso énfasis en que había que hacer algo. Pero ambos comprendían el problema: ¿cómo puedes comenzar a investigar al Jefe del Servicio Secreto?

Bond intentó iniciar la investigación al día siguiente. El asistente de M, el Sargento Jefe de Marina Hammond, estaba en la oficina y Bond consiguió hablar con él a la hora del café en la cantina del sótano. Bond sabía que era devoto de M y no le sorprendió la suspicacia en su rojiza cara tan pronto como le preguntó sobre él.

—¿Sir Miles bien? Yo diría que tiene sus altibajos como todos nosotros.

Por supuesto, dijo Bond, pero recientemente le parecía que estaba bajo algún tipo de tensión bastante inusual.

—No podría decirlo, comandante Bond. Eso no es asunto mío.

Claramente Bond no iba a conseguir nada de él, pero hizo lo que pudo para decir al Sargento Jefe de Marina que si notaba que algo iba mal con M, siempre podría ponerse en contacto con el Jefe de Estado Mayor.

—Gracias, comandante Bond —dijo Hammond lealmente.

Aquella misma tarde, Bond llamó a Sir James Molony.

—¿Problemas con M? No, no he oído nada, pero espero por Dios que esté equivocado. M es el único hombre de Gran Bretaña que no tendría como paciente aunque me pagara diez veces mi tarifa normal.

Bill Tanner también hizo investigaciones: igualmente infructuosas. Pero Moneypenny estaba pensando en solicitar un traslado, y dos días después hubo otra preocupada pregunta del contacto de Bond en el Ministerio de Defensa. Y entonces, aquella tarde, Hammond llamó a casa de Bond. Él y Mrs Hammond querían verle urgentemente. Bond lo arregló para encontrarse en un salón de té en Windsor a primera hora de la tarde siguiente.

Mrs Hammond era el tipo de esposa que dominaba la conversación. Era una mujercita franca que comenzó por decirle a la camarera exactamente lo que pensaba de sus pastelitos y su mermelada de fresa.

—Ahora, comandante Bond —dijo mientras condescendía a aceptar un trozo de tarta de cereza—, mi esposo y yo hemos acordado que debíamos hablarle sobre Sir Miles, pero con la condición de que ni una palabra de esto llegue a él.

Bond asintió solemnemente.

—Desde hace algún tiempo, Sir Miles no ha sido él mismo. Ha perdido el apetito, y es muy arisco con nosotros dos.

Bond hizo ruidos comprensivos.

—Particularmente desde una mañana. Sir Miles siempre se ha levantado temprano. Feliz como una alondra, y nunca ha tenido ningún problema. Pero recientemente se levanta tarde y no toca el desayuno. Aquí Hammond le ha oído hablar por la noche. Es nuestra creencia, Comandante, que está siendo chantajeado.

—¿Chantajeado? —dijo Bond.

—Eso es lo que dije, comandante —Mrs Hammond bajó su voz—. Recientemente, hemos tenido dos veces a un hombre en el teléfono... con acento extranjero.

—¿Qué clase de acento?

—Simplemente extranjero. No es agradable en absoluto. Y después Sir Miles ha estado simplemente terrible.

Ni Bond ni Tanner habían considerado el chantaje, pero, comprendían, *era* una posibilidad.

—Después de todo —dijo Tanner—, es humano.

—¿Lo es? —dijo Bond.

Y ahí está él, sin una mujer. Es justo la clase del que se deja involucrar con alguna experimentada Jezabel y luego no sabe como manejarla.

—¿Crees que es político? —dijo Bond.

—Esperemos que no, aunque sería bastante peligroso. ¡Piensa lo que un enemigo pagaría por unas fotografías comprometedoras del Jefe del Servicio Secreto Británico!

—Ya lo he hecho —dijo Bond.

Bill Tanner y James Bond comprendían que estaban en una posición difícil. Teóricamente, su curso estaba claro. Tenían el deber de informar al jefe de las fuerzas de seguridad sobre sus sospechas. Pero sabían muy bien lo que eso significaba. El Servicio Secreto y el de Seguridad se llevaban a matar. Pensar en el jaleo que seguiría... ¡y pensar qué sucedería si sus sospechas eran infundadas! Claramente debían asegurarse más de ciertos hechos antes de dar ese paso. En vez de eso ambos acordaron efectuar su propia investigación. Sería un negocio arriesgado. Si cualquier cosa iba mal serían inevitablemente culpados, pero, como Bill Tanner dijo:

—Sea lo que sea que el viejo diablo se ha llevado entre manos, le debemos hacer lo que podemos para pararlo antes de que esto vaya más lejos.

Bond estuvo de acuerdo.

Como Jefe de Estado Mayor, Bill Tanner no tendría dificultad en intervenir el teléfono de la casa de M. Fue una operación bastante rutinaria junto con la Oficina de Correos. El único problema era que oficialmente M debía ver y aprobar todas las órdenes de esa clase; y estar preparado para justificarlas ante el Home Office. Por una vez su Jefe de Estado Mayor se aseguró de que no lo hiciera.

Al mismo tiempo, Bond comenzó a investigar todas las relaciones de M. Había un hermano más joven, un catedrático de Oxford y ahora retirado. Había unos amigos de la marina. No había, hasta donde Bond podía ver, mujeres en su vida. Intentó averiguar más sobre las vacaciones de M. Aparentemente, había ido solo. Bond llamó a un amigo en la Embajada griega para preguntarle sobre la isla de Spirellos.

Al día siguiente tuvieron su primer éxito. La intervención telefónica había funcionado. El comunicante misterioso con acento extranjero había llamado de nuevo, y en la cinta se había grabado la breve y tormentosa conversación que había tenido con M. El hombre decía que debía verle. M le había mandado al infierno, y el hombre le había contestado que así fuera y que se atuviera a las consecuencias.

Para Bond y Tanner esto confirmaba lo que sospechaban. M estaba siendo claramente chantajeado y, gracias a la Oficina de Correos, tenían una pista que seguir. Tanner había sido capaz de rastrear la llamada hasta una dirección de Kensington. Era un piso y era propiedad de un italiano. Su nombre era Del Lungo. Era fotógrafo.

No había tiempo para muchas sutilezas: las apuestas eran demasiado altas para eso. Tanner tenía su automóvil aparcado bajo la oficina y aquella noche, después de

la cena, él y Bond condujeron hasta el pequeño cambio de dirección en Cromwell Road donde vivía Del Lungo.

Primero «reconocieron» el lugar. Era un típico bloque victoriano con una gran entrada principal y un callejuela detrás. Del Lungo tenía un piso en la primera planta. Había una luz. Bond y Bill Tanner esperaron. Justo antes de la medianoche se apagó.

Bond era un hábil ladrón. Durante su entrenamiento en la época de la guerra había pasado varias semanas aprendiendo a «romper y entrar» de un reincidente especialmente traído desde Dartmoor para instruir a los miembros del Servicio Secreto. Bond tenía un talento considerable en este campo y no le fue difícil alcanzar la parte trasera del piso de Del Lungo desde el garaje adjunto. Arrastró a Bill Tanner arriba tras él, entonces comenzó a emprenderla con la ventana. Tenía un simple marco con una trampa «a prueba de ladrones». Bond cortó un círculo en el cristal, levantó la trampa y entraron.

Bond trabajó profesionalmente. Tanto él como Bill Tanner llevaban guantes de goma seda y máscaras de medias de seda; tan pronto estuvieron dentro cortaron el teléfono. De ahí en adelante el robo fue simple. El fotógrafo estaba en la cama con una mujer. Bond encendió la luz y Bill Tanner los ató y amordazó. Entonces comenzó el verdadero trabajo.

Había tres grandes archivadores en el estudio que daba al dormitorio y estaban llenos de negativos. En algún lugar, presumiblemente, entre esta masa de celuloide estaban las fotos que podían destruir la reputación y carrera de M. Pero no había guía de donde estaban. No había ningún sistema de archivo. Cada negativo tuvo que ser examinado.

Era un colección interesante. El italiano era un fotógrafo de prensa que trabajaba principalmente para revistas de sociedad. Había muchas caras muy famosas... y otras cosas, pues Del Lungo obviamente mantenía una línea suplementaria con el tipo de fotos por las que la gente pagaba grandes cantidades para que no fueran publicadas. Bond dice que allí había algunas auténticas sorpresas. Deseó haber tenido más tiempo para saborearlas.

Habían trabajado cerca de cuatro horas cuando encontraron lo que buscaban. Había seis negativos; por su aspecto debían haber sido tomadas con algún tipo de cámara de largo alcance. Pero aún así, en ellos se reconocía bien a M. Estaba en una playa. En algunas estaba solo, y en otras habían personas de ambos sexos; todos estaban tan desnudos como el día que nacieron.

—Oh, Dios mío —dijo Tanner—. ¿Qué se ha llevado entre manos el viejo tonto?

Acababan de dar las cuatro cuando dos figuras descendieron por la ventana de la primera planta del bloque de pisos, deslizándose hacia el tejado del garaje, para desaparecer luego en las sombras de una pared. Cinco minutos después, James Bond y Will Tanner del Servicio Secreto conducían seguros hacia Chelsea. De camino se

detuvieron en una cabina telefónica y llamaron a la policía para contarles que había habido un robo en la dirección del fotógrafo.

—¿Sabes? A pesar de todo he disfrutado de nuestra noche de trabajo —dijo Tanner.

—Quizás deberíamos hacerlo para ganarnos la vida —replicó Bond.

Cuando regresaron a su piso, tomaron una bebida, se concedieron tres horas de sueño y despertaron para comer el mayor desayuno que May pudo cocinar para ellos.

Durante el desayuno discutieron las fotografías, quedando avergonzados por ellas. La idea de M en tal situación era tan indigna que, como Tanner dijo, «es como si estuvieras mirando una foto de tus padres».

Bond asintió, y sugirió que debían poner los negativos en un sobre y enviárselos directamente a M.

Tanner estuvo de acuerdo.

—Sólo esperemos —dijo—, que una vez los tenga su temperamento mejore.

—Amén a eso —dijo Bond.

Pero aquel no fue todavía el fin de la historia. Presumiblemente M recibió esas fotografías, y ciertamente no recibió más llamadas del hombre que las tomó. La habilidad de Bond como ladrón había salvado al Servicio Secreto de un sórdido chantaje. Pero dos días después Bond descubrió más sobre las fotos. No eran nada de lo que él y Tanner habían imaginado originalmente.

Bond recibió una llamada de su amigo en la Embajada Griega. Se disculpó por el tiempo que le había llevado terminar la investigación de Bond.

—¿Investigación? —dijo Bond.

—Sí —dijo el Griego—. Sobre esa isla llamada Spirellos.

—Ya me había olvidado de ello —dijo Bond.

—Quizás deberías ir allí para unas vacaciones de verano —dijo el griego—. Es una isla nudista, como la Ile de Levant de Toulon. Es muy elegante, tiene montones de jovencitas y me han dicho que es muy popular entre los viejos como tú.

Y entonces Bond comprendió la verdad. Debería haberla adivinado antes. Incluso desde la *Operación Trueno* había sabido de los gustos de M por los alimentos sanos y las clínicas naturistas. ¿Qué podía haber sido más obvio para él que haber pasado al nudismo? Bond sólo esperaba que M hubiese disfrutado, aunque de algún modo dudó que volviera a hacerlo.

15. «El cabrón se ha ido»

Honeychile daba una fiesta. El hermoso yate blanco, la tarde perfecta con la luna llena levantándose, candelabros y buen champagne, la isla resplandeciendo contra un mar fosforescente: debería haber sido romántico. En vez de eso toda la velada parecía irreal y extraordinariamente triste. El telegrama de M había decantado las cosas; Bond iba a renunciar del Servicio Secreto y casarse con Honeychile. La fiesta iba a celebrar el hecho.

Honey se había encargado de los invitados, junto con el champagne. Había un general retirado del Ejército de los Estados Unidos —quien tenía un defecto del habla o estaba muy bebido—, un millonario griego muy moreno con brillantes dientes de oro, una joven actriz recientemente divorciada y varios claramente desconcertados clientes del hotel invitados, presumiblemente, para llenar espacio. La mayoría de ellos parecían vigilantes que asistían a un entierro en el mar.

Bond era el único quien parecía enteramente relajado. Vestía un traje de etiqueta hermosamente cortado y tenía una presencia de la que estar orgulloso. Parecía absurdo pensar que esta alta figura, de cara delgada y curtida, tenía cincuenta y pocos años. Estaba sumamente afable, riendo, bromeando y hablando animadamente de golf con el general, lo que en sí mismo era una prueba notable. ¿Estaba realmente feliz... o resignado? ¿O interpretaba un papel más? Qué hombre tan enigmático era.

Honey, a pesar de su juventud y nerviosa energía, parecía mayor ahora. También parecía claramente ansiosa; vibrante e inquieta como un yo-yo, charlando con todos y exhibiendo su extraordinaria sonrisa.

—La sonrisa del tigre en la cara —dijo una voz a mi lado.

Era Sir William Stephenson, quien observaba benignamente lo que pasaba.

—Bien, ha triunfado... como el tigre —repliqué.

—Yo no estaría tan seguro —dijo—. No es la primera que lo ha intentado, ya sabe.

Pero si James Bond albergaba dudas sobre su futuro, se las guardaba estrictamente para sí mismo. Le vi sonreír frecuentemente a Honey. Cuando le felicité, asintió y contestó que creía que iba a disfrutar. Esto parecía un comentario raro en alguien en visperas de casarse.

—¿Entonces realmente abandona la vieja vida? —dije.

Los ojos grises se estrecharon.

—Oh sí, eso creo. Todo esto ha terminado. Tiempo de cambiar. Me estoy haciendo viejo, ya sabe.

—¿Cuales son sus planes? —pregunté.

—Oh, lo principal será ponerme al día. Realmente no gano nada estando desfasado. Entre nosotros, tenemos muchos amigos alrededor del mundo, y los

intereses de los negocios de Honey ocuparán mi tiempo. Creo que incluso intentaré probar a escribir. Está aquel libro que comencé sobre autodefensa; Fleming estaba muy ansioso en que debía terminarlo. Incluso sugirió un título.

—¿Cuál era?

—*¡Siga Vivo!*. De ahora en adelante ése será mi lema.

Pero a pesar del optimismo de Bond sobre su futuro, el aire de melancolía perduraba. Mientras dejaba el yate alguien ponía la grabación *Yesterday* de los Beatles. Noté que Bond estaba solo y miraba fijamente al mar. De repente una era parecía terminada.

Había prometido concluir su historia mientras él y Honey permanecieran en las Bermudas para completar las formalidades de su matrimonio: «Ésta será mi última tarea para el Servicio Secreto». Honey aparentemente había querido que el inapreciable Capitán Cullum oficiara una boda a bordo; Bond había vetado la idea. También dijo que necesitaba hacer oficial su dimisión del Servicio. Esto aparentemente le llevaría un poco de tiempo.

—Quiero hacer todo esto adecuadamente —dijo—. No quiero que nadie diga que me marché por rencor o que actué mal. Sólo siento que ha llegado el momento...

Levantó ambas manos e hizo una ligera mueca. Esta mañana su confianza parecía haberle abandonado y su cara parecía macilenta. Había bajado para verme en mi habitación y estábamos sentados, como en la primera mañana tras mi llegada, en el balcón. Bond estaba en la silla de bambú. Cuando pienso en él hoy, así es como lo represento: la extraña máscara de su cara dibujada contra las aguas de zafiro del puerto. Debajo de nosotros, en la piscina del hotel los eternos recién casados reían y salpicaban y nadaban. Una muchacha gorda estaba a horcajadas sobre un pato de plástico; el profesional de la piscina brincó desde el trampolín, como una navaja, para clavarse lánguidamente en el agua.

Bond no prestó atención mientras sorbía su café y comenzaba a describir la conclusión de aquel frustrante año que pasó rastreando a su desvanecido enemigo, Ernst Stavro Blofeld.

Aunque Bond había salvado a M del chantaje, la atmósfera dentro del Cuartel General todavía parecía claramente cargada. M estaba tan difícil como siempre, particularmente con Bond. Parecía probable que M sabía lo que Bond había hecho por él y que, lejos de sentirse agradecido, estuviera secretamente resentido. Mientras el verano terminaba Bond todavía estaba clavado tras su escritorio en Londres. Esto parecía ridículo. El aburrimiento empeoró su descontento, y sospechaba que detrás de toda esta inacción estaba siendo silenciosamente olvidado. En septiembre de 1961, Bond estuvo a punto de armar un escándalo: Fleming reflejaba al comienzo del libro *Al Servicio Secreto de Su Majestad* cómo Bond había compuesto su carta de dimisión

del Servicio Secreto. Esto era real, pero Bond no deseaba que se supiera, y con estos antecedentes ocurrió uno de los episodios claves en su vida.

Todo comenzó con su visita a la sepultura de Vesper Lynd en el pueblecito costero de Royale-les-Eaux. Habían pasado diez años desde la misión reflejada en *Casino Royale*, y durante este tiempo apenas le había concedido un pensamiento. Pero cuando se encontró repentinamente de vuelta en Royale, su recuerdo comenzó a perseguirle. Había estado en otro estéril viaje europeo rastreando a Blofeld y el suave tiempo de septiembre, la nostálgica melancolía de la época del año, le pilló desprevenido. Tenía una sensación privada de fracaso —en su vida así como también en su carrera— y ahora se permitía el remordimiento. La difunta Vesper Lynd le recordaba a todas las mujeres que había amado y que habían muerto.

Mientras la describía, Bond aclaró que estas muertes todavía le perturban, pues como dijo: «cuando es demasiado tarde comprendes lo que has hecho». Mientras decía esto la sardónica boca se relajó, los crueles ojos se suavizaron y yo comencé a comprender algo de la tragedia que había ocurrido aquel otoño.

Fleming ha descrito la forma en que Bond conoció a la muchacha con la que se casó: la Condesa Teresa di Vincenzo. Su padre era un hombre llamado Marc-Ange Draco, la cabeza de la mortífera Unión Corse que todavía controla la mayor parte del crimen organizado en Francia y sus ex-colonias. Su marido había desaparecido convenientemente. Conducía un Lancia Flaminia dos plazas con carrocería Zagato, muy rápido. Éste era no de los coches favoritos de Bond y cuando se encontró por primera vez con ella en la N.1 entre Abbeville y Montreuil pareció simplemente otra joven rica y desechable para que Bond la persiguiera, la sedujera y la olvidara. Pero en la atmósfera sentimental de Royale-les-Eaux aquel otoño, ella se convirtió en algo más. Pronto, en vez de Condesa di Vincenzo, empezó a llamarla simplemente Tracy, y la salvó del *Coup de Déshonneur* en el casino pagando sus deudas de juego. Le hizo el amor esa noche, y mientras se le entregaba comentó cínicamente que éste sería «el más caro acto de amor de su vida».

Pero Bond no se sentía cínico y después de aquella noche se encontró enamorado de esta rubia joven y vulnerable. Viéndolo en retrospectiva, esto parecía inevitable, pues Tracy era el tipo de muchacha al que Bond nunca se podía resistir: parte granuja, parte disipada y en constante necesidad de su protección. Poseía un toque de Vesper Lynd, y casándose con ella Bond sintió que podría salvarla, y redimirse a sí mismo.

Esta aventura amorosa tuvo lugar entre los sucesos que Fleming ha descrito en *Al Servicio Secreto de Su Majestad*; sucesos que irónicamente probaron que el presentimiento de M sobre Blofeld había sido correcto. Blofeld estaba vivo, y todavía tan peligroso y amenazador como siempre. Bajo la inusitada cobertura de un oficial del Colegio de Armas de Londres, Bond le rastreó hasta su escondite montañoso sobre Ginebra y encontró a Blofeld, con su cara reestructurada mediante hábil cirugía

plástica y con sus ojos ocultos tras lentes de contacto oscuras. Y fue aquí también donde conoció a la antiapetitiva *Fraülein* Irma Bunt de los ojos amarillos, luchó su gran batalla con los asesinos de SPECTRA y finalmente destruyó el plan de Blofeld para hincar a Gran Bretaña de rodillas mediante la guerra biológica contra su agricultura.

Pero Bond siente claramente que Fleming había fallado en hacer justicia a su amor por Tracy.

—Cuando decidí casarme con ella no fue en absoluto algo imprevisto, como hace parecer; lo teníamos todo cuidadosamente planificado. Ambos comprendíamos que debíamos sentar la cabeza y que ésta era nuestra oportunidad. Yo todavía debatía si dejar el Servicio Secreto. No estaba muy decidido, pero ciertamente habría dejado la sección 00; en caso contrario, no habría sido justo con ella. También planeamos abandonar el piso y trasladarnos fuera de Londres; probablemente a Kent. Incluso encontré una casa a la venta que nos habría convenido: sobre los acantilados de St Margaret's Bay. Se puede ver Francia desde las ventanas del dormitorio.

—¿Habría sido feliz allí?

Bond se encogió de hombros y sonrió tristemente.

—¿Cómo podría decirlo? Ciertamente ambos lo pensábamos. Yo había aprendido mucho desde mi affair con Tiffany y ninguno de nosotros era exactamente inocente. Ya había estado casada y yo había tenido affairs suficientes para toda una vida.

—¿Pero qué pasa con ese viejo enemigo suyo, la «vida suave», como Fleming le llama? El aburrimiento de una cómoda vida de casado le habría pillado al final.

—No —dijo—. No con ella. Sinceramente no creo que lo hiciera. No era nada posesiva y yo... digamos que había madurado desde mi época con Tiffany.

Se detuvo para encender un cigarrillo. Fumaba intensamente.

—Como usted sabe, ese loco de Blofeld tuvo que destruirlo todo. Incluso hoy a veces me encuentro incapaz de creer lo sucedido. Con la misión terminada me tomé mis dos semanas de permiso y nos casamos en Munich. Finalmente habíamos triunfado y éramos muy felices. Por supuesto, ese fue el problema, y todavía me reprocho lo ocurrido. Normalmente yo habría estado en guardia y Blofeld no habría sido capaz de conseguirlo. En vez de casarme con Tracy, debería haberle perseguido, pero le deje escapar y, al final, uno paga por sus errores. La tragedia es que esta vez quien lo pagó fue Tracy. Fleming lo describió todo. Conducíamos hacia Kitzbühel para nuestra luna de miel; no había estado allí desde antes de la guerra, pero para mí siempre había sido uno de esos lugares especiales donde una vez había sido muy feliz. Siempre me había prometido llevar allí a la mujer con quien me casara.

Se interrumpió.

—No tiene idea de cuántas veces he repasado esos pocos minutos en mi mente.

Verá, realmente fue culpa mía. Creo que Fleming explicó cómo nosotros pasamos la estación de servicio y vimos un Maserati rojo que estaba allí con dos personas en él. Era un automóvil descubierto, y esas personas estaban embozadas y llevaban gafas protectoras. No los reconocí conscientemente, pero ya sabe como es esto: había algo familiar en ellos, algo que hizo sonar una alarma en el fondo de mi mente. Normalmente habría prestado atención a ese aviso; en un trabajo como el mío así es como permaneces vivo. Pero esta vez lo ignoré. Era feliz y lo ignoré; y por eso murió Tracy. El hombre del Maserati era Blofeld, y la mujer que lo acompañaba era Irma Bunt. Cuando nos adelantaron y *Fraülein* Bunt nos disparó, el tiro que iba dirigido a mí alcanzó a Tracy en el corazón. Murió inmediatamente.

Bond describió esto sin emoción, casi informalmente, como si todo hubiera sucedido hacía años a otra persona.

—¿No quiso venganza? —pregunté.

—No, no particularmente. No tenía sentido, ningún sentido en absoluto. La gente fue muy amable; incluso el viejo M en su raro estilo. Bill Tanner salió para ayudar a aclarar el caos y Marc-Ange vino y la enterró. No, eso no hubiera supuesto la más mínima diferencia. Estaba muerta y por supuesto yo pensaba que era culpa mía. Verá, Tía Charmian siempre había hablado de la maldición de los Bond. Era una especie de broma, pero entonces sinceramente creí en ello; eran tantas mujeres a las que amé que habían muerto... y ahora tenía que añadir a Tracy. Fue parcialmente el shock, por supuesto, pero creí estar maldito... que nunca podría escapar de la vida que conocía. Sentí que estaba condenado a continuar en el Servicio Secreto —sonrió—. Estúpido, ¿verdad?

Encendió otro cigarrillo y entonces sonó el teléfono en la sala. Me levanté para contestarlo. El operador dijo: «Londres al habla». Hubo una pausa, un *click* en la línea, y otra voz dijo secamente: «Universal Export para el comandante Bond». Le llamé y oí que decía:

—Oh, hola Bill. Tú por fin. ¿Dónde *has* estado? Sí, ciertamente... me he decidido totalmente —luego dijo—: Oh, ya veo.

Y entonces, enojosamente, cerró la puerta.

Estuvo al teléfono algún tiempo, veinte minutos o quizá más. Cuando salió al balcón parecía preocupado y se sentó fumando, sin decir nada. Finalmente dijo:

—Lo siento, pero algo acaba de aflorar. ¿Puedo usar su teléfono de nuevo?

Le oí preguntar al operador por Sir William Stephenson.

—Acabo de hablar con Londres. Parece que tienen algo serio. ¿Puedo acercarme y verle? Sí, inmediatamente. Bien. Muchas gracias.

Entonces me pidió disculpas, y dijo que continuaría su historia después aquella tarde.

Pero no lo hizo. Almorcé solo, luego fui a dormir junto a la piscina y desperté

poco antes de las cinco con dolor de cabeza. El hotel repentinamente parecía vacío. Cuando llamé a la habitación de Bond no estaba allí, ni tampoco Sir William. Cené solo y estaba en la cama a las diez.

A la mañana siguiente Bond estaba de nuevo de vuelta poco después del desayuno. Parecía bastante alegre pero no hubo referencia a su llamada telefónica de Londres ni a qué pasaba. En vez de sacar la pitillera metálica, se estiró en la silla de bambú y continuó su historia. Aquella cara como una máscara era experta en esconder lo que pensaba. Describió las secuelas de la muerte de Tracy. Cuando regresó a Londres, May le esperaba en el piso. El invierno había comenzado. Nada había cambiado realmente. Incluso el viejo archienemigo de Bond, Blofeld, estaba todavía en libertad y todavía tan amenazador como siempre. Afortunadamente M tuvo el tacto suficiente para no dar a Bond la ingrata tarea de perseguirle nuevamente.

Pasó algún tiempo hasta que el choque real por la muerte de Tracy le golpeará. Tenía tal autodomínio que su pena permanecía dentro de él; poca gente comprendió cuánto estaba sufriendo. Probablemente el único que lo hizo fue Sir James Molony y su consejo fue simple. «¡Trabajo!». Bond hizo lo que pudo para seguirlo. Pero algo indefinible se había ido.

Todo lo que hizo fue un desastre; dice que no está seguro por qué.

—No puedo creer que fuera menos eficiente o agresivo que en los viejos tiempos, pero mi suerte se había ido. A los jugadores se les acaba la suerte; como a los agentes en el Servicio Secreto. Con la muerte de Tracy toda mi suerte cambió. Ninguna de mis misiones en 1962 pareció ir bien.

Lo peor fue el asunto Prenderghast y una vez más la suerte de Bond le abandonó, esta vez, sin embargo, con resultados que sacudieron toda la estructura del Servicio Secreto. Prenderghast era Jefe de Estación en Roma. Bond le había conocido durante años y le gustaba. Tenía una distinguida hoja de servicios como piloto de la Fleet Air Arm durante la guerra y luego sirvió con Bond durante algunos años en la sección 00. Durante los pasados cinco años había estado en Roma y Bond nunca dejaba de verle cuando estaba en la ciudad. Prenderghast era divertido; conocía todos los chismes y su apartamento justo detrás de la Via dei Coronari era un lugar espléndido para almorzar. Bond también lo encontraba un buen amigo y oyente comprensivo. Era inteligente, eficiente y conocía su trabajo.

Fue Bill Tanner quien le dio a Bond el primer indicio del problema sobre Prenderghast, cuando le mencionó que un hombre llamado Croxson había enviado informes desfavorables sobre él. Croxson era uno de sus subordinados y actualmente actuaba como Jefe de Estación en Milan. Era joven e inexperto: Italia era su primer puesto después de su traslado del ejército apenas un año antes. Por esta razón Tanner había tratado estos informes con lo que llamaba «un generoso grano de sal»^[61]. Croxson y Prenderghast claramente no se habían caído bien, y Croxson había

comenzado a quejarse de él a cada oportunidad. Tanner había tratado de suavizar las cosas, pero recientemente las quejas habían comenzado de nuevo.

—¿Qué tipo de quejas? —había preguntado Bond.

—Oh, acusaciones bastante increíbles. Corrupción e ineficacia; incluso dice que es homosexual y que trabaja como agente doble para el enemigo. Si uno no conociera al viejo Prenderghast podría realmente preocuparse.

—Croxson debe estar mal de la cabeza —dijo Bond—. Es Italia. Allí están todos locos.

Tanner asintió pero añadió que algo tendría que hacerse; probablemente un traslado para el joven Croxton a la primera oportunidad. Entre tanto podría ser útil que alguien experimentado del Cuartel General saliera y tuviera unas tranquilas palabras con Croxson y con Prenderghast. Muy extraoficialmente por supuesto, pero a menudo una palabra discreta o dos podían impedir un escándalo asqueroso. Bond asintió. Tanner sugirió que un viaje a Italia en esta época del año podría ser agradable. Y unos días después, Bond se encontró a bordo de un vuelo por la mañana temprano hacia Milan.

No le gustó Croxson. Lo encontró arrogante, severo y carente de todo sentido del humor. Más en concreto, pronto encontró que no tenía una brizna de prueba para respaldar sus acusaciones contra Prenderghast. Hasta donde Bond podía ver, sufría de un exagerado complejo de persecución y trató de sugerir que no era lo más conveniente hacer salvajes acusaciones contra un jefe de estación sin suficientes pruebas sólidas.

De Milan Bond voló a Roma donde llamó a Prenderghast. Estaba contento de verle, especialmente después de todos los rumores que había oído. En cuanto a Prenderghast parecía espléndido y claramente estaba en gran forma. Después del infeliz Croxson con todas sus gemidos y quejas, era bueno estar con alguien que disfrutaba de sí mismo. También era bueno ver a un viejo amigo que tenía éxito. Caminaron por Roma y Bond disfrutó oyendo lo que pasaba. Después de unos Americanos en el Tre Scaline caminaron hacia la colina del Pincio y cenaron en Casa Valadier; es decir, cenaron extremadamente bien. Bebían sus *sambuccas* cuando Bond sacó el tema de Croxson y sus informes. Prenderghast pareció comprender el problema: Croxson era joven, su esposa difícil y, posiblemente, había sido un poco grosero con él en el pasado en lo referente a las acusaciones. Prenderghast sonrió a Bond. Ambos habían estado dentro del Servicio Secreto lo suficiente para saber lo fácil que podía ser hacer acusaciones sin pruebas. ¿No había pruebas? Claro que no, contestó Bond. Y allí terminó la conversación. Bond regresó a Londres y unos días después Tanner le contó que Croxson estaba a punto de ser llamado. Había estado en Italia a prueba y era obviamente inadecuado para el Servicio Secreto. Quizás sería duro para él pero dadas las circunstancias... Dos días después Croxson se pegó un

tiro.

Entonces se desató todo el infierno. La prensa italiana se apoderó del caso. Prenderghast fue acusado por la viuda de Croxson de ser el hombre responsable de la muerte de su esposo. Aquella misma tarde fue nombrado como el organizador de una red diplomática homosexual en Roma. Siguieron más acusaciones y en medio de este *furore*, Prenderghast perdió los nervios. Dos oficiales de la seguridad británica le pillaron cuando estaba a punto de abordar una aeronave checa en Fiumicino. Fue devuelto a Londres y en el Old Bailey, algunos meses después, Prenderghast fue sentenciado a un total de treinta años por traición. El juicio tuvo lugar *in camera*, pero Bond leyó una transcripción de las pruebas. Se probaba cada palabra de las acusaciones de Croxson.

Afortunadamente para Bond, ni un suspiro de su reunión con los dos hombres llegó a la Corte; Bond todavía está agradecido a Prenderghast por no mencionarlo. Pero el caso recibió tanta publicidad que M ofreció su dimisión al Primer Ministro en persona. Fue rehusada; pero el sórdido caso había supuesto muy poco beneficio para el Servicio Británico Secreto. En lo que concierne a Bond, sintió que era la demostración final de que había perdido su toque y que la suerte se había vuelto decisivamente contra él. M evidentemente pensaba también eso —él carecía de la generosidad del Primer Ministro hacia los servidores que erraban— y virtualmente había decidido despedirle, no sólo de la sección 00, sino de todo el Servicio. Como lo expuso a Sir James Molony, no tenía sitio en el Cuartel General para «un inválido mental». Bond estaba bebiendo y jugando demasiado. Según M esto le hacía «peligroso para otros», y de nuevo fue Sir James quien realmente le salvó, al sugerir que M debería enviarle a alguna misión desesperada para redimirse, olvidar lo de Tracy y restaurar su suerte. El resultado fue la misión japonesa descrita por Fleming en su libro *Sólo se vive dos veces*.

Bond fue algo vago sobre el asunto japonés, aunque confirmó la trama de la versión de Fleming de la más bizarra de todas sus misiones. Originalmente se trataba de hacer una especie de trato con el Servicio Secreto Japonés; ellos tenían una máquina cifradora que podía descodificar la información soviética clasificada como alto secreto y, gracias a Bond, la conseguimos. Pero en el proceso se vio enfrentado a su viejo enemigo, Ernst Stavro Blofeld, quien se había trasladado hasta allí desde Suiza y montado un establecimiento para suicidas en un antiguo castillo cerca de Kyoto. Por ello la misión finalmente se convirtió en un viaje de venganza.

—A partir de aquí —dijo—, mi vida se vuelve muy rara, desde luego. Japón es un país raro y de muchas maneras encajaba con Blofeld. Aquel jardín envenenado que construyó, Fleming lo llamó su «Disneylandia de la Muerte», era muy japonés.

—¿Pero no fue satisfactorio matarle finalmente; después de todo lo que le había

hecho?

Bond sacudió lentamente su cabeza.

—No realmente. Yo había soñado con matarle casi cada noche desde que Tracy murió, pero cuando sucedió estaba tan loco que fue como acabar con un lunático; y todo sucedió tan rápidamente que no tuve mucho tiempo para saborear los matices más delicados de su muerte. Fue todo muy raro lo que sucedió entonces: el castillo de Blofeld estallando en llamas, mi escapada en el globo y luego mi zambullida en el mar junto a la isla de Kuro. Le debo mi vida, por supuesto, a esa muchacha sobre la que Fleming escribió, Kissy Suzuki. Ella me sacó del mar. Me alimentó y cuidó de mí, y, aunque había perdido la memoria, fuimos muy felices.

—¿Era su mujer ideal entonces?

—De alguna manera supongo que lo era. Yo siempre había dicho que quería vivir con una japonesa —parecen tranquilas y obedientes— y durante un tiempo pareció como si fuera afortunado por encontrarla. Lo hizo todo por mí: me alimentó, me bañó, me vistió... incluso me hizo el amor, lo cual fue muy placentero. Pero no... creo que uno se engañaría a sí mismo si pensara en vivir con una muchacha como ella para siempre. Kissy era dulce... pero no teníamos realmente mucho en común, y una vez mi memoria comenzó a volver, me marché. De algún modo sentía que debía encontrar a mi propia gente. En vez de eso, por supuesto, terminé en Rusia.

—¿Y qué le sucedió a la muchacha? Según Fleming, estaba embarazada cuando usted se fue.

—Muy cierto, lo estaba. Para hacerme justicia, yo no lo sabía... ni podría haber hecho mucho sobre ello si lo hubiera sabido. Realmente todavía estaba en un naufragio mental. Pero regresé al Japón, dos años después como ya sabe, y la encontré a través de mi viejo amigo Tigre Tanaka del Servicio Secreto Japonés. Se había trasladado a Tokio donde trabajaba para una agencia americana de publicidad. Es una muchacha decidida, y el muchacho es maravilloso; muy fuerte y maravillosamente atractivo, aunque es una sensación extraña tener un niño japonés.

No se podía confundir el toque de orgullo en la voz de Bond cuando hablaba del muchacho. Incluso sacó una fotografía de su billetera. Era raro pensar en James Bond como padre; especialmente cuando uno veía la instantánea de una solemne versión oriental de ocho años de edad del mismo Bond. Tenía enormes ojos almendrados y una respingona nariz japonesa, pero la línea de la mandíbula y la boca eran ciertamente de Bond y parecía como si tuviera el comienzo de una auténtica coma de pelo negro cayendo sobre su frente.

—¿Cuál es su nombre? —pregunté.

—James —contestó—. Su madre lo llamó como yo aunque, por supuesto, él tenga su apellido.

—¿Y sabe que usted es su padre?

—Cielo santo, sí. Cuando regresé a Tokio sugerí a su madre que deberíamos casarnos, pero no estaba muy dispuesta. De hecho poco después, se casó con un Japonés de la Shell.

Bond hizo una mueca.

—Pero para ser justos con el hombre, ha cuidado al muchacho maravillosamente y nunca me ha impedido verle. He estado en Japón varias veces y también lo han llevado a Inglaterra. Incluso lo llevé a Glencoe para que conociera a la familia: su familia. Es un auténtico Bond. Lo he inscrito en Eton. Ahora tiene diez años, así que irá en un año o dos. Esperemos que lo haga un poco mejor que su padre.

—¿Lo hará? —pregunté.

Bond asintió.

—Oh, eso creo. Es más serio que yo a su edad, y aparentemente es mucho bien inteligente. Quizás es más como mi hermano Henry, lo que sería una buena broma.

Bond estaba tan ansioso de hablar de su hijo que fue difícil conseguir que completara su historia; además, era obvio que no le atraía discutir de forma detallada el episodio que siguió a su estancia en Japón. Éste fue el período en que los rusos le lavaron el cerebro antes de enviarlo de regreso a Inglaterra con un propósito mortífero: asesinar a M. Más allá de un breve comentario sobre «el uso de ciertas drogas y jugar con mi resentimiento subconsciente hacia el viejo M», Bond no quería hablar de cómo se había llevado a cabo la operación. Cuando intenté preguntarle si habían usado técnicas freudianas para explotar su hostilidad a todas las figuras paternas, sólo dijo que era «un asunto turbio», y que el tratamiento reacondicionador de Sir James Molony borró totalmente el recuerdo de lo que había sucedido. En lo que concierne a M, dijo que el viejo estaba notablemente tranquilo tras el fallido intento de asesinato con la pistola rusa de cianuro.

—Él lo esperaba, por supuesto. Estaba suficientemente advertido, e imagino que secretamente encantado de haber adivinado lo que iba a hacer y haberme batido. Había ganado otra vez.

Y ciertamente las misiones dadas a Bond inmediatamente después fueron una especie de anticlimax cuando se comparan con sus importantes grandes operaciones de los años cincuenta: misiones tales como la *Operación Trueno* o el grandioso negocio de Goldfinger. Bond estaba claramente desilusionado, y culpaba a M por ello.

Hubo otro viaje a Jamaica para ocuparme del asesino Scaramanga.

—Aquello fue un asunto de segunda clase, aunque el viejo Ian se superara para hacer una historia de todo ello en *El hombre de la pistola de oro*. También hubo otra operación menor en Jamaica. Fleming la tituló *Octopussy*.

Bond estaba obviamente conmovido mientras hablaba de Ian Fleming en sus últimos meses de vida.

—Por alguna razón ahora nos veíamos mucho, ya sabe, y era realmente una situación bastante rara. Ninguno de nosotros había previsto lo que sucedería cuando comenzó a escribir sobre mí allá por 1952, y desde entonces sus libros había cambiado su carácter completamente.

»Las películas habían comenzado —Dr No fue filmada en 1961— y lo que alguien llamó el «Boom Bond» había empezado. No tengo idea de cuantos millones de copias de los libros de Ian se han vendido.

»Realmente no me importa. Todo lo que sé es que este James Bond de la pantalla ciertamente no soy yo en absoluto. Es un sentimiento raro... no muy agradable. Pero Ian parecía más bien orgulloso de lo que había sucedido. «Deberías estarme agradecido —solía decir—. No hay mucha gente que llegue a ser un mito durante su vida». Pero yo replicaba que era algo sin lo que podía vivir.

»Al final él también pensaba lo mismo; creo que a ambos nos aburrió un poco todo este alboroto.

Le pregunté si había visto las películas de James Bond.

—Oh sí. Creo que he visto la mayoría de ellas. Al principio estaba un poco enfadado de ver a ese tipo, Connery, supuestamente interpretándome a *mí*, pero supongo que es normal. Recuerdo que Ian me pidió que asistiera a una proyección especial de la primera película en 1962. ¿No fue Dr No? Pensó que sería muy gracioso tenerme sentado allí mientras todos los críticos pensaban que simplemente había inventado a Bond. En vez de eso fue más bien, digamos, perturbador. Sentí como si mi carácter, toda mi identidad hubiera sido gradualmente usurpada por otra persona. Al rato me preguntaba si yo realmente existía en absoluto. Ian dio un fiesta después de la película. Había más caviar allí del que he visto en mi vida pero así era Ian con uno. Creo que había ganado varios cientos de libras unos días antes en Le Touquet y lo gastó todo en caviar. Recuerdo permanecer junto a algunas horribles mujeres que insistían en decir lo patán que era el tal James Bond y que simplemente no era creíble. Entonces apareció Ian e insistió en presentarme. Recuerdo que estaban muy enfadadas cuando creyeron que tratábamos de tomarles el pelo.

—¿E hizo dinero con las películas?

—Debe estar de broma. Ni siquiera Ian hizo mucho, ¿verdad? Unos pocos miles, y murió antes de que el auténtico dinero llegara. Yo estaba en Alemania cuando murió. Lo oí por la radio del coche. Fue un choque terrible. Lo conocía desde hacía mucho. Fue casi como si una parte de mí se hubiera ido.

—¿Y entonces?

—Si me disculpa —dijo—, tendremos otra sesión más tarde y comenzaré a informarle sobre estos últimos años.

Bond no dijo donde iba pero presumí que salía a visitar a su *fiancée*.

—Entonces ¿Así que realmente va a casarse?

Sonrió bastante animado.

—Sí, exacto. Finalmente me he dejado convencer. Mañana en el ayuntamiento. Sombrero de copa y chaqué: todo el lote.

Supuse que bromeaba sobre el sombrero de copa, pero no estaba seguro.

—¿Y qué pasa con el Servicio Secreto? ¿Ha terminado realmente? Todas esas llamadas desde el Londres. ¿No intentan hacerle cambiar de opinión?

Estalló de inmediato.

—Siempre actúan así. Mientras estás disponible a nadie interesas, pero cuando dices que te vas, te necesitan. Es demasiado pueril. Y de cualquier manera, han dejado pasar demasiado tiempo esta vez. Ya me he decidido del todo.

—¿Realmente? —dije.

—Sí, realmente. Puede parecer raro, pero me he cansado de ser tratado de esta manera. También quiero un poco de paz y vida normal. Ahora que hay una oportunidad voy a cogerla.

Cuando Bond se fue, me cambié, nadé, me serví un whisky amargo, luego comí solitariamente junto a la piscina. Tenía notas que escribir, pero la inquietud de Bond era contagiosa. Hay un límite a lo que uno puede gastar en las islas. Repentinamente las Bermudas parecían demasiado cálidas, demasiado soporíferas. El hotel... toda la isla al completo parecía haberse quedado dormida, y pensé envidiosamente en todos los recién casados haciendo sus *siestas* tras las contraventanas del hotel.

Uno realmente no podía culpar a James Bond por establecerse por fin en la vida suave. Se había ganado cada parte del lujo que tenía. Pensé en Honeychile. Era una mujer dominante, pero Bond podría con ella. Ciertamente le amaba y parecía tenerle cariño, probablemente el mejor acuerdo para ambos. Ella conseguiría al hombre que amaba, y él tendría, no pasión, pero sí una rica y hermosa esposa que le adoraba. Había peores fundamentos para un matrimonio. Todavía había tiempo para que tuviera los niños que siempre había querido: hermanastros y hermanastras para el joven James Suzuki de ojos almendrados. Y posiblemente incluso compraría su casa en Kent, con sus vistas del Canal Inglés y la costa de Francia.

Mis divagaciones sentimentales fueron interrumpidas por la presencia, como de una rana-toro, de Augustus.

—Señor. ¿Sabe dónde ha ido el Comandante?

Sacudí mi cabeza.

—¿Quién lo busca?

—Sir William Stephenson. Está al teléfono y pregunta por él. ¿Quizás sería tan amable de hablar personalmente con Sir William?

Sir William sonaba impaciente.

—¿Alguna idea de donde ha ido James?

Repliqué que no le había visto desde antes de la comida pero que imaginaba que

ahora estaría con *Honeychile*. Murmuró algo para su coleteo y hubo una pausa como si hablara con otra persona en la sala.

—¿No podría usted acercarse un momento? Algunos amigos suyos acaban de llegar de Londres. Le estaría muy agradecido si pudiera ayudarnos a encontrarle. Es ligeramente urgente.

Tomé el ascensor privado hasta el gran ático acristalado sobre el tejado. Era la primera vez que yo regresaba allí desde la noche en que llegué. Sir William me saludó. Había tres invitados con él: uno era un anciano bajo con cejas espesas y oscuros ojos penetrantes, otro tenía una cara con cicatrices de aspecto divertido y el tercero tenía un aspecto juvenil con su pelo gris despeinado.

Sir William me presentó.

—Sir James Molony: reductor de cabezas en jefe del Servicio Secreto. Creo que ha oído hablar de él. Y éste es Bill, Bill Tanner, el trabajador duro de M, el muy sufrido Jefe de Estado Mayor. Y finalmente, el Profesor Godwin, del Departamento de Genética de la Universidad de Adelaide. Todos ellos han venido desde Londres especialmente para encontrarse con James Bond. ¿Dónde está?

Les dije que estaba a bordo del yate y me ofrecí para ayudarles a encontrarlo. Subimos al gran Cadillac dorado de Sir William, y nos condujo hacia el puerto donde sabía que el *Honeychile* estaba anclado.

—¿Bien, como está? —preguntó Tanner.

—Maravillosamente. En gran forma.

—Así que su idea sobre las vacaciones ha funcionado, Sir James. Las Bermudas le favorecen.

Entonces charlamos sobre el libro. Tanner pareció sorprendido porque Bond hubiera hablado tan libremente.

—Sólo quedan los últimos años para terminar —dije—. El período entre el asunto del coronel Sun y su llegada aquí. Pero ha prometido darme ese material después del matrimonio.

—¿Matrimonio? —dijo Tanner—. ¿Quién se casa?

Se lo dije.

—Cristo —bufó.

Me pregunté si el *Honeychile* se había hecho a la mar, pero afortunadamente todavía estaba amarrado junto al muelle. No había señal de vida a bordo, pero cuando subíamos en tropel por la plancha, nos encontramos inmediatamente con el agradable, todo terreno y lobo de mar, Capitán Cullum. No nos recibió con los brazos abiertos.

—¿El Comandante? Él y la señora descansan. Me han dejado instrucciones estrictas de que no se les perturbe.

Le dije que tres importantes amigos del comandante acababan de aterrizar especialmente desde Londres y estaban muy ansiosos por verlo de inmediato. El

capitán comenzó a discutir y sugerir que volviéramos luego. En respuesta, Bill Tanner comenzó repentinamente a pisar ruidosamente sobre cubierta y a rugir.

—007. A cubierta de inmediato por favor. Tu Reina y tu País te necesitan.

—Señor. Por favor —dijo el Capitán Cullum.

—Todo está bien, capitán —replicó Tanner sonriendo—. Somos viejos amigos.

Se abrió un ojo de buey del salón. La despeinada cabeza de Bond se asomó fuera.

—¿Qué demonios...? Dios mío... Bill... ¿qué estás haciendo aquí, armando semejante jaleo? Y usted, Sir James. Espere mientras me pongo algo de ropa.

Cinco minutos después estábamos todos sentados animadamente en popa. Bond parecía encantado. El Capitán Cullum nos servía champagne. No había, hasta ahora, ninguna señal de la señora del barco.

Éramos un raro quinteto. El Profesor Godwin permanecía silencioso. Yo también. Pero los otros tres comenzaron inmediatamente a charlar y a intercambiar habladurías sobre el Cuartel General.

—M te envía sus saludos.

—¿De verdad lo hace? —dijo Bond.

—Y Moneypenny te envía un beso cariñoso.

—Lástima que no puedas haberla traído contigo. Podría haber sido nuestra madrina de honor.

—Le habría agradado —dijo Tanner—. Ya sabes que siempre te apreció.

—¿Y como has venido? —preguntó Bond.

—En un bombardero Vulcan: un vuelo especialmente desviado. Proporcionado especialmente por el Mando de Transporte.

—Un poco excesivo, ¿verdad? Sólo para venir aquí y ver cómo me caso.

Hubo una pausa, y Tanner repentinamente miró incómodo hacia sus pies.

—No es por eso por lo que estamos aquí, James. Lo siento, pero te necesitamos, pronto^[62]. Es de la mayor importancia.

Hubo un silencio incómodo. El Profesor Godwin comenzó a encender su pipa.

—Pero eso es totalmente imposible —dijo Bond. Su voz fue como un latigazo—. Imposible. He acabado con Londres y saben muy bien que he renunciado. Nada me hará cambiar de opinión. He tenido suficiente.

—¿Suficiente de qué? —dijo Tanner suavemente.

—Suficiente de este tipo de cosas. Suficiente de todo el maldito jaleo. Quiero vivir.

La discusión habría continuado, pero en ese momento Honeychile apareció. Vestía un caftán de seda azul y parecía fresca, alta y muy hermosa. El amor en la tarde parecía favorecerla. La admiré por la calmada forma en que tomaba esta súbita reunión de los amigos de su *fiancé*. Charlaba, sonreía y los encantaba. Era como si los hubiera conocido toda su vida. Nada más se dijo sobre la misión, pero mientras

nos íbamos, Tanner dijo que sir William nos esperaba para la velada. Todavía quedaba mucho que discutir.

—Puede apostar —dijo Bond—. Honey y yo estaremos encantados de asistir.

La invitación de Tanner era para las nueve treinta y sentí que había sido suficientemente general para incluirme. Ciertamente no iba a perderme esta parte de la batalla si podía evitarlo, y regresé al ático de Sir William después de la cena. La enorme sala rectangular de cristal aparecía magnífica. Las luces estaban bajas, los postigos abiertos y parecíamos suspendidos sobre el océano. Hacia la derecha las luces resplandecían a lo largo de la costa. El faro destellaba; las luces rutilaban desde los barcos de pesca en la mar.

Todos estaban allí incluyendo al impecable Augustus quien repartía las bebidas y servía café.

—Y bien —oí decir a Bond desde el extremo opuesto de la sala—, supongo que nos dirá de qué va todo esto.

—¿No podemos hablar en privado? —replicó Tanner.

—No. Oigámoslo inmediatamente. Quiero que Honey esté en esto. Le concierne tanto como a mí.

Tanner habló entonces muy tranquilamente. Uno podía detectar la mente ordenada; el discurso lógico de la bien entrenada inteligencia militar. Sospecho que había un eco de las informaciones de M. Casi esperaba que le llamara 007. De hecho no lo hizo.

—Básicamente, James, es una parte de un asunto pendiente en el que necesitamos que nos asista.

—Pendiente —dijo Bond rápidamente—. No le sigo. No queda nada abierto en los archivos.

—Esto no es un archivo, James. Es una vieja amiga suya. Irma Bunt.

—Bunt está muerta —dijo Bond impacientemente.

Tanner sacudió su cabeza.

—Me temo que no. Naturalmente todos aceptamos tu informe después de la misión japonesa cuando el castillo de Blofeld fue pasto de las llamas. Estaba ciertamente dentro, pero aún entonces tuvimos nuestras sospechas. Tanaka nos dijo que su gente encontró un esqueleto masculino que se correspondía con Blofeld, pero no había señal de la mujer.

—Podría haberse quemado completamente entre las llamas.

—Podría haberlo hecho, pero no lo fue, me temo. Hemos obtenido extraños informes sobre ella durante el año pasado. Recientemente todos han venido desde Australia. Parece que ha continuado los estudios biológicos de Blofeld... pero cambiando de plantas a animales. El último informe definitivo que teníamos de ella fue de un lugar llamado Crumper's Dick.

—Imposible —dijo Bond—. No existe tal lugar.

—Veo que no conoce Australia. Todo es posible allí. Ésta es una parte de ella que la mayoría de los australianos nunca debería conocer: una estación de operaciones al filo del Desierto Stoney, al norte del lago salado de Lago Eyre.

—Y sólo suponiendo, por el bien de la causa, que *Fraülein* Bunt está todavía viva, en el nombre de Dios ¿qué hace en un lugar como Crumper's Dick?

—Esto —replicó Tanner.

Mientras hablaba sacó una fotografía de un animal. Tenía ojos pequeños, afilada cara de rata y colmillos que sobresalían sobre la mandíbula. El cuerpo estaba pelado, y tenía poderosas patas traseras.

—¿Qué es esto? —preguntó Sir William.

—Nunca he visto nada así —dijo Bond.

—No es sorprendente —replicó Tanner—. Hasta hace un año o dos esto no existía; ha sido producido artificialmente. Originalmente era algún tipo de rata del desierto. El profesor lo explicará, pero aparentemente es posible producir formas mutantes de animales mediante el tratamiento radioactivo de los genes. Es también posible aumentar el poder y la estatura mediante ciertas drogas llamadas esteroides. Esto es lo que ha ocupado a Irma Bunt en su laboratorio de Crumper's Dick.

—¿Cuán grande es esto? —preguntó Bond.

—Los últimos informes dicen que tiene alrededor del tamaño de un yorkshire terrier. ¿No es cierto, profesor?

El Profesor Godwin asintió.

—Pero es diez veces más poderosa. A los biólogos siempre les ha sorprendido la ferocidad de estas ratas del desierto. Originalmente provenían del Sahara, y parece como si la naturaleza nos hiciera un favor manteniéndolas en su tamaño y asegurándose que permanecieran en sus madrigueras en el desierto. Parece que *Fraülein* Bunt ha invertido totalmente la naturaleza. Es obviamente un genio, pero uno diabólico. Las ratas del desierto que ha producido ya no son subterráneas; ni se asustan cuando no están confinadas al desierto. Como zoólogo, las describiría como el animal más peligroso que actualmente existe sobre la faz de la tierra.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Honeychile.

—Quiero decir esto —dijo, y abrió una maletín del que sacó un conjunto de fotografías. Algunas mostraban cadáveres de ovejas parcialmente devorados; otras, el cuerpo de un caballo, con los cuartos traseros devorados hasta el esqueleto. Finalmente había una foto de lo que antes fue un hombre. No era una visión agradable. Hubo un silencio en la sala y quedé agradecido por la forma en que Augustus rellenó con tacto mi vaso.

—¿Cómo sucedió esto? —preguntó Bond finalmente.

—Nadie lo sabe seguro —contestó Godwin—. Todos los intentos previos de

fabricar formas mutantes artificialmente han producido animales estériles. Estas ratas de *Fraülein* Bunt son cualquier cosa menos estériles. Durante meses las ha criado como conejos; y ahora están diseminadas. Y están hambrientas.

—¿Por qué no las detienen? —preguntó alguien.

—Buena pregunta —contestó el profesor—. Lo hemos intentado durante algunos meses. Pero es más fácil decir que hacer. ¿Recuerda la gran plaga de conejos que golpeó Australia el último siglo? Esto podría ser igual de malo; excepto que los conejos no muerden.

—¿Y qué pasa con Irma Bunt? —preguntó Bond brutalmente—. ¿Supongo que no le ha dejado continuar su interesante trabajo científico?

—No —replicó Tanner—. Me temo que aquí es donde entras tú. Irma Bunt ha desaparecido: completamente. La estación de cría está desierta. Ha producido estos animales y se ha marchado. Pero el Gobierno Australiano ha recibido recientemente un ultimatum de ella. Dos ultimatus, para ser estrictamente precisos. Amenazó con que estas ratas tuyas serían diseminadas y pronto comenzarían a rapiñar las ovejas. Dentro de un año se habrían multiplicado tan rápido que amenazarían realmente la industria ovejera de Australia. Dentro de dos habrían llegado a las ciudades.

—¿Es eso posible? —dijo Bond.

El profesor asintió.

—Pero también ha dicho que las puede destruir casi de la noche a la mañana. Aparentemente tienen algún instinto innato que sólo ella sabe cómo controlar. Ha prometido que a cambio de un billón de dólares hará que esas ratas regresen como lemmings al desierto de donde vinieron. Quiere el dinero en efectivo. Y lo quiere rápido.

—Creo que será mejor que pague —dijo Bond.

Tanner intentó discutir. Fue inútil. Dijo, bastante correctamente, que Bond era el único hombre que podía reconocer a Irma Bunt. Era también el único al que temía; el único que podía comprender suficientemente su retorcida mente como para poder atraparla. Por ello el Gobierno Australiano le quería a él. Era su única esperanza.

Pero Bond simplemente se encogió de hombros.

Alguna otra persona podría tener el honor de atrapar a Irma Bunt. No había nada muy especial en ella, y Australia debía tener algunos buenos policías propios. Lo lamentaba, pero estaba muy decidido. Había dejado el Servicio Secreto y se iba a casar. Finalmente Bill Tanner comprendió que no había esperanza. Bond creía lo que decía.

A esto Bill Tanner dijo simplemente que lo lamentaba y esperaba que Honeychile y Bond fueran felices. Sir James y el Profesor Godwin volarían a Adelaide con las primeras luces. El Primer Ministro Australiano estaría allí para recibirles. Si Bond cambiara de opinión...

—Muchas gracias —dijo Bond—, pero de algún modo no creo que sea probable. Y ahora Honey y yo debemos irnos. Tenemos un día ocupado mañana.

Si Bond se sentía trastornado por negarse a su viejo amigo no lo demostró. Los dos hombres se estrecharon las manos.

Yo encontré difícil dormir. La historia de Bill Tanner me había perturbado, y soñé con ratas del desierto saltando a través del campo inglés. Cuando me desperté no pude conseguir dormir de nuevo. La idea del bombardero Vulcan partiendo para Australia apresaba mi mente. Miré mi reloj. En menos de una hora estaría lejos. Finalmente me vestí y, en ayunas, conduje al aeropuerto para verle irse.

Allí estaba, como un gran tiburón negro, varado junto al margen de la pista de aterrizaje. La tripulación del avión estaba a bordo, y justo cuando yo llegaba, un automóvil se detuvo, con Tanner y el Profesor Godwin. Charlamos brevemente, Tanner dijo que todavía esperaba que Bond cambiara de opinión y viniera.

—¿Cree que lo hará? —preguntó Godwin.

—Si fuera su decisión, ciertamente —dijo—. Pero con esa mujer —sacudió la cabeza—... No hay una maldita esperanza, me temo. Una lástima.

—Tiene usted la maldita razón en eso —dijo el profesor.

Ahora los motores del Vulcan estaban despiertos. El avión estaba abastecido para el rápido y largo viaje rodeando la tierra, y observé a Godwin ponerse un casco de vuelo y caminar, una decidida figura gris, hacia la aeronave.

El amanecer surgía desde el Atlántico y en el cielo había largos jirones de adelfas rosadas. Oí cantar al primer pájaro y sentí la dulce frescura de la mañana tropical. Tanner miró su reloj y sacudió la cabeza.

—Bien, no se le puede culpar. Realmente no se le puede culpar en absoluto. Es bonita. Esperemos que sea feliz.

—No podemos esperar mucho más, señor —gritó el piloto sobre el estruendo de los motores—. Control de Vuelo nos espera. Hemos de irnos ya si queremos llegar a Adelaide a tiempo.

El liso cuerpo con forma de cigarro comenzó a rodar hacia delante. Tanner se dirigió hacia él.

En ese momento hubo un resplandor desde el borde del campo. Un gran Rolls Corniche blanco se aproximaba a la pista de aterrizaje. Honey conducía. Bond estaba a su lado, con su viejo maletín de piel de cerdo, vistiendo un traje azul claro con corbata negra: su uniforme para una misión.

Parecía muy animado, muy tranquilo, y no dio explicación de por qué había venido.

—Buenos días, Bill. Me alegro de verle. ¿Estamos todos dispuestos?

Él me vio y asintió.

—He disfrutado de nuestras pequeñas charlas —dijo—. Espero que no las haya

encontrado demasiado tediosas. Me he dejado mucho y continuaré con mucho más, si todavía está interesado. Cuando regrese nos encontraremos e intentaré terminar la historia.

Luego se giró hacia Honeychile, todavía sentada en el automóvil. Ya no era la dura Mrs Schultz. Su cara aparecía pálida bajo su bronceado, sus ojos antinaturalmente brillantes. Bond la besó y le oí decir:

—Pronto, querida. Pronto estaré de vuelta.

¿Cuántas veces, me pregunté, habría susurrado aquello antes?

Entonces se giró. Pude ver al piloto que le llamaba desde la cabina y Bond se apresuró por la pista de aterrizaje, agarrando su maletín. Se giró y saludó, para luego impulsarse hacia la entrada. La puerta se cerró tras él y los motores gimieron impacientemente. Entonces desconectaron los frenos, los motores atronaron y, mientras el bombardero levantaba polvo a nuestro alrededor, pude oler el hedor súbito del keroseno, el perfume universal de las partidas del hombre moderno.

Honey había bajado del automóvil y permanecía totalmente sola, observando cómo el bombardero ganaba velocidad. No saludó, pero cuando me vio dijo llanamente:

—Fui yo quien le dijo que fuera. Me dijo que no iría pero yo sabía que siempre me culparía a mí. Sin embargo, nunca pensé...

El avión había girado y, mientras pasaba sobre nosotros, su voz fue ahogada en el rugido de los motores, impulsando a la aeronave hacia el amanecer que teñía sus alas.

Honeychile sonrió y observó mientras el avión se convertía en un pequeño punto en el cielo.

—Bien, ya está —dijo mientras regresaba hacia el Rolls—. El cabrón se ha ido.

Raymond Benson

Raymond Benson publicó en la edición americana de Playboy los relatos *Explosión desde el pasado* y *El crimen de una noche de verano*, en 1997 y 1999 respectivamente. *En directo a las Cinco* aparecería en 1999 en la revista *TV Guide*.

Además de los relatos cortos incluidos en esta recopilación, Raymond Benson ha escrito seis novelas oficiales así como las novelizaciones de *El mañana nunca muere*, *El mundo nunca es suficiente* y *Muere otro día*. Sólo las novelizaciones han sido publicadas en España.

EXPLOSION DESDE EL PASADO

La carta había llegado por Fed Ex^[1] a las 9:30. James Bond ya había completado su ritual matutino de ducha fría, 20 flexiones suaves, tantos alzamientos de piernas como fuera capaz, alcanzarse 20 veces los tobillos y 15 minutos de estiramiento de pecho y brazos mientras hacía profundas inspiraciones.

Se hallaba sentado y leyendo *The Times* en su escritorio estilo Imperio en el salón rodeado de estanterías de su piso de King's Road en Chelsea cuando sonó el timbre.

Bond firmó el recibo y volvió con ella al salón. La enviaba «J. Suzuki» desde Nueva York. La abrió y leyó:

QUERIDO PAPÁ
¡MUY URGENTE QUE VENGA A NUEVA YORK!
¡NECESITO TU AYUDA! ¡NO ME FALLES!
TE QUIERE — JAMES

Apenas sabía nada de su hijo, un joven que trabajaba como ejecutivo en un banco de EEUU. La madre de James, Kissy Suzuki^[2], había muerto de cáncer hacía unos años. Bond había concebido al chico mientras sufría de amnesia durante un oscuro período de su vida cuando vivía como un sencillo pescador con Kissy en una pequeña isla de Japón. Bond la dejó para partir en busca de su identidad, ignorante de que ella se encontraba embarazada de su hijo. Fue mucho más tarde, tras su recuperación de lo que podía ser clasificado como locura transitoria, que supo de la existencia de James Suzuki. Bond ayudó a Kissy en el mantenimiento del chico, incluso después de la marcha de ésta a América. Ella sucumbió a su enfermedad cuando el muchacho era un adolescente y Bond se hizo cargo de su educación.

Los recuerdos de Kissy Suzuki y de la isla de Japón hicieron aflorar unas pesadillas que Bond había enterrado en su subconsciente. M le había enviado a Japón con la esperanza de que se sacudiera la depresión en que se hallaba sumido tras el asesinato de su esposa, Tracy di Vincenzo, a manos de Ernst Stavro Blofeld^[3] y su colaboradora, Irma Bunt. Ésta era la principal razón de su poco contacto con su hijo, los eslabones en la cadena de recuerdos siempre le llevaban a Tracy.

A pesar de estar enterrados en lo más hondo de su cerebro, los acontecimientos de aquella época siempre poblaban sus sueños. A veces se despertaba en medio de la noche con alguna de las múltiples y recurrentes imágenes rondándole la cabeza: los saltones ojos de Blofeld mientras Bond lo estrangulaba hasta morir, *Fräulein* Bunt cayendo al suelo tras ser golpeada por Bond con un bastón, la explosión del castillo mientras Bond colgaba de un globo aerostático lleno de helio y, la más habitual, la sangre en el dorado pelo de Tracy mientras él la acunaba en el asiento delantero del Lancia que portaba a la pareja tras su boda.

Muchos años habían pasado y Bond había experimentado muchas aventuras y peligros. Se las había arreglado para enterrar aquellas dolorosas cicatrices a base de trabajo. Las mujeres que había encontrado a lo largo del camino fueron entretenimientos y, de eso estaba seguro, ninguna había alcanzado su corazón como lo había hecho Tracy. No podía evitarlo, pero sentía que algo quedaba por resolver, algo que tenía que hacer antes de poder exorcizar aquellos demonios.

Bond telefoneó a su hijo, pero no obtuvo respuesta en el número de casa de James. Cuando llamó al banco donde James trabajaba le indicaron que llevaba varios días sin aparecer. Bond reservó un vuelo a Nueva York.

Llegó al aeropuerto Kennedy a mediodía y cogió un taxi hacia Manhattan. La ciudad se hallaba viva con la energía que hacía de Nueva York la primera de las ciudades cosmopolitas. Era un día soleado, un día cálido sin estación concreta, y los manhattanitas habían tomado las calles. Las bocinas atronaban e interminables hileras de peatones atravesaban los cruces.

Bond se había vestido de modo informal con un polo de algodón azul claro con manga corta y unos pantalones de sarga azul marino. Vestía una ligera chaqueta gris de seda imitación esterilla, bajo la cual ocultaba su Walther PPK de 7'65 mm en una sobaquera de gamuza. La PPK había dejado de ser reglamentaria, pero había algo en su historia, en su familiaridad, que le daba a Bond una sensación de seguridad.

El taxi le llevó al Upper East Side, donde James Suzuki vivía en un estudio en la calle 75 con la Primera Avenida, no muy lejos del río East. Pagó al taxista y caminó por la acera. La zona era residencial, formada por edificios de viviendas de seis alturas de ladrillo marrón y pequeñas tiendas. Bond observó vigilante la calle antes de entrar en el edificio. Una madre empujaba un cochecito, charlando con otra mujer mientras caminaban. Una sin-techo que parecía un sapo, vestida con harapos y caminando lentamente tras un carrito robado de algún supermercado lleno de basura y paquetes, estaba parada frente a la puerta del edificio de James. Dos adolescentes arrojaban monedas contra una pared de ladrillo unos metros más allá. Alguien gritó al otro lado de la calle. El tráfico era terriblemente ruidoso.

Bond pasó junto a la sin-techo que bloqueaba la puerta del edificio y entró. Mientras pasaba a su lado, Bond se quedó perplejo al observar lo que ocultaban los harapos que cubrían su cara, una piel extraña con un aspecto cerúleo. Bond sacudió los hombros con indiferencia y examinó los timbres. Apretó el botón que indicaba J. SUZUKI y esperó. El intercomunicador permaneció en silencio. Tocó el timbre de nuevo. Nada ocurrió.

Uno de los botones indicaba SUPERINTENDENTE, y lo intentó de nuevo. Un momento después se oyó por el intercomunicador:

—Sí, ¿quién es?

—Estoy buscando a James Suzuki, del 3ºA. Soy su padre. ¿Podría dejarme entrar? —dijo Bond hacia el altavoz.

Oyó algunos gruñidos y la cerradura zumbó. Bond empujó para abrir la puerta y entró en un corredor lúgubre que daba a una escalinata. La puerta del superintendente se abrió al final del pasillo. Un hombre gordo en camiseta y calzoncillos lo observó.

—¿Tiene alguna identificación? —preguntó el hombre. Tenía un cerrado acento del Bronx.

Tras comprobar las credenciales del Ministerio de Defensa de Bond, se dirigió con esfuerzo escaleras arriba, demasiado despacio para la paciencia de Bond, trasteó en el llavero y abrió la puerta.

Bond reconoció la repúgnate peste nada más abrir la puerta. Adelantó velozmente al gordo al entrar en el pequeño apartamento.

—¡Quédese fuera! —gritó al superintendente.

James Suzuki yacía sobre la espalda en medio del suelo, su cuerpo en un avanzado estado de putrefacción, los rasgos hinchados.

Bond cayó pesadamente de rodillas ante el cadáver de su único hijo.

La agente especial Cheryl Haven tomaba notas en una pequeña libreta mientras Bond hablaba.

—¿No tocó nada? —preguntó con acento del norte de Inglaterra.

Bond meneó la cabeza, todavía atónito por su descubrimiento.

Había contactado con la oficina del Servicio Secreto británico de la ciudad tras convencer al superintendente, con la ayuda de un billete de 50 dólares, de que no sería necesaria la policía local. En cuestión de minutos, Cheryl Haven y un equipo de investigación americano habían llegado al apartamento. El equipo de criminalística, un técnico, un fotógrafo y un médico forense, todavía se hallaban trabajando en el cadáver y la habitación.

Bond hizo un gesto hacia la encimera de la cocina.

—Hay un sobre a mi nombre. No lo he abierto aún.

—Le daremos prioridad absoluta —dijo la agente Haven. Se volvió hacia el especialista.

—¿Dan? Haz el resbalamiento con el sobre de la encimera para que podamos ver su contenido. ¿Paul?, ¿podrías tomar algunas fotos de la cocina antes de que Dan comience con el sobre? —se volvió de nuevo hacia Bond.

—Debía personarse la próxima semana —los familiares residentes en el extranjero de todos los miembros del Servicio Secreto debían contactar con las oficinas locales una vez al mes.

—Lo sé porque normalmente hablaba conmigo. Era un buen muchacho. Lo siento.

Bond asintió bruscamente con la cabeza y apartó la mirada.

Ella rápidamente volvió al trabajo.

—Todavía tenemos tiempo para ir a su banco. ¿Tiene alguna idea de por qué le escribió?

—No.

El médico forense se aclaró la garganta.

—Tengo algunos resultados preliminares. Aunque, por supuesto, aún habrá que hacer la autopsia.

—¿Qué has encontrado? —preguntó ella.

—Lleva muerto cuatro días, 12 horas arriba o abajo. Por lo que parece, fue envenenado. Observad esta herida aquí, en el brazo.

Bond y la mujer se quedaron mirando fijamente al cadáver. Había una escisión de aproximadamente una pulgada en el antebrazo derecho de James. Estaba hinchada y oscura.

—Una cuchilla muy estrecha y afilada. Por aquí penetró el veneno en el riego sanguíneo. Quizá una hoja de afeitar. Observad el edema alrededor de la herida. Hay sangre seca en la camisa, aquí, ¿lo veis? Ha debido ser algo muy potente. Sufrió una parálisis respiratoria. Algún tipo de veneno exótico, imagino.

El especialista terminó de empolvar el sobre y se lo dio a Bond. Bond lo abrió con cuidado y vació el contenido sobre la encimera. Una pequeña llave plateada cayó de él. El número 366 se hallaba impreso en ella.

—Parece la llave de una caja de seguridad —indicó la agente Haven. Citó un muy conocido banco japonés.

—Tiene su logo impreso.

—En el que trabajaba mi hijo —dijo Bond.

Necesitaba salir del apartamento y despejar la cabeza. Tenía que pensar. ¿Quién querría matar a su hijo? ¿Era un modo de llegar hasta él? Bond se frotó la ceja, forzaba su mente a repasar las últimas semanas. ¿Había habido algún tipo de alerta? ¿Tenía motivos para sospechar de alguien? ¿De todos? No podía encontrar ninguna cosa que fuera relevante. Puede que James tuviera problemas. Quizá el contenido de la caja de seguridad proporcionara las respuestas.

—Será más rápido si caminamos —dijo la agente Haven cogiendo su bolso. Una vez en la acera, Bond y la mujer anduvieron con paso ligero hacia el sur.

Era la primera vez que Bond se fijaba en ella. Tendría treintaytantos o cuarentaypocos, pero la figura y la complexión eran de una veinteañera. Era alta, con unas piernas largas y fuertes, reveladas por la estrecha minifalda de un traje-chaqueta de lanilla. Su fino y sedoso cabello flameaba tras ella mientras caminaba, y sus pechos se movían bajo la chaqueta. Bond pensó que era bastante atractiva.

—¿De dónde es usted, agente Haven? —preguntó Bond—. Noto cierto acento del norte de Inglaterra. ¿Blackpool?

—Correcto —dijo ella, aumentando la velocidad de su andar—. Llámeme Cheryl, por favor señor Bond.

—Únicamente si tú me llamas James —dijo él, alcanzándola—. ¿Cómo has llegado ser la jefa de la oficina de Manhattan? ¿Qué ha sido de Forbes?

—Alan se enriqueció jugando a la loto, ¿Te lo puedes creer? Se retiró pronto y marchó a vivir a Tejas —dijo sonriendo—. Era la segunda al mando y fui ascendida. Me sorprende que no hayamos coincidido con anterioridad.

—A mi también —dijo él—. Háblame de James. ¿Estaba bien? ¿Pareció alguna vez tener problemas?

Ambos tuvieron que pararse ante un semáforo en rojo en un cruce muy transitado.

—Nunca —dijo Cheryl—. Llamaba puntualmente cada mes y charlábamos durante un minuto o así. Una vez me pidió para salir. Un flirteo.

Bond sonrió con tristeza. «Los pecados de los padres...»^[4]

—Nunca tuve la sensación de que se dedicara a otra cosa que no fuera su trabajo en el banco, las chicas con las que salía y los Knicks —continuó ella. La luz se puso verde y cruzaron. Llegaron a un cruce justo frente al banco. Inmediatamente a su izquierda, un vendedor callejero de salchichas gritaba y maldecía, ahuyentando a una mujer bajita vestida con harapos y empujando un carrito de supermercado.

—Pobre anciana —dijo Cheryl.

Bond miraba fijamente la espalda de ella cuando oyó a Cheryl decir:

—Vamos, el semáforo está verde.

Cruzaron la calle y entraron en el banco. Una vez dentro buscaron al director para informarle de la muerte de James y exponerle la situación. El señor Nishiuye, el director, expresó unas palabras de condolencia y simpatía y les condujo escaleras abajo hacia la zona de cajas de seguridad, una pequeña habitación protegida por una reja. Había una larga mesa en el centro rodeada por cuatro sillas con ruedas. La número 366 estaba casi a la altura de los ojos en la pared. El director permaneció en la puerta y observó como Bond introducía la pequeña llave plateada en la cerradura. Una vez introducida. La llave quedó bloqueada.

—¡Oh!, ¡vaya! —dijo disculpándose el señor Nishiuye—. Me temo que hemos estado teniendo problemas últimamente con alguna de esas cerraduras. Ésta es la tercera esta semana.

Bond meneó la llave, la retiró y buscó su hebilla.

—Tengo una ganzúa aquí, déjeme probar.

—¿Es de nuestro viejo amigo el mayor Boothroyd, puedo verla? —preguntó Cheryl—. Yo también tengo una, pero es el modelo femenino.

—Espere —dijo el director—. Tenemos un hombre de mantenimiento. Él es el

cerrajero. Abrió las otras con facilidad. Permítanme que encuentre a Sam.

—Dese prisa —dijo Bond. Tras su marcha, Bond se encogió de hombros y le dijo a Cheryl:

—Probablemente la habría abierto para cuando vuelva.

—Tranquilidad, señor B., quiero decir, James —dijo ella—. No creo que vayamos a resolver esto en una noche, me aseguraré de que se te permita permanecer tanto tiempo como sea necesario.

Bond se sentó incómodo en una de las sillas y clavó su mirada en la caja de seguridad.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. Pareces cansado. ¿Te afecta el desfase horario?

Bond dijo:

—No, es la sin-techo que vimos fuera. Hay algo, no sé...

—¿Qué?

—Estoy bastante seguro de haberla visto antes, en el exterior del apartamento de James. Cuando llegué allí.

—Hace ya varias horas. Habrá llegado empujando su carrito hasta aquí.

—Lo sé —meditó Bond—, pero hay algo más. Me recuerda algo, o a alguien.

Cheryl se sentó junto a él y puso sus suaves y cálidas manos sobre las suyas.

—Escúchame, James —dijo ella—. Ha sido una conmoción, no digo que no lo estés llevando muy bien. Pero, de todas maneras... tómatelo con calma.

El director regresó con un hombre vestido con un mono de trabajo y que portaba una caja de herramientas.

—La 366, Sam —el señor Nishiyue indicó la pared con las cerraduras.

El hombre dejó su caja de herramientas en el suelo y sacó un destornillador.

—¿Puedo ofrecerles algo? —les preguntó el director—. ¿Café?

—No, gracias —dijo Bond—, pero me gustaría ver el escritorio de mi hijo. ¿Podría hacerlo mientras nuestro hombre trabaja en la cerradura?

—Por supuesto —dijo el director—. Síganme.

El escritorio de James Suzuki estaba limpio y despejado. Una foto enmarcada de su madre estaba colocada encima del monitor del ordenador. A su lado una instantánea a color enmarcada de él siendo un chaval con Bond. Había sido tomada cuando James tendría unos 12 años, durante una de sus pocas visitas a Londres. Posaban delante de uno de los leones de Trafalgar Square. Kissy había tomado la foto. Podía ser perfectamente la única foto que James tuviera de su padre.

Bond hizo un rápido repaso al escritorio sin encontrar algo de interés.

El director preguntó:

—¿Qué tal se encuentra la tía de James?

Bond se quedó mirándolo.

—¿Qué?

—Su tía. Estuvo aquí hará un par de días y usó la caja de seguridad —dijo el director. Bond lo observaba incrédulo.

—Me mostró una autorización escrita...

Antes de que el hombre pudiera terminar, Bond y Cheryl ya se habían dado la vuelta hacia las escaleras y corrían de vuelta a la zona de cajas de seguridad. Justo atravesaban la puerta cuando Sam dijo:

—Creo que ya lo tengo —y giró la cerradura.

Un ruido tremendo y un cegador fogonazo de luz blanca sacudieron la habitación. La fuerza de la explosión desplazó a Bond y a Cheryl de la puerta y los arrojó al suelo del corredor. El lugar comenzó a llenarse de humo y las alarmas sonaron de inmediato.

—¿Estás bien?! —gritó Bond a Cheryl.

—¡Sí!

—¡Espera aquí! —se levantó de un salto y entró en el cuarto. Un enorme agujero indicaba donde antes se encontraba la caja de seguridad.

Volvió rápidamente al corredor y se ocupó de Cheryl.

—Hemos de salir de aquí o nos asfixiaremos.

Juntos hallaron las escaleras y se dirigieron al exterior. El señor Nshiuve estaba ayudando a un par de empleados cuando lo vieron.

—¡Pensé que estaban muertos! —exclamó—. ¿Qué saben de Sam?

Bond meneó la cabeza.

—Recibió la explosión, creo que iba dirigida a mí —dijo.

La sirena del coche de bomberos se oía a lo lejos cuando Bond y Cheryl se reunieron con la multitud enfrente del banco. Ambos tenían manchas marrones en las ropas y los rostros.

Entonces la vio. La sin-techo estaba al otro lado de Park Avenue, observando. Bond podría jurar que no observaba el banco y el pandemonio organizado en su frente, ella lo miraba fijamente a él.

—Quédate aquí —le dijo a Cheryl y comenzó a cruzar la avenida.

Tan pronto como la mujer vio a Bond aproximarse, dio la vuelta a la esquina hacia una calle de un solo sentido que se dirigía al oeste. Bond echó a correr. Alcanzó el otro lado justo a tiempo de ver como subía a una limusina negra con el motor encendido. Aceleró hasta ella, saltó y logró asir la manilla de la puerta. El conductor pisó el acelerador. Bond cayó hacia atrás y se levantó de un salto. Para entonces Cheryl ya había cruzado la calle y se dirigía hacia él.

Alcanzó la Avenida Madison, pero el coche ya la había cruzado y proseguía hacia el oeste. Se saltó un semáforo en rojo sorteando los coches que se dirigían Madison arriba. Un taxi casi choca contra él e hizo atronar la bocina.

—¡James! ¡Espera! —gritó Cheryl, y le dio alcance al otro lado de Madison.

Un taxi con el motor en marcha se hallaba frente a una tienda de delicatessen a unos 30 metros a la izquierda de ellos. La luz de «FUERA DE SERVICIO» se encontraba encendida, el conductor se había bajado y entrado en la tienda. Bond esprintó hacia él y se coló en el asiento del conductor. Cheryl corrió hacia el asiento del pasajero. Según Bond arrancaba, el taxista salió de la tienda, gritando.

—No estoy segura de que lo que acabas de hacer sea completamente legal —dijo Cheryl.

—En las películas lo hacen continuamente —contestó Bond, acelerando hacia la Quinta Avenida. El coche había cruzado la Quinta y se dirigía hacia la Sexta Avenida, pero el tráfico había hecho que se detuviera. Bond cruzó la intersección y se colocó en la hilera de coches de la estrecha calle. Había cuatro vehículos entre el taxi y el otro coche. De repente, se apartó de la fila de coches parados, saltó a la acera y aceleró frente a los escaparates buscando la Sexta Avenida. Asustados peatones chillaban y saltaban apartándose del camino. La limusina se llevó por delante el toldo de una tienda en su temeraria carrera hacia el cruce.

Bond lanzó una maldición y también dirigió el taxi hacia la acera. Pisó a fondo el acelerador y partió tras la limusina. Cheryl se hallaba demasiado asombrada para gritar.

El otro coche alcanzó la intersección con la Sexta y penetró en el fluido tráfico. Otro taxi chocó contra su parachoques trasero, pero continuó. Las bocinas bramaban cuando el taxi de Bond apareció en la avenida. Se las arreglaron para cruzarla sin que les golpearan.

Todavía viajaban hacia el oeste por una calle estrecha de un solo sentido, y ya no había nada entre la limusina y el taxi de Bond. Bond apretó el acelerador y se acercó. Entonces vio un individuo que se asomaba por la ventanilla apuntando hacia ellos.

—¡Agáchate! —chilló Bond justo cuando el parabrisas se agrietaba por encima de su cabeza. Sacó su Walther PPK, la agarró con la mano izquierda por fuera de la ventanilla y disparó contra el coche. Destrozó un intermitente trasero. Bond no estaba habituado a conducir con el volante a la izquierda, ni a disparar con la mano izquierda.

En la Séptima Avenida, la limusina giró a la izquierda y tomó hacia el sur. Bond tomó el cruce a casi 100 kilómetros por hora y casi choca con un autobús. Cheryl se aferraba al salpicadero y tenía la mirada fija en el frente, no decía ni una palabra.

La limusina esquivaba el tráfico, avanzando y cruzando una intersección en rojo. Bond, entre dientes, dijo:

—¡Agárrate!

Pisó el acelerador y apretó la bocina del taxi. Los vehículos ya habían comenzado a entrar en el cruce y otro taxi apareció delante de Bond. Tuvo que girar para no impactar contra el lateral, pero no pudo evitar golpear contra su parachoques trasero y

enviar el taxi, dando vueltas como una peonza, al centro del cruce.

La limusina giró a la derecha por otra calle de sentido único, hacia el este. Bond la siguió, sin perder su rastro. Un individuo volvió a asomarse por la ventanilla y les disparó, falló.

Cheryl se sacudió de pronto su aturdimiento.

—Vale, ahora veréis —dijo, y sacó una automática Browning de su bolso.

—Por Dios, Cheryl —dijo Bond—, ¿ahora te acuerdas de eso?

—Lo siento, estaba disfrutando del paseo —contestó. Se asomó por la ventanilla del pasajero. Disparó dos veces. El hombre que les estaba apuntando dejó caer su arma y se retiró al interior del coche.

—Hay tres personas en el coche —dijo Bond—. El conductor, la mujer y el hombre al que acabas de disparar. Buen trabajo.

—Gracias —dijo ella.

Cheryl se asomó de nuevo para disparar, pero la limusina alcanzó la Octava Avenida y giró de nuevo hacia el sur atravesando el tráfico que se dirigía al norte.

—¡Deben de estar locos! —gritó ella, pero Bond los siguió. Las bocinas aullaban detrás de ellos.

En la calle 23 la limusina giró a la derecha y enfiló al oeste de nuevo. Bond la siguió rápido a través de la Novena Avenida y la Décima. Se estaban acercando al río Hudson.

La limusina frenó y giró hacia un muelle de carga de un viejo edificio de cuatro plantas en la Décima Avenida. Bond siguió hasta la siguiente manzana y paró junto al bordillo. Saltó fuera y se cubrió tras la puerta abierta. Cheryl corrió hacia un lateral del edificio y se pegó contra la pared. Bond la siguió y se puso detrás de ella, observando y escuchando.

—¿Qué es este sitio? —preguntó.

—Algún tipo de almacén. No te puedo decir a quien pertenece —respondió ella—. No hay más que viejos almacenes al oeste de Chelsea.

Bond se arrastró más cerca de la entrada del muelle, pero una reja de acero impedía el acceso a lo que parecía un aparcamiento. No había ningún acceso por aquel lado del edificio. El sol se ocultaba con rapidez, y un resplandor anaranjado bañaba las calles. Las sirenas de la policía se perdían en la distancia, aquella zona de la ciudad estaba desierta.

Había una salida de incendios en un lateral del edificio.

—Voy a entrar por ahí. Busca un teléfono y pide apoyo o como lo llaméis aquí —ordenó Bond.

—No creo que debas entrar ahí tú solo —dijo ella.

—Ve, por favor, Cheryl —dijo él con determinación, y de un salto se agarró a la parte inferior de la escalera metálica. Ésta descendió debido a su peso.

—De acuerdo —dijo ella—, pero en seguida volveré a tu lado.

Dio un vistazo a su alrededor, localizó una cabina telefónica en la esquina opuesta y echó a correr.

Bond ascendió al segundo piso. Probó con la ventana, pero estaba cerrada o bloqueada. Subió otro piso, esta vez la ventana cedió un poco. Bond puso todo su empeño en el esfuerzo, la abrió lo suficiente como para deslizarse por ella.

Estaba muy oscuro dentro. Permaneció quieto permitiendo que sus ojos se acostumbraran a la poca luz. Era una especie de área de descanso; sillas y sofás de los cincuenta abundaban en la habitación. Prestó atención y pudo oír un ligero movimiento en el piso inferior.

Se movió lentamente a través de la habitación hacia la abierta puerta, pero el suelo de madera crujía con sus pasos. ¡Maldición! Si no se habían percatado de su entrada en el edificio, ahora estarían alertados de su presencia.

Según salía por la puerta sintió un agudo dolor en su nuca y toda luz se extinguió.

Los tres sopapos en la cara sacaron a Bond del pozo oscuro. Estaba sentado en una silla en otra habitación, una especie de vieja oficina, con viejos muebles apilados contra las paredes. Una solitaria bombilla en el techo derramaba una pálida y amarillenta luz sobre el suelo.

La nuca le dolía terriblemente. Su primer reflejo fue rascarse la zona dolorida con la mano derecha, pero el frío acero de una pistola se apoyó en su sien.

—No te muevas —dijo una voz masculina.

Bond gruñó, parpadeó un par de veces, enfocando la borrosa figura que tenía delante. Era la sin-techo, pero extrañamente cambiada. No había harapos, y estaba vestida con una camisa y pantalones negros. Su rostro todavía parecía pulido, cerúleo, irreal. Era regordeta y baja, probablemente no mediría más de 1'55 metros. El gris cabello recogido en un moño parecía falso, daba la impresión de llevar peluca.

—¿No me reconoce, señor Bond? —dijo—. Quizá esto le ayude.

La mujer llevó su mano hasta la zona del cabello y comenzó a despegar abundantemente algo pegado a su piel. No, ¡se estaba despellejando! Ella trabajó cuidadosamente, retirando una fina máscara de piel sintética que cubría la mitad derecha de su rostro. Bajo la máscara una piel en un estado horroroso comenzaba justo en su carrillo derecho y ascendía por su rostro hasta perderse bajo la peluca: el resultado de una cirugía plástica pobremente ejecutada. Era la versión femenina del fantasma de la ópera.

—Espantoso, ¿verdad, señor Bond? —dijo ella—. Mírelo bien. Quiero que vea lo que me hizo.

Arrastraba algo las erres, como en una mala película de nazis.

¿De qué demonios estaba hablando? Bond se obligó a mirar de nuevo, y esta vez

la sensación de reconocerla que ya había tenido antes volvió. Miró a través de la horrible máscara y apreció un rostro brutal, anguloso, con un cierto parecido a un sapo.

¡No! Sintió que su corazón se aceleraba cuando al fin se percató de quien era. Un informe indicando que la mujer había sido vista en Australia, recibido después del asunto de Japón, apenas mereció atención, además resultó ser falso. Aparentemente era imposible, pero ella estaba frente a él. ¡Se suponía que estaba muerta!

—Irma Bunt —dijo él.

—¡Oh, así que me reconoce! —dijo socarronamente. Mientras hablaba volvió cuidadosamente a poner la máscara en su sitio.

»Pensó que había muerto, ¿verdad? Todos pensaron que estaba muerta. Y lo estaba. He estado muerta durante muchos años, hasta ahora —soltó una risita, y entonces lenta y amenazadoramente dijo:

»Ahora estoy más viva que nunca. Una lástima que haya sobrevivido a la sorpresa que le dejé en el banco. Ahora tendré que ocuparme de usted aquí mismo, puede que después de todo resulte más entretenido.

Bond sopesó la situación. Un hombre estaba a su espalda y sostenía una pistola contra su cabeza. Otro hombre, el herido, estaba al lado de Irma Bunt. Su hombro sangraba, y un burdo vendaje lo cubría. Tenía la Walther PPK de Bond en su mano izquierda. Un tercer hombre se hallaba a unos metros, apoyado contra la pared y armado con lo que parecía ser una Uzi.

—Se preguntará como es que sigo viva —dijo *Fräulein* Bunt.

Bond tuvo la esperanza de poder entretenerla haciendo que hablara hasta que Cheryl llegara con la caballería.

—Tiene razón, *Fräulein*, me lo estoy preguntando. La última vez que la vi estaba tirada en el suelo de aquel castillo con un golpe en la cabeza.

La máscara estaba de nuevo en su lugar. Bond no sabría decir cuál de los dos rostros era más extravagante.

—Pensó que había muerto en la explosión, ¿a que sí? Recobré el conocimiento justo cuando usted escapaba en aquel globo. Sabía qué estaba pasando. Podía oír el estruendo de abajo. Supe que disponía de segundos para escapar. Usted dejó al pobre Ernst hecho un guiñapo en el suelo, pero no pude hacer nada. Estaba muerto.

Mientras ella hablaba los recuerdos de pesadilla asaltaron a Bond. Ernst Stavro Blofeld se había convertido en un fugitivo tras la *Operación Trueno* y el asunto de los Alpes^[5]. Con la desaparición de SPECTRA, Blofeld y su compañera, Irma Bunt, habían huido a Japón, donde él asumió la identidad de un horticultor llamado doctor Shatterhand. Blofeld había adquirido un viejo y abandonado castillo japonés y construido un «laboratorio de investigación» de plantas exóticas y venenosas y animales peligrosos. Loco de remate, la verdadera intención de Blofeld era ayudar a

suicidarse a la población japonesa en su llamado «jardín de la muerte». Bond se había infiltrado en las defensas del castillo, noqueado a Irma Bunt con un bastón, estrangulado a Blofeld y manipulado el geiser subterráneo para que explotara.

—Escapé en un pequeño bote que guardábamos para ese propósito cuando voló por los aires —continuó Bunt—. Unos cascotes me golpearon en la cabeza y casi muero ahogada. Estos hombres de aquí me salvaron y han permanecido leales. Como usted, yo también perdí la memoria. No sabía quién era. Me llevaron a una clínica privada alemana cerca de Kioto, donde me sometieron a varias operaciones. Hay una placa metálica en la parte derecha de mi cráneo, y la piel de mi cara... bueno, mi cirujano plástico pudo hacer muy poco por ella. El daño era demasiado grande. Estuve en cama un año, y la rehabilitación duró otros dos años de mi vida. Tardé diez años de tratamiento psiquiátrico para poder salir finalmente del agujero en que había caído. Entonces recordé. Vi todo lo que había perdido, y todo el sufrimiento que tenía por delante. Tuve mucho tiempo para reflexionar sobre el futuro, señor Bond. En aquel momento no sabía exactamente como, pero estaba segura de que usted tendría un papel importante en él.

—¿Por qué tuvo que matar a mi hijo? —preguntó con furia Bond.

—¡Ah, su hijo! —Bunt sonrió. Sus rasgos estaban tan distorsionados que tan sólo una de las comisuras de sus labios se elevó.

—Mis fuentes de información reconstruyeron su paso por Japón. Descubrí a su preciosa pequeña Kissy. Había un crío pequeño viviendo con ella, de unos diez años, cuando por fin la localicé. La mantuve bajo vigilancia y la seguí en su viaje a América. Finalmente logré establecer su vínculo con usted.

Sacó una navaja de afeitar y un pequeño vial con líquido de su bolsillo.

—Esto es lo que usé con él. Vertí un poco de veneno *fugu* en la cuchilla, y le hice un corte imperceptible un día según entraba al edificio. ¿Le gusta mi disfraz? Hasta a usted le confundió, señor Bond. ¿A que sí?

Bond sabía que el veneno *fugu* se extraía de un pez globo que habita las aguas de Japón. Los japoneses expenden licencias a ciertos cocineros para su preparación en restaurantes para evitar los accidentes. Eso explicaba el corte en el brazo de James.

—También mató a mi esposa, hija de puta —dijo Bond—, y si piensa que tras lo de hoy voy a permitir que siga viviendo está como una cabra.

—¡Ah, sí! —se regodeó ella—. ¡Su esposa! La hija de aquel criminal, el corso, Draco. Aquello fue un accidente, señor Bond. Aquellas balas iban dirigidas a usted. Si hubiera muerto entonces nos habiéramos evitado un montón de problemas después, ¿no? Eso hubiera salvado mi...

El labio inferior de Bunt temblaba. Sus ojos se volvieron fieros y de repente chilló:

—¡Míreme! ¡Mire lo que me hizo, cerdo inglés! ¡Destrozó mi cara!

—*Fräulein* Bunt —dijo Bond con mala intención—, nunca fue una reina de la belleza.

La mujer se acercó y lo abofeteó por dos veces. Temblaba de ira y locura. Bond comenzó a levantarse de la silla, pero el matón a su espalda apoyó fuertemente la pistola contra su sien.

—¡No te muevas! —le ordenó de nuevo.

Bond necesitaba pensar. Tenía las manos libres. Seguramente habría alguna manera de aprovecharlo.

Bunt retrocedió, acariciándose la palma de la mano.

—Mío, mío, señor Bond —dijo algo más calmada—. Necesita un afeitado. Tiene algo de barba. ¿Qué opinas, Hans? ¿Crees que el señor Bond necesita un afeitado?

El hombre que estaba detrás de Bond gruñó afirmativamente.

Irma Bunt abrió el vial de veneno *fugu* y lo vertió a lo largo del filo de la navaja.

—Ahora estese quieto, señor Bond. No creo que le gustara si se me va la mano y le hago un pequeño corte. ¿Sabe lo rápido que actúa este veneno? En cinco minutos estará desorientado. En diez minutos perderá el control de sus músculos. En quince minutos dejará de respirar. Creo que la experiencia es espantosamente dolorosa. Sujétale los brazos, Hans. Josef, vigílalo.

El hombre de detrás dejó la pistola y agarró las muñecas de Bond. Las cruzó por detrás de la silla y las sujetó como un torno. Era un tipo muy fuerte. El hombre con la Uzi se acercó y levantó el cañón hacia Bond. Irma Bunt se acercó más, sosteniendo la navaja frente a ella. El espeso líquido goteaba de la navaja.

Bond se negó a cerrar los ojos mientras la mujer presionaba la fría cuchilla contra su mejilla derecha. Clavó la mirada en sus ojos amarillos mientras ella lentamente deslizaba la cuchilla por su rostro y afeitaba limpiamente la barba.

—Queda algo áspero al hacerlo sin jabón, ¿verdad, señor Bond? —dijo—. Pero le gustan los afeitados apurados, ¿no?

Bond aguantaba la respiración suplicando que sus músculos faciales no se movieran involuntariamente. La mujer bajó de nuevo la navaja terminando de afeitar su mejilla derecha. Indicó la vieja y apenas perceptible cicatriz en ella.

—Parece que una mañana no fue usted muy cuidadoso, ¿eh? —dijo—. Ahora levante la barbilla, por favor. Vamos a hacer el cuello.

Le levantó la barbilla y bond miró el techo. Notó la cuchilla contra su barba. Era más áspero en esa zona, y Bond se preparó para sentir una punzada. La mujer estaba totalmente concentrada en su trabajo, respirando pesadamente.

Una gota de sudor se deslizó por la frente de Bond y penetró en su ojo izquierdo. Dio un respingo y se alejó de la navaja. La respiración de la mujer se hizo más pronunciada. Bond miró hacia abajo y vio que con su mano libre se estaba acariciando los pechos mientras se aplicaba con la navaja. «Dios mío —pensó—, ¡se

está excitando sexualmente con esto!»». La sádica mujer se lamió los labios, los ojos concentrados en el vulnerable cuello de Bond.

—Ahora la mejilla izquierda, señor Bond —dijo. Él niveló su cabeza y miró hacia delante, más allá de la mujer y de Josef, el hombre con la Uzi. Para su sorpresa, Cheryl Haven estaba observando desde la puerta, con el arma en la mano. Sus ojos se encontraron. Ella indicó a Josef con un ligero movimiento de su cabeza. Bond abrió y cerró los ojos deliberadamente. Cheryl suavemente entró por la puerta y asumió una posición de disparo.

El disparo golpeó a Josef en la espalda y cayó hacia delante. Simultáneamente Bond dio una patada a Irma Bunt, alejándola de él. El hombre que agarraba sus muñecas abandonó su presa y fue por su arma, pero Bond saltó de la silla y lo placó. Cheryl volvió el arma inmediatamente hacia el herido y gritó:

—¡Quieto! ¡Tira el arma!

El sorprendido hombre dejó caer la Walther de Bond y levantó su brazo bueno. Irma Bunt huyó de la habitación.

Hans lanzó un golpe a la barbilla de Bond que hizo que éste cayera al suelo. Con una gran presteza, el hombre desenfundó su arma, pero el disparo de la Browning de Cheryl le alcanzó en la cabeza, esparciendo sus sesos por el sucio suelo de madera.

—Gracias —dijo Bond, acariciándose la barbilla.

—Sin problemas —dijo ella, apuntando de nuevo con su arma al herido.

—La dama puso los pies en polvorosa.

—Vigílalo, yo iré tras ella —dijo Bond. Recogió su Walther y salió corriendo de la habitación, penetrando en un amplio espacio vacío. Lo que vio lo desorientó. El apenas iluminado almacén estaba repleto de viejos restos de lo que parecían haber sido carrozas de desfile. Un castillo de cuento hecho de papel maché colocado sobre una plataforma con ruedas. Un enorme perro construido de madera y acero yacía sobre un costado, rota una de sus patas. Numerosas y destartadas estructuras con variadas formas, desde un perrito caliente gigante hasta estatuas de varios presidentes americanos, estaban dispersas de cualquier manera.

¿Dónde se había ido? Escuchó atentamente pero no oyó ningún ruido de pisadas. Corrió a través de las destrozadas carrozas y comenzó a buscar debajo, encima y alrededor de ellas. Podía estar en cualquier parte. El lugar estaba tan lleno de trastos que fácilmente podría esconderse entre los restos y no ser vista. Necesitaba más luz.

Estaba buscando alrededor de las piezas que habían formado un gigantesco Abraham Lincoln de papel maché cuando sonó un disparo. La bala zumbó a su lado y fue a incrustarse contra la cabeza de Lincoln, reduciéndola a pedacitos. ¡Tenía un arma! Bond se agachó buscando protección, esperó un momento, y salió corriendo hacia la inmensa oscuridad. El disparo había venido de algún lugar al otro lado de la habitación.

Un momento después una puerta se abrió detrás de una carroza y una figura la atravesó a la carrera. Bond se irguió y corrió tras ella. Fue un movimiento descuidado, ella se apoyó contra la pared e hizo un disparo contra él. Bond se arrojó al suelo, y sosteniendo con ambas manos la Walther, disparó a través de la puerta abierta. Demasiado tarde. La figura había desaparecido, corriendo hacia la siguiente habitación.

Bond se levantó de un salto, corrió hacia la puerta y se pegó a la pared adyacente. Al modo de los comandos, se giró y agachó, el arma preparada.

De nuevo sus sentidos se vieron sorprendido por visiones irreales. Esta habitación estaba llena de maniqués masculinos y femeninos rotos y desnudos, brazos, piernas, torsos sueltos y cuerpos completos estaban apilados juntos, en una grotesca e inmóvil orgía. Tanto confundió a Bond la imagen que estúpidamente se quedó en medio de la nada. El disparo se incrustó en su antepierna derecha, destrozando su peroné. Bond aulló y rodó sobre una masa de apéndices de plástico. Lanzó una andanada de disparos hacia el fondo de la habitación, tirando a ciegas contra los maniqués. El ruido era ensordecedor, pero aun así creyó oír un suave gemido.

La pierna le dolía como un demonio. Se tomó un momento para examinar el daño. La sangre manaba de una herida unos centímetros por encima del tobillo. Presionó su pie izquierdo contra la pared para comprobar su fuerza y un tremendo dolor recorrió su cuerpo. ¿Quedaría tullido? ¿Podría volver a andar?

Bond miró a través de la habitación a la masa de cuerpos y apreció un movimiento. Apartando piezas de maniqués, Irma Bunt reptaba por el suelo. Después de todo él la había alcanzado con algún disparo. Su peluca se había caído, mostrando la zona donde la placa de metal había sido implantada. La máscara colgaba floja de su rostro, como si una capa de su piel se hubiera deslizado. Debía de haber dejado caer el arma, pues usaba ambas manos para desplazarse por el suelo, como un caracol. Dejaba un rastro de sangre tras de sí. Bond observaba fascinado y horrorizado como se acercaba hasta quedar a unos metros, cuando se paró, completamente exhausta. Ello miró fijamente a Bond y gruñó:

—Cerdo inglés...

Entonces se desplomó hacia delante y murió.

Bond rodó sobre su espalda y cayó en la inconsciencia, justamente cuando Cheryl y su equipo entraban en la habitación.

Bond miró por la ventana del hospital, disfrutando de otro brillante y soleado día primaveral en Manhattan. Su pierna estaría enyesada durante las próximas semanas. Habían tenido que ponerle un clavo para reforzar el peroné roto de 007. No recordaba el viaje hacia la sala de urgencias, donde había permanecido durante dos horas. Bond recordaba vagamente la sala de postoperatorio y una preciosa enfermera de agradable

voz. Ahora ya era el atardecer del día siguiente. Había comido media ración de unos impresentables e insípidos huevos revueltos, bebido un zumo de naranja tibio y una tarrina de yogur líquido de vainilla. Para su sorpresa, la pobre comida le había devuelto algo de energía. Le hubiera gustado levantarse y dar una vuelta, pero no tenía unas muletas aún.

Bond repasó mentalmente el estado de su mente y de su cuerpo, tomando consciencia del poderoso instrumento que tantas veces lo había llevado al borde del desastre y lo había traído de vuelta. Considerado el conjunto, se encontraba bien. En gran parte era debido a la euforia de la victoria. Ver a Irma Bunt morir en frente de él había sido enfermizamente satisfactorio. Sintió como se cerraba una dolorosa época de su vida, y el alivio fue vivificante. Las ocasionales pesadillas sobre Tracy, Blofled y Japón cesarían ahora. También pensó en James, el muchacho que nunca conoció, el hijo con el que nunca convivió. James no se merecía morir. Bond sabía que tendría que llorar por él, y que eso ocurriría más pronto que tarde. Sabía que no podría vivir con ello mucho tiempo antes de empezar a culparse. «Déjalo para otro día —se ordenó—. De momento reconfortate en el triunfo». No sólo la muerte de su hijo había sido vengada, también, eso esperaba, había dado satisfacción a Tracy.

—¡Bueno, mira quién está despierto! —dijo una voz femenina, y supo de quien era por su acento de Blackpool.

Volvió su cabeza de la ventana y se encontró con la encantadora imagen de Cheryl Haven vistiendo una camiseta blanca sin mangas y unos atrevidos vaqueros recortados a la altura de la ingle. La ausencia del sujetador era notoria. Su pelo dorado brillaba con la luz crepuscular que entraba por la ventana. Su sonrisa era una de las cosas más hermosas que Bond había visto nunca.

—Buenos días —dijo Bond—. Eeh, buenas tardes.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mientras acercaba una silla a la cama. Cruzó sus largas y torneadas piernas.

—Ahora que estás aquí, de maravilla —dijo él.

Ella se acercó y colocó su mano en su brazo.

—Me alegro de que estés bien. Fue una noche movidita. Tienes que venir a Nueva York más a menudo. No tengo muchas citas como ésta —sacudió su brazo juguetonamente.

Bond sonrió y preguntó:

—¿Qué habéis descubierto?

—El herido cantó de plano. Llegaron al país hace seis meses. Todavía estamos investigando como los perdieron los de Inmigración. Los tres hombres han estado con ella durante años. Leales hasta el fin. Estaban viviendo en aquel almacén. ¿Sabías que había sido un centro de distribución de Macy's^[6]? Nadie se había preocupado por vaciarlo.

—Quiero darte las gracias. Me salvaste la vida.

Ella sonrió.

—Oh, no sabes de cuantos hombres he deseado oír eso.

—No me creo que no tengas una cola enorme de hombres esperando a decírtelo —le dijo él, cogiéndole la mano.

—Oh, por favor, para ya —contestó, pero sus ojos revelaban que apreciaba el cumplido.

—No fuimos a cenar —dijo él.

—¿Tienes hambre? —preguntó ella.

—Pues ya que lo dices, estoy muerto de hambre —dijo él, clavando su mirada en aquellos castaños y cálidos ojos.

Cheryl echó un vistazo alrededor, se levantó y cerró la puerta de la habitación. Luego deslizó la cortina alrededor de la cama, dándoles algo más de privacidad. Sin decir una palabra, se quitó la camiseta, mostrando unos pechos grandes y firmes. Sus pezones estaban excitados y la piel de su escote estaba ruborizada. Se desató los cortísimos pantalones, pero se los dejó puestos. Subió a la cama y se aproximó, con cuidado de evitar la pierna herida.

—Si estás hambriento, cariño —susurró, elevando su seno derecho hacia su boca —, *bon appétit*.

EN DIRECTO A LAS CINCO

Habían pasado varios años desde que la viera: James Bond estaba sorprendido y feliz al saber que ella estaba en Londres. Aceptaron encontrarse en el bar del hotel Ritz, donde ella se alojaba. Cuando subió al jubilado Aston Martin DB5 que había comprado al Departamento Q hacía varios años, Bond pensó de nuevo en sus largas y musculosas piernas y su figura de reloj de arena. Eso era algo en lo que coincidía con los medios de comunicación: ella estaba entre las mujeres más fotogénicas del mundo. Bond no era dado a sumirse en la nostalgia, pero la promesa del *rendez-vous*^[7] había despertado recuerdos de besos apasionados y piel cálida y suave.

Mientras conducía desde Chelsea hacia Piccadilly, otro catalizador provocó un recuerdo del pasado. Notó un cartel anunciando el espectáculo de patinaje *Extravaganza*^[8] que se exhibiría en el Wembley Arena. Natalia Lustokov^[9], la ex-patinadora olímpica rusa, era la atracción estelar. Bond sonrió y pensó en el día en que había conocido a Natalia por primera vez.

Fue la única vez en que Bond había salido en televisión. Fue algunos años atrás, antes del colapso de la Unión Soviética, cuando una de las tareas rutinarias de 007 era ayudar en las deserciones. Normalmente, el trabajo de Bond con los desertores se desarrollaba silenciosamente y sin incidentes significativos.

En este caso particular había sido algo diferente...

Bond se encajó la gorra de lana sobre su pelo oscuro y enrolló la bufanda firmemente alrededor de su cuello. La nieve estaba amainando, pero el viento que soplaba desde el lago Michigan todavía se las arreglaba para traspasar el grueso abrigo. No por nada llaman a Chicago «la Ciudad del Viento».

Vió cuando Natalia Lustokov llevó a cabo un salto de costado^[10], en el que un patinador es repentinamente transportado por el aire, y uno se pregunta cómo llegó allí. Vistiendo leotardos bien ajustados a los muslos y un top forrado de piel, la patinadora olímpica se dio media vuelta y patinó rápidamente alrededor de la pista hasta donde tres hombres estaban detrás de la barandilla. Uno era un hombre corpulento con cejas tupidas quien le gritó instrucciones con un humillante aire de superioridad. Bond sabía que era el entrenador de Natalia, y que era tan peligroso como los dos guardaespaldas a su lado. Aparentemente, se había corrido la voz de que Natalia estaba practicando en la pista ubicada en el extremo norte del parque Grant, construida junto a un garaje cerca de la orilla del lago. Doscientos espectadores se habían reunido en el lugar, que estaba pintorescamente ubicado entre el lago al este y el elevado perfil montañoso al oeste.

La patinadora estaba en una gira mundial como parte de un programa de intercambio cultural con la U.R.S.S. Cuando el MI6 averiguó que ella quería desertar

a Gran Bretaña, Sir Miles Messervy, el hombre conocido como M, coordinó la operación con la CIA y el FBI después de que un intento inicial en Londres hubiera sido suspendido. Su séquito ya había volado a los Estados Unidos antes de que el MI6 pudiera intentarlo otra vez. Bond había sido enviado a América, pues M sentía que el trabajo necesitaba a alguien con su particular clase de experiencia.

Bond se agachó, ató fuerte sus botas y pasó un dedo enguantado por las cuchillas Wilson Hans Gerschwiler. Levantó la vista y vio que los otros pocos patinadores civiles en la pista estaban dando a Natalia pleno espacio para maniobrar. Después de todo, ella era una estrella.

Él atravesó la barandilla y se dirigió hacia el hielo, entonces se lanzó y navegó suavemente al centro de la pista. Aunque siempre había sido un esquiador experto, Bond era el primero admitir que era solamente un patinador pasable. Disfrutaba del deporte, pero no era ningún maestro en él.

La furgoneta del WLS Channel 7^[11] de televisión llegó a la nieve por Randolph Street justo a tiempo. La reportera, una mujer alta de ojos azules, cabello rubio y vestida con un abrigo de lana rojo brillante y boina, saltó de la trasera, seguida por un cámara que llevaba una Sony Ikegami y un hombre de audio con una grabadora. Se apresuraron hacia posiciones a un lado de la pista, donde la reportera se compuso rápidamente. Escuchando las instrucciones de su productor con un auricular IFB^[12], probó el microfono de mano y pasó suavemente a la acción.

—Soy Janet Davies^[13] para Eyewitness News, *En directo a las Cinco* desde el Daley Bicentennial Plaza, donde la patinadora olímpica Natalia Lustokov está practicando para su actuación de esta noche.

Natalia, ahora consciente de la cámara de la televisión, se apartó de los hombres y patinó por pista, ganando el suficiente impulso para girarse hacia atrás y realizar un Axel^[14] impecable. Aterrizó, todavía deslizándose hacia atrás, mientras los espectadores aplaudían y aclamaban.

Bond patinó por la periferia, moviéndose con los otros seis o siete patinadores que algún día presumirían de haber compartido pista con Natalia Lustokov. Echó un vistazo al bajo edificio administrativo que dominaba la pista y descubrió a Max, el hombre del FBI a quien había conocido antes, detrás de la barandilla. Max le hizo un gesto con la cabeza señalando a su izquierda. Tres policías de paisano habían llegado y se estaban mezclando con los espectadores, cerca del equipo de televisión. Ésa era la señal de Bond. Aceleró, adelantándose a los otros patinadores y llegando detrás de Natalia.

Janet Davies continuó su transmisión.

—La nieve se está estabilizando ahora, pero el viento todavía es potente. Eso no ha disuadido a los espectadores de reunirse aquí para ver exhibirse a Natalia Lustokov. Creo que acaba de hacer un «loop de punta»^[15], uno de los más fáciles

saltos con multitrotación que realizan los patinadores.

Bond incrementó su zancada y pronto estuvo patinando al lado de la muchacha. Se giró para mirarla y admiró sus rasgos clásicos y glamurosos. Su pelo negro le llegaba al hombro, contrastando con su marfileña cara blanca. Sus ojos azul claro eran grandes y felinos, y tenía una boca sensual pintada intensamente de rojo. Sus pómulos eran altos y su cuello era largo, y se movía con la gracilidad de una gacela.

Ella se giró y le miró, impresionada por que él tuviera el descaro de intentar compartir el foco con ella frente a una cámara de televisión y un público. Bond le sonrió, hizo un giro brusco, desafiándola a seguirle. Natalia aceptó el desafío y lo persiguió, adelantando rápidamente a ese apuesto desconocido que tenía fríos ojos azules y una sonrisa algo cruel.

—Parece que la señorita Lustokov tiene competencia sobre la pista —dijo la reportera. Cuando la cámara se apartó de ella, hizo un gesto al hombre del audio, «¿Quién será ese tipo?». Su colega se encogió de hombros.

Bond se volvió hacia Natalia de cara, patinando hacia atrás. Levantó sus manos, invitándola a que las tomara. Ella sonrió, asintió con la cabeza y se agarró fuerte. Sin decir una palabra, la pareja patinó por la pista, cara a cara. Cuando Bond la lanzó hacia adelante, los tres rusos avanzaron, más cerca de la barandilla. ¿Quién era ese hombre? El entrenador lanzó un gruñido a uno de los guardaespaldas, a un hombre grande que llevaba una gorra de piel gris con una estrella roja estampada en la parte frontal. Éste se puso botas y patines rápidamente.

Janet Davies continuó su comentario:

—Parece que Natalia ha ganado una pareja en la pista. No sabemos quién es, pero está aguantando el tipo con la campeona.

El guardaespaldas terminó de atarse sus botas, dirigiéndose luego hacia el hielo. Se lanzó y empezó a patinar, de manera algo inestable, alrededor de la pista detrás de la pareja.

Bond hizo una seña a Natalia, indicando que estaba deseando ayudarla con un lanzamiento en pareja. Usando un compañero, un patinador puede saltar más alto y más cómodamente con un lanzamiento de ayuda. Ella recogió su pierna y saltó. Bond la balanceó con el propósito de que aterrizara suavemente frente a él y continuó patinando. El público enloqueció.

—¡Un salto Salchow^[16] perfecto! —dijo miss Davies por el micro—. ¡Qué lujo estamos consiguiendo hoy en el Parque Grant!

El guardaespaldas patinó más cerca detrás de Bond, quien lo veía por el rabillo del ojo. Bond lo mantuvo justo fuera de su punto ciego durante otra vuelta, y luego hizo su movimiento. Bond giró bruscamente y chocó contra el hombre grande directamente, derribándolo sobre el hielo. El hombre aterrizó con un ruido sordo y se deslizó cómicamente hacia el borde de la pista. La audiencia quedó boquiabierta.

—Hizo eso a propósito, ¿no? —susurró Janet Davies al cámara. Atentamente escuchó al productor en su oído.

El hombre grande luchó intensamente por ponerse de pie mientras el segundo guardaespaldas se precipitaba a ponerse botas y patines. El primer hombre estaba ahora enfadado, y salió tras Bond con más ánimo y determinación. Mientras tanto, Natalia seguía patinando y haciendo piruetas, ajena al drama desarrollado a su alrededor.

El primer guardaespaldas patinó detrás de Bond e intentó estrellarse en su espalda, pero Bond hábilmente se quitó de en medio. El guardaespaldas falló a Bond completamente y se deslizó hacia el segundo hombre, que acababa de entrar en la pista. Ambos se derrumbaron en una pila.

Ahora los espectadores reían y aplaudían. ¡Era una especie de función! ¡Todo estaba ensayado!

El entrenador, sin embargo, no se divertía. Empezó a ponerse sus patines inmediatamente.

Bond navegó más allá de Natalia, lanzándole un guiño, patinando luego rápidamente hacia donde los dos hombres grandes se estaban volviendo a poner en pie. Bond patinó suavemente entre ellos, agarrando sus cinturas mientras pasaba a través. Estiró fuerte y luego soltó, causando que chocasen entre sí y cayeran al hielo otra vez.

Como Bond había esperado, la cámara de la televisión se alejó de Natalia y se concentró en él. La «función» estaba resultando mucho más entretenida que el entrenamiento de Natalia.

El entrenador entró en la pista patinando como un profesional. Rodeó a sus dos hombres y se lanzó tras Bond. Fue entonces cuando todos notaron el destello de metal en su mano.

—¡Oh, dios mío, tiene un arma de fuego! —anunció Janet Davies por el micro.

Repentinamente, los tres policías entraron en acción. No llevaban patines, pero corrieron hacia el hielo de todos modos. Uno de ellos resbaló y se deslizó hacia los dos guardaespaldas, derribándolos otra vez. Los otros dos policías gritaron al entrenador que se detuviera.

Bond estaba delante de ellos. Se agachó, como un esquiador, giró y patinó directo hacia el entrenador. El arma disparó pero la bala silbó sobre la cabeza de Bond. Bond se estrelló duro contra el estómago del entrenador, derribándolo al hielo.

Al sonido del tiro, los espectadores gritaron y comenzó el pánico.

—¡Se ha disparado una bala! —gritó la reportera—. ¡La pista se está convirtiendo en un caos!

Bond cayó encima del entrenador y luchó por quitarle su arma. Por entonces los policías habían desenfundado sus armas y estaban apuntando a los cuatro hombres

que estaban tendidos en la pista. Los tres rusos levantaron sus manos, y Bond también lo hizo resignadamente.

En cuanto estuvieron de pie, el entrenador buscó a la campeona olímpica. Gritó desesperadamente en ruso, con su cara retorcida de horror.

Janet Davies estaba también perpleja:

—No veo a Natalia Lustokov... ¿Qué le ha pasado?

Efectivamente, no se la veía por ninguna parte. Había desaparecido en la multitud.

Cuando la policía se llevó a Bond y los tres rusos, 007 se giró para ver que Max tampoco estaba ya en su puesto. La diversión había funcionado. El FBI había hecho desaparecer a la patinadora, abajo en el garaje, donde un vehículo blindado había estado esperando para llevarla a la libertad.

Dos horas después Bond fue soltado, como estaba planeado, mientras que los tres rusos fueron retenidos para más papeleo del necesario. Se reunió con sus colegas del FBI y Natalia Lustokov en un piso franco ubicado en el Chicago Loop, donde la transmisión televisiva de Janet Davies se estaba reponiendo.

—Realizaste todo un espectáculo, mister Bond —dijo Max—. Lo más divertido que he visto desde *Holiday on Ice*.

Bond se permitió una sonrisa cuando vió las payasadas en el televisor...

Las tres noches siguientes en Chicago habían sido intensas. Incluso ahora, muchos años después, todavía reflexionaba sobre la calidez de sus ojos azules cuando llegó al hotel Ritz para su reunión.

Después de aparcar el automóvil, Bond pasó al vestíbulo y entró en el bar. Buscó su cita y la encontró sentada sola en la esquina, tomando lentamente una copa de vino.

—¿Está ocupado este asiento? —le preguntó Bond, señalando la silla vacía a su lado.

—Hola, querido —dijo ensoñadora Janet Davies—. Ha pasado mucho tiempo.

EL CRIMEN DE UNA NOCHE DE VERANO

Cinco minutos después de haber comenzado la reunión informativa, M giró su silla para encararse con él y preguntó:

—¿Qué sabe usted acerca de PLAYBOY, 007?

James Bond parpadeó.

—¿Señora?

—La revista, 007, ¿qué sabe acerca de ella?

Bond se encogió de hombros y dijo:

—Sólo que algunas personas reconocen leer los artículos, y que he de renovar mi suscripción.

A M no le hizo gracia. Aunque era una persona con opiniones sólidas y que podía hablar sobre prácticamente cualquier tema, Barbara Mawdsley no parecía sentirse cómoda ante el concepto «revista para hombres».

—No creo que conozca a Hugh Hefner, ¿lo conoce? —preguntó ella—. Usted parece tener mucho en común con él.

Ignorando la insinuación, Bond contestó:

—De hecho coincidí una vez con él, en Jamaica. Fue hace mucho tiempo y dudo que se acuerde de mí. Se encontraba a bordo de un yate con su séquito y una hermosa mujer. PLAYBOY estaba buscando en aquella época una zona donde instalar un club y un casino. Yo estaba de pesca con un amigo jamaicano cuando se colocaron junto a nuestro barco y nos invitaron a subir a bordo a tomar unas copas. Pidió mi opinión sobre posibles zonas en la parte norte de Jamaica. Nunca olvidaré a la chica, era una de las que aparecía en las páginas desplegadas...

—Hum —gruñó M, sonando muy parecido a su predecesor, sir Miles Messervy—. Parece como si...

—Creo que su nombre era Donna Michelle —continuó Bond, abstraído por un momento en sus recuerdos. Salió de su ensimismamiento para preguntar el inevitable:

—¿Por qué?

—Esa maldita fuga en el Ministerio de Defensa de nuevo —dijo ella—. Hay un auténtico río de información derramándose por ella, y al parecer está cambiando de manos en las fiestas que tienen lugar en la Mansión Oeste de Playboy, el hogar de Hugh Hefner en Los Ángeles.

—¿Por qué Hefner se implicaría en una cosa como ésta? —preguntó Bond.

—No está implicado. El señor Hefner ha declarado no saber nada, y realmente dice la verdad. Pero hay demasiados invitados en sus fiestas. Tenemos tres informes sobre material sensible puesto a la venta en el mercado negro y que parecen conducir a la Mansión Playboy. El último es un conjunto de estudios para un nuevo tipo de matrices de plano focal infrarrojas, MPF en su jerga. Éstas nuevas serán conocidas como MPF Inteligentes porque imitarán las capacidades del ojo humano, tales como

el enfoque, la visualización y el procesamiento.

—He oído acerca de ellas —dijo Bond—. Pueden pre procesar los datos en el propio sensor, con aplicaciones en el procesado de imágenes como, y es un decir, la selección de blancos, y enviar una información refinada a procesadores de señales dedicados. Pueden hacer asumibles aplicaciones militares avanzadas debido a su importante reducción en tamaño, peso y consumo energético. No sabía que estuvieran los estudios concluidos.

—Gracias a Dios que usted lo entiende, porque yo, no —dijo ella mirando hacia arriba—. De cualquier modo, el MI5 nos ha pasado la investigación pues creen que los estudios han sido miniaturizados en microfilmes y sacados del Reino Unido hacia América.

—¿Sabemos quién ha hecho eso?

—Sí. Martin Tuttle.

—¿Martin Tuttle? —hubo de pensar un rato—. ¿Quiere decir el músico de rock?

—Correcto. Al parecer la antigua esposa del señor Tuttle trabaja en el Ministerio, mejor dicho, trabajaba hasta su arresto de ayer. ¿Recuerda lo mediático que resultó su divorcio, hará un par de años?

—Realmente no, señora —dijo Bond. Recordaba que la famosa estrella del rock de Clapham se había casado con una chica de Glasgow, pero la luna de miel se había visto salpicada con confusas acusaciones de orgías alcohólicas en la carretera. Bond se despreocupó del asunto. No era un seguidor de la música rock y despreciaba el estilo de vida de las estrellas del rock.

—La esposa de Tuttle ha estado bajo sospecha durante una temporada. A pesar de que los Tuttle se habían denunciado públicamente el uno al otro, la vigilancia probó otra cosa. Se habían encontrado en numerosas ocasiones, para comer juntos y cosas por el estilo, y parecían ser completamente cordiales. Se encontraron pruebas. Habían montado una buena comedia entre los dos. Así que ella ha sido arrestada, justo cuando Martin Tuttle cogía un avión de Inglaterra a Los Ángeles, donde reside en la actualidad. Ella ha confesado haberle pasado los documentos desaparecidos durante el año pasado. Al parecer se los llevó todos a California. Dice que los intercambios tenían lugar en la Mansión Playboy cada pocos meses, cuando se celebraban fiestas. Dice no saber quién es el contacto, y lo creemos. Tuttle no sabe todavía que ha sido arrestada.

M se apoyó en el respaldo de su silla.

—Creemos que Martin está vendiendo el material a la mafia rusa —dijo—. Nuestra oficina de Afganistán interceptó unos mensajes codificados de un sindicato mafioso en Moscú indicando que pronto dispondrían de MPF Inteligentes para vender.

—¿Dónde entro yo, señora? —preguntó Bond.

—El SIS lo ha arreglado todo para que le inviten a una fiesta, 007. Ha de vigilar al señor Tuttle y recuperar los microfilmes. Pero estamos más interesados en saber quién es su contacto, así que procure sorprenderlos en la transacción.

Al abandonar la oficina, Bond encontró a la señorita Moneypenny con un brillo travieso en sus ojos mientras preparaba el sobre con su papeleo.

—Conozco esa mirada, Penny, y significa que te gustaría decir algo atrevido, pero que no lo harás —dijo él.

—Si van a dejarte suelto en la Mansión Playboy, creo que lo mejor sería que fueras con carabina —dijo ella mirando su calendario—. Vaya, no tengo nada que hacer esa noche.

Bond sonrió.

—Penny, me encantaría llevarte, pero seguro que es un aburrimiento. No creo que sea como la gente se imagina que ha de ser una fiesta PLAYBOY.

—La invitación dice que es un lugar donde la fantasía se hace realidad.

—Yo no tengo fantasías. ¿Es de etiqueta?

—Has de llevar un pijama.

—Estás de broma.

—Es verdad. Es la fiesta anual del Sueño de una Noche de Verano, y todo el mundo ha de llevar camisonos o pijamas.

Bond gruñó:

—Suena terriblemente decadente y hedonista.

—Suena muy de tu estilo —se burló ella.

Bond recogió el sobre de su mano, se inclinó y le dio un beso en la frente.

La Mansión Oeste de Playboy está situada en la exclusiva zona de Holmby Hills de Los Ángeles, junto a Bel Air, Beverly Hills, la UCLA y el Los Ángeles Country Club. Bond condujo su Jaguar XK8 cupé hasta la imponente puerta de hierro forjado al final de una carretera de tres carriles que partía de Sunset Boulevard y fue recibido por una voz que salía de una enorme roca en lado del conductor. Se presentó, y la puerta se abrió lentamente. Entró y fue sorprendido por la espectacular visión de un friso de mármol, réplica de una pintura de Guido Reni expuesta en Palacio Rospigliosi de Roma. El coche ascendió por el curvo camino, flanqueado por secuoyas y setos de enebros, y que finalizaba en una rotonda que en su centro tenía una fuente de mármol decorada con flores a su alrededor. Atareados aparcacoches indicaron a Bond que parara. Aunque había llegado muy pronto, ya había una larga cola de coches esperando a ser aparcados.

Bond confió el Jaguar a uno de los aparcacoches y se tomó un momento para

admirar la mansión, un maravilloso edificio de piedra de estilo Tudor del siglo XVI. Bond creyó intuir una cierta influencia escocesa.

—¿Señor Bond? —una espléndida rubia de unos veintitantos apareció por la enorme puerta de roble. Portaba un picardías blanco, zapatos de tacón y una sonrisa. Bond pensó que parecía un ángel celestial.

—Soy Lisa Dergan. Miss Julio del 98^[17]. Me han pedido que lo reciba, le enseñe esto y lo conduzca a Hef.

—Estoy encantado —dijo Bond, cogiendo su mano. Sus ojos verde claro mostraron un aire de autoconfianza e inteligencia. «Uno podría fácilmente perderse en ellos», pensó Bond.

Ella lo condujo al Gran Recibidor, un espléndido vestíbulo con suelo de mármol Botticino y paneles de roble tallados a mano. Una hermosa y antigua araña de luces colgaba sobre la habitación, dos tramos de escaleras vigilados por monos de bienvenida del siglo XVIII conducían al segundo piso y a una balconada sobre el recibidor. Bond observó originales Dalí y Matisse y preguntó:

—¿De cuándo es la mansión?

—Se terminó en 1927. Hef es el tercer dueño, sin contar el breve período en que fue residencia de Jefes de Estado, gente como los reyes de Siam, el rey de Suecia y muchos otros. He visitado la mansión muchas veces, y he aprendido muchas cosas sobre ella.

Miss Julio del 98 lo llevó a un salón en el que había mucha gente tomando entremeses y bebidas. Los hombres vestían pijamas de seda y bata, y las mujeres lencería de encaje y otras formas de ropa de cama transparente. La habitación estaba amueblada con antigüedades del siglo XVII, un piano Steinway y más paneles de roble tallados a mano.

—¿Qué añadió el señor Heffner a la propiedad? —preguntó Bond.

—Se rediseñó bajo sus especificaciones. Se añadieron las pistas de tenis y la piscina, así como la sauna, los vestuarios y la sin igual Gruta con jacuzzi. Hay que verla para creerlo.

—¿Me la enseñará? —preguntó Bond.

—Más tarde, igual —dijo ella, sonrojándose.

Ella lo guió a través del resto de la planta baja, incluyendo el exquisito comedor donde colgaba *Mujer* de De Kooning sobre una chimenea de mármol y, en los laterales, tres tapices franceses del siglo XV con leones. Bond estaba impresionado con el caserón. Era un palacio del gusto de cualquier rey, y una atmósfera cálida y amigable invadía cada una de sus habitaciones.

Según regresaban al Gran Recibidor, Bond localizó al propio Hugh Hefner hablando con unos invitados y con un vaso en la mano. Bond apreció el aroma de Jack Daniel's. Hefner vestía un pijama de seda púrpura hecho a medida y un batín.

Dos fabulosas jóvenes, una rubia y otra morena, permanecían a cada lado. Lo que vestían y nada era muy parecido.

Bond adoraba los pijamas, a ese respecto sentía cierta afinidad con su anfitrión. Se había decidido por un conjunto de satén azul marino, también hecho a medida, arropado por su apreciada bata de Hong Kong decorada con motivos chinos, que cómodamente ocultaba su Walther PPK en la sobaquera.

—Permíteme, Hef —dijo Lisa, acercándose al grupo.

Él se giro hacia ella y sonrió.

—¡Lisa! —dijo, interrumpiendo la conversación para darle un abrazo—. Estás encantadora.

—Gracias. ¿Puedo presentarte al señor Bond?

Tendió su mano hacia Bond y dijo:

—Hugh Hefner.

—Bond. James Bond —el apretón fue firme y seco.

El fundador y editor jefe de PLAYBOY parecía en forma y enérgico y era más alto de lo que Bond recordaba. Se conducía con autoridad y solemnidad, mostrando alegría y buen humor.

—Bienvenido a la Mansión —indicó a los que estaban con él—. Éste es mi médico personal, el doctor Mark Saginor^[18], y éste es uno de los más grandes cantantes americanos, Mel Tormé^[19].

Presentó a las dos jóvenes como Tracy y Sandy. Al parecer Hefner no tenía una acompañante para la fiesta, sino dos.

—Es un placer estar aquí —dijo Bond, estrechando las manos de los otros.

Hefner dijo:

—Perdonadme, necesito hablar con el señor Bond a solas. Gracias, Lisa.

Ella sonrió a Bond y dijo:

—Si necesita cualquier otra cosa, simplemente búsqieme. Hay muchas cosas que no ha visto.

—Especialmente esa Gruta —dijo Bond.

Lisa negó meneando su dedo mientras Hefner y Bond se retiraban a la biblioteca. La biblioteca mostraba orgullosa un original de LeRoy Neiman y un tablero de backgammon diseñado especialmente para Hefner. Una elegante estantería construida en la pared cercana a la chimenea contenía todos los números de PLAYBOY, desde 1953, encuadernados en cuero.

—La CIA vino a verme hoy para explicarme lo que usted va a hacer aquí —dijo Hefner.

Bond asintió. Sabía que Hefner sería advertido. Después de todo, si cabía cualquier amenaza de violencia en un evento social con más de 500 celebridades y chicas de la revista, Hefner debería saberlo.

—Si hay cualquier cosa que pueda hacer, sólo dígallo —dijo.

—Intente relajarse y disfrutar de su fiesta —dijo Bond—. ¿Nadie más sabe de mi verdadero propósito aquí?

—Nadie más. Ni siquiera el servicio de seguridad.

—¿Sabe si Martin Tuttle ha llegado ya?

—No lo he visto. Sabe, siempre ha habido algo que no me gustaba de ese tipo. No sé porqué le permito que siga visitando la Mansión. Algunos de nuestros más jóvenes invitados se entretienen teniéndolo por aquí, supongo. Siempre lo he encontrado detestable.

—¿Tiene alguna idea de quién puede ser su contacto? —preguntó Bond.

Hefner negó con la cabeza.

—Conoce gente. Gente del negocio del espectáculo.

—¿Cómo quienes?

—Otra música, Chocky Day. Un par de estrellas de cine se mueven en su círculo.

—¿Vendrá alguien especial esta noche?

—Así lo espero, o no sería una fiesta en la Mansión Playboy —Hefner sonrió abiertamente—. Pero entiendo lo que quiere decir. Habrá algunos extranjeros esta noche. Pediré a Mary O'Connor, mi asistente personal, que se los indique. Todos pertenecen a la industria del cine. Estoy seguro de que esta noche habrá aquí docenas de personas a las que no haya visto nunca. Supongo que podría ser cualquiera. Lo siento.

—Está bien, me ha sido de mucha ayuda.

Bond estaba completamente seguro de que no lo había reconocido. Su encuentro en Jamaica había ocurrido hacía mucho tiempo.

Bond se giró para marchar diciendo:

—Me gustaría dar una vuelta por los jardines para reconocer el lugar antes de que acuda la mayoría de los invitados.

—Por supuesto —dijo Hefner—. Espere, tengo algo que quiero darle. Puede que lo encuentre útil.

Abrió un cajón cercano al tablero de backgammon y sacó tres objetos. El primero era una pluma Sheaffer Levenger Mediterranean. Estaba hecha de un hermoso polímero azul translúcido con apariencia de joya, adornada con anillos y prendedor en oro. Los otros objetos eran un aparato negro del tamaño y la forma de una caja de casete y una pequeña cosa cerosa que parecía ser un auricular.

—Ésta es una pluma normal con un punto de 14 quilates —dijo Hefner, dándosela a Bond—. Lo que no es normal es que también es un transmisor CSS 660 de UHF con alcance de unos cientos de metros. El receptor quedará oculto en el bolsillo de su bata, y usted podrá oír discretamente con este pequeño auricular. No necesita cables. Tiene dos canales, pero usted tan sólo necesitará uno. Si consigue entregarle a Tuttle

la pluma de algún modo, será capaz de oír todo lo que diga.

A Bond le hizo gracia y quedó impresionado.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó, recogiendo la pluma, el transmisor y el auricular.

—La gente me regala continuamente chismes —dijo Hefner con una sonrisa—. Mis dos grandes pasiones son los artilugios y las chicas.

—Puedo dar fe de ello.

Bond reconoció los jardines, que estaban decorados con motivos de Las Mil y Una Noches y completamente cubiertos por tiendas unidas que se extendían hasta la piscina, la Gruta y más allá. Flores de brillantes colores y farolillos cubrían la parte de la colina, setos y árboles, y al atardecer el efecto era mágico. Había bares en la piscina y en la zona de la tienda principal. El personal de servicio circulaba con platos de *rumaki*, brochetas de gambas del río Nilo, mejillones fríos rellenos de piñones y arroz, «bolas de carne» egipcias, hojas de parra rellenas de cordero, y hojaldres con espinacas y queso *feta*.

Bond había oído decir del lugar que era como una «Shangri-La inmutable», y era cierto.

Un desfile infinito con la élite de California comenzó a llegar, la fiesta se hallaba en su apogeo. Un pincha-discos ponía música mientras los invitados bailaban todo tipo de ritmos, desde *Big Bands* a *doo-woop* de los cincuenta a música disco o *rap*. El espectáculo de mujeres de todas las edades bailando ligeras de ropa atrajo a un gran número de espectadores. Celebridades de todos los campos, entretenimiento, deportes, política, se hallaban entre los invitados. Bond reconoció a Tony Curtis con dos chicas encantadoras. Se las estaba presentando a Robert Culp^[20] como Lunes y Martes —«El resto de la semana no ha podido venir», explicó Curtis—. Bond vio al abogado Vincent Bugliosi^[21] en una acalorada discusión con el escritor Larry Gelbart^[22]. Jim Brown^[23] bailaba con su pareja. Hefner y sus dos novias parecían conocer a todo el mundo, y él siempre era saludado con entusiasmo y afecto.

Bond observó que la fiesta no estaba carente de seguridad. Había varios hombres fornidos, que no pasaban desapercibidos, armados con Berettas 92F de 9 mm a la vista.

Escrutaba a la multitud cerca del bufé principal cuando vio a Lisa Dergan hablando con otra espectacular rubia que acababa de llegar acompañada de un hombre alto y apuesto de unos 50 años. Al lado de él había un hombre más alto todavía, un guardaespaldas que parecían dos. La rubia tendría veintipocos y tenía un rostro ancho, ojos azul claro y una figura fabulosa. Vestía un ceñidísimo traje de cuero con escote bajo y lazadas abiertas en sus costados, desde los sobacos hasta sus

tobillos. Un impresionante collar de perlas resaltaba su escote. Su acompañante tenía el pelo corto y rizado, ojos marrones y una tez morena. Era como si tuviera ancestros gitanos del este de Europa.

—Oh, está usted aquí —dijo Lisa, indicando con un gesto que se acercara—. Señor Bond, ésta es mi amiga Victoria Zdrok^[24], Miss Octubre del 94.

Victoria sonrió y estrechó su mano.

—¿Cómo está? —tenía un acento peculiar que Bond localizó inmediatamente.

—¿Qué hace una buena chica ucraniana como usted en un sitio como éste? —preguntó él.

Ella le dedicó una sonrisita sexy.

—Puede que no sea tan buena —ronroneó—. ¿Cómo supo de donde soy?

—Oh, digamos que Rusia y sus vecinos solía ser una de mis aficiones.

—Victoria fue una de las primeras estudiantes de la Unión Soviética que vino a América a cursar estudios superiores —dijo Lisa—. Acabó el instituto antes de cumplir los 18 y ahora tiene una Licenciatura en Derecho y un Máster en Psicología Clínica, ¿es correcto?

—Es correcto.

—Tenga cuidado —avisó el hombre con un mucho más marcado acento ruso—, estará analizándolo antes de que pueda decir *na zdoróvie*^[25]—. Bond lo ubicó muy cerca de Moscú.

Lisa continuó:

—Y éste es Anton Redenius, el productor de cine.

—James Bond —dijo 007, estrechando la mano del hombre. El apretón de Redenius era como el de un tornó.

—¿Qué le trae por aquí, señor Bond?

—Trabajo para Playboy Enterprises. Soy abogado en su oficina del Reino Unido.

Redenius retiró su mano como si se estuviera quemando.

—¡Aaahhgg, un abogado! ¡Qué Dios nos ayude! —se rió, y las chicas lo acompañaron en sus risas. Como el guardaespaldas, Estragon, no se riera, Redenius lo miró con el ceño fruncido. El matón forzó una risotada, satisfaciendo a su jefe.

—Debe perdonar a Estragon, no tiene sentido del humor —dijo Redenius a Bond.

Bond pensó que el tipo era un cateto. El tipo de persona que utiliza su poder y carisma para amedrentar a la gente.

—Redenius... suena alemán —dijo Bond.

—Mi padre era alemán, mi madre rusa. Nací en lo que era la Alemania del Este, pero crecí en la Unión Soviética —dijo el hombre—. Ahora vivo en Hollywood, hago películas y juego al golf.

—Quiero bailar —dijo Victoria—. Anton, ¿bailas conmigo?

—No, no, cariño —dijo el hombre—. He de conseguir algo de comer. Por favor,

ven conmigo a por algo de esta increíble comida primero.

—No tengo hambre. Señor Bond, ¿baila usted conmigo? —inquirió ella.

Bond dijo:

—Desde luego —y dejó que Miss Octubre del 94 lo empujara hacia la pista de baile.

Sonaba una canción con un ritmo pesado, algo que Bond no había escuchado nunca. Normalmente le disgustaba la música disco. Prefería los más tradicionales bailes de salón y el *swing* de las *Big Bands*. Pero había aprendido hacía mucho, cuando era un muchacho de 18 años, que ser capaz de bailar era una buena forma de impresionar al sexo opuesto.

Victoria comenzó a bailar muy pegada a él, tomó sus brazos y lo atrajo más todavía. Él se dejó llevar, mirándola a los ojos. El pijama hacía el contacto corporal extremadamente sensual. Ella apretó sus senos contra su pecho. El collar de perlas brillaba con las luces de las bolas espejadas, una señal hacia su magnífico escote.

—Es un collar precioso —dijo Bond.

—Gracias —contestó Victoria—. Es un regalo de cumpleaños de Anton.

—¿De verdad?

—¿Se lo puede creer? ¡Me ha pedido que protagonice su próxima película! Vamos a filmar en Rusia. Nos vamos dentro de dos días. ¡Estoy tan emocionada! Procuero volver una vez al año por lo menos.

—Creo que la señorita Dergan dijo que usted tenía una Licenciatura en Derecho.

—Y la tengo. Continuaré con ella, por supuesto, pero actuar puede ser divertido. Ahora soy modelo, así que en realidad es lo mismo, ¿no cree? Serán sólo dos meses. No querría hacer una carrera de ello, pues necesito una mayor estimulación intelectual. Pero él necesitaba una rusa rubia que hablara inglés, y me lo propuso. Supongo que no tiene mucho que ver con que hayamos estado saliendo.

—Ah-ha —dijo Bond—, el viejo truco de la prueba de reparto.

Ella lo apartó de un empujón.

—Alto, no es nada de eso. Además, he salido con otros hombres. Soy terriblemente desconfiada —mientras decía esto se arrimó más a él—. ¿Le gustan las perlas? Anton quiere que las lleve en Rusia como parte del personaje. Estaré algo nerviosa viajando con algo de tanto valor como esto. Pero pienso que las perlas son sexys, ¿usted no?

Continuaron bailando en silencio cuando Victoria lentamente se quitó el collar de perlas y lo usó para provocar a Bond. Lo deslizó por su rostro, sobre su cabeza y lo bajó por el otro lado. Hizo rodar las perlas por su piel, permitiéndole notar su suave textura. Entonces colocó el collar junto a su boca. Bond abrió sus labios y succionó tres perlas en su boca. Las mordisqueó con delicadeza, notando su suavidad.

Bond alargó la mano, recogió el collar de manos de Victoria y lo colocó

alrededor del cuello de ella. La canción terminó y al levantar la vista observó que Martin Tuttle entraba en la tienda.

—Gracias —le dijo a la chica—. Ha sido muy divertido. Ahora debe excusarme. Hay alguien con quien debo hablar.

—Está bien —dijo ella—. Yo también me he divertido. Espero que nos veamos luego—. Ella rápidamente atrapó al músico Ray Anthony^[26] de un brazo mientras la música atacaba un éxito de música disco.

Martin Tuttle vestía un albornoz de felpa con grandes bolsillos. Parecía que lo hubiera cogido de un hotel. Su pareja era una mujer joven con la nariz perforada y el pelo carmesí. Tras ellos había dos parejas más del mismo estilo.

Lisa Dergan se acercó a Bond y se colgó de su brazo mientras decía:

—¿Quién es este apuesto individuo que está aquí tan solo? Si quiere comer algo... ¡oh, mira! ¡Martin Tuttle y Chocky Day! —sacudió su brazo—. Lo siento, me siento un poco impresionada por las estrellas. ¡Esto es tan nuevo para mí! Ya sabía que ser Chica-Playboy me pondría en contacto con un montón de gente famosa, pero, ¡realmente no tenía ni *idea*! Vamos, señor Bond, hablemos con ellos.

—Perfecto. Pero tienes que llamarme James.

Cruzaron la pista de baile y alcanzaron a Tuttle y su cortejo dirigiéndose a la zona del bufé. Bond y Lisa se unieron a la cola tras ellos. Tuttle contaba a Day una historia sobre como su mánager lo había estafado.

—Vas a tener que demandarlo —dijo Day.

—Bueno, es posible, pero no lo haré de momento —replicó Tuttle.

—¿Y eso? ¿Guardas algún as en la manga?

—Sin duda.

—Perdóneme, ¿señor Tuttle? —les interrumpió Lisa—. Soy Lisa Dergan, Miss Julio del 98. Precisamente quería conocerlo. Me encanta su música.

Los ojos de Tuttle se agrandaron al observar a la chica.

—Está bien. Hola —. Él retuvo su mano—. Encantado de conocerte.

—Esto es algo embarazoso, me imagino, pero, ¿puedo pedirle un autógrafo? —barboteó Lisa. Cogió una servilleta que tenía impreso EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO—. Normalmente no hago esto, pero tengo que pedirselo—. Lisa parecía tan ilusionada con aquello que Tuttle sonrió.

—Por supuesto —dijo—. ¿Tiene un bolígrafo?

—Yo tengo —dijo Bond. Le alcanzó la Sheaffer Levenger a Tuttle. La estrella de rock se tomó unos segundos para admirarla, luego escribió su nombre con un floreo —. Aquí lo tienes.

—¡Gracias!

Tuttle ofreció de vuelta la pluma a Bond y dijo:

—Gracias.

—Guárdela.

—¿Huh?

—Ande, puede quedársela —dijo Bond—. Puede que lo acosen más fans esta noche.

—Vaya, gracias, es una buena pluma —Tuttle colocó la pluma en el bolsillo del albornoz, tal como Bond esperaba—. Dime, tú eres de mi lado del charco, ¿no?

—Así es —dijo Bond sin entrar en detalles.

El amplio bufé era la *pièce de résistance*^[27] de la fiesta. Frutas cortadas en dados formaban una pirámide de un metro, descendiendo como un río de colores por la mesa. Había cinco tipos de ensalada de Oriente Medio. La cena consistía en cordero asado; brochetas a la plancha de pez espada marinado en zumo de limón, aceite de oliva y hojas de laurel; *kebabs* a la plancha de tomate y coloridos pimientos; *moussaka* a la manera tradicional con carne de vaca y cordero, berenjenas, tomate y queso; y *pilaf* al aroma de azafrán.

Bond y Lisa se sentaron en unos cojines sobre el suelo y comieron en una mesa baja. El lugar se hallaba lleno en ese momento, y la escena le recordaba a Bond el harén de un sultán. Una mujer en sujetador y medias se soltó la parte superior y comenzó a ofrecer uvas a un hombre que yacía de espaldas con la cabeza en el regazo de ella. Según la fiesta avanzaba hacia la noche, la cantidad de piel desnuda se incrementaba. La atmósfera se cargó de erotismo cuando varias parejas desnudas fueron a nadar o desaparecieron en zonas más privadas, como la Gruta, los vestuarios, o las íntimas habitaciones de la Casa de Juegos. Los invitados de más edad eran más recatados, aunque parecían empaparse de espíritu de la fiesta tal y como hacían los jóvenes.

—¿No es Hef una buena persona? —preguntó Lisa—. Para su cumpleaños le preparé una galleta de chocolate con forma de conejito. Una grande, ¡ocupaba toda una caja de pizza! Oye, ¿juegas al golf?

—Un poco —replicó Bond con un encogimiento de hombros.

Encontraba a Lisa encantadora. Su campechanía contrastaba con la imagen de sofisticada chica mala de Victoria. En un momento en el que Lisa no miraba, Bond deslizó el auricular en su oído y ajustó el volumen del receptor que tenía en el bolsillo de la bata. Inmediatamente oyó a Tuttle hablando con su pareja.

—Volveremos a Inglaterra tan pronto como termine el trabajo —decía.

—¡Pero lo prometiste, Martin! —dijo ella.

Continuaron con la conversación durante unos minutos, entonces Tuttle dijo a sus amigos:

—Enseguida vuelvo. Vigíleme el plato, ¿lo harás? —se deslizó entre la multitud y se alejó de la tienda. Bond estaba concentrado en oír a Tuttle, pero Lisa trataba de darle conversación. Puso todo su empeño en hacerle caso, pero cuando oyó la voz de

Tuttle susurrando «estás aquí, te he estado buscando», Bond levantó una mano pidiendo que se callara.

—¿Qué? —preguntó ella, confundida.

—Shhh —dijo él.

Otra voz masculina, con mucho acento, replicó:

—¿De qué estabas preocupado? Teníamos que encontrarnos, Martin —Bond reconoció el acento del productor de cine ruso, Anton Redenius.

—Mira, te entregué el material ayer. Me prometiste el dinero para esta noche. Un trato es un trato —dijo Tuttle.

—Y lo es. ¿No has hecho mucho dinero con nuestros pequeños tratos? Perfecto, estamos preparados para darte tu pago por éste —dijo Redenius—. ¿Estragon?

Tuttle jadeó e hizo un sonido como si se ahogara. Bond pegó un salto de los almohadones como un gato y sin decir palabra a su desconcertada compañera, corrió fuera de la tienda y pasó por la piscina. Continuaba oyendo el balbuceo y los resuellos con intensidad.

—Lo siento, Martin. Éste será «El crimen de una noche de verano» —dijo Redenius—. Haz que se esté quieto, Estragon. No queremos que nadie nos oiga.

Tuttle continuó ahogándose y teniendo arcadas. Bond pasó junto a uno de los guardas de seguridad, que iba vestido con un traje ligero.

—Señor, ha de quedarse dentro de... ¡hey! —gritó mientras Bond saltaba por encima de una cuerda que marcaba el perímetro y corría hacia la oscuridad. El guarda lo siguió, pero Bond le sacaba bastante ventaja.

Pasó a la carrera por los monos ardilla enjaulados, provocando una explosión de parloteos, y se adentró en un bosquecillo de secuoyas. Entonces los vio. Anton Redenius y su secuaz, Estragon, estaban junto al cuerpo de Martin Tuttle. Estragon sostenía un cable que partía de su reloj de pulsera. Levantó la cabeza y vio a Bond, soltó el cable y éste se recogió de nuevo en su reloj.

Bond desenfundó su arma y dijo:

—¡Ni se muevan!

—¡No, no se mueva usted! —una voz llegó desde detrás. Era el guarda de seguridad, apuntando con su Beretta a Bond.

Bond no se movió, pero dijo:

—Estos hombres son criminales. El alto acaba de matar al que está en el suelo. Trabajo para el gobierno británico.

—¡No seas idiota! —dijo Redenius al guarda—. Hemos encontrado este hombre aquí. Creo que lo ha matado el inglés este.

—¡Los tres! —dijo el guarda—. ¡Manos arriba! Usted, tire el arma. ¡Ya!

Bond hizo lo que le dijo. Los tres hombres levantaron sus manos. El guarda alejó la Walther de una patada e hizo un gesto con la Beretta.

—De acuerdo, volvamos hacia las tiendas, despacio.

El guarda alcanzó un walkie-talkie con su mano libre y dijo:

—John, tengo un muerto en los bosques y tres sospechosos. Volvemos hacia las tiendas desde las secuoyas. Manda apoyo inmedi...

Sus palabras se cortaron cuando Estragon lo sorprendió. El bruto atrapó el brazo del arma del guarda con una maniobra bien ensayada y lo bajó bruscamente contra su rodilla, partiéndolo en dos. La Beretta voló por los aires. Estragon la atrapó con destreza, entonces pateó al guarda en el pecho. El hombre fue al suelo, chillando de dolor. Estragon giró el arma hacia Bond y se dispuso a disparar, pero 007 se adelantó por un segundo. Se abalanzó sobre la cadera del hombretón, placándolo. El arma disparó al aire. Pelearon por el control del arma mientras el guarda se retorció de dolor desesperadamente. Anton Redenius, entre tanto, se escabulló y desapareció en la oscuridad.

Estragon golpeó a Bond varias veces en el rostro, en rápida sucesión. Los golpes lo atontaron, dando tiempo al guardaespaldas a ponerse de pie y echar a correr. Aturdido, Bond se levantó, se orientó y salió en persecución del hombre.

Estragon era grande y ágil, pero no era veloz con los pies. Bond lo alcanzó en la tienda de la piscina, justo cuando los otros guardias hacían su aparición. Bond saltó sobre el hombre y ambos fueron al agua con un sonoro *¡plash!*. Desnudos jueguistas chillaban y saltaban fuera de su camino, saliendo por los bordes para alcanzar sus toallas.

Dos guardas sacaron sus armas y apuntaron a los hombres, pero fueron detenidos por Hugh Hefner, que apareció detrás de ellos con su jefe de seguridad.

—¡No disparen! —gritó.

La lucha continuaba en la piscina, donde Bond se hallaba en su elemento. Era un nadador experto y uno de los tres únicos agentes doble 0 que había quedado primero en el curso de combate submarino del SIS, y rápidamente tomó ventaja usando el peso y el tamaño de Estragon en su contra. Bond atrapó el cuello del hombre bajo su brazo, apretó y tiró de él hacia abajo. Capaz de contener su respiración durante una cantidad de tiempo extraordinaria, Bond no tenía ningún problema en mantener a su oponente sumergido hasta que le entrara el pánico. Bond había reservado parte de sus fuerzas para este decisivo momento. Aplicó más presión, bloqueando el cuello de Estragon con una presa firme, obligándolo a tragar agua. La lucha continuó durante un minuto más, entonces el guardaespaldas empezó a flojear.

Bond lo empujó fuera del agua y lo hizo rodar por el borde de la piscina. Completamente derrotado, Estragon comenzó a toser y a jadear mientras dos de los guardas lo esposaban. Otro par de guardas se aproximaron a Bond con las esposas listas, pero Hefner dijo:

—Esperen. A él no.

Para entonces, una multitud semidesnuda se había reunido cerca de la piscina. Habían oído el barullo y el disparo. Lisa Dergan estaba allí, así como Victoria Zdrok y su acompañante, Anton Redenius.

Bond señaló a Redenius.

—Ése es el hombre que han de arrestar —dijo, luchando por respirar—. Es un asesino y un espía.

—¡Cómo se atreve! —dijo Redenius—. ¡Lo demandaré por difamación! ¡Nadie miente sobre mí de esa manera!

Bond se incorporó y se encaró.

—Usted está relacionado con el crimen organizado en Rusia. Martin Tuttle robó información estratégica clasificada de mi país y se la entregó. Usted planea pasarla de contrabando a Rusia cuando vaya allí a filmar su película, y así vendérsela a sus amigos de la mafia. Martin Tuttle ha estado suministrándole información durante bastante tiempo, pero en vez de pagarle, le ha matado.

—¡Mentiras! —grito Redenius. Se giró a la conmocionada multitud—. ¡Está mintiendo! —Victoria lo miraba sorprendida.

—¿Es eso verdad, Anton? —preguntó.

—¡Claro que no! ¡No puede probar nada de lo que dice!

Bond se acercó con calma a Victoria y dijo:

—Puedo probarlo. ¿Puedo coger prestado su collar, por favor?

—¿Qué?

—Su valioso collar de perlas. ¿Puedo? —alargó la mano.

Ella dudó por un segundo, luego abrió el cierre y se lo dio.

Bond pidió a uno de los guardas que apuntara con su linterna al suelo. Entonces, sorprendiendo a todo el mundo, dejó caer el collar en la zona iluminada. Se agachó, cogió una piedra y destrozó las perlas de un golpe. Victoria chilló.

Bond rebuscó entre los restos de las perlas y recogió tres pequeños objetos negros.

—Cartuchos de microfilme miniaturizados —dijo Bond, sosteniéndolos en la palma de su mano—. Lo siento, Victoria. No podía decírselo antes, pero estas perlas eran falsificaciones. Este hombre estaba usándola como correo involuntario. Si hubiera sido capturada, podría haber ido a la cárcel para el resto de su vida.

—¿Cómo... cómo lo supo? —preguntó Victoria.

—Cuando puso el collar en mi boca, comprobé las perlas con mis dientes. Ésa es la manera de saber si son auténticas o no. Si son suaves son falsas. Las perlas auténticas son arenosas, como lija. Inmediatamente supe que estaban huecas. Tenía que estar seguro de que Redenius era el contacto de Tuttle antes de poder decírselo.

Victoria carraspeó y miró a Redenius.

—Hijo de puta —le dijo entre dientes, entonces lo golpeó con fuerza en la cara,

casi noqueándolo. Redenius estaba estupefacto.

Victoria se giró, vio al doctor Saginor observándola con asombro y le dijo:

—Vamos doctor, bailemos —cogió a Saginor de la mano y lo alejó de la multitud.

—¡Espera, cariño! —Redenius llamó a Victoria, pero los guardas cayeron sobre él sin contemplaciones. Lo esposaron y lo sacaron del lugar mientras protestaba y lanzaba juramentos.

Hefner señaló al resto de la multitud:

—Por favor, continúen con la fiesta. Les pido disculpas por la interrupción. La fiesta *continuará*.

Los guardas ayudaron a dispersar la multitud y los nadadores dejaron caer sus toallas y regresaron a la piscina. Lisa se quedó atrás, con Bond y Hefner. El jefe de seguridad devolvió a Bond la Walther PPK mientras le indicaba que la escena del crimen en los bosques había sido acordonada en espera de la policía.

—¿Consiguió lo que vino a buscar? —preguntó Hefner.

—Sí —dijo Bond metiendo los microfilmes en el bolsillo y la pistola en la sobaquera. Devolvió el receptor y el auricular a Hefner—. Encontrará la pluma en el bolsillo del albornoz de Martin Tuttle.

—No me preocupa. Tengo tres o cuatro de esas —dijo Hefner—. Sabe, fue un buen consejo el que me dio en Jamaica. Tenemos un buen club en Ocho Ríos^[28].

Bond estaba asombrado.

—Estoy sorprendido de que aún recuerde aquel día, señor Hefner —dijo Bond.

—Siempre hemos mantenido el contacto contigo, James —dijo Hefner con un guiño—. Nos parecemos mucho, tú y yo. Y, por favor, llámame Hef.

Lisa dijo:

—James, seguramente tendrás que hacer una declaración a la policía cuando lleguen aquí.

Bond afirmó con la cabeza.

—Eso me llevará el resto de la noche. No tenemos mucho tiempo.

Hef se aclaró la garganta, estrechó la mano de Bond y cortésmente se retiró.

—Vamos, continuemos con esa visita —dijo Lisa cogiéndolo por el brazo y encaminándose hacia la Gruta.

Era una reproducción penumbrosa y neblinosa de una pequeña caverna con una fuente termal brotando en su centro. Había al menos otras dos parejas acurrucadas por rincones y recovecos. Lisa eligió una pequeña cavidad que estaba llena de cojines.

Estaban cómodos, recostados brazo contra brazo.

—Esto es magnífico —dijo él.

Ella lo besó suavemente en la mejilla. Entonces se sonrojó un poco y deslizó los tirantes del picardías por sus hombros, los dejó caer y se revelaron sus firmes y

redondos pechos. Colocó sus brazos alrededor del cuello de 007, se reclinó hacia él y susurró:

—Normalmente no hago este tipo de cosas, ya sabes. Pero dicen que la Mansión Playboy es un lugar donde la fantasía se hace realidad.

Bond deslizó una mano por su pelo y dijo:

—He oído eso antes. Quienes quieran que sean los que lo dicen tienen toda la razón.

Entonces colocó suavemente su boca sobre la de ella.

Cyril Connoly

Bond cambia de chaqueta es un relato corto incluido en *La caída de Jonathan Edax y otras piezas breves* —Grijalbo Mondadori, Colección Clásicos Mondadori, 2000, Barcelona—. Se trata de una de las primeras parodias de James Bond, que hizo partirse de risa al propio Ian Fleming, escrita por el crítico literario y amigo de Fleming, Cyril Connolly. Su primera publicación fue en el *London Magazine*. Traducción de Eduardo Giménez.

BOND CAMBIA DE CHAQUETA

Sombras de niebla recortaban su silueta a través de las ventanas de su apartamento de Chelsea; la rubia había dejado un irregular rosetón de lápiz de labios en su mejor funda de almohada de Givan. Tendría que echar un vistazo al estuche de cerillas de anoche para recordar dónde la conoció. Era una mañana de mierda. ¡Y, por supuesto, resulta que hoy era uno de esos días! Porque siempre había un desayuno al mes en el que una operación muy simple, cocer un huevo de manera que la yema quedase adecuadamente blanda y la clara lo bastante dura, parecía superar a su fiel asistente, May. Mientras decapitaba su quinta tentativa abortada en la rampa de lanzamiento marca Wedgwood, se sintió tentado de coronarla con el molinillo de pimienta de cuarenta centímetros de diámetro. Tres minutos y cincuenta y cinco segundos más tarde, según su cronómetro de mano, llegó el sexto huevo. Cuando estaba a punto de hundir el pedacito de pan integral tostado en la cavidad preparada a tal efecto, sonó el teléfono. Probablemente era la rubia.

—No me digas nada; empiezo a recordarlo todo... tú eres la nueva encargada del guardarropa de «El Momento de la Verdad» —gruñó en el auricular.

Pero la voz que se escuchó al otro lado era la de su secretaria, la señorita Ponsonby.

—Quiere verte ahora mismo, fantasmón, así que móntate en tu patinete.

Maldiciendo con pedantería, Bond renunció a comerse el huevo y salió precipitadamente del apartamento para sentarse tras el volante de su Pierce Arrow con el motor trucado; un descapotable de treinta y un caballos, con dos parabrisas de tres piezas. Caía una lluvia sulfurosa y oscura, y al girar por Milner casi tira al suelo a un beatnik. ¡Vaya espíritu navideño! Trece minutos más tarde su esbelta silueta emergía de su bólido como un congrio de su guarida, y poco después aguardaba de pie ante la puerta de M, con los grandes ojos de perro de aguas de Loelia Ponsonby clavándole una mirada de devoción perruna.

—Perdón por la anulación —le dijo él—. Te invitaré a comer si no te necesitan en la exhibición canina.

En ese momento se encendió la luz verde y Bond entró en el despacho de M.

—Siéntese, 007.

Esa era la bienvenida de grado C, indicativa de que amenazaba tormenta. Últimamente había habido muchas. Pero M no continuó por ese camino. Obsequió a Bond con una mirada fría y severa, aclaró la garganta y de pronto bajó la mirada. Su pipa reposaba apagada junto al tabaco en el familiar caparazón de tortuga. Si algo así fuera posible, Bond habría jurado que M se sentía incómodo. Cuando finalmente habló, su voz sonaba seca e impersonal:

—Le he encargado a usted un montón de misiones, Bond; no siempre han resultado agradables, pero eran en cumplimiento del deber. Suponga que le pidiera

que hiciese algo que no tengo derecho a exigirle y que sólo puedo justificar aduciendo principios ajenos a sus obligaciones profesionales. Me refiero a su patriotismo. ¿Es usted patriota, Bond?

—No lo sé, señor. Nunca leo la letra pequeña de los contratos.

—Olvide la pregunta. Se lo plantearé de otra forma. ¿Cree que el fin justifica los medios?

—Este tipo de expresiones carecen de sentido para mí.

M pareció reflexionar. La atmósfera de crisis se expandía.

—Bueno, intentémoslo de nuevo. Si hubiera que llevar a cabo una misión particularmente ardua... una misión absolutamente repugnante... y yo pidiera un voluntario que debería reunir ciertas aptitudes, y sólo hubiera una persona que reuniese esas aptitudes, y yo le pidiera a esa persona que se presentase voluntario, ¿qué respondería usted?

—Le diría que dejase de marear la perdiz, señor.

—Me temo que ni siquiera he empezado.

—¿Perdón?

—¿Juega usted al ajedrez, Bond?

—Mi sueldo no da para tanto.

—Pero ¿está usted familiarizado con el juego?

—Pasablemente —como si se hubiera percatado de que tenía la sartén por el mango, Bond se iba escorando hacia la insolencia.

—Por supuesto, se ha modernizado a conciencia; se le ha quitado todo el componente de aventura que tenía; los gambitos de apertura en los que se solía sacrificar una pieza para provocar un desarrollo rápido de la partida se consideraron erróneos y dejaron de utilizarse. Pero hace tanto tiempo que pasaron de moda que muchos jugadores no conocen esos trucos y en ocasiones es posible obtener ventaja si uno se arriesga un poco. En nuestra profesión, si es una profesión, guardamos un registro de esos trucos olvidados. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de Mata Hari?

—¿La hermosa espía? —Bond adoptó un tono de mofa. Jugaba al alumno respondón ante su maestro.

—Tuvo un enorme éxito. De eso hace mucho tiempo —el tono de M seguía siendo sosegado y desaprobatorio.

—Me parece recordar que el otro día leí que el micrófono escondido había sustituido a la *femme fatale*.

—Precisamente por eso la *femme fatale* todavía tiene su oportunidad hoy día.

—Todavía no me he topado con ella.

—Lo hará. ¿Está usted al corriente de que hay una misión militar rusa de visita en nuestro país?

Bond encajó el gol.

—Han enviado, entre otras personas, a un viejo General. En todo caso, parece un General, probablemente ha sido general y sin duda ocupa un cargo importante en el KGB. Su especialidad es la seguridad; los misiles, los gases nerviosos, las armas químicas... todos esos pasatiempos habituales —M hizo una pausa—. Pero tiene otro no tan habitual.

Bond esperó, como un viejo lucio que contempla cómo desciende el cebo.

—Sí. Le gusta ir a clubes nocturnos, emborracharse, malgastar su dinero y llevarse a desconocidos a su hotel. Todo muy pasado de moda.

—Y no poco habitual.

—Ah —M volvió a parecer incómodo—. Ahora voy a eso. Resulta que sabemos bastantes cosas sobre ese tipo, el general conde Apraxin. Su familia era muy conocida en la época de los zares, ya que su padre fue uno de los primeros en afiliarse al partido; creemos que debe de ser un tipo un poco nostálgico del pasado. No políticamente, por supuesto. En ese sentido es un duro. No necesito decirle que la Sección A se dedica a confeccionar estudios sobre el tipo de inclinaciones de estos jefazos. En ocasiones nosotros sabemos más de cómo son entre las sábanas que ellos mismos; es un trabajo sucio. Bueno, resulta que al general le enloquecen los travestidos.

—¿Los travestidos, señor?

M hizo una mueca.

—Siento tener que entrar en detalles, Bond. Es... *uno di quelli*... «Uno de esos»... un sodomita.

Bond detectó un destello de disgusto en los fríos ojos azules de M.

—En mis tiempos —continuó M—, los tipos como ése optaban por suicidarse. Ahora sus nombres aparecen inscritos en los clubes más selectos. Sobre todo en Londres. ¿Sabe la reputación que tiene esta ciudad en el extranjero? —Bond aguardó a que M continuase—. Bueno, apesta. Esos extranjeros vienen aquí, deslizan papelitos con citas amorosas en las botas de nuestros centinelas, clavan con alfileres billetes de cinco libras en los gorros de los guardias reales. Nuestros soldados están indignados.

—¿Y el general Apraxin? —Bond decidió cortar por lo sano las jeremiadas habituales del antiguo guardia real.

—Es uno de los peores. Ya le he dicho que le gustan los travestidos. Es decir... ejem... los hombres vestidos de mujer.

—Bueno, y según usted ha ido a parar a la ciudad adecuada. Pero no sé qué pintamos nosotros en todo este asunto.

M se aclaró la garganta y dijo:

—Hay una posibilidad, cuidado, es sólo una posibilidad, de que incluso a un pez gordo del KGB se le pueda pillar desprevenido... si la compañía es de su agrado...

quizá tan de su agrado que responda a alguna secreta fantasía de su imaginación... y si hablase, aunque por lo general no suelta prenda... bueno, entonces cualquier cosa que dijese sería de un gran valor... cualquier cosa podría ser una pista que nos permitiese saber para qué ha venido aquí en realidad. Naturalmente se trataría de aventurarse improvisando. Tendría usted que avanzar a tientas.

—¿Yo, señor?

M le espetó con tono de orden:

—007, quiero que se encargue de este asunto. Quiero que deje que nuestra gente le acicale como a un pimiento y lo envíen a uno de esos clubes especiales, y quiero que permita que el general Apraxin le aborde y le invite a su mesa, y si le pide que le acompañe a su hotel quiero que lo haga, y le ruego que acceda usted a cualquier petición del general hasta donde su conciencia se lo permita. Y espero que su patriotismo sea su conciencia, como lo es en mi caso.

Viniendo de M, era un discurso bien extraño. Bond se examinaba las uñas.

—¿Y si el asunto se pone demasiado ardiente?

—Entonces emprenda la retirada... pero recuerde que T.E. Lawrence aguantó hasta la suprema indignidad. Yo le conocía bien, pero sabiendo lo que le había sucedido, nunca me atreví a llamarlo por su nombre de pila.

Bond meditó un instante. Era evidente que M estaba muy preocupado con el asunto que se traía entre manos. Además, quizá el general no se presentase.

—Yo siempre lo pruebo todo al menos una vez, señor.

—Buen chico —M pareció rejuvenecer varios años de golpe.

—Siempre y cuando no se espere de mí que le eche unos polvillos en la bebida y huya con su cartera.

—Oh, no creo que haya que llegar a esos extremos. Si no le gusta el cariz que toman los acontecimientos, finja un dolor de cabeza; no osará intentar retenerle, porque le aterrorizará la idea de provocar un escándalo. Todo lo que ha podido hacer la Sección A es deslizarle una tarjeta con la dirección de ese club.

—¿Cómo se llama?

M frunció los labios y respondió:

—El Kitchener. Está en Lower Belgrave Mews. Aparezca por allí a las once en punto y siéntese a alguna mesa. Le hemos inscrito como miembro del club con el nombre de «Gerda».

—¿Y mi... disfraz?

—Le vamos a enviar a un especialista en este tipo de cosas... él cree que usted quiere disfrazarse para una juerga de fin de año. Aquí tiene la dirección.

—Una pregunta más, señor. No quiero aburrirle con detalles de mi vida privada, pero le aseguro que nunca me he vestido de «travestido», tal como usted lo llama, desde que interpreté a la Katisha de *El Mikado* en la escuela. No resultaré atractivo,

ni me sabré mover con gracia, ni sabré hablar con el tono de voz adecuado; resultaré tan convincente meneando el culo como Randolph Churchill disfrazado de camarera de club nocturno.

M le dirigió una mirada ausente y de nuevo Bond notó su expresión de abatimiento, de repulsión incluso.

—Sí, 007, así actuará usted, y me temo que es precisamente todo eso lo que excitará a ese individuo.

Bond se volvió, indignado, pero el rostro de M ya estaba hundido en su libro de códigos. El hombre que había enviado a tantos subordinados a la muerte todavía seguía vivo y ahora ese soltero impenitente, que nunca había mirado a una mujer excepto para evaluar el peligro que podía representar, lo estaba despachando con la misma fría indiferencia a una madriguera de criaturas infectas. Bond salió del despacho y cuando pasaba a grandes zancadas junto a la señorita Ponsonby, ésta lo detuvo:

—Me temo que no habrá tiempo para esa comida. Te esperan en la armería.

La armería del sótano le traía a Bond muchos recuerdos felices. Para él representaba los primeros momentos de una nueva aventura, la excitación de volver al trabajo. Había revólveres, metralletas, Smith and Wessons, Colts, Lugers, Berettas, armas mortíferas de todo tipo y nacionalidad; cerbatanas, bumeranes, plumas estilográficas cargadas de cianuro, puñales de comando y el típico material para la pesca submarina, que se había convertido en parte del equipo básico. Oyó la delicada voz del instructor:

—Planta tu bota sobre su tibia y rómpela la rodilla. Arráncale los testículos con una mano y, formando un signo de la victoria con dos dedos de la otra, revientale los ojos.

Sintió un soplo de nostalgia.

—Ah, Bond, tenemos material para ti. Verifícalo y firma el recibo —dijo el teniente de marines.

—Dios santo, ¿qué es esto? Parece una pistola de agua para niños.

—Pues estás en lo cierto. Y aquí está el agua —le tendió una pequeña botella de tinta con tapón de rosca, llena de un líquido transparente—. No dejes caer ni una gota sobre tu gallarda figura.

—¿Qué efecto tiene?

—Si le puntas entre los ojos, detendrá a cualquier ser vivo que se mueva.

Bond consultó la dirección de su próximo «armero». Trabajaba en un estudio situado en Kinnerton Street. El musical carraspeo del Pierce Arrow apenas se había acallado cuando un apacible joven abrió la puerta y le echó un rápido vistazo de arriba abajo. Bond vestía uno de sus muchos trajes de alpaca de ojo de faisán que acentuaban la nueva línea vertical de moda: talle recto, solapas estrechas, pantalones

de sport sin vuelta, zapatos de ante. Un abrigo corto de tela asargada, una estrecha corbata negra, una inesperada amplitud de hombros sobre una cintura estrecha y la arrogancia desenvuelta de su mechón de cabello oscuro que le caía en forma de coma sobre la frente bajo el pequeño sombrero verde completaban la imagen de todo un modelo de masculinidad de mediados de siglo. El joven no parecía especialmente impresionado.

—Bueno, bueno, vaya macho estás hecho. Te has decidido a dejarlo un poco tarde. Pero veremos qué se puede hacer.

Obligó a Bond a volverse hacia la luz que entraba por la ventana del lado norte, lo estudió meticulosamente y le retorció el mechón.

—Me gusta este bucle, Gerda, lo utilizaremos como punto de partida. Ahora entra ahí y desnúdate.

Cuando reapareció en calzoncillos, con las cicatrices provocadas por las barracudas destacando más oscuras sobre la piel bronceada, lo esperaba una muchacha de aspecto anodino vestida de enfermera.

—Échate, Gerda, y deja que la señorita Haslip se encargue de todo —dijo el joven. La aludida se le acercó y, con mano experta, empezó a depilarle las piernas y las axilas—. Primero un afeitado, después la depilación... Me temo que para probarte la ropa tendrás que pasarte la mayor parte del día aquí —vaya mañana de mierda. El único consuelo era que el joven, se llamaba Colin Mount, le permitió conservar el vello del pecho—. Después de todo, nadie quiere que seas totalmente femenina.

Tras hacerle la manicura, la pedicura y depilarle las cejas, llegó el momento de modelarle la figura. Le dieron un suspensorio para los genitales; la colocación de una peluca castaña que permitía que el mechón asomase por debajo fue otro proceso lento. Y después le pegaron las pestañas postizas. Finalmente sacaron de un cajón lo que parecía una caja de pelotas de tenis.

—¿Habías visto esto antes?

—Dios bendito, ¿qué son?

—Lo último en postizos: pechos de gomaespuma con pezones que se ponen erectos gracias a un sistema electrónico; los hay rosados para las rubias y marrones para las morenas. ¡Inventan cada cosa! ¿Qué prefieres ser, rubia o morena? Es una decisión importante.

—¡Qué demonios me importa!

—En mi opinión, creo que quedarías mejor morena. Va bien con el color de tus ojos. Y con tu altura necesitaremos unos senos bastante grandes. ¿Los prefieres redondos o con forma de pera?

—¡Redondos, por el amor de Dios!

—¿Estás seguro de que no te equivocas?

Los senos postizos se fijaban con unas tiras, como el sujetador —de muaré negro

— que le colocaron con destreza sobre ellos.

—¿Cómo te sientes? Hay espacio suficiente para que un tío meta la mano por debajo del sujetador y toquetee a gusto.

Después llegó el turno de unas seductoras bragas negras de encaje y finalmente la falda negra de satén y la blusa de seda carmesí con un amplio escote, la estola de visón azul por encima y unas medias negras poco tupidas y zapatos negros con tacones de aguja rojos. Bond se contempló en el espejo de cuerpo entero y sintió un inesperado estremecimiento de excitación; no había duda de que tenía una figura envidiable.

—Bueno, no eres Coccinelle —dijo el joven—, pero sin duda funcionará. ¡De cadera ancha! Ya verás que ir de travesti es muy divertido. Te encuentras con todo tipo de gente. Ahora practica cómo caminar con tacones hasta que caigas rendido. Después duerme un poco y cuando te despiertes, si eres un buen chico, te maquillaremos esta bonita cara y te dejaremos en el cine del barrio.

Después de practicar con los tacones de aguja durante un par de horas, Bond se echó en el sofá, exhausto. Soñó que nadaba bajo el agua un día de tormenta, con las olas rompiendo violentamente sobre su cabeza mientras, arpón en mano, perseguía a una enorme corvina con ojos de perro de aguas que parecía volverse hacia él y menearse invitándolo a descender hacia un abismo repleto de algas que se iba estrechando más y más.

Cuando se despertó ya había oscurecido y se precipitó sobre un café Blue Mountain y un sándwich que le había traído la señorita Haslip.

—Ahora empezaremos a trabajar la cara... Y aquí tienes el bolso.

Bond puso sobre la mesa la pistola de agua y la botella de tinta, el encendedor Ronson, la pitillera metálica y el billetero, y vació el contenido de su cartera: un calendario de la vendimia de la Sociedad Enológica, un carnet de conducir que lo acreditaba como «Motorista experto», un carnet del Club de Submarinismo, carnets de socio temporal de Travellers de París, Caccia de Roma, Puerta de Hierro de Madrid, Brook, Meadowbrook, Knickerbocker y el Crazy Horse, Liguanea, Eagle, Somerset (Boston) y Boston (Nueva Orleans), y por último el pase de lector del Museo del Crimen de Scotland Yard. Cuando acabó, Colín lo metió todo en un sobre grande, le pidió a Bond que lo guardase en el compartimiento de los guantes y le devolvió la pistola de agua y su llavero.

—Prueba con esto —dijo Colin, y le dio a Bond una polvera, un par de lápices de labios, varios pañuelos de papel, un paquete de cigarrillos Senior Service, una boquilla muy larga, diversas piezas de bisutería, un brazalete de la suerte y un carnet de miembro del Club Social Kitchener, Lower Belgrave Mews, S.W., a nombre de la señorita Gerda Blond.

En un compartimiento del bolso Bond encontró un espejito, un peine de carey, un

frasquito de esmalte de uñas y una cajita de maquillaje con su pequeño cepillo.

—Cuando alguien te irrita, es muy relajante sacar la cajita y escupir en ella. Cuanto más fuerte escupas, más aire de dama tendrás.

Mount le enseñó cómo utilizar el pequeño cepillo y cómo aplicarse el rímel y la sombra de ojos.

—Cuando no sepas qué responder, límitate a bajar la mirada durante un rato... baja las pestañas, eso les seducirá, y no olvides gesticular con la boquilla. Y ten mucho cuidado en el lavabo. Ahí es donde se cometen casi todos los errores. Ahora vámonos al cine.

—¿Qué vamos a ver?

—*La Dolce Vita*.

En la oscuridad de la sala, Bond se percató de alguna que otra mirada escrutadora en su dirección. Un tipo sentado en la butaca contigua le puso la mano sobre la rodilla. Bond sabía lo que tenía que hacer; una mujer policía de Singapur se lo había enseñado. Tomas delicadamente la mano del tipo con la tuya y extiendes su brazo sobre tus rodillas. Entonces bajas bruscamente la mano libre y le rompes el codo. Estaba a punto de hacerlo cuando se encendieron las luces.

—Quería que vieras esta película, porque te da muchas pistas —le dijo Colin Mount—. Puedes elegir a Anita Ekberg, la gran hija de la naturaleza, o a una de esas sofisticadas gatitas. Y ahora, adelante. Será mejor que tomes un taxi, en esa carroza fúnebre tuya hay demasiada corriente.

Una vez en Lower Belgrave Mews, Bond pulsó el timbre, mostró su carnet y pudo entrar sin ningún problema.

El Kitchener estaba discretamente decorado al estilo de 1914, con un laberinto de felpa roja y viejos pósters de la guerra. El familiar y bastante imponente rostro de ojos ojerosos y bigote colgante, señalando con el dedo, «Tu rey y tu país te necesitan», reclutaba a Bond mirara donde mirase. En el piso de arriba había dos salas, en una de las cuales la gente bailaba. En la otra había varios divanes, mesas y un pequeño bar. En el pasado habían formado un enorme salón doble. En las placas de los lavabos del rellano se leía «Turcos» y «Vírgenes».

Bond se sentó a una mesa y pidió «huevos Omdurman» regados con un *Sirdar especial*. Observó que había un montón de parejas bailando relajadamente al ritmo de la canción de Cobbler *Chu Chin Chow*, que sonaba en un tocadiscos. Había pósters de Doris Keane en *Romance*, de Violet Loraine en *The Bing Boys* y de la señorita Teddy Gerrard. La luz tamizada de las pantallas rosadas de las lámparas, el amplio asiento, los apetitosos «huevos Omdurman» y el sedoso aroma del *Sirdar especial* le hicieron sentirse a gusto por primera vez desde que había empezado su absurda misión. ¿No se había puesto un kilt en un trabajito en Escocia? Ahora lo llevaba, con la escarcela incluida. De pronto una suave voz femenina interrumpió su ensoñación.

—¿Bailas?

Bond bajó la mirada, tal como le habían dicho que hiciera, y reflexionó intensamente sobre qué debía responder. Negarse, de hecho mandarla directamente a hacer puñetas, hubiera sido su reacción inmediata, pero eso podría levantar sospechas. Sería mejor seguirle el juego.

—Gracias, encantada —se las arregló para contestar con voz de contralto ronca, y al levantar la mirada vio un hombruno chaleco rojo, una chaqueta de tweed y finalmente unos ojos castaños ligeramente burlones. ¡Era Loelia! Mudo ante el inesperado desastre, Bond se preguntó cuánto tardaría en propagarse la historia por toda la oficina. ¡Si su disfraz pudiese mantenerlo oculto al menos durante un par de asaltos! Pero entonces recordó. ¿No era 007, con licencia para matar con su pistola de agua? Se irguió y dejó que el sudor se le secase en la frente. Un instante después ya se meneaba en la pista de baile, donde había mucha menos luz, al ritmo de *Japanese Sandman*. Su secretaria parecía otra: con decisión, lo condujo hacia un rincón oscuro, donde siguieron bailando mientras ella lo empezó a atraer hacia sí, deslizó una pierna entre las de él y lentamente una mano experta fue descendiendo por su columna vertebral. Bond empezó a preguntarse si el suspensorio aguantaría en su sitio. De pronto ella se apartó un poco, le miró a los ojos y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Gerda —graznó él—. Gerda Blond.

—Es tu primera visita al Kitch, ¿verdad?... Bueno, Gerda, creo que puedo acabar coladísima por ti. Apuesto lo que sea a que podrías arrearle a alguien un buen golpe con ese par de pitones —pasó delicadamente un dedo por los firmes y voluminosos pechos y se sobresaltó cuando ante una leve caricia el pezón se disparó como una flor que se abre—. Cerda, quiero preguntarte una cosa —Bond bajó la mirada—. ¿Te has acostado alguna vez con una mujer?

—Bueno, no exactamente.

—Pues vas a hacerlo esta noche.

—Pero si ni siquiera sé tu nombre.

—Llámame Robin.

—No estoy segura de poder hacerlo esta noche.

—Bueno, pues yo sí. Y déjame que te diga una cosa: una vez que te hayas acostado conmigo, no querrás volver a hacerlo con ningún hombre. Sé cómo son los hombres, porque trabajo para uno. Ninguna chica vuelve a desear a un hombre después de haber probado con una tortillera. Es la diferencia que hay entre una corrida de toros y una simple gincana.

—Pero no logro entender qué te atrae de mí.

—Bueno, tienes una buena figura, y me gusta ese aire indefinido, como de una naturaleza muerta de Braque, y adoro esas tetas mágicas, y además no eres como las

demás tías, tienes algo de virginal y reservada, y me enloquecen los bucles —y tiró con fuerza del mechón en forma de coma de Bond.

—No es un bucle —refunfuñó éste—. Es un mechón.

—Lo que tú digas. Y me gusta tu voz ronca y cómo dejas caer los párpados, y en este mismo momento me estoy imaginando tu pequeño triángulo negro.

—¡Oh, cállate, Robin!

—Venga, Gerda, vamos a mi casa.

La señorita Ponsonby empezó a arrastrarle fuera de la pista. De pronto, por el rabillo del ojo, Bond vio una robusta figura vestida con esmoquin sentada a otra mesa; cráneo calvo, mirada de besugo y unos enormes bigotes. En ese momento un dedo índice alzado como un obsceno gusano le hizo señas para que se acercase. Y un profundo vozarrón retumbó:

—¿Aceptarían las dos pequeñas damas una copa de champán?

—Por supuesto que no —ladró la señorita Ponsonby—. Papá se revolvería en su tumba.

—Muchísimas gracias. Ninguna objeción —respondió Bond con su voz de contralto ronca.

Su secretaria se volvió bruscamente hacia él y le dijo:

—Vaya con la jodida zorra... putita inmunda, supongo que en tu casa tienes que alimentar a un montón de bastardos gimoteantes. ¡Vete con él, espero que este viejo baboso te lleve al séptimo cielo!

Le dio una sonora bofetada a Bond y rompió a llorar. Mientras se marchaba, se volvió hacia una persona que acababa de entrar y le dijo:

—Cuidado con esa tipa. Escucha lo que te digo: te la jugará.

Bond se frotó la mejilla escocida. El caballero extranjero le dio una palmadita en el brazo y tiró de él para que se sentase.

—Vaya una jovencita testaruda... me ha dado un buen susto. Pero aquí llega nuestro champán. He pedido una botella grande de Taittinger Blanc de blancs del cincuenta y dos, siempre mantiene un nivel de calidad, es independiente pero respetuoso.

Tenía un ligero acento gutural, pero lo que más impresionó a Bond fueron sus magníficos bigotes. Sólo los había visto en otra ocasión en un ruso, en el Mariscal Budienny, general en Jefe de la caballería de Stalin. Conferían al narigudo militar un aire de disipado soldado dieciochesco reconvertido en posadero, y eran tal vez sintomáticos del descomunal atavismo del General.

Bond se acomodó en el mullido diván y se llevó el paradisíaco burbujeo a los labios, recordando a monsieur Georges, el sumiller del Casino Royale, que le había llamado la atención sobre esa marca durante la primera de sus misiones de aquel año.

—Quizá debería presentarme —dijo el General—. Soy un viajante yugoslavo; he

venido a Londres para establecer ciertos contactos comerciales y hoy tengo la noche libre para relajarme. Me he pasado el día entero en un congreso y mañana temprano tengo que ir a Salisbury. Mi nombre es Vladimir Mishich. Llámame Vladimir, con el acento en la segunda sílaba.

Bond se dio cuenta de que no le había preguntado su nombre y finalmente, con la mirada baja, se lo dijo:

—Yo me llamo Gerda. A mí también me gusta viajar, pero me temo que no tengo nada que vender.

—Nunca se sabe. *La plus belle fille du monde, ne peut donner que ce qu'elle a* — el general plantó su mano sobre la blusa de Bond y deslizó sus dedos entre el vello de su pecho—. Vaya bosquecillo más encantador que tienes ahí, Gerda —Bond volvió a bajar la mirada—. Y eso... también es precioso. ¿Cómo lo llamáis?

—Es un mechón en forma de coma.

—Ya veo. Me temo que yo uso más otros signos ortográficos. ¡Ja, ja! —Bond no sabía si debía parecer divertido o aburrido, así que no dijo nada—. Dime, Gerda... — la voz del general se hizo más ardiente—, ¿te has acostado alguna vez con un hombre?

—Bueno, no, no exactamente.

—Eso me había parecido, Gerda... tu amiguita, la *paprikahühn*, jamás lo permitiría, ¿no?

—Bueno, es algo por lo que tarde o temprano todas pasamos.

—Y te sugiero que des ese paso ya... porque cuando te hayas acostado con un verdadero hombre, un hombre maduro y con experiencia, ya no querrás volver a hacerlo con ninguna otra mujer. Es la diferencia que hay entre la sala privada del distinguido Sporting Club y tomar el té con un grupo de aspirantes a poeta del barrio.

Insertó un cigarro Larrañaga con forma de torpedo, de esos que raramente llegan a estas costas, en una boquilla de ámbar y fue llenando las copas de champán helado hasta que Bond se encontró inexplicablemente sentado en sus rodillas, con la ropa algo desarreglada, mientras el general entonaba con voz estentórea:

*¡Cómo vas a conseguir
que se queden en la granja
después de que hayan visto París!*

Bond se levantó.

—¿No me vas a sacar a bailar?

El general estalló en carcajadas.

—Nunca he aprendido a bailar otra cosa que no sean nuestras danzas yugoslavas, y eso sólo se baila entre camaradas.

—Espero aprender a coger el ritmo de esos bailes rápidamente.

—Sí, como yo te lo he cogido a ti. Te bailaré una en mi hotel y acabarás danzando como un *ustasi*.

—Pero esos eran fascistas, ¿no?

El general volvió a partirse de risa.

—Bailaban maravillosamente colgados de una cuerda. Como las doncellas de Homero... «de pies inquietos».

A Bond la alusión le pareció vagamente amenazadora.

—Aquí hace mucho calor, vámonos.

El general pagó la cuenta con un fajo de billetes de cinco libras y bajó apresuradamente por la escalera. Bond comprobó que pasaban unos pocos minutos de la medianoche.

—Tomaremos un taxi, Gerda, así nadie podrá seguirnos.

—Pero ¿por qué iba alguien a querer seguirnos, Vladimir?

—Los negocios son los negocios; pero no dejes que eso atormente tu hermosa cabecita.

El taxi dejó atrás St. James's Street y se detuvo en un callejón sin salida.

—Pero esto no es un hotel.

—No, Gerda, es un edificio de apartamentos amueblados. El mío está en el sótano, así que sólo tenemos que bajar por la escalera y nos ahorramos tener que pasar por delante de esos porteros vuestros de noche, tan puritanos y tan caros. Aunque cualquiera se daría cuenta de que no eres una dama corriente de esta ciudad —cubrió uno de los senos postizos de Bond con la enorme palma de su mano y apretó con fuerza—. Pip... pip.

—Déjame. Me duele la cabeza.

—Tengo justo lo que necesitas para que se te pase —dijo el General.

Pagó al taxista y casi tiró a Bond, con su falda ceñida y sus altos tacones, escaleras abajo. Por primera vez Bond sintió una punzada de miedo. Para el taxista no era más que uno de los miles de pájaros nocturnos que salían a buscarse la vida en Londres; y nadie más en esta enorme e indiferente ciudad sabía dónde estaba ni qué tipo de hombre se preparaba para comérselo crudo. En su casa de Chelsea su pijama de rayón negro estaría preparado sobre la cama, los periódicos de la tarde y el último número del *Book Collector* encima de la mesilla de noche, junto con las galletas digestivas, las ciruelas de Karlsbad, una botella de San Pellegrino y un trago de Strathisla. Al cabo de un rato, se habría dormido haciendo girar una ruleta o escuchando música de xilófono Chopi de las minas de amianto del Transvaal...

Vladimir abrió las dos cerraduras que tenía la puerta y entraron en un típico apartamento amueblado, con una sala de color beige y un sombrío dormitorio al fondo. Volvía a insinuarse la confusión mental, como en un segundo día de duro interrogatorio en manos de la Interpol.

—Mira, tómate esto para el dolor de cabeza... y bébete un vaso de Whisky. ¿Teachers, Cutty Sark, Old Grandad, o prefieres vodka o *slivovitz*?

—Old Grandad. ¿Y tú qué tomas?

—Oh, yo me serviré vodka.

Era un desliz pequeño, pero revelador. Aunque el general hubiera podido argumentar que del oscuro *slivovitz* yugoslavo ya bebía suficiente en casa.

Bond se colocó un cigarrillo en los labios, y se acordó a tiempo de permitir que fuera el general quien se lo encendiese. Cogió la pastilla amarilla que éste le había dado, se la puso en la palma de la mano y, con una mueca, hizo ver que se la tragaba.

—Detesto todas estas pastillas. En mi opinión no surten ningún efecto.

El general alzó su vaso de vodka y propuso un brindis:

—Por la amistad.

—Por la amistad —respondió Gerda, levantando su whisky.

Estaba reflexionando a toda velocidad. El propósito de la pastilla que no se había tragado debía de ser atontarla, pero sin dormirla del todo. Lo mejor sería que simulase sentir sopor.

—Vamos a hacer otro brindis —propuso el General—. ¿Quién es tu mejor amigo? Bond se acordó del peón del gambito.

—Guy Burgess.

El general soltó una risotada.

—Ya se lo diré. Estará encantado. No suele recibir mensajes de chicas tan guapas.

Bond bajó la mirada y dijo:

—Era mi amante.

—Se nota en tu forma de andar.

Bond sintió que una oleada de indignación ascendía por todo su cuerpo. Abrió el bolso, cogió el rímel y escupió con rabia. El general le miró aprobatoriamente. Bond sacó otro cigarrillo.

—¡Cógelo! —Y el general le lanzó su encendedor.

Bond, con el cepillo para las pestañas en una mano y el paquete de cigarrillos en la otra, cerró las piernas y el encendedor aterrizó en su regazo.

—¿Dónde fuiste a la escuela, Gerda?

—En Westonbirt.

—¿Y te enseñaron a coger las cosas como un hombre? ¿Para qué sirven las rodillas de una mujer? Las abre, no las cierra, para recoger algo. Y cuando se ahoga, flota boca arriba, no boca abajo. Recuérdalo, puede serte útil.

Bond se sintió atrapado.

—Tengo mucho sueño —murmuró—. No sé qué me estás diciendo.

—Rápido, ven —el general lo empujó hacia el dormitorio, en el que había una estufa eléctrica y una cama con una deslustrada colcha de satén—. Desnúdate y

acuéstate, y después mira debajo de la almohada.

Bond se quitó la blusa y la falda mientras el general se volvía de espaldas galantemente, pero se dejó puestas las medias, las bragas y el sujetador; después sacó la pistola de agua y la llenó, tiró la pastilla detrás de la cama y finalmente se acostó y buscó debajo de la almohada. Lo primero que encontró fue un tubo con una sustancia de aspecto oleaginoso, después un calzador con un mango muy largo y por último un pedazo de papel en el que se leía: «*Una buena azotaina no le viene mal a nadie*», escrito en grandes letras mayúsculas.

—Ya estoy lista —dijo Bond, y permaneció inmóvil hasta que el General, ataviado con un quimono de vicuña azul metalizado, apareció con una sonrisa afectada. Bond le lanzó un beso y, mientras el general se subía a la cama y le aproximaba sus bigotes, sacó la pistola y le disparó a los ojos.

El general se secó la cara con un pañuelo de seda.

—Vaya temperamento —dijo entre risitas, mientras el líquido le resbalaba por el mentón—. Qué juguete más tonto para una chica traviesa. ¿Qué crees que soy, una mamba negra?

El general cogió el calzador y le arreó con saña en los falsos senos.

—¡Socorro, socorro, al asesino! —gritó Bond, y una vez más, mientras el general se batía en retirada, su mente se puso a trabajar a toda velocidad. Alguien, en algún momento de la operación, le había traicionado. Pero ¿cuándo? Se echó en la cama con aire somnoliento y dijo:

—Vladimir... sólo era una broma. Lo siento. Ahora déjame dormir.

—Pronto te dormirás... pero todos debemos ganarnos el derecho a descansar. ¿Te azoto yo primero o empiezas tú?

—Yo te azotaré, Vladimir, porque si no seguro que me duermo antes de que me llegue el turno. Además, nunca había azotado a nadie.

—¡Cuéntaselo a Guy Burgess!

El general le entregó el largo calzador y se echó boca abajo. Bond recordó cómo se podía matar a un hombre con un bastón: hacer que levante la cabeza, tomar el bastón con ambas manos y clavarle la punta justo debajo de la nuez de Adán. En la armería parecía un juego de niños. Pero se interponían los anchos hombros del General.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

Bond dio un salto y corrió hacia el lavabo.

Como esperaba, el general le persiguió moviéndose con torpeza.

—Sal de ahí, pequeña chiflada, no puedo esperar toda la noche mientras tú juegas a hacerte la difícil. Perderé mi tren a Porton.

¡Porton! ¡Los chicos del ántrax! Los pezones de Bond se endurecieron al oír ese nombre.

—No saldré hasta que me des mi pequeño regalo.

—Cincuenta libras... si llegas hasta el límite.

—Quiero la mitad ahora.

Por debajo de la puerta del lavabo asomaron las puntas de varios billetes de cinco libras. Bond tiró de ellos con fuerza, pero el General, supuso, debía de tener un pie encima. Lo cual significaba que estaba pegado a la puerta, que se abría hacia dentro. Bond debía abrirla de golpe, coger a Vladimir por la cabeza y aprisionarle el cuello, todo en un solo movimiento continuo. Estaba en perfecta forma y su oponente lo creía medio dormido, así que podía lograrlo. Contó hasta cinco —lo más parecido a una plegaria que había salido de sus labios—, abrió la puerta y se encontró con el sonriente general con las manos metidas en los bolsillos del quimono y la cabeza echada hacia atrás. Desprendía un fuerte olor a tabaco y a elixir bucal. Con el calzador en una mano, Bond agarró las puntas de los bigotes del general con la otra y tiró de ellas con todas sus fuerzas. Se oyó un ruido como de cartón que se raja y el general soltó un grito de dolor; donde habían estado los mostachos aparecía ahora un parche gomoso y rojizo. Bond miró fijamente los fríos ojos azules de su oponente y en esta ocasión fue éste quien bajó la mirada ante él.

—Lo siento, James —dijo M—. Era el único modo que tenía para conseguirte.

Bond se incorporó; sus ojos escupían fuego, su mechón relucía, sus pechos se endurecieron, con los pezones en punta y a punto; su largo y delgado cuerpo emergía de sus medias de seda negras, parecía Judit trinchando a Holofernes. En dos segundos de concentración total vio claramente lo que debía hacer.

—Hace tanto tiempo que me ronda por la cabeza. Ya duraba demasiado. No creas que no he luchado contra ello.

Bond le hizo callar.

—Pensaba que los tipos como usted se pegaban un tiro —M bajó la cabeza—. ¿Tiene una pistola, señor? —M asintió. Bond consultó su reloj—. Son las dos y cuarto. Utilice el método que prefiera, pero si descubro que a las nueve en punto sigue usted vivo, alertaré a todos los periódicos, a Tass y a United Press, a Moscú, Washington, la Interpol y Scotland Yard, *Izvestia* y *Kingston Gleaner*, y les contaré toda la historia. Si se hubiera tratado de otra persona, le habría aconsejado que abandonase el país, pero con los modernos métodos de transmisión de la información le descubrirían en un día.

—Tienes toda la razón, James. He apostado fuerte y he perdido. Espero que me creas si te digo que hubiese sido la primera y última vez.

—Le creo, señor.

—Y ahora quizá será mejor que me dejes solo, 007; tengo que preparar uno o dos informes.

Bond se puso la blusa y la falda, se calzó sus zapatos de tacón alto y recogió su bolso y su esclavina.

—Una última pregunta, James. ¿Cómo lo has adivinado?

Bond pensó si confesarle que no lo había adivinado, ni siquiera cuando comprobó que su pistola de agua no era más que un juguete. Hasta en el detalle del Taittinger M lo había montado todo a la perfección. Pero no haberlo sospechado podría ser una mancha en su currículum. Entonces se le ocurrió algo:

—Al hablar de las doncellas de Homero se refirió a sus «pies inquietos» cuando Ulises las colgó. Eso estaba en la traducción de Lawrence de Arabia. Robert Graves la refutó. Recordé que usted me dijo que fue amigo de Lawrence. Quizá debería haber pensado usted que Robert Graves podía ser amigo mío.

El rostro de M se iluminó y la repugnante luz del amor volvió a brillar en sus ojos.

—¡Buen chico!

Bond sintió deseos de escupir en su rímel.

—Señor —era la sencilla despedida de un guardia real. Salió sin volver la vista atrás ni una sola vez y subió los escalones pisando con fuerza hacia la niebla del exterior. Dentro de unas pocas horas el mejor Servicio Secreto del mundo estaría decapitado; la señorita Ponsonby y la señorita Money Penny se quedarían sin jefe. Los transmisores de todo el mundo guardarían silencio, hombres taciturnos se tragarían un comprimido de cianuro o quemarían sus mensajes cifrados, los agentes dobles se pondrían a buscar un editor.

Y él estaría de regreso en casa, con su pijama negro, roncando y meditando una coartada en su enorme cama doble. Sólo podía haber un sucesor, sólo había una persona capaz de asumir todos los retos, sólo una podía administrar y actuar al mismo tiempo, planificar y ejercer el mando. M, tal como él mismo había dicho, había jugado y había perdido. Era el momento de dar el salto, 007, Bond —James— ya no sería un simple brazo ejecutor en manos del gobierno. *M est mort! Vive le B!*

Y cuando todo el jaleo se hubiera calmado, se pondría su modelito especial y se daría un garbeo por el viejo Kitch...

—¡Taxi!

El taxi se detuvo a su altura en la penumbra de St. James's Street.

—King's Road a la altura de Milner —dijo con voz ronca.

—Sube a mi lado, muñeca, y no te cobraré la carrera.

Y Bond subió.

Notas Ian Fleming

[1] Gehenna: El fuego inextinguible: *«Y si tu mano te escandalizare, córtala: mejor te es entrar a la vida manco, que teniendo dos manos ir a la Gehenna, al fuego que no puede ser apagado; donde su gusano no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo: mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en la Gehenna, al fuego que no puede ser apagado; donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo: mejor te es entrar al reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado a la Gehenna; donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga».* Marcos 9:43-48.<<

[2] Hasta 1963, el actual aeropuerto neoyorquino JFK recibía el nombre de Idlewild.

<<

[3] Sombrero de campo, flexible, de color tostado que se utiliza para acompañar a chaquetas y prendas de tweed y pana. Algún modelo trilby luce una cinta con un lazo en el lado izquierdo del sombrero.<<

[4] Empresa líder en el transporte con chófer.<<

[5] «Central Inteligency Agency». Se puede traducir como «Agencia Central de Inteligencia». Es la organización norteamericana dedicada a las tareas de inteligencia fuera del país con el objetivo de mantener la seguridad nacional. Fundada por el presidente Harry Truman en 1947, tiene su sede en Langley, Virginia, a unos 15 kilómetros de Washington. Es llamada también «la Compañía» y «el Gobierno Invisible».<<

[6] Número de pasaporte en *Vive y deja morir* (1954), donde recibió trato VIP en el aeropuerto de Idlewild, el número de su pasaporte diplomático era 0094567.<<

[7] *Messrs* es la abreviatura de *Monsieurs*. Edgar Hoover fue el director del FBI durante 48 años, mientras que John Alex McCone lo fue de la CIA de 1962 a 1965.<<

[8] «Komitet Gosudarsvenny Bezopasnosti», que se puede traducir como «Comité para la Seguridad del Estado». Denominación del servicio de espionaje soviético a partir de 1954. Su emblema era un escudo para defender la Revolución y una espada para afligir a sus enemigos.<<

[9] «Cita», en francés.<<

[10] Bond Clothiers —Confecciones Bond— Auto-denominada la «catedral de la confección». Abrió en 1940. Su luminoso sólo duró seis años pero fue uno de los más espectaculares. Fue diseñado por Douglas Leigh en 1948 y tenía casi tres kilómetros de neones. El letrero tenía a ambos lados dos figuras desnudas de 7 plantas de alto, un hombre y una mujer. Hubo quejas de indecencia por los alojados en el Hotel Astor al otro lado de la calle, así que se les añadieron togas doradas de neón.<<

[11] En *Vive y deja morir* (1954) Bond y Leiter toman aquí cada uno un scotch con soda.<<

[12] Joya de estilo *beaux arts* construido en 1904 por John Jacob Astor. Sus precios son de los más elevados de Nueva York. En la novela *Vive y deja morir* (1954) Bond se aloja en este hotel, pero se le ha insistido en que debe gastar un dinero requisado al enemigo.<<

[13] Michael Arlen (1895-1956): novelista británico.<<

[14] Forma burlona inglesa de referirse a los Estados Unidos.<<

[15] Novelas o películas de intriga... como las del propio Bond. James Bond es lector de escritores como Eric Ambler.<<

[16] Abercrombie & Fitch Company: Una de las más populares tiendas deportivas de los Estados Unidos.<<

[17] Martini seco. Se hace mezclando dos medidas de ginebra con una media de vermut seco o francés, añadiéndosele una aceituna rellena. Una de las marcas de James Bond es su forma de pedir el Martini con vodka —en vez de ginebra—, que se ha convertido en una de las frases más famosas del mundo. La versión original está clara: «*Shaken, not stirred*» —aunque en la película *Diamantes para la eternidad* se equivocaron—, que se puede traducir por «Sacudido, no revuelto». En los doblajes la cosa es más caótica: «Mezclado, sin agitar», «Sacudido, no agitado», «Agitado, no revuelto»,... En *Licencia para matar* Pam hace los gestos adecuados a cada palabra. Si James Bond lo pide así no es por pedantería, sino por un motivo. Cuando un Martini es revuelto —*stirred*— con hielo, la bebida termina transparente porque los elementos no se mezclan bien. En cambio, sacudido —*shaken*— ofrece un efecto nebuloso, pues el hielo se rompe en pedazos más pequeños y el frío se reparte más rápido y uniforme por la copa. Se cree que esta costumbre fue tomada del propio Ian Fleming.<<

[18] «Vino y alimentabilidad».<<

[19]

Nota de Ian Fleming: Huevos revueltos «James Bond».

Ingredientes para CUATRO personas: 12 huevos frescos, sal, pimienta y 5-6 onzas de mantequilla fresca.

Romper los huevos en un bol. Batir completamente con un tenedor y condimentar bien. En una cazuela pequeña —o cazo con fondo resistente— derretir cuatro onzas de mantequilla. Una vez derretida, se vierte sobre los huevos y a fuego muy lento, batir continuamente con un batidor de huevos pequeño.

Cuando los huevos estén ligeramente más húmedos de lo que sea su gusto, retire del fuego la cazuela, agregue el resto de mantequilla y continúe batiendo durante medio minuto, agregando mientras cebolletas finamente cortadas o finas hierbas. Servir sobre tostadas calientes untadas de mantequilla en platos individuales de cobre —sólo para la presentación— con champagne rosado como el Taittinger y música suave.<<

[20] El más popular alivio sintomático para la garganta mediante gárgaras del Reino Unido, fabricado por Chemist Brokers. Tiene una fórmula dual que provee un anestésico local para aliviar el dolor de garganta y un antiséptico para combatir la infección.<<

[21] La calle 42 se llegó a hacer conocida por sus sex shops.<<

[22] Isla formada en la desembocadura del río Hudson, en la Bahía de Nueva York de 22 km de longitud y 3 de anchura. Origen de Nueva York, fue comprada a los indios en 1626 por Peter Minuit a cambio de baratijas por valor de 24 dólares. En *Diamantes para la eternidad* (1956) Bond vuelve a Manhattan, donde come con Leiter en Sardi's. En la novela de John Gardner *For Special Services* (1982), Bond se aloja en una habitación del Loew's Drake Hotel e invita a cenar a la hija de Leiter, Cedar, en el restaurante Le Perigord, antes de enfrentarse a dos agentes de SPECTRA.<<

[23] James Bond consiguió su calificación «00» tras asesinar a «un experto japonés que descifraba nuestros códigos desde el piso treinta y seis del edificio de la RCA, en el Rockefeller Center, donde los japoneses tenían el consulado», como él mismo explica en *Casino Royale*. Fleming, durante su estancia en Nueva York durante la Segunda Guerra Mundial, conoció a sir William Stephenson, jefe del British Security Coordination (BSC) que, según algunas fuentes, puede ser la inspiración para la sección Doble-Cero de agentes con licencia para matar. El BSC tenía su cuartel en el Rockefeller Center.<<

Notas Donald Stanley

[1] Sherlock Holmes vive en el 221 B de Baker Street. Inicialmente compartió habitaciones con el doctor Watson, hasta el matrimonio de éste. Cuando Watson enviudó, el buen doctor regresó a Baker Street.<<

[2] La señora Hudson es la casera de Holmes.<<

[3] Publicación dedicada a un solo tema. Holmes es autor de varias referencias a temas muy diversos como las huellas de pies y el empleo del yeso en la conservación de sus impresiones, la influencia de los oficios en la forma de la mano, las diferencias entre las cenizas de las distintas clases de tabacos o la vida de las abejas.<<

[4] La espuma de mar, *meerschaum* o *sepiolita* es un silicato acuoso de magnesio. Es un material porosísimo y con unas cualidades únicas para disipar el calor y absorber la humedad, condiciones que lo hacen ideal para la fabricación de pipas de fumar, que es a lo que se refiere Watson. Su porosidad hace que absorba muy eficazmente la nicotina, de ahí el tono marrón que va tomando la pipa conforme se va usando.<<

[5] Adición brillante al período final de una pieza de música.<<

[6] De hecho, Holmes pasaba largos períodos de tiempo sin comer, pues consideraba que eso le restaba energías para resolver sus casos.<<

[7] Esta frase se la pregunta textualmente Watson a Holmes en la novela *El signo de los cuatro*. Holmes recurría a los estimulantes cuando no tenía casos a mano. En el Canon sherlockiano, Watson siempre condena la toma de estimulantes por parte de Holmes, aunque es preciso recordar que en su época estas drogas eran legales.<<

[8] En la novela *Un Estudio en Escarlata*, Watson deja bien claro que resultó herido en la batalla de Maiwand —población afgana a 50 millas al noroeste de Kandahar, donde el martes 27 de julio de 1880 Ayub Kan obtuvo una victoria sobre los ingleses en la segunda guerra afgana— por una bala de fusil jezail que le dio en el hombro izquierdo. Pero, en *El Signo de los Cuatro*, nos dice que se frotó la pierna herida. «Algún tiempo atrás me la había atravesado una bala de fusil jezail y, aunque no me impedía andar, me atormentaba con un dolor sordo cada vez que cambiaba el clima». El jezail es un tipo de mosquete largo y pesado que se utilizó mucho en Afganistán.

<<

[9] El Inspector Lestrade, de Scotland Yard, es un personaje recurrente del canon holmesiano. Aunque inicialmente incompetente y petulante, mejora su eficacia y respeto por Holmes.<<

[10] No exactamente, en el propio canon se mencionan varios casos que Holmes no pudo resolver.<<

[11] El máximo antagonista de Holmes. Aparece en el relato *El problema final*, donde Holmes acaba con él, y su sombra planea en *El valle del miedo*. La idea de Moriarty como M ha sido recuperada en la novela gráfica *La liga de los caballeros extraordinarios* y su adaptación cinematográfica.<<

[12] Esta famosa frase no aparece nunca en los escritos de Conan Doyle. Es una aportación de las películas.<<

[13] Holmes nunca se mostró satisfecho con la forma en que Watson novelaba sus casos... hasta que tuvo que escribir él mismo *La aventura de la melena del león*, y comprendió la dificultad que entrañaba.<<

Notas John Pearson

[1] «En masa», en francés.<<

[2] «Angustia», en alemán.<<

[3] John Pearson publicó la primera biografía de Ian Fleming en 1966. Pearson trabajó como ayudante de Fleming en la columna *Atticus* que éste publicaba en el *Sunday Times*.<<

[4] Espía inglés (1911-1988). La NKVD soviética planeó infiltrarse en el sistema de inteligencia británico. Para ello contactó con brillantes jóvenes estudiantes universitarios británicos, que estudiaran carreras de ciencias políticas con posibilidades de seguir carreras en el Foreign Office o en agencias de inteligencia. Uno de ellos fue Harold Adrian Russell Philby. Fue todo un camaleón que podía aparentar lo que le conviniera de acuerdo a la ocasión. Philby era un espía tan inteligente que podía detectar la diferencia entre desinformación para engañar a los rusos, y secretos que valía la pena tener en cuenta. En 1960, aparecen pruebas contra Philby y el 23 de enero de 1963 se da a la fuga refugiándose en Moscú. Allí fue condecorado con la Orden de la Bandera Roja. Escribió una autobiografía *My Silent War* un documento de propaganda escrito después de desertar a Rusia.<<

[5] El origen del número 007 se atribuye a John Dee, espía de la reina Elisabeth I, conocido por este nombre cuando trabajaba para la reina.<<

[6] Rudolf Ivanovich Abel. (1910-1971) coronel del Ejército Rojo, agente del GRU — Servicio de Inteligencia Militar— que en 1953 fue enviado a Estados Unidos. Se instaló en el 252 de la calle Fulton de Nueva York, se hacía llamar Martin Collins y también Goldfuss, pasando por un aficionado a la pintura. Tenía un estudio fotográfico para revelar las fotografías que hacía en secreto, además disponía de una emisora clandestina, un código de cifrado y grandes sumas de dinero. Logró hacerse con los planos del primer crucero atómico de los Estados Unidos. El FBI lo detectó y detuvo en el verano de 1957, en Texas. El embajador soviético declaró no conocerle. Fue condenado a 30 años de presidio por espionaje —allí pintó un cuadro al óleo de J.F. Kennedy—. En febrero de 1962 fue canjeado por tres norteamericanos: Gary Powers, Frederic Pryor y Makinen. En 1964, en la URSS, fue condecorado publicamente en Moscú y elevado al rango de Héroe de la Unión Soviética. A comienzos de la década de 1970, Abel formaba parte del consejo asesor del GRU, adiestraba a nuevos agentes y realizaba tareas de relaciones públicas entre personalidades del Bloque del Este. La prensa del Berlín comunista le describió como «hombre legendario, amable, y a la vez inflexible y exigente». Falleció de cáncer de pulmón.<<

[7] «Abortado», en francés.<<

[8] La política de los reyes ingleses era forzar a los jefes de clan a suscribir un juramento de lealtad a la corona. Maclain de Glencoe tardó en hacerlo y aunque deseaba hacer el juramento no llegó hasta pasados varios días de la fecha impuesta. Fuerzas del gobierno, que incluían en parte a enemigos de los MacDonalds, los Campbells, atacaron la población de Glencoe el 13 de febrero de 1692, masacrando a 38 personas y forzando a otras hacia las nevadas montañas donde muchas murieron. El ataque fue condenado por el parlamento escocés y supuso la caída del gobierno del conde de Stair.<<

[9] El típico pantalón corto de cuero alemán.<<

[10] Muchos de los nombres de Fleming tienen un doble sentido. En este caso «Pet», con una sola t, significa «acariciarse» y «Bottom» significa «bajo», pero también «culo»; por lo que «*Pett Bottom*» podría traducirse como «caricia en el culo».<<

[11] Significa «Escalador», pero también «Ladrón».<<

[12] «Mundana», en francés.<<

[13] «>Padre», en francés.<<

[14] «Las sensaciones fuertes», en francés.<<

[15] Una de las marcas de James Bond es su forma de pedir el Martini con vodka —en vez de ginebra—, que se ha convertido en una de las frases más famosas del mundo. La versión original está clara: «*Shaken, not stirred*» —aunque en la película *Diamantes para la eternidad* se equivocaron—, que se puede traducir por «Sacudido, no revuelto». En los doblajes la cosa es más caótica: «Mezclado, sin agitar», «Sacudido, no agitado», «Agitado, no revuelto»,... En *Licencia para matar* Pam hace los gestos adecuados a cada palabra. Si James Bond lo pide así no es por pedantería, sino por un motivo. Cuando un Martini es revuelto —*stirred*— con hielo, la bebida termina transparente porque los elementos no se mezclan bien. En cambio, sacudido —*shaken*— ofrece un efecto nebuloso, pues el hielo se rompe en pedazos más pequeños y el frío se reparte más rápido y uniforme por la copa. Se cree que esta costumbre fue tomada del propio Ian Fleming.<<

[16] «Pero es que adoro las sensaciones fuertes», en francés.<<

[17] «Maravilloso», en alemán.<<

[18] «Pollo casero», en francés.<<

[19] «Amor loco», en francés.<<

[20] Cuando los nazis vencieron a Francia, la dividieron en dos partes, la llamada «Francia ocupada» y la mal llamada «Francia libre» con un gobierno títere con capital en Vichy bajo el mandato de Pierre Laval —primer ministro de Francia en 1931-32 y 1935-36—, quien tras la Liberación fue detenido, condenado a muerte y ajusticiado.<<

[21] En español.<<

[22] William Somerset Maugham, (1874-1965). Escritor inglés, autor de novelas como *Servidumbre humana*, *El velo pintado* o *El filo de la navaja*, y obras de teatro como *Lady Frederick* y *Un hombre de honor*. En 1928 publicó *Ashenden or the British Agent*, traducido como *El agente secreto*.<<

[23] «Éxito loco». En francés.<<

[24] Baker Street no es sólo la calle donde vivía el célebre detective Sherlock Holmes. Durante la segunda guerra mundial, en su número 64, se instaló la sede del Special Operation Executive —Servicio de Operaciones Especiales— cuya misión era, en palabras de Churchill, «Incendiar Europa», es decir, realizar operaciones clandestinas de propaganda, guerrilla y sabotaje contra los nazis.<<

[25]Literalmente «Segunda Oficina». Expresión francesa con la que popularmente se conoce al Servicio Secreto francés.<<

[26] Claus Graf Schenk von Stauffenberg, nació en 1907 y su aristocrática familia pensó que se inclinaría por la música, pero a los 19 años decidió seguir la carrera castrense. Al principio se mostró entusiasmado cuando Hitler tomó el poder. En 1940 fue transferido al Alto Mando del Ejército y durante la Operación Barbaroja pasó la mayor parte del tiempo en las estepas rusas. Se mostró contrariado al enterarse de las acciones de las SS en la URSS y consideró que el desastre de Stalingrado fue un sacrificio innecesario. Fue transferido a África y resultó herido por una mina: perdió el ojo izquierdo, le amputaron la mano derecha y parte del brazo, dos dedos de la mano izquierda, tuvo lesiones en el oído izquierdo y la rodilla. En el hospital entró en contacto con grupos disidentes y en 1943 decidió tomar la responsabilidad de salvar a Alemania. Tomó el control de los conspiradores e intentaron varios atentados fallidos contra Hitler —uno consistió en colocar una caja de champagne con una bomba en el avión de Hitler, pero no estalló—. Su plan era asesinar a Hitler, tomar el poder, inmovilizando a las SS, abrir los campos de prisioneros políticos y buscar la paz con los Aliados. Había muchos oficiales superiores involucrados en el atentado, incluyendo a von Manstein y Rommel, pues estaban consternados por los terribles crímenes cometidos contra civiles y tropas enemigas; además las propias bajas alemanas eran enormes debido a lo que ellos creían desastrosas estrategias ofensivas de Hitler. En Julio de 1944 Stauffenberg fue ascendido a coronel —era el oficial más joven que lo conseguía— y recibió el cargo de Jefe de Estado Mayor del Comandante en Jefe del Ejército, lo que le permitía estar en contacto directo con el Führer. El 20 de julio de 1944 se realizaría una reunión de Estado Mayor en la base militar alemana del este, la «Guarida del Lobo», en Rastenburg, Prusia del Este —hoy Polonia—, con la presencia de los máximos jefes. Stauffenberg llegó por la mañana con dos bombas antes de la reunión a las 13:30. Podía sentarse junto a Hitler debido a que tenía el oído dañado, y asegurarse de que la bomba estuviera tan cerca como fuera posible del objetivo. Sería llamado por su ayudante, teniente Werner von Haeften, dejando las bombas atrás. Salió del local y se dirigió a Bendlerstrasse para esperar la consumación del golpe de estado, iniciado por los generales Friedrich Olbricht y Erich Fromm. Stauffenberg tomaría el control de la Armada con el Mariscal de campo Erwin von Witzelben y el general Ludwig Beck sería la cabeza provisional del gobierno. Pero Hitler sobrevivió y se desbarató el golpe. Stauffenberg fue capturado y encarcelado, se le hizo un juicio sumarísimo y fue ejecutado esa misma noche a la edad de 36 años. Rommel se suicidó.<<

[27] Eric Ambler (1909-1998), autor de novelas policíacas y de espionaje. Al contrario que otros colegas, no perteneció jamás a los Servicios Secretos británicos. Con él la novela de espías dejó de ser una aventura despreocupada y abordó problemas sociales e internacionales del momento.<<

[28] «Cena a la turca», en francés.<<

[29] Denominación alemana de los submarinos.<<

[30] Lanchas torpederas.<<

[31] «Desastre», en francés.<<

[32] «Plato del día», en francés.<<

[33] «Contratiempo», en francés.<<

[34] Una mezcla de dos tipos de tabaco.<<

[35] Perteneiente al gobierno pro-alemán de Vichy durante la ocupación alemana de Francia. Ver nota 20.<<

[36] Graduado en el Winchester College.<<

[37] Albóndigas y buey grueso salado, en francés.<<

[38] «Princesa lejana», en francés.<<

[39] Frente de Liberación Nacional.<<

[40] Expresión francesa que califica a los mejores cocineros. Las palabras de Tía Charmian vienen a decir que May está más cerca de la rudeza propia de Escocia que de la elegancia francesa.<<

[41] «Filete a la pimienta». En francés.<<

[42] «Huevos revueltos», en francés. La receta de James Bond puede leerse en la nota 19 del relato corto *007 en Nueva York*, de Ian Fleming. <<

[43] «Quartermaster», de ahí el apodo de «Q».<<

[44] «Experto», en francés.<<

[45] «Fachada», en francés.<<

[46] Laurenti Pavlovich Beria. Nacido en 1899 en Sujum, Georgia, dirigió el Servicio Secreto Soviético durante quince años (1938-1953). Tenía memoria fotográfica, adoraba a Stalin y era capaz de la máxima dureza. Fue enviado a Georgia para eliminar a los disidentes, lo que hizo con singular mano dura y soluciones expeditivas.<<

[47] Lev Davidovich Trotsky, pseudónimo del político L.D. Brostein (1879-1940). Autor de *Literatura y revolución* y *La revolución traicionada*, fue uno de los jefes de la revolución rusa de 1917 y el organizador del Ejército Rojo. Al dirigir una intensa campaña de propaganda contra Stalin, éste ordena su asesinato. Tras una larga cacería, el agente de SMERCH Jaime Mercader consigue acercarse a Trotsky al amparo de una falsa identidad, fracturándole el cráneo con un piolet, falleciendo a las 24 horas del atentado. Mercader recibiría por este servicio al Estado la «Orden de la Unión Soviética».<<

[48] John Buchan. Autor de novelas de aventuras y espionaje, su novela más conocida —y llevada tres veces al cine— es *Los 39 escalones*.<<

[49] Pseudónimo de Herman Cyril McNeyle (1888-1937), autor de las novelas de aventuras de Hugh *Bulldog* Drummond, cuya primera aparición fue en la novela *El Capitán Drummond* (1920).<<

[50] Autores de novela policíaca. Frank Morrison Spillane, novelista que firmó como Mickey Spillane (1918—), es el creador del duro detective privado Mike Hammer.<<

[51] «Minucias», en latín.<<

[52] Al final, el plan del villano no será conseguir un rescate, cosa que ni se plantea en la novela, sino destruir Londres directamente.<<

[53] «Cornudo», en francés.<<

[54] «Caballero».<<

[55] Traducción de «*The Spangled Mob*». «Spangled» hace también referencia al apellido de los contrabandistas, los hermanos Spang.<<

[56] Perteneiente al aparato del Estado. En ruso.<<

[57] Campesinos rusos.<<

[58] Literalmente *No deals, Mr Bond*, que es el título original de la novela de John Gardner que se publicó en España como *Muerte en Hong Kong*.<<

[59] James Boswell, autor de la *Vida del doctor Johnson*. Se utiliza su nombre para referirse al biógrafo que no disimula su admiración por el biografiado.<<

[60] «SPecial Executive for Counterintelligence, Terrorism, Revenge and Extortion».

<<

[61] La expresión proviene del latín «*cum grano salis*», que quiere decir que la veracidad de una historia debe tomarse con precaución.<<

[62] En italiano.<<

Notas Raymond Benson

[1] Acrónimo de Federal Express, compañía aérea de transporte de paquetes y logística de origen estadounidense.<<

[2] Todos los hechos relacionados con Kissy Suzuky, Ernst Stavro Blofeld e Irma Bunt acaecidos en Japón están relatados en *Sólo se vive dos veces*, de Ian Fleming. <<

[3] La muerte de Tracy está relatada en *Al Servicio Secreto de Su Majestad*, de Ian Fleming.<<

[4] «*Los pecados de los padres recaerán sobre los hijos de generación en generación*», (Éxodo 34:7)<<

[5] Véase *Operación Trueno* y *Al Servicio Secreto de Su Majestad*, ambas de Ian Fleming.<<

[6] Macy's es una cadena de grandes almacenes de los Estados Unidos.<<

[7] «Cita», en francés.<<

[8] Italiano. Obra extravagante y fantástica.<<

[9] En inglés «lust» significa «lujuria».<<

[10] Tipo de salto que se empieza sobre uno de los costados de la cuchilla.<<

[11] Canal 7 de WLS-TV. Emisora de televisión propiedad de la ABC, situada en el 190 North State Street en el Loop de Chicago y que transmite desde la Torre Sears. WLS significa «World's Largest Store».<<

[12] Con el sistema IFB (Interruptible FoldBack, Retroalimentación Interrumpible), se puede interrumpir el programa normal de audio en el auricular —el que está siendo grabado o transmitido en el momento— para dar instrucciones a quien lo lleva. Los sistemas de IFB también permiten al portador escuchar preguntas en vivo desde el estudio, mientras se hacen reportajes en directo desde el exterior.<<

[13] Janet Davies es una persona real, una reportera de la cadena ABC. Nacida en Richmond, Virginia. Nominada a 51 Emmys regionales, ha ganado 11. Ha cubierto desde noticias locales a eventos internacionales.<<

[14] Inventado por el noruego Axel Paulsen es el salto más difícil de todos. El patinador prepara el salto deslizándose de espaldas, realiza un cambio de dirección y del pie de apoyo, impulsándose con el pie que queda libre y da una vuelta y media —Axel simple—, dos vueltas y media —Axel doble—, o tres vueltas y media —Axel triple— en el aire y aterriza sobre el hielo.<<

[15] El patinador prepara el salto deslizándose de frente con los pies juntos, apoya todo su peso en la pierna derecha y con la pierna libre gira 180°, pica en el hielo — enterrando la punta de la cuchilla de uno de los patines en el hielo— y continúa la rotación.<<

[16] Salto creado por el patinador sueco Ulrico Salchow. Es uno de los saltos más fáciles y básicos. El patinador prepara el salto patinando hacia atrás, salta con la pierna izquierda y con la derecha se gira y se impulsa el salto. El despegue se realiza con el borde interior y el aterrizaje con el borde exterior del pie contrario.<<

[17] Personaje real. Chica Playboy.<<

[18] Personaje real. Doctor en Medicina. En Hollywood lo llaman el Dr. Feelgood, que en jerga callejera significa «médico que puede prescribir drogas ilegales».<<

[19] Personaje real. Melvin Howard Tormé (13 de septiembre de 1925 - 5 de junio de 1999), apodado *The Velvet Fog*, fue un músico estadounidense, uno de los grandes cantantes de jazz. También fue compositor de jazz, arreglista, percusionista, actor de radio, cine y televisión, y autor de cinco libros.<<

[20] Personaje real. Actor.<<

[21] Personaje real. Abogado. Como fiscal se hizo famoso por procesar a Charles Manson y en la actualidad por sostener que el presidente George W. Bush debería ser procesado por el asesinato de 4.000 soldados estadounidenses y más de 10.000 iraquíes en la invasión Irak.<<

[22] Personaje real. Guionista.<<

[23] Personaje real. Deportista y actor.<<

[24] Personaje real. Chica Playboy.<<

[25] «¡Salud!». Fórmula rusa para brindar.<<

[26] Personaje real. Músico de jazz.<<

[27] «Pieza de resistencia», en francés. Normalmente hace referencia al plato principal de una comida, aquí se refiere a que el bufé era la atracción principal de la fiesta.<<

[28] En castellano. Zona al norte de Jamaica donde se concentra gran parte del turismo que ésta recibe.<<